

SOPHIE HANNAH

LOS MUERTOS SE TUMBAN

¿Por qué confesar el asesinato de alguien que no ha muerto?

En la habitación de un hotel londinense una pareja de enamorados decide contarse sus secretos más oscuros. Años atrás Ruth cometió un error que casi la destruye. Sin embargo, la confesión de Aidan es mucho más terrible de lo que ella puede soportar: ha matado a una mujer.

El miedo de Ruth se transforma en confusión cuando descubre que conoce a esa mujer y que está viva. Pero Aidan insiste en que la mató. En este nuevo caso, los detectives Charlotte y Simon, tendrán que emplear toda su sagacidad y obstinación para descubrir qué ha sucedido realmente ya que las versiones de Ruth y Aidan están llenas de contradicciones. Ambos esconden un pasado que debería permanecer oculto. Pero ya es demasiado tarde y distinguir entre lo real y lo imaginario es el mayor desafío al que se enfrentan los investigadores.

Sophie Hannah

Los muertos se tumban

Spilling - 4

Título original: *The other half lives*
Sophie Hannah, 2009
Traducción: Josep Escarré

Para Jane Fielder

Jueves, 13 de diciembre de 2007

No quería ser yo quien empezara.

Tres segundos antes —cuatro— había dicho: «De acuerdo». Ahora, Aidan me estaba mirando, expectante. Tenía ganas de decirle: «¿Por qué yo? Ya que has sido tú quien lo ha propuesto, ¿por qué no empiezas?», pero me mordí la lengua. Si se lo hubiese preguntado, habría pensado que no me fiaba de él, y no quería arruinar aquel momento diciendo una mezquindad.

El ambiente que nos rodeaba estaba cargado, tenso por la espera. Nuestras manos, agarradas, desprendían energía.

—No es necesario que sea todo —susurró Aidan—. Solo… lo que podamos… —Incapaz de terminar la frase, se interrumpió—. Lo que podamos —repitió, poniendo énfasis en la última palabra.

Cada pocos segundos, notaba su cálido aliento sobre mi piel, como un soplo de aire que me succionara y, acto seguido, me soltara. No nos habíamos movido de los pies de la cama, frente al espejo, aunque, de pronto, parecía que todo se moviera con más rapidez. Teníamos el rostro empapado en sudor, como si hubiéramos corrido durante varios kilómetros, cuando, en realidad, todos nuestros movimientos —cuando franqueamos la puerta giratoria del hotel, nos dirigimos a recepción, subimos en el ascensor y recorrimos el estrecho pasillo con luces en el techo hasta la puerta cerrada, con un «436» dorado— habían sido lentos y pausados, mil latidos del corazón por cada paso. Ambos sabíamos que algo nos

esperaba dentro de la habitación, algo que podía ser aplazado durante mucho tiempo.

—Todo lo que podamos —dije, repitiendo las palabras de Aidan —. Y luego, nada de preguntas.

Él asintió con la cabeza. Vi brillar sus ojos en la oscuridad de la habitación y supe lo mucho que significaba para él que hubiera dicho que sí. Mi miedo aún seguía ahí, agazapado en mi interior, aunque ahora me sentía casi capaz de dominarlo. Le había arrancado una concesión: nada de preguntas. «Todo está bajo control», me dije a mí misma.

—Cometí una estupidez. Bueno, más que una estupidez fue un error. —Me pareció que mi voz sonaba muy alta, y la bajé—. Con dos personas.

Pronunciar sus nombres me resultaba imposible. Ni siquiera lo intenté. No puedo hacerlo ni en mi imaginación. Me contento con «él» y «ella».

Sabía que en aquel momento solo podía contarle a Aidan lo esencial, aunque todas y cada una de las palabras de aquella historia, con toda nitidez, estaban en mi cabeza. Nadie me creería si le dijese cuántas veces me la había contado a mí misma, con todos sus insoportables detalles. Era como rascar una costra, solo que no había ninguna. Era más bien como clavarse una uña muy afilada en la piel rosada y tierna, en un punto que nunca había dejado en paz el tiempo suficiente para que se formara una costra.

Cometí un error. Sigo esperando encontrar una manera de empezar de nuevo, aunque al mismo tiempo soy consciente de que no la hay. Nada habría ocurrido si mi comportamiento hubiese sido intachable.

—Fue hace mucho tiempo. Fui castigada. —Sentía un martilleo en la cabeza, como si un pequeño engranaje diera vueltas en torno a ella—. De un modo excesivo. Nunca he… Aún no lo he superado. Porque era injusto… y por lo que me sucedió. Pensé que podía dejarlo atrás huyendo, pero… —Me encogí de hombros, tratando de fingir una tranquilidad que no sentía.

—Las cosas malas se guardan en un lugar seguro y te siguen allá donde vayas —dijo Aidan.

Su amabilidad hacía que las cosas fueran aún más difíciles. Le solté las manos y me senté en un extremo de la cama. La habitación que habíamos reservado era horrible: alta y estrecha, de las mismas dimensiones que una cabina telefónica, con cuadros de color verde por todas partes —en las cortinas, en la colcha, en las sillas—, separados unos de otros por unas líneas rojas. Cada vez que miraba el dibujo, se deformaba ante mis ojos. No me hacía falta ver el resto de las habitaciones del hotel Drummond para saber que eran idénticas. Había tres cuadros, uno encima de la televisión y dos en la pared que separaba el dormitorio del cuarto de baño: tres insulsos paisajes que merecían ser ignorados, con unos colores muy sosos y apagados. Fuera, al otro lado del grueso cristal rectangular que ocupaba casi toda una pared, Londres era una mancha de color gris amarillento en constante movimiento que sabía que me mantendría desvelada toda la noche. Me habría gustado estar en completa oscuridad, ciega y sin que nadie me viera.

¿Por qué me había molestado en hacer aquella especie de confesión? ¿Qué sentido tenía contar la única versión de los hechos que era capaz de expresar con palabras…, una sombra informe, un modelo que podría haber aplicado a infinidad de historias?

—Lo siento —le dije a Aidan—. No es que no quiera hablarte de ello; simplemente no puedo hacerlo.

Mentira. No quería que Aidan lo supiese; había querido complacerlo accediendo a que nos confesáramos mutuamente, pero no era lo mismo. Si hubiera querido que lo supiera, le habría prometido enseñarle la carpeta que guardo debajo de la cama: el expediente del juicio, las cartas, los recortes de periódicos…

—Siento haberte contado tan poco —dije.

Tenía ganas de llorar. Las lágrimas estaban ahí; podía sentirlas dentro de mí, un nudo en la garganta y el pecho, pero no conseguía hacerlas salir.

Aidan se arrodilló delante de mí, apoyó los brazos en mis rodillas y me miró tan fijamente que no pude apartar los ojos.

—No me has contado poco —dijo—. Para mí es mucho. Mucho.

Entonces me di cuenta de que cumpliría el pacto que habíamos hecho. No me haría ninguna pregunta. Sentí que todos mis músculos se relajaban, aliviados.

No di a entender que quisiera añadir nada más. Aidan debía de imaginarse que había llegado al final de la no historia que apenas le había contado. Tras darme un beso, dijo:

—Sea lo que sea lo que hayas hecho, sigo sintiendo lo mismo por ti. Estoy muy orgulloso de ti. A partir de ahora todo será más sencillo.

Intenté atraerlo hacia la cama. No sabía a qué se refería cuando dijo que todo sería más sencillo. Tal vez se refiriera a hacer el amor por primera vez o a pasar el resto de nuestra existencia juntos. Había dejado atrás la vida que había vivido hasta entonces y ahora tenía otra, nueva, junto a Aidan. Una parte de mí —una parte muy grande, ruidosa e insistente— no podía creerlo.

No estaba nerviosa ante la perspectiva del sexo; ya no. La idea de Aidan había funcionado, aunque no exactamente como él había esperado. Había hecho una pequeña confesión, y ahora estaba dispuesta a hacer cualquier cosa salvo hablar. Deseaba el contacto físico, la mejor manera de mantener lejos las palabras.

—Espera —dijo Aidan.

Se puso en pie. Ahora le tocaba a él, pero yo prefería no saber. ¿Cómo pueden las cosas que alguien ha hecho en el pasado no influir en lo que uno piensa sobre ellas en el presente? Sabía demasiado acerca de los horrores que un ser humano puede infligir a otro para poder darle a Aidan la tranquilidad que él me había proporcionado a mí.

—Hace unos años maté a alguien.

Lo dijo sin imprimir ningún énfasis especial a su tono de voz; era como si hubiese leído un rótulo en una pantalla: las palabras iban apareciendo una detrás de otra, fuera de contexto.

Pensé algo terrible: «Un hombre. Por favor, que sea un hombre».

—Maté a una mujer —prosiguió Aidan, respondiendo a la pregunta que no había hecho.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras aspiraba por la nariz y parpadeaba.

Sentí que una desconocida y aguda tristeza se apoderaba de mi cuerpo. Estaba segura de que no sería capaz de aguantar más que unos pocos segundos. Me sentía desesperada, llena de rabia, incrédula, aunque no estaba asustada.

No hasta que Aidan añadió:

—Se llamaba Mary. Mary Trelease.

1

Viernes, 29 de febrero de 2008

Ahí está. Veo su cara de perfil y solo durante un instante, cuando pasa junto a mí con el coche, pero estoy segura de que es ella, la inspectora Charlotte Zailer. Si pasa de largo la zona del aparcamiento reservada a los visitantes, sabré que estoy en lo cierto.

Sí, es ella. Veo su audi plateado frenando y deteniéndose en una de las plazas señaladas con el rótulo «Reservado a la policía». Meto en los bolsillos las manos enrojecidas por el frío, esperando unos momentos para que entren en calor, y luego saco el artículo del *Rawndesley and Spilling Telegraph*. Cuando Charlotte Zailer sale del coche, sin percatarse de mi presencia, lo extiendo y miro de nuevo la fotografía. Los mismos pómulos prominentes, la misma boca pequeña —aunque de labios carnosos—, y el mismo mentón huesudo. Es ella, sin duda alguna, aunque ahora tiene el pelo más largo, hasta los hombros, y no lleva gafas. Y tampoco está llorando. En la pequeña fotografía en blanco y negro se ven lágrimas en sus mejillas. Me pregunto por qué no se las enjugaría sabiendo que estaba frente a los periodistas y las cámaras. Puede que alguien le dijera que si la veían angustiada, la gente sería menos dura con ella.

Tras colgarse el bolso de piel marrón en el hombro, se dirige hacia el edificio de ladrillo rojo, que proyecta una larga y amenazadora sombra cuadrada sobre el aparcamiento: la comisaría de policía de Spilling. Aunque tengo intención de seguirla, mis piernas no me obedecen. Temblando, me acurruco junto a mi coche.

El calor del sol invernal que siento en mi rostro provoca, por contraste, un escalofrío en todo mi cuerpo.

No existe ninguna relación entre el edificio que tengo delante de mí y la única comisaría de policía en la que he estado; eso es lo que debo decirme a mí misma. Son tan solo dos edificios, como lo son también los cines y los restaurantes, y nunca tengo miedo cuando paso por delante del cine de Spilling o del restaurante Bay Tree.

La inspectora Zailer avanza lentamente hacia la entrada: una doble puerta de cristal con un cartel en la parte superior que indica «Recepción». Rebusca en el bolso. Es de los que no me gustan demasiado: largo y blando, con un número absurdo de cremalleras, hebillas y bolsillos laterales. Saca un paquete de marlboro light, vuelve a meterlo dentro y, después de sacar el móvil, se detiene unos instantes, pulsando las teclas con la larga uña del dedo pulgar. Podría alcanzarla sin ningún problema.

«Venga, muévete». Me quedo donde estoy.

«Esta no será como la otra vez —me digo—. Esta vez estoy aquí por voluntad propia».

«Si es que puede llamarse así».

Estoy aquí porque la única alternativa sería volver a casa de Mary.

Con frustración, cierro la boca para que mis dientes dejen de castañetear. Todos mis libros recomiendan la técnica de repetir mentalmente mantras de ánimo. Es inútil. Puedes seguir instrucciones muy sensatas indefinidamente, pero conseguir que se queden grabadas en tu mente y controlen tus estados de ánimo es harina de otro costal. ¿Por qué hay tanta gente convencida de que las palabras poseen una autoridad innata?

De pronto, me acuerdo de una mentira que dije siendo una adolescente. Fingí haberle dicho algo a mi padre a propósito de la Biblia y presumí ante mis amigos de haber provocado una terrible disputa en casa. «Son solo palabras, papá. Alguien, o puede que mucha gente, se sentó en torno a una mesa hace miles de años y se lo inventó todo, de cabo a rabo. Y escribieron un libro, como Jackie

Collins». Era una mentira fácil de contar, porque aquellas palabras estaban siempre en mi cabeza, aunque me faltaba el valor para pronunciarlas en voz alta. Mis amigos sabían que Jackie Collins era mi escritora favorita; no sabían que escondía sus libros debajo de la cama, dentro de una bolsa de compresas.

Al final, la indignación me obliga a moverme: soy consciente de que estoy pensando en mi padre para acabar desanimándome y encontrar una excusa para cambiar de opinión. Charlotte Zailer se dirige hacia la puerta y está a punto de desaparecer en el interior del edificio. Echo a correr hacia ella. Se me ha metido algo en el zapato y se me clava en el pie. No me dará tiempo; cuando llegue a recepción, ella ya se habrá encerrado en algún despacho y se servirá un café, dispuesta a empezar su jornada de trabajo.

—¡Espere! —grito—. ¡Espere, por favor!

Se para y se da la vuelta. Mientras subía las escaleras, se ha desabrochado el abrigo y veo que lleva uniforme. Las dudas, como un invisible golpe en las piernas, me dejan paralizada, pero acto seguido sigo caminando en su dirección, tambaleándome. Los inspectores no llevan uniforme. ¿Y si no es ella?

Ahora viene hacia mí. Por mi forma de moverme por el aparcamiento, debe de pensar que estoy borracha.

—¿Me está llamando a mí? —grita.

Hay más gente mirándome; gente que entra y sale de su coche. Me han oído gritar y han captado la desesperación en mi voz. Mi peor pesadilla: que todo el mundo me vea. Desconocidos. No puedo hablar. Estoy confusa; siento calor y frío al mismo tiempo, en diferentes partes de mi cuerpo. Ya no sé si quiero que esa mujer sea Charlotte Zailer o no.

Se queda quieta delante de mí.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta.

Doy un paso hacia atrás. Apoyo el peso de mi cuerpo en el pie izquierdo; lo que se ha metido en el zapato se me clava con fuerza en la piel entre el cuarto y el quinto dedo.

—¿Es usted la inspectora Charlotte Zailer?

—Lo era —contesta, sin dejar de sonreírme pero mirándome con una expresión de cautela—. Ahora solo soy una agente de policía. ¿Nos conocemos?

Niego con la cabeza.

—Pero usted sabe quién soy.

Había ensayado infinitas veces lo que pensaba decirle, pero nunca pensé en lo que ella podría decirme a mí.

—¿Cómo se llama?

—Ruth Bussey.

Me armo de valor, por si reconoce el nombre, pero veo que no.

—Ahora trabajo con servicios sociales. Dígame, Ruth, ¿vive en Spilling?

—Sí.

—No habrá venido aquí por algo relacionado con servicios sociales, ¿verdad? ¿Quería hablar con un inspector?

No puedo permitir que me derive a otra persona. En el bolsillo, mi mano se cierra en torno al recorte de periódico.

—No, quiero hablar con usted. No la entretendré mucho tiempo.

Echa un vistazo a su reloj.

—¿De qué se trata? ¿Y por qué yo? Me gustaría saber cómo me ha reconocido.

—Se trata de… mi novio —digo, en un tono de voz neutro. Una vez dentro, me resultaría más difícil elegir las palabras. Si le cuento por qué estoy aquí, dejará de preguntarme de qué la conozco—. Cree que ha matado a alguien, pero se equivoca.

Charlotte Zailer me mira de arriba abajo.

—¿Que se equivoca? —repite, lanzando un suspiro—. Vale, tiene toda mi atención. Mire, entre conmigo y hablaremos.

Mientras caminamos, muevo el pie dentro del zapato, tratando de sacarme lo que me está pinchando la mullida piel que hay bajo los dedos. Pero no lo consigo. Noto algo húmedo y pegajoso: sangre. «No pienses en ello: como si no lo notaras». Sigo a la inspectora Zailer por la zona de recepción, donde hay más gente; algunos visten de uniforme y otros un chaleco de aertex con la palabra

«Policía» estampada. Por todas partes predomina el azul: la moqueta, con un diseño de espigas, y dos sofás de piel de imitación, dispuestos en ángulo recto en un rincón. Un largo mostrador de madera de pino barnizada, con un extremo semicircular, sobre sale de una de las paredes como si fuera una mesa de desayuno en medio de una cocina.

La inspectora Zailer se detiene para hablar con un hombre de mediana edad de prominente barriga; tiene un hoyuelo en el mentón y un suave y esponjoso pelo canoso. No la llama Charlotte, sino Charlie. Con la mano derecha, aprieto el fondo de mi bolsillo y noto el roce del recorte de periódico, tratando de recordar la relación que nos une —a Charlie y a mí—, aunque nunca me he sentido tan sola en toda mi vida; solo el dolor que se extiende desde mi pie hasta todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo me impide salir corriendo.

Después de lo que acabo de decirle, iría detrás de mí. ¿Cómo no iba a hacerlo? Me seguiría y me alcanzaría.

—Vamos —me dice, en cuanto ha dejado de hablar con el hombre de pelo canoso.

La sigo, cojeando. Me siento aliviada una vez nos quedamos solas, en un pasillo con paredes de ladrillo; parece mucho más viejo comparado con la recepción. De fondo, se oye el ruido de agua corriente; miro a mi alrededor, pero no consigo descubrir de dónde procede. A ambos lados de la pared, sobre los ladrillos, hay fotografías a la altura de los ojos. A mi derecha, una serie de carteles enmarcados —violencia doméstica, intercambios de jeringas, seguridad en los barrios—, y a mi izquierda, también enmarcados, algunos grabados en blanco y negro de varias calles de Spilling. Logran captar, en cierto modo, el claustrofóbico y laberíntico ambiente de la parte más vieja de la ciudad, con las fachadas irregulares de las casas y las tiendas y las calles de resbaladizos adoquines. Siento una punzada de simpatía por su autor, consciente de que sus obras solo se exponen aquí por su relevancia a nivel local; nadie las valora por lo que son, obras de arte.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta Charlie Zailer, deteniéndose para que la alcance—. Está cojeando.

—Ayer me hice un esguince en el tobillo —digo, ruborizándome.

—¿De veras? —Se vuelve y se queda frente a mí, obligándome a pararme—. En general, cuando hay un esguince, el tobillo suele hincharse y acaba teniendo el doble de su tamaño normal. Y el suyo no está hinchado. Creo que solo le duele el pie. Dígame, ¿alguien le ha hecho daño, Ruth? Me parece que no está bien. ¿La ha pegado su novio?

—¿Aidan?

Pienso en su forma de besar la línea de piel de color rosa pálido de mi cicatriz, que comienza bajo las costillas y termina en mi estómago. Nunca me ha preguntado cómo me la hice, ni aquella primera noche en Londres ni más adelante.

Él no es capaz de hacer daño a nadie. Lo sé.

—¿Aidan? —repite Charlie Zailer—. ¿Así se llama su novio?

Asiento con la cabeza.

—Dígame, ¿ha sido Aidan quien le ha hecho daño?

Cruza los brazos, bloqueando el pasillo para cerrarme el paso. Lo cierto es que no sé adónde nos dirigimos, por lo que no me queda otro remedio que esperar.

—No. Tengo… una enorme ampolla en el pie, eso es todo. Me duele cuando me roza con el zapato.

—Entonces, ¿por qué no lo ha dicho? ¿Por qué fingir que se ha hecho un esguince en el tobillo?

No sé por qué me he quedado sin aliento. El dolor del pie y su actitud me obligan a apretar los dientes. Sabiendo lo que le había ocurrido, pensaba que sería amable y comprensiva.

—Esto es lo que vamos a hacer —dice, en voz alta y clara, como si le estuviese hablando a un niño—. La acompañaré a una de nuestras salas de espera y nos tomaremos un té. Pero antes iré a ver si encuentro una venda para su pie…

—No necesito ninguna venda —le digo. Noto unas gotas de sudor en el labio superior—. Estoy bien, de verdad. No tiene por qué…

—… y luego hablaremos de su novio, Aidan.

Vuelve a ponerse en marcha y casi tengo que echar a correr para seguir su paso. ¿Me está poniendo a prueba? Ahora el dolor es constante; me imagino un corte profundo que sangra copiosamente bajo el dedo mientras, a cada paso, el cuerpo extraño que lo ha causado penetra más y más en la herida. El esfuerzo que tengo que hacer para no pensar en ello es como un hilo que va envolviendo mi cerebro, cada vez con más fuerza. Me duelen tanto los ojos que me entran ganas de cerrarlos. Soy plenamente consciente de mi respiración, del aire que expulso de mis pulmones y del esfuerzo que me cuesta volver a llenarlos.

Sigo a Charlie Zailer. Enfilamos otro pasillo, más frío que el primero, con ventanas en uno de los lados. En este no hay carteles, solo una hilera de diplomas enmarcados, con la estampa de lo que parece un sello oficial. Sin embargo, están demasiado altos y vamos demasiado deprisa para poder leer lo que está escrito en ellos.

Me paro al ver una puerta de color verde claro ante nosotras. Ya ha ocurrido anteriormente: yo avanzando por un largo pasillo hacia una puerta cerrada. «Verde. Verde oscuro».

—¿Ruth? —La inspectora Zailer me llama, chasqueando los dedos en el aire—. Parece que esté en estado de *shock*. ¿Qué le ocurre? ¿El pie?

—Nada. Todo va bien.

—¿Es asmática? ¿Tiene un inhalador?

¿Asmática? No sé de qué me habla.

—Estoy bien —le digo.

—De acuerdo. Entonces, vamos.

Al ver que no me muevo, gira sobre sí misma, me coge del brazo y, colocándome una mano en la espalda, me conduce por el pasillo, mientras me dice algo sobre un té o un café que suena más complicado que una simple alternativa. Murmuro un «gracias», esperando que sea la respuesta adecuada. Ella abre la puerta verde, me acompaña hasta una silla y me dice que espere. No quiero que

me deje sola, pero no me atrevo a decírselo, consciente de lo patético que sonaría.

Además de la que ocupo, en la habitación hay dos sillas más, una papelera y una mesa con un ciclamen de flores blancas. Comparada con la maceta, la planta es demasiado grande. Debe de llevar bastante tiempo aquí, aunque alguien la ha regado con regularidad o, de lo contrario, no tendría las hojas tan lustrosas. ¿Qué clase de idiota riega una planta todos los días y no se da cuenta de que hay que trasplantarla?

Verde. Nuestra habitación del hotel Drummond de Londres era verde. Una sola noche de mi vida, una en treinta y ocho años, pero una parte de mí aún sigue allí, atrapada en aquella noche en que Aidan me habló. Una parte de mí nunca salió de ese hotel.

Todos mis libros dicen que es inútil gastar energías en los «y si…», pero no dan ningún consejo sobre qué hacer cuando eres esclava de ellos. En la farmacia no venden parches que una adicta a los «y si…» pueda ponerse en el brazo para acabar con un hábito destructivo.

Si Aidan y yo no hubiéramos ido a Londres el pasado mes de diciembre, la pesadilla que estoy viviendo nunca habría empezado.

—Mi novio me dijo que había matado a una mujer, pero no es verdad.

—Tengo que saber cómo se llama esa mujer y dónde podemos encontrarla —contesta la inspectora Zailer, preparándose para tomar notas de todo lo que yo diga. Al ver que no contesto de inmediato, añade—: Ruth, si Aidan golpeó a una mujer hasta el extremo de…

—¡No! Él no la ha tocado. —Debo conseguir que lo entienda—. Ella está bien. Nadie ha sufrido ningún daño. Yo… Ni siquiera se ha acercado a ella, estoy segura.

—¿Nadie ha sufrido ningún daño?

Charlie Zailer parece desconcertada.

—No.

—¿Está segura?

—Sí.

Se queda pensativa unos instantes y luego me sonríe.

—De acuerdo. Ya hablaremos más adelante de su novio y de esa mujer. Si le parece bien, cuénteme primero lo esencial. —De repente, ha cambiado por completo su actitud; ya no está impaciente ni se muestra suspicaz. Ha abandonado ese tono de voz alto y condescendiente y se comporta como si fuéramos amigas; podríamos estar participando en un curso de un *pub* y formar parte del mismo equipo, aunque es ella quien escribe las respuestas—. ¿Nombre? Ruth Bussey, ¿verdad? ¿B-U-SS-E-Y?

—Sí.

—¿Su segundo nombre?

¿De veras quiere saberlo? ¿Me está tomando el pelo?

—Zinta.

Se echa a reír.

—¿En serio?

—Mi madre es letona.

—Es un nombre precioso —dice—. Siempre he querido tener un segundo nombre que fuera más original. El mío es Elizabeth. ¿Dirección?

—Blantyre Lodge, Blantyre Park, Spil…

—¿Vive en el parque?

—En la casa que en tiempos fue del guarda, junto a la entrada.

—¿En esa casa tan curiosa que tiene el tejado pintado de blanco y negro?

Fachada revestida con paneles de madera. No la corrijo y asiento con la cabeza.

—Paso por delante de esa casa todos los días, de camino al trabajo. ¿Es suya?

—No, es alquilada.

—Siempre me he preguntado una cosa: ¿cómo se las arregla para que crezca en el techo esa mata de hojas rojas? ¿Plantó algo

en la chimenea? A ver, puedo entender que una planta cubra un muro de una casa, pero…

—¿Le parece importante? —le espeto—. Solo soy la inquilina. No he plantado nada.

—¿Quién es el propietario?

—El ayuntamiento.

Lanzo un suspiro, consciente de que debo ser paciente, por muy difícil que me resulte. Si acelero las cosas, ella me obligará a ir más despacio. Su alegre obstinación es como un nudo que me mantendrá atada a la silla el tiempo que ella crea conveniente.

—¿Cuánto tiempo hace que vive allí, Ruth?

—Casi cuatro años.

—¿Y nunca ha tenido ningún problema para pagar el alquiler en todo ese tiempo?

Otra pregunta ridícula. Seguro que debe de obedecer a algún motivo.

—No.

—¿No le interesa comprar algo? ¿Ser propietaria?

—Yo… —Esto es absurdo—. No estoy preparada para…

—¿Comprometerse con la compra de una casa? ¿Echar raíces? —sugiere Charlie Zailer, siempre sonriente—. Lo entiendo. Yo también me sentí así durante mucho tiempo. —Golpea la tapa de su cuaderno con el bolígrafo—. ¿Cuál era su dirección antes de vivir en Blantyre Lodge?

—Yo… ¿Podría beber algo, por favor?

—He pedido té. ¿Dónde vivía antes de instalarse en Blantyre Lodge?

Con los ojos fijos en la mesa, le doy mi antigua dirección.

—En el número 84 de Pople Street, en Lincoln.

—¿También de alquiler?

—No, aquella casa era mía.

—Así pues, echó raíces en Lincoln. ¿Por qué se mudó?

Abro la boca, dispuesta a mentir, pero recuerdo el lío en el que me metí la última vez que no fui sincera: mi supuesto esguince de

tobillo. Me froto las palmas de las manos contra los vaqueros, secándome el sudor.

—¿Por qué me hace todas estas preguntas? ¿Qué importancia tiene el motivo de que me cambiara de domicilio? Estoy aquí para hablar de mi novio…

La puerta se abre. Un hombre alto y delgado, que me parece demasiado joven para que haya terminado los estudios, entra con dos tazas de té. Parecen de porcelana auténtica: una tiene unas rayas verdes y la otra marrones. La mía tiene el borde roto.

—Justo a tiempo. —La inspectora Zailer le dedica una sonrisa a su colega y luego a mí. El chico le dice algo y señala el cuaderno de notas. Charlie Zailer le contesta: «Aparentemente, nadie ha sufrido ningún daño» y le dedica una mirada que no soy capaz de descifrar —. Gracias, Robbie. —Después de que Robbie nos haya dejado a solas, cerrando la puerta detrás de él, ella me dice—. Tómese el té y relájese, Ruth. No hay prisa. Sé que tiene algo que decirme y lo hará, se lo prometo. Las preguntas que le hago son pura rutina; no hay nada de qué preocuparse.

En otras palabras: no puedo evitar contestarlas. ¡Qué tonta había sido al pensar que Charlie Zailer sería más sensible que otro agente de policía! Después de lo que le había ocurrido, seguramente ha decidido blindar el espacio reservado a sus sentimientos. Yo he tratado de hacer lo mismo durante mucho tiempo; comprendo la lógica a la que obedece dicha actitud.

Para mi alivio, no vuelve a preguntarme por qué me fui de Lincoln. Pero quiere saber si tengo un trabajo. Me inclino hacia delante. El vapor que desprende el té me humedece la cara. En cierto modo, resulta reconfortante.

—Trabajo para mi novio —le digo.

—¿Cómo se llama? —me pregunta, mirándome atentamente.

—Ya lo sabe.

—¿Aidan?

—Sí.

—¿Apellido?

—Seed.

—¿Y a qué se dedica Aidan?

—Tiene un taller de marcos, Seed Art Services.

—Ah, sí, he visto el cartel. Está junto al río, ¿verdad? Cerca de ese *pub*, ¿cómo se llama…?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja para él?

—Desde agosto del año pasado.

—¿Dónde trabajaba antes? Cuando llegó a Spilling, quiero decir.

Me digo que todo esto acabará pronto. Incluso las cosas malas terminan, tarde o temprano.

—Al principio no trabajaba. Luego conseguí un empleo en la Galería Spilling.

—¿Enmarcando cuadros?

—No. —La palabra me sale como si fuera un grito de dolor. Parece un castigo por este largo, insistente e inútil interrogatorio—. Por entonces no sabía enmarcar. Era mi jefe quien lo hacía. Era dependienta… Bueno, estaba en recepción, pero también vendía cuadros a los clientes. Sin embargo, Aidan me enseñó el oficio cuando empecé a trabajar con él.

—Entonces, ahora sabe enmarcar. —Charlie Zailer parece satisfecha de mis logros—. ¿Tenía un empleo cuando vivía en Lincoln?

—Trabajaba por mi cuenta.

Me sonríe alentadoramente.

—Tenía una empresa de diseño de jardines, Green Haven Gardens —digo, antes de que me lo pregunte.

—Un cambio radical…, de diseñadora de jardines a enmarcadora. ¿Quién era su jefe en la Galería Spilling?

—Saul Hansard —respondo, con un hilo de voz.

Deja el cuaderno y el bolígrafo encima de la mesa y se queda mirándome fijamente, mientras los huesudos dedos de su mano derecha juegan con la sortija que lleva en la izquierda: un pequeño diamante engastado en una base dorada, que sobresale del anillo de

oro al que está soldada. Está prometida. Me siento excluida de su felicidad, y ahora sé que no tengo ningún derecho a ella. Es una señal de los pasos atrás que he dado desde lo de Londres.

Cuanto mejor te conoces a ti misma, más fácil es cambiar, dicen mis libros.

—Así pues, usted y Aidan trabajan juntos enmarcando cuadros, junto al río. ¿Nunca han sufrido una inundación en el taller? —me pregunta la inspectora Zailer—. Sé que en el *pub* las han sufrido. Ah, ahora lo recuerdo: se llama Star. He visto su cartel: «Seed Art Services. Restauración de marcos»…, aunque pensé que el taller ya no funcionaba, porque siempre que me fijo en él veo un letrero que dice «Cerrado».

Me quedo mirándola. No puedo más. Me pongo de pie y, al golpear la mesa con las piernas, derramo el té. Más de su taza que de la mía.

—Aidan cree que mató a una mujer que se llama Mary Trelease —le repito—. Pero yo sé que no lo hizo.

—Todo a su tiempo —dice ella—. Siéntese, Ruth. Le he hecho una pregunta: Seed Art Services sigue funcionando, ¿verdad?

—Sí, así es —respondo con brusquedad, sintiéndome humillada —. Aidan y yo trabajamos allí seis días a la semana, a veces siete. El letrero de la ventana dice «Cerrado salvo citas concertadas y entregas». Estamos demasiado ocupados para atender a gente que quiere trabajos de poca importancia. Si alguien solo quiere enmarcar un cuadro y se pasa media hora escogiendo el marco, para nosotros es una pérdida de tiempo y dinero.

Charlie Zailer asiente con la cabeza.

—Entonces, ¿qué clientela tienen?

—¿Por qué? ¡Por el amor de Dios! ¿Qué importancia tiene todo esto? Pues artistas locales, museos y galerías, alguna empresa…

—¿Y cuánto tiempo lleva Aidan metido en este negocio? Su taller lleva allí al menos desde hace…

—Seis años —la interrumpo—. ¿Quiere saber a qué escuela fuimos? ¿Los nombres de soltera de nuestras madres?

—No. Aunque sí me gustaría saber dónde vive Aidan. ¿Con usted?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos dos meses y medio. —Desde nuestra noche en Londres—. Él tiene su propio apartamento, al lado del taller, aunque en realidad es más un almacén que una vivienda. Tiene una cocina de gas que apenas funciona; no se pueden utilizar al mismo tiempo los fogones y el horno.

Dejo de hablar, consciente de que le he contado más de lo necesario.

—La mayoría de los hombres solteros son capaces de vivir en un antro y ni siquiera se dan cuenta de ello. —La inspectora Zailer se echa a reír—. Entonces, sus locales…, ¿son de propiedad o está de alquiler?

—Son de alquiler. —Me aparto el pelo de los ojos—. Y, antes de que me lo pregunte, sí, también lo paga puntualmente.

Cruza los brazos y me sonríe.

—Vale, Ruth. Gracias por ser tan paciente. Y ahora, háble me de Aidan y Mary Trelease.

Sin saber muy bien si he superado o no aquel extraño examen que me había impuesto, trato de recobrar la compostura y, con total convencimiento, le digo:

—Él no la ha matado.

—Permítame que aclare una vez más este punto: hasta donde usted sabe, nadie, ni Aidan ni otra persona, ha hecho daño ni ha matado a Mary Trelease. ¿Correcto?

Asiento con la cabeza.

—¿Esa mujer está ilesa?

—Sí. Puede comprobarlo usted misma…

—Lo haré.

—… y verá que tengo razón.

—Entonces, ¿por qué Aidan cree que la ha matado?

Respiro profundamente.

—No lo sé. No me lo quiere decir.

Ella arquea las cejas.

—¿Se trata de una broma?

—No. Esta historia está arruinando nuestras vidas.

Golpea la mesa con la palma de la mano derecha.

—Necesito un poco de contexto. ¿Quién es esa tal Mary Trelease? ¿A qué se dedica? ¿Dónde vive? ¿Cuántos años tiene? ¿De qué la conocen usted y Aidan?

—Vive en Spilling. Es artista…, pintora. Ella… No sé cuántos años tiene. Creo que debe de tener mi edad: treinta y ocho, quizá cuarenta. Puede que un poco más.

Ninguna de las respuestas que conozco son las que necesitamos. Charlie Zailer aún no se ha dado cuenta de ello, pero lo hará. Me aterra pensar que, en cuanto lo haga, me mandará al cuerno. Parece perdida: tiene la misma expresión que yo. Finalmente, dice:

—Bueno, esto es nuevo. Me está diciendo que Aidan… Por cierto, ¿desde cuándo es su novio?

—Desde agosto del año pasado.

—De acuerdo. Es decir, más o menos desde que empezó a trabajar para él, ¿cierto?

Asiento con la cabeza.

—Aidan cree que ha matado a Mary Trelease, aunque usted está segura de que esa mujer no solo no está muerta, sino que no ha sufrido ningún daño.

—Exacto.

Me recuesto en la silla, dando las gracias porque, por fin, lo ha entendido.

—Discúlpeme si lo que voy a preguntarle le parece una estupidez, pero… ¿le ha dicho a Aidan que Mary Trelease no está muerta?

—Sí.

Me echo a llorar. No puedo evitarlo.

—Se lo he dicho una y otra vez. Se lo he repetido hasta quedarme afónica.

—Y él, ¿cómo reacciona?

—Niega con la cabeza. Parece muy convencido. Dice que no puede estar viva, porque él la mató.

—¿Han tenido muchas veces esta conversación?

—Cientos de veces. Le he dicho dónde vive esa mujer. Podría ir a su casa y comprobar por sí mismo que sigue viva, pero no quiere hacerlo. No quiere ir a verlo con sus propios ojos. No me cree… Estoy desesperada.

Charlie Zailer se golpea la mejilla con el bolígrafo.

—Todo lo que me cuenta es muy extraño, Ruth. Es consciente de ello, ¿no?

—¡Por supuesto! No soy estúpida.

—¿Cómo se conocieron Aidan y Mary?

—No… No lo sé.

—Fantástico —murmura ella—. ¿Está segura de que Aidan no le está tomando el pelo? No se lo habrá dicho el Día de los Inocentes, ¿verdad? —Al ver mi expresión, recupera la seriedad y añade—: ¿Cuándo se lo dijo? ¿Dónde estaban? ¿Cuál era la situación? Lo siento, Ruth, pero esta historia escapa a mi comprensión.

—Estábamos en Londres. Fue el año pasado, el 13 de diciembre.

—Dígame, aquella noche, ¿fueron a Londres por algún motivo en especial?

—Fuimos… a una feria de arte.

Ella asiente con la cabeza.

—Continúe.

—Estábamos en el hotel. Era tarde. Cenamos fuera y volvimos sobre las diez y media. Fuimos directamente a la habitación y… entonces fue cuando me lo contó.

—¿Así, de repente? ¿Sin ningún preámbulo, solo: «Ah, por cierto, he asesinado a alguien»?

—No dijo «he asesinado»; dijo «he matado». Y no, no lo dijo de repente. Aidan estaba muy nervioso. Decía que, en su opinión, nuestra relación no funcionaría a menos que… a menos que se

sincerara conmigo. Era evidente que la idea lo aterrorizaba. Y a mí también.

—¿Por qué? —Charlie Zailer se inclina sobre mí—. A la mayoría de la gente no le aterroriza que su pareja se sincere. En realidad, a la mayoría de las mujeres les gustaría saber. ¿Tenía algún motivo para pensar que Aidan hubiera cometido un crimen violento?

—No, yo… No, ninguno.

La mayoría de las mujeres. Se refiere a gente a quien la palabra *secreto* le resulta algo tentador en vez de un motivo de angustia.

—¿Qué fue exactamente lo que le dijo Aidan?

Cierro los ojos.

—Me dijo: «Hace unos años maté a alguien. Maté a una mujer. Se llamaba Mary Trelease».

—¿«Se llamaba Mary Trelease»? —La inspectora Zailer parece perpleja—. Entonces, lo dijo como si hablara de una persona de la que usted jamás había oído hablar. ¿No sabía él que la conocía, Ruth?

Tendría que haber previsto que me haría esa pregunta. La cabeza empieza a darme vueltas.

—No la conozco.

—¿Cómo?

—No conozco a Mary Trelease.

—Entonces… Ruth, tendrá que volver a perdonarme si me cuesta entenderlo, pero, si no la conoce, ¿cómo sabía que estaba viva cuando Aidan le dijo que la había matado?

Si se lo contara, no me creería. Y aun así, me arriesgaría a hacerlo si consiguiera contárselo sin revivir mi primer encuentro con Mary, como si estuviera pasando aquí y ahora. El mero hecho de pensar que debo contar la historia me llena de terror. Miro fijamente mi taza de té, retorciéndome en la silla, esperando que me haga otra pregunta. Pero no lo hace. Espera. Cuando soy incapaz de seguir soportando el silencio, digo:

—Mire, lo único que tiene que hacer es comprobar que ella sigue viva. Su casa está en el número 15 de Megson Crescent…

—¿En el barrio de Winstanley?

—Sí…, creo que sí.

No puedo mostrarme muy segura, puesto que he dicho que no la conocía.

—Megson Crescent compite por conseguir el título de la calle con peor fama de Spilling. Casi todas las ventanas que hay a ras del suelo están tapiadas. —La inspectora Zailer enarca una ceja—. Dígame, ¿la señora Trelease es una pintora poco conocida? No debe de ganar demasiado dinero con sus cuadros si es allí donde vive.

Dentro de mí resuena una risa histérica.

—No vive de la pintura.

—¿Tiene otro trabajo?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? —pregunta Charlie Zailer con indiferencia, casi como si hubiera hecho un comentario sobre el tiempo—. ¿Cree que no me doy cuenta de cuando me están mintiendo, Ruth? ¿Cree que no me enfrento todos los días a un montón de embusteros? Pues eso es lo que hago, y le aseguro que son unos embusteros de primer orden. ¿Quiere que le hable de alguno de ellos?

—Yo no soy ninguna embustera. No conozco a Mary, y nunca había oído mencionar su nombre cuando Aidan me habló de ella…, cuando me dijo…

—Cuando le dijo que hacía unos años había matado a alguien.

—Eso es.

Tengo la sensación de que mis palabras las pronuncia otra persona, como si vinieran de muy lejos.

—Está siendo presa del pánico, Ruth, y encadena una mentira con otra. —La inspectora Zailer se recuesta en su silla, bostezando —. ¿Es posible que Aidan matara a otra mujer con ese mismo nombre? —pregunta, como si estuviera dando la respuesta a la definición de un crucigrama—. Sé que Trelease no es un apellido muy común, pero…

—No —niego, con voz quebrada—. Me di cuenta de que algunas cosas le resultaban familiares a Aidan cuando se las conté: que vive

en Megson Crescent, que es una pintora de cuarenta y tantos años, que tiene el pelo negro, largo y rizado, salpicado ya por algunas canas… —La expresión de absoluto reconocimiento en su rostro, el miedo en la mirada—. Se trata de la misma mujer, la que él asegura haber matado. ¡No me lo estoy inventando! ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Pelo canoso con solo cuarenta y pocos años? Bueno, dicen que hay gente a la que el pelo negro se le vuelve blanco muy pronto. —Charlie Zailer tamborilea con los dedos en la mesa y levanta una ceja, mirándome fijamente—. Entonces, ¿la ha visto? Si sabe cómo es su pelo, debe de haberla visto en persona, aunque no la conozca.

No contesto.

—¿O la ha visto en una fotografía? No, creo que la ha visto en persona. Una foto no la habría dejado tranquila. Aidan le dijo que la había matado y usted necesitaba verla, comprobar por sí misma que ella seguía con vida. Sin amilanarse ante la improbabilidad de que alguien confiese haber matado a alguien cuando en realidad no lo ha hecho, se empeñó en encontrar a esa mujer muerta y, quién lo iba a decir, efectivamente no estaba muerta. ¿Fue eso lo que ocurrió?

El silencio que pesa sobre nosotras es insoportable. Finjo que ella no está aquí, que estoy sola en esta habitación.

—Cada vez resulta más extraño —murmura—. Vale, le haré una pregunta que tendría que estar encantada de responder: ¿qué está haciendo aquí, aparte de hacerme perder el tiempo?

—¿Cómo?

—¿Por qué ha venido? Aidan no ha matado a nadie…, ¡estupendo! Mary Trelease está viva, ¡bravo! ¿Qué es lo que quiere exactamente de mí?

Ahora puedo hablar con toda libertad.

—Quiero que compruebe que lo que le estoy diciendo es cierto. Si es verdad, podría… convencer a Aidan. Yo lo he intentado, aunque sin éxito. Usted es policía… A usted la escucharía.

—¿Si es verdad? O sea que no está segura al cien por cien de que Aidan no haya matado a esa mujer que sigue viva. Decídase.

—Estoy casi completamente segura, pero… ¿y si la mujer que yo creo que es Mary Trelease fuera otra persona? ¿Y si…? Sé que parece una locura, pero ¿y si se trata de una mujer que encaja con su descripción? Alguien de su familia o… o… —O alguien que está fingiendo. No lo digo; pensaría que estoy paranoica—. La policía puede descubrir cosas; yo no.

Charlie Zailer lanza un suspiro.

—La policía descubre cosas en el curso de una investigación criminal, pero, según usted, en este caso no ha ocurrido nada. No hay ningún criminal que deba ser investigado. ¿Correcto? —Abre y cierra la boca varias veces, emitiendo un ruidito con los labios. Parece que esté pensando. O puede que se aburra y esté soñando despierta. Después de unos segundos, dice—: Desde mi punto de vista, las preguntas que hay que plantear son tres. Primera: ¿mató o no Aidan a la mujer a la que usted se refiere como Mary Trelease?

—No. No pudo haberlo hecho. Ella está viva.

—Estupendo. Entonces, ¿mató Aidan a otra mujer que se llama o se hace llamar Mary Trelease? Y, por último, cuestión número tres: ¿mató o le hizo daño a alguien? ¿Hay algún cadáver por ahí esperando a ser descubierto? Es posible que ya no sean más que unos restos, en el caso de que el crimen fuera cometido hace unos años.

—Aidan no le haría daño a nadie. Lo conozco.

Charlie Zailer aspira aire hasta hinchar los carrillos y luego lo suelta de golpe.

—Si está usted en lo cierto, debería consultar con un psiquiatra en vez de hablar conmigo.

Niego con la cabeza.

—Aidan no está loco. Lo sé por su forma de reaccionar ante otras cosas, cosas cotidianas. Por eso toda esta historia carece de sentido. —Se me ocurre que tal vez la inspectora Zailer me haya hecho todas esas preguntas acerca de mi trabajo y el alquiler por la misma razón: para comprobar mi reacción ante preguntas corrientes—. ¿Ha oído hablar alguna vez del síndrome de Cotard?

—No, pero sí he oído hablar de *El espejismo de Dios*[1]. Se trata de una enfermedad mental, o del síntoma de una enfermedad mental, asociada normalmente a la desesperación y a una total falta de autoestima. Quien la sufre llega al extremo de creer que está muerto cuando en realidad no lo está.

Sonríe.

—Si padeciera esa enfermedad, no me preocuparía tanto por los quince cigarrillos que me fumo todos los días.

No me interesan sus bromas.

—Por lo que yo sé, y me he documentado, no existen mutaciones de ese síndrome, del mismo modo que no existen otros síndromes cuyos afectados estén convencidos de haber matado a gente que sigue estando viva. Es decir, hace tiempo que he desestimado las explicaciones psicológicas. No creo que Aidan haya cometido ningún crimen violento. Sé que no lo ha hecho y que nunca lo haría, pero… me preocupa que pase algo, algo realmente horrible. —No sabía que iba a decir esto hasta que las palabras han salido de mi boca—. Tengo miedo, pero no sé de qué.

Después de mirarme durante un buen rato, Charlie Zailer me pregunta:

—¿Le ha contado Aidan los detalles de lo que hizo? De lo que afirma que hizo. ¿Cuándo, dónde y por qué mató a Mary Trelease, según su versión de los hechos?

—Ya le he contado todo lo que me dijo: que la mató hace unos años.

—¿De cuántos años estamos hablando?

—No lo ha especificado.

—¿Cómo, por qué y dónde la mató?

—No me lo ha dicho.

—¿Qué relación tenía con esa mujer? ¿Cómo y cuándo se conocieron?

—Ya se lo he dicho: ¡no lo sé!

—Creía que Aidan quería sincerarse con usted. ¿Cambió de opinión en algún momento, Ruth? ¿Qué le dijo cuando le preguntó

por los detalles?

—No lo hice.

—¿Que no lo hizo? ¿Por qué?

—Yo… Solo le hice una pregunta. Le pregunté si había sido un accidente.

El recuerdo me resulta insoportable. Su forma de mirarme, como si le hubiera destrozado el corazón. Nada de preguntas. Él respetó el pacto que habíamos hecho; yo no.

—Claro —dice la inspectora Zailer—. Usted no podía creer que hubiera hecho daño a alguien de forma deliberada. ¿Y qué le respondió él?

—Nada. Se quedó mirándome fijamente.

—¿Y no le hizo más preguntas?

—No.

—Francamente, me cuesta creerlo. Cualquiera lo habría hecho. Dígame, ¿por qué no lo hizo usted?

—¿Va a ayudarme o no? —pregunto, reuniendo las pocas fuerzas y esperanzas que me quedan.

—¿Cómo quiere que la ayude si me oculta al menos la mitad de la información importante? Suponiendo que no se haya inventado toda esta historia, claro. Es una extraña forma de comportarse si de verdad necesita mi ayuda. —Se incorpora en la silla—. Aidan le hizo esta confesión el pasado 13 de diciembre. ¿Por qué ha esperado hasta hoy, cuando ya han transcurrido dos meses y medio, para venir aquí?

—Esperaba hacerlo entrar en razón —respondo, consciente de lo poco creíble que suena, aun cuando es la verdad.

—Mi problema es que veo conspiraciones por todas partes —dice la inspectora Zailer—. Lo que no veo es quién es el objetivo de esta. ¿Usted? Una impresionante tomadura de pelo, eso es lo que me parece esta historia.

Tengo la sensación de que me voy a desmayar. Siento un dolor muy agudo entre los omoplatos Me imagino pulsando un botón rojo: STOP. Me imagino pulsando hasta el fondo ese botón cuya supuesta

función es la de ahuyentar los malos pensamientos. Si algún libro dice que funciona, es mentira.

Conspiraciones: eso es lo que más temo. Ya me había equivocado antes. Mi pesadilla no empezó cuando fui a Londres con Aidan. Empezó antes, mucho antes. La lista de posibles inicios es infinita: cuando Mary Trelease se cruzó en mi camino, cuando lo conocí a «él» y a «ella», cuando vine al mundo como hija de Godfrey e Inge Bussey.

La inspectora Zailer levanta las manos.

—No se preocupe: si existe la mínima posibilidad de que se haya cometido un crimen, haré lo que haga falta para llegar al fondo del asunto.

Sus palabras no me tranquilizan. Aidan y Mary Trelease, conspirando juntos contra mí. Si es así, no quiero saberlo. No lo soportaría. ¿Estaba con ella todas las noches que no ha pasado conmigo?

Me pongo en pie y hago una mueca de dolor cuando todo el peso de mi cuerpo descansa sobre mi dolorido pie.

—He cometido un error viniendo aquí. Lo lamento.

—No lo lamente. Siéntese. Para poder iniciar una investigación necesitamos una declaración oficial…

—¡No! No quiero hacer ninguna declaración. He cambiado de opinión.

—Tranquilícese, Ruth.

—Conozco la ley. No puede obligarme a hacer una declaración. No he hecho nada malo. No puede detenerme… y eso significa que puedo irme cuando quiera.

Me arrastro hasta la puerta, la abro y me alejo por el pasillo tan deprisa como mis piernas me lo permiten, que no es mucho. La inspectora Zailer me alcanza en seguida. Camina junto a mí sin decir nada mientras cruzamos la recepción y salimos a la calle, donde corre un aire tan frío que golpea mi rostro como una bofetada. Observa sus largas uñas, como si el hecho de caminar juntas fuera algo totalmente fortuito. Al final, en un tono informal, me dice:

—¿Sabe qué celebro mañana por la noche, Ruth?

—No.

—Mi fiesta de compromiso. ¿No será que…? Toda esta historia no tendrá algo que ver con la fiesta, ¿verdad? ¿No aparecerá usted mañana por la noche con una tarta y me gritará: «¡Sorpresa!», no? Si es así, ¿no estará metido en todo esto un tal Colin Sellers?

Me detengo y me doy la vuelta para mirarla a la cara.

—No sé de qué me está hablando. Olvide todo lo que le he dicho, ¿de acuerdo?

Y acto seguido echo a correr. El dolor del pie es, si cabe, más insoportable, pero ella no me sigue. Solo me grita que se pondrá en contacto conmigo. Cuando abro la puerta del coche, siento su penetrante mirada clavada en mi espalda.

Sabe dónde vivo y no se olvidará de este asunto. Pero al menos no me sigue. Por ahora, eso es lo único que me importa. Si puedo alejarme de ella aunque solo sea un momento, me sentiré mejor.

Después de poner el motor del coche en marcha, bloqueo las puertas. Los neumáticos chirrían: he girado a demasiada velocidad, pero ya estoy en la calle y la he perdido de vista. Gracias a Dios.

Pasados unos minutos, me doy cuenta de que estoy temblando de frío. He olvidado el abrigo. Lo he dejado en aquella sala de la comisaría de policía, colgado en la silla. Con el artículo sobre Charlie Zailer en el bolsillo.

2

1/3/08

«Alguien tiene que decir algo», pensó Charlie. Un discurso. ¡Oh, Dios mío! Ya era demasiado tarde. Se le acababa de ocurrir en aquel mismo instante. No se había preparado nada y dudada mucho que Simon lo hubiera hecho. A menos que tuviera la intención de sorprenderla. «Por supuesto que no, tonta… No tiene ni idea del protocolo que hay que seguir en una fiesta de compromiso». Charlie se rio por dentro imaginándose a Simon golpeando su copa con un tenedor y diciendo: «Como no estoy acostumbrado a…». Qué mejor manera de empezar su supuesto discurso, teniendo en cuenta que la expresión «no estar acostumbrado a» podría haberla inventado Simon Waterhouse.

«Lo obligaré a hacerlo», se dijo Charlie, elaborando mentalmente una lista de posibles peligros. La fiesta había sido idea de Simon. «Lo obligaré a ponerse en pie delante de casi cien personas y a declarar su amor eterno por mí». Charlie dio la espalda al salón atestado de gente, al baile y a los gritos mezclados con las risas. ¿Qué derecho tenían los invitados a ser más felices que ella?

Llenó de champán las últimas copas que quedaban, levantó el mantel amarillo y se agachó para quitar de en medio las botellas vacías. Mientras estaba en cuclillas, junto a la pata de la mesa, deseó quedarse ahí para siempre o al menos hasta que la fiesta hubiese terminado. No quería volver a levantarse para atender a todo el mundo con una sonrisa de esta-es-mi-noche-especial.

Toda aquella gente no eran sus invitados ni los de Simon… En parte, aquel era el problema. Ninguno de ellos había ofrecido su casa para celebrar la fiesta de modo que todos, ellos dos, sus amigos, familiares y colegas —pagando, por supuesto— se habían reunido en el Malt Shovel de Hamblesford para la velada: era un *pub* que, por lo que Charlie sabía, no frecuentaba ni conocía ninguno de los presentes. Había sido el primero en contestar que sí cuando Charlie llamó por teléfono y preguntó: «¿Tienen un salón privado?». Demasiado ocupada para seguir buscando, decidió que serviría. Hamblesford era un bonito pueblo en cuyo centro había un parque, un monumento a los caídos y una iglesia. El Malt Shovel tenía unas ventanas llenas de tiestos con flores rojas y amarillas, la fachada de piedra blanca y el techo de paja. Estaba muy bien ubicado: con sus vistas sobre un arroyo y un puentecito, venía que ni pintado para la ocasión.

Porque aquella noche se trataba de aparentar. Simon no lo sabía, pero Charlie sí. No entendía por qué había insistido en celebrar una fiesta de compromiso; no era propio de él. ¿De veras quería que su relación fuera el centro de toda la atención? Al parecer, así era, y él no dijo nada cuando ella le preguntó por qué. «¿Es lo normal, no?». Eso fue todo lo que dijo.

No podía ser un intento de complacer a su madre. Kathleen Waterhouse apenas salía de casa, salvo para ir a la iglesia y a la residencia de ancianos donde trabajaba media jornada. Simon había tardado semanas en convencerla de que asistiera a aquella fiesta, y, cuando lo hizo, fue con la condición de quedarse solo una hora. ¿Sería cierto que se iría a las nueve en punto? Había llegado a las ocho, como Simon había dicho, del brazo de su marido, Michael, muy pálida, diciendo: «¡Oh, querido! No seremos los primeros, ¿verdad?». Simon y Charlie les demostraron efusivamente lo mucho que se alegraban de verlos, aunque ellos no reaccionaron con tanto entusiasmo. Ni siquiera les habían traído un regalo. Charlie esperaba al menos su enhorabuena, pero Kathleen, encogiéndose contra su marido como si quisiera fundirse con él, lo único que dijo fue: «Ya

sabes que solo nos quedaremos una hora, ¿verdad, querida? ¿Te lo ha dicho Simon? No me gusta estar en un sitio donde la gente bebe y arma jaleo». Abrió unos ojos como platos al ver el montón de botellas y latas que había sobre la mesa, junto a la entrada. «De momento —pensó Charlie—, no estoy unida por el matrimonio a un abstemio convencido, pero dentro de poco eso va a cambiar».

Mientras hurgaba bajo la mesa, se dio cuenta de que había algo brillante junto a su brazo. Volvió la cabeza y vio un zapato dorado con un tacón tan alto que obligaba al pie que lo calzaba a doblarse en ángulo recto; el tobillo estaba cubierto de espray autobronceador.

—¿Te estás escondiendo? —Stacey, la mujer del subinspector Colin Sellers, golpeó con la pierna la espalda de Charlie y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio—. ¡Mmm! —exclamó—. ¡Qué agradables son las burbujas! El regalo que te hemos traído Colin y yo te va encantar, ya lo verás.

Charlie lo dudaba. En su coche, Stacey había pegado un adhesivo que decía: «Pita si estás cachondo». En casi todo, sus gustos eran discutibles. Especialmente en cuestión de maridos: Colin Sellers se acostaba con Suki Kitson, una cantante, desde que Charlie lo conocía. Todo el mundo lo sabía, excepto la boba de su mujer.

Charlie esperó a que Stacey se fuera antes de levantarse. Echó un vistazo al reloj: las nueve menos cuarto. Faltaban quince minutos para que se cumpliera la hora que les había concedido Kathleen. Si los padres de Simon eran puntuales, tal y como habían prometido, podrían volver a subir el volumen de la música. Hasta entonces, apenas había conseguido escuchar el CD de Limited Sympathy que estaba sonando. Kathleen había pedido que bajaran el volumen, porque la música muy alta le provocaba migraña.

Charlie echó un vistazo al salón a través de los espacios que había entre los diversos grupos de cuerpos sudorosos, buscando a su futura suegra. «Puaj, ¡vaya idea!». El siguiente, aún peor, le llenó los ojos de lágrimas. «No es verdad. En realidad, Simon no quiere casarse conmigo. Se echará atrás en el último momento, justo antes de que sea demasiado tarde».

Y ella —se preguntaba, y no por primera vez—, ¿quería que fuese demasiado tarde? ¿Quería ver a Simon atrapado por su propia insensatez y porque no se conocía muy bien a sí mismo en un matrimonio que ella deseaba pero él no? Se clavó las uñas en la palma de la mano para poner fin a todas aquellas absurdas elucubraciones. Eran absurdas; por supuesto que lo eran. En lo que se refería a Simon, lo único que estaba más allá de toda duda era su inteligencia. Las personas inteligentes no proponían matrimonio una y otra vez si no tenían intención de casarse. ¿O sí?

«¿Acaso soy tan estúpida como Stacey?», se preguntó Charlie.

El salón privado parecía una sauna: era sórdido, con dos niveles y un papel pintado de color mostaza con un dibujo geométrico en forma de diamantes superpuestos y unas ventanas de guillotina de cristales grasientos y tan viejas que los marcos se estaban pudriendo. Todo el dinero que se habían gastado en el Malt Shovel en los últimos años se había invertido en la fachada. «¡Vivan las falsas apariencias!», pensó Charlie, levantando su copa en un brindis privado. Echó un vistazo para ver si localizaba a algún camarero del *pub*, alguien que pudiera apagar la calefacción.

Simon estaba junto a ventana, charlando con el subinspector Chris Gibbs y su esposa, Debbie. Charlie no conseguía cruzarse con su mirada. Trató de transmitirle telepáticamente la palabra *discurso*. Al ver que eso no funcionaba, lo intentó con la palabra *padres*. ¿Dónde se habían metido Kathleen y Michael? Estaba enfadada, convencida de que se preocupaba más por ellos que Simon. «Por favor, haz que estén enzarzados en una agradable conversación con alguien respetable». El inspector jefe Proust y su mujer, Lizzie, por ejemplo: en ese caso, el desastre no sería total. Sin embargo, era casi seguro que, en cualquier conversación, Proust, aunque no bebiera, haría algún comentario capaz de ofender a su interlocutor. Pero, cuando estaba con Lizzie, dejaba que fuera su esposa quien hablara, de modo que todo iba bien.

A Charlie le caía muy bien la mujer del inspector jefe. Lizzie era una mujer bajita, de pelo blanco y muy corto y rostro

sorprendentemente lozano para alguien que dentro de poco cumpliría los sesenta. Era una mujer con los pies en el suelo, se relacionaba muy bien en sociedad y era más amante de la tranquilidad que del bullicio. Charlie se sentía un poco culpable por referirse a ella a sus espaldas como «la mujer de Muñeco de Nieve»; no le parecía justo hacer extensivo el alias de Proust a su esposa, cuya calidez era una de las pocas cosas capaces de descongelar el frío comportamiento de su marido.

Charlie vio a Giles y Lizzie Proust hablando con Colin Sellers junto a la mesa del bufé. Sellers estaba bastante borracho: tenía la cara roja y el rostro empapado en sudor. Proust se mostraba impasible, aunque eso no era nada inusual en Muñeco de Nieve. Las más de las veces tenía esa expresión en el rostro, incluso cuando no estaba delante de un hombre ebrio. Charlie estaba inquieta: algo, aunque no sabía qué, turbaba sus pensamientos. ¿Qué sería? Tenía que ver con Sellers… La mujer con la que había hablado el día antes, la que dijo llamarse Ruth Bussey. Charlie le había preguntado si había sido idea de Sellers que le contara aquella ridícula historia sobre su novio, el asesino de una mujer que no estaba muerta, una broma que sería revelada durante la fiesta. Y si…

Charlie no quería pensar en ella, fuera cual fuese su nombre. Tenía, de pies a cabeza, el aspecto de una chica inocente: pelo rubio y ondulado hasta la cintura, vaqueros desteñidos, camiseta con cuello de flores bordadas, unos zapatos terriblemente femeninos atados en torno al tobillo con una cinta. «No llevaba medias ni calcetines… No me extraña que no parara de temblar. A menos que eso también formara parte del numerito». Su mirada suplicante, aquel modo implorante de encoger los hombros… Charlie casi se había convencido de su sinceridad. Y además, en el bolsillo del abrigo que se había olvidado, había encontrado el recorte de un artículo sobre ella. Tuvo que sentarse y permanecer un rato con los ojos cerrados para ahuyentar el pánico. La noche anterior, entre preguntas y temores, apenas había pegado ojo.

Al oír la risa de su madre, se volvió. ¡Oh, no! Los padres de Simon estaban hablando con los suyos. Mejor dicho: los estaban escuchando. Kathleen y Michael Waterhouse, encogidos contra una pared de color verde bilis, se habían estrechado como si estuvieran haciendo frente a un ataque. El padre de Charlie, Howard Zailer, les estaba contando una de sus batallitas, y Linda, su madre, soltaba una de sus agudas y exageradas risitas cuando era conveniente. Los padres de Simon no se permitían ni un amago de sonrisa.

Charlie no podía mirar. Agarrada a su copa de champán, se abrió paso entre la multitud hacia la puerta que conducía a las escaleras. La vía de escape. Antes de abandonar el salón, se dio la vuelta y vio que Simon tenía la mirada fija en ella, aunque la apartó en seguida para asentir a algo que estaba diciendo Debbie Gibbs. Debbie iba muy elegante: llevaba un vestido largo negro de cuello alto que, a pesar de ser muy ajustado, no dejaba ver nada, y el pelo recogido en un moño. «Muchas gracias, un montón de malditas gracias», dijo Charlie entre dientes mientras bajaba a toda prisa las escaleras, derramando champán sobre su vestido. Sabía que Simon y ella eran los anfitriones; bueno, era un decir, ya que el dueño del Malt Shovel no lo era. Tenían que hablar un poco con todo el mundo, prestar más atención a sus amigos que el uno al otro, pero ¿le habría costado mucho dedicarle una sonrisa?

Salió a la calle. La noche era fría. Encontró un banco de piedra donde sentarse y empezó a sentirse muy bien tomando el fresco, aunque sabía que no tardaría mucho en helar. Acababa de encender un cigarrillo cuando oyó unos pasos que se acercaban. Era Kate Kombothekra, la mujer de Sam, el complaciente sustituto de Charlie en el departamento de investigación criminal, el nuevo jefe de Simon. Al igual que Debbie Gibbs y Stacey Sellers, Kate se había puesto de tiros largos para la más especial de las ocasiones especiales. Su brillante vestido verde era del mismo color que el mar Mediterráneo bajo un cálido sol estival y se oía un suave frufrú a cada paso que daba. Un chal y unos zapatos dorados otorgaban a su atuendo el perfecto toque final.

¿Acaso las mujeres de los miembros del departamento de investigación criminal se habían puesto de acuerdo para echarse unas risas a espaldas de Charlie, a costa de su patética fiesta de compromiso, y habían decidido vestirse con sus mejores galas para demostrar que solo se trataba de una farsa? Charlie deseaba haberse puesto el único vestido que tenía en vez de un top con cuello de pico de color cereza y pantalones y zapatos negros. La fina cinta de terciopelo que rodeaba el cuello de pico era la única nota elegante de su ropa, una pequeña concesión a lo que se suponía que debía ser una celebración; sin ella, habría parecido que se hubiese vestido para asistir a una reunión cualquiera.

—El calor es insoportable… —dijo Kate, secándose la frente—. Si me hubiese quedado ahí dentro, tendría que haberme echado encima uno de tus cubos de hielo.

—No son míos; son del *pub*.

Kate lanzó a Charlie una mirada de extrañeza y luego le dedicó una sonrisa de complicidad.

—He conocido a tus futuros suegros. Comprendo que tengas esa expresión cadavérica.

—Muchas gracias.

Charlie dio una larga calada al cigarrillo, aspirando a fondo para que su rostro tuviera el aspecto de una calavera.

—He dicho cadavérica refiriéndome al humor, no por tu aspecto.

El pelo rubio de Kate y su luminosa piel siempre parecían recién salidos de un tratamiento estético realizado por manos expertas.

—Es curioso el efecto que produce conocer a los parientes cercanos de alguien. Salen a relucir todos sus aspectos negativos —observó Charlie. Kate la había ofendido; ser puesta al corriente de uno de sus pensamientos más deplorables era su castigo—. Sospechas que hay algo que falla en una persona, y entonces conoces a sus padres y piensas: «Ahora lo entiendo». Me pregunto si Simon, ahora que ha conocido a los míos, es capaz de ver claramente mis defectos, que sin duda empeorarán a medida que envejezca.

Kate se rio entre dientes.

—A veces se puede desafiar a la naturaleza y al entorno familiar —dijo—. Piensa en Sam: es el hombre más amable y considerado del mundo, y sin embargo sus padres son un par de holgazanes egoístas a los que no les importa nadie. Y sus hermanos y hermanas también: todo el clan Kombothekra es igual. Cuando vienen a casa, se sientan en el sofá, como si fueran el equivalente humano de un círculo de piedras druídicas, mientras Sam y yo nos ocupamos de servirlos. No son capaces de levantar ni un dedo. Son peores que mis hijos, incluso cuando eran solo unos críos.

Charlie no pudo evitar sonreír. Era un consuelo saber que incluso las mujeres de sedoso pelo rubio tenían problemas.

—Tendrán lo que se merecen —dijo Kate, entrecerrando los ojos —. Este año no pienso invitarlos a la cena de Nochebuena. Aún no lo saben, pero yo sí, y tengo nueve meses para regodearme en mi secreto.

—Solo estamos a primeros de marzo. Por favor, no me hagas pensar en la Navidad.

¿Qué harían Charlie y Simon el día de Navidad? ¿Querría pasarlo con ella? ¿O habría una reunión de las familias Zailer y Waterhouse? Charlie sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Charlie pensó que, si no tenía intención de invitarlos, la relación de Kate con los familiares de Sam debía de ser terrible. Kate era de esa clase de personas que siempre estaban dispuestas a invitar a cualquiera a su casa, prepararle una buena cena y luego insistir para que se quedara a pasar la noche. Charlie era prácticamente una desconocida cuando Kate empezó a invitarla a comer a su casa; ahora, después de muchos encuentros, pensaba que debía considerar a Kate una amiga. ¿Qué había de malo en tener una amiga que preparaba deliciosas tartas de manzana y arándanos? Kate siempre decía que el ingrediente fundamental era el whisky, aunque desde el punto de vista de Charlie había algo incluso más básico y que consistía en ser alguien cuyo concepto de algo dulce

iba más allá de sacar de su envoltorio una barrita de chocolate de Cadbury.

—Dime, ¿Sam y tú celebrasteis una fiesta de compromiso? Sí, por supuesto que sí —dijo Charlie, respondiendo a su propia pregunta—. Apuesto a que la organizasteis en casa de uno de los dos.

Kate abandonó la fantasía de venganza a la que se había abandonado por unos instantes.

—En casa de mis padres. ¡Oh! Los padres de Sam no habrían… —Kate se interrumpió—. Pero dijiste que no querías celebrarla en tu casa. Y Simon tampoco quiso hacerlo en la suya.

—Exacto —dijo Charlie en un tono de voz pausado—. ¿Qué nos pasa?

Kate se encogió de hombros.

—Simon no habría podido relajarse con la casa llena de gente, ¿verdad? Y tú estás en medio de tus reformas. —Kate sonrió—. Aunque no sé si es adecuado decir «en medio de» cuando parece algo que nunca va a acabar.

—No empieces.

—Intenté hacerte entender que una casa en obras habría sido el sitio ideal para dar una fiesta. ¡Nadie podría vomitar sobre una costosa tapicería!

—Y tenías razón —repuso Charlie—. Pero no te hice caso y reservé un sórdido salón en un *pub* porque yo no soy como Sam y tú. Y Simon tampoco. Somos incapaces de hacer que la gente se sienta bien acogida. Si tenemos que fingir que estamos a gusto con la gente a la que conocemos, preferimos hacerlo en territorio neutral. —Por algún motivo, Charlie disfrutaba siendo despiadada consigo misma; era una manera de compensar las ocasiones en que lo era con los demás—. Dime, ¿alguien pronunció un discurso?

—¿En nuestra fiesta de compromiso? Sí, Sam. Muy sentido y muy largo. ¿Por qué? ¿Vas a pronunciar uno tú? ¿O lo hará Simon?

—Por supuesto que no. No hacemos nada como es debido.

Kate estaba perpleja.

—Si te apetece, puedes pronunciar un discurso. Da igual que sea improvisado. A veces la espontaneidad…

—Antes preferiría rociarme la cara con ácido —la interrumpió Charlie—. Y Simon haría lo mismo.

Kate lanzó un suspiro, envolviéndose los hombros con el chal.

—Apuesto a que Simon no lo haría aun cuando estuviera seguro de que iba a dar un buen discurso. Confianza, eso es lo que le falta. Para él es un terreno desconocido.

—Al parecer, lo conoces mejor tú que yo.

—Lo que sé es que te adora. Y antes de que digas: «¿Y por qué no lo demuestra?», te aseguro que es verdad. Si no te das cuenta de ello es porque estás ciega.

—Antes me has dicho que tenía un aspecto cadavérico y ahora que estoy ciega —dijo Charlie, entre dientes.

—Simon hace las cosas a su manera. Necesita tiempo, eso es todo… Tiempo para acostumbrarse a estar en pareja. Una vez estéis casados, tendréis mucho tiempo, ¿no? —Daba la impresión de que Kate le estuviera proponiendo algo indeciblemente sano: un bonito paseo al aire libre—. Deja de preocuparte por lo que debe rías hacer y de compararte con el resto de la gente. ¿Cuándo vais a fijar la fecha?

Charlie se echó a reír.

—Espero que tengas claro que eres una voz en el desierto —dijo —. Eres la única persona que no cree que el hecho de que Simon y yo nos casemos es el mayor error desde que el mundo es mundo. Incluidos Simon y yo, evidentemente.

Kate le quitó el cigarrillo de los labios, lo tiró al suelo y lo pisó con su zapato dorado.

—Tendrías que dejarlo —dijo—. Piensa en los hijos que tendréis y en cómo se sentirán al ver morir a su madre.

—No pienso tener hijos.

—Pues claro que los tendrás —repuso Kate en tono autoritario—. Mira, ya que te gusta tanto compadecerte, déjame que al menos te dé un motivo para hacerlo. ¿Sabes lo que dicen todos ahí dentro? —

preguntó, señalando el *pub*—. En casi todas las conversaciones que he mantenido esta noche se preguntaban si Simon y tú ya lo habíais hecho. He oído pronosticar a dos personas que dentro de un año estaréis divorciados y cinco o seis más dudaban que llegara a celebrarse la boda. ¿Sabes lo que te ha comprado Stacey Sellers como regalo de compromiso?

Charlie tuvo la desagradable sensación de que estaba a punto de descubrirlo.

—Un vibrador. La he oído reírse mientras les decía a Robbie Meakin y a Jack Zlosnik que seguramente Simon no sabría lo que es. «Cuando lo descubra, echará a correr como alma que lleva el diablo», ha dicho.

—No me cuentes más.

Charlie se levantó, empezó a andar hacia el puente y encendió otro cigarrillo. Morir no era una perspectiva tan mala, sobre todo teniendo en cuenta que sus hijos no natos no podrían verla. Kate la siguió.

—Y luego dijo: «Bueno…, al menos Charlie podrá tener un orgasmo después de que Simon haya huido aterrorizado».

—Esa mujer es una cucaracha.

—Más bien una babosa, diría yo —la corrigió Kate—. Se arrastra por el fango y no cruje. Y la vas a hacer muy feliz si te vas de tu fiesta de compromiso y no vuelves. ¿Quieres que piense que te avergüenzas de tu relación con Simon?

—Yo no me avergüenzo. —Charlie hizo una pausa—. Me da igual lo que piensen los demás.

Kate la agarró por los brazos y arrugó la nariz cuando el humo del cigarrillo alcanzó su cara.

—Lo amas más de lo que la mayoría de la gente quiere a la persona con la que se ha casado. Darías tu vida por él sin dudarlo ni un segundo.

—¿De veras?

—Confía en mí.

Charlie asintió con la cabeza a pesar de que tenía la sensación de que debía discutir con Kate. ¿Por qué debería fiarse de ella? ¿Era posible calcular el nivel de amor de los invitados mientras se servía una tarta?

Kate soltó a Charlie.

—Escucha —dijo—. A menos que todos los chismorreos que sigo escuchando carezcan de fundamento, y la experiencia me dice que raramente los chismorreos son infundados, entonces es que Simon y tú tenéis algún problema en vuestra vida sexual. —Antes de que Charlie pudiera decirle que se ocupara de sus asuntos, Kate continuó —. No sé de qué se trata y tampoco quiero saberlo, pero de algo estoy segura: la vida y el amor son algo más que sexo. Y la única forma de conseguir que todo el mundo cierre la boca es volver a la fiesta y atajar cualquier conversación. Habla a tus invitados; no dejes que hablen entre ellos: lo que dicen no es creíble. Ya que no llevas zapatos de tacón, súbete a una silla y pronuncia un discurso.

Charlie se sorprendió al escuchar su propia risa. «Ya que no llevas zapatos de tacón…». ¿De verdad Kate había dicho eso?

—¡Espérame, Char!

La voz provenía de unos árboles que había junto al puente. Charlie cerró los ojos. ¿Qué es lo que habría oído Olivia de aquella conversación?

—Es mi hermana —dijo, respondiendo a las cejas enarcadas de Kate.

—Te veo ahí dentro en menos de tres minutos —dijo Kate.

—¿Quién era esa? —preguntó Olivia.

—La mujer de Sam Kombothekra. Llegas tarde.

—Esto no es un concierto —replicó Olivia.

Era una expresión que había aprendido de su padre. Howard Zailer la usaba siempre que llegaba tarde a algún sitio. Nunca la empleaba cuando iba a jugar al golf, algo que hacía al menos cinco días a la semana. La pasión de Howard por el golf se había extendido a su mujer, aunque ambos fingían que el repentino

entusiasmo de Linda por aquel deporte tenía un origen totalmente independiente, provocado por un extraordinario golpe de suerte.

—Entonces, ¿vas a pronunciar un discurso? —preguntó Olivia.

—Eso parece.

Olivia había decidido ponerse una falda tan ajustada que apenas le permitía mover las piernas, obligándola a caminar hacia al *pub* con pasitos muy cortos. Charlie tuvo que hacer un esfuerzo por no gritarle: «¡Muévete!». Ahora volvería a entrar en el salón y machacaría a cualquiera que diera la impresión de haber pronosticado el miserable fin de su compromiso con Simon. «¿Cómo se atreven? ¿Cómo se atreven a beberse el champán que hemos pagado los dos y destriparnos a nuestras espaldas?». Su discurso —que iba cobrando forma mentalmente mientras caminaba con fingida paciencia detrás de su hermana, que iba arrastrando los pies— sería una flagelación verbal para todos aquellos que la merecieran. No se trataba exactamente de un espíritu festivo en el sentido tradicional, pensó Charlie, pero al menos enardecía sus ánimos.

Una vez en el salón, se subió a una silla. No tuvo que golpear una copa ni alzar la voz para reclamar la atención. Todos los ojos se posaron en ella y la gente empezó a pedir silencio.

—¿Podría alguien bajar el volumen de la música? —dijo.

Un hombre que llevaba una camisa blanca con una pajarita negra asintió con la cabeza y abandonó el salón. Charlie no sabía quién era. Se preguntó si él la conocería y si los rumores sobre su insatisfactoria vida sexual habrían llegado a oídos del personal del Malt Shovel que les habían echado una mano en la fiesta.

Un rápido vistazo al salón le confirmó a Charlie que Kathleen y Michael Waterhouse ya se habían ido. Simon, que estaba al fondo, en un rincón, parecía alarmado. Sin duda alguna, habría preferido que Charlie se lo hubiese consultado antes de hacer el ridículo delante de todo el mundo.

La música se interrumpió a mitad de una canción. Charlie abrió la boca. Dos segundos antes sabía lo que iba a decir —no habría dejado títere con cabeza—, pero seguía mirando a las personas

equivocadas. Lizzie Proust le dedicaba una enorme sonrisa de ánimo; Kate Kombothekra, con los labios, le enviaba un «¡Adelante!» desde el fondo de la sala, y Simon escogió ese preciso instante para sonreírle.

«No puedo hacerlo —se dijo Charlie—. No puedo fustigarlos a todos; no se lo merecen. Posiblemente solo lo merezcan menos de la mitad». Es posible que Kate hubiese exagerado. Pensó que necesitaba hechos más concretos para arremeter contra alguien.

«Te has subido a una silla en medio de una sala. Tienes que decir algo».

—Hay una historia que jamás he contado a nadie —dijo, pensando: ¿Qué coño estoy haciendo? Tenía un buen motivo para no haber contado esa historia: la hacía parecer una perfecta imbécil. Vio que Olivia fruncía el ceño. Liv pensaba que lo sabía todo sobre su hermana mayor, y era prácticamente cierto. Solo había un par de historias que ignoraba, y una de ellas era esta—. Cuando aún era una agente de policía novata, fui a una escuela de primaria a dar una charla sobre seguridad vial.

—¡Está claro que el director nunca te había visto conducir! —exclamó Colin Sellers.

Todo el mundo se echó a reír. Charlie tenía ganas de darle un beso: era el perfecto espectador poco exigente.

—En la clase, aparte de mí y de una treintena de críos, estaban la maestra y su ayudante, una chica joven…

—¡Una mujer! —gritó una voz femenina.

—Perdón, una mujer joven que trabajaba tanto como la maestra: sonaba narices, ayudaba a dibujar los símbolos de las señales de tráfico y acompañaba a los niños al baño. Al comenzar la clase, la mujer se había presentado y les había pedido a todos los niños que me dijeran su nombre, aunque no presentó a la ayudante, lo cual me pareció de mala educación. En fin, cuando yo hube acabado la charla y estaba a punto de sonar la campana, la maestra se puso en pie y dijo: «A ver, chicos, ¿qué os parece si dedicamos un gran aplauso a la agente Zailer por haber venido y habernos ofrecido una

charla tan interesante?». Todo el mundo se puso a aplaudir. Y luego añadió: «Y ahora, juntemos las manos por Gloria».

Al evocar el recuerdo, Charlie se encogió, a pesar de los años que habían transcurrido. Vio a Sam Kombothekra riéndose, junto a Kate, la única persona que parecía haber intuido lo que venía a continuación.

—Gracias a Dios, me dije: al fin alguien reconoce el trabajo de la pobre ayudante, Gloria. Empecé a aplaudir con entusiasmo, pero nadie más lo hizo. Todos los niños se quedaron mirándome como si estuviera loca. Y entonces me di cuenta de que todos habían juntado las manos para rezar…

Una ola de carcajadas invadió el salón. Charlie oyó la ronca risotada de su padre. Su madre y Olivia estaban a su lado, observándole para decidir hasta qué punto le había hecho gracia la historia y ver hasta qué punto ellas también se podían permitir unas risas.

«Piensa en positivo».

Desde el fondo de la sala, Charlie vio que Kate Kombothekra alzaba el pulgar. Stacey Sellers tenía un poco de guacamole en la comisura de los labios.

—Pues sí —continuó Charlie—. Entonces recordé que estaba en una escuela católica y que Gloria, además del nombre de la ayudante, también era el de una oración. Lo cierto es que no sabía nada sobre el catolicismo, ya que había sido educada por una pareja de *hippies* ateos cuyo dios era Bob Dylan. —Linda y Olivia Zailer parecían momentáneamente inquietas; cuando Howard se echó a reír, ambas sonrieron, aunque volvieron los ojos hacia Charlie—. Sabían más bien poco sobre los católicos, y me los imaginaba como unos bichos raros reprimidos, convencidos de que siempre tenían la razón en todo. —Charlie esperó unos segundos antes de proseguir —. Y entonces conocí a Simon.

Otro estallido de carcajadas. La risa histérica de Stacey Sellers se oía más que cualquier otra. «Demasiado tarde para echarse atrás», pensó Charlie.

—Simon, como el buen chico católico que es, debía de tener ideas preconcebidas sobre los hijos de los *hippies* ateos: son deslenguados, disolutos, promiscuos y con tendencia a destruirse a sí mismos y a quienes los rodean. —«Uno, dos tres, cuatro»—. Y entonces él me conoció a mí. —Esta vez, las risas fueron ensordecedoras. Charlie intentó no tomárselo a mal—. Y, en realidad, ahora me está mirando como si yo tuviera cuernos, de modo que puede que rompa el compromiso. Espero que no…, pero, si así fuera, se devolverán todos los regalos. —Y, como si acabara de ocurrírsele, Charlie añadió—: Lo cual significa, Stacey, que tendrás que llevarte el vibrador a casa, aunque dudo que te sirva de algo, dado que has dado a luz a dos hijos de forma natural… Bueno, para no extenderme… Muchísimas gracias a todos por venir. Quedan un montón de botellas… ¡Disfrutad de la fiesta!

Mientras se bajaba de la silla, Charlie vio que Simon se dirigía hacia ella.

—¿Qué coño…? —empezó, pero lo que iba a decir lo interrumpió Lizzie Proust, que apareció entre Simon y ella, arrastrando a Muñeco de Nieve.

—¡Ha sido el mejor discurso que he oído en toda mi vida! —exclamó Lizzie—. ¿No es verdad, Giles?

—No —dijo Proust.

—Que sí. ¡Has estado increíble!

Lizzie estrechó a Charlie con un brazo, mientras con el otro seguía agarrando a su marido. Cuando Charlie consiguió soltarse, Simon había desaparecido.

—No creo que haya sido el mejor discurso que has oído en tu vida —observó Proust, lanzándole una gélida mirada a su esposa.

—Parece que a la mayoría de la gente le ha gustado, señor —repuso Charlie, sonriendo con convicción.

No iba a permitir que malograra su buen humor ahora que había mejorado tanto. Había sido un buen discurso. Pero ¿dónde se había metido Simon? No se habría enfadado de verdad, ¿no?

La música volvió a sonar, más alta que antes. Habían cambiado el CD: *Carnival II*, de Wyclef Jean. Charlie percibió de inmediato el disgusto de Proust y se preguntó si, en algún momento de su vida, en su juventud, el inspector jefe habría tenido una mentalidad abierta. Charlie sintió que alguien la agarraba del brazo: Debbie Gibbs.

—Ojalá supiera reírme de mí misma como tú lo has hecho —dijo Debbie, con los ojos humedecidos.

—Si quieres puedo reírme de ti —bromeó Charlie. Debbie sacudió la cabeza; no había pillado el chiste. «Eres policía, no humorista», se recordó.

Cuando Debbie se hubo ido, Olivia se llevó a Charlie a un rincón.

—Mamá y papá nunca fueron *hippies*.

—Bueno, pues si quieres llámalos… socialistas que toman champán, gente con una lujosa casa que iba a manifestaciones y que comía mucha pasta…, pero eso me habría llevado mucho tiempo explicarlo. Ahora es mucho más fácil de resumir diciendo que papá es un adicto al golf.

—No empieces, Char.

—¿No me dirás que te interesan sus historias sobre golf?

Cuando Olivia se sometió al tratamiento contra el cáncer, Howard Zailer había estado ahí, tanto como Linda y Charlie. Sus horizontes empezaron a estrecharse cuando se retiró. En 2006, cuando el nombre de Charlie apareció en toda la prensa, solo había intercambiado un par de palabras sobre todo lo que ella estaba sufriendo; después de todo, no era una cuestión de vida o muerte. Howard no podía llegar tarde a su partido de golf, y si Charlie llamaba por la noche, tampoco podía dejar de ir a tomarse una copa con sus amigos. «Te paso a tu madre —le decía siempre que llamaba—. Luego me lo cuenta».

—Tendrás que disculpar mi empeño en llevarme bien con la familia a pesar de todos sus defectos —dijo Liv, enfurruñada y mirando a Charlie de arriba abajo—. No hay mucho donde elegir, ¿no le parece? No tengo ningún pariente que no sea un pesado.

Supongo que a ti te gustaría que cortara todos los vínculos, me fuera a una perrera y me metiera en una jaula a esperar a que me adoptara la familia perfecta.

Charlie pensó que seguir discutiendo no era una decisión inteligente, pero Olivia no era de su misma opinión.

—¿Podemos decir exactamente lo que pensamos, o esa prerrogativa es solo tuya? No pensaba decir ni una palabra sobre lo ridícula que es toda esta farsa, tu absurdo compromiso…

—¿Me equivoco si digo que has cambiado de opinión? —le espetó Charlie.

Liv no tuvo oportunidad de contestar. Del salón, junto a la mesa donde habían dejado los regalos, les llegaron unos gritos. La voz de Simon. Los invitados que la habían oído se volvieron en esa dirección: no querían perderse la escena.

Stacey Sellers estaba llorando. Simon tenía en la mano un enorme vibrador y lo agitaba como si se tratara de una porra.

—Creías que esto era lo que necesitábamos, ¿verdad? —gritó, lanzando el vibrador al suelo. Fue a parar sobre un trozo de papel, junto a lo que quedaba de la caja de plástico que lo contenía.

—Los juguetes eróticos no tienen nada de malo. No son ninguna perversión —le respondió Stacey a gritos—. ¿Es que nunca has visto *Sexo en Nueva York*? ¿Acaso no sabes nada?

—No le falta razón —susurró Olivia al oído de Charlie—. Puede que la libido no sea esencial, pero el sentido del humor sí.

—Liv dice que se lo quedará si nosotros no lo queremos —gritó Charlie desde lo alto de las escaleras.

Simon se quedó mirándola.

—Recoge tus cosas —dijo—. Nos vamos.

—¿Que nos vamos? Simon, solo son las nueve y diez. No podemos irnos; es nuestra fiesta.

—Yo hago lo que me sale de los cojones. Dame las llaves. Nos vemos luego.

¿Las llaves? ¿Significaba eso que pensaba pasar la noche en su casa? A eso se refería… No había otra interpretación posible. Charlie

miró a su alrededor para comprobar si alguien se reía, pero la mayoría de la gente parecía estar más interesada en el lloriqueo de Stacey. Era imposible que alguien supiera que Simon y ella nunca habían pasado una noche juntos en sus respectivas casas o en cualquier otro lugar, ni que ella temía que eso nunca llegara ocurrir, incluso después de haberse casado.

—Voy contigo —dijo Charlie, cogiendo el abrigo y el bolso de la percha que había junto a la escalera.

Olivia estaba a punto de explotar.

—Acabo de llegar. ¿No puede esperar un poco Simon?

«Claro que puede. Que nadie diga que Simon no puede esperar», pensó Charlie. Era capaz de esperar tanto que el corazón de Charlie corría el peligro de fosilizarse. Era ella la que no podía esperar ni un minuto.

Entonces, ¿vas a contármelo?

Simon estaba sentado en el suelo del salón de Charlie, con las rodillas apoyadas en el mentón y una lata de cerveza sin abrir en la mano. Su piel tenía un aspecto cetrino y granuloso. Charlie vio que tenía unas motas de polvo en la raya del pelo. ¿Es que no se había duchado antes de salir?

Ella estaba en medio del salón, que aún no había decorado ni amueblado, haciendo esfuerzos por no ponerse a gritar. Se estaban perdiendo su fiesta de compromiso por estar allí, en aquel ambiente tétrico, manteniendo aquella forzada conversación.

—Da igual, Simon. ¡Por el amor de Dios!

—Entonces no vas a contármelo.

Charlie lanzó un gemido.

—Es una serie de televisión sobre cuatro mujeres que viven en Nueva York, ¿vale? Son amigas y folian con muchos hombres…, fin de la historia.

—Todos la han visto. Todos menos yo.

—¡No! Seguramente hay un montón de gente que nunca ha oído hablar de ella.

—Los bichos raros reprimidos, citando tu brillante discurso.

—Ha sido brillante. —Charlie intentó sacar fuerzas de su infelicidad, convirtiéndola en rabia—. Ya he explicado por qué lo he hecho. Kate Kombothekra me dijo que todos se reían de nosotros y se me ha ocurrido utilizar sus armas para hacer lo mismo.

Simon se puso en pie de repente.

—Me voy a casa.

Charlie se colocó entre él y la puerta.

—¿Has venido aquí para preguntarme por *Sexo en Nueva York* y luego marcharte? ¿Por qué estás aquí, Simon? ¿Es que en la fiesta has oído a alguien hablar de nuestra vida sexual… o de la ausencia de ella? Kate me ha dicho que estaba en boca de todo el mundo. A lo mejor querías que todos nos vieran irnos juntos para que sacaran una conclusión equivocada.

—¡El problema es lo que te he oído decir a ti! —le gritó Simon a la cara—. Son deslenguados, disolutos, promiscuos y con tendencia a destruirse a sí mismos… Por suerte, mis padres ya no estaban allí.

—¿Tienes miedo de que mamá y papá descubran cómo son las cosas? ¿Que descubran cómo soy de verdad?

—Lo habrías hecho de todas formas, ¿no? Aunque hubieran estado presentes.

—¡Pero no estaban! Eres ridículo. Todo esto es por culpa de tu vanidad.

—No, es por culpa de tus distorsiones y tu… ¡exhibicionismo! Esa historia sobre la escuela de primaria…, ¿era cierta? Teniendo en cuenta que todo el resto era un montón de mierda, tengo mis dudas.

—¿Crees que era solo una excusa, un pretexto para burlarme de los católicos?

—Oh, tú no discriminas a nadie…, tú pones de vuelta y media a todo lo que se mueve. ¡Cuanto más indefenso, mejor!

Charlie dio un paso atrás para alejarse de su rabia. «Stacey Sellers se ha librado de lo peor», pensó.

—¿Quién es indefenso, Simon?

—Entonces, ¿es verdad? ¿La maestra dijo: «Juntemos las manos por Gloria» y tú no sabías a qué se refería? Lo siento, pero…

La voz se le quebró. Se dio la vuelta y se frotó la cara con las manos.

—¿Lo siento pero qué?

—Dime, ¿tenemos algo en común? ¿Vivimos en el mismo planeta?

«Esto no puede estar pasando».

—Haz lo que creas conveniente —dijo Charlie—. No tengo ninguna intención de disuadirte.

Charlie salió del salón y fue al piso de arriba. Entró en su habitación, pero decidió no cerrar dando un portazo; cerró la puerta con mucho cuidado. No era ninguna niña; no quería que la trataran como tal ni comportarse como si lo fuera. A Lizzie Proust le había gustado su discurso. Y a Debbie Gibbs también. Su horrible discurso. ¿Qué le había dado? «Son deslenguados, disolutos, promiscuos…». Simon había olvidado la parte final: «Y con tendencia a destruirse a sí mismos y a quienes los rodean». «¡Uy!», exclamó Charlie en voz alta. Su voz retumbó en el silencio. Se preguntó qué pensaría Kate Kombothekra sobre lo que había dicho; ¿levantaría o bajaría el pulgar la persona que la había instigado a convertirse en el hazmerreír de todos?

La puerta se abrió.

—¿Disuadirme de qué? —preguntó Simon.

No tenía aspecto de ser feliz. Nunca lo tenía.

—De dejarme. Aquí tienes tu anillo. —Charlie se lo sacó del dedo —. No voy a discutir por el diamante más pequeño del mundo.

—Yo no… Esto no es lo que quería. Mira, lo siento. Estaba muy enfadado.

—¿En serio? Pues no debo de haberlo entendido.

Charlie habría preferido morir antes que dejarle ver lo aliviada que se sentía. Estaba furiosa consigo misma por sentir aquel alivio. ¿A cuántos hombres, con los que podría haber estado comprometida en aquel momento, les habría parecido hilarante la historia de la escuela? A millones. A una docena, como mínimo. Y la mayoría habría deseado acostarse con ella.

—He tenido un mal día en el trabajo —dijo Simon—. He tenido que decirle a un hombre que…

—¡Oh, pobrecito! ¿Es que en el bar se han quedado sin filete y pastel de carne antes de que fuera tu turno?

—Cierra la maldita boca y vuelve a ponerte el anillo.

—Pues yo ayer también tuve un mal día —contraatacó Charlie—. Y me ha arruinado por completo el día libre que tenía hoy, pero, a pesar de ello, parece que soy capaz de comportarme como una persona civilizada. O, mejor dicho, parecía capaz de hacerlo… ¡hasta que tú decidiste tomarla conmigo! —Charlie parpadeó para que no se le cayeran las lágrimas mientras volvía a ponerse el anillo. «El diamante más pequeño del mundo». No debería haber dicho eso. No era verdad y era algo imperdonable—. Lo siento. Me encanta este anillo, y tú lo sabes.

«Si nos casamos y nuestro matrimonio funciona, Simon me preguntará por mi mal día antes de hablarme del suyo», pensó Charlie.

—Me he pasado toda la tarde con un hombre que ha confesado un asesinato —dijo Simon—. El problema es que la mujer a la que afirma haber matado no está muerta.

La mente de Charlie se quedó en blanco, concentrándose en una sola idea.

—¿Cómo has dicho?

—Lo sé, es muy extraño. A decir verdad, me ha puesto la carne de gallina… No me apetecía nada estar encerrado en una habitación con un tipo como ese. —Simon abrió la lata de cerveza—. ¿Quieres beber algo, o esta es la última lata que queda?

—Cuéntamelo todo —dijo Charlie, y se sorprendió al decirlo.

Era como si la fiesta nunca se hubiese celebrado y no hubieran discutido; estaba de nuevo en la recepción de la comisaría, tratando de no mirar las cintas que Ruth Bussey llevaba en torno a sus tobillos. Ruth Bussey, con su cojera, su voz delicada y aguda, que estaba asustada porque algo iba a ocurrir, aunque no sabía de qué se trataba…

«No, no. No puedo haberlo malinterpretado todo, otra vez no».

—No he seguido el caso desde el principio —dijo Simon—. Me lo han pasado hoy. Ayer, cuando se presentó, el tipo habló con Gibbs.

—¿Ayer? ¿A qué hora? ¿Cómo se llama ese hombre?

—Aidan Seed.

—No me lo puedo creer.

—¿Lo conoces?

—No exactamente. Dime, ¿a qué hora fue eso?

Simon hizo una mueca mientras lo pensaba.

—Creo que entre la una y las dos.

Charlie soltó todo el aire que tenía en los pulmones.

—A las doce menos diez, su novia me estaba esperando cuando llegué.

—¿Su novia?

—Dijo que se llamaba Ruth Bussey.

Simon asintió con la cabeza.

—Sí, la mencionó. No me dijo cuál era su apellido, solo Ruth. ¿Y qué quería?

—Al parecer, lo mismo que él. Me dijo que su novio aseguraba haber matado a una mujer llamada Mary Trelease…

—Sí —repuso Simon, asintiendo con la cabeza.

—… pero que no podía ser cierto, porque esa tal Trelease estaba viva. Al principio pensé que estaba desquiciada y le hice algunas preguntas rutinarias. Y cuanto más hablaba…

—Más te convenciste de que no estaba loca —la interrumpió Simon—. Estaba preocupada y alterada, pero cuerda.

—Preocupada es poco. He tratado con mucha gente que estaba trastornada, pero esa mujer estaba fatal. Temblaba de miedo; de

pronto se echaba llorar, y un segundo después parecía perdida, como si hubiese visto un fantasma, y empezaba a decir unas mentiras que no tenían ningún sentido. Se había hecho daño en el pie. Primero me dijo que se había hecho un esguince en el tobillo, y cuando le dije que no estaba hinchado, cambió la versión y me dijo que tenía una ampolla.

Simon empezó a pasear por la habitación; se mordía el pulgar, algo que solía hacer a menudo cuando estaba muy concentrado.

—Seed era todo lo contrario… No se inmutaba. Estaba muy tranquilo. Al principio pensé que tal vez había estado en un psiquiátrico, pero… no daba esa impresión, aunque insistía en algo que era imposible y no escuchaba nada de lo que le decía. Me repitió veintiocho veces algo que no podía ser cierto; incluso intentó usar la lógica para que lo creyera.

—¿A qué te refieres? —preguntó Charlie.

—Le pedí que me describiera a la mujer que había matado, y lo hizo hasta el más mínimo detalle. Su descripción coincidía punto por punto con la mujer a la que he visto y con la que he hablado esta mañana.

—¿Has visto a Mary Trelease?

La idea causó en Charlie una extraña sensación que no era capaz de explicarse.

—Sí, y Gibbs también. Ambos hemos visto su pasaporte y su permiso de conducir. Me ha enseñado la escritura de la casa que ha comprado, que está a su nombre, la correspondencia que mantuvo con su abogado cuando se mudó, los extractos del banco…

—¿Y por qué toda esa documentación? —preguntó Charlie—. Habría bastado con el pasaporte y el permiso de conducir.

—Creo que temía que la obligáramos a presentarse todos los días para que probara una y otra vez que era quien dice ser. Por eso reunió todos esos papeles, para demostrarme lo absurda que era la historia. Se comportaba como si… como si tuviera miedo de que yo le robara su identidad o algo por el estilo.

—¿Miedo en sentido literal?

Simon lo pensó un momento.

—Sí, bajo una aparente disponibilidad, he percibido cierto miedo.

Dos mujeres asustadas. A Charlie no le gustaba nada aquel asunto.

—¿Y por qué te han asignado el caso? ¿Has dicho que Seed vio primero a Gibbs?

Esperaba que le dijera que, en algún momento, Seed había solicitado expresamente la intervención de Simon. Aún no estaba dispuesta a creer que aquello no era una broma de mal gusto que le habían preparado. Si Ruth Bussey y Aidan Seed sabían que ella y Simon estaban prometidos…

—Kombothekra dijo que necesitaban a Gibbs para otra cosa —repuso Simon—. Pero, leyendo entre líneas, está claro que no se fiaba de él.

—¿No cree que Gibbs sea capaz de comprobar si alguien está vivo o muerto?

—Mary Trelease no lo dejó entrar —explicó Simon—. No vio la casa y, lo que es más importante, no vio la habitación de matrimonio, la que da a la calle. Según lo que Seed le contó ayer a Gibbs, ahí fue donde habría dejado el cuerpo sin vida de Mary Trelease, sobre la cama de ese dormitorio…

—Espera un momento. ¿Cuándo dijo que la había matado?

—No lo especificó. Tampoco dijo por qué lo hizo, aunque sí cómo: la estranguló.

—Ruth Bussey afirmó que Seed le había dicho que había matado a Mary Trelease hacía unos años.

Simon parpadeó un par de veces.

—¿Seguro?

—¿Te refieres a mí o a ella? Yo estoy segura de lo que dijo, y ella parecía convencida de que eso era lo que él le había dicho. Creo que repitió textualmente sus palabras: «Hace unos años maté a una mujer que se llamaba Mary Trelease».

—No tiene ningún sentido —murmuró Simon, volviéndose hacia la ventana.

«Por eso Sam Kombothekra no quería que Gibbs se ocupara del caso», pensó Charlie. Normalmente, los miembros del equipo del departamento de investigación criminal eran requeridos para indagar hechos que tenían una base lógica. Gente que se peleaba o se mataba por asuntos de dinero, drogas, o a menudo por ambas cosas a la vez. Robaban en tiendas, alteraban el orden público o aterrorizaban a sus vecinos porque pensaban que era la única forma de escapar de una vida sin futuro… Era triste, pero tenía una explicación racional.

Charlie estaba a punto de preguntar a Simon qué había querido decir con eso de que Seed había tratado de usar la lógica para convencerlo de que Mary Trelease estaba muerta, pero él le tomó la delantera.

—¿La mató hace unos años, dejó el cadáver en la habitación de matrimonio del número 15 de Megson Crescent y espera que todavía siga allí, tal y como lo abandonó, para que nosotros lo descubramos años más tarde, cuando decide confesar? No. —Charlie lo observaba mientras descartaba la hipótesis—. Hace unos años, Mary Trelease no vivía en esa casa; la compró en 2006 a una familia, los Mills.

—Eso fue hace dos años —señaló Charlie, sabiendo de antemano cuál sería la respuesta. ¿Sería capaz algún día de escuchar a alguien decir «2006» sin sentir un terremoto en la boca del estómago?

—La expresión «hace unos años» implica un lapso de tiempo más largo —observó Simon en el momento justo—. Y tú lo sabes.

Charlie no podía discutir. Ruth Bussey le dijo que Seed le había hecho su confesión en diciembre, y entonces 2006 supondría solo «el año pasado».

—¿Qué más te contó, aparte de que el cadáver de Trelease estaba sobre la cama de la habitación de matrimonio y que la había estrangulado?

—En la cama, no sobre ella. Me dijo que estaba desnuda cuando la mató y que su cuerpo estaba en medio de la cama, no en un lado o en el otro… Insistió mucho en ese punto. Salvo repetirme en varias ocasiones que no la había violado, no añadió nada más.

—Ruth Bussey no me contó nada de todo esto. —Charlie sacó un cigarrillo de un paquete que había sobre el alféizar de la ventana. No tenía el encendedor a mano—. ¿Estaba en esa habitación cuando ella se desnudó? ¿Se acostaron?

—No lo dijo.

—Y él, ¿iba vestido cuando la estranguló?

—Tampoco lo dijo.

Charlie dudaba que fuera capaz de plantear alguna pregunta que Simon no le hubiese hecho ya a Seed. Seguro que le había planteado varias veces todo lo que Gibbs había olvidado preguntarle.

—A algunas preguntas respondió de buen grado y con todo lujo de detalles… Sobre otras, en cambio, no dijo ni una sola palabra.

—Su novia hizo exactamente lo mismo —repuso Charlie.

—Hasta ahora, nunca me había encontrado con nada parecido. —Simon sacudió la cabeza—. Ya sabes lo que suele ocurrir normalmente: la gente habla o no habla. Unas veces, al principio, no consigues sacarles nada, pero luego los aprietas un poco y lo largan todo; otras no paran de hablar hasta que les haces caer en la cuenta que ellos solitos se han metido en un callejón sin salida, y a partir de entonces no dicen ni pío. Pues bien: con Aidan Seed no ocurrió nada de todo esto. Era como si tuviera una… una lista perfectamente controlada en su cabeza. Mejor dicho, dos listas: una con las preguntas que podía responder y otra con las que no. Cuando le planteé las preguntas de la primera lista, me dio toda la información posible; como ya te he dicho, me describió a Mary Trelease hasta el más mínimo detalle, desde una pequeña marca de nacimiento de color caramelo claro que tenía debajo del labio superior (sí, dijo «de color caramelo»), hasta los diminutos lóbulos de las orejas y su pelo hirsuto y rizado, negro, con algunas canas.

—¿Es una mujer atractiva? —preguntó Charlie—. No me mires así. No te estoy preguntando si te gusta. Era mera curiosidad.

—No es guapa —repuso Simon, después de haberlo pensado un momento.

—Pero ¿es llamativa? ¿Es sexy?

Simon se encogió de hombros.

—No lo sé.

«Aidan Seed no es el único que tiene en su cabeza una lista de las preguntas que no está dispuesto a responder», pensó Charlie.

—¿Especificó si la había matado en la cama o trasladó allí el cadáver después de haberlo hecho? —dijo, sabiendo que aquella pregunta figuraría en la lista de las que Simon consideraba aceptables.

«¿Hay algo que no haría por complacerlo? ¿Estaría dispuesta a retirarme antes de tiempo para ir de ciudad en ciudad vestida con jerséis horrorosos y el equipo de golf a cuestas?».

—Me dijo que ella estaba en la cama cuando la mató. Pero… a ver, pensemos. —Simon tomó un sorbo de cerveza—. «¿Trasladó el cadáver?». Si Seed y su novia están locos, nosotros estamos a punto de acabar igual que ellos. ¿Qué cadáver? Mary Trelease está viva.

—Has dicho «las preguntas que estaba dispuesto a contestar» —dijo Charlie—. ¿Quién le ha dado permiso para hacerlo? ¿Ruth Bussey? Ella también parecía ansiosa por hablar, pero solo ante determinadas preguntas. Cuando seguía interrogándola, la mayoría de las veces con la pregunta que era lógico plantear tras una respuesta, se cerraba en banda. Ni una palabra, ni siquiera un: «Lo siento, pero no puedo contestar a eso».

—¿Es posible que esté implicada una tercera persona, alguien que les diga lo que pueden o no pueden contar?

—¿Mary Trelease? —sugirió Charlie.

Simon desestimó la idea con un gesto de la mano.

—¿Por qué motivo les habría dicho que acudieran a la policía para fingir que Seed la había matado? ¿Y por qué motivo habrían accedido ambos a hacerlo? —Simon no esperó una respuesta, porque sabía que Charlie no tenía ninguna—. Gibbs le preguntó a Mary Trelease si conocía a un hombre llamado Aidan Seed. Ella le dijo que no, pero Gibbs piensa que estaba mintiendo. Hoy se lo he vuelto a preguntar, y le he dicho la edad que tenía y que era dueño de un taller de marcos… Y me ha dicho que no. Me pareció bastante

sincera. Sin embargo, en cuanto al resto de la historia, tuvo un día entero para prepararla. Lo que está claro es que él se siente culpable de algo. Sea lo que sea lo que tiene en su cabeza, no lo quiero en la mía. No paraba de repetir: «Soy un asesino». Dijo que tuvo la sensación de ser él quien moría cuando rodeó su cuello con las manos y la uña del dedo pulgar de la izquierda se le clavaba en el de la derecha…

—¿Eso dijo?

Simon asintió con la cabeza.

—Pero él no la estranguló. Ni a ella ni a nadie. —Charlie se estremeció—. Esto está empezando a desquiciarme. He oído a un montón de gente confesar crímenes que no habían cometido, pero siempre eran crímenes que había cometido otro. ¿Por qué confesaría alguien haber matado a una mujer que está viva? Según Ruth Bussey, Seed no le habló de la cama ni le dijo que la había estrangulado… ¿Por qué?

—Pues porque nadie querría que una imagen así quedara grabada en la memoria de su novia —aventuró Simon.

—¿Qué te contó Seed de su relación con Mary Trelease? ¿Cómo la conoció? —Por la expresión de Simon, Charlie se imaginó cuál era la respuesta—. No lo dijo. —Pensó en algo más que preguntarle, como si el hecho de elegir bien las palabras pudiera arrojar algo de luz sobre el asunto. Sin embargo, no se le ocurrió nada—. Deberíamos detenerlos a los dos por haber hecho perder el tiempo a la policía —dijo.

—No depende de mí. Por una vez, me alegro. Seed no se parece a ninguno de esos malditos artistas que he conocido hasta ahora. Había algo que lo preocupaba, algo muy concreto.

Charlie había pensado lo mismo de Ruth Bussey hasta que encontró el artículo.

—Es Kombothekra quien debe decidir qué hacer con el caso —dijo Simon—. Si dependiera de mí, no me arriesgaría y tomaría declaración a todos los implicados. Al menos a Seed. Claro que no sabría muy bien qué hacer con su declaración una vez la tuviera en

mis manos. —Simon frunció el ceño mientras discurría una nueva idea—. ¿Qué decidiste hacer después de haber hablado con Ruth Bussey?

Charlie se sentía acalorada.

—Pecar de negligencia, ese es mi lema —dijo, con amargura—. No pensaba investigar, aunque ella me dijo que temía que algo grave ocurriera. Incluso un tonto se habría dado cuenta de que estaba muy jodida. A diferencia de ti y de Gibbs, ni siquiera he comprobado si Mary Trelease seguía viva.

Charlie se llevó a la boca el cigarrillo que tenía en la mano: su comida favorita.

—No lo entiendo —dijo Simon.

Charlie salió de la habitación y empezó a bajar las escaleras.

—¿Qué pasa? —Simon fue tras ella—. ¿Qué he dicho?

—Nada. Voy a buscar un encendedor.

En el salón, sobre la repisa de la chimenea, había un montón entre los que escoger, todos de plástico y desechables.

—¿Qué es lo que me estás ocultando? —preguntó Simon.

—Lo siento, esa pregunta pertenece a la lista prohibida.

Charlie intentó reírse mientras encendía el cigarrillo. El maravilloso poder relajante de la nicotina empezó a surtir efecto.

—Antes has dicho que Ruth Bussey te estaba esperando ayer cuando llegaste al trabajo.

—¿Eso he dicho?

«Demasiado inteligente, por su propio bien y el de todos».

—¿Por qué te quería ver a ti?

Charlie fue a buscar el bolso, que había dejado colgado en el pomo de la puerta, y sacó el artículo del periódico.

—Se olvidó el abrigo. Esto estaba en un bolsillo.

¿Era consciente Simon de lo mucho que le costaba enseñarle aquello? Cabía la posibilidad de que en su momento no lo hubiera visto; Simon no leía la prensa local.

Lo dejó solo en el salón y se fue con su cigarrillo a la cocina y luego salió al patio trasero, a pesar de que hacía frío y no llevaba

nada de abrigo ni zapatos. Se quedó mirando lo que Olivia llamaba su «instalación»: un montón de muebles rotos, objetos que Charlie había desechado hacía dos años para tirarlos. «¿Qué te costaría alquilar un contenedor para que se llevara todo esto?», se quejaba Liv cada vez que iba a verla. No lo sabía y no tenía tiempo ni ganas de averiguarlo. «Mis vecinos deben rezar todas las noches para que me mude», pensó Charlie. Sobre todo los que, justo después de instalarse, habían cambiado el patio pavimentado y habían plantado hierba y varios lechos de flores. Ahora, los bordes del césped eran de colores: flores rojas, blancas y azules, siguiendo un modelo excesivamente regular. «¡Vaya pérdida de tiempo, teniendo en cuenta que el jardín tiene el tamaño de una uña!».

Charlie notó que algo la rozaba y lanzó un grito antes de ver que se trataba de Simon. Él rodeó su cintura con los brazos.

—¿Y bien? ¿Lo has leído?

—Calumnias —dijo Simon—. Como las de tu discurso de esta noche.

—¿No crees que haya cometido una negligencia al no hacer nada con respecto a Ruth Bussey?

Charlie sabía que él se refería a la fiesta, pero prefirió fingir que no lo había entendido.

—No estoy seguro —repuso Simon—. Como ya hemos dicho una y otra vez, no se ha cometido ningún crimen. Ruth Bussey te dijo que Mary Trelease estaba viva y…, en fin, al parecer es cierto.

—Entonces, Sam Kombothekra te dirá que te olvides del asunto porque no es algo que incumba a la policía. Solo tres chiflados que se comportan de una forma extraña, nada que nos importe.

Simon lanzó un suspiro.

—¿Te quedas satisfecha con esta explicación? Seed y Bussey se presentan el mismo día, por separado, y cuentan dos versiones distintas de la misma historia. ¿Lo dejarías correr?

—Ruth Bussey dijo que temía que ocurriera algo grave.

Aquello era lo que reconcomía a Charlie ahora que sabía que no había sido una broma que le habían preparado.

—Tendrá que ocurrir algo si queremos ir más allá —dijo Simon.

—¿Qué?

«Aún sigue tocándome. No tenía por qué hacerlo, pero lo ha hecho y aún sigue haciéndolo».

—«Si quieres», no «si queremos» —dijo Charlie.

Simon empezó a tararear una canción de Aled Jones, «Walking in the Air».

Una de las ventajas de haber dejado el departamento de investigación criminal —la única— era no tener que negociar con Muñeco de Nieve. Trató de no parecer demasiado arrogante cuando dijo:

—Yo ya no trabajo para él.

3

Domingo, 2 de marzo de 2008

Un ruido me sobresalta: mi casa rompe su largo silencio con el agudo sonido de un timbre. La sensación de pesadez en la cabeza se va y la adrenalina me obliga a ponerme en movimiento. Me arrastro de rodillas por el salón, apoyando las manos en el suelo, para no tener que apoyar el peso de mi cuerpo en mi dolorido pie. Consigo descolgar después del tercer timbrazo, sin soltar la manta que me he echado sobre los hombros. No soy capaz de decir «¿diga?». No puedo permitirme esperar.

—Soy yo.

Aidan. Me siento invadida por una sensación de alivio. Cojo con fuerza el teléfono; necesito alguna cosa sólida a la que agarrarme.

—¿Vas a volver? —digo.

Tengo muchas preguntas que hacerle, pero esta es la más importante.

—Sí —responde él.

Espero lo que viene a continuación: «Siempre volveré, Ruth. ¿Lo sabes, verdad?». Por una vez, no lo dice. Los latidos de mi corazón llenan el silencio.

—¿Dónde has estado? —pregunto.

Ha estado fuera más tiempo del habitual. Dos noches.

—Trabajando.

—No estabas en el taller.

Hay una pausa. ¿Se arrepiente de haberme dado una copia de la llave? Temo que me pida que se la devuelva. Me la dio cuando

empecé a trabajar para él, la llave de Seed Art Services y de su casa. Una prueba de que confiaba en mí.

El viernes y el sábado pasé buena parte de la noche en medio del desorden de la habitación que tiene detrás del taller, llorando mientras esperaba su regreso. Me quedé dormida varias veces, vacía y agotada; luego, de repente, me despertaba, convencida de que si Aidan volvía, habría ido a mi casa. No sé en cuántas ocasiones recorrí la ciudad de un extremo a otro, con la sensación de que, fuera a donde fuera, llegaría demasiado tarde y no me encontraría con él por una décima de segundo.

—Tenemos que hablar, Ruth.

Me echo a llorar ante la evidencia.

—Entonces, ven.

—Estoy de camino. Tú quédate ahí.

Cuelga antes de que yo pueda contestar. «Pues claro que voy a quedarme aquí. No tengo adónde ir».

Me arrastro de nuevo hasta el salón. Estaba ahí antes de que Aidan me llamara, sentada, con las piernas cruzadas, desde las seis de la mañana, mirando fijamente el pequeño monitor que hay sobre una repisa, junto a la entrada. Siento el cuerpo rígido y dolorido por haber estado demasiado tiempo en la misma postura. La herida que tengo en la planta del pie parece una masa de hojaldre podrida. No tengo fuerzas para ponerme a ordenar la casa tras dos días de caos, pero debo hacerlo.

El mando a distancia: si Aidan lo ve en el suelo sabrá que he estado viendo las cintas y se enfadará. Miro la pantalla, temiendo perderme algo si dejo de hacerlo. La imagen cambia un segundo más tarde: un plano en blanco y negro, con mucho grano, del jardín de mi casa, con un seto de tejas esculpido en redondeadas formas abstractas que bordea el césped en uno de los lados, da paso a otro de los álamos que hay en la otra parte de la casa y en la entrada del parque. No hay nadie que entre o salga. Nadie.

Cojo el mando a distancia mientras trato de levantarme y acabo tirando el apestoso cenicero, lleno hasta arriba, que me ha

acompañado en las últimas horas. «¡Mierda!», murmuro, lamentando no haber preguntado a Aidan si estaba muy lejos de aquí. ¿Cuánto tardará en llegar? ¿Cinco minutos o dos horas? Junto al cenicero que he volcado hay una botella de vino vacía y un paquete, también vacío, de silk cut. Apoyado en uno de los lados, junto a la entrada, está mi zapato, manchado de sangre; lo dejé allí el viernes, antes de ir al baño para limpiarme.

Si le hubiese dicho a Charlie Zailer que se me había metido algo en el zapato me habría contestado: «Pues quíteselo». ¿Cómo hacerle entender que era mucho más fácil fingir que no había nada dentro?

En el baño aún hay un poco de sangre. El viernes al mediodía debería haberlo limpiado a conciencia, pero no pude. Ya resultó bastante penoso arrastrarme por el pasillo, cojeando, abrir el grifo y poner el pie bajo el agua. Cuando llegué a casa, la caldera volvía a estar apagada. La casa estaba tan fría como el parque, y el agua estaba helada. Cerré los ojos mientras me frotaba con la mano la piel en carne viva de la herida, tratando de quitarme lo que fuera que me había producido el corte. Mi pie latía mientras se iba empapando de agua. Sentí náuseas cuando noté que algo duro golpeaba el esmalte de la bañera.

Apoyándome en los talones, voy a tirar los zapatos y la botella de vino y el paquete de tabaco vacíos al cubo que hay fuera. El movimiento me calienta ligeramente los miembros entumecidos. Recojo la ceniza y las colillas y también los tiro a la basura. Doy un buen repaso al baño, parando de vez en cuando para recobrar el aliento cuando me siento mareada y a punto de desplomarme. Hoy apenas he comido nada, solo una barra de cereales y una bolsa de patatas fritas.

«Tenemos que hablar, Ruth».

Debo seguir moviéndome o empezaré a pensar en las cosas horribles que Aidan puede decirme y me entrará el pánico.

Estoy a punto de coger el mando a distancia para dejarlo en la repisa, junto al monitor, cuando oigo un ruido en el exterior, un movimiento entre los árboles, junto a las ventanas del salón. Me

paro a escuchar. Al cabo de aproximadamente un minuto, oigo otro ruido, más fuerte que el primero: unas ramas que se mueven. Alguien está junto a mi casa. Pero no es Aidan; él se habría dirigido directamente hacia la puerta. Me pongo de rodillas en el vestíbulo y me arrastro hasta al salón para esconderme detrás de una butaca.

«Charlie Zailer. Me olvidé el abrigo en la comisaría. Seguro que ha venido a devolvérmelo».

Rezo por que sea ella —alguien que no quiera hacerme daño—, aunque el viernes no viera el momento de alejarme de su presencia.

Ahora oigo unas risas, dos voces que no reconozco. Extiendo ligeramente el cuello y veo a un muchacho al otro lado de la ventana. Se está desabrochando la bragueta, mirando hacia la calle para gritarle a su amigo que lo espere mientras mea. La piel del cuello y el mentón está roja a causa del afeitado; los vaqueros que lleva dejan ver unos diez centímetros de sus calzoncillos. Cierro los ojos y me apoyo en el respaldo del sillón. «No es nadie, nadie que sepa nada o a quien yo le importe». Oigo una voz lejana, la de su amigo, gritándole que es un animal.

Mientras se aleja, compruebo que no vuelva la cabeza. Se ajusta los vaqueros y se rasca la nuca, sin ser consciente de que lo estoy observando. Si ahora se diera la vuelta, me vería perfectamente.

Una de las cosas que más me gustaron de esta casita es la forma en que el salón se asoma al parque, como si fuera un escaparate, gracias a las enormes ventanas que hay en tres de sus paredes. Malcolm me dijo que le costaba encontrar un inquilino después de que se hubiera ido el último. «No hay intimidad, como puedes ver». Mientras nos acercábamos señaló con el dedo la entrada del parque, ansioso por enumerar los defectos de Blantyre Lodge antes, incluso, de cruzar el umbral de la puerta: había unos postes que debería subir y bajar cada vez que entrara o saliera del parque con el coche. El salón y el dormitorio no tenían una forma regular; a ambos les faltaba un ángulo, como si hubieran recortado el espacio con un triángulo.

—Prefiero ser honesto —dijo Malcolm—. Puedes verlo por ti misma.

—Lo que busco es justamente lo contrario a la intimidad —repuse yo—. Me parece perfecto que la gente pueda verme y yo pueda verlos a ellos.

Me sorprendí ante mis propias palabras; no sabía si era verdad o lo contrario de lo que realmente sentía. Recuerdo haber pensado que, si era invisible, nadie podría ayudarme en caso de necesidad.

—Puedes poner unas bonitas cortinas semitransparentes —dijo Malcolm.

Me estremecí, imaginándome caras ocultas tras una gruesa tela blanca. La cara de «él» y la de «ella».

—No —dije, muy convencida, asegurándome de que Malcolm me oyera. Dudo que a él le importara, pero necesitaba imponer mi punto de vista—. Quiero ver el parque, ya que va a ser mi jardín.

Me gustaba compartirlo con los niños, la gente que salía a correr y los paseantes. Un jardín del que no tendría que ocuparme pero que siempre estaría bien cuidado porque era un parque público; una hermosa zona verde que no estaba apartada ni cerrada. Era ideal.

—El último inquilino puso unos enormes biombos japoneses —explicó Malcolm, que al parecer no había oído lo que le acababa de decir—. Ya sabes, de esos que la gente suele usar para desnudarse y vestirse. Colocó uno delante de cada ventana.

—No pienso tapar las ventanas con nada —insistí, pensando que debería quitar las cortinas en el caso de que las hubiera. Había visto dos grandes lámparas cuadradas en el lado de la casa que daba al ancho camino que dividía el parque por la mitad—. ¿Se encienden automáticamente cuando empieza a oscurecer? —pregunté.

«Entonces, incluso cuando no haya luz natural, se verán los colores». De noche, todas las ventanas de la casa se convertirían en una naturaleza muerta de árboles, plantas y flores: un derroche de intensos rojos, verdes y violetas bañados por una luz dorada. Quienquiera que se ocupara del parque, sabía lo que se hacía,

pensé, admirando los cardos y las astilbes que rodeaban un enorme formio rosa.

—¿Cuándo podría mudarme? —pregunté.

—Veo que te gusta. ¿No quieres echar un vistazo al interior? —dijo Malcolm, echándose a reír.

Yo negué con la cabeza.

—Es la casa que estaba buscando —contesté, parándome para sacar una fotografía mental de la pequeña construcción que tenía frente a mí, con el techo cubierto por completo por las hojas de parra virgen, ligeras como una pluma.

Podría haberme quedado ahí contemplando la casa durante horas. En mi imaginación, relacionaba su acogedor aspecto con la sensación de estar mejor. Había sido la visión de algo hermoso —un cuadro— lo que había removido algo en mi interior, haciéndome comprender que, si yo lo deseaba, podría reconciliarme con el mundo. Blantyre Lodge no era ninguna obra de arte; era un sitio donde vivir: una casa funcional, que era lo que yo necesitaba. Aunque, en mi opinión, también era un lugar hermoso, y en aquel momento sentía que todas las cosas bonitas que veía y con las que sentía afinidad —en cuanto parte de mi espíritu, aunque suene muy pretencioso— suponían un paso más hacia mi recuperación.

Esa fue la razón de que me quedase quieta y siguiera mirando, a pesar de que Malcolm ya había empezado a alejarse sin esperarme: siempre que experimentaba esa sensación de dar un paso adelante pensaba, de una forma perversa, que no había ninguna prisa. Podía permitirme dedicar unos segundos a disfrutar de aquel momento.

No me he sentido así desde aquel día en Londres. Los cuadros que hay en las paredes, que he tardado tanto tiempo en reunir; todas las pequeñas esculturas de alambre y de madera tallada; los objetos de cerámica, y las formas abstractas de metal con las que he llenado la casa, ya no me bastan. Hasta que no sepa qué le ocurre a Aidan, hasta que no resuelva ese problema, nada marchará bien.

Cuando me agacho para coger el mando a distancia, se abre la puerta de la calle. Es él. Lleva los zapatos que tardaron dos años en

confeccionarle —una de las primeras anécdotas que me contó— y la chaqueta negra, la única que tiene, con dos parches brillantes en los hombros: le da el aspecto de alguien que se gana la vida vaciando cubos de basura o que lo hacía antes de que todo el mundo llevara chalecos fosforescentes para hacer cualquier tipo de servicio público.

Estoy a punto de decir algo cuando me percato de que ha visto lo que tengo en la mano. Se acerca y me quita el mando a distancia.

—Ya basta —dice, y parece que esté hablando del futuro: no me dejará volver a ver nada. Pulsa un botón y la pantalla se vuelve negra.

La gente no vería el monitor y el vídeo VHS que hay encima de la puerta si entraran en casa y se dirigieran hacia alguna de las habitaciones sin darse la vuelta; bueno, puede que los vieran al salir. En cualquier caso, aquí no entra nadie, salvo Aidan, Malcolm y yo. Es una idea extraña: el responsable de parques y jardines de Culver Valley podría dibujar mi casa de memoria, mientras que mis padres nunca la han visto y nunca la verán.

—Ha vuelto —le digo a Aidan—. Esta mañana. Se paseaba por el camino y observaba la casa, como de costumbre.

—Pues claro que ha vuelto. Saca a pasear al perro por el parque. Déjalo ya.

Tiene una expresión de dolor en el rostro. No es de esto de lo que quiere hablar conmigo.

—¿Dónde has estado? —pregunto.

—En Manchester —responde, mientras se quita la chaqueta—. Jeanette tenía algunas piezas que había que volver a enmarcar. Era un trabajo que debía hacer allí.

«Se ha quitado la chaqueta. Eso significa que se queda».

—Esto parece el polo norte —dice—. ¿Se ha vuelto a estropear la caldera?

Me quedo mirándolo, deseando creerme su historia. Jeanette Golenya es la directora de la galería de arte Manchester City. Aidan ya ha ido a verla en otras ocasiones, algunas solo y otras conmigo. De Spilling a Manchester hay unas tres horas de trayecto, pero

Jeanette no tiene ningún problema en hacerse cargo del viaje y el alojamiento. Aidan es el único restaurador de marcos que conoce que se toma en serio su trabajo. Es el mejor en su especialidad. Me lo dijo el mismo día que nos conocimos.

—Puedes preguntárselo a ella si no me crees —sugiere.

—¿Por qué no me has llamado? Me estaba volviendo loca.

—Lo siento —dice, estrechándome entre sus brazos—. Antes de salir para Manchester fui a la policía —me susurra al oído, con voz temblorosa.

Es como si me hubiera dado contra una pared, tal es el *shock*.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Me suelto y, mirándole a los ojos, veo que algo ha cambiado en él. Parece… No sabría cómo decirlo. Tranquilo. La guerra silenciosa que ha librado interiormente desde aquel día en Londres ha terminado. Me preparo mentalmente para lo que va a decir a continuación. No quiero que cambie nada.

«Entonces, ¿por qué estuviste esperando a Charlie Zailer frente a la comisaría de policía?».

—Tarde o temprano habrían dado conmigo. Siempre lo hacen. No podía soportar la espera, por eso fui a verlos.

—Y yo también —le espeto.

No puede enfadarse. Él ha hecho lo mismo.

—¿Fuiste a la policía?

Podría contarle que estuve esperando a Charlie Zailer, pero decido no hacerlo. Sería como confesar una relación ilícita.

Aidan sonríe. Le brillan los ojos, como siempre cuando la rabia o cualquier otra emoción se apodera de él.

—Entonces me crees —dice—. Por fin. Crees que la maté.

—¡No!

—Sí, de lo contrario no habrías acudido a la policía.

—No. ¡No! ¿Qué está ocurriendo, Aidan? —digo, entre lágrimas —. ¿Cómo puedo creer que la mataste si la he visto con mis propios ojos, sana y salva?

No contesta.

—¿Qué te dijo la policía? —pregunto.

—Lo mismo que a ti. Ayer vino a verme un subinspector, Simon Waterhouse…

—¿Ayer? ¿Aquí, estás diciendo que vino aquí? —Debió de ser cuando yo estaba en el taller, tratando de hacer el trabajo de dos personas, buscando una foto de Mary Trelease hasta en el último rincón—. Pensaba que ayer estabas en Manchester.

Tras una pausa muy larga, Aidan dice:

—No trates de pillarme, Ruth.

Ni siquiera intenta conciliar lo que me está diciendo con la mentira que me ha contado hace un momento.

Sé que no debería insistir, pero no puedo evitarlo.

—¿Dónde está el cuadro? ¿Qué has hecho con él? ¿Dónde estuviste anoche? ¿En casa de Mary?

Aidan se queda lívido, el rostro inmóvil.

—¿Crees que podría ir allí aunque quisiera? Si pudiera, borraría ese tugurio de la faz de la tierra.

Yo tampoco podría ir. Anoche estuve esperando a Aidan en el taller, pero al ver que no regresaba, decidí volver a Megson Crescent. A las dos y media de la madrugada cogí el coche, pisando el embrague con el talón del pie dolorido, y me dije que tenía que ir a casa de Mary. Ya lo había hecho antes, y cuando haces algo una vez, puedes volver a hacerlo. Pero no pude. Cuando doblé por Seeber Street y vi la verja destrozada del parque de Winstanley delante de mí, con los columpios, el tiovivo y el tobogán que llevaban años sin pintar, pisé a fondo el freno con el pie que no me dolía. Tuve que dar la vuelta y volver a casa. Aunque las posibilidades eran infinitesimales, no podía arriesgarme a encontrar a Aidan en casa de Mary. No lo habría soportado.

—¿Por qué iba a volver al lugar donde la maté? —me pregunta, con el rostro contraído por el dolor—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Pero… ¿ese policía no te dijo que ella no estaba muerta? ¿Que la ha visto y ha hablado con ella? —pregunto, consciente de que

estoy empezando a perder el control de la situación. Últimamente he tenido la misma sensación tan a menudo que casi he olvidado que se puede sentir de otro modo.

—Sí, me lo dijo. —Aidan empieza a pasear por el salón—. La persona a la que vio, sea quien sea, dijo que no me conocía, que nunca había oído hablar de mí.

—¿Qué significa «sea quien sea»? —Me siento invadida por una fría oleada de pánico—. ¿Es que no comprobó si…?

—Ella le enseñó el pasaporte y el permiso de conducir. La mujer con la que habló ese policía era Mary Trelease. La descripción que me dio coincide con la yo le hice, punto por punto.

—Aidan, yo…

—En fin, eso es todo. —Habla en un tono de voz forzado, demasiado alto—. No me creen. En lo que a ellos respecta, el asunto está zanjado. —Suelta una risa que también suena forzada, como burlándose de sí mismo—. Nadie vendrá a detenerme en plena noche ni me meterá en la cárcel. Deberíamos celebrarlo.

—Aidan…

—Un triple brindis a mi salud. —Se inclina sobre mí, y una gota de su saliva me cae en la cara—. ¿Por qué no descorchas una botella de champán? No todos los días tu novio sale impune de un asesinato.

No conocí a Aidan por casualidad. Lo planeé, aunque para poner en marcha el plan tuve que hacer acopio de toda mi autodisciplina. El 2 de agosto del año pasado me levanté y, después de ponerme una camiseta, unos vaqueros y las chanclas que calzaba todos los días desde hacía dos meses, cogí el coche sin darme tiempo para cambiar de opinión.

Guardaba sus señas en el bolsillo de los pantalones, escritas en el dorso de un recibo. Sabía dónde estaba Seed Art Services, no necesitaba leer la dirección, pero el hecho de llevarla escrita, negro sobre blanco, en un papel, hacía más difícil resistirme a lo que debía

hacer. Mis libros lo llamaban «prescripción positiva». Había puesto en práctica la técnica en un par de ocasiones y parecía funcionar.

Tras aparcar el coche al final de Demesne Avenue, donde empieza el camino de tierra que discurre junto al río, avancé bajo los árboles, contando mis pasos para no pensar en lo que estaba a punto de hacer. Había llegado a cuarenta cuando me encontré frente al pequeño edificio de techo plano y ladrillo gris con un gran portón cuya madera, combada en la parte inferior, tenía el aspecto de una falda de volantes. El portón estaba ligeramente entreabierto; dentro había dos enormes goznes metálicos y dos cerrojos aún más grandes y oxidados; la herrumbre que los cubría les daba el aspecto de una especie exótica de musgo de color castaño. Si hubiese estado cerrado, no sé si me habría atrevido a llamar.

Saul Hansard, mi jefe en la Galería Spilling hasta dos meses atrás, me había asegurado que a Aidan le encantaría conocerme. Me lo habría podido repetir miles de veces, pero yo no lo habría creído. Allá donde iba, me sentía rechazada. Me quedé mirando el portón abierto mientras escuchaba la música que provenía del taller: «Madame George», de Van Morrison. Llamé y esperé, sintiendo el corazón en la garganta. Eché un vistazo al interior a través del largo cristal rectangular montado sobre una estructura de PVC que había a mi derecha, la única ventana, por lo que podía ver. Ocupaba por completo uno de los lados del edificio. A través de ella vi algunas luces de neón, un suelo de cemento y docenas de tablas de madera, algunas sin pintar y otras barnizadas, apoyadas contra la pared. También había dos mesas enormes, una de ellas cubierta con lo que parecían telas de terciopelo de distintos colores y una radio pequeña con la antena manchada de pintura. En la segunda mesa había un gran rollo de papel marrón, tijeras, un par de pinzas, un cuchillo, un montón de catálogos apilados, unos cuantos botes de cola y pintura.

Pero no había ni rastro de Aidan Seed.

A pesar del calor que hacía, me estremecí; estaba agitada, sentía náuseas y tenía los nervios de punta. ¿Por qué no ocurría nada? ¿Dónde estaba él? Con un espasmódico deseo de salir corriendo, me

dije que tenía la excusa perfecta. Si llamaba y no aparecía nadie, ¿qué se supone que debía hacer? No podía entrar sin que me hubieran invitado a hacerlo. Cerré la mano con fuerza en torno a las llaves del coche. Moví los dedos de los pies, dispuesta a irme a toda prisa en cuanto me diera permiso para hacerlo. «Venga, vete». No volvería a poner el pie en un taller de marcos en toda mi vida. Podría irme y nadie se enteraría. Aidan Seed, fuera quien fuese y estuviera donde estuviese, nunca sabría que había estado allí.

«Pero Saul Hansard lo sabía».

Me quedé donde estaba y llamé de nuevo, más fuerte y con más insistencia. Saul no se olvidaría del asunto y yo no quería que me mandara más mensajes; estaba harta de esa preocupación propia de un padre. Me avergonzaba el mero hecho de pensar en él. Tenía que convencerlo de que yo estaba bien y solo había una forma de hacerlo.

«Esa es una razón negativa. Piensa en otra más positiva».

«Si llego al fondo de esto —me dije—, si me armo de valor y le pido trabajo a Aidan Seed, volveré a ganar dinero. Podré quedarme en Blantyre Lodge y comprar más cuadros para colgar en las paredes». Necesitaba poder hacer esas cosas. El libro que en aquel momento tenía en la mesita de noche se titulaba *¿Y si todo marcha bien?* La publicidad prometía que me ayudaría a tomar decisiones basadas en la esperanza, no en el miedo.

Volví a llamar. Esta vez, una voz masculina, grave e impaciente, gritó: «Ya voy», como si fuera la enésima vez que lo repitiera a un cliente poco razonable. Aidan apareció en el umbral de la puerta, sosteniendo una raída toalla azul. Sus ásperas manos estaban rojas y húmedas; seguramente acababa de lavárselas, frotándolas enérgicamente.

—¿Sí? —dijo, mirándome de arriba abajo.

El recuerdo más vívido de aquel día es la sorpresa que sentí al verlo. No se debía a su atractivo, aunque me pareció muy guapo. «Es él», pensé. Nunca lo había visto hasta entonces, pero me di cuenta de que era el hombre adecuado, aunque no habría sabido

decir exactamente para qué. Lo único que sabía es que quería que se quedara allí, y que yo quería estar allí con él todo el tiempo posible.

—Estoy ocupado —dijo Aidan—. ¿Quería algo?

El *shock* que experimenté al verlo casi me había hecho olvidar el motivo de mi visita.

—Esto… Saul Hansard, de la Galeria Spilling, me dijo que estaba buscando a alguien para trabajar con usted —murmuré.

Me fijé en los parches brillantes que tenía en los hombros de la chaqueta negra y en la barba que le crecía en el mentón y encima del labio. Tenía el pelo tan oscuro que casi parecía negro. Una cicatriz formaba una pequeña cruz asimétrica con la línea de su labio superior, cortando en diagonal por la mitad la barba de tres días. Cuando se acercó, vi que tenía los ojos de color azul oscuro, con vetas grises en torno a las pupilas. Supuse que tendría cuarenta y pocos años.

Él también me examinaba con atención.

—No estoy buscando a nadie —dijo.

Fue un golpe bajo.

—¡Oh! —dije, apenas sin voz.

—Eso no significa que no necesite a alguien. Lo que pasa es que no he tenido tiempo de buscar. He estado muy ocupado.

—Entonces…, es posible que le interese…

Me señaló el taller.

—No puedo arreglármelas solo —dijo, como si yo le hubiese dicho que pudiera hacerlo—. ¿Está buscando trabajo?

—Sí. Podría incorporarme de inmediato.

—¿Sabe enmarcar?

—Yo…

La pregunta me había dejado anonadada, pero hice todo lo posible por no demostrarlo. No sabía enmarcar —mientras estuve trabajando con Saul no había enmarcado ni un solo cuadro—, pero tenía la sensación de que decir «no» sería una respuesta incorrecta. Estaba tan ansiosa por seguir hablando con Aidan como hacía unos

instantes lo había estado por salir de allí. No podía dejar que me invitara a irme. Me asustaba sentir aquel irracional deseo de estar con un extraño que no me debía nada.

—Ahora mismo no tengo trabajo —dije—. Trabajaba con Saul en la Galería Spilling, pero no me dedicaba a…

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Casi dos años.

—Bien —repuso él.

¿Me estaba sonriendo de verdad o era una sonrisa irónica?

—¿Qué opina del trabajo de Hansard? ¿Cree que es bueno enmarcando?

—Yo… No lo sé. Yo…

«Seguramente los métodos de trabajo de un enmarcador serán muy parecidos a los de cualquier otro», pensé. Una vez más, me dije que aquella no era la respuesta correcta, de modo que me quedé callada.

—¿Le enseñó el oficio? —preguntó Aidan.

—No. A decir verdad, nunca enmarqué un cuadro. —Mejor reconocerlo de entrada a que lo descubriera por sí mismo, pensé—. Era Saul quien lo hacía. Yo me ocupaba de la parte administrativa: contestaba el teléfono, me encargaba de las ventas…

—¿Nunca enmarcó un cuadro en dos años?

Negué con la cabeza. Aidan volvió la suya hacia el taller.

—Si le digo que pase ahí dentro y que se ponga manos a la obra, ¿sabría lo que tiene que hacer?

—No.

Se apartó el pelo de los ojos con el brazo derecho, manchado de pintura.

—En tal caso, no creo que me pueda resultar útil. Yo me dedico a enmarcar y lo que necesito es una persona que también sepa hacerlo. Para enmarcar más cuadros —dijo, muy despacio, como si yo fuera tonta.

—Puedo aprender —le dije—. Aprendo deprisa.

—Usted es recepcionista, y no es eso lo que necesito. Hansard no escucha cuando le hablan. No me sorprende, teniendo en cuenta que siempre tiene mil cosas en la cabeza. Usted ya debe de saberlo, puesto que ha trabajado con él.

¿Me estaba poniendo a prueba? No tenía ninguna intención de ser desleal a Saul; siempre me había tratado muy bien.

—No se pueden enmarcar cuadros y dirigir una galería de arte al mismo tiempo —dijo Aidan—. Hansard siempre mete mucha carne en el asador y acaba arruinándolo todo. Por eso le he preguntado qué opinaba de él como enmarcador. He visto su trabajo… Es una chapuza. No usa el adhesivo sin ácido ni papel de pergamino.

Debió de ver mi expresión desorientada, porque lanzó un largo suspiro y dijo:

—La esencia de la restauración de marcos consiste en que cualquier intervención sea reversible. Tienes que poder deshacer todo lo que haces para, al final, conseguir que el cuadro esté tal y como estaba antes de ser enmarcado, por mucho tiempo que haya transcurrido. Eso es lo primero que hay que aprender.

—¿Quiere decir que…?

Parecía que me estuviera ofreciendo un empleo, a menos que le hubiese malinterpretado por completo.

—¿Usted es Ruth, verdad?

Sentí desvanecerse mi confianza, como si tuviera un agujero en la boca del estómago, y recordé el último mensaje que me había dejado Saul en el buzón de voz. «He hablado maravillas sobre ti. Aidan no te dejará escapar si sabe lo que le conviene».

—¿Por qué quiere trabajar aquí?

¿Me estaba haciendo una entrevista de trabajo?

—Ya sé que suena cursi, pero me encanta el arte. —Hablé a toda prisa para disimular los nervios—. No hay nada que sea más…

—Por lo que he oído, es usted un peligro —objetó Aidan, con voz dura y fría—. Sacó de sus casillas a un cliente de Hansard y le hizo perder un negocio muy lucrativo.

Traté de calmarme.

—¿Quién le ha contado eso?

—Hansard, ¿quién si no?

No tenía ninguna razón para mentirme. Me sentí invadida por una rabia que no sabía de dónde había surgido y que me aplastó con todo su peso. Saul me había animado a presentarme allí sin contarme que me había dejado mal, saboteando mis posibilidades. Bajé los ojos y me quedé mirando el sucio suelo de cemento, humillada, intentando contener mi rabia. Aquel incidente no era algo aislado: en mi cabeza era como un imán que atraía, como si fueran archivos metálicos, los recuerdos de todos los momentos horribles que había vivido hasta entonces. El mismo horror en distintas encarnaciones. Después de todo lo que había pasado, no había ninguna sensación desagradable que me resultara ajena. Ya las había experimentado todas, las identificaba como si fueran parientes cada vez que me hacían una visita.

—Discúlpeme si le he hecho perder el tiempo —dije, haciendo ademán de irme.

—No encaja muy bien las críticas, ¿verdad?

Su tono sarcástico hizo que tuviera ganas de matarlo. Si no hubiera estado furiosa con Saul, no me habría atrevido a hacer lo que hice a continuación. La mayor parte de la palabra *valor* proviene de la *rabia*. ¿En qué libro había leído eso? Me di la vuelta y me dirigí hacia Aidan, contando mis pasos.

—La esencia de pedir un trabajo a alguien que se dedica a restaurar marcos es su reversibilidad —dije, en un tono de voz deliberadamente pomposo—. Debes poder deshacer todo aquello que haces. En lo que a mí respecta, deshago mi solicitud de trabajo y el hecho de haber venido aquí. Adiós.

Volví corriendo hasta el coche, pero esta vez Aidan no me llamó. Me senté en el asiento del conductor y, sin dejar de jadear, cerré la puerta. Traté de hacerme un lavado de cerebro: me había equivocado con Aidan. No había visto nada en él, nada en absoluto. Y también me había equivocado con Saul: había creído que se preocupaba por mí, pero me había echado a las fieras.

¿Adónde más podía ir? ¿Qué podía hacer? Nada que tuviera que ver con cuadros y artistas, o con una galería. El círculo artístico de Spilling era muy reducido; aquella última humillación me había abierto los ojos de la manera más dolorosa. Si Saul se lo había contado a Aidan, ¿a cuántos más se lo habría dicho? Podría irme a Londres, pero entonces tendría que renunciar a esa casita que tanto me gustaba. Algo me decía que, si perdía eso, lo perdería todo.

Podría conseguir esa clase de trabajos que consigue cualquiera: de camarera en un restaurante de comida rápida o limpiando baños. Aunque me planteé la posibilidad, sabía que no podría hacerlo. Por mucho que necesitara el dinero —y lo necesitaba urgentemente—, no era de esa clase de personas que harían cualquier cosa para ganarlo. No veía el motivo para seguir viviendo solo por el placer de hacerlo; si no era capaz de hacer algo que me importara, prefería no hacer nada en absoluto.

Puse en marcha el motor, pero volví a apagarlo. Asfixia por monóxido de carbono. Seguramente sería la forma más fácil, pensé. Después de todo, tenía coche, y ahora estaba dentro. Si tuviera un tubo de goma, podría hacerlo allí mismo y acabar de una vez por todas.

Mi mente empezó a vagar sin rumbo fijo. Pensé en «él» y en «ella», pero por una vez sin roces. Ociosamente, me pregunté si, poniendo fin a mi vida, alteraría el equilibrio de la culpa entre nosotros. Estaba harta del sentimiento de culpa, de acumularla por completo para luego distribuirla entre todos. Alguien habría podido hacer mediciones precisas y minuciosos cálculos para su equitativa distribución.

Un golpe que sonó cerca de mi cabeza me hizo dar un brinco. Tenía la visión borrosa. Me sentía mareada, y de entrada no pude ver qué había fuera. Entonces reconocí a Aidan: estaba golpeando la ventanilla. «Qué raro», pensé. Me había olvidado casi por completo de él en pocos segundos; se había esfumado, junto con el resto del mundo que me disponía a abandonar. No presté atención a sus golpecitos.

Entonces, Aidan abrió la puerta del coche.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. Tiene un aspecto horrible.

—Déjeme en paz.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda?

Lo que necesitaba era tomar algo. No había comido ni bebido nada en todo el día; estaba demasiado nerviosa. Pensé en una taza de té caliente, en una burbujeante coca-cola, o incluso sin burbujas. Me eché a llorar. ¿Cómo podía desear morir y al mismo tiempo tomarme una coca-cola sin burbujas?

—Soy una imbécil que solo comete estupideces —dije.

—Ya me hablará más tarde de su currículum —repuso él—. Oiga… No tiene que tomarla con tipos como yo. Mis técnicas de entrevistas de trabajo son un poco anticuadas. Nunca he tenido a nadie trabajando conmigo; siempre me las he arreglado solo. —Se encogió de hombros—. Si aún quiere el trabajo, es suyo.

—No lo quiero —susurré, tratando de secarme las lágrimas.

Aidan se puso en cuclillas junto al coche.

—Ruth. Hansard no me ha hablado mal de usted. Todo lo contrario. Lo único que dijo es que, sin querer, ofendió a un cliente habitual, pero era un cliente que él se alegró mucho de quitarse de encima. Si alguien tan bondadoso como Saul Hansard dice algo así… Mire, todos tenemos clientes que son una auténtica pesadilla. Hansard, yo… Cualquier enmarcador se lo diría. Hay algunos que no son capaces de decidirse y dejan que lo hagas tú en su lugar, pero después, una vez has terminado el trabajo, te dicen que no les gusta. Los que más odio son los neuróticos que ven motitas de polvo detrás del cristal y te obligan a desmontarlo para limpiarlo; tienes que volver a enmarcar el cuadro, pero no te pagan el trabajo extra.

Sentía que me faltaban las fuerzas; las manos, agarradas al volante, estaban húmedas, y la cabeza me daba vueltas. Aidan se dio cuenta.

—¿Qué le ocurre? ¿Necesita que la lleve a un hospital?

—Estoy bien —repuse, tratando de animarme—. Solo estoy cansada, hambrienta y muy sedienta. Voy a volver a casa y…

—De eso nada. No está en condiciones de conducir. Usted se viene conmigo.

Me ayudó a salir del coche, sosteniéndome con ambos brazos. Cuando me tocó, sentí un estremecimiento, como una descarga eléctrica. Me dio la vuelta y, después de colocarme en la dirección correcta, avancé tambaleándome hacia el taller, apoyándome en él.

—¿Tiene coca-cola sin burbujas? —murmuré entre los cabellos que me tapaban la cara. Me eché a reír como una histérica—. Mi técnica para las entrevistas de trabajo es aún peor que la suya. Mire cómo me presento a pedir un empleo.

—Ya se lo he dicho: el trabajo es suyo.

—No lo quiero.

—Pues claro que lo quiere —repuso él amablemente. Cuando llegamos a la entrada del taller, se detuvo y me miró—. Lo quiere y lo necesita. Y no estoy hablando solo de dinero.

—Yo no…

—Soy el mejor en mi campo. Le conviene trabajar conmigo. Y también soy obstinado. ¿Ve estos zapatos? —Bajé los ojos hacia sus pies—. He esperado dos años para tenerlos. Alguien me recomendó a un tipo de Hamblesford que los hace a medida; un auténtico artesano. Cuando fui a verlo, me dijo que tenía una lista de espera de dos años. Le di mi nombre y esperé. Habría podido ir a cualquier zapatería y comprar una porquería fabricada en serie, pero no lo hice. Esperé dos años porque sabía que iba a tener lo mejor. En los zapatos que llevaba se filtraban el agua de la lluvia, la nieve y el barro, pero aun así esperé. —Por un instante, Aidan pareció avergonzado, pero luego prosiguió—: Hansard me dijo que usted era la mejor. Como enmarcador es un asco, pero en lo que respecta a la gente, me fío de él.

En aquel momento hice el comentario más tonto que se me podía ocurrir:

—Lástima que su zapatero no tuviera algún duende que le echara una mano.

Aidan ignoró por completo mi observación. Puede que de niño nunca leyera *Los duendes y el zapatero*.

—¿Qué me estaba diciendo antes sobre el arte? —preguntó.

—Nada.

—Había empezado a decir: «No hay nada que sea más…».

—Le parecerá una estupidez.

—¿Y? —repuso él, impaciente—. Quiero saberlo.

—Soy una… especie de obsesa del arte —le dije, sonrojándome —. Por eso empecé a trabajar con Saul.

Aidan entornó los ojos.

—¿Es usted pintora?

—No, en absoluto. No tendría nada que hacer.

Él asintió con la cabeza.

—Muy bien, porque lo que necesito es alguien que sepa enmarcar.

Cruzamos el taller, que era un auténtico caos, hasta una habitación que había en la parte de atrás, más caótica si cabe. Inspeccioné rápidamente la cama sin hacer y los montones de ropa, libros, CD y vasos y platos sin lavar. Tuve que silenciar la voz que, dentro de mi cabeza, decía: «Lo comprendería si tuviera veinte años, pero ya tiene más de cuarenta». Era la clase de comentario que habría hecho mi padre, y yo no quería compartir nada con él, ni siquiera una opinión sobre algo trivial.

Me llegó un olor de jabón o de gel afrutado. Eché un vistazo a la habitación, buscando un cuarto de baño, pero no vi ninguno.

Puede que estuviera en la otra parte del taller. Estaba a punto de preguntárselo a Aidan cuando me quedé mirando las paredes, y en cuanto lo hice no podía creer que hubiese tardado tanto en fijarme en la única cosa realmente extraña que tenía aquella habitación. En tres de las cuatro paredes estaban colgados lo que imaginé que serían algunos trabajos de Aidan: unos marcos muy extravagantes —uno de ellos tenía labrada una corona en uno de sus extremos— junto a otros más vulgares de madera clara y oscura, planos o ligeramente curvados.

Una cosa sí resultaba realmente sorprendente: en ninguno de los marcos había nada.

Aidan estaba agachado frente a una pequeña nevera.

—¿Te apetece un bocadillo de queso? —me preguntó—. Me temo que no te queda otra elección. Ah, también tengo zumo de naranja —dijo, como si eso lo asombrara. Cuando se levantó, se dio cuenta de que estaba observando los marcos—. Ya te dije que soy el mejor. —Cruzó la habitación y empezó a señalar los marcos—. Este es de estilo palatiano, con los ángulos hacia fuera —dijo—. Está inspirado en la forma de un templo griego. Y este es de un estilo que llamamos óvolo-y-pinza. ¿Ves el diseño?

—¿Por qué no hay nada en los marcos? —pregunté, sin pensarlo —. ¿Por qué has enmarcado… el vacío?

Sus rasgos se endurecieron.

—Estos tienen un gran valor para los coleccionistas —me explicó —. No es «el vacío»; es una cartulina negra. Es una provocación; el artista quiere hacerte reflexionar. —Torció los labios y acto seguido soltó una carcajada—. Te estoy tomando el pelo; solo son fondos de cartón.

No me gusta que se burlen de mí. Una vez acabada la broma, no se molestó en darme una explicación. No supe por qué colgaba marcos en la pared sin nada en su interior, aunque, a decir verdad, tampoco me importaba demasiado. Estaba tan hambrienta que me costaba pensar con coherencia. Y también me preocupaba que mi aliento apestara. No recordaba si me había lavado los dientes.

Allí, en aquella habitación que era donde Aidan vivía, la evidencia de haberme abandonado hasta ese punto durante los dos últimos meses me golpeó como un puñetazo en el estómago. ¿Qué me estaba pasando para permitir que ocurriese? Habría podido reaccionar de otro modo. Mejor.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Aidan, cortando un poco de queso con un cuchillo manchado de pintura.

—En nada —me apresuré a responder.

—No es verdad.

Puesto que no había contestado a mi pregunta sobre los marcos, no tenía por qué responder a la suya. Y él lo sabía tan bien como yo.

Me tendió el bocadillo y el zumo de naranja. Me senté en el suelo, con las piernas cruzadas, y di un bocado. Sabía a gloria.

—¿Quieres otro? —preguntó Aidan, viéndome devorar el bocadillo como si nunca hubiese comido en mi vida.

Asentí con la cabeza.

—¿Te apetece contarme por qué dejaste el trabajo con Hansard?

—No hay nada que contar. Una pintora trajo uno de sus cuadros para enmarcarlo; le pregunté si podía comprárselo, pero ella me dijo que no, que no estaba en venta —dije, en un tono de voz neutro—. Le pregunté si podría comprar algún otro cuadro suyo, pero me dijo que ninguna de sus obras estaba en venta.

—Eso es absurdo —dijo Aidan, dándome la espalda, mientras rebuscaba nuevamente en la nevera—. ¿Un artista que no quiere vender sus cuadros? Es la primera vez que lo oigo.

Sentí un escalofrío. Era absurdo. Como tener marcos vacíos colgados en la pared, sin ningún cuadro en ellos.

—¿Y bien? ¿Qué pasó? —preguntó Aidan.

—Dijo que la había acosado.

Tomé un sorbo de zumo de naranja, esperando que Aidan se olvidara del asunto.

—Parece algo que puede ocurrir todos los días en el trabajo —comentó—. ¿Por qué te fuiste? Hansard te echó la culpa, ¿verdad?

Parecía estar suponiendo lo que ocurrió. «Saul no se lo ha contado».

Aidan me pasó otro bocadillo de queso. El pan tenía las marcas de sus dedos, el índice y el pulgar. Me miró de arriba abajo, con el ceño fruncido.

—Tienes que aprender a ser fuerte —dijo—. No irás a presentarme tu dimisión en cuanto se presente un artista que sea un capullo, ¿verdad?

Seguí comiendo para no tener que responder.

—Hay algo que no me has contado —dijo Aidan, mirándome fijamente—. Tengo razón, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Por un instante me pareció que estaba a la defensiva, incluso alarmado.

—Tú eres como yo —dijo—. Lo supe en cuanto te vi. Por eso te he hecho pasar un mal rato. —Posó una mano sobre mi hombro—. Tranquila, no voy a volver a preguntártelo.

Se quedó mirando los marcos vacíos de la pared, como si estuviera haciendo un pacto de silencio con ellos.

Cuando se volvió, yo le estaba sonriendo. Me devolvió la sonrisa. Ahora que habíamos establecido las normas básicas, ya podíamos relajarnos. A partir de aquel momento, hablamos de arte, de marcos…, de cosas de las que nos apetecía hablar. Aidan empezó a desvelarme inmediatamente, mientras yo aún estaba comiendo, los secretos de su oficio, todo lo que, según él, yo debía saber. Me explicó que todos los principios y las reglas del arte de enmarcar estaban basados en la arquitectura clásica. Sacó libros cubiertos de polvo de debajo de un montón de camisetas y vaqueros desteñidos y me mostró fotografías de marcos en forma de tabernáculo, *trompe-l'oeil* y cajas, explicándome las particularidades de cada uno de ellos. Criticó a la gente como Saul, que no estudiaba la historia del arte de enmarcar, cuyas bibliotecas sobre el tema eran mucho menos extensas que la suya, y contra todos los libros de arte con fotografías de cuadros sin enmarcar, como si flotaran sobre un fondo negro y el marco no fuera algo fundamental para la pintura.

Recuerdo que me impactó mucho su vehemencia, la evidente determinación de convertir mi cerebro en una réplica del suyo, de llenarlo con sus mismas ideas. Salvo las que omitió, evidentemente. No me contó, ni aquel día ni nunca, por qué tenía marcos vacíos colgados en la pared. Y yo tampoco le conté con detalle por qué había dejado mi trabajo en la galería de Saul. Le había contado la historia de modo que pareciera sencilla, aunque en realidad no lo era: mi reacción ante aquel cuadro, la convicción de que tenía que conseguirlo a cualquier precio, las estratagemas que empleé para

convencer a su autora de que me vendiera alguna de sus obras, acosándola de tal forma que no le quedó otro remedio que arremeter contra mí…

Fue culpa mía. Una vez más, fue culpa mía.

Y, por supuesto, no le conté a Aidan lo más importante. En aquel momento no lo sabía, aunque lo descubrí unos meses después. La artista se llamaba Mary Trelease.

4

3/3/08

—¿Ha estado acosando al inspector Kombothekra, Waterhouse?

—No, señor.

—¿No le ha llenado el depósito de gasolina con copos de avena ni ha echado un laxante en su café?

Proust cruzó las manos, con los índices apuntando hacia arriba.

—No.

—Entonces, ¿por qué no se atreve a darle ni una simple orden? Sería mejor que me lo contara todo, subinspector, teniendo en cuenta que estoy aquí para defenderle.

Sam Kombothekra estaba junto a Simon, apoyando alternativamente el peso de su cuerpo en uno de sus pies. Por su expresión, se diría que hubiera preferido estar en un matadero o en un contenedor lleno de escombros antes que en el despacho de Muñeco de Nieve.

—Te asigno las declaraciones del caso Beddoes —murmuró Sam.

—¿Qué? —Por un momento, Simon olvidó que Proust estaba presente—. Me dijo que se lo había asignado a Sellers y a Gibbs.

—El inspector Kombothekra ha cambiado de opinión —repuso Proust—. Ha decidido que sería mejor que se encargara de él un pedante que se fija hasta en el más mínimo detalle. O sea, usted, Waterhouse. Y da la casualidad de que estoy de acuerdo con él.

Simon sabía lo que significaban esas palabras. Aquello no había sido idea de Kombothekra.

—No me importa cumplir con mi parte si todos trabajan en el caso —respondió Simon, calculando mentalmente mientras hablaba. Kombothekra también tendría que colaborar, si lo obligaba a hacerlo; no se atrevería a no hacerlo.

—Estupendo. —Proust sonrió—. Dígale en qué consiste su parte, inspector.

Por la expresión de su rostro, Kombothekra parecía tener un atizador incandescente clavado en alguna parte de su cuerpo cuando dijo:

—Te asigno todas las declaraciones.

—¿Todas? Pero debe de haber al menos doscientas…

—Doscientas setenta y seis —precisó Proust—. De esto se ocupará usted solo, Waterhouse. Puede hacerlo. Sé lo importante que es para usted; no habrá interferencias de ninguna clase, no tendrá que negociar ni convencer a nadie. A partir de ahora, Nancy Beddoes es toda suya. Puede plantar una bandera en su terreno; le aseguro que nadie la va a quitar.

—Está bromeando, ¿verdad señor? ¿Doscientas setenta y seis personas? ¿Todas viviendo en lugares distintos, repartidos por todo el país? ¡Me llevará semanas!

Muñeco de Nieve asintió con la cabeza.

—Sabe muy bien que no soy de los que se regodea en las desgracias ajenas, Waterhouse, ni de los que abusa de su ventaja, en el caso de que la tuviera, pero pecaría de negligente si no le hiciera ver que, si fuese inspector, como a estas alturas ya debería ser y como sin duda será dentro de unos meses si prepara los exámenes…

—Entonces, ¿se trata de eso?

—No me interrumpa. Si fuera inspector, sería el jefe del equipo, el que da las órdenes.

—¡A otro equipo, puede que a cientos de kilómetros de aquí!

Simon trató de serenarse. Charlie estaba en Spilling, y sus padres también. Allí estaba su mundo. Proust no podía obligarlo a trasladarse ni imponerle un ascenso que él no deseaba.

—Tiene que ampliar sus horizontes, Waterhouse: otra buena razón para asignarle el caso Nancy Beddoes. Como ha dicho antes, ocuparse de todas esas declaraciones requerirá un montón de viajes. ¿Es que no siente un poco de curiosidad por su tierra natal? ¿No ha salido de Culver Valley durante un largo período de tiempo?

Simon tenía ganas de matarlo, sobre todo porque estaba montando aquella escena delante de Kombothekra, que sabía que había estudiado en la Universidad de Rawndesley pero no que había vivido con sus padres durante los tres años de carrera. En cambio, Proust, desgraciadamente, lo sabía todo, todos los pequeños y tristes detalles de la vida que había llevado hasta entonces. ¿Cuál de ellos iba a mencionar a continuación? ¿La edad a la que se fue de casa de sus padres? ¿Los domingos que había ido a misa con su madre para no contrariarla en vez de, como hacían sus compañeros, quedarse durmiendo por culpa de la resaca?

—No puedo creer que esté hablando en serio, señor —dijo Simon, finalmente.

Proust sonrió. A diferencia de otros momentos en los que estaba de buen humor, aquel no parecía ser algo provisional, condenado a extinguirse de inmediato. Parecía haber echado raíces, y puede que durara un día entero.

—Dígame una cosa, Waterhouse. ¿Por qué reacciona con todos estos aspavientos, si es que pueden llamarse así, cuando lo único que le pido es que haga su trabajo? —Sin darle oportunidad de responder, Proust continuó—: No le estoy pidiendo que se disfrace de gorila y reparta plátanos gratis en un autobús. Le estoy pidiendo que tome declaración a las personas a las que Nancy Beddoes vendió en eBay prendas de ropa que había robado en tiendas de alta costura. ¿Acaso es culpa mía que fueran muchas? ¿Fui yo quien le dijo a la señora Beddoes que se dedicara con tanto afán a sus actividades delictivas? Esa mujer está muy motivada y es muy diligente a la hora de infringir la ley: ella no se queja por tener que enfrentarse a doscientas setenta y seis personas. Piénselo de este modo, Waterhouse: ella lo hizo por dinero, y usted lo hace por la

misma razón, porque es su trabajo. —Proust sonrió de nuevo, satisfecho por la lógica de su explicación—. Confío en que, cuando haya terminado, esté harto de declaraciones y no quiera tomarle una a alguien que no tiene nada mejor que hacer que hablar de un asesinato que nunca se cometió.

—O sea que todo esto es por lo de Aidan Seed —contestó Simon, furioso.

Tendría que habérselo imaginado. Se quedó mirando a Kombothekra, que hacía apenas una hora estaba de acuerdo con él sobre la necesidad de tomar declaración a Seed y considerar todos los elementos del caso. ¿Acaso el inspector le había mencionado el asunto a Muñeco de Nieve? Seguro que sí. Ahora todo tenía sentido: Nancy Beddoes era su castigo, y Kombothekra había sido obligado a presenciar el suplicio.

—En cierto modo, es una lástima —continuó Proust—. Me habría encantado leer la declaración del señor Seed. Es una pena que no podamos tomársela por el mero placer de hacerlo. «No tengo intención de explicar por qué maté a Mary Trelease. No tengo intención de informar a la policía de cuándo lo hice. No tengo intención de entrar en detalles sobre cuál era mi relación con la señorita Trelease antes de matarla…».

—Señor, Simon y yo creemos que…

—No tengo NADA —bramó Proust, alzando la voz hasta ahogar la de Sam Kombothekra— que decir sobre los informes de los subinspectores Christopher Gibbs y Simon Waterhouse, según los cuales, el 29 de febrero y el 1 de marzo de 2008, respectivamente, la señorita Mary Trelease estaba sana y salva en su casa del número 15 de Megson Crescent, situada en Spilling, RY27 3BH, donde ella misma les mostró varios documentos que confirmaban que era Mary Bernadette Trelease, de cuarenta y…

—Señor, si una situación poco habitual nos impidiera tomar una declaración, sería mejor que nos rindiéramos —dijo Simon. «¡Qué zorro es el maldito cabrón!». Proust tenía que demostrar que se sabía los hechos de memoria antes de archivar el caso.

—A ver, ¿por qué no hemos acusado al señor Seed de habernos hecho perder el tiempo? —preguntó el inspector jefe.

Después de todo, su buen humor se había esfumado. Y aun así, Simon estaba convencido de que Proust había batido su propio récord: normalmente, la tormenta de nieve solía empezar mucho antes.

—Trelease le dijo a Gibbs que no conocía a Seed, pero él cree que estaba mintiendo —dijo Kombothekra—. ¿Y si Seed la golpeó, pensando que la había matado, y ella está demasiado asustada para hablar, temiendo que vuelva a hacerlo?

A la pregunta le faltaba cierta convicción, quizá porque Kombothekra estaba citando a Simon, en un intento por hacerse perdonar lo del caso Beddoes.

—Dígame, ¿la señorita Trelease tenía aspecto de haber sido atacada recientemente? ¿Alguna cicatriz? ¿Algún corte? ¿Alguna herida? ¿Tenía problemas de movilidad o algún informe médico en la casa? ¿Una silla de ruedas en el jardín?

—No, señor —respondió Simon.

—No hallamos ninguna prueba, sustancial o circunstancial, que confirmara que Aidan Seed había cometido un crimen —le dijo Kombothekra a Proust—. Nada, aparte del testimonio verbal…

—¿Testimonio verbal? —repitió Muñeco de Nieve, de manera inexpresiva—. Querrá decir mentiras, ¿no?

—Ayer dediqué buena parte de la noche a repasar casos sin resolver, tratando de encontrar algo que me sonara a los relatos de Seed y Bussey.

—¿Que le sonara? ¿Es usted músico, inspector?

Kombothekra sonrió en deferencia al chiste de Proust.

—No encontré nada que encajara, aunque me concedí un amplio margen para las coincidencias: ninguna muerte sospechosa en la que el nombre, el aspecto o el domicilio de la víctima pudiera relacionarse con Mary Trelease. Nada. Introdujimos los tres apellidos, Seed, Bussey y Trelease, en las bases de datos Visor, Sleuth, PNC y NFLMS, pero sin ningún resultado.

—Sí, sí, inspector… —contestó Proust, haciendo un gesto con la mano para zanjar el asunto—. Y me imagino que tampoco los encontró en el reparto de la versión de *West Side Story* que se presentó en el Teatro de la Ópera de Rawndesley.

—Simon y yo creemos que, a pesar de todo, deberíamos tomar declaración a Aidan Seed —dijo Kombothekra.

Su tono de voz era más fuerte de lo habitual. Debía de estar nervioso por lo que debía considerar una opinión muy atrevida.

—No solo a Seed —añadió Simon—. A Bussey y a Trelease también.

—Oh, me encantaría que pudiéramos divertirnos un poco siguiendo su propuesta —repuso Proust, fingiendo una expresión de nostalgia—. Si tuviéramos la forma y el tiempo de hacerlo… Me imagino la declaración de Mary Trelease: «Declaro que, en una fecha que un tal Aidan Seed, a quien no conozco, se niega a determinar, el susodicho no me asesinó». —Proust dio un puñetazo en su escritorio —. ¿Qué les ocurre a los dos? ¿Acaso compartieron una hamburguesa de ternera de dudosa procedencia a mediados de los ochenta?

—No, señor.

Kombothekra dio un paso hacia atrás. Por lo visto, su valiente toma de posición terminaba allí.

—Ya he oído bastante acerca de Aidan Seed y ya estoy harto de esas dos caras patéticamente esperanzadas. Lamento mucho que Papá Noel no les trajera lo que querían, pero hay cosas que no caben por una chimenea de un ancho razonable. ¿Está claro? — concluyó Proust, rojo como un tomate.

¿Una chimenea de un ancho razonable? ¿Se refería a sí mismo? Muñeco de Nieve tenía problemas para reconocer sus propias opiniones como lo que eran, meras opiniones, y siempre los había tenido, al menos desde que Simon lo conocía. Se consideraba la encarnación de la verdad absoluta. Al elaborar su metáfora, seguro que ni siquiera pensó que estaba mucho más cerca de ser una chimenea que de ser razonable.

—Sí, señor —contestó Kombothekra, quien, de no haber estado presente Simon, seguro que habría hecho una reverencia.

—Perfecto. Y ahora, lárguense de aquí y hagan su trabajo.

Kombothekra salió a toda prisa del despacho, pensando sin duda que Simon lo seguiría. Sin embargo, Simon cerró la puerta después de que el inspector hubiese salido.

—¿Aún sigue aquí, Waterhouse?

—Sí, señor.

—Puesto que se ha tomado la molestia de reservarse un momento a solas conmigo, ¿puedo pedirle un favor? ¿Le importaría decirle al inspector Kombothekra que se dirija a usted como subinspector Waterhouse y no como Simon? Se lo he comentado en varias ocasiones, pero él insiste en usar el nombre de pila. El otro día me dijo que preferiría que le llamara Sam. —Proust apretó sus finos labios—. Yo le dije: «Cuando dos personas son tan íntimas como nosotros dos, Sam, se suelen llamar con un apodo, y el apodo que he elegido para usted es "inspector Kombothekra"».

—Está equivocado con respecto a Aidan Seed —le dijo Simon—. Sé que aún no se ha cometido ningún crimen, pero la inspectora Zailer y yo creemos que algo va a suceder. Por eso debemos tomar esas declaraciones ahora. Es cuestión de prevenir; no podemos ignorar nuestros temores. Ya ha leído el informe de Gibbs: decía que Mary Trelease parecía asustada cuando él le mencionó a Seed. Y la inspectora Zailer no tiene ninguna duda de que Ruth Bussey estaba aterrorizada, aunque no quiso decir por qué.

—Y aun así decidió no iniciar ninguna investigación —repuso Proust, impaciente.

—Bussey se olvidó el abrigo. La inspectora Zailer encontró un recorte de periódico sobre ella en el bolsillo. Era un artículo de 2006, publicado en un diario local. Hablaba de… cuando ella…

—Dígalo sin tapujos: del catastrófico error que cometió la inspectora Zailer aquel año. No confundir con otro que ha cometido más recientemente: aceptar casarse con usted, Waterhouse. Continúe.

—Ruth Bussey tenía en el bolsillo de su abrigo un artículo sobre ella. Cuando la inspectora lo vio y lo relacionó con la increíble historia que le contó, llena de incongruencias…, bueno, pensó que todo el asunto era una especie de ardid.

Simon sabía que aquel comentario no lo ayudaría en su causa.

—¿Qué?

Proust frunció con tal fuerza el entrecejo que su frente parecía un acordeón.

—Por ahora solo se siente avergonzada, señor, pero si oye hablar de la historia se altera mucho y acaba poniéndose paranoica. Pensó que Ruth Bussey era una periodista que iba de incógnito…, una reportera de esos programas en los que van detrás de alguien y le tienden trampas porque creen que debería dejar su trabajo… Pensó que acabaría en uno de esos espacios que emiten por televisión…

—Aún no se ha cometido ningún crimen —repitió Proust muy despacio—. ¿Cómo se titulaba aquella película?

—¿Disculpe, señor?

—Ya sabe…, esa en la que salía aquel actor que pertenece a la iglesia de la cienciología, el que se ha casado varias veces. ¿Cómo se llama?

—No lo sé, señor.

Simon no iba al cine. No era capaz de permanecer sentado durante tanto tiempo.

—La edad, Waterhouse…, es algo terrible. Recuerdo que el trabajo del protagonista consistía en prever y evitar crímenes que aún no se habían cometido. El filme transcurría en el futuro. Dígame, ¿por qué cree que no lo ambientaron en la actualidad?

Simon tuvo que reprimir un gemido. «¿Podríamos ahorrarnos esto?».

—¿Será porque a día de hoy no existe ninguna tecnología que nos permita investigar crímenes que aún no se han cometido? Sin embargo, ambientando la película en el futuro podemos creernos que existen todos los aparatitos necesarios para hacerlo, con lo que

nuestro héroe puede ver perfectamente los tráileres de los asesinatos que se van a cometer.

—He entendido a qué se refiere, señor.

—Bien.

—Pero ¿por qué Mary Trelease no dejó que Gibbs entrara en su casa? —Simon estaba a un paso de la desesperación—. ¿Por qué lo dejó esperando en la puerta y fue a buscar su documento de identidad? En cuanto a mí, me dejó pasar, pero de muy mala gana. Cuando le pedí que me dejara ver el dormitorio que da a la calle, la habitación donde Seed sostiene que la mató y abandonó su cadáver, me dejó muy claro que no pensaba dejarme entrar. ¿Qué es lo que ocultaba?

—Pero luego, aunque a regañadientes, dejó que la viera, ¿no es así? ¿Y qué encontró? Muchos cuadros y poco más.

—Sí, pero…

—A la mayoría de la gente no le gusta que un desconocido entre en su casa, sobre todo para echar un vistazo a sus insustituibles obras de arte. No tiene nada de extraño.

«Un último intento», pensó Simon. Tras respirar profundamente, dijo:

—¿Por qué Ruth Bussey ha tardado más de dos meses en venir a contarnos esa historia si fue el pasado 13 de diciembre cuando Seed le dijo que había matado a Mary Trelease? ¿Por qué guardaba ese artículo sobre Charl…, sobre la inspectora Zailer? ¿Por qué ella y Seed se presentaron aquí por iniciativa propia, por separado aunque el mismo día, dándonos algo de información pero reservándose para ellos una buena parte de los hechos? Y dígame, ¿por qué sus versiones no coinciden? Según Bussey, Seed le dijo que cometió ese asesinato hace unos años; sin embargo, a Gibbs le dio la sensación de que si hubiera ido al 15 de Megson Crescent se habría encontrado con un cadáver fresco.

—El cadáver de una persona muerta recientemente, pero no un cadáver fresco —le corrigió Proust—. No hable de un cadáver como si se tratara de una macedonia.

—Sabe muy bien a lo que me refiero, señor. Ya leyó lo que Trelease le dijo a Gibbs: «¿Por qué no para de preguntarme si estoy segura de que nadie me ha hecho daño? ¿Quién? ¿Aidan Seed, el hombre que no se cansa de mencionarme? Si lo que está buscando es una víctima, se ha equivocado de sitio». Eso da a entender que existe un lugar correcto donde buscar a las víctimas de Seed.

—Piense, Waterhouse. —La voz de Proust casi parecía amable—. Es normal que la señorita Trelease piense que, en alguna otra parte, Seed le haya hecho daño a alguien. En su casa aparece un subinspector que muestra un interés desmedido por ese hombre, le pregunta si lo conoce y quiere comprobar si ella está sana y salva.

—A lo mejor conoce a otra víctima de Seed, alguien que fue atacado o asesinado, aunque a ella no le hiciera ningún daño. —Simon se secó la nuca con la palma de la mano. Estaba empapado en sudor—. ¿Y qué me dice de lo que me preguntó Seed? «La mujer que vio en el 15 de Megson Crescent…, ¿le contó a usted lo que yo afirmo haber hecho?». ¿No leyó esa parte?

—Leí el informe entero, de cabo a rabo. Sé leer.

—Según Seed, Mary Trelease está muerta; él la mató. En cuyo caso, ¿qué le importa a él lo que yo le dije o no a una mujer que supuestamente está muerta? Señor, si usted lo conociera… Parece que esté poseído. Se comportó de forma hiperracional, como si quisiera convencerme usando la lógica. No paraba de decir: «Si parto del único hecho del que estoy completamente seguro, esto es, de que maté a Mary Trelease, entonces debo deducir que cuando me dice que ella está viva está mintiéndome». ¡Léalo!

Simon cogió los papeles que había encima de la mesa de Proust y volvió a soltarlos en seguida, buscando las notas que había traído consigo. No las encontró, pero recordaba de memoria las palabras de Seed.

—«La única explicación posible es que matara a alguien que luego resucitó y que es la mujer que usted vio; sin embargo, teniendo en cuenta que no creo en los fenómenos sobrenaturales, tengo que descartarla». Dígame, ¿algo de esto le parece normal o

natural? —preguntó Simon—. Alguien va a sufrir algún daño, si es que no lo ha sufrido ya. Tengo un mal presentimiento.

Muñeco de Nieve lanzó un suspiro.

—De acuerdo, Waterhouse. Ha tratado de vencerme por agotamiento y lo ha conseguido. Tome declaración a toda la pandilla si eso le hace feliz.

Simon se preguntó si no estaría soñando. ¿Era posible que le hubiera resultado tan sencillo? Proust refunfuñó entre dientes y ordenó los papeles que tenía sobre su mesa. Observarlo tras haber reconsiderado su posición con respecto a algo, por pequeño que fuera, era como ver maniobrar a un petrolero para cambiar de rumbo.

—Gracias, señor.

—Pero el caso Nancy Beddoes tiene prioridad. —Siempre había un escollo—. Por muy fastidioso que resulte, lo primero son los delitos que sabemos que se han cometido. —El inspector jefe levantó los ojos—. Lo cual significa que Aidan Seed y compañía tendrán que esperar hasta que usted haya completado su gira por todo el Reino Unido y vuelva con esas doscientas setenta y seis declaraciones.

—Pero, señor…

—Pero, señor, nada. ¿Tiene un mapa de carreteras? —Proust rebuscó en uno de los bolsillos de la chaqueta que tenía colgada en su silla y sacó un billete de diez libras—. Pues cómprese uno —dijo, lanzándole el dinero a Simon—. Ya es hora de que aprenda que los mapas también existen en versión impresa.

La puerta de la casa de Ruth Bussey estaba abierta de par en par. El volkswagen passat negro —el que conducía el viernes, cuando salió huyendo— no estaba allí; solo había un daewoo verde, aparcado en una zona ajardinada, o sea que en la casa debía de haber alguien. ¿Aidan Seed?

Charlie se apartó para dejar paso a dos mujeres que hacían *footing* y charlaban mientras sorteaban los bolardos que señalizaban los aparcamientos. Con el abrigo de Ruth colgado del brazo, Charlie se dirigió hacia la casa. Esperaba poder mantener una nueva conversación con Ruth, aunque puede que fuera mejor así, ya que Charlie también tenía curiosidad por conocer a Aidan y ver qué clase de individuo era un hombre que confesaba un crimen que ni él ni nadie había cometido.

Había llegado a la altura del pequeño porche cuando un hombre alto y flaco, vestido con un chaleco amarillo fluorescente sobre un traje gris salió corriendo de la casa y estuvo a punto de chocar con ella. Llevaba una barba rala y unas gafas de cristales muy grandes. Charlie pensó que su rostro era idéntico al de una cabra, si de rostro podía hablarse refiriéndose a los animales. Al verla, una expresión de reconocimiento iluminó su mirada.

—¡Eh! —exclamó.

—¿Sabe quién soy?

Era una pregunta estúpida. ¿Quién no lo sabía, en Spilling? Era una ciudad pequeña y allí Charlie era una maldita celebridad.

—Reconozco ese abrigo —dijo el hombre, mirando la prenda para no cruzar la mirada con Charlie—. Ruth escogió un mal momento para perderlo: la caldera no funciona. Suele averiarse cada tres meses, y el pobre tonto, es decir, yo, tiene que pasarse un día de brazos cruzados esperando a los técnicos. Lo que yo le diga: nunca alquile una casa a nadie.

—Entonces, usted no es Aidan.

La cabra le tendió la mano.

—Malcolm Fenton, responsable de parques y jardines. Si quiere, puede darme el abrigo a mí.

Charlie dudó. Si le entregaba el abrigo, perdería la oportunidad de volver a hablar con Ruth. Básicamente, quería preguntarle por el artículo del periódico. ¿Por qué se interesaba por ella? Estaba a punto de decirle a Fenton que ya localizaría a Ruth en su trabajo cuando se dio cuenta de que él estaba pendiente de otra cosa.

—Vaya, por una vez son puntuales —dijo, mirando por encima del hombro—. Con permiso.

Charlie se dio la vuelta y lo vio trotar por los escalones del porche. Frente a las puertas del parque, cuya entrada bloqueaban dos bolardos negros, había una furgoneta; en uno de los lados, escrita con letras azules, figuraba la inscripción «Winchelsea Combi Boilers».

Fenton sacó del bolsillo un enorme manojo de llaves, desbloqueó un mecanismo de uno de los bolardos y lo hizo bajar hasta el suelo. Detrás del grasiento parabrisas de la furgoneta, uno de los técnicos de Winchelsea Combi Boilers masticaba un chicle con tanto ahínco que Charlie se preguntó si en vez de un chicle no sería un órgano extirpado del cuerpo de su legítimo propietario.

Tras echar un vistazo a la puerta abierta de la casa, decidió acercarse hasta la entrada.

—Disculpe —gritó Fenton a sus espaldas—. Preferiría que no entrase. Ya sé que es una mujer policía, pero aun así prefiero que no lo haga —añadió, como si quisiera pedirle perdón. Mujer policía: ¿aún había gente que empleaba esa expresión?—. Si me deja el abrigo, me ocuparé de devolvérselo a Ruth.

—La puerta está abierta de par en par —observó Charlie—. Supongo que los técnicos de la caldera tendrán que entrar.

—Prácticamente viven aquí —repuso Fenton, irritado—. No quisiera parecer descortés, pero Ruth es una persona muy reservada. Sé a ciencia cierta que no le gustaría que dejara entrar a una desconocida en su casa. —Tras lanzar un suspiro, añadió—: No me he expresado muy bien. Quería decir que es evidente que Ruth la conoce, puesto que usted tiene su abrigo, pero… —Apartó la mirada, furioso consigo mismo por haber hablado demasiado—. No me ha dicho que hubiera quedado con usted o que esperara su visita, por lo que me temo que no puedo dejarla entrar.

La forma de hablar de Fenton inquietó un poco a Charlie. ¿Le habría contado Ruth a ese hombre la extraña confesión de Aidan? No, no le cuadraba. «Es evidente que Ruth la conoce». Eso

implicaba que Ruth era alguien a quien la policía tal vez podía controlar o necesitar, que ya existía previamente un vínculo entre ellos. Charlie no lograba entenderlo.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Mary Trelease? —preguntó Charlie.

Fenton no reaccionó al escuchar el nombre. Tras reflexionar un segundo, negó con la cabeza.

—¿Eso es una cámara de un circuito cerrado de televisión? —preguntó Charlie, contemplando el tejado de la casa. Había visto otra cámara en la otra punta del porche, en el alféizar de una ventana. ¿Era ese el motivo de que toda la casa estuviera cubierta de hojas? ¿El camuflaje?—. ¿Cuándo instalaron esas cámaras?

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó Fenton.

Charlie eludió la respuesta y se limitó a sonreír.

—Hace tiempo, el parque estaba infestado de pandillas de jóvenes. Ruth sugirió instalar las cámaras y al ayuntamiento le pareció una buena idea —repuso Fenton, a la defensiva.

—¿Cuando ha dicho que Ruth es una persona muy reservada…? —empezó Charlie.

—No me gusta el tono de sus preguntas. Ruth es una mujer normal y corriente y una excelente inquilina. Se toma muy en serio sus responsabilidades, eso es todo. Tiene un contrato de alquiler que le supone ciertas obligaciones. —Fenton suspiró, como si le hubieran engatusado para hablar más de la cuenta—. Se supone que, a cambio de un alquiler muy bajo, el inquilino de esta casa debe echar una mano en el parque en caso de necesidad, sobre todo si hay una emergencia o durante las horas en que no funciona el servicio municipal. Si alguien se cayera en el camino y se rompiera una pierna, Ruth debería intervenir. Tiene una lista de teléfonos de emergencia, pero ella sería el primer contacto.

—La mayoría de la gente reservada que yo conozco no viviría en un parque público —dijo Charlie, intuyendo, por la cautelosa reacción ante su pregunta, que a Fenton le había sorprendido la sugerencia de Ruth de instalar las cámaras. ¿Habría sido una

sugerencia o más bien una petición, una súplica? ¿Qué era lo que, movido por un sentido de fidelidad, ocultaba Fenton sobre su inquilina modelo?

Para Charlie, su resistencia era como un fuelle para el fuego. Estuvo tentada de subir corriendo las escaleras y seguir a los hombres de Winchelsea Combi Boilers hasta el interior de Blantyre Lodge. ¿Qué conseguiría ver de la casa de Ruth Bussey antes de que Fenton la sacara a rastas? Las casas de los locos tenían un aspecto muy particular; se intuían a simple vista. Charlie suspiró. Aquella opción conducía directamente a una reclamación oficial, y era lo único que le faltaba. Sacó del bolsillo del abrigo el artículo del *Rawndesley and Spilling Telegraph* y lo guardó en el bolso.

—Vuelva a dejar eso donde estaba —dijo Fenton, con brusquedad.

¡Vaya! Aquel tipo estaba al corriente de toda la historia de Charlie, y ella conocía a tipos como aquel. En circunstancias normales, no se habría atrevido a usar aquel tono con la policía. Solo con una agente que sabía que había caído en desgracia y casi había sido expulsada del cuerpo.

Charlie cambió de parecer y decidió no entregarle el abrigo.

—No me apetece dejar el abrigo a un desconocido —dijo—. Dígale a Ruth que se ponga en contacto conmigo si quiere recuperarlo.

Después de pasar por Blantyre Park, Charlie se dijo que iría directamente a la oficina para despachar unos asuntos que llevaban quince días esperando sobre su mesa: redactar el cuestionario del concejal Vesey y la carta adjunta. Se lo repitió mentalmente una y otra vez, pero su cerebro desobedecía sistemáticamente la orden y al final acabó conduciendo en dirección al barrio de Winstanley. Estaba harta de escuchar la versión de terceros: quería conocer a la rediviva Mary Trelease y comprobar si, como había dicho Gibbs, estaba asustada o si había algo en ella capaz de asustar a otros. A

Aidan Seed, por ejemplo. Charlie frunció el entrecejo al considerar la posibilidad. Fingir haber matado a alguien era una extraña reacción al miedo. «A menos que, incapaz de soportar la idea de su existencia, alguien finja que esa persona ha dejado de existir y se atribuya el papel de su asesino, porque eso le hace sentirse fuerte y no su víctima…». Charlie se sonrió tras haber formulado aquella absurda teoría. Era imposible hacer conjeturas, y eso era lo que distinguía aquella historia de todas las que había tenido que afrontar desde que había ingresado en la policía. Era diferente, y era más difícil dejar de pensar en ella. Normalmente podía elaborar alguna hipótesis que utilizar como punto de partida, por muy fallida que luego se revelara. Sin embargo, en esta ocasión no era así; no conseguía pensar en literalmente nada que explicara la conducta de Ruth Bussey y Aidan Seed… Las piezas no encajaban, ni siquiera en el supuesto de que ambos estuvieran locos. Al final del callejón sin salida de Megson Crescent había tres jóvenes con la cabeza rapada que hacían equilibrios con sus bicis. Cuando Charlie salió del coche y los chicos vieron su uniforme, se esfumaron tan deprisa que no pudo sino evocar esa escena de la película *E.T.* en la que los niños pedalean con tanto ahínco que salen volando.

Charlie cerró el coche. Una música alta y estridente se oía en una de las últimas casas de la calle, cerca del sitio por donde habían desaparecido los tres muchachos. En principio, debería seguirles la pista hasta el portal donde se habían escondido para instarlos a ir a la escuela, aunque seguramente sus profesores no le dieran las gracias por ello.

Mientras caminaba por el callejón sin salida, examinó los números impares: el 5 y el 7 tenían las ventanas tapiadas. En el primer piso del número 9 entrevió unas caritas detrás de unas cortinas que se cerraron de golpe. Sabía que, por mucho que llamara al timbre, nadie le contestaría.

Antes que ocuparse de los tres chicos, tenía que obligar a que bajaran el volumen de aquella música. A medida que se acercaba a la casa de la que provenía, notó que el pavimento vibraba bajo sus

pies. Al ver el número de la puerta, se quedó de piedra: era el 15. El ruido ensordecedor venía de la casa de Mary Trelease. Ruth Bussey le había dicho que aquella mujer rondaba los cuarenta años. ¿Cómo era capaz de escuchar…? Charlie ahuyentó aquella ridícula idea, avergonzada. ¿Qué música se suponía que escuchaba la gente de cuarenta y tantos? ¿James Galway, con el volumen muy bajo para no despertar al gato?

«Es imposible que oiga el timbre», pensó Charlie, pero aun así lo pulsó. Dio un paso atrás y se quedó mirando la casa. Al igual que el resto de las que había en la calle, era un adosado muy feo de ladrillo rojo de fachada completamente lisa, sin ningún saliente que le diera algo de personalidad. Las malas hierbas crecían entre las baldosas rotas que conducían hasta la puerta principal. En un lado de la casa, junto a un sumidero, había un tiesto de metal festoneado con un pequeño árbol muerto. Cuando Charlie tocó una de sus ramas, esta se quebró entre sus dedos.

Volvió sobre sus pasos y observó las ventanas del piso superior. Todas las cortinas estaban corridas. Vio que eran finas como un pañuelo y que estaban mal colgadas, porque no eran simétricas. Algunas de ellas tenían agujeros en los puntos donde la tela se había deshilachado, roto o quemado. Ciertamente, aquella no era la casa en la que Charlie esperaba encontrarse a un artista. Trató de pensar en las pocas cosas que sabía sobre arte y pintores. Recordó que Vincent Van Gogh había sido extremadamente pobre. En una ocasión, Olivia la había obligado a ver un documental sobre el pintor. Efectivamente, a un tipo como él no le habría importado el estado de sus cortinas.

—No es posible que la hayan avisado. Solo he estado fuera cinco minutos.

Surgida de la nada, a su lado apareció una mujer muy flaca y de expresión iracunda, con unas profundas arrugas en torno a los ojos, la nariz y la boca; las líneas eran tan pronunciadas que parecía que le hubiesen cortado la piel de la cara con un cuchillo. Tenía una marca de nacimiento de color caramelo, la misma que Aidan Seed

había descrito a Simon, y vestía una trenca oscura, pantalones negros, unas zapatillas de deporte blancas y un gorro de lana morado que parecía cubrir un montón de pelo. Charlie vio que sus orejas eran muy finas y que apenas tenían lóbulos…, otro detalle que Aidan Seed había mencionado. En sus manos, cubiertas por unos guantes, la mujer —Mary Trelease— sostenía un paquete de marlboro, un encendedor rojo y lo que parecía ser una cajita verde.

—¿Quién? —preguntó Charlie.

A primera vista, no había nada siniestro en Mary Trelease. Se vestía como alguien a quien no le importara su aspecto. Charlie también había tenido etapas así.

—Los vecinos. Ya la bajo, ¿vale? Deme un segundo.

Salió corriendo hacia la casa. Charlie la siguió. Era difícil no oír la canción a todo volumen, cuya letra repetía constantemente la palabra *superviviente*. Era una variante más insistente e histérica del clásico tema «él-me-ha-destrozado pero-sigo-siendo-fuerte», la clase de canción que Charlie escribiría si fuera capaz de hacerlo, un compendio de poses y bravuconerías.

Al cabo de unos segundos, la música cesó, aunque seguía resonando en la cabeza de Charlie. Interpretando la puerta abierta de la cocina como una invitación a pasar, estaba a punto de entrar cuando Mary le dio un susto al bajar de repente por la escalera que había en uno de los laterales de la casa.

—Ya está —dijo—. ¿Contenta?

Miró a Charlie con desdén, dejando que el escaso peso de su cuerpo descansara primero en un pie y luego en otro. Seguía sosteniendo el paquete de cigarrillos, el encendedor y la cajita verde, que, según pudo ver Charlie, resultó ser un paquete de té a la menta twinings.

—¿Es usted Mary Trelease?

—Sí.

—¿Qué canción era esa?

—¿Cómo dice?

—La canción que estaba sonando. ¿Cómo se llama?

Había gente dispuesta a responder preguntas inofensivas; otras, no. Charlie quería averiguar a qué categoría pertenecía Mary Trelease antes de preguntarle por Aidan Seed y Ruth Bussey.

—¿Se trata de una broma? Mire, si esos cretinos del número 12 han…

—No estoy aquí por la música —contestó Charlie—. Aunque, ya que ha sacado el tema, ese volumen es intolerable a cualquier hora del día. ¿Por qué la pone tan alta si no está en casa?

Mary abrió el paquete de cigarrillos, se llevó uno a los labios y lo encendió sin invitar a Charlie.

—Si no está aquí por la música, ya me imagino por qué ha venido.

Su voz contrastaba con el ambiente que la rodeaba. Charlie no había podido oírla bien mientras aún sonaba la música. ¿Qué estaba haciendo en el barrio de Winstanley alguien que hablaba como un miembro de la familia real? ¿Por qué Simon no le había mencionado su acento?

—Soy la inspectora Zailer, Charlie Zailer. Colaboro con los servicios sociales que se ocupan de esta zona.

—¿Zailer? ¿La misma inspectora Zailer que salió en la prensa hace un par de años?

Los ojos castaños de Mary, ávidos, se abrieron como platos.

Charlie asintió con la cabeza, haciendo un esfuerzo por disimular su incomodidad. La mayoría de la gente no abordaba el tema tan abiertamente, sino que parecía avergonzada y miraba hacia otro lado, como había hecho Malcolm Fenton, y el hecho de encontrarse en esa embarazosa situación hacía que ella olvidara, por un instante, su propia amargura y humillación. «Debería haber dimitido hace dos años», pensó. Sus allegados, la gente que en su momento le dijo que no había hecho nada malo y le aconsejó que afrontara la situación con la cabeza bien alta, le había hecho un flaco favor. Durante esos dos años, Charlie había tenido la sensación de esconderse en público; no era capaz de imaginarse una situación profesional más delicada que la suya.

—Trabaja con los servicios sociales —dijo Mary, con una vaga sonrisa—. ¿Eso significa que la han degradado?

—Me trasladaron. A petición propia.

—Salió en los periódicos justo después de que yo me mudara a Spilling —explicó Mary—. Me pregunté a qué clase de sitio había venido a vivir, pero creo que desde entonces no ha habido ningún otro escándalo en la policía, ¿verdad? —Sonrió—. Usted es un bicho raro. —Al ver que Charlie se estaba poniendo nerviosa, añadió—: No se preocupe, a mí me da lo mismo. Sin duda, usted tendría sus razones.

—Sin duda —repuso Charlie con brusquedad—, y evidentemente no estoy aquí para hablar de ellas.

—Bueno, si su visita está relacionada con la vida social de este barrio, ha llamado a la puerta equivocada. Aquí no existe mucha vida comunitaria, y yo no participo en la poca que hay. Soy una intrusa que toma tés raros. —Mary agitó la cajita de té ante las narices de Charlie—. Debería de haber visto la cara que pusieron en la tienda de la esquina cuando les pedí esto. ¡Ni que les hubiera dicho que bebía sangre de recién nacidos! —exclamó, llevándose el cigarrillo a sus finos labios. En los dedos índice y medio tenía unas manchas de color amarillo oscuro, casi marrón.

—No, es con usted con quien quiero hablar —le dijo Charlie.

—Entonces ya sé la razón. —La respuesta de Mary fue tranquila e inmediata—. Ha venido a preguntarme por un hombre al que no conozco, un tal Aidan Seed. El subinspector Christopher Gibbs vino el viernes por el mismo motivo, y luego, el sábado, se presentó el subinspector Simon Waterhouse. Pero a diferencia de usted, ellos no le arrancaron ninguna rama a mi árbol.

—Yo no… Ese árbol está muerto —dijo Charlie.

—¿Estaba comprobando su pulso? Si las flores secas pueden ser hermosas, ¿por qué no pueden serlo también los árboles? Me encanta mi jardín. Y me encanta mi árbol muerto y su maceta. Fíjese en esto. —Condujo a Charlie hasta la pared que separaba su casa de la de al lado. De una de las grietas sobresalía lo que parecía una

rosa de color verde, aunque sus pétalos eran extrañamente gomosos, parecidos a los de los cactus, y de puntas rosadas—. ¿No es preciosa? —dijo Mary—. Es una siempreviva. No crece ahí por accidente o por descuido. Alguien la plantó con la intención de que sobresaliera de la pared, aunque podría confundirse fácilmente con una mala hierba. Estoy seguro de que usted lo ha hecho.

—¿Podría entrar en su casa cinco minutos? —preguntó Charlie, sintiendo que había perdido toda la ventaja potencial que podía haber tenido hasta ese momento.

Deseó estar en su despacho, «ayudando» al concejal Geoff Vesey a redactar su carta y su cuestionario; dicho de otro modo: a escribirlos en su lugar. Vesey era el presidente de la Autoridad Policial de Culver Valley, una organización que supervisaba, entre otras cosas, el grado de confianza que la población tenía en la policía. La confianza que Charlie tenía en el concejal era cero; aquel hombre ni siquiera era capaz de elaborar por sí mismo una lista de preguntas.

—Puede pasar, pero solo porque ahora no estoy trabajando —contestó Mary—. Si estuviera ocupada, le pediría que se fuera. Soy pintora —dijo, entornando los ojos—. Pero eso ya lo sabe. Estoy segura de que lo sabe todo sobre mí.

A pesar de lo que acababa de decir, seguía bloqueando la entrada de la casa con su escuálido cuerpo.

—A Chris Gibbs no lo dejó entrar —repuso Charlie—. Y a Simon Waterhouse estuvo a punto de impedírselo.

—Porque estaba trabajando en un cuadro y estuve toda la noche levantada para terminarlo. En cuanto me haya librado de usted, me voy a meter en la cama. Si le interesa saberlo, esa era la razón de que tuviera la música tan alta: lo estaba celebrando. ¿Tiene alguna canción favorita?

Negarse a responder era ridículo.

—«Trespass», de Limited Sympathy.

—La mía es la canción que sonaba antes…

Charlie no tenía intención de preguntarle el título. «Si le interesa saberlo…». No le interesaba.

—«Survivor», de Destiny's Child —dijo Mary, con voz quebradiza, como una colegiala obligada a entregar a su maestra un preciado objeto secreto. Cuando hablaba, las arrugas de su cara cambiaban de forma y disposición, cerrándose en torno a su boca. Charlie había oído decir que la gente extremadamente delgada envejecía de un modo más evidente que la más rellenita, pero aun así…— Podría decirle por qué me gusta, pero me imagino que no le interesa. Supongo que usted es de esas personas que solo pone un CD si tiene gente a cenar, con el volumen muy bajo, para que nadie pueda oírlo.

—En realidad, no es así —respondió Charlie—. Y tampoco les rompo los tímpanos a mis vecinos.

—Ya se lo he dicho: estoy de celebración. Terminar un trabajo del que una se siente orgullosa te da un subidón. Es como si pudieras volar. Quería darme un homenaje, por eso puse mi canción favorita y fui a la tienda a comprar té a la menta y tabaco. He puesto el volumen muy alto para poder oír la canción mientras estaba allí.

Mary esbozó una sonrisa; tenía la mirada absorta, como si estuviera recordando algo que había ocurrido unos años atrás.

Charlie notó un picor en la piel. Sentía cierta aprensión. Pensó en lo que había dicho Ruth Bussey: «Me preocupa que pase algo».

—¿Podría ver el cuadro? —preguntó—. El que acaba de terminar.

—No. —Lo dijo sin pensarlo dos veces. Una reacción producto de la rabia—. ¿Por qué? A usted no le interesa mi trabajo, y a sus compañeros tampoco. Solo quiere comprobar que soy quien afirmo ser. —Mary tiró el cigarrillo al suelo, sin molestarse en apagarlo. La colilla se quedó allí, consumiéndose—. Será mejor que pase —continuó—. Iré a buscar otra vez el pasaporte y el permiso de conducir. Esta vez no me molestaré en guardarlos de nuevo en el cajón, porque seguro que alguno de ustedes volverá a aparecer mañana.

Charlie la siguió hasta una diminuta cocina marrón en la que había un fogón eléctrico lleno de restos incrustados, un fregadero de acero inoxidable y una hilera de armarios cuyas puertas no cerraban bien y quedaban suspendidas en el aire. El linóleo jaspeado que cubría el suelo estaba lleno de quemaduras de cigarrillo. «Nadie ha tocado esto en treinta años —pensó Charlie—. Está incluso peor que mi casa, y eso es mucho decir».

—No quiero ver ningún documento de identidad —dijo—. Mis colegas están de acuerdo en que usted es quien dice ser, y con eso me basta.

Mary se desabrochó los botones de la trenca y dejó que se deslizara por sus brazos. Cuando cayó al suelo, la apartó con un pie y la dejó allí.

—Así me sirve de burlete —le explicó a Charlie.

Su refinado acento estaba totalmente fuera de lugar en aquella lúgubre y exigua cocina. Charlie se preguntó si Mary no sería alguien de buena familia que, a costa del dinero de los suyos, jugaba a ser pobre y se codeaba con gente que realmente lo era en un intento de que su arte pareciera más auténtico, sabiendo que podía volver en cualquier momento a la mansión que papá tenía en Berkshire.

Mary se quitó el gorro, que dejó al descubierto una cascada de pelo canoso y encrespado que cayó sobre su espalda.

—Aidan Seed es enmarcador —dijo Charlie, en un tono neutro—. ¿Se lo comentaron Chris Gibbs o Simon Waterhouse?

—Sí. Ya veo la relación: yo soy pintora, él es enmarcador, pero eso no significa que lo conozca.

—¿Nunca había oído su nombre? Aunque no lo conozca personalmente, puede que se lo mencionaran otros artistas. Pensé que, teniendo en cuenta que Spilling no es una ciudad demasiado grande…

—No conozco a ningún otro artista —repuso Mary—. No crea que por el hecho de ser pintora formo parte del mundo artístico. Odio todas esas estupideces. Te unes a un grupo y antes de que te des cuenta descubres que eres parte de un comité que organiza

concursos y sorteos. En una pequeña ciudad como esta nuestro ambiente se reduce a eso, y en cuanto a los círculos londinenses…, toda esa basura de Charles Saatchi no tiene nada que ver con el arte. Es puro marketing…, un montaje para promocionar su propia marca y nada más. Sirve para crear apetitos artificiales, aunque en realidad no hay hambre alguna. No tiene nada de auténtico.

—¿Conoce a Ruth Bussey? —preguntó Charlie.

La sorpresa de Mary era inequívoca.

—Sí. Bueno… —Con el ceño fruncido, añadió—: No puedo decir exactamente que la conozca. La he visto en dos ocasiones. Espero poder convencerla de que pose para mí. ¿Por qué?

—¿Cómo la conoció?

—Dígame, ¿por qué la policía se interesa por Ruth?

—Si pudiera responder a mi…

—Es alguien que estuvo en mi casa —dijo Mary, levantando la voz. «Está asustada», pensó Charlie—. ¿Por qué me pregunta por ella? ¿Tiene alguna relación con ese tal Aidan Seed?

—¿Qué tal si hacemos un intercambio? —propuso Charlie—. Usted me enseña alguno de sus cuadros y yo contesto a su pregunta. Quiero verlos, aunque de arte no sé nada, salvo que todas las obras que merecen la pena parecen ser de gente que ya está muerta.

El rostro de Mary se puso rígido. Mirando fijamente a Charlie, dijo:

—¿Me está tomando el pelo?

—No. —«De todas las tonterías que podía decir…». Charlie sintió frío en todo el cuerpo—. Me refería a Picasso, Rembrandt… Quería decir que el arte actual parece reducirse a la representación de los restos de una vaca muerta y boñigas de elefante.

—Yo no estoy muerta —repuso Mary, recalcando las palabras, como si quisiera que Charlie le prestara toda su atención.

Charlie pensó que a la gente que creía en fantasmas deberían confiscarle indefinidamente el cerebro. No alcanzaba a comprender por qué le causaba una sensación tan desagradable estar en la

cocina de una destartalada casa escuchando a una mujer que, con expresión muy seria, insistía en que no estaba muerta.

—Estoy viva y mi trabajo es muy bueno —continuó Mary, en voz más baja—. Lamento haberle saltado a la yugular, pero resulta deprimente oír lo que piensa la gente de la calle: que quien tiene talento tiene que ser famoso automáticamente, además de estar muerto, por supuesto… Todos los genios están muertos; y si murieron jóvenes, pobres y en trágicas circunstancias, mucho mejor.

Charlie suspiró lentamente. Simon no le había contado a Mary lo que Aidan Seed había dicho sobre ella, y Gibbs tampoco. ¿Qué significaba? ¿Qué sentido tenía toda aquella historia?

—¿Cree que hay que sufrir…, sufrir intensamente, quiero decir, para ser un artista de verdad? —preguntó Mary, entornando los ojos y colocándose su salvaje mata de pelo detrás de las orejas con las dos manos.

¿Había un deje de desprecio en su voz, o era otra cosa?

—Yo no diría que lo segundo sea una consecuencia directa de lo primero —repuso Charlie—. Se puede sufrir lo que no está escrito y aun así no ser capaz de dibujar o pintar.

A Mary pareció gustarle aquella respuesta.

—Es cierto —dijo—. La grandeza de una obra no puede explicarse en unos términos tan simples. Le hice la misma pregunta al subinspector Waterhouse y me dijo que no lo sabía.

Otra cosa que Simon no había mencionado. Charlie pensó que sin duda tendría alguna opinión al respecto, aunque no había querido compartirla con aquella mujer tan singular.

—He cambiado de opinión —dijo Mary—. Le enseñaré mi obra; quiero que la vea. Pero con una condición: que quede claro que nada de lo que voy a mostrarle está en venta. Aunque un cuadro le parezca perfecto para…

—No tiene por qué preocuparse —le respondió Charlie—. No tengo dinero para comprar ningún original. ¿Por cuánto suele vender sus cuadros? ¿La cifra varía en función del tamaño o…?

—No los vendo. —El rostro de Mary perdió su expresión. «Es como si estuviera esperando problemas y ahora estuvieran aquí»—. Jamás vendo mis obras. Jamás.

—Pero… ¿entonces…?

—Quiere saber por qué. Si quiere preguntármelo, adelante, hágalo.

—En realidad, estaba pensando más en… Entonces, ¿toda su obra está aquí, en esta casa?

Tras una larga pausa, Mary dijo:

—Más o menos.

—¡Vaya! ¿Y desde cuándo pinta?

—Empecé en el año 2000.

—Me refiero a nivel profesional. ¿Y cuando era pequeña?

—No. De niña no dibujaba ni pintaba, salvo cuando me obligaban a hacerlo en la escuela.

«A nivel profesional, no, por supuesto; los pintores que no venden ninguno de sus cuadros no pueden considerarse profesionales». Charlie pensó que debería hacerle otra clase de preguntas. Debería preguntarle por Aidan Seed y Ruth Bussey, y luego debería volver al trabajo. Pero ¿por qué no lo hacía?

Conocía la respuesta, aunque tardó varios segundos en admitirlo: en aquel momento ella también estaba… Decir asustada sería exagerar un poco, pero había algo en el número 15 de Megson Crescent y en su inquilina que la inquietaban. Puede que solo fuera el ambiente enrarecido de la casa, resultado de muchos años de descuido. Fuera lo que fuese, Charlie no era capaz de ceder a la tentación de largarse de allí lo antes posible.

—He dicho que podía ver mis cuadros, pero no que podía someterme a un tercer grado —dijo Mary—. Si no se calma un poco, cambiaré de opinión. Normalmente no suelo enseñar mi obra a nadie.

—Entonces, ¿por qué a mí sí?

Mary asintió con la cabeza.

—Buena pregunta. —Sonrió, como si conociera la respuesta pero prefiriese guardársela para ella—. Venga. La mayoría de los cuadros están arriba.

Charlie la siguió a través de un reducido vestíbulo que era tan poco acogedor como la cocina. En ambas paredes, la moqueta se había desprendido del zócalo; el estampado tenía unos dibujos de espirales marrones, salvo la parte que estaba junto a la puerta de entrada, que era negra. El papel pintado, medio despegado, era de color beige oscuro con unas rayas y algo que, en otros tiempos, puede que fueran magnolias. Un radiador pequeño y bajo había perdido casi todo el barniz, de un color gris sucio. Charlie se detuvo para contemplar el cuadro colgado encima, que representaba a un hombre gordo, una mujer y un muchacho de unos catorce o quince años sentados alrededor de una mesita; de los tres, el único que iba completamente vestido era el chico, mientras que la pareja iba en bata. La mujer era baja y delgada y de rasgos muy marcados; por su postura, con las manos frente a los ojos y la cabeza gacha, se diría que tenía jaqueca. O mejor dicho, resaca, porque encima de la mesa había un montón de botellas vacías. «La escena de una mañana después de una noche movida», pensó Charlie.

Al pie de las escaleras había otro cuadro en el que aparecía la misma pareja, aunque esta vez sin el muchacho. La mujer se cepillaba el pelo delante de un espejo, vestida con un camisón de tirantes blanco; detrás de ella, el hombre estaba tumbado en una cama, leyendo el periódico.

Charlie estaba impresionada. Los cuadros eran demasiado sórdidos para ser calificados de bellos, pero estaban tan llenos de vida que parecían difundir más luz en el pasillo que la bombilla que Mary había encendido. Los colores eran extraordinarios: vividos, sin tener, sin embargo, ni vivacidad ni calidez; el efecto que producían era el de una profunda tristeza expuesta al foco de un reflector.

—¿Son suyos? —preguntó Charlie, imaginando que sí lo eran.

Mary estaba a mitad de las escaleras. Emitió un sonido que era difícil de interpretar.

—No los he robado, si es eso lo que quiere saber.

—No, decía si…

—No, no son míos.

Así pues, había entendido lo que le había dicho. Solo estaba perdiendo el tiempo.

En lo alto de las escaleras había otro cuadro, y otros dos en el descansillo: la mujer y el chico sentados, sin mirarse, en los dos extremos de un sofá amarillo lleno de protuberancias, cubierto por una tela rota; el hombre, junto a una puerta cerrada, con la boca abierta y la mano levantada con la intención de llamar. El tercer cuadro mostraba a dos personas distintas: un hombre y una mujer jóvenes de pelo negro, cejas muy pobladas y frente despejada, ambos con sobrepeso, jugando a las cartas en la misma mesa que aparecía en el cuadro que había en la planta baja.

Mary abrió una de las tres puertas que había en el descansillo; dando un paso atrás, le indicó a Charlie que entrara primero. «El dormitorio que daba a la calle». Aidan Seed le había dicho a Simon que allí era donde había matado a Mary y había dejado su cadáver, en el centro de la cama. Al entrar, Charlie sintió un nudo en la garganta. «Esto es ridículo», pensó. ¿Acaso Mary le abriría la puerta si allí dentro hubiera un cadáver?

La habitación estaba llena de cuadros; había tantos que, tras dar unos pocos pasos, Charlie tuvo que detenerse. Muchos de ellos no podían verse, ya fuera porque otros los ocultaban o porque estaban mal colocados. Charlie intentó asimilar todo cuanto pudo. Había una tela que representaba un impresionante edificio con una torre cuadrada y otras eran retratos de bustos, la mayoría de mujeres de aspecto abatido y derrotado. Apoyados contra la pared había cuatro o cinco lienzos abstractos en los que dominaba un color rosa pálido y que parecían primeros planos de carne humana llena de heridas y de líneas que se cruzaban y de extrañas arrugas: parecían primeros planos de carne humana lacerada. Al igual que los cuadros de la planta baja y del descansillo, ninguno de ellos era bello en el sentido convencional de la expresión, pero estaban llenos de una innegable

fuerza. Charlie se dio cuenta de que no podía apartar los ojos de ellos.

«Al igual que los cuadros de la planta baja…». Otra cosa también era innegable, y aun así Mary lo había negado.

—Si estos son suyos, entonces también ha pintado los otros —dijo Charlie, señalando hacia la puerta—. Incluso yo soy capaz de ver que son obra del mismo artista.

Mary parecía molesta. Al cabo de unos segundos, contestó:

—Sí, los he pintado yo. Todos.

A Charlie le habría parecido pedante preguntarle por qué, hacía tan solo un momento, le había dicho lo contrario. ¿Le avergonzaba tener sus propios cuadros colgados en las paredes? No aparentaba ser la clase de persona a quien le importara lo más mínimo parecer vanidosa. En aquella habitación, todos los cuadros tenían marco, mientras que los que había en las paredes estaban sin enmarcar, cuando, de hecho, debería haber sido al revés.

—¿Quiénes son? —preguntó Charlie.

—¿La gente que aparece en los cuadros? La mayoría son vecinos, o personas que vivían por aquí. Un muestrario de los habitantes de Winstanley. —La sonrisa era desdeñosa, como si se la dirigiera a sí misma. Con un gesto de la cabeza, indicó los cuadros que estaban apoyados contra la pared de enfrente—. Ahora sería incapaz de recordar los nombres de la mayoría de esas personas… Les pagué para que posaran para mí; eso es todo.

Charlie observó de nuevo los rostros para ver si reconocía a alguien a quien hubiera detenido.

—Se estará preguntando por qué decidí pintar a desconocidos que no significaban nada para mí —dijo Mary, aunque Charlie no se lo había preguntado—. Pintar a alguien que te importa es como provocarte un *shock* emocional. Si está en mi mano, trato de evitarlo, aunque no siempre es posible. A veces te entra un deseo compulsivo y debes sufrir las consecuencias.

Charlie se dio cuenta de lo tensa que estaba al hablar, la forma de encorvarse, como si quisiera encerrarse en su propio cuerpo.

—Si tuviera que pintar un retrato, ¿a quién elegiría? ¿A su prometido? —Mary estaba observando la mano de Charlie—. He visto el anillo.

—La verdad es que no lo sé.

Charlie se sintió acalorada. Nunca habría podido pintar un retrato de Simon; sería algo demasiado íntimo, demasiado personal. Él nunca dejaría que lo hiciera. Finalmente, la noche del sábado, se había quedado en su casa; durmieron juntos, aunque sin besarse ni acariciarse. El único contacto físico entre los dos fue el abrazo que Simon le dio en la planta baja. Aun así, Charlie se puso contenta. Hasta entonces, nunca había conseguido que pasara la noche con ella. Era un paso adelante.

—Decididamente, no pintaría a su prometido —dijo Mary—. Entonces es que, o bien no le importa lo suficiente para tomarse la molestia, en cuyo caso, en su lugar, yo rompería el compromiso, o sabe perfectamente de qué le estoy hablando: es como someterse a un *shock* emocional.

—Me dijo que la mayoría de sus cuadros estaban aquí —dijo Charlie, cambiando de tema—. ¿Dónde está el resto, si nunca vende ninguno?

—Ruth Bussey tiene uno. Se lo regalé. —Una sonrisa cruzó el rostro de Mary—. ¿Recuerda la siempreviva que le he enseñado antes?

Charlie no se acordaba. Luego se dio cuenta de que Mary se refería a la rosa verde y gomosa que crecía en la pared.

—Fue Ruth quien me dijo cómo se llamaba esa planta; yo no lo sabía. No conozco los nombres de las plantas; mi experiencia en el campo de la jardinería es muy limitada. Decidí no dedicarme a ella después de haber destrozado un jardín. Cuando le regalé el cuadro a Ruth, llevaba mucho tiempo sin hacer ningún regalo, y me produjo una sensación extraña, y pensé que ella también me había hecho un regalo. Ese nombre: siempreviva. Viva para siempre, viva eternamente: eso es lo que significa.

—¿No acostumbra a hacer regalos? —preguntó Charlie, con delicadeza.

Detrás de aquello había alguna historia y Charlie descubrió que quería conocerla. ¿Dónde estaría el jardín que Mary había mencionado? ¿Dónde había vivido antes de venir a Megson Crescent?

—Nada de regalos —dijo Mary—. No tengo ninguna intención de regalarle un cuadro ni tampoco de vendérselo. Solo le regalé uno a Ruth para pedirle disculpas. ¿Por qué?

—Por mi culpa perdió su trabajo. Es una larga historia, y no pienso contársela. No nos deja muy bien paradas a ninguna de las dos.

—¿Se refiere a su trabajo en la Galería Spilling?

—¿Y qué importa eso? —preguntó Mary, con cautela.

«Una mujer con muchos límites —pensó Charlie—. Demasiados para tener una vida fácil».

—Era mera curiosidad. Ruth trabajaba allí antes de hacerlo para Aidan Seed.

Hasta entonces, Charlie nunca había visto temblar el rostro de nadie, pero el de Mary lo hizo. Fue como si hubiera sufrido un electrochoque interno.

—Rum… ¿Ruth trabaja para Aidan Seed?

Se colocó el pelo detrás de las orejas, repitiendo la acción hasta cuatro veces.

—Y también viven juntos —dijo Charlie—. Son pareja.

Mary se puso lívida.

—Eso no es verdad. Ruth vive sola, en la casa del guarda de Blantyre Park. ¿Por qué me miente?

—No le estoy mintiendo. No lo entiendo. ¿Qué importancia tiene eso? Usted dice que no conoce a Aidan.

—Mi cuadro. Y yo le di mi cuadro a Ruth… —Mary se mordió el labio—. ¿Dónde está mi paquete de tabaco? Necesito un cigarrillo. —Ni siquiera trató de encontrarlo. Tenía la mirada vacía y movía los ojos de un lado a otro, sin posarlos en nada durante más de un

segundo—. ¿Qué ha hecho Aidan Seed? Tengo que saberlo. ¿Por qué va tras él la policía?

Ignorando si su respuesta resultaría ser la clave de toda aquella historia o una tremenda equivocación, Charlie dijo:

—Por lo que sabemos, Aidan no ha hecho daño a nadie. Sin embargo, él afirma lo contrario. Dice que le hizo mucho daño a una persona, y que esa persona es usted.

Mary apretó la mandíbula. Charlie pensó que, tras su breve momento de flaqueza, había decidido no dejar que afloraran sus emociones. Entonces, se trataba de otro *shock*.

Charlie dio un paso hacia ella.

—Créame, Mary, sé que suena muy extraño. Aidan Seed vino a vernos por voluntad propia con la intención de confesar un crimen y la describió a usted… Su aspecto, el lugar donde vivía, a qué se dedicaba…

Mary rodeó su cuerpo con los brazos, estrechándose con fuerza.

«De perdidos, al río», se dijo Charlie.

—Está totalmente convencido de haberla matado, Mary —dijo.

—A mí no. —Mary echó la cabeza hacia atrás y acto seguido volvió a enderezarla, con la mirada fija en la de Charlie—. A mí no.

5

Lunes, 3 de marzo de 2008

Estoy cortando vidrio cuando oigo unos pasos en el camino. Alzo los ojos y veo el rostro de un hombre detrás de la ventana. No lo conozco. Aidan interrumpe su trabajo. Tiene el pie apoyado en el pedal de la máquina que utiliza para cortar los listones, pero no lo aprieta. Normalmente solo deja lo que está haciendo cuando no queda otro remedio, porque tiene un cliente delante, y fingir que no lo ha visto, aunque solo sea un segundo, sería demasiado descortés incluso para alguien como él. A mucha gente para la que trabajamos, Aidan no le cae bien, pero aun así siguen viniendo. Cuando empecé a trabajar para él, me dijo: «Si quieres, puedes ser amable con los clientes, pero la amabilidad requiere su tiempo. Tu trabajo…, nuestro trabajo, consiste en proteger las obras de arte que nos traen aquí. Recuérdalo. Piensa que, hasta que no se enmarca, un cuadro está en peligro. La protección es la esencia de la enmarcación. Eso es lo que hacemos aquí; el objetivo no es la decoración».

La puerta de madera se abre, rozando el suelo.

—¿Hola? —dice una voz grave.

Cuando estoy a punto de contestar, veo otro rostro a través de la ventana y la respiración se bloquea en mis pulmones: Charlie Zailer. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Viene con ese hombre?

—Usted debe ser Ruth Bussey. Soy el subinspector Simon Waterhouse, del departamento de investigación criminal de Culver Valley.

Abre una pequeña cartera y me muestra la placa policial. Es un hombre robusto, de rostro duro y manos grandes. Lleva unos pantalones demasiado cortos; apenas si cubren la punta de sus zapatos.

La inspectora Zailer me sonríe. No menciona nada sobre mi abrigo y yo tampoco le pregunto por él. No lo ha traído. Cuando se presenta a Aidan, suplico que él no me mire y disimule su sorpresa.

—¿Les parece bien que charlemos un rato? —pregunta ella.

—Tengo cosas que hacer.

Aidan no parece sorprendido; solo contrariado.

—No nos llevará mucho tiempo.

—Ya hablé el sábado con él —dice Aidan, señalando con la cabeza en dirección a Waterhouse—. No tengo nada que añadir a lo que dije entonces.

—¿Quieren saber dónde he estado esta mañana?

El tono de voz de Charlie Zailer es tranquilizador y burlón al mismo tiempo.

—No, gracias.

—En el número 15 de Megson Crescent.

Se crea un largo silencio. El subinspector Waterhouse y yo intercambiamos una mirada, preguntándonos si alguno de los dos debería romperlo; al menos, eso es lo que yo me estoy preguntando.

—Ahí es donde vive Mary Trelease. Y he pasado la mañana con ella.

Aidan dedica una fría mirada a la inspectora.

—¿Cómo es posible que una mujer que está muerta viva en ningún sitio? —dice—. Yo la maté.

La inspectora Zailer asiente con la cabeza.

—Simon, es decir, el subinspector Waterhouse, me dijo que usted está convencido de eso. Pero yo puedo asegurarle que se equivoca. He conocido a Mary Trelease, he hablado con ella, y la he visto vivita y coleando.

Aidan acerca la grapadora hacia él, coge dos listones ya cortados y los introduce en la máquina. De vuelta al trabajo.

—¿Cree que estoy mintiendo?

No puedo soportar por más tiempo la tensión que flota en el ambiente.

—¡Respóndele, Aidan!

—Si se sube a mi coche, lo llevaré hasta su casa para que vea por sí mismo que se encuentra bien.

—No.

—¿Cómo conoció a Mary? —La voz de la inspectora Zailer es amable pero insistente—. No le contó a Simon toda la historia, ¿verdad? ¿Me la quiere contar a mí?

—No.

—Mary dice que no lo conoce, lo cual, si es cierto, significa que usted tampoco la conoce.

Aidan levanta los ojos, molesto por no poder concentrarse en lo que está haciendo.

—Si la maté, supongo que debía conocerla. Es pura lógica.

¿Cómo puede estar furioso? ¿Cómo espera que reaccione la policía?

—Muy bien —dice la inspectora Zailer—. Entonces, cuénteme cómo conoció a Mary.

Silencio. Lo miro fijamente, suplicándole en silencio que conteste, aunque sé que no lo hará. Mi última esperanza se está desintegrando, y no hay nada que yo pueda hacer. Si no habla, nadie puede ayudar a Aidan, ni siquiera la policía.

—¿Aidan? Dígame, ¿cuántas veces se vieron usted y Mary antes de que la matara?

—Él no ha matado a nadie —digo, echándome a llorar.

Ahora, la inspectora Zailer centra su atención en mí.

—¿Le ha contado Aidan que estranguló a Mary mientras ella estaba desnuda? ¿Qué dejó su cuerpo en el centro de la cama, en…?

—Cállese —le espeta Aidan.

Me siento invadida por una violenta sensación de náuseas que me provoca un grito ahogado. Estrangulada. Desnuda.

—No creo que se lo haya contado —interviene Waterhouse—. Hay algo que no entiendo: usted le dijo a Ruth que había matado a Mary Trelease hace unos años. Y a mí me dijo que, si iba al número 15 de Megson Crescent, encontraría el cadáver en la cama. ¿De verdad cree que un cadáver puede permanecer en una casa durante varios años sin que nadie lo descubra?

Como si nadie hubiera abierto la boca, Aidan mide un trozo de hilo de nailon y luego lo corta. No es que ignore a Waterhouse, sino que finge que está solo en el taller, excluyéndonos a todos.

—¡Di algo, Aidan!

—¿Por qué no habla usted, ya que Aidan no quiere hacerlo? —me pregunta Charlie Zailer—. Usted me mintió. Me dijo que no conocía a Mary Trelease, pero ella sí la conoce a usted. Me dijo que le hizo perder su trabajo y que luego, como se sentía culpable, le regaló un cuadro. ¿Es verdad?

Asiento con la cabeza, haciendo un esfuerzo por no mirar a Aidan. No hay modo de saber lo que Mary le reveló sobre esa historia.

—Entonces, ¿cuándo la conoció?

—En junio del año pasado.

—En junio. Así pues, en diciembre, cuando Aidan le contó que la había matado hacía unos años, hacía seis meses que la había conocido. Supongo que le diría que estaba equivocado. ¿Ruth? ¿Se lo dijo?

—Yo…

—Sí, así fue —dice Aidan—. Y le contesté que estaba en un error, exactamente igual que a los subinspectores Gibbs y Waterhouse.

—Mary Trelease es pintora. —Waterhouse toma las riendas de la situación. Por fin puedo respirar. No le interesa la Galería Spilling ni mi encuentro con Mary. Nadie puede obligarme a hablar de ello si yo no quiero—. Su trabajo debe ponerlo en contacto con muchos artistas. ¿Qué opina de ellos?

—La mayoría son buenas personas.

—¿Y los que no lo son…? ¿Qué pasa con ellos?

Aidan lanza un suspiro.

—Me tratan como si fuera su criado —dice. Y, levantando las manos, añade—: Trabajo artesanal. Algunos piensan que no haces un trabajo cualificado si con él te ensucias las manos. Cuando coincides en un restaurante, se quedan mirándote fijamente sin entender nada… Si vas elegante, no te reconocen. Cuando los saludas y atan cabos, ves por su cara que están en estado de *shock*: un simple artesano en un buen restaurante…, ¿quién lo habría dicho? Luego están los que pintan el mismo cuadro una y otra vez, pensando que tienen un estilo único y no una única idea. Y también los hay que solo pintan con sus colores favoritos, los mismos de la ropa que se compran y de la alfombra que cubre el suelo de su salón.

—Está claro que no le caen bien los artistas —dice la inspectora Zailer.

—Dejemos clara una cosa: no maté a Mary Trelease por ser pintora. Ni siquiera sabía que lo fuera hasta que Ruth me lo dijo.

—¿Dónde está el cuadro que le regaló? —me pregunta el subinspector Waterhouse—. ¿Podríamos verlo?

Siento aumentar la presión en mi cabeza.

—Ya no está en mi poder.

—¿Y eso?

—Yo… —Miro a Aidan, pero él vuelve la cabeza para alinear dos listones encolados. ¿Por qué debería mentir para protegerlo cuando él no me cuenta de qué lo estoy protegiendo?—. Le di ese cuadro a Aidan —le digo a Waterhouse—. Desde entonces no lo he visto.

Aidan empuja la grapadora.

—Mary Trelease está muerta —dice, apretando los dientes—. La gente que está muerta no pinta cuadros. Ruth se presentó en casa con un cuadro de alguien… Era horrible, de modo que lo llevé a una tienda de objetos de segunda mano.

Está mintiendo.

Charlie Zailer da un paso al frente.

—El dormitorio del número 15 de Megson Crescent que da a la calle está lleno de cuadros de Mary; tan lleno que apenas pude entrar. Usted dice que no sabía que ella fuera pintora. ¿Estaban allí los cuadros cuando la mató?

—¡Él no la mató!

La respuesta de Aidan me sorprende.

—No. No había ningún cuadro en toda la casa.

Capto las miradas que intercambian la inspectora Zailer y el subinspector Waterhouse. Están a punto de darse por vencidos.

—Tengo que irme —dice Aidan.

—¿Adónde? —pregunto.

Exactamente en el mismo momento, el subinspector Waterhouse dice:

—¿Cree usted en fantasmas, Aidan?

—No. Yo creo en el mundo real: hechos y ciencia. No creo que una mujer que está muerta pueda volver a la vida —dice, muy tranquilo.

—Entonces, en su opinión, ¿quién es la mujer que la inspectora Zailer, el subinspector Gibbs y yo hemos visto en el número 15 de Megson Crescent? Si está tan seguro de haber matado a Mary Trelease, entonces la mujer que tiene su mismo aspecto y que es propietaria de su casa, sus cuadros y otros documentos… debe ser sin duda alguna un fantasma, y muy bien equipado, además.

—Ya se lo he dicho: no creo en fantasmas. —Aidan se dirige hacia el pequeño lavamanos que hay en un rincón y abre al máximo los dos grifos. Las cañerías del taller son viejas y hacen mucho ruido cuando corre el agua—. La próxima vez que vengan a buscarme, háganlo con alguna acusación concreta, o me negaré a hablar con ustedes —dice, mientras se lava las manos y luego se las seca.

—No ha contestado a la pregunta de Ruth —observa Waterhouse —. Le ha confesado por voluntad propia que mató a alguien hace unos años, pero no le dice adónde va esta tarde.

—Lárguense.

—Parece que ya no somos bienvenidos aquí, Simon —dice Charlie Zailer.

—No lo fueron en cuanto entraron por esa puerta —le contesta Aidan. Al salir, ella le dedica una mirada de desdén. Waterhouse insiste:

—Fue usted quien vino a vernos, ¿recuerda? ¿O es que su memoria borra cosas que han sucedido, además de inventarse otras que nunca ocurrieron?

El subinspector se va. Los dos se han ido. Aidan cierra la puerta de golpe y apoya la cabeza en ella. En cuanto vuelve a respirar con normalidad, dice:

—Me dijiste que fuiste a la policía, pero no que hablaste con Charlotte Zailer.

No tengo fuerzas para fingir que la implicación de Charlie Zailer es mera coincidencia. Dejo que piense lo que quiera.

—Ella no está de tu parte, Ruth. Puede que para ti signifique algo, pero tú para ella no eres nada.

—¿Dónde está el cuadro? *Abberton*… ¿Qué has hecho con él? Dime qué está pasando.

—¿Crees lo que ha dicho Waterhouse? ¿Que mi memoria se inventa cosas que nunca han ocurrido? —pregunta, acercándose a mí—. Si algo no ha ocurrido, no puede ser un recuerdo. ¿Crees que es posible ver el futuro?

—No. ¿Qué quieres decir?

—Una imagen nítida, como una foto o una película, de algo que no ha ocurrido pero que va a ocurrir.

—¡No! ¡Basta ya! Me estás asustando.

—Yo estrangulando a esa zorra de Trelease…, rodeando su cuello con las manos y apretando…

—¡No!

Me alejo de él. Aidan tiene una expresión resuelta y, al mismo tiempo, tremendamente asustada. Como un hombre a punto de lanzarse al fuego.

—Ellos dicen que está viva. Tú dices que está viva. Puede que estéis en lo cierto. Si es así, la imagen que tengo en mi cabeza no puede ser un recuerdo del pasado. ¿Y si no la hubiese matado pero fuera a hacerlo?

—Aidan, no digas eso —le suplico, rodeándolo con los brazos. Está rígido como una piedra—. Lo que dices no tiene sentido.

—*Abberton* —murmura—. Forma parte de una serie. Aún no la ha terminado; quizá solo haya pintado ese, el primero. Pero pintará otros. Puedo decirte cuántos: nueve. Y también puedo decirte sus títulos. —Me empuja hacia un lado, le quita el capuchón a un rotulador azul y empieza a escribir en uno de esos tubos de cartón que sirven para guardar pósteres—. *Abberton, Blandford, Darville, Elstow, Goundry, Heathcote, Margerison, Rodwell, Winduss*.

Le miro a los ojos, preguntándome quién es ese hombre, en qué se está convirtiendo. Está cuerdo. Se lo dije a Charlie Zailer, y así lo creía.

—Aidan, estás diciendo cosas que no tienen sentido —digo, con voz quebradiza.

Me agarra el brazo.

—Vuelve a Megson Crescent —susurra, su rostro junto al mío—. Si se trata del futuro, aún puede cambiar. Tiene que cambiar. Dile que no pinte más cuadros, haz que lo deje. Dile que se vaya de Spilling, que busque un sitio donde yo no pueda encontrarla…

—¡Para ya! —grito—. ¡Suéltame! No es verdad. ¡No se puede ver el futuro! ¿Por qué no me cuentas la verdad?

—¿Por qué no me la cuentas tú a mí? ¿Qué ocurrió en la galería de Hansard que te obligó a dejarla? ¿Qué ocurrió entre Mary y tú? Nunca me lo has dicho; no del todo. ¿Quieres saber qué he hecho con *Abberton*? ¿Quieres saber adónde iré cuando salga de aquí? ¡Pues cuéntamelo todo!

—¡No hay nada que contar! —exclamo, entre sollozos. Nada de preguntas; eso fue lo que acordamos. ¿Se acuerda de cómo éramos entonces, de lo bien que nos entendíamos el uno al otro?

Me empuja como si fuera incapaz de seguir tocándome y se dirige hacia la puerta, cogiendo su chaqueta antes de salir. Al quedarme sola en el taller, echo la llave y apago las luces. Me acurruco en un rincón, junto a la estufa eléctrica y, en un susurro, me digo a mí misma: «No hay nada que contar», como si bastase decirlo para que fuera verdad.

Descubrí la Galería Spilling porque me fijé en un cuadro que estaba expuesto en el escaparate. En aquella época, solo llevaba once días viviendo en Culver Valley, aunque lo consideraba mi hogar porque no tenía planes de ir a ninguna otra parte. El día que me fui de Lincoln abrí un mapa de carreteras por la página que ilustraba toda Gran Bretaña, cerré los ojos y señalé con el dedo a ciegas. La localidad elegida resultó ser Combingham, un pueblo anónimo, situado a quince kilómetros al oeste de Spilling, lleno de centros comerciales y rotondas. Conduje hasta allí y odié el sitio en cuanto lo vi, por lo que me metí de nuevo en el coche y me alejé, sin saber adónde me dirigía.

En vez de deshacer el camino que había hecho, escogí una ruta al azar, conduciendo durante un rato para luego desviarme de nuevo. Además de mi sucio Volkswagen passat, lo único que llevaba conmigo era una bolsa de viaje con un cepillo de dientes y otros objetos de primera necesidad; el resto de mis cosas las había dejado en un guardamuebles y estaba preparada para no volver a verlo nunca más.

Giré a la izquierda, luego a la derecha y a continuación seguí en línea recta durante un par de kilómetros. Al final, consciente de que en algún momento tenía que parar, me marqué un límite: conduciría en la dirección que me apeteciera y me detendría definitivamente en la ciudad en la que me encontrase al cabo de media hora. Me conformaba con que no fuera ni Lincoln ni Combingham.

Acabé en la calle principal de Spilling y aparqué sobre una doble línea amarilla, a pocos metros de la galería y el taller de enmarcación de Saul Hansard, aunque en aquel momento no me fijé en el sitio. No sé si había cuadros diferentes en el escaparate, o si

mi cuadro estaba expuesto, pero no le presté atención. Sea como fuera, mientras paseaba arriba y abajo por la calle de mi nueva ciudad, no me fijé en absoluto en la Galería Spilling. Hasta aquel momento, no había dedicado a la pintura o al arte más de veinte minutos en toda mi vida, casi siempre por imposición de la radio o la televisión, instándome inmediatamente a cambiar de canal.

Vi una tienda de lanas llamada Country Yarns, y muchas *boutiques* muy caras que vendían ropa: las había para señoras, caballeros y niños, perfectamente separadas unas de otras. La mayoría de las que vendían ropa femenina tenían unos nombres muy largos y elegantes, como si pertenecieran a alguna princesa. No me detuve a mirar la pequeña tienda de ropa premamá, con la fachada pintada de color verde pistacho, porque sabía que nunca iba a poner el pie en ella. Era bastante improbable que alguna vez fuera a tener un bebé; en cualquier caso, no me merecía un hijo. Había tres o cuatro *pubs* que, ni aun proponiéndoselo, habrían podido ser más tradicionalmente ingleses, a cual con un cartel más elaborado que el anterior que promocionaba a su dueño como «proveedor de cerveza de calidad superior». Me llamó la atención una librería, y decidí que la visitaría en cuanto hubiera encontrado un lugar donde alojarme. Puesto que no conocía a nadie en Spilling y tenía intención de evitar cualquier ocasión de socializar, pensaba leer mucho, y los cuatro libros que había metido en la bolsa de viaje no iban a durarme demasiado.

En la medida en que algo era capaz de proporcionarme algún placer, disfruté de la vista de la plaza del mercado, con una iglesia en un extremo; en el otro había una tienda de partituras e instrumentos musicales, una quesería y una tienda de artículos de regalo llamada Sorpresas y Secretos. La iglesia era muy bonita y, a condición de no tener que entrar en ella, estaba dispuesta a vivir en sus alrededores y a admirar su contribución al paisaje. Aun así, no pude evitar preguntarme cuántos fieles, de todos los que asistían a los oficios, lo harían por voluntad propia.

Entré en el primer *pub* que había visto, el Brown Cow, porque en la puerta había un cartel en el que leí que tenían habitaciones. Su dueño pareció encantado de alquilarme una. Cuando me preguntó cuántas noches iba a quedarme, abrí la boca para contestarle, pero me di cuenta de que no tenía una respuesta. No tenía planes.

—¿Dos semanas? —dije, preparada para recibir un chasco.

Su mirada se iluminó.

—Estupendo —dijo—. Y si desea quedarse más tiempo, no hay ningún problema.

Se me humedecieron los ojos y tuve que dejar de mirarlo. Estaba siendo muy amable conmigo. Aquel hombre no me conocía, y no sabía que yo no merecía su cortesía. «Podría quedarme aquí hasta que se me acabara el dinero —pensé—, y luego podría lanzarme a un río». Todos los libros que había leído en los últimos cuatro años —desde la época de «él» y «ella»— no habían logrado convencerme de que esa no era, probablemente, la mejor decisión. Había sacado una buena suma de dinero vendiendo la casa que tenía en Lincoln; tardaría uno o dos años en gastármelo, entre el guardamuebles de Lincoln y el dueño del Brown Cow. Me dije que sería un experimento interesante: saber hasta qué punto quería sobrevivir. Si me quedaba sin un céntimo y quería seguir viviendo, me vería obligada a hacer algo al respecto. En caso contrario, podría dejar de vivir. Cinco o seis años después de lo ocurrido, nadie podría decir que no había dejado pasar un período de tiempo decente. Hasta entonces, habría tenido más de un lustro para reflexionar sobre lo que había hecho.

Los primeros once días que pasé en Spilling no tuvieron nada de especial. Dormía mucho y salía a dar cortos paseos por la ciudad. Todos los días iba a la librería, Word on the Street. Tras mi primera visita, pensé que nunca había visto una tienda que tuviera un nombre menos apropiado. Lejos de ser moderna y contemporánea, Word on the Street —o simplemente Word, como solía llamarla todo el mundo en Spilling— se correspondía exactamente con mi idea de la librería de segunda mano, salvo por el hecho de que los libros que vendían en ella no era usados sino nuevos: techos bajos; crujientes

suelos de madera; varias plantas, todas de formas diferentes, con pasillos no demasiado rectos que iban de la sección de libros infantiles a la de poesía y de la de ficción a la de historia militar.

En una sola semana compré la sección entera de «Mente, cuerpo y espíritu» de Word, y el dueño me prometió que pediría nuevos títulos. Casi estuve por comprar un libro que narraba las memorias de una mujer que consiguió escapar al matrimonio que sus padres habían arreglado para ella sin su consentimiento. Lo cogí, pero, al levantar los ojos, vi que en lo alto del estante habían pegado una etiqueta que rezaba *BIOGRAFÍA*. La palabra me hizo pensar en mi padre, y, a pesar de que me apetecía leerlo, tuve que devolver el libro a su sitio.

La undécima mañana como residente en Spilling, entré en la quesería, Spilling Cheeses —en al menos la mitad de establecimientos de la ciudad figuraba la palabra *Spilling* en su nombre—, y su dueña, en vez de preguntarme si quería algo, se enfrascó en un monólogo.

—La he visto paseando arriba y abajo por la calle —dijo—. Da muchos paseos, ¿verdad? Se para en todas las tiendas, pero normalmente no suele entrar en ellas. Me pregunto cuándo llegó a la ciudad.

Lo que dijo bastaba para hacerme abandonar la tienda, y sin duda me quitó las ganas de comprar ningún queso, pero no quise parecer grosera. Puede que la gente que no ha cometido grandes errores en su vida no lo entienda, pero cuando te has equivocado y has sufrido las consecuencias, comportarse bien se convierte en algo sumamente importante. Había decidido no volver a portarme mal nunca más, a mis ojos o a los del mundo. Sabía que había gente que nunca había sido condenada por nadie, por un gesto o una palabra: gente que no creaba problemas, gente corriente. Y esa era la clase de persona que yo necesitaba ser.

—Si le gusta dar buenos paseos, es absurdo ir arriba y abajo por la calle, con tanto humo y tanto ruido —dijo la dueña de Spilling Cheeses—. A menos de cinco minutos en coche hay unos sitios

preciosos y muy tranquilos. Uno parece que está en medio de la nada; no encontrará ni un alma. Si quiere le explico cómo llegar.

Le dediqué una sonrisa y, tras decirle «No, gracias», salí corriendo, con el corazón desbocado. Yo no quería estar en medio de la nada, ni siquiera cerca. Quería otras almas, un montón de ellas. No quería hablar ni trabar amistad con ellas, pero quería que estuvieran ahí por si un día las necesitaba. Pensé que tal vez me había equivocado de sitio. Quizá debería haber ido a Birmingham, a Manchester o a Londres. Caminé a toda prisa por la calle, sin volverme hacia la tienda de quesos. Luego empecé a sentirme mareada, como si fuera a desmayarme. Me detuve y me apoyé contra la primera ventana que encontré, esperando que el cristal estuviera frío.

Estaba frío. Tenía la frente ardiendo; la presioné contra el vidrio, imaginándome que aquel frío era como una ola que entraba y salía de mi cabeza. Unos segundos después me sentí mejor y me aparté de la ventana, avergonzada, esperando que nadie me hubiera visto. En el cristal, en el punto donde mi aliento lo había empañado, quedó un halo opaco y, dentro del halo, apareció un cuadro. El marco era negro, pero el cuadro, de forma alargada, era rojo. En un primer momento pensé que el rojo era su único color, pero luego vi unas pequeñas e irregulares líneas doradas detrás de las manchas rojas. Dando un paso atrás, me di cuenta de que no eran manchas, sino círculos y óvalos en relieve, parecidos a una huella digital. Todas eran de tonos y formas diferentes: algunas eran más anaranjadas y otras parecían tener un fondo azul.

La imagen no la componía un único color, sino docenas de ellos. Al mirar con más atención, vi que tenía todos los colores y que, según la distancia desde la que la contemplaba, las fascinantes relaciones entre las diversas formas cambiaban. De cerca, parecía que una esfera naranja, ligeramente difuminada, sobresaliera, pero al echarme hacia atrás, las formas ovaladas, más alargadas, parecían adquirir mayor relieve.

Sentí que algo se removía en mi interior, empujando capas y capas de miedo, culpa, vergüenza y rabia que se habían acumulado en mi corazón, sofocando el recuerdo de una pasada felicidad y, con ella, cualquier esperanza de una futura felicidad, porque si eres incapaz de recordar lo que sentiste en otros tiempos, no consigues creer que hayan existido o puedan existir de nuevo.

No era solo el hecho de que el cuadro fuera bello, o que al mirarlo sintiera que una parte de esa belleza me pertenecía; me sentía como si alguien estuviera intentando comunicarse conmigo. Se había creado un vínculo, un vínculo positivo con otra persona: el artista, alguien que no me resultaba amenazador en absoluto porque nunca lo había conocido ni deseaba conocerlo.

Tenía que hacerme con aquel cuadro. Empujé la puerta de la Galería Spilling y le dije al hombre que estaba dentro —Saul Hansard — que quería el cuadro que estaba expuesto en el escaparate y que pagaría lo que fuera por él.

—¿De veras? —El hombre se echó a reír—. ¿Y si le digo que cuesta setenta y cinco mil libras?

—No tengo setenta y cinco mil libras. ¿Cuánto cuesta?

—Entonces tiene suerte. Su precio es de doscientas cincuenta.

Sonreí. «Tiene suerte». Por primera vez en cuatro años, tal vez fuera cierto.

—¿Quién es su autor? ¿Qué representa el cuadro? ¿Sabe algo sobre él?

—Su autora se llama Jane Fielder y vive en Yorkshire. Es el único cuadro suyo que tengo; de no ser así, trataría de vendérselo más caro. Su título es *Algo maligno*. —Mientras hablaba, lo sacó del escaparate—. ¿Ve esas letras doradas, casi imperceptibles, que hay detrás de las huellas digitales rojas?

—Huellas digitales —murmuré.

Así pues, no me había equivocado mucho.

—Bueno, no exactamente, aunque se supone que es lo que son. Las letras doradas llegan hasta el fondo, ¿lo ve? Dos frases, repetidas: «Por el cosquilleo de mis pulgares, siento que algo

maligno viene hacia mí». Es de Agatha Christie, que lo sacó de William Shakespeare.

Saul Hansard me sonrió y se presentó. No me importó decirle mi nombre, porque era evidente que se trataba de un hombre inofensivo. Era bajito y supuse que tendría sesenta y tantos años; tenía el pelo lacio, de color rubio rojizo, y llevaba unas gafas bifocales y unos pantalones sujetos con unos tirantes rojos. Por entonces no sabía que los usaba todos los días. Estaba delgado, y su cuerpo era huesudo, como el de un niño de diez años que fuera más bien alto para su edad.

Me llevé *Algo maligno* a mi habitación del Brown Cow y lo apoyé contra la pared. Contemplarlo se convirtió en mi principal actividad cotidiana. Y, a partir de entonces, también fui todos los días a la Galería Spilling. Al principio, Saul no paraba de repetirme, en tono de disculpa, que no iba a recibir obra nueva durante un tiempo. Pero a mí no me importaba; me sentía feliz mirando todos los cuadros que colgaban de las paredes, por mucho que ya los hubiera visto antes y no tuviera intención de comprarlos. No es que no me gustasen; la mayoría de ellos me parecían buenos, pero no me provocaban la misma sensación que *Algo maligno*.

Cuando descubrí que, además de exponer cuadros, Saul también los enmarcaba, empecé a pasar muchas tardes en el taller que tenía en la parte trasera de la galería, porque era una forma de seguir viendo más arte. Saul siempre estaba allí, trabajando, y mientras él escuchaba siempre la misma emisora de radio de música clásica, yo examinaba las pilas de cuadros que esperaban para ser enmarcados, buscando alguno que para mí fuera tan significativo como *Algo maligno*.

Después de un mes, aproximadamente, Saul me dijo:

—Perdóname si me meto donde no me llaman, Ruth, pero… es evidente que no tienes trabajo.

Le dije que así era. En lo que a mí se refería, mirar cuadros era mi trabajo, y me daba igual que nadie me pagara por ello.

—Dime, ¿por casualidad no te gustaría trabajar aquí? —me preguntó—. Estoy seguro de que, como estoy solo, pierdo muchos clientes…, gente que entra y que, al ver que no hay nadie, porque siempre estoy metido en el taller, se da la vuelta y se va. Estaba pensando que una forma de solucionar el problema sería un rostro sonriente que les diera la bienvenida…

—Sí —lo interrumpí—. Me encantaría.

Saul estaba radiante.

—¡Vaya golpe de suerte! —exclamó. Saul empleaba muy a menudo esa expresión; fue una de las cosas que me gustó de él—. Ya que siempre estás aquí, sería mucho mejor que te pagaran por ello. Además, serías la primera en ver todos los cuadros que lleguen.

Después de aquello, mi vida cambió rápidamente. Sabía que no podía quedarme en el Brown Cow; necesitaría algo más grande, un lugar donde pudiera guardar todos los cuadros que iba a comprar. Alquilé Blantyre Lodge, saqué todas mis cosas del guardamuebles, asalté la sección de arte de Word on the Street y leí todo lo que pude sobre la obra de los grandes artistas.

Me tomaba algún día libre para ir a Silsford, donde había otra galería que vendía arte contemporáneo, y encontré otro cuadro del que me enamoré: *El árbol de la vida*, obra de una pintora llamada Lynda Thomas. Era la imagen estilizada de un árbol, con ramas negras y retorcidas que crecían hacia arriba, como si fueran unos rizos de pelo muy tupidos. Si lo mirabas fijamente y te movías por la habitación, se veían unos puntos de luz metálicos de color rojo, dorado y plateado emergiendo de entre las hojas. El fondo era azul oscuro, y el árbol, a pesar de que era de noche, brillaba, lleno de una oculta y misteriosa fuerza, aunque sin resultar inquietante ni amenazador. No era un cuadro romántico, aunque habría podido serlo si lo hubiera pintado un artista con menos talento.

Le conté todo esto a Saul sin pudor alguno. Me había pasado la mayor parte de mi vida sin saber absolutamente nada de arte, pero mi repentina pasión por él me había otorgado confianza. Sabía que no me equivocaba, porque era algo que sentía en mi interior; no me

importaba lo que decían los críticos o los expertos, ni si estaban de acuerdo conmigo.

Poco a poco fui empezando mi propia colección. Luego diversifiqué, y pasé de la pintura a la escultura. Decidí ser menos estricta y seguir comprando, aun cuando los cuadros no me gustaran tanto como *Algo maligno* o *El árbol de la vida*. En una colección de arte, me dije, no todos los cuadros tienen por qué despertar el mismo interés en su propietario. También descubrí que el interés de algunas obras crecía con el paso del tiempo. Le conté a Saul mi cambio de actitud, y le expliqué que, además de un alma gemela, una persona también necesita amigos y conocidos. Él se mostró de acuerdo.

—¿Has hecho amistades, Ruth? —me preguntó, con expresión preocupada.

En general, no me hacía preguntas personales, aunque aquella no podía evitar contestarla.

—Te tengo a ti —repuse, sin apartar los ojos de la revista de arte que estaba leyendo.

—Sí, pero… ¿y aparte de mí? ¿Hay alguna otra persona a la que… veas?

—Te veo a ti —repliqué, resuelta, empezando a sentirme incómoda—. ¿Por qué lo preguntas? No estarás pensando dejarme plantada, cerrar la galería y largarte a algún sitio sin decirme nada, ¿verdad?

—¡Santo Dios! —exclamó Saul—. Con un poco de suerte, pienso seguir aquí mucho tiempo.

Me quedé sorprendida al escuchar su respuesta, porque no era propia de Saul. Lo miré para ver la expresión de su cara, pero no pude leer nada en ella. En aquel momento, llevaba dos años trabajando para él. ¿Estaría preocupado por lo que pudiera ocurrirme después de su muerte? Seguro que no. No sabía exactamente cuántos años tenía, pero sin duda alguna debía de rondar los setenta. No me gustaba pensar en la muerte de Saul, de

modo que seguí hablando de arte. Era el único tema de conversación que me interesaba, y él parecía encantado con ello.

Al final, fui yo quien dejé a Saul, aunque era la última cosa que habría deseado hacer; era el único amigo que tenía, y había aprendido a quererlo.

El 18 de junio de 2007 —hay fechas que se han quedado grabadas en mi memoria, y esa es una de ellas— estaba sentada detrás del mostrador, leyendo un libro sobre arte de Zbigniew Herbert titulado *Naturaleza muerta con brida*, cuando una mujer entró en la galería. La reconocí, porque la había visto en un par de ocasiones, aunque no sabía cómo se llamaba. Pertenecía a la categoría de clientes habituales a los que Saul y yo nos referíamos como «los groseros», gente que, cuando me veía en la galería, me ignoraba y se iba directamente al taller para hablar con Saul.

Como siempre que entraba un grosero, esbocé una sonrisa, pero no obtuve ninguna respuesta. La mujer, vestida con una falda con borlas de estilo gitano y zapatillas de deporte blancas, tenía una enorme mata de pelo rizado negro, con algunas canas, y cargaba una tela bajo el brazo. Cuando pasó por mi lado sin saludarme, solo pude ver la parte trasera del cuadro.

Sacudiendo la cabeza ante su falta de educación, retomé la lectura del libro. Unos segundos después, la mujer apareció de nuevo; aún llevaba el lienzo.

—¿Dónde está? —preguntó—. Tengo un cuadro que quiero que me enmarque… Hoy, si es posible.

—¿No está en el taller?

—No, a menos que sea invisible.

—Hum… Pues no lo sé. Debe de haberse marchado.

—¿No lo ha visto salir? —me preguntó, con impaciencia.

—No, pero…

—¿Cuándo volverá?

—No creo que tarde. —Sonreí—. Seguramente ha salido por la puerta trasera para ir a la oficina de correos. ¿Puedo ayudarla en algo?

Me miró de arriba abajo, como si fuese un montón de basura que contaminara su espacio.

—Hasta ahora me ha ayudado más bien poco —contestó—. Esperaré cinco minutos. Si para entonces Saul no ha vuelto, tendré que irme. No pienso estar todo el día aquí perdiendo el tiempo… Tengo cosas que hacer.

Apoyó contra mi mesa la tela que cargaba y empezó a pasearse por la galería, observando los cuadros que Saul y yo habíamos colgado unos días antes.

—Poco convincente —dijo, en voz alta, refiriéndose al primer cuadro que estuvo mirando. Luego pasó a toda prisa por delante del resto, dedicando un adjetivo a cada uno de ellos—: Penoso. Poco convincente. Pretencioso. Superficial. Horroroso. Veo que por aquí todo sigue igual.

El lienzo que había traído era alto y lo había apoyado contra la parte del mostrador frente a la cual me sentaba yo, puede que deliberadamente, para fastidiarme tapándome el campo visual. En la parte trasera de la tela, alguien había garabateado, en letras mayúsculas, la palabra *ABBERTON*. Me pregunté si sería el apellido de aquella mujer.

Su rotunda descalificación de todos y cada uno de los cuadros que vio despertó mi curiosidad por el que había traído para que Saul lo enmarcara. Tanto si lo había pintado ella como si era obra de otro, era evidente que pensaba que merecía la pena gastarse un dinero en él. Nadie enmarca un cuadro al que no conceda cierto valor. Me levanté y giré en torno a la mesa para poder ver la pintura. Ella debió de advertir mi movimiento, porque se dio la vuelta de repente y su falda de borlas dibujó un círculo en el aire. Me di cuenta de que la tela tenía un agujero. Su rostro era una máscara de sospecha.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

¿Acaso pensaba que yo estaba pegada a mi silla? ¿Es que no podía moverme libremente por la galería, igual que ella? Después de todo, trabajaba allí.

Cuando contemplé el cuadro, tuve la misma sensación que cuando vi *Algo maligno* por primera vez, solo que más intensa. Fue como una hipnosis instantánea, una atracción magnética. No estaba segura de lo que estaba viendo. El fondo —verdes, marrones, violetas y grises muy oscuros, de modo que apenas se distinguían las formas, como si todo estuviera en penumbra— representaba una calle con casas a ambos lados que terminaba en una curva enormemente exagerada; parecía casi un nudo, mientras que el resto de la calle sería la cuerda. Era un callejón sin salida: Megson Crescent, aunque en aquel momento lo ignoraba.

La mujer grosera debió darse cuenta de mi reacción, porque dijo:

No es necesario que me diga que es bueno; sé que lo es.

Estaba demasiado impactada por la fuerza del cuadro y fui incapaz de decir nada. En el centro de la tela habían dibujado la silueta de una persona. No sabía decir si se trataba de un hombre o de una mujer. Salvo su forma, la figura no tenía nada de humano; en el interior de las sutiles líneas que la separaban del resto de la escena había un amasijo de lo que parecían ser plumas de pájaro y jirones de tela —puede que gasa—, algunos blancos y otros coloreados. Un ángel agitando las alas: eso fue lo que me vino a la mente. Habría tenido que resultar grotesco, pero era lo más hermoso que había visto en toda mi vida.

—¿Lo ha pintado usted? —le pregunté.

Me dijo que sí.

—Es fascinante.

Normalmente, los halagos solían funcionar, incluso con el más grosero de los groseros, pero en ella no surtieron ningún efecto. Cada pocos segundos fruncía el ceño, mirando hacia la puerta, ansiosa por ver entrar a Saul. Le tendí la mano y le dije:

—Soy Ruth Bussey Creo que no nos han presentado, aunque ya la había visto antes.

—No, en efecto —convino ella.

—Abberton… ¿Es su apellido? He visto que…

—No. Abberton es la persona que aparece en el cuadro —respondió, sin decirme cuál era su apellido. Cuando vio que no dejaba de mirarla, enarcó las cejas, como diciendo: «¿Qué es lo que quieres de mí?».

Me volví para contemplar de nuevo el cuadro.

—¿Está en…?

—No, no está en venta.

—¡Oh!

Me quedé terriblemente decepcionada y no se me ocurrió qué podía hacer. No podía contradecirla —después de todo, el cuadro era suyo—, pero tenía que conseguirlo para poder llevármelo conmigo.

—Me voy —dijo la mujer—. Dígale a Saul que necesita un nuevo plan, uno que establezca la diferencia entre tener abierto y cerrado.

Estaba a punto de preguntarle su nombre cuando vi que se movía para coger de nuevo el lienzo con la intención de llevárselo.

—¡Espere! —dije, casi gritando—. Aunque no esté en venta, dígame… ¿Podría contarme algo sobre el cuadro? ¿Qué la impulsó a pintarlo? ¿Quién es Abberton?

Ella lanzó un largo suspiro.

—Él no es nadie, ¿de acuerdo? Nadie en absoluto.

Él. Así pues, Abberton era un hombre.

—¿Nunca hace copias de sus originales? —pregunté—. Algunos artistas…

—Yo no —dijo, sin pensárselo dos veces—. No podrá comprar este cuadro, Ruth Bussey. —Su piel tenía el aspecto de un papel que alguien hubiese arrugado, para luego alisarlo, dejando marcados todos los pliegues. No me gustó la forma en que había pronunciado mi nombre, sobre todo teniendo en cuenta que ella no me había dicho el suyo—. Olvídelo. Cómprese otro cuadro.

Pensé que me estaba dando esperanzas.

—¿Tiene otros cuadros que pueda mostrarme y que estén en venta?

La parte inferior de su mandíbula bajó repentinamente, dejando al descubierto una hilera de dientes blancos y ligeramente torcidos.

—No me refiero a que compre otro cuadro mío —dijo, alzando la voz.

Debería haber dejado de insistir en aquel mismo instante, pero su comportamiento carecía de sentido para mí. «No es posible que esté enfadada porque crea que es brillante», me dije. Debía de haberle hecho las preguntas inadecuadas en un tono inadecuado. «Ningún artista se irrita cuando alguien se muestra interesado por comprar una de sus obras, esas cosas no ocurren —pensé—. Si pudiera hacerle entender a esta mujer que hablo en serio, que soy algo más que una recepcionista con la cabeza hueca…».

Después de coger el cuadro, volvió a meterse en el taller. Decidí hacer un último intento y la seguí. Al ver lo que estaba haciendo, solté un grito ahogado. Encima de la mesa había un cuadro de otro pintor y ella se había apoyado encima… Se había apoyado encima de una acuarela que representaba un paisaje y en la que su autor seguramente habría estado trabajando semanas o meses; estaba escribiendo una nota para Saul. Lo hacía con un bolígrafo, con mucha rabia, como si eso la ayudara a enfatizar sus palabras.

—No se apoye ahí —le dije, sin dar crédito.

Ella dejó de escribir.

—¿Cómo dice?

—¡Eso es un cuadro de otra persona!

—Es un cuadro espantoso de otra persona. Y después de que quede impreso en él lo que estoy escribiendo resultará cien veces más interesante.

Lo había hecho adrede. Leí la nota que había escrito para Saul. Casi todo lo que decía eran obscenidades. Si después de leer el mensaje no se negaba a volver a enmarcarle un cuadro a aquella horrible mujer, es que no estaba bien de la cabeza. Miré la parte inferior del papel, buscando su firma, pero no estaba… La había interrumpido antes de que pudiera firmar la nota.

Después de todo, decidí que no quería comprar *Abberton*. El hecho de saber que a quien lo había pintado no le importaba nada

estropear el trabajo de otro artista, me habría arruinado el placer de poseerlo.

Estaba más disgustada de lo que era capaz de explicarme de una forma racional. El cuadro del que me había enamorado, aunque lo había visto por primera vez hacía tan solo cinco minutos, se había echado a perder. No, era más que eso, era como si el *arte* se hubiese echado a perder, la única cosa que había empezado a curar mi maltrecho espíritu. De pronto, me sentí poseída.

—¿Por qué quiere destruir la obra de otras personas? —pregunté, incapaz de reprimirme—. ¿Es que no soporta la idea de que, además de usted, haya otra gente con talento?

Me di la vuelta y entré de nuevo en la galería, temblando. Unos segundos después sentí que me tiraban del pelo, como si mi cola de caballo se hubiese enganchado con algo. Lancé un grito de dolor. Era ella. Me hizo girar sobre mis talones y me empujó contra la pared. Me golpeé contra un cuadro, que cayó al suelo; los trozos de cristal roto aterrizaron sobre mis pies. Pensé que iba a destrozar la galería…, todos los cuadros, y sería culpa mía. Siempre es culpa mía. ¿Qué iba a decirle a Saul?

Ella tenía una mano apoyada en mi pecho y la otra detrás de su espalda. Entonces fue cuando empecé a asustarme de verdad. ¿Qué era lo que escondía? Había estado en el taller de Saul, y allí había cuchillos. Y sierras.

—Por favor… —dije—. Por favor, no me haga daño.

—¿Quién eres tú? —me preguntó—. ¿Qué quieres de mí?

—Nada. Solo… Lo siento. No me haga daño. ¡Suélteme!

En mi cabeza estalló una tormenta. «Otra vez las mismas palabras, las mismas que le había dicho infinitas veces a "ella" cuando me quitó la cinta adhesiva de la boca: no me hagas daño, por favor, suéltame». Ya no era consciente de la presencia de la mujer de pelo canoso ni de estar en la galería. El presente se fundía con el pasado; «él» y «ella» siempre estarían ahí; aquella agresión sería eterna, solo cambiaría su forma.

La mano de la mujer de los cabellos desgreñados salió disparada de su espalda. Vi que sostenía un bote. Era pintura. Roja. Mi cuerpo estaba descoyuntado, como si fuera a romperse en pedazos. Sostuvo su arma frente a mi cara y empezó a echarme la pintura encima. Solté un grito. La pintura me cayó en los ojos y en la boca; cuando decidí cerrarlos, ella siguió lanzándome más. Mi cara y mi cuello estaban totalmente empapados; noté un picor, y luego una quemazón. Traté de moverme, pero no pude.

—¿Qué diablos…?

Era la voz de Saul.

Oí el ruido de una salpicadura y luego el de algo metálico rodando por el suelo. Intenté abrir los ojos y vi unos finísimos hilos rojos allí donde mis pestañas se habían pegado. Cuando la mujer me soltó, yo murmuré:

—Lo siento, lo siento…

Saul y ella se estaban gritando, diciéndose cosas que yo no quería oír. Tenía que llegar hasta la puerta. Tenía que salir de allí. No cogí el bolso ni la chaqueta. Podía moverme, de modo que eché a correr.

No dejé de correr hasta que llegué a casa. No llevaba las llaves —estaban en mi bolso—, así que me quedé sentada en la hierba, delante de Blantyre Lodge, bajo la lluvia, durante lo que me parecieron horas. Me podía haber sentado en el porche, pero quería quedarme empapada, quitarme la pintura de encima. En algún momento apareció Saul. Me traía mis cosas. Quiso hablar conmigo, pero yo no se lo permití. Me tapé los oídos con las manos, histérica; aún tenía la cara cubierta de aquella pintura roja que me endurecía la piel, como si fuese una máscara. El aguacero no me la había quitado del todo. La pintura que usan los enmarcadores es muy espesa y pegajosa; no se limpia fácilmente. La gente que salía del parque, tratando de resguardarse de aquella repentina lluvia, se quedaba mirándome fijamente y luego se daba la vuelta, alejándose a toda prisa. Un niño me señaló con el dedo y se echó a reír, hasta que su madre le mandó callar. A mí me daba igual. Allí nadie podría

hacerme daño, ni la pintora loca, ni «él» ni «ella». No en medio de un parque público.

Al final, Saul se marchó. No he vuelto a hablar con él desde entonces, aunque luego, después de aquel día horrible y durante varias semanas, me dejaba regularmente mensajes telefónicos. Decía que entendía que no quisiera volver a la galería y por qué no quería hablar con él sobre lo ocurrido, pero necesitaba llamarme de vez en cuando, aunque yo no le contestara. Quería que supiera que no se había olvidado de mí y que seguía importándole.

El último mensaje que me dejó, a principios de agosto, era distinto. Me di cuenta de que su voz había cambiado; ya no parecía triste, sino resuelto. Me dio el nombre y la dirección de Aidan, que estaba buscando a alguien que trabajara para él. «Él ganará lo que yo he perdido —me decía—. Y espero que tú también salgas ganando. Por favor, Ruth: hazlo por mí y por tu bien. No sé qué fue lo que te ocurrió en el pasado… No soy tonto; sé que algo debió ocurrir. Tal vez debería habértelo preguntado… En cualquier caso, no permitiré que arruines tu vida. Ve a ver a Aidan. Él cuidará de ti».

Recuerdo que me eché a reír al oír la última frase, sentada a oscuras en mi casa, fumándome el enésimo cigarrillo. ¿Cuidar de mí, con tanta gente empeñada en hacerme daño? «Él», «ella» y la pintora loca de pelo canoso, cuyo nombre ignoraba, con su bote de pintura roja… Todo el mundo sabía que yo no merecía que cuidaran de mí, porque era demasiado patética e incapaz de cuidar de mí misma. Y Aidan Seed, estaba convencida de ello, no sería ninguna excepción.

6

3/3/08

Simon estaba hablando por teléfono con Sam Kombothekra cuando vio el coche de Aidan Seed doblando la esquina de Demesne Avenue con Rawndesley Road. Conducía él, y al parecer iba solo.

—Tengo que colgar —dijo Simon escuetamente, lanzando el móvil en el asiento del acompañante.

No sabía si Aidan iría andando o en el volvo familiar negro y cubierto de polvo que había permanecido aparcado, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, frente a su taller.

—No estarás pensando en esperar, ¿verdad? —había dicho Charlie—. No va a ir a ninguna parte. Mintió para librarse de nosotros.

—Ya veremos —repuso Simon—. Yo no lo creo.

—No, ya verás —lo corrigió ella—. Tengo que volver a mi fascinante cuestionario. Dame un toque si hay alguna novedad.

Simon agradeció que Seed hubiera decidido coger el coche para dirigirse a donde pensaba ir. Así era más fácil seguir a alguien. Tras el volante, recluido en su espacio privado, era difícil que Seed mirara algo salvo la calle que se extendía ante él.

Mientras seguía el volvo por Rawndesley Road, Simon pensó en las mentiras que le había contado a Kombothekra y se sintió orgulloso de sí mismo, una sensación que no solía experimentar muy a menudo. Su historia había sido una mezcla de todas las cosas que el inspector quería oír: doscientas setenta y seis direcciones divididas en grupos por regiones, un programa de viaje y un mapa de

carreteras nuevo, cortesía de Muñeco de Nieve. Nada de eso era verdad. Simon había tirado el billete de diez libras de Proust a la papelera… y puede que con él, también su trabajo, aunque de momento no le importaba.

Seed conducía a ochenta kilómetros por hora por High Street, cuando el límite era de cincuenta. Muy pronto, Simon tuvo que superar los ciento cincuenta en la autovía para no perderlo. ¿Por qué iba tan deprisa? ¿Estaría relacionado su viaje —cuyo anuncio había sido una evidente sorpresa para Ruth Bussey— con el hecho de que él y Charlie le hubieran hecho una visita sin previo aviso? Adondequiera que fuese, era evidente que no se dirigía a Megson Crescent, porque estaba justo en dirección contraria. Puede que se dirigiese a Rawndesley.

En ausencia de Proust y sin la necesidad de defender lo que le sugería la intuición, Simon se negaba a escuchar lo que le decía una voz que resonaba en su cabeza. ¿De dónde procedía aquella convicción de que si no hubiese actuado rápidamente algo terrible habría ocurrido? ¿Aquella sensación de que Seed, Bussey y Mary Trelease estaban al borde de algo horrible, de algo que solo él era capaz de evitar? Charlie le habría dicho que era un gilipollas arrogante.

En la rotonda de Ruffers Well, Seed no se dirigió hacia Rawndesley, tal y como Simon había imaginado, sino que giró a la derecha. Simon dejó que un coche se situara entre los dos y continuó. ¿Se dirigiría hacia la A1? ¿Hacia el norte o hacia el sur? Hacia el norte, supuso.

Pero no: finalmente tomó dirección sur. Vaya intuición la suya. Mientras seguía a Seed, que dejaba atrás una salida tras otra, le pareció cada vez más evidente que se dirigía a Londres. «¡Mierda!», exclamó Simon entre dientes. Era un excelente conductor en cualquier pueblo o ciudad —en cualquier zona del país—, excepto en la capital. Londres era distinta; el resto de los conductores seguían normas muy extrañas, si es que podían llamarse así. Desde que se había sacado el permiso de conducir, a los diecisiete años, Simon

había estado implicado en dos accidentes, y ambos habían tenido lugar en el centro de Londres. Fue mientras estaba siguiendo a los dos sospechosos, y en ambos casos acabó chocando con su coche y perdiéndolos. Aquella ciudad tenía algo que afectaba a su sangre fría. «Pero hoy no», se dijo. Hoy no iba a perder de vista a Aidan Seed.

Menos de una hora y media después vio las señales que indicaban «Highgate Wood» y «West End». Eran las cinco de la tarde y empezaba a oscurecer. Estupendo. El centro de Londres en hora punta. El tráfico no podía estar peor. Simon estaba tan resignado con su situación que no se dio cuenta de que Seed, un poco más adelante, giraba a la izquierda. Tenía que cambiar de sentido, porque lo había dejado atrás. Seed había tomado una calle lateral en Muswell Hill Road; una calle que empezaba por «R». Simon se dirigió de nuevo hacia la entrada de Highgate Wood. Ruskington Road, seguro que esa era la calle. Giró a la derecha y, cuando llegó a la mitad de la calle, vio a Seed caminando hacia él. Se preparó para ser descubierto —y para el inevitable enfrentamiento que se produciría—, pero Seed, que avanzaba cabizbajo, no lo vio. Cuando pasó junto a su coche, Simon se encogió y observó a Seed por el espejo retrovisor. Al final de la calle vio que giraba a la izquierda.

Simon se preguntó por qué habría escogido Ruskington Road. Olivia, la hermana de Charlie, vivía cerca de allí. Había decidido mudarse cuando su vecina de abajo —y, por consiguiente, la casa que ambas compartían— apareció en un programa de televisión de pésimo gusto sobre casas. Simon vio el coche de Seed aparcado a pocos metros, al otro lado de la calle, frente al número 23, un edificio de cuatro pisos de fachada blanca dividido en apartamentos. Simon vio una luz encendida detrás de las cortinas de la ventana de la planta baja y otra en la de la buhardilla.

¿Conocía Seed a alguien que vivía en uno de aquellos apartamentos o cerca de allí?

Simon salió del coche y, después de cerrarlo, se dirigió hacia Muswell Hill Road. Temía haber llegado demasiado tarde, pero en cuanto dobló la esquina vio el perfil de las anchas espaldas de Seed, andando a cierta distancia, cuesta abajo. Simon corrió para alcanzarlo. No le llevó mucho tiempo y decidió no acercarse demasiado. Cada vez que Seed pasaba por debajo de una farola, los parches que llevaba en los hombros de su chaqueta brillaban bajo la luz artificial. ¡Maldita sea! Calculó que Charlie lo llamaría en media hora. Era capaz de saber cuándo iba a hacerlo. Y eso le gustaba: adivinar qué es lo que iba a hacer.

Seed se desvió por un callejón lateral, también cuesta abajo. No era el único: la mayoría de las veintitantas personas que había entre él y Seed tomaron la misma dirección, que resultó ser un atajo hasta la estación de metro de Highgate.

Seed se puso en la cola para comprar el billete. Simon se escondió detrás de una furgoneta que vendía café, batidos y zumos. En cuanto Seed cruzó la barrera metálica, Simon mostró la placa a la mujer vestida con un chaleco fluorescente que estaba detrás de la taquilla y dijo: «Policía, rápido». Ella lo dejó pasar, con los ojos abiertos como platos. Seguramente se temía que hubieran colocado una bomba en el metro, pensó Simon, pero no podía perder tiempo tranquilizándola.

Por la estación solo circulaba la línea Northern, en dirección norte o sur. Simon pensó que Seed tomaría dirección sur; en caso contrario, habría ido en coche hasta su destino. Seguramente era tan fácil aparcar en High Barnet o en Finchley que en la zona de Highgate o Muswell Hill. Simon esperaba que su suposición fuese correcta, porque había perdido de vista a Seed. En vez de dirigirse al andén sur, esperó a que llegase un tren. Cuando oyó que se acercaba uno, se metió rápidamente en el andén.

Vio a Seed en medio de un grupo de gente, delante de una de las puertas del vagón. Era consciente del riesgo que corría: Seed podía volverse y descubrirlo en cualquier momento. ¿Y qué? No

había ninguna ley que prohibiera viajar a Londres. Seed no tenía por qué decirle qué estaba haciendo allí y viceversa.

En cada parada, Simon se asomaba para ver quién se apeaba. Seed no se bajó en Archway, ni en Tufnell Park ni en Kentish Town, o al menos eso creía Simon, porque la masa de cuerpos moviéndose de un lado a otro le impedían estar seguro de ello. Camden Town: no. Mornington Crescent: no. «Puede que se baje en Leicester Square», pensó Simon. Normalmente, la gente que viajaba a Londres por la noche solía ir al West End. ¿Qué se creía Proust, que él era un paleto que empezaba a hiperventilar cuando dejaba atrás la señal que anunciaba «Bienvenidos a Spilling», delante del Queen's Hall? «¡Vaya gilipollas!».

Simon tuvo que darse prisa cuando, en Euston, asomó la cabeza y vio a Seed caminando por el andén, dirigiéndose hacia la salida de la estación. Saltó del vagón y fue tras él. Euston. ¿Qué había en Euston? Maldijo en silencio, harto de hacer conjeturas que se revelaban erróneas.

Siguió a Seed por las escaleras mecánicas que conducían hasta la estación de ferrocarril de Euston. Aquello era un hervidero. En medio del enorme vestíbulo, una multitud inmóvil miraba hacia arriba, consultando los paneles. En torno a esa estática masa de gente se movía otra muchedumbre que ya sabía cuál era su andén o que entraba y salía de las tiendas. Simon no perdía de vista los brillantes parches de los hombros de la chaqueta de Seed, asegurándose de no estar dentro de su campo visual.

Seed entró en VHSmith y compró algo. Desde su privilegiada posición, Simon vio que se trataba de un periódico, aunque no pudo distinguir cuál. «¿Y ahora qué?», se preguntó. Seed cruzó el vestíbulo a toda velocidad, como sabiendo muy bien adonde se dirigía. No iba despacio, entrando y saliendo de las tiendas, como la mayoría de la gente. Seed parecía tener algún propósito. «Ya lo ha hecho antes». Sin embargo, Simon no fue capaz de decir de qué se trataba.

Lo siguió con la mirada mientras entraba en la zona de restaurantes de la estación y se acercaba a una de las barras. Tras mantener una breve conversación con una mujer que llevaba un uniforme y una gorra rojos, Seed se dirigió hacia la caja para pagar —aunque, según parecía, no se había llevado nada— y luego se sentó a una mesa que estaba libre, de espaldas a Simon. Cuando extendió el periódico, Simon se acercó un poco y vio que era el *Independent*. Cinco minutos después, la camarera de rojo le llevó un plato a la mesa.

Simon lamentó haberse olvidado de coger el teléfono. Podría haber llamado a Charlie. Pero ¿qué le habría dicho? ¿Que Aidan Seed estaba en la estación de Euston tomando el té? Se habría reído a mandíbula batiente.

Seed tenía que dirigirse a alguna parte. Nadie hacía el trayecto Spilling-Londres para comer algo en el restaurante de una estación de ferrocarril. «Ya, y tampoco nadie confesaba haber matado a una mujer que no estaba muerta», le diría Charlie.

Simon había olvidado el abrigo en el coche y estaba muerto de frío. Y cada vez más hambriento. Cuando Seed se levantó para ir en busca de más comida —dos donuts y un café—, soltó un gemido. ¡Maldito glotón! Seed volvió a sentarse. Al parecer, no tenía ninguna prisa.

Al final, a las seis y veinticinco, se levantó y se desperezó. Salió del restaurante sin el periódico y se dirigió hacia la salida de la estación. Simon lo siguió por Euston Road hasta un cruce. Mantuvo cierta distancia, aunque no era necesario. Había tanta gente en la calle, caminando en ambas direcciones, que a Seed le habría costado mucho verlo aunque hubiese estado buscándolo.

Simon cruzó la calle y mantuvo los ojos fijos en los parches de la chaqueta. Una mujer que se acercaba en dirección contraria chocó contra su brazo. Simon murmuró «Lo siento»; aunque había sido culpa suya, la mujer no le contestó. Simon no podía creer lo maleducada que podía llegar a ser la gente. Sin embargo, dejó de pensar en ello: no quería distraerse.

Había perdido de vista la chaqueta negra. ¿Cómo se las había arreglado Seed para desaparecer por las buenas? La acera estaba llena de gente, pero no hasta ese punto. No era posible que Simon lo hubiese perdido en la fracción de segundo que había pensado en la mujer que había chocado con él.

Dos personas que caminaban delante de él, un hombre y una mujer, giraron a la derecha y rodearon un lado de un enorme edificio de grandes ventanas, dispuestas simétricamente a lo largo de la fachada. Simon se quedó mirándolo porque era la única alternativa posible. Si Seed no estaba en la calle, ni delante, ni detrás ni al otro lado…

Allí estaba Seed, entrando en el edificio por una puerta lateral situada en lo alto de una rampa de cemento. Se detuvo al ver acercarse a la pareja y los saludó a ambos, aunque no de la forma en que lo harían unos amigos. Se conocían, aunque no demasiado, pensó Simon.

Una vez entraron en el edificio, Simon se acercó a la puerta, que permanecía abierta gracias a una cuña. Se asomó al interior, y vio un espacioso vestíbulo, vacío, en el que había un mostrador para la recepción, con una caja registradora en un extremo. Al final del vestíbulo había un pasillo que conducía a otra puerta. Cerrada. En ella había un cartel que Simon no pudo leer, y a la derecha, una mesa llena de folletos, libros y panfletos de color pastel.

Tres ancianos de pelo largo y desgreñado y enmarañada barba pasaron junto a Simon, dejando tras ellos un rancio olor a sudor mezclado con alcohol. Simon pensó que serían tres sin techo. En cuanto franquearon la puerta, Simon se movió. El cartel que había en el acceso del fondo rezaba: «Reunión Cuáquera». Inmediatamente, Simon pensó en las dos lamentables experiencias que tuvo a principios de los años noventa con dos «Reuniones Láser», unas fiestas de cumpleaños a las que no pudo dejar de asistir, organizadas por amigos de la universidad que iban de excéntricos. Se imaginó a aquellos tres viejos vagabundos que

acababa de ver moviéndose por una habitación oscuras, blandiendo espadas fluorescentes.

«Un camino espiritual para nuestro tiempo», decía el póster. «Todos los lunes en la Casa de los Amigos, Euston, 18.30, entrada libre». Al final figuraba la dirección de la página web: www.quakerquest.com. Simon cogió un folleto de la mesa, una versión reducida del cartel, pero con más texto. «¿Estás tratando de encontrar un camino espiritual que sea sencillo, radical y contemporáneo? La experiencia cuáquera podría ser lo que estás buscando. Te proponemos una serie de seis sesiones de libre acceso para discutir sobre temas como la igualdad, la paz, Dios, la práctica espiritual y la aplicación de la fe. Compartiremos nuestras ideas, individuales y colectivas, a través de conferencias, debates, preguntas y la experiencia de la oración cuáquera».

Simon leyó por encima los títulos de los libros: *Una luz que brilla, La maravillosa experiencia de la oración cuáquera, Dios es silencio*… Lanzó una ojeada a la puerta cerrada. Por el ruido, pensó que dentro habría unas veinte o treinta personas que estaban hablando. De vez en cuando, le llegaba un olor a huevo. ¿Servirían bocadillos? ¿Era esa la razón de que los tres vagabundos hubieran entrado allí, la comida gratis?

Simon cogió un panfleto titulado «Consejos y preguntas: Encuentro Anual de la Sociedad Religiosa de los Amigos (Cuáqueros) de Gran Bretaña». En el folleto había varios extractos que hablaban de sabiduría espiritual, numerados del uno al cuarenta y dos. Debajo del último aparecía una cita de un tal George Fox, fechada en 1656, que recomendaba ser un buen ejemplo para el prójimo y seguir con alegría el camino del Señor. Simon fue pasando las páginas, leyendo algunos de los pasajes más breves. El número once le hizo enfurecer: «Sé sincero contigo mismo. ¿Qué desagradable verdad podrías eludir? No te desanimes cuando admitas tus defectos. Unidos en la oración, descubriremos la certeza del amor de Dios y la fuerza para seguir adelante con renovado fervor».

¿No te desanimes cuando admitas tus defectos? ¿Y ni una palabra sobre cómo abordar esos defectos, para erradicarlos o sustituirlos por otros rasgos más nobles? Por primera vez en su vida de adulto, Simon sintió nostalgia del catolicismo de su juventud.

Se quedó en el pasillo, sin moverse, hasta que cesó el rumor de voces y una mujer empezó a hablar. La bienvenida de rigor y el orden del día: afortunadamente, podía oírlo casi todo y con bastante claridad. Frunció el ceño cuando oyó mencionar a Frank Zappa a la mujer, y pensó que no lo había oído bien. Pero no, porque repitió de nuevo el nombre: preguntaba si alguno de los presentes había escuchado a Frank Zappa. ¡Qué raro! Por lo que Simon alcanzó a entender, nadie respondió que no, pero aun así la mujer les explicó quién era.

—Por lo que parece, en una ocasión el señor Zappa dijo: «Si buscáis a Dios, dirigíos directamente a Él» —les dijo a los presentes.

Algunos asistentes se echaron a reír. Acto seguido, se oyó una voz masculina.

—Nosotros, los Amigos, estamos de acuerdo con el señor Zappa. Dios no necesita la ayuda de ningún hombre vestido con un traje de seda que os pida vuestro dinero. La fe de los cuáqueros está basada en la experiencia: nosotros solo creemos en lo que vivimos en primera persona. Los cuáqueros tenemos una experiencia no mediatizada con Dios… Dicho de otro modo: acudimos directamente a Él. No hay ningún libro sagrado, ni iglesias, ni sacerdotes ni un credo oficial. Y no utilizamos siempre las mismas palabras. Nosotros definimos nuestra experiencia de ese inmenso «Otro que está más allá» de muchas maneras. Una es «el Divino», otra es «Dios», «la luz»…

—Puede entrar, si quiere. —Simon se volvió y vio a un guardia de seguridad detrás de él, un hombre mayor de pecho hundido—. Hay mucha gente que siempre llega tarde.

—Estoy bien aquí.

—Como quiera. Le aseguro que no muerden —dijo el hombre, alejándose.

—¿Hay otros actos programados para esta noche? —le gritó Simon—. Aquí, en este edificio.

—No, solo la reunión de cuáqueros.

Simon le dio las gracias. Entonces, no había duda: Aidan Seed estaba allí dentro, un hombre que, mirando a los ojos a Simon, había afirmado creer tan solo en el mundo real, los hechos y la ciencia.

Cerciorándose de que el guardia de seguridad no lo estuviera observando, Simon giró el pomo de la puerta, la entreabrió y dejó una rendija por la que podía ver el interior. Vio sillas dispuestas en semicírculo y las espaldas de los asistentes, algunas erguidas, otras encorvadas. En el centro de la primera fila descubrió a Seed, aunque Simon no pudo verle la cara. Frente a las sillas entrevió el busto de la mujer que había mencionado a Frank Zappa. En aquel momento estaba hablando de algo que ella llamaba «dar el ministerio». Era joven, más que Simon, y tenía un hermoso rostro de muñeca que lo sorprendió. Simon frunció el ceño. ¿Acaso había imaginado que se encontraría con una mujer de cara porcina en la reunión de cuáqueros? Su pelo era lustroso, castaño oscuro, con raya en el medio y recogido hacia atrás, como Olivia, la novia de Popeye, solo que aquella chica era mucho más atractiva. Vestía una sudadera azul y, colgada del cuello, llevaba una placa, también azul, con una enorme «Q» estampada.

El otro orador, el hombre, llevaba el mismo uniforme. Era calvo, con sobrepeso y estaba empapado en sudor. Cuando la chica dejó de hablar, él tomó la palabra, definiendo qué significaba para él la oración.

—Es, en todos los sentidos, el origen, la base de todo —dijo—. Es lo que me permite vivir en este mundo.

Cuando concluyó su intervención, dio un paso atrás, sonriendo.

—Cuando todos los centros inmóviles de todos los presentes se encuentran en el medio, lo llamamos una «reunión en recogimiento» —dijo Olivia—. Cuando una reunión alcanza ese estado, tenemos la

oportunidad de conocer al otro en el plano de lo eterno. En realidad…

La chica se interrumpió y dejó escapar una risita, como si acabara de recordar un chiste subido de tono. Simon se imaginó lo que diría Colin Sellers si estuviera allí. «Me encantaría estar contigo en el medio, cariño». Etcétera.

—Volviendo al tema del ministerio, querría compartir con vosotros una divertida experiencia que tuve, aunque resulta algo embarazosa —dijo la chica—. A veces, en medio de la paz y el silencio, se reciben lo que podríamos definir como pequeños mensajes. Algunos son para compartir con el grupo, y otros son personales. Con el tiempo, se aprende a distinguir entre unos y otros. A veces te llegan mensajes que parecen una broma.

La risita nerviosa que siguió a la última observación daba a entender que la gente tenía experiencia en ese tipo de mensajes; era evidente que en la sala había quien sabía todo lo referente a recibir mensajes de…, ¿cómo lo había llamado el tipo sudoroso? Sí, ese inmenso «Otro que está más allá». «¡Gilipollas!», pensó Simon, sin poder evitarlo. Decidió ser más abierto y tolerante en cuanto saliera de aquella maldita Casa de los Amigos.

—Un día, de camino a una reunión, me sentí inquieta y acalorada. Por la mañana había tenido una estúpida pelea con mi novio —prosiguió Olivia—. Le había pillado lavando los cubiertos y metiéndolos en el cajón aún mojados. Cuando me dijo que secarlos no tenía ningún sentido, porque el calor del cajón ya se encargaría de hacerlo, me puse hecha una furia. A lo que íbamos: aquella misma mañana, más tarde, en la reunión, empecé a oír una voz en mi cabeza: «Los cubiertos no son eternos». —La chica se echó a reír, y los asistentes se unieron a ella—. Sabía que ese mensaje no era para compartir… Era una broma privada, solo para mí. Estaba muy agradecida por haberlo recibido. Y no es casual que gratitud y gratificación sean dos palabras que suenen de forma muy parecida.

Simon sintió náuseas al ver la radiante expresión de su cara. El público aplaudió. Pensó que ya había visto y oído bastante. Estaba a

punto de alejarse de la puerta cuando vio que Aidan Seed se daba la vuelta en su silla. A diferencia del resto de asistentes, no estaba aplaudiendo. Por lo que pudo ver, era el único que no lo hacía.

Seed parecía asqueado. Incluso desde lejos y de perfil, a través de la rendija de la puerta, su indignación era evidente. «Tú no eres uno de ellos —murmuró Simon entre dientes—. Nunca serás uno de ellos. Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?». Puesto que no esperaba ninguna respuesta, ni de Seed, porque no podía oírlo, ni de un ser supremo dispuesto a comunicarse con él en la intimidad, no se sorprendió al no recibirla.

Salió a la calle, paró el primer taxi libre que vio y le dijo al conductor que lo llevara a Muswell Hill, en Ruskington Road.

Charlie vio que la puerta de Seed Art Services se abría muy despacio, con un crujido. Unos segundos después, Ruth Bussey salió de golpe de la oscuridad del local, como si alguien le hubiese dado un empujón. Calzaba unas chanclas. Charlie se dio cuenta de que aquella noche tampoco llevaba medias ni calcetines y que aún cojeaba. Se volvió a preguntar por qué alguien que no se había hecho un esguince en el tobillo fingía que así había sido.

Salió corriendo para alcanzar a Ruth antes de que se metiera en el coche, sin importarle que resultara evidente que había salido de entre los árboles que había a orillas del río, donde no tenía ningún motivo para estar a menos que se hubiera dedicado a vigilar el taller.

—¡Ruth!

Ruth se volvió, lanzando un grito y se apoyó en el passat, llevándose una mano al pecho.

—No he parado de golpear la puerta desde las cinco y media —le dijo Charlie—. Pero usted ya lo sabe, ¿verdad? Ha estado ahí dentro todo el tiempo, sentada en la oscuridad, con la puerta cerrada.

—He estado pensando —contestó Ruth. Su voz se perdió entre las ráfagas de viento que agitaban su pelo. Algunos mechones cubrían su cara—. Tratando de decidir qué debo hacer.

—¿Y lo ha decidido?

—Sí. —Los párpados hinchados y la piel agrietada entre la nariz y el labio superior dejaban claro que las lágrimas habían desempeñado un importante papel en su toma de decisión—. La primera vez que hablamos no fui totalmente sincera con usted. Pensé que si le contaba toda la historia me echaría de la comisaría.

—¿Dónde está Aidan? —preguntó Charlie, con voz cortante.

¿Qué esperaba aquella estúpida? ¿Una nota que dijera: «Enhorabuena, ha dejado de mentir»?

—No lo sé. Y no sé cuándo va a volver. No sé gran cosa, pero estoy dispuesta a contarle todo lo que sé si me ayuda. Tiene que ayudarme. —Ruth agarró a Charlie por el brazo—. Ha dicho que iba a matarla.

—¿Qué? —Una información así no podía pasarse por alto, aun cuando viniera de la persona menos fiable del planeta, y Ruth Bussey podía ser perfectamente esa persona, se dijo Charlie—. ¿Quién dijo que iba a matar a quién?

—Aidan. Mary. La llamó «esa zorra». No está en Manchester… He llamado a Jeanette a la Galería City Art. El pasado fin de semana tampoco estuvo allí…

Despacio, no entiendo nada de lo que dice.

Ruth no paraba de temblar bajo la arrugada camiseta blanca que llevaba. Charlie tenía su abrigo en el maletero del audi.

—Deje su coche aquí —dijo—. La llevaré a casa; allí podremos hablar.

Charlie se dijo que conseguiría entrar en aquella maldita casa a cualquier precio. Durante todo el día la había fastidiado el recuerdo de Malcom «Cara de Cabra» Fenton tratando de impedírselo.

—Un hombre me ha estado siguiendo —dijo Ruth, mientras caminaban por Demesne Avenue hasta el coche de Charlie—. No, no es cierto. No me ha estado siguiendo… No ha ido detrás de mí cuando salía de casa ni nada parecido, pero sí se ha paseado por delante. Con un labrador negro. —En cuanto empezó a hablar, parecía incapaz de parar. Las palabras salían de su boca a

borbotones, sin entonación alguna, como si Ruth no viera el momento de sacarse un peso de encima—. Lo vi por primera vez en junio. Hubo un tiempo en que estaba ahí todos los días. Luego, durante unos meses, desapareció. Pensé que se habría cansado, pero… ayer domingo, apareció de nuevo. Puedo enseñárselo; lo tengo grabado en una cinta. Y esta mañana ha vuelto. Aidan dice que solo saca a pasear el perro por el parque. Cuando le menciono el asunto, se pone nervioso; pero él no lo ha visto, no sabe de qué forma se queda mirando la casa.

Charlie se había detenido. A fin de no perderse nada, había tenido que reducir la marcha. Ruth apenas se movía y había dejado de temblar. No parecía ser consciente del frío.

—¿La ha amenazado alguna vez? ¿Se ha acercado a usted o a la casa?

—No.

—¿No es normal que la gente que pasea por el parque eche un vistazo a su casa? Es una construcción muy peculiar. Yo me he quedado mirándola muchas veces y me he preguntado quién viviría allí.

—Me parece estar oyendo a Aidan. Según él, toda la gente que entra y sale del parque se queda mirando la casa al pasar. Y tiene razón, casi todo el mundo lo hace. Sin embargo, ese hombre se queda mirándola de otra manera.

«Aidan Seed, la voz de la cordura», pensó Charlie. Salvo por el pequeño detalle de que creía haber matado a una mujer que seguía con vida.

—Lleva una gorra roja con una borla, incluso en verano. Eso no es normal.

—No estoy muy segura de que la normalidad exista —repuso Charlie.

«Ciertamente, no a tu alrededor», habría querido añadir.

Ruth se quedó mirando a lo lejos, con la mirada vacía.

—La lleva porque una gorra así le da un aspecto absurdo, cómico. Nadie que lleve una gorra así puede ser peligroso…, eso es

lo que quiere que crea.

—Ruth, ¿no le parece que hoy hace mucho frío? Y lleva chanclas; sin nada, ni medias ni calcetines. Ahí lo tiene: ¡la prueba de que alguien puede vestir de forma estrafalaria y no seguir a nadie!

Charlie no estaba enfadada, aunque pudiera parecerlo, pero hacía falta cierta energía para rebatir lo irracional. ¿Estaría loca Ruth? ¿Lo estaría Aidan Seed? Si en ambos casos la respuesta fuese afirmativa, eso lo explicaría todo.

«Salvo el comportamiento de Mary Trelease». «A mí no», había dicho cuando Charlie le contó que Aidan afirmaba haberla matado. Obviamente, Charlie le preguntó acto seguido si estaba dando a entender que Aidan había matado a otra persona, pero Mary lo había negado. «Solo quería decir que es evidente que no estoy muerta», pero Charlie no se quedó satisfecha con la respuesta. Aquella mirada de Mary…

«Ese hombre mira de otra manera».

Charlie habría mentido si le hubiera dicho a Ruth que una mirada, por sí sola, nunca podía ser motivo de sospecha, pero dudaba que hubiese que preocuparse por el hombre de la borla roja.

—Nunca llevo calcetines —dijo Ruth—. Mis padres me obligaban a ponérmelos todos los días, y también un chaleco. Estaban obsesionados con eso de que el calor no se escapara del cuerpo. Nuestra casa era como un horno: la calefacción y las estufas de gas estaban encendidas todo el año.

Sus dientes empezaron a castañetear. Charlie tuvo que pulsar dos veces el control remoto de las llaves antes de que las luces parpadearan: abierto. La batería se estaba descargando. Se había prometido comprar una de recambio y meterla en la guantera, pero no había tenido tiempo de hacerlo. Abrió el maletero y le tendió el abrigo a Ruth.

—A lo mejor los padres de su hombre le prohibían llevar gorras de lana, aun cuando cayera granizo —bromeó Charlie, sin conseguir arrancar una sonrisa a Ruth.

Una vez en el coche, Charlie dijo:

—¿Piensa contarme por qué tenía en el bolsillo ese artículo que habla de mí?

—Estuvo revolviendo en mis bolsillos. Estaba convencida de que lo haría. —Ruth se encogió en el asiento—. Siento… lo que le ocurrió. Debió de ser horrible para usted. En la foto parece destrozada.

—No vamos a hablar de mí —dijo Charlie, con firmeza.

—Por eso estuve esperándola el viernes. En mi estado, no podría haber hablado con nadie más. Después de lo que usted había vivido, pensé que me comprendería.

—Lamento haberla decepcionado.

Charlie estuvo pensando en la secuencia de los acontecimientos: el artículo fue publicado en 2006, como los otros cientos que aparecieron en todos los periódicos del país y que repasaban alegremente todos los detalles del incidente que, en aquella época, Charlie había vivido como un golpe de gracia. Aidan Seed le contó a Ruth que había matado a Mary Trelease en diciembre de 2007. ¿Acaso pensaba que iba a creerse que había recortado el artículo del *Rawndesley and Spilling Telegraph* más de un año antes de que ella tuviera algún motivo para acudir a la policía, guardándolo solo por si en un futuro necesitaba hablar con una agente de policía que tuviera un poco de sensibilidad? Charlie no podía hacer ninguna pregunta, no sin demostrar lo enojada que estaba. Sintió la imperiosa necesidad de llevar la conversación a un terreno que no girara en torno a ella, aun cuando eso significara no averiguar nada.

—Yo soy comprensiva con las cosas que entiendo —dijo, con brusquedad—. Siento ser la portavoz de un «*feedback* desafiante», como solemos decir en la policía, pero, hasta ahora, su comportamiento y el de Aidan carecen totalmente de sentido. Si existiera una escala Richter de la racionalidad, ambos tendrían un signo negativo.

Ruth apoyó las manos en el regazo y no dijo nada. Cruzaron el centro de la ciudad. Unos elaborados huevos de Pascua llenaban los escaparates de las tiendas de High Street.

—¿Ha cambiado la historia? —preguntó Charlie—. ¿A qué se refería antes, cuando ha dicho que Aidan iba a matar a Mary Trelease? Pensé que, según él, ya la había matado.

—No era una amenaza —repuso Ruth—. Me preguntó si creía que se podía prever el futuro. Cuando le respondí que estaba convencida de que no, me dijo que era la única explicación: todo el mundo le dice que Mary está viva, pero el recuerdo de haberla matado es muy claro. Y si no se trata de un recuerdo, debe de ser…

—¿Una premonición? —dijo Charlie, con cautela—. La hipótesis no le va a gustar, pero ¿podría ser que Aidan diga todas estas tonterías para asustarla? ¿Para quitársela de encima? Premoniciones, asesinatos que nunca se han cometido…

—No lo sé, pero no lo creo. No lo creo capaz de fingir el miedo que he visto en su cara. Estaba asustado por lo que podía llegar a hacer. Me pidió que fuera a ver a Mary para convencerla de que se fuera a algún sitio donde él no pudiera encontrarla. —Charlie sintió los ojos de Ruth fijos en ella, esperando y deseando que le diera una explicación que era incapaz de ofrecerle. «A no ser que sea Ruth y no Aidan quien finja estar asustada»—. Al menos, eso significa que Aidan no puede estar allí con ella.

—¿Cómo dice?

—Antes pensaba que usted estaba en lo cierto. Cada vez que Aidan pasaba la noche fuera, me preguntaba si estaría con ella, si los dos no estarían planeando volverme loca o algo así. Yo sabía dónde vivía Mary; podría haber ido a su casa, pero nunca lo hice. Tenía miedo de encontrar a Aidan allí. Pero él no me hubiera pedido que fuera a esa casa si estuviera allí, ¿verdad?

Charlie cerró los ojos pero volvió a abrirlos de inmediato: recordó que estaba conduciendo. ¿Cuánto le costaría conseguir que un par de agentes vigilaran los alrededores del número 15 de Megson Crescent? Aunque lo lograra, una vigilancia así debería justificarse hora por hora. Pensó que, como mucho, conseguiría cobertura por un día. No estaba segura de que mereciera la pena. ¿Y si Aidan Seed

escogía el día siguiente para cumplir su promesa, predicción o lo que fuera?

A su lado, Ruth se había echado a llorar.

—Aún tengo miedo —dijo—. Miedo de que algo vaya a ocurrir, aunque no sé qué. No se trata de nada concreto… No tengo miedo de que Aidan haya matado a alguien o que piense hacerlo, o de que vaya a la cárcel. Podría vivir con eso.

—Me está hablando de lo que no le da miedo —señaló Charlie—. Pero lo que a mí me sería útil es saber de qué tiene miedo.

Ruth se arrancó la piel que tenía alrededor de las uñas.

—Algo tan horrible que ni siquiera soy capaz de imaginar. Y no hablo de la muerte. Hay un montón de cosas mucho peores.

Charlie pensó que «un montón» era algo exagerado.

—Solo sé que existe un peligro y que… se está acercando.

—Escúcheme, Ruth. No vaya a ver a Mary. ¿Hay algún sitio al que pueda ir que sea…?

—Cuando me contó que tenía visiones de cosas que aún no habían sucedido, Aidan me dijo algo más. El cuadro que me regaló Mary, el que según él llevó a una tienda de segunda mano, se titula *Abberton*. Aidan me dijo que era el primero de una serie de nueve, aunque Mary aún no los había pintado. Incluso me dijo sus títulos: *Blandford, Darville, Elstow, Goundry, Heathcote, Margerison, Rodwell, Winduss*… Según él, con eso me demostraba que era capaz de ver el futuro.

Charlie no sabía qué responder a eso. Al oír a Ruth citando los títulos así, por orden alfabético, se sintió inquieta. ¿Ocho títulos de unos cuadros que aún no habían sido pintados? ¿Qué significaba? Eso no hacía más que complicar las cosas, haciendo que fueran algo más que una simple amenaza: «Dile que voy a matarla».

—El hombre con el que está comprometida… —dijo Ruth—. ¿Lo ama incondicionalmente? ¿Le perdonaría cualquier cosa?

Charlie se sintió acosada. ¿Por qué todo el mundo estaba ansioso por saber cosas sobre Simon? Primero Mary, y ahora Ruth.

—No tiene idea de hasta qué punto amo a Aidan. Si ese amor muriera, no me quedaría nada. Sin embargo, eso no significa que sea un amor incondicional. —Ruth se volvió hacia Charlie, respirando pesadamente ante su cara—. Cuando me dijo que había matado a Mary, yo… no reaccioné bien.

—¿Y quién lo haría? —le espetó Charlie. ¿Amor incondicional? Sí. ¿Perdonarlo? Ni hablar, si se trataba de un delito, por pequeño que fuera—. Amar a alguien no implica que haya que perdonárselo todo —añadió, satisfecha de su postura.

—Sí lo implica —dijo Ruth, con vehemencia—. Es así, aunque yo no creo que fuera capaz de hacerlo. Me da miedo la verdad, pero sin la verdad no haré más que atormentarme, imaginando lo peor. ¿Qué pasaría si descubriera algo tan horrible que matara el amor que siento por Aidan? Si eso ocurriera, tendría la certeza de que no valgo nada, de que no hay bastante amor en mí para perdonar o ayudar a alguien. Todo habría acabado.

Charlie estuvo a punto de sonreír. Si pasara un poco más de tiempo con aquella mujer, acabaría por considerarse una incorregible optimista, aunque solo fuera por comparación.

Ruth cerró los ojos y se frotó la nuca.

—Usted me ha preguntado —dijo, con voz apenas audible—. Ahí lo tiene. Eso es lo que me da miedo.

La casa de Blantyre Lodge no era pequeña, aunque lo parecía, porque estaba atestada de cosas. Mientras Ruth preparaba té en la cocina, Charlie empezó a elaborar un inventario. Se preguntó lo grande que debía de ser la casa que Ruth tuvo en Lincoln si cabía todo aquello: libros, lámparas, espejos, candelabros, revistas de jardinería, seis alfombras persas pequeñas y plantas más exóticas que las que podían encontrarse en el invernadero de un jardín botánico. También vio una tabla de planchar, escaleras plegables y un tendedero. En el respaldo de un pequeño sofá había tres cubrecamas, y en el asiento se amontonaban ocho cojines; uno de

ellos, dorado, tenía un dibujo de dos zapatos verdes del que sobresalían dos tobillos, hechos con un trozo de tela rosa. A Charlie le pareció curioso: con todo el trabajo que habría costado hacer el bordado, y el resultado era un par de piernas cortadas a la altura del tobillo.

Encajado entre otro sofá y la ventana había un escritorio antiguo de madera oscura, con un ordenador; inopinadamente, al lado había una mesa de pícnic de las que suele haber en las terrazas de los *pubs*, con una mitad de madera tosca y la otra mitad pintada de verde oscuro. Por si eso fuera poco, en el salón también había un enorme sillón con brazos. Una de las paredes estaba totalmente cubierta de estanterías de madera que servían de improvisado expositor de objetos de cerámica; figuritas de piedra; varios juegos de muñecas rusas; extraños objetos de madera; cabezas de ciervo, de león y de águila hechas con alambre, algunos plateados y otros dorados, y un montón de objetos de plástico de colores, la mayoría de ellos reconocibles —cuadrados, círculos, triángulos—, aunque en uno de los extremos presentaban formas más abstractas, como si hubieran renunciado a ser formas propiamente dichas y hubiesen preferido no representar nada. En el caso de que Ruth Bussey hubiera decidido colocar allí una cabeza de conejo metálica, no había ni un centímetro de espacio libre. Era como si alguien que antes tuviera una casa de ocho habitaciones hubiese decidido remodelar el sitio donde vivía, aunque sin prescindir de nada.

En las paredes había no menos de treinta cuadros. La mayoría eran de pequeño tamaño, aunque uno o dos eran muy grandes. Charlie pensó que merecerían estar colgados en un salón de baile, encima de una chimenea. El más grande de los dos era muy impactante, ya fuera por sus dimensiones o por la desagradable impresión que producía. Tenía un marco en imitación de oro, de cuyos extremos sobresalían cuatro rectángulos más pequeños, Representaba a una mujer vestida de blanco, de pelo negro, muy largo, y un rostro de expresión serena. En el centro del vestido había

un agujero del que sobresalía una cara deformada, con la boca abierta en una mueca.

Charlie sintió un escalofrío y centró su atención en un cuadro menos inquietante en el que podía verse un enorme toro parado ante un campanario de piedra rosada. Ruth apareció con dos tazas de té, aunque Charlie habría preferido un vodka doble.

—Aidan me explicó que ese marco está basado en el símbolo romano del poder. ¿Ve el dibujo? Unas cañas sujetas con un lazo. Por separado, son débiles, pero juntas se hacen fuertes. Dijo que le recordaba a él y a mí, juntos.

—¿Ha sido Aidan quien le ha comprado todos estos cuadros? —preguntó Charlie.

—No, los he comprado yo, aunque Aidan los ha enmarcado o, en algunos casos, ha restaurado el marco. Según él, la mayoría de los cuadros no están bien enmarcados.

Ruth se apoyó en el brazo de uno de los sofás.

Charlie no quería sentarse. El fervor de Ruth la estaba poniendo nerviosa, y también pensar que en algún momento tendría que volver a preguntarle por el artículo. Sabía que, si la obligaba a hablar, lo haría, y temía la respuesta. Cuanto más se atormentaba con aquella idea, más evidente le parecía que una razón inocente explicaría la presencia de aquel recorte de periódico en el bolsillo de su abrigo.

—Cuénteme cómo perdió su trabajo en la Galería Spilling.

—¿Mary no se lo contó?

—No exactamente. Solo me dio a entender que ella había tenido la culpa.

Ruth negó con la cabeza.

—La culpa fue mía —dijo, con tristeza—. Si hubiese… —Se interrumpió—. ¿No ha pensado nunca que le habría gustado hacer todas las cosas que ha hecho de otra manera?

A otra persona, Charlie le habría dicho que sí sin dudarlo ni un instante, pero Ruth ya tenía demasiada información acerca de ella.

—Cuénteme lo que pasó —dijo, bruscamente—. Si quiere que la ayude, será mejor que me cuente todo lo que no me contó el viernes.

Ruth bajó la mirada. Por un segundo, Charlie pensó que se negaría a hacerlo. Pero luego dijo:

—Mary fue un día a la galería. Entonces no sabía cómo se llamaba; eso no lo descubrí hasta mucho después.

—Ya.

Era un comienzo.

—Llevaba un cuadro, uno que había pintado ella, y quería que Saul se lo enmarcara. Por detrás, en letras mayúsculas, habían escrito «Abberton». En el cuadro aparecía una… una especie de persona, el perfil de una figura sin rostro. Era imposible decir si se trataba de un hombre o de una mujer. Era solo un contorno: una cabeza, dos brazos…

—Estoy familiarizada con la anatomía humana —dijo Charlie.

Dedujo que en la tela no aparecía ningún pene.

—Le pregunté quién era Abberton, pero Mary no quiso decírmelo. Ella… se puso furiosa. Yo quería comprarle el cuadro, pero ella no quería venderlo, y cuando le pregunté… —Ruth soltó la taza y se cubrió la boca con las manos. Unos segundos después, continuó—: Lo siento. Cuando le pregunté si podría comprar algún otro cuadro suyo, me dijo que no.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—En junio del año pasado. Me agredió; físicamente. Salí huyendo de la galería y jamás volví… Luego encontré el otro trabajo y…

—Espere un momento. Ha vuelto a ver a Mary desde entonces, ¿verdad? Ha ido a su casa. ¿Ha vuelto a preguntarle quién es Abberton?

¿Cuál era la relación entre Abberton y los otros ocho títulos que Aidan le había mencionado a Ruth? ¿Nueve personas a las que Aidan y Mary conocían?

—No.

Ruth estaba temblando.

—¿Por qué no? Al parecer, ahora tienen una buena relación. Mary me dijo que estaba tratando de convencerla para que posara para ella.

—Eso no me interesa. ¿Qué sentido tiene titular un cuadro con el nombre de una persona si luego esta queda reducida a un perfil? —Charlie tenía la impresión de que Ruth se había planteado muchas veces esa pregunta—. Seguro que significa que se asocia esa persona a algo problemático o doloroso, algo que se prefiere olvidar.

—Esta mañana, cuando he echado un vistazo a sus cuadros, no he visto ningún perfil —le dijo Charlie—. He visto gente con caras y fisonomías muy claras.

—¿Se refiere a los cuadros que están colgados en la pared? ¿Los de la familia?

—¿La familia de Mary?

—No. Creo que es una familia que vivía en su barrio.

Charlie se preguntó por qué Mary decidiría pintarlos tantas veces. Le habló del impulso de pintar a gente que para ella era importante. Como provocarte un *shock* emocional.

—Son muy buenos, ¿verdad? —dijo Ruth—. ¿Vio el del niño escribiendo con un lápiz en la pared?

—No. ¿Dónde estaba?

Ruth frunció el ceño, como si tratara de recordarlo.

—En una de las habitaciones de la planta baja.

Charlie solo había visto la cocina y el vestíbulo antes de ir al piso de arriba.

—¿Qué escribía en la pared?

—«Joy Division». No sé qué significa.

—«Love Will Tear Us Apart» —dijo Charlie automáticamente.

—¿Cómo? —Ruth parecía asustada—. ¿Por qué ha dicho eso?

—Es el título de la canción más famosa de Joy Division. No me pida que se la cante.

Ruth no dijo nada. La expresión de su cara era de desconcierto.

—Joy Division es un grupo —le explicó Charlie, tratando de no parecer desdeñosa—. ¿No ha oído hablar de ellos?

—Cuando era adolescente no escuchaba música pop. Mis compañeros de escuela veían el programa *Top of the Pops*, pero en mi casa estaba prohibido verlo, por supuesto.

—¿A qué se refiere cuando dice «por supuesto»?

Ruth lanzó un suspiro.

—En realidad, mis padres nunca me dijeron que no pudiera hacer algo. Su forma de controlarme era bastante más sutil que eso. No sé cómo, pero yo debía fingir que no quería hacer las cosas que ellos no aprobaban. —Ruth levantó los ojos hacia Charlie—. Dígame, ¿sus padres eran muy estrictos?

—En su momento pensaba que sí. Intentaban disuadirme de mis aficiones: fumar, pelearme, llevar a mi habitación a chicos a los que apenas conocía…

Charlie no tenía ganas de hablar de su adolescencia, pero en los ojos de Ruth había ansias de saber.

—Discutíamos sin parar. Mi hermana era la buena; no bebía, no fumaba, no salía a ligar. Nunca cuestionaba la autoridad; es más, la legitimaba, y yo sufría las consecuencias. Sin embargo, ha conseguido su mayor triunfo en el campo médico, enfrentándose ella solita a un cáncer de ovarios. Yo ni siquiera soy capaz de dejar de fumar.

Ruth asentía con la cabeza. «Mantén la boca cerrada», se ordenó Charlie a sí misma. Sentía la imperiosa necesidad de volver a engullir parte del veneno que había soltado.

—Es horrible tener que reconocer que posiblemente tus padres tenían razón —dijo—. Sin las intromisiones de mamá y papá, habría seguido bebiendo sidra barata y organizando orgías en casa cada noche, sobre todo los días de clase.

—En mi casa no discutíamos —dijo Ruth—. Solo había una opinión, y siempre era la misma. Nunca vi a mi madre y a mi padre peleándose por nada.

—Bueno…

Charlie pensó en algo que decir; se sentía incómoda, y se preguntaba cómo habían acabado hablando de aquel tema. Ella y

Ruth no eran dos amigas que se hacían confidencias. ¿Qué esperaba Ruth a cambio de las historias de su desdichada infancia? No, aquella no era la forma de plantear las cosas. ¿Qué podía ofrecerle Ruth si ella se avenía a actuar como caja de resonancia? Aún le quedaban un montón de preguntas por hacer, y era mejor que Ruth se mostrara dispuesta a responderlas.

—Cuando veo por casualidad algún programa del estilo de *Supernanny*, el consejo siempre es el mismo —dijo Charlie—. Los padres deben apoyarse mutuamente en vez de enfrentarse.

—Eso es totalmente falso —dijo Ruth en un tono vehemente—. Si un niño nunca ve a sus padres discutiendo sobre algo, ¿cómo se supone que aprenderá a tener su propia opinión? Yo me crie pensando que si alguna vez decía: «No estoy de acuerdo contigo», el mundo se vendría abajo. Mis padres solo leían la Biblia o biografías, sobre todo de mártires cristianos, de modo que yo debía fingir que hacía lo mismo. Escondía los libros que leía donde nunca pudieran encontrarlos. Me moría de envidia cuando oía que mis amigos les gritaban a sus padres que los odiaban y cuando estos les respondían: «Mientras vivas bajo este techo, tendrás que obedecer nuestras reglas». Al menos mis amigos podían ser sinceros con respecto a lo que querían hacer.

«¡Cristianos! Pura maldad», pensó Charlie. Los romanos sabían lo que se hacían cuando los echaron a los leones. Ahora se arrepentía de no haber incluido aquella idea en el discurso que dio en la fiesta de compromiso. Apenas había entrado en materia, y Simon había reaccionado de forma totalmente desorbitada.

—El viernes le mentí por necesidad —dijo Ruth. Cogió su taza de té y tomó un sorbo—. No tengo nada contra las mentiras. No creo que haya nada de malo en ellas si en tu vida estás sometida a una presión tan irracional que te impide ser quien realmente eres.

—¿Qué tal se lleva ahora con sus padres? —preguntó Charlie.

—Ya no los veo. No hemos hablado desde que me fui de Lincoln. Me pasé muchos años con miedo a romperles el corazón, pero al final lo hice. No —se corrigió—. No fue eso lo que hice. Simplemente

me hice a un lado para que no me hicieran daño, eso es todo. Si creen que les he roto el corazón, es cosa suya. Hay gente que decide no mirarse en los espejos que pones ante ellos —prosiguió Ruth—. Pero esa es su elección. Tengo un apartado de correos… Figuraba en la carta que les mandé cuando me mudé a Spilling. Nunca lo han utilizado.

—¿Viven en Lincoln? —preguntó Charlie.

No le extrañaba que Ruth hubiese salido corriendo como alma que lleva el diablo.

—Muy cerca, en Gainsborough.

—Renunció a muchas cosas cuando decidió trasladarse aquí. Esta tarde he buscado «Green Haven Gardens» en Google. Por lo que he leído, tenía un negocio muy próspero.

El cuerpo de Ruth se agitó, como si le hubiesen pegado un tiro. Charlie no se sorprendió. Sabía perfectamente lo que era sentirse invadida y descubrir que alguien tenía más interés del debido en su persona. «El suficiente interés para llevar tu historia en el bolsillo de su abrigo». Ahuyentó el pensamiento de su mente.

—Jardines con abonos orgánicos y sin sustancias químicas antes de que se pusieran de moda —dijo—. Y ganó tres premios BALI de paisajismo.

—Gané el más importante de esos premios tres años consecutivos —la corrigió Ruth, con una mirada suspicaz.

—Lo he leído por encima —repuso Charlie—. Tenía dos segundos entre una reunión y otra. Seguro que me perdí los detalles.

—¿Por qué le interesa Green Haven? Ese capítulo de mi vida ya terminó.

—¿Por qué lo dejó?

—No quería seguir con eso.

Charlie asintió con la cabeza. Era una respuesta, y al mismo tiempo no lo era. Esperaba que Ruth no se arrepintiera de haber hablado tanto de sí misma.

—Déjeme que le enseñe la cinta —dijo Ruth, poniéndose en pie.

De entrada, Charlie no sabía a qué se refería, pero luego se acordó: el hombre de la gorra roja con la borla. Alzó los ojos al cielo cuando Ruth no la estaba mirando, sin armarse del valor necesario para decirle que la grabación de un hombre que se paseaba por delante de una casa y que se quedaba mirándola no la llevaría a ninguna parte. Siguió a Ruth hasta el vestíbulo y vio algo que se le había pasado por alto al llegar. Encima de la puerta de entrada, con un curioso panel de vidrio con el dibujo de una hoja, había un estante con un monitor, un vídeo y una fila de cintas numeradas del uno al treinta y uno. ¿Una para cada día del mes?

Mientras Ruth extendía el brazo para introducir la cinta en el vídeo, Charlie echó una ojeada al vestíbulo. Aparte de la puerta del salón, había otras tres: la de la cocina, la del baño y, probablemente, la del dormitorio. Solo una estaba entreabierta, y a través de ella Charlie alcanzó a ver una brillante tela de color marrón y un cojín rosa. Debía ser el dormitorio. Cerciorándose de que Ruth seguía ocupada con el vídeo y el mando a distancia, Charlie empujó la puerta para abrirla un poco más.

En efecto, era la habitación de Ruth —la de Ruth y Aidan—, aunque la única prueba de una presencia masculina era un enorme reloj de pulsera con una correa de piel que estaba en el suelo. El resto de cosas eran rigurosamente femeninas: frascos de perfume alineados en el alféizar de la ventana; un pañuelo de gasa rosa extendido sobre la cama; unas cortinas de seda, también de color rosa; lencería de encaje por todas partes, y una botella de agua caliente rosa en forma de corazón. Incluso los libros, con los lomos ajadas, apilados en desiguales montones, tenían títulos muy femeninos, como *Mujeres hambrientas* y *Sonrisas públicas, lágrimas privadas*.

Ruth estaba ocupada rebobinando la cinta.

—Lo siento —dijo—. El mando a distancia no funciona. Tengo que pulsar el botón para que funcione; tarda una eternidad.

—No pasa nada —repuso Charlie.

Se asomó al dormitorio para ver qué había detrás de la puerta. Estuvo a punto de gritar por el *shock* y se tambaleó hacia atrás; volvió al vestíbulo. ¿Qué coño…? Su mente se negaba a creerlo. Era absurdo, una de esas cosas que solo aparecen en las peores pesadillas…, demasiado extraña y demasiado ridícula para que suceda en la vida real. Pero era real: Charlie sabía lo que había visto.

Casi una pared entera de la habitación de Ruth estaba cubierta con recortes de periódico que hablaban de ella. Charlie Zailer.

Empujó la puerta, con el corazón desbocado y todos aquellos titulares retumbando en su cabeza, frases que la habían perseguido durante dos años y en las que todos los días trataba de no pensar: agresiones a su persona, redactadas en un colorista lenguaje, con palabras escogidas en función de su impacto emotivo o la eficacia de ciertas aliteraciones.

Unos titulares que Ruth había coleccionado y pegado a la pared, junto a la cama. ¿Por qué? También había artículos más recientes —Charlie estaba segura de ello, aunque no tenía ninguna intención de volver a mirar para comprobarlo— sobre su reincorporación al trabajo y el foro que había creado para abordar la delincuencia en la ciudad. No, no lo había soñado. Además de las numerosas fotos en las que aparecía llorando en la rueda de prensa que ofreció en 2006, había una o dos vestida de uniforme, después de que dejara el departamento de investigación criminal, con su estudiada sonrisa de estoy-muy-orgullosa-de-lo-que-he-hecho-por-la-comunidad. Sintió náuseas.

—Ya está —dijo Ruth.

Charlie sabía que no disponía de mucho tiempo para recuperarse si lo que quería era disimular, y su instinto la empujaba a aparentar que no pasaba nada, a batirse en retirada y a esconderse en cualquier parte. Pedirle allí mismo una explicación a Ruth habría supuesto un enfrentamiento que, en el estado de *shock* en el que se encontraba, no podía permitirse. No, tenía que evitar un enfrentamiento a toda costa, o de lo contrario provocaría un desastre: acabaría agrediendo físicamente a Ruth o tendría un

ataque de histeria. «Más adelante. Ya me ocuparé de ello más adelante».

Parpadeó con fuerza para secarse unas lágrimas que habían surgido de la nada y trató de concentrarse en la estantería blanca que había en la pared de enfrente, ligeramente cóncava, y que reducía considerablemente el espacio del vestíbulo. Era evidente que Ruth era una coleccionista de libros de autoayuda así como una aplicada activista de la ignominia de Charlie. Si hubiese estado de mejor humor, le habrían parecido divertidos los títulos de todos aquellos libros: *¿Y si todo marcha bien?, El poder del ahora, Lo que pienses de mí no es asunto mío*.

Charlie ya no sabía qué pensar. Lo único que sabía era que sus entrañas se habían licuado, que estaba a punto de vomitar y que ansiaba desesperadamente marcharse de aquella casa.

—Le pedí a mi casero que me dejara instalar un circuito cerrado de televisión cuando me di cuenta de que ese hombre rondaba por aquí —explicó Ruth—. Él pensó que estaba haciendo una montaña de un grano de arena, pero al final accedió. De noche había pandillas de golfos que se adueñaban del parque, y me las arreglé para convencer a Malcolm de que mataríamos dos pájaros de un tiro. Cuando instalé las cámaras, el hombre desapareció. Hasta ayer no pude grabarlo.

Charlie se preguntó si Ruth guardaría grabaciones suyas realizadas dos años atrás: noticias del telediario, imágenes de la rueda de prensa que había ofrecido, una extensa entrevista que aceptó ante la insistencia del gabinete de prensa, cuando la opinión pública aún estaba en su contra tres meses después de que estallara el escándalo.

«Más adelante. Ahora no». Había otras cosas en las que pensar, como contraatacar: descubrir todo lo posible sobre Ruth Bussey y emplearlo para acabar con su deprimente y mezquina existencia. «Por ahora, juego con ventaja. Ruth no sabe que conozco su secreto», se dijo Charlie.

Vio cambiar la granulosa imagen que apareció en el monitor, que dio paso a la de un hombre con una gorra roja que se acercaba a la entrada del parque con un perro.

—Dígame, ¿Aidan ha visto esto? —preguntó Charlie.

Si, por casualidad, Borla Roja estaba vigilando a Ruth, ¿lo sabría Aidan? ¿Sabría quién era ese hombre? «Espiar a alguien que espía a otros, que irrumpe en su dolor íntimo…».

—No —respondió Ruth—. Además de mí, solo lo ha visto Malcolm, y ahora usted. Hace meses que Aidan y yo no hablamos como es debido. —Parecía abatida—. Pensé que si Malcolm sabía qué aspecto tenía ese hombre, podría tratar de encontrarlo. Él pasa a menudo por aquí cuando no estoy; es una especie de ángel de la guarda. Viene a echar un vistazo a mis cosas. Mire, ahí se le ve la cara.

Malcolm. Aquel hombre debía de haber visto la pared-exposición del dormitorio. A Charlie no le extrañaba que hubiera reaccionado de una forma extraña cuando se presentó en la casa. «Es evidente que Ruth la conoce… No me ha dicho que había quedado con usted o que esperara su visita…». ¿Sabía Malcolm Fenton por qué Ruth estaba obsesionada con ella? ¿Y Aidan Seed? Seguro que sí, puesto que dormía en la misma cama que Ruth. ¿Cuál sería la razón? ¿Quién más había visto aquella pared? ¿Los técnicos de Winchelsea Combi Boilers? ¿También la habían reconocido aquella mañana?

Charlie fijó los ojos en el monitor, aunque en realidad no lo estaba mirando. La voz de Ruth interrumpió el hilo de sus pensamientos y se dio cuenta de que se había perdido gran parte del espectáculo.

—Mire, ahora se puede apreciar claramente su cara. ¿Ve cómo mira hacia la ventana?

No. No era posible.

Pero sí lo era. Con o sin la gorra con borla, era él. ¡Y con un labrador negro, por el amor de Dios! Ahora Charlie sabía dos cosas que Ruth no sabía que supiera.

—Puede que solo sea un cabrón entrometido —dijo.

En el caso de que Ruth se hubiera dado cuenta de que su tono de voz o su actitud habían cambiado, lo disimuló. Charlie no era capaz de recordar la última vez que se había fiado menos de una persona de lo que se fiaba de aquella extraña mujer que la estaba mirando con unos ojos como platos, esperando, al parecer, alguna clase de ayuda.

—¿Por qué fue a ver a Mary? —le preguntó Charlie de repente.

—¿Perdone?

Ruth paró la cinta de vídeo.

—Ha dicho que ella la atacó, que abandonó la galería y jamás volvió. Debió ser algo espantoso. Y, sin embargo, más adelante fue a verla a su casa. ¿Por qué?

«Voy a meter el dedo en cada fallo de tu historia, zorra. Voy a hurgar una y otra vez hasta que la trama se caiga por sí sola y entonces me quedaré mirando cómo te vienes abajo».

—Por el cuadro —dijo Ruth—. Y por Aidan. Aidan lo quería. Pero esto ocurrió después, mucho después.

—De acuerdo. ¿Y qué pasó luego? Después del incidente con Mary en la galería, el pasado mes de junio, cuando usted dejó su empleo. Eso fue seis meses antes de que Aidan le contara que la había matado, ¿no?

—No puedo contarle todo lo que quiere saber. —Charlie captó el pánico en la voz de Ruth—. Puedo contarle todo lo que yo sé, todo lo que ocurrió, pero no por qué ni qué sentido tiene.

—Me conformo con cualquier cosa que no sea una mentira.

—Se acabaron las mentiras —prometió Ruth—. Después de eso, Aidan y yo fuimos a ver una feria de arte a Londres.

7

Lunes, 3 de marzo de 2008

La feria de arte Access 2, en el Alexandra Palace de Londres, fue la primera a la que asistí en mi vida. No sabía ni siquiera que existiera algo así hasta que Aidan me habló de ella. Uno de los artistas para los que trabaja iba a montar un estand allí y le mandó un par de invitaciones. Aidan abrió el sobre en el taller; debió de ser en octubre o noviembre del año pasado. Es raro; es el único detalle que no recuerdo. Todos los demás están grabados en mi memoria, como si alguien lo hubiera filmado todo de principio a fin y hubiera implantado esas imágenes en mi cerebro.

Vi sonreír a Aidan mientras estaba leyendo algo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Me tendió el sobre. Lo abrí y saqué de su interior dos tarjetas de cartón duro y un folleto doblado.

—¿Access 2? ¿Qué es eso?

Esperó a que leyera el folleto, sabiendo que toda la información importante estaba allí. Nunca hemos sido muy buenos respondiendo preguntas.

—Aquí dice que expondrán cientos de artistas —dije.

—¿Has estado alguna vez en un laberinto?

—¿Te refieres a uno como el que hay en Hampton Court?

—Sí, algo así —repuso Aidan—. Imagínate el laberinto de Hampton Court, solo que más grande. En lugar de setos, hay una interminable hilera de estands donde se venden cuadros, grabados, esculturas… Hay tantos que, una vez has entrado, crees que no vas

a ser capaz de encontrar la salida. Empiezas a andar más deprisa, sin saber si ya has recorrido un pasillo diez veces o ninguna. Hay tantos cuadros que pierdes la capacidad de contemplarlos. Te sientes como si te hubieras comido una tonelada de pasteles, o su equivalente en imágenes. Llega un momento en que piensas que no serás capaz de volver a mirar un cuadro en toda tu vida…

—Nunca me sentiré así —le dije.

—… pero no te queda otra elección. Detrás de cada esquina descubres más cuadros: cientos de artistas y galerías ofreciendo su mercancía.

—¡Basta ya! —Me estaba tomando el pelo deliberadamente—. Será mejor que me digas la verdad.

Advertí un ligero cosquilleo en el estómago. Lo que Aidan había descrito era mi idea del paraíso. Ya estaba fantaseando con encontrar algo especial. Hacía meses que no experimentaba ninguna sensación fuerte ante un cuadro —no desde que vi *Abberton*, en el que trataba de no pensar con todas mis fuerzas—, aunque estaba acostumbrada a no ver más de nueve o diez al mismo tiempo, veinte, como mucho; no más de los que podían exhibirse en las paredes de una galería pequeña.

—No puedo perderme esto —dije, cogiendo las invitaciones como si alguien pudiese quitármelas.

—Empieza el jueves, 13 de diciembre. Lo único que tienes que hacer es ponerte de acuerdo con tu jefe para que te dé un día libre. ¡Ah, pero si soy yo! —Fingió pensar un poco en ello y luego añadió —: Puedes tomarte un día libre.

—No es necesario. Aquí dice que durará todo el fin de semana. Podríamos ir el domingo.

A veces, si había mucho que hacer, también trabajábamos el sábado, algo que ocurría a menudo.

—No, tómate el jueves libre —dijo—. Si vas a una feria de arte, es mejor estar allí el día de la inauguración.

—No es posible que se vendan todos los cuadros antes de que vayamos —protesté—. Además, lo que a mí me gusta nunca lo

compra nadie… salvo yo.

—No lo decía por eso. Hay que ver todos los cuadros antes de que se vendan, o al menos cuando aún no se hayan vendido muchos. En cuanto empiezan a marcarlos con un puntito rojo, los ves con otros ojos: los éxitos y los fracasos; los que han gustado y los que el público ha rechazado.

—Pues vayamos todos los días —sugerí, apoyando el peso de mi cuerpo en un pie y luego en otro: estaba demasiado excitada para quedarme quieta—. De jueves a domingo. En cuatro días podremos verlo todo. Así no tendré que decidir con prisas y no me entrará el pánico pensando que se me ha escapado algo.

El rostro de Aidan perdió su expresión de alegría.

—Tienes razón —dijo—. Para hacerle justicia a la feria necesitaríamos todos esos días, pero…, Ruth, yo no puedo. No puedo cerrar el taller; ni siquiera un día. Hay mucha gente que confía en mí en función de los plazos de las exposiciones.

—¡Oh! —exclamé. Oí el ruido sordo de mi desilusión cruzando el aire, como el zumbido de una pelota después de un tiro fallido. No podía pensar en ir si él no me acompañaba. Apenas nos habíamos separado desde el día que nos conocimos, en agosto—. ¿No puedes…?

—¡Oh, al diablo! —dijo, cambiando tan repentinamente de opinión que al principio no lo entendí—. Que esperen. Que esperen todos.

—¿Eso significa que… irás?

—Iré, pero solo el jueves y el viernes. Volveré el viernes por la noche. Si es necesario, el sábado y el domingo trabajaré toda la noche para recuperar el tiempo perdido.

Sonreí.

—Entonces, no tendrán que esperar.

Aidan finge sentir desprecio por nuestros clientes, pero creo que los admira en secreto. Puede que incluso los envidie un poco. ¿Cómo no iba a sentir afinidad con los artistas cuando aborda su trabajo de un modo tan creativo? Cuando enmarca un cuadro para mí, nunca

utiliza un marco prefabricado: parte de cero. Y lo mismo puede aplicarse a él: todos los marcos que cuelgan de la pared del taller, los que no tienen nada dentro, están totalmente hechos a mano. «Son las únicas obras de arte que tengo —me dijo en una ocasión—. En otros tiempos, los enmarcadores estaban considerados artistas, y los marcos obras de arte, antes de que empezaran a fabricarlos en serie. Hubo una época en que era normal que un marco costara más que el cuadro».

—Volveré contigo el viernes para echarte una mano —dije—. Con dos días será suficiente.

—Debemos empezar a entrenar ahora, como si fuéramos a correr un maratón —dijo Aidan—. Es la única forma de que podamos ver toda la feria. Nada de zapatos de tacón, o nunca lo conseguiremos.

Me eché a reír. Aidan me lanzó aquella mirada que me provocaba un vuelco en el corazón. Sabía que tenía ganas de abrazarme y besarme, pero no se atrevía a hacerlo. Y yo tampoco. En esa época, nos pasábamos horas y horas mirándonos, como si ambos estuviéramos atrapados detrás de un cristal. «Te quiero mucho», me decía, y yo le respondía lo mismo. Eso era lo que hacíamos en vez de acariciarnos. A ambos nos parecía normal. Yo sabía que la mayoría de las parejas se besaban o se cogían de la mano antes de declararse mutuamente su amor, pero me daba igual. Éramos Aidan y yo, y eso era lo único que importaba. Éramos perfectos, y eso bastaba. Eran los demás quienes vivían sus relaciones de una forma equivocada.

Aidan siguió trabajando con una hoja dorada.

—¿Qué te parece si reservamos un hotel en Londres? —me preguntó, en un tono de voz neutro. Yo sabía lo que eso significaba, y le dije que sí.

A partir de aquel día, solo pensaba en la feria. Aidan y yo hablábamos de ello a todas horas. Consultamos en la página web el nombre de todos los artistas que iban a exponer. Aidan había oído hablar de varios de ellos; ocasionalmente, habían sido clientes suyos, y algunos seguían siéndolo. Quiso que viera la página web de

algunos artistas, pero yo le dije que no: prefería ver su obra por primera vez el 13 de diciembre, el día de la inauguración. A medida que se acercaba la fecha, empecé a preocuparme por cómo me sentiría cuando ya no pudiera volver a pensar en todo lo que me esperaba… Access 2, la noche en el hotel. No soportaba la idea de que las dos cosas que ansiaba con tanta avidez pertenecerían muy pronto al pasado.

Aquel jueves nos levantamos a las cuatro de la madrugada. Después de haber metido en mi bolsa negra todo lo que necesitábamos para pasar la noche, nos dirigimos en coche hasta Rawndesley, donde tomamos el tren de las seis para Londres, a fin de llegar a tiempo para la inauguración de la feria. En la estación de King's Cross desayunamos en un bar donde un grupo de hombres tomaban pintas de cerveza y hablaban a gritos.

—Me cuesta creer que puedan beber así tan temprano —le comenté a Aidan, y por toda respuesta pidió una botella de champán.

—Hay formas y formas de beber —dijo—. Esta es la primera vez que viajamos juntos: hay que celebrarlo.

—Y también está la feria de arte —le recordé.

La sonrisa se borró de su cara.

—¿Aidan? ¿Qué pasa?

—Nada. Nada. —Lo repitió, y la segunda vez me sonó más convincente—. Si quieres pasarte dos días viendo arte, hazlo. Odio pensar que se acumula el trabajo, eso es todo.

—Trabajaremos el sábado y el domingo —le prometí—. Nos pondremos al día. Tampoco hay mucho que hacer. —Quería borrar de su cara esa expresión preocupada—. Debes aprender a ser tu mejor amigo —añadí.

Era un consejo que había leído en un libro titulado *Cómo dirigir tu vida*.

—¿Le dirías a tu mejor amigo que pasara todo su tiempo trabajando, o crees que merecería relajarse y distraerse de vez en cuando?

Eso lo hizo sonreír.

—Le diría que empezara a leer libros de verdad en vez de esas tonterías sobre crecimiento personal a las que parece tan aficionado —respondió, para fastidiarme—. Hay mejores formas de ayudarse a uno mismo que pasarse todo el día sentado, analizando tu propia psique, y trabajar duro es una de ellas…, eso es lo que le diría.

Le di un codazo en las costillas. No me importaba que se metiera conmigo. Era fantástico no estar de acuerdo con él y que eso no fuera un problema.

Llegamos al Alexandra Palace diez minutos antes de que abriera la feria de arte. Éramos los únicos que estaban esperando.

—Parecemos unos fanáticos —observó Aidan.

Le dije que me sentía orgullosa de serlo. Estábamos un poco achispados, soñolientos y llenos por culpa del bacón, los huevos y la morcilla que habíamos comido, pero sabía que me quitaría de encima el sopor en cuanto abrieran las puertas… Me pondría en marcha como si fuera un caballo de carreras.

En el amplio vestíbulo había dos mujeres sentadas detrás de una mesa, vendiendo entradas y programas. Estaba a punto de entrar en la sala a través de la doble puerta, pero Aidan me detuvo.

—Aguarda un momento —dijo—. Quiero enseñarte algo. — Compró un programa y lo abrió por la última página para que la viera—. Es la única forma de que veas lo que nos espera.

En la última página había un plano desplegable de la feria: en él estaban señalados todos los estands, unos cuadraditos blancos con un número negro. En total, eran cuatrocientos sesenta y ocho, dispuestos en dos enormes salas que se comunicaban. En el reverso del plano había una lista de todos los números con un nombre al lado: el artista o la galería correspondiente a cada estand.

—¡Aidan! —exclamé, agarrándolo del brazo—. Jane Fielder tiene un estand… El número 171.

No podía creer que no hubiera visto su nombre cuando Aidan y yo echamos un vistazo a la lista de artistas.

—¿Quién?

—Ya sabes… *Algo maligno*. Las huellas digitales rojas, el primer cuadro que compré.

—Tu artista favorita. —Fingió estar preocupado—. Quedarán pocos cuadros a la venta en su estand en cuanto hayas pasado por allí. Será mejor que alquile un camión y me busque un segundo trabajo… limpiando oficinas de madrugada.

—¿Crees que ella estará aquí?

—Hay veces que vienen los propios artistas y otras no. Bueno, ¿por dónde quieres empezar?

—Por Jane Fielder —dije, sin dudarlo.

Al principio seguimos el plano, pero el estand 171 estaba al final de la segunda sala y era imposible avanzar por los pasillos sin pararse a mirar. Me desvié una vez, y luego otra. La mayoría de los estands, si no eran de una galería, eran atendidos por los propios artistas y todos parecían dispuestos a hablar conmigo y a responder a mis preguntas sobre su obra. A la hora del almuerzo aún estábamos a mucha distancia del estand 171 y casi ni me acordaba de la lista que me había hecho mentalmente: los cuadros que podía estar interesada en comprar pero a los que quería echar un segundo vistazo.

—Tengo que apuntar el número de los estands que quiero volver a visitar —le dije a Aidan—. ¿Podríamos volver a la entrada y empezar otra vez, repitiendo el primer recorrido que hemos hecho?

Aidan se echó a reír.

—Ya te dije que esto era un laberinto. Podemos hacer lo que te apetezca, pero…

—¿Qué?

—¿Por qué no nos limitamos a dar un paseo? Mañana tendrás todo el tiempo que quieras para hacer listas. —Al ver que su respuesta me había puesto nerviosa, añadió—: Ya sé que has encontrado muchas cosas que te apetece volver a ver, y que has conocido a gente que te ha caído muy bien, pero creo que aún no lo has visto.

—¿Visto qué?

—El cuadro que harías cualquier cosa por que fuera tuyo, ese cuadro por el que pagarías el doble de su precio por poder llevártelo a casa.

Nos pasamos el resto del día curioseando y charlando con los artistas. O, mejor dicho, era yo quien charlaba con ellos; Aidan se quedaba en un segundo plano, escuchando, feliz de dejarme a mi aire. De vez en cuando, entre un estand y otro, me advertía que no fuera tan efusiva.

—Estás dando esperanzas a los artistas —me dijo.

—Pero me gusta su obra —repuse—. ¿Por qué debería ocultar mi entusiasmo? Seguro que a ellos les encantan los halagos, aunque vengan de gente que no acabe comprando sus cuadros.

Aidan negó con la cabeza.

—Halagos menos compra igual a mentira. Esa es la ecuación que esa gente tiene en su cabeza. Hasta que no pones el dinero encima de la mesa, no te creen por mucho que digas que su obra te gusta.

Después de comer —un bocadillo rápido en el vestíbulo— me dirigí a un estand que me había cautivado. La pintora se llamaba Gloria Stetbay, una mujer que vestía con una extraordinaria elegancia. No pude hablar con ella; estaba rodeada de un montón de gente que no parecía dispuesta a dejar espacio a nadie más. Su obra era en su mayor parte abstracta, y me hizo comprender que los cuadros abstractos que había visto hasta entonces no eran lo que andaba buscando. Las telas de Gloria Stetbay parecían dunas multicolores, encrespadas y con textura; era como contemplar el contorno de unos extraños planetas que irradiaban luz. Trabajaba de tal manera las superficies y el color que, en mi opinión, convertía todo lo que había visto hasta ese momento en algo anémico.

Aidan sacudió un folleto ante mi cara.

—Estás en buena compañía —dijo—. Hay algunos cuadros suyos en la colección privada de Charles Saatchi. —A mí me importaba un bledo Charles Saatchi—. ¿Está aquí? —me preguntó Aidan—. ¿Lo hemos encontrado?

—No puedo permitírmelo. El más barato cuesta dos mil libras y no es el que más me gusta. No pienso decirte el precio de mi favorito.

—Te compro el que quieras —dijo, sorprendido de que fuera necesario decírmelo—. ¿Cuál es tu favorito?

—No. Es demasiado caro.

—Nada es demasiado caro si es para ti —dijo él, solemnemente.

Aún estábamos en el estand de Gloria Stetbay. Junto a nosotros, dos americanas hablaban de otra feria a la que habían asistido y a la que el día de la inauguración había acudido mucho más público.

—Londres ya no es lo que era —dijo una de ellas—. Incluso la revista *Frieze* empieza a tener mala pinta. ¿Y qué me dices de las hojas de afeitar? De repente, todo el mundo cubre las telas con hojas de afeitar… ¿Se supone que eso es vanguardista?

—No sabía lo que era experimentar una sensación agradable hasta que te conocí —dijo Aidan, sin importarle que alguien lo oyera —. Me encanta tu forma de apreciar el arte y de comprar cuadros, de seguir comprándolos, y no porque pienses en ellos como una maldita inversión, por las posibles ganancias o por el prestigio, sino porque ejercen una influencia positiva en ti. Cuando te gusta un cuadro, quieres tenerlo cerca, como si fuera una especie de amuleto. Para ti es algo mágico, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Yo nunca lo hubiera expresado de esa manera, pero tenía razón.

—Tú para mí eres exactamente eso —dijo Aidan—. Tenía intención de esperar un poco a pedírtelo, pero no puedo. ¿Quieres casarte conmigo?

No reaccioné como se supone que deben hacerlo las mujeres. No mantuve la calma ni me comporté con elegancia, diciéndole que lo pensaría. Lancé un grito y agité los brazos como una idiota.

—¿Eso es un sí? —me preguntó Aidan, como si pudiera haber alguna duda. No había ninguna duda, al menos en mi cabeza. A pesar de todo, él parecía preocupado—. ¿Seguro que no quieres esperar hasta mañana antes de decir que sí?

Sabía por qué lo decía: entre otras cosas, habíamos viajado a Londres para acostarnos por primera vez, y aquel no era el primer indicio de nerviosismo que veía en él.

—Seguro —dije—. Nada me haría cambiar de opinión.

—No digas eso —respondió él, con una expresión si cabe más ansiosa.

En vez de un anillo de compromiso, me compró el cuadro de Gloria Stetbay que me gustaba. Nunca conseguíamos llegar al estand de Jane Fielder; vagábamos alegremente sin rumbo fijo, comentando las obras que veíamos, cuáles tenían sustancia y cuáles no. Cuando recuerdo aquel día —lo cual hago con frecuencia— mi mente reproduce una imagen totalmente separada de lo que ocurrió después, como si un mundo entero se hubiera acabado aquel jueves, 13 de diciembre, dando paso a otro, nuevo, un mundo horrible y aterrador del que yo no quería formar parte.

Me acuerdo exactamente de cuándo ocurrió: a las diez y media de la noche. Habíamos cenado en un restaurante hindú llamado Zamzana. Llevábamos con nosotros el cuadro de Gloria Stetbay; lo habíamos apoyado contra la pared, para poder admirarlo mientras comíamos. Luego volvimos al hotel, el Drummond. En la recepción, Aidan se quedó atrás, dejando que fuera yo quien entregara mi tarjeta de crédito y estampara dos firmas en el formulario que me entregó la recepcionista. Era totalmente consciente de su presencia a mi espalda, mientras escuchaba todo lo que yo decía, todos los matices de mi voz, aunque solo respondí a si debían despertarnos y si queríamos el periódico por la mañana.

—No, gracias. El *Independent*, por favor.

En cuanto me dieron la llave, di la espalda al mostrador y me quedé mirando a Aidan. Estaba serio. Preparado.

—¿Tomamos una copa antes de subir a la habitación? —le pregunté—. Seguro que el bar aún está abierto.

Él negó con la cabeza, y yo me sentí como una cobarde. Habíamos esperado demasiado, ese era el problema. Ahora muchas cosas dependían de que todo saliera bien.

En silencio, nos dirigimos hacia el ascensor y subimos a la cuarta planta. Gracias a Dios, estábamos solos; en caso contrario, no creo que lo hubiera soportado. Cuando sonó la señal acústica y se abrieron las puertas del ascensor, decidí tomar la delantera, siguiendo las flechas de las placas metálicas. Quería que Aidan viese que era tan audaz como él. Mantuve el tipo hasta que tuve que abrir la puerta de la habitación con una de esas absurdas tarjetas. La lucecita seguía estando en rojo, y me puse nerviosa. Después del tercer intento fallido, tenía los dedos tan resbaladizos y empapados en sudor que ni siquiera pude sacar la tarjeta de la ranura. Aidan se ocupó de ello y la luz se puso en verde. Entramos.

Nos quedamos de pie junto a la cama de matrimonio, mirándonos.

—Bueno, ¿y ahora qué? —dije.

Aidan se encogió de hombros.

—Supongo que deberíamos acariciarnos o algo por el estilo.

Tendría que haberme parecido absurdo —quizá una carcajada habría eliminado la tensión—, pero era la primera vez que afrontábamos aquellos cuatro meses de ansiosa y agónica castidad que habíamos aguantado. Las palabras de Aidan bastaron para salvar la invisible barrera que nos separaba. Me acerqué a él y me lancé en sus brazos, estrechándome con fuerza contra su pecho. Pasaron unos segundos —un vacío que parecía ensancharse cada vez más— antes de que sintiera cómo me rodeaban sus brazos y fuera capaz de seguir respirando. Nos besamos. Durante más de una hora solo nos besamos, de pie, junto a la cama de matrimonio, con la bolsa negra a nuestros pies.

Al final, con los labios hinchados y doloridos, tuvimos que parar.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Aidan.

—Bien —dijo él—. Mejor. ¿Y tú?

—Aún tengo miedo. —Inspirada por su franqueza, opté también por ser directa—. No sé cómo podemos pasar… a la siguiente fase.

—Yo tampoco.

—¿Cómo se comportan las otras parejas?

«¿Cómo lo hacía con los demás?», me pregunté. Diecisiete hombres, antes de Aidan. En aquellos tiempos me parecía fácil. La primera vez que Aidan me llevó a cenar, hablamos de las relaciones que habíamos tenido. Él me dijo que nunca había habido nada serio, tan solo «un montón de absurdas historias de una sola noche…, historias que terminaban de la misma forma que habían empezado».

—No hay otras parejas como nosotros —dijo Aidan—. Nosotros entendimos lo que teníamos en común desde el primer día, ¿no es así? Lo vi en tus ojos cuando te encontré frente a mi puerta, el verano pasado. Y tú también lo viste en los míos.

Asentí con la cabeza, sin decir nada. Su inesperada sinceridad me hacía sentir incómoda.

—Los dos hemos vivido un infierno y conseguimos escapar de él. Me he pasado la mayor parte de mi vida deseando enterrar todo lo que he pasado…, y tú parecías querer lo mismo.

—Aidan, no puedo…

—No nos hemos hecho preguntas, no hemos forzado nada. Creo que hemos respetado demasiado nuestra respectiva intimidad.

Sus palabras me hicieron sentir cobarde otra vez, pero no me importaba.

—No me preguntes nada —susurré—. No puedo.

—No va a funcionar —dijo. Capté la desesperación en su voz, como si algo se hubiera roto en su interior. Eso me asustó—. Así no conseguiremos que funcione, no si decidimos ocultar cosas importantes.

—Nos queremos. —Me temblaba la voz—. Eso es lo más importante, y no lo hemos ocultado.

—Ya sabes a qué me refiero. Sé que tienes miedo. Yo tampoco estoy tranquilo, pero creo que deberíamos sincerarnos. —Aidan se aclaró la garganta—. Yo estoy dispuesto a hacerlo, si tú también lo estás.

«A partir de ahora todo será más sencillo». Eso fue lo que dijo en cuanto yo accedí a lo que me pedía. Si se refería al sexo, estaba en lo cierto. Fue algo natural desde el primer momento, y así ha sido

desde entonces: apasionado, intenso, entregado. Se convirtió en nuestro refugio, un lugar oscuro y seguro al que podíamos huir cuando la deslumbrante claridad de las cosas que no iban bien entre nosotros amenazaba con dejarnos ciegos. Resultaba irónico que el único aspecto de nuestra relación que hasta entonces habíamos obviado fuera lo que nos mantenía unidos.

En la habitación de aquel hotel, Aidan me contó que hacía unos años había matado a una mujer. En cuando me dijo su nombre, Mary Trelease, sentí cómo una fría garra apretaba mi corazón, una sensación de desequilibrio, de algo que no estaba en su sitio.

Tuve la inmediata certeza de que ya había oído ese nombre antes, aunque estaba segura de que Aidan no lo había mencionado hasta entonces. Era imposible que hubiese nombrado casualmente a una mujer que había matado en una de nuestras conversaciones. Me pregunté si no me estaría imaginando que ya lo había oído anteriormente. Por un momento, consideré la posibilidad de la telepatía. Si Aidan había matado a una mujer llamada Mary Trelease, tal y como afirmaba, su nombre debía haber quedado grabado en su memoria para siempre. ¿Era posible que hubiera pasado de su memoria a la mía sin haberlo pronunciado? Deseché la idea de inmediato. ¿Sería famosa Mary Trelease? ¿Era esa la razón de que me sonara su nombre? Lo peor era no saber y no encontrar una explicación. No podía conocer ese nombre, y sin embargo lo conocía. Me senté en la cama y me quedé quieta, presa del pánico. Quería preguntarle a Aidan quién era Mary Trelease, pero habíamos acordado no hacer preguntas, y todas las que se me ocurrían, mientras pensaba en silencio, me parecían frívolas y absurdas.

Después de su confesión, Aidan estaba en un estado lamentable. Era incapaz de mirarlo, pero le oía. Parecía que se estuviera desintegrando, pero yo solo podía estar allí, con las manos en mi regazo, mirando el suelo. Aidan y la violencia extrema, una violencia tal que acaba con una vida humana, eran dos polos opuestos. «No», me dije. No. Me los imaginé a «él» y a «ella», me permití pensar en sus nombres por primera vez en muchos años, y algo estalló en mi

cabeza como no lo había hecho hasta entonces, convirtiéndolos en algo real; fue como si estuviera en aquella habitación de hotel con ellos y no con Aidan. Las tres figuras parecían fundirse hasta el punto de que no conseguía distinguir una de otra, y por un instante, muy fugaz, los odié a los tres por igual.

Aidan no paraba de repetir mi nombre.

—¿Ruth? ¿Ruth? ¡Dime algo! ¡Dime que me amas, Ruth! ¡Por favor!

Sin embargo, era incapaz de responder. Él extendió un brazo para tocarme, pero yo aparté su mano. Seguía allí sentada, en el borde de la cama, inmóvil como una estatua, sin decir ni hacer nada, aunque tenía ganas de gritarle, golpearle y decirle que era un asesino. Al final renunció a arrancarme una respuesta y cayó sobre nosotros un silencio ensordecedor. Lo rechacé cuando él más necesitaba mi amor, y ambos lo sabíamos.

Siento un gran remordimiento. Poco importa lo que Aidan haya hecho o no: me odio al pensar que aquella noche lo defraudé.

Pero, evidentemente, él no ha hecho nada. Y no soy la única que está convencida de ello; la policía opina lo mismo que yo.

No sé cuánto tiempo duró aquel horrible silencio. Solo sé que, al cabo de un rato, la niebla de horror que había cubierto mi mente se disipó. Recordé quién era Aidan: un hombre al que conocía y amaba. Si había matado a alguien, no podía tratarse de un asesinato. Tenía que haber una explicación lógica. Me levanté, lo estreché entre mis brazos y le dije que no me importaba lo que hubiera hecho: yo seguía amándolo. Y siempre lo amaría. Me odié a mí misma por haber pronunciado aquellas palabras —que no me importaba— refiriéndome a la vida de una mujer; solo lo dije para compensar lo que consideraba mi propia traición. ¿Cómo había podido sentir odio hacia él? ¿Cómo había sido capaz de creerlo? Aidan no era una mala persona. Ni siquiera era capaz de imaginarme pensando en él como un asesino. «Debe tratarse de un error», pensé. Aun antes de saber que no era cierto, no me lo creí.

Hicimos el amor durante horas, retrasando el momento en que no quedara más remedio que volver a hablar. El cielo de la mañana estaba empezando a dejar atrás la oscuridad cuando por fin, al amanecer, nos quedamos dormidos. Me desperté al oír a Aidan pronunciando mi nombre. Abrí los ojos y vi que no estaba sonriendo.

—Ya son las doce —dijo—. Hemos perdido medio día.

Su mirada era fría y apagada. Nunca me había parecido tan lejano, y eso me asustó.

Nos vestimos en silencio. Aidan dejó claro con sus gestos que no le apetecía hablar. Llamó a recepción y les dijo que llamaran un taxi. Le oí decir «En seguida» y «Alexandra Palace».

—¿Vamos a volver a la feria? —pregunté.

—A eso hemos venido.

—No tenemos por qué hacerlo —le dije. Era lo último que deseaba hacer. Quería estar a solas con él y no en un sitio lleno de gente y ruido—. Podríamos regresar a casa. Vayamos a casa.

—Iremos al Alexandra Palace —dijo, sin ninguna inflexión en la voz, como si en su interior tuviera una máquina que hablara por él.

Comprendí que algo no iba bien. Quería preguntarle qué le ocurría, pero habría sonado ridículo. La noche antes me había confesado un asesinato. Aquello habría sido un trauma para cualquiera, y hoy tenía que sufrir las consecuencias. Ambos teníamos que sufrirlas. Quería preguntarle quién más sabía lo que había hecho. Solo lo conocía desde hacía cuatro meses; puede que antes hubiera estado en la cárcel. Pero sobre todo quería disculparme por haberme quedado helada y no estar con él cuando me lo contó. Sin embargo, tenía tanto miedo de que no me perdonara que no lo hice.

Cuando llamaron desde recepción para decirnos que había llegado el taxi, le pregunté a Aidan si creía que el cuadro de Gloria Stetbay estaría seguro en la habitación.

—No tengo ni idea —me contestó, como si no le importara nada. Fingió no darse cuenta de que me había echado a llorar.

Llegamos a la feria e hicimos lo que se suponía que debíamos hacer: recorrer los pasillos de un estand a otro. Yo miraba los cuadros, aunque no los veía. Aidan ni siquiera lo hacía. Miraba al frente, con los ojos carentes de expresión, caminando como si su objetivo fuera contar los pasos que daba.

Al final, agarrándolo por el brazo, le dije:

—No lo aguanto más. ¿Por qué estamos así? ¿Por qué no hablamos?

Vi cómo apretaba los dientes, como si no soportara que lo tocase. Hacía menos de doce horas habíamos hecho el amor apasionadamente. Aquello no tenía sentido.

—Yo ya he hablado demasiado —murmuró Aidan, sin mirarme a la cara—. No debería habértelo contado. Lo siento.

—¡Por supuesto que debías contármelo! —Y en aquel momento cometí un error—. ¿Fue un accidente? ¿Lo hiciste en defensa propia?

Soltó una carcajada fuerte y llena de desprecio.

—¿Qué prefieres? ¿Accidente o defensa propia?

—Yo… Yo no quería…

—¿Y si no fue ninguna de esas dos cosas? ¿Y si hubiese matado a una mujer indefensa a sangre fría?

Sentí que mi rostro se contraía de dolor. Indefensa.

—Tú no hiciste eso. No eres capaz de hacer algo así —dije, con un hilo de voz.

—La gente cambia, Ruth. Una persona se convierte en otra a lo largo de su vida. Si amaras a la persona que soy ahora, me perdonarías todo lo que hice en el pasado, por muy malo que fuera. Yo te lo perdonaría todo, absolutamente todo. No existe un crimen tan horrible que yo no pudiera perdonarte al instante. Pero está claro que el sentimiento no es mutuo.

Respiraba pesadamente, ante mi cara, esperando una respuesta, pero yo no dije nada. Aidan seguía empleando unas palabras que me paralizaban como si fueran uno de esos aparatos que provocan descargas eléctricas; unas palabras que, siete años atrás, no

dejaban de repetir en un juicio: «una mujer indefensa, cinta adhesiva en la boca…».

Cuando me recuperé y me di cuenta de que no había dicho nada, que no había sido capaz de responder, Aidan ya se había ido.

—¡Espera! —grité, pero él había doblado una esquina.

Corrí tan deprisa como pude, tratando de mantener los ojos fijos en el lugar donde lo había perdido de vista. Sin embargo, estaba histérica y temblando, balbuceando incongruencias entre dientes, convencida de que lo había alejado de mí para siempre. Había demasiadas esquinas, demasiadas intersecciones entre las hileras de estands. Inspeccioné un pasillo, luego otro, y hasta un tercero, pero no había ni rastro de Aidan. Desesperada, pregunté a un pintor que estaba sentado en uno de los cubículos blancos decorado con sus cuadros.

—¿Ha visto a mi novio? Debía estar aquí hace un minuto. Es alto y lleva una chaqueta negra con parches brillantes en los hombros.

Nadie lo había visto.

Fui de un lado a otro, por los pasillos de las dos salas. Aidan no se habría ido sin mí. No haría algo así. Nunca me abandonaría allí. Por casualidad, vi que me encontraba frente al estand 171, el de Jane Fielder. No le pregunté a la mujer que estaba allí de pie si era Jane Fielder ni le dije lo mucho que me gustaba un cuadro suyo que había comprado en la Galería Spilling. En aquel momento solo pensaba en encontrar a Aidan. «Cualquier cosa —me dije—. Le perdonaría cualquier cosa».

—¿Ha visto por aquí a un hombre alto, de pelo negro, con una chaqueta negra con parches brillantes aquí? —pregunté, golpeándome los hombros.

La mujer negó con la cabeza.

—Yo lo he visto —gritó una voz desde el otro lado del pasillo—. Ha pasado por aquí hace un minuto. Llevaba una especie de impermeable, ¿verdad?

Me di la vuelta y vi a una mujer joven. Llevaba el pelo teñido de rubio, que ya empezaba a mostrar las raíces, y un pañuelo de

cuadros rojos en torno a la cabeza. Tenía unas piernas muy delgadas, cubiertas por unas medias de rejilla de color cereza sobre unos pantis negros y unas pesadas botas, también negras, que le llegaban hasta la mitad de las pantorrillas. Estaba en el estand de enfrente, sentada junto a un enorme cartel apoyado en el suelo que rezaba: «Galería TiqTaq, Londres».

Me acerqué a ella tan deprisa que estuve a punto de chocar con su silla y tirarla al suelo, aunque fui capaz de parar a tiempo.

—¿En qué dirección se ha…?

Me interrumpí cuando vi algo. No. No. Di un paso atrás. Aquello debía ser una broma de muy mal gusto; no podía ser otra cosa.

—¿En qué dirección se ha ido? —dijo la chica, terminando la pregunta por mí al ver que yo no era capaz de hacerlo—. Por allí…, hacia aquella salida. ¿Está usted bien?

No, no lo estaba. Tenía que irme, pero me faltaban las fuerzas para moverme. Me apoyé contra la pared que separaba el estand de Jane Fielder del contiguo y me quedé mirando el espacio reservado a la Galería TiqTaq que había delante. Me froté la frente con la mano, apretando con fuerza la piel con los dedos.

—Cuidado, se está apoyando en un cuadro —me advirtió una voz detrás de mí.

No podía hablar ni moverme. No podía hacer nada salvo mirar un cuadro con un marco de madera verde, colgado detrás de la mujer teñida de rubio. Destacaba entre todos los demás. Me habría fijado en él aunque no lo hubiera visto antes; era muy superior al resto de las obras que exponía la Galería TiqTaq.

Abberton. Enmarcado, firmado y fechado en 2007. Me obligué a cerrar los ojos. Los abrí de nuevo y volví a mirar, para asegurarme de que no estaba soñando. Me acerqué al cuadro, incapaz de fijarme en nada más; habría podido ser el único objeto en una sala vacía. Por fin comprendí por qué el nombre de la mujer que Aidan aseguraba haber matado me resultaba familiar. Había tramitado mucho papeleo para Saul; probablemente le habría mandado una

factura o un recibo, o habría leído su nombre en una de las listas de «trabajos pendientes» que Saul solía colgar por todas partes.

Aquel nombre estaba pintado en nítidas letras negras en el extremo inferior derecho del cuadro que tenía ante mí: Mary Trelease.

Tardé cuatro segundos en darme cuenta de que si Mary Trelease había pintado *Abberton* en 2007, era imposible que Aidan la hubiera matado unos años atrás. Él estaba en un error. Me sentí inundada por una sensación de alivio. Evidentemente, Aidan no era un asesino; eso era algo que siempre había sabido. Lo único que debía hacer era encontrarlo para que viera el cuadro, pero la chica de la Galería TiqTaq decía que lo había visto dirigirse hacia una salida. ¿Y si ya estaba en un taxi, camino de King's Cross?

No quería moverme del estand de TiqTaq. Sabía que no podía perder de vista *Abberton*. Era la prueba, indiscutible, de que Aidan no había hecho lo que había confesado. Pensé que podía haber más de una Mary Trelease, pero deseché la idea de inmediato. Aunque hubiera decenas o cientos de mujeres con ese mismo nombre, la artista que me había atacado en la galería de Saul debía ser la que Aidan creía haber matado. Ella era pintora y él enmarcador. Ambos vivían en Spilling; no podía ser una coincidencia. Tal vez se habían peleado. Puede que ella lo atacara —una hipótesis bastante consistente, por lo que yo sabía de ella— y él se defendiera… Mi cabeza empezó a trabajar a toda velocidad, considerando posibilidades, pero era incapaz de concentrarme en algo durante mucho tiempo. Aún estaba en estado de *shock* y no podía pensar con coherencia.

—Quiero comprar un cuadro —le dije a la chica del pelo teñido—. Ese.

Se encogió de hombros. Si quería olvidarme del hombre que estaba buscando y quería hacer negocios con ella, no tenía ningún inconveniente.

—Estupendo —dijo, aunque ni su tono de voz ni su actitud demostraban demasiado entusiasmo. Ni siquiera se había molestado en mirar el cuadro que le había señalado—. Déjeme que saque los impresos.

Lánguidamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, se inclinó para abrir un cajón de su mesa.

—¿Le importaría colgar primero el cartel de «vendido»? —le pregunté, tratando de disimular mi impaciencia—. No me gustaría que alguien lo viera y pensara que sigue en venta.

La chica se echó a reír.

—Puede que no se haya dado cuenta, pero no hay gente haciendo cola. Desde ayer por la mañana, casi nadie ha echado un vistazo al estand. —Quitando el capuchón de un bolígrafo con los dientes, añadió—: Bueno, ahora rellenaré mis casillas, y luego le paso el impreso para que rellene las suyas. Ya sabrá que hay que pagar al contado, ¿no? Esto es una feria; aquí no puede dejarse un depósito.

Asentí con la cabeza.

—Aceptamos dinero en metálico, cheques y casi todas las tarjetas de crédito. ¿Cuál es el cuadro que quiere comprar?

—*Abberton* —dije.

Era mentira. No quería el cuadro; de hecho, era lo último que quería en el mundo. Y Mary Trelease tampoco quería que fuera mío. Lo había dejado muy claro. No podría colgar un cuadro en una pared cuando sabía que su autora no quería que estuviese allí. En cuanto localizara a Aidan y le mostrara *Abberton*, me lo sacaría de encima… Decidí que se lo regalaría a Malcolm. A menudo comentaba admirado mi colección.

«Por favor, haz que Aidan esté todavía en Londres», pensé. No quería llevarme *Abberton* a Spilling. La idea de tener el cuadro en casa era absurda. A pesar de que aún no lo había tocado y ni siquiera era mío, me sentía extrañamente oprimida por aquel cuadro. Siempre había sabido que era una obra que poseía mucha fuerza —eso fue lo que me llamó la atención la primera vez que lo vi

—, pero desde el momento en que su autora me humilló y me traumatizó, toda la fuerza del cuadro parecía tener una carga completamente negativa. Era ridículo, lo sabía, pero me daba miedo.

—*Abberton* —repitió la chica muy despacio, escribiendo el título en el impreso—. ¿Nombre del autor?

—Mary Trelease.

Me sorprendió que yo tuviera que decírselo. Saul Hansard no lo habría preguntado. ¿Cómo podría representar bien a sus artistas si no sabía sus nombres ni los títulos de sus obras? Toda su actitud derrochaba indiferencia. Me pregunté qué comisión se llevaría TiqTaq. Aidan me había dicho que la mayoría de las galerías se quedaban con el cincuenta por ciento, incluso las que no se molestaban en promocionar la obra de un artista.

—¿Mary Trelease?

La chica levantó los ojos hacia mí. De repente, parecía estar nerviosa. Por un momento temí que me dijera algo que sabía que no era posible. «Debe de estar confundida. Mary Trelease murió hace unos años, asesinada».

La chica se acercó a *Abberton* y golpeó la superficie del cuadro con el bolígrafo.

—¿Este es el cuadro que quiere?

La incredulidad y la irritación de su voz me dieron a entender que le estaba complicando la vida.

—Sí.

Saqué la tarjeta de crédito de la cartera para demostrarle que no pensaba echarme atrás, esperando que me dijera que no podía comprar *Abberton*: Mary Trelease le había dicho que podía vender aquel cuadro a cualquier persona excepto a mí. Pero si yo no le había dado mi nombre a la chica, ¿cómo podía saber quién era?

—Lo siento, ha sido un error —dijo, con una sonrisa compungida —. Ya está vendido.

—¿Qué? Pero… No puede ser. El cuadro no tiene el puntito rojo.

Me di cuenta de que tampoco figuraba el precio: debajo del título y del nombre de la autora no había nada escrito. El resto de los

cuadros del estand de TiqTaq tenían los precios, salvo uno o dos señalados con la etiqueta «NEV» —no está en venta—, en letras de imprenta. ¿Por qué la de *Abberton* estaba escrita a mano? ¿Habrían añadido el cuadro en el último momento?

—Ya se lo he dicho…, ha sido un error. Alguien trajo este cuadro ayer. —La chica seguía sonriendo, aunque no sin esfuerzo—. Quería pegarle la etiqueta de «vendido», pero no me dio tiempo. Tenía mucho que hacer.

—Me acaba de decir que apenas ha venido gente —le espeté—. No creo que el cuadro esté vendido. ¿Por qué no quiere vendérmelo?

Tenía que llevarme *Abberton* conmigo. A toda costa. Aidan tenía que verlo; el cuadro arreglaría las cosas entre nosotros, borrando de un plumazo su confesión y su rabia.

La chica entrecerró los ojos para observarme mejor, para examinar aquel extraño ejemplar que tenía ante ella.

—¿Cree que no quiero ganar dinero? Se lo vendería encantada si estuviera en venta.

La confusión y la desesperación consiguieron armarme de valor y le hablé a una perfecta desconocida como nunca lo habría hecho de no haber estado en juego algo tan importante.

—Enséñeme el contrato de venta —dije—. Enséñeme su copia, la de color amarillo.

Le señalé el impreso que había estado rellenando para mí. Todos los artistas y las galerías presentes en la feria utilizaban el mismo impreso con tres copias: una blanca, otra amarilla y otra verde. Aidan y yo vimos cómo la ayudante de Gloria Stetbay había rellenado uno el día anterior, guardándose la copia amarilla para ella.

—Esto es absurdo.

La chica del pelo teñido esbozó una risa, pero sonó poco convincente.

Me acerqué. Ella dio un paso para colocarse delante de *Abberton*, como si temiese que yo fuera a descolgarlo de la pared.

—Usted representa a Mary Trelease, ¿verdad? Si en el estand se expone un cuadro suyo, eso significa que la representa. —Aidan me

había explicado a grandes rasgos cómo funcionaba el mundo del arte—. Si ese cuadro está vendido, me gustaría comprar otra obra de la misma autora. ¿Tiene más cuadros a la venta?

—No sabría decírselo. Tendría que pasarse por nuestra galería, en Charlotte Street, y…

—¿Hay alguien allí en este momento, algún compañero suyo? —Estaba decidida a insistir. Me estaba mintiendo, y quería obligarla a admitirlo—. Podría llamar y preguntárselo. Dígales que hay alguien que quiere comprar un cuadro de Mary Trelease, con la condición de que esté firmado, fechado y sea reciente.

—No hay nadie que… Mire, yo no… —Se estaba poniendo nerviosa. Extendió las manos hacia delante y luego las bajó, en un gesto conciliatorio—. Para ser sincera, no creo que tengamos más cuadros suyos, ¿de acuerdo?

—¿Usted la representa o no?

—No pienso discutir con usted los detalles de la relación que la galería tiene con una pintora en particular…

—Una pintora que se niega a vender su obra —dije, bruscamente —. No me equivoco, ¿verdad? Mary Trelease no vende sus cuadros a nadie. ¿Por qué?

Estaba segura de que mi intuición no me fallaba. Mary llevaba a menudo sus cuadros para que Saul se los enmarcara, ignorándome una y otra vez cuando pasaba junto a mí, aunque nunca exhibió su obra en la galería. Saul siempre exponía a artistas cuyos cuadros enmarcaba; siempre me decía que era la mejor manera de promocionar el trabajo de ambos. Entonces, ¿por qué no mostrar también el de Mary?

—No sé de qué me está hablando —respondió la chica—. Lo único que sé es que hemos vendido un cuadro suyo. Ese —dijo, señalando *Abberton* con el pulgar—. No puedo hacer nada; no puedo anular la venta. Con mucho gusto le venderé cualquier otro cuadro de los que tenemos aquí. Todos están en venta.

Negué con la cabeza.

—Si *Abberton* está vendido, supongo que quien lo haya comprado vendrá a recogerlo, ¿no? ¿Le dijeron cuándo?

Aidan me había dicho que una feria de arte no es como una exposición en una galería. No había que esperar hasta que terminara para recoger lo que se había adquirido; podías llevarte los cuadros cuando quisieras, antes del día de la clausura.

Al ver que la chica no me contestaba, seguí insistiendo.

—¿Van a venir a recogerlo o han pagado un suplemento para que se lo entreguen a domicilio? ¿Podría comprobar ese detalle en la copia del contrato?

—No, no puedo. Y aunque lo supiera, no podría… Mire, no sé qué más puedo hacer por usted. Espero no tener que avisar a seguridad…

La idea de que alguien pudiera sentirse amenazado por mí me dejó anonadada.

—Ya me voy —dije—. Solo… ¿Podría hacerme un favor?

Me miró con suspicacia, temiéndose lo peor.

—¿Podría encargarse de que el cuadro no se mueva de aquí hasta que vuelva? Me da igual que no pueda comprarlo… En realidad no lo quiero, pero necesito que mi novio lo vea…, y no sé dónde se ha metido.

—¿El tipo alto de la chaqueta al que estaba buscando?

Asentí con la cabeza.

La chica lanzó un suspiro y pareció calmarse.

—Haré lo que pueda —dijo—, pero si el comprador viene a recogerlo, no podré hacer gran cosa.

Me fui sin despedirme ni darle las gracias. Ya había perdido demasiado tiempo. La chica tenía razón. Si no me había mentido y era verdad que *Abberton* se había vendido, la persona que lo había comprado podía presentarse en cualquier momento para recogerlo. Salí a la calle y levanté el brazo para parar un taxi, pero me di cuenta de que no había ninguno; solo vi a un grupo de personas que parecían estar esperando. Una de ellas echó un vistazo a su reloj, suspiró y se alejó andando por la calle.

«¡Vamos!», exclamé, entre dientes. Tenía que pasar algún taxi. Tenía que volver al hotel… Seguro que Aidan estaba allí. No le quedaba otro remedio que pasar por allí para dejar la habitación y recoger la bolsa y el cuadro de Gloria Stetbay. Entonces apareció un taxi, pero una mujer con un traje pantalón gris que estaba hablando por el móvil se movió para hacerle una señal y abrió la puerta trasera. Salí corriendo hacia ella con la cartera en la mano y le ofrecí veinte libras si dejaba que lo tomara yo. Le dije que era una emergencia. Me observó, con expresión poco convencida, pero aceptó el dinero y, dando un paso atrás, me cedió el taxi.

Cuando llegamos al hotel Drummond, le dije al taxista que me esperara. No tuve paciencia para esperar el ascensor, de modo que subí a pie los cuatro pisos y me dirigí a la habitación 436. Aporreé la puerta y llamé a Aidan.

—Por favor, que esté dentro —susurré entre dientes—. Por favor.

La puerta se abrió, aunque solo un poco. Oí unos pasos que se alejaban. La abrí del todo y golpeó la pared. Aidan estaba en el centro de la habitación, de espaldas a mí. No podía haberme recibido peor, pero me daba igual. Sabía que aquel mal momento acabaría en cuanto escuchara lo que tenía que decirle.

—Mary Trelease —dije, jadeando.

Se dio la vuelta de inmediato.

—¿Qué aspecto tiene?

—No lo sé. Eso depende de lo que un cadáver tarde en descomponerse. Tendría que preguntárselo a un forense.

—Delgada, una exuberante mata de pelo negro en la que empiezan a verse algunas canas, un acento elegante, un cutis estropeado…, con arrugas, más propio de una mujer mayor. Un lunar marrón claro debajo del labio inferior… cuya forma recuerda a una llave inglesa doble… o a un hueso para perros tal y como lo dibujarías en un cómic…

Aidan soltó un gruñido y se acercó a mí, agarrándome los brazos con las manos. Grité, asustada por su violenta reacción.

—¿Qué estás diciendo? —me preguntó—. ¿De dónde has sacado esa descripción?

—La conocí. Escúchame, Aidan. Tú no la has matado; no está muerta. Es pintora, ¿verdad? ¿Recuerdas a la mujer de la que te hablé, aquella con la que me peleé en la galería de Saul? ¡Era ella! El cuadro que trajo, el que yo quería comprar…, pues acabo de verlo en la feria, en el estand de una galería. Se llama TiqTaq. El título del cuadro es *Abberton*. En él aparece una figura, aunque no tiene cara…

Aidan me soltó y retrocedió, tambaleándose, como propulsado por alguna fuerza.

—No —dijo. En la comisura de sus labios aparecieron unas manchitas blancas que se limpió con el dorso de la mano. Había empezado a sudar—. Cállate. ¡Cállate! Estás mintiendo. ¿Qué es lo que intentas hacer?

—¡Estás en un error! —exclamé, en tono triunfal—. Tú no mataste a esa mujer, ni hace unos años ni nunca. No está muerta. El cuadro que he visto, *Abberton*, está fechado en 2007. Hace seis meses, cuando la conocí, no estaba enmarcado, pero ahora sí. Ella está viva, Aidan.

No tuve que preguntarle si la descripción que le había dado de esa mujer era correcta; su rostro, lívido, mostraba una expresión de puro terror.

—Yo maté a Mary Trelease —dijo—. Pero tal vez tú siempre lo hayas sabido. Quizá por eso te presentaste en mi taller pidiendo trabajo y ahora me cuentas todo esto. —Su mirada ardía de rabia—. ¿Quién eres realmente, Ruth Zinta Bussey? —Su sarcasmo me partió el corazón—. ¿Cuál era el plan? —Se acercó a mí, muy despacio—. ¿Conseguir que me enamorara de ti para luego dejarme tirado? ¿Volverme loco? ¿Es este mi castigo o aún me espera algo más? ¿Piensas ir a la policía?

—¡No sé de qué me estás hablando! —dije, entre sollozos—. No hay ningún plan. ¡Yo te quiero! Y no estoy tratando de castigarte, solo te estoy diciendo que no has hecho nada malo. Vuelve al

Alexandra Palace conmigo y te enseñaré ese cuadro, *Abberton*. Tengo un taxi esperándome.

Se quedó mirando, penetrándome con los ojos.

—*Abberton* —dijo, con voz apagada—. ¿Me estás diciendo que encontraré un cuadro titulado *Abberton*, pintado por Mary Trelease, en Access 2? ¿En la feria de arte?

—¡Sí! Fechado en 2007. Pero tenemos que ir ahora mismo… La chica del estand me dijo que lo había vendido. Creo que me ha mentido, aunque no estoy segura, y si alguien pasa a recogerlo…

Aidan cogió su cartera y la bolsa negra y pasó junto a mí, dirigiéndose al pasillo. Dejó el cuadro de Gloria Stetbay —el sustituto de mi alianza— apoyado contra la pared. Al verlo salir de aquel modo, cerrando de un portazo, supe cuál era la respuesta a la pregunta que tanto temía hacer. Nuestro compromiso estaba roto. Aidan no volvió a hablar de ello.

Cuando salí a la calle, lo encontré sentado en el taxi, como si llevara horas allí. Tenía la espalda encorvada y su rostro era una sombría máscara.

—Sube —me dijo. No entendía nada. Se comportaba como si me obligara a acompañarle, cuando era yo quien se lo había propuesto —. Al Alexandra Palace —le dijo al taxista—. Lo más rápido que pueda.

—Por favor, dime algo, Aidan —le supliqué—. ¿Qué ocurrió entre Mary Trelease y tú? ¿Por qué pensabas que la habías matado? ¿Por qué piensas que quiero volverte loco? ¿Por qué iba a hacer algo así?

Estaba convencida de que aquella pesadilla acabaría en cuanto le hablara de *Abberton*, pero me había equivocado y no podía soportar mi decepción. Me cubrí la cara con las manos y me eché a llorar.

—No llores —dijo Aidan—. No sirve de nada.

—¡Por favor, dime qué está pasando!

—No debería haberte contado nada. Ni siquiera tendría que haberte hablado de ella.

—¿Por qué no confías en mí? No me importa lo que hayas hecho… Te quiero. Debería habértelo dicho anoche, en cuanto me lo

confesaste, pero estaba muy confusa. Sabía que no era verdad… ¡Sabía que tú serías incapaz de matar a nadie!

—Baja la voz.

—Si no dije nada no fue porque lo que me contaste cambiara lo que siento por ti, sino porque no podía creer que fuera cierto. Y el nombre de Mary Trelease… Sabía que lo había oído antes, aunque no era capaz de recordar dónde. Debí de leerlo cuando trabajaba para Saul, en una factura o algo así.

Hice una pausa. Me estaba quedando sin aliento.

Aidan no me miraba, pero me agarró la mano y la apretó. Miraba por la ventanilla, absorto en sus pensamientos, concentrado en algo que yo no podía saber ni compartir, algo perteneciente a su pasado. Casi en un susurro, le pregunté:

—Dime, ¿tuviste una pelea… física con Mary Trelease?

Me imaginé a Aidan empujándola y a ella cayendo al suelo, golpeándose la cabeza contra algo. Luego, él, presa del pánico, huyó, pensando que la había matado…

—¡Chis! —exclamó, mientras soltaba el aire muy despacio. Como si yo fuera una niña, capaz de aceptar consuelo sin ninguna explicación. Entonces comprendí que no tenía sentido seguir preguntándole.

Llegamos al Alexandra Palace y yo pagué al taxista.

—¿Te acuerdas del número del estand? —me preguntó Aidan.

—Está delante del de Jane Fielder… Es el número…, número…

Mi estado había anulado mi capacidad para recordarlo.

—El número 171 —dijo él.

Le seguí mientras se abría paso a empujones entre la gente que caminaba por los pasillos sin rumbo fijo, como Aidan y yo el día anterior. Tuve la sensación de que había pasado mucho tiempo.

—Allí está —dije, cuando vi desde lejos el cartel de TiqTaq.

Eché un vistazo a mi reloj: eran las tres en punto. Había salido de la feria para volver al hotel a la una y media. Sentí un nudo en la garganta y la sangre retumbando en mis oídos.

La chica teñida de rubio no estaba. En su lugar había una mujer mayor con un peinado de estilo prerrafaelita: una larga trenza enrollada en un moño en la nuca. Llevaba un traje blanco de lino, una camiseta de cuello redondo y unas sandalias marrones decoradas con perlas multicolores. La cara, las manos y los pies estaban bronceados. Cuando nos acercamos, Aidan dijo:

—Aquí no hay nada que se corresponda con tu descripción.

Se dio la vuelta, disgustado.

El cuadro de Mary había desaparecido. En su lugar habían colgado otro de idéntico tamaño en el que se veía a una mujer muy fea, desnuda, que estaba de pie junto a un pollo. Llevaba el pelo desgreñado y tenía unas pantorrillas tan macizas como las de un jugador de rugby. La odié, quienquiera que fuese. No tenía ningún derecho a ocupar el sitio de *Abberton*. Sabía que ocurriría eso. Lo sabía. Durante todo el trayecto hasta el Alexandra Place había tenido más sensación de miedo que de esperanza: estaba convencida de que *Abberton* ya no estaría allí, por mucho que tratara de convencerme de lo contrario. Había leído que las expectativas negativas tenían resultados negativos, y ahora me culpaba de la desaparición del cuadro.

—Debe de habérselo llevado la persona que lo ha comprado —le dije a Aidan—. Estaba aquí, te lo juro.

Le agarré por el brazo, intentando que me mirase, pero se soltó.

—Perdone —le dije a la mujer de la trenza, alzando la voz para que Aidan pudiera oírme desde el otro lado del pasillo—. Estuve aquí a la hora del almuerzo y hablé con su compañera, una chica rubia.

—Ciara —repuso la mujer, con una sonrisa—. Me temo que se ha ido. Soy Jan Garner, la dueña de TiqTaq. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Tenían un cuadro titulado *Abberton*, de una pintora que se llama Mary Trelease. Estaba ahí —añadí, señalando a la mujer desnuda con el pollo.

Jan Garner negó con la cabeza.

—No —dijo—. No teníamos ese cuadro, y no estaba ahí. Me temo que se equivoca.

No fui capaz de decir nada. Aunque estaba muy acostumbrada a temerme siempre lo peor, no estaba preparada para eso. ¿Por qué aquella mujer tan elegante, sofisticada y educada mentía tan descaradamente? Debía saber que yo sabía que estaba mintiendo.

—Ese cuadro estaba ahí a la una y media —insistí—. La chica…, Ciara, me dijo que estaba vendido; al parecer, alguien lo compró ayer. Quienquiera que fuese, debe de haber venido a recogerlo.

—Nunca me ha gustado decir a nadie que se equivoca, pero me temo que está usted en un error. —Jan Garner sacó una hoja de papel de una carpeta—. Mire, esta es la lista de todo el material que nos llevamos de la galería: el título del cuadro y el nombre de su autor.

Abberton no figuraba en la lista. Y tampoco Mary Trelease.

—Pero… ¡estaba aquí!

Me volví para mirar a Aidan, que mientras tanto se había alejado un poco más. Por la postura de su espalda, supe que estaba escuchando todo lo que yo decía, aunque fingía mirar hacia otro lado.

Jan Garner negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Cuando llegué para relevar a Ciara, ella me dijo que hasta ahora no habíamos vendido nada. Lo cual significa que seguimos teniendo los mismos cuadros que ayer… Todo está igual. ¿Usted es…?

No escuché el resto de la frase. Aidan había empezado a andar, y salí corriendo para alcanzarlo. Me aterrorizaba la idea de volver a perderlo de vista.

—¡Espera! —le grité—. ¡Está mintiendo! ¡Te lo juro por mi vida! ¡Vuelve y te lo demostraré! Podemos preguntárselo a la gente de los otros estands. Tienen que haber visto el cuadro.

—¡Cállate! —Me cogió por el brazo y me arrastró hasta el vestíbulo—. Ahora vas a contármelo todo. Todo, Ruth, hasta el último detalle.

—Ya te he dicho que…

—Repítemelo. Ese cuadro, *Abberton*… ¿Qué representa? ¿Qué te dijo la otra mujer…, Ciara? ¿Qué ocurrió en la galería de Hansard entre tú y la mujer que crees que es Mary Trelease? ¿De qué hablasteis?

—No soy capaz de recordarlo palabra por palabra… Fue hace seis meses.

—¡Me da igual el tiempo que haga! —gritó Aidan. La gente que teníamos alrededor se volvió para observarnos. Él bajó la voz—. Tengo que saberlo. Habla.

Hablé. Le describí el cuadro: el fondo de la calle, pintado de verde, violeta y marrón; el perfil de la figura humana, en cuyo interior había una especie de relleno hecho de trozos de un material rígido que parecía gasa, algunos pintados y todos semejantes a joyas retorcidas. Aidan jadeaba entre dientes mientras me escuchaba, como si cada palabra que yo pronunciaba le causara un dolor terrible. Sin embargo, cada vez que yo me interrumpía, preocupada por el efecto que provocaba en él lo que le estaba contando, él me decía que continuase.

Le referí la conversación que había mantenido con Ciara. Aidan quería saber hasta la mínima expresión que había cruzado por su rostro, cada uno de sus movimientos, las inflexiones de su voz. Luego le conté, hasta donde fui capaz, lo que había ocurrido en la galería de Saul, aunque no le mencioné el bote de pintura roja.

Ya me daba igual no entender nada de toda aquella historia. Y a Aidan tampoco; lo vi claramente por las arrugas que aparecieron en su frente mientras hablaba, cada vez más profundas. «Cuando le quede todo claro, me lo dirá», pensé. Al menos, ahora parecía creerme. Me consoló tener la certeza de que Mary Trelease seguía con vida.

Durante el trayecto en taxi hasta King’s Cross, Aidan no dijo nada. Ninguno de los dos mencionó el cuadro de Gloria Stetbay Había costado cuatro mil libras. Probablemente, la mujer de la limpieza lo tiraría a la basura cuando lo encontrara. Luego comprendí que debería haber vuelto a por él. No hacerlo fue un crimen, pero en

aquel momento no me sentía con derecho a reclamar su propiedad. No después de que Aidan lo hubiera dejado en el hotel.

En el tren, después de cuarenta minutos de viaje, Aidan abrió finalmente la boca.

—Cuando lleguemos, antes de ir a tu casa, pasaremos por la mía para recoger algunas cosas —dijo—. Me mudo a tu casa; de ahora en adelante no quiero perderte de vista.

Lo dijo como si estuviera dictando sentencia, como si anunciara algo que no fuera a gustarme —un castigo— y no lo que yo estaba esperando desde que lo conocí.

—Muy bien.

Escruté su rostro, buscando algún indicio de sus intenciones. ¿Estaba preocupado por mí y quería estar a mi lado para protegerme? ¿Pensaba que Mary Trelease podría suponer un peligro para ambos? ¿O era su desconfianza lo que le llevaba a querer vigilar todos mis movimientos?

¿Se arrepentía de no haber matado a Mary, ahora que sabía que no lo había hecho?

No sabía cómo responder a todas esas preguntas.

—Me encantará que vengas a vivir conmigo —dije.

Sin embargo, mi castigo aún no había terminado.

—Necesito la prueba que me has prometido —dijo—. Si ese cuadro del que hablas existe de verdad, si no es algo que te has inventado, encuéntralo. Encuéntralo y tráemelo.

8

4/3/08

Simon comprendió que algo no iba bien en cuanto puso el pie en el despacho de Proust. De hecho, algo debía de ir muy mal, peor que de costumbre: la temperatura ya estaba bajo cero, y ni siquiera había abierto la boca. De pie, detrás del inspector jefe, apoyado contra la pared y con una carpeta marrón en la mano, había un hombre al que no conocía. Ni ese hombre ni Proust dijeron una palabra. Ambos parecían estar esperando que Simon tomara la iniciativa, cosa que le resultaba bastante difícil, ya que no tenía ni idea de por qué lo habían llamado. Decidió esperar.

A menos que Muñeco de Nieve hubiera renunciado a uno de los muchos principios que, como se jactaba a menudo, le habían inspirado durante más de cincuenta años de carrera —algo que a Simon le parecía bastante improbable—, entonces debía ser el otro hombre el que olía como si se hubiese sumergido en un barreño de loción para después del afeitado. Proust odiaba a los hombres que usaban perfumes y Simon pensó que no haría una excepción con uno que apestaba a algas marinas mezcladas con ácido.

El desconocido vestía un traje de color café con leche con una camisa blanca y una corbata verde que parecía de seda o de algún otro tejido brillante. Debía de rondar los cuarenta años y tenía la mirada hastiada de un crupier de Las Vegas. Con su rostro liso y rosado, parecía estar fuera de lugar. ¿Sería alguien de recursos humanos? Muñeco de Nieve no hizo las presentaciones.

—¿Dónde estuvo la tarde y la noche de ayer? —le preguntó a Simon.

«Es imposible que lo sepa».

—Fui a Newcastle. Me puse manos a la obra con el caso Beddoes…

—Se lo volveré a preguntar: ¿dónde estuvo?

El crupier parecía estar tan enfadado como Proust. Simon se puso tenso. ¿Se trataría de algo más importante que de costumbre? Era difícil decirlo; en presencia de Muñeco de Nieve, Simon siempre tenía la sensación de que iba a echarlo de inmediato. ¿Estaría a punto de cometer el mayor error de toda su carrera? ¿Lo habría cometido ya?

—Estuve siguiendo a Aidan Seed, señor.

El inspector jefe asintió con la cabeza.

—Continúe.

—Ayer por la tarde, la inspectora Zailer y yo hablamos con Seed y Ruth Bussey, señor. La conversación que mantuvimos con ellos nos dejó incluso más preocupados que antes…

—Ahórrese las explicaciones. Quiero que me refiera sus movimientos, desde que se metió en su coche para seguir a Seed hasta que llegó a su casa.

Deseando saber quién era el crupier y por qué estaba allí, Simon obedeció. Cuando llegó a la parte en la que había seguido a Seed hasta la Casa de los Amigos, Muñeco de Nieve y su anónimo invitado intercambiaron una mirada. Cuando les contó que había espiado la reunión de cuáqueros, el crupier le pidió que les repitiera exactamente todo lo que había oído. Tenía acento cockney. Simon estaba esperando que Proust dijera: «Las preguntas las hago yo», pero se quedó perplejo al ver que no lo hacía.

Les contó todo lo que recordaba: Olivia; el hombre calvo, gordo y sudoroso; Frank Zappa; el «inmenso Otro que está más allá»; la anécdota sobre las cuberterías que no eran eternas…

—¿A cuántos de los presentes en esa sala cree que sería capaz de describir con detalle? —preguntó el crupier.

—A los dos oradores, sin ningún problema —le contestó Simon. «¿Será un poli?»—. También había tres sin techo; creo que estaban allí por la comida gratis. Podría describirlos, aunque no con mucha precisión.

—¿Se fue de allí antes de que acabara la reunión? —preguntó Proust.

—Sí.

—¿Qué hora era?

—No lo sé… Serían las ocho.

—¿Y adónde fue?

—Volví a Ruskington Road. Había dejado el coche allí.

—¿Seguía allí el coche del señor Seed, delante del número 23?

—Sí.

—¿Se fue directamente a casa?

—No, señor. Me acerqué al número 23 y eché un vistazo a través de las ventanas del sótano y de la planta baja.

—¿Y qué vio?

—No mucho. Solo habitaciones vacías.

—¿Quiere decir que no había nadie en ellas o que estaban totalmente vacías?

—No, había muebles y algunas cosas.

—Confío en que será capaz de darle al subinspector Dunning una descripción completa de todas las habitaciones que vio y de todas las cosas que había en ellas.

El subinspector Dunning. ¿De Londres?

—Sí, señor. Haré lo que pueda.

El crupier dio algunos pasos al frente, abrió la carpeta que sostenía y colocó una fotografía en color encima del escritorio: la fachada del número 23 de Ruskington Road. Con un bolígrafo, señaló una ventana que había a la derecha.

—¿Miró a través de esta ventana?

—Sí.

—¿Y qué fue lo que vio?

—Una mesa de comedor y algunas sillas. La mesa estaba cubierta por un cristal. Y contra la pared había un aparador. —Aunque había estado allí la noche anterior, a Simon le costó recordarlo con absoluta certeza. Había echado un vistazo muy rápido y había decidido que no había nada digno de interés: ni estanterías repletas de libros sobre cuaquerismo ni ninguna otra que relacionara aquella casa con Seed—. Puede que hubiera una alfombra y… ¿una planta grande en una maceta? Sí, creo que había una planta.

Dunning y Proust intercambiaron una nueva mirada.

—¿Algo más? —preguntó Dunning.

—No, si mal no recuerdo.

—¿Y en las paredes?

—¿Qué quiere decir?

—¿Había algo colgado en las paredes?

Simon hizo un esfuerzo para hacer una fotografía mental de la habitación.

—No lo sé. No me fijé.

—¿Algún cuadro? ¿Fotos?

—El interior estaba oscuro. Si había algún cuadro, no lo vi… —Hizo una pausa. No era un buen momento para dar un paso en falso. «¡Piensa!»—. Debía de haber algo en las paredes… —dijo, finalmente.

—¿Por qué debía de haber algo? —preguntó Proust.

—Como he dicho, no me fijé. Pero me habría fijado más en unas paredes en las que no hubiera nada. Normalmente, la gente suele colgar algo en ellas, ¿no? Digamos que en aquella habitación no había nada que me resultara extraño. Era una habitación… en la que debía de vivir alguien. Una habitación normal.

—¿Vio algo apoyado contra una pared? —preguntó Dunning.

Simon no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—No —dijo—. ¿Algo como qué?

—Ha dicho que era una habitación en la que debía de vivir alguien.

—Exacto.

—Entonces, no vio nada que le hiciera suponer que alguien se acabara de mudar allí.

—No. ¿Por ejemplo?

—Cajas de embalaje, algún cuadro apoyado contra la pared para colgarlo… Ganchos, un martillo… Alguna caja en la que hubieran escrito «salón»…

—No. No vi nada de todo eso.

Dunning cogió la fotografía y volvió a guardarla en la carpeta.

—¿Qué hizo después?

El mal presentimiento que Simon tenía con respecto a aquel asunto empeoraba con cada nueva pregunta.

—Compré un kebab en un puesto de comida rápida que había visto al pasar, pero no me pregunten dónde estaba ni cómo se llamaba. En la esquina de Ruskington Road y Muswell Hill giré a la derecha y seguí caminando durante unos cuatrocientos metros. Cogí mi kebab, volví de nuevo al lugar donde había dejado el coche y me metí dentro para comérmelo mientras esperaba a que volviera Seed.

—Es decir, que estuvo vigilando el coche del señor Seed y el número 23 de Ruskington Road —dijo Proust.

—Así es.

—Dígame, ¿volvió el señor Seed?

—Sí, señor. Serían alrededor de las nueve y media. Llegó acompañado de la mujer que había visto en la reunión, la del pelo castaño recogido en la nuca. Iban juntos por la calle y se dirigían al número 23.

—¿Hablaban mientras iban andando? —preguntó Dunning.

—Ella sí.

—¿Pudo oír algo de lo que decía?

—No.

—¿Su tono de voz, al menos? ¿Podría definir su humor?

—Bueno… —dijo Simon, sin dudarlo un momento—. Hablaba sin parar, como suele hacerlo la gente cuando está contenta o excitada. Se pararon junto al coche de Seed. Él abrió el maletero y sacó algo de su interior…

—¿Qué? —preguntó Dunning de inmediato.

—No pude ver de qué se trataba… Una furgoneta me tapaba el campo visual. Sea lo que fuere, se lo llevó a la casa, al número 23. La mujer abrió la puerta y entraron juntos. Luego se encendió una luz en la ventana, la que me ha mostrado en la foto. Moví el coche de sitio, para colocarme frente a la casa y ver el interior, pero tuve que irme porque había coches detrás de mí. En Ruskington Road hay coches aparcados a ambos lados de la calle, o sea que no se puede adelantar. Lo único que vi antes de desplazarme fue a la mujer echando las cortinas; seguía hablando, y Seed estaba detrás de ella. —Simon miró a Dunning—. Después de eso, decidí que por aquella noche ya tenía bastante y me fui casa. —Simon se aclaró la garganta y se dio cuenta de que había mentido inadvertidamente—. En realidad… fui a casa de la inspectora Zailer.

—¿Le dice algo el nombre de Len Smith? —preguntó Dunning.

—No. —Simon decidió que ya era suficiente. Aquel hombre era subinspector, igual que él. La colaboración tenía que ser recíproca—. ¿Qué está ocurriendo? ¿Pasó algo en aquella casa después de que yo me fuera?

Dunning sacó otra fotografía de su carpeta y la sostuvo ante las narices de Simon.

—¿Había visto antes a esta persona?

Simon se quedó mirando la fotografía, en la que aparecía una mujer muy maquillada, con el pelo corto y ondulado, peinado hacia atrás. Aunque tenía un aspecto totalmente distinto, la reconoció.

—Sí. Es la mujer que habló en la reunión cuáquera.

Olivia.

—¿Es la mujer que vio entrar en el número 23 de Ruskington Road acompañada de Aidan Seed? —preguntó Dunning.

Simon asintió con la cabeza.

—Su nombre es Gemma Crowther. Fue asesinada anoche —dijo Dunning. Por su tono de voz, parecía estar informando de los resultados de fútbol—. De un disparo. En su salón, poco antes de medianoche… A esa hora llegó su pareja, Stephen Elton, y la

encontró. Él también asistió a la reunión de cuáqueros, pero se quedó a limpiar cuando terminó.

—¿El gordo calvo? —preguntó Simon.

—No.

Dunning dejó la foto de Olivia sobre la mesa de Proust y sacó otra de un hombre joven —tendría unos veintipocos años, o se trataba de una foto antigua— de prominentes pómulos y con un pelo oscuro que le llegaba hasta los hombros. Solo le hacía falta un poco del maquillaje que usaba su novia para parecer el líder de un grupo de rock.

—¿Vio ayer a este hombre?

—No.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

Sin soltar la fotografía, Dunning prosiguió:

—Entonces, vio a Gemma Crowther con vida a las nueve y media…

—La mató Seed —dijo Simon. Mientras lo decía, pensó que tendría que haber esperado a decirlo para no dar a Dunning la impresión de que sacaba conclusiones antes de tener claros todos los hechos. Demasiado tarde—. ¿Lo han detenido?

—No me está escuchando, subinspector Waterhouse. Tal como están las cosas, y según nos ha contado, usted fue la última persona que vio a Gemma con vida.

—¿Además de Aidan Seed, quiere decir?

Dunning siguió hablando, como si Simon no hubiese dicho nada.

—Tengo dos testigos que afirman haber visto que usted se comportaba de un modo sospechoso cerca de su casa…, mirando a través de las ventanas, desplazando el coche, vigilando el edificio. Tomaron nota de la matrícula de su coche porque pensaron que podría ser un ladrón esperando el momento oportuno para entrar en la casa.

—Ya he explicado qué estaba haciendo allí.

—Solo usted afirma que Aidan Seed asistió a la reunión de cuáqueros o que estuvo en el 23 de Ruskington Road ayer, y sé que no tiene problemas a la hora de mentir. Le he visto hacerlo cuando su superior le ha preguntado dónde estuvo ayer. Y también sé que, entre otras cosas, tiene un historial de arrebatos violentos y comportamiento obsesivo. Usted lleva más años que yo siendo subinspector… Junte todas las piezas y dígame qué ve.

A lo largo de todos esos años, Simon había llegado a considerar el autocontrol una prueba de fuerza. Dunning trataba de azuzarlo; tenía que emplear toda la rabia que sentía para resistir. Ahora ya sabía cómo convertirse en una roca y ser impermeable. Ya no consideraba un signo de flaqueza no lanzar a la gente al suelo de un puñetazo cuando lo provocaban.

—No comprendo por qué se molestó en seguir a Aidan Seed hasta Londres en vez de cumplir con lo que se le había ordenado; de ese modo no se hubiera complicado la vida ni nos la habría complicado a nosotros —dijo Dunning—. Eso es algo que tendrá que explicarme. Un hombre que no ha cometido ningún crimen…

—¿Ah, no? Si Gemma Crowther estaba muerta a medianoche y yo vi a Seed con ella a las nueve y media…

—A la reunión de la Casa de los Amigos asistieron treinta y siete personas —dijo Dunning—. A menos que todas ellas estén mintiendo, nadie ha oído hablar de Aidan Seed. Según ellos y Stephen Elton, el novio de Gemma, ella abandonó la reunión con Len Smith, un asistente social de Maida Vale con quien había trabado amistad.

—Dígame, ¿su descripción física se corresponde con la de Seed? —preguntó Simon—. ¿Un asistente social de Maida Vale? Apuesto a que no es capaz de dar con él.

—Me han dicho que Smith asiste regularmente a esas reuniones desde hace unas semanas.

—¡No existe ningún Len Smith! Era Seed… Él es su asesino. Lo vi entrando en esa casa con ella. A menos que uno de esos testigos lo viera irse en coche cuando esa mujer aún seguía con vida…

—Ninguno de ellos lo vio a usted irse en coche cuando afirma haberlo hecho —anunció Dunning con una sonrisa de satisfacción, la primera que mostraba—. Poco después de las nueve y media.

—¿No me fui a esa hora o es que en aquel momento no estaban mirando? —preguntó Simon, furioso—. Hay cierta diferencia. Pregunte a sus testigos si vieron el coche de Seed aparcado frente a la casa. Consiga una foto de Seed y enséñesela a los cuáqueros… Le dirán que es el hombre que ellos conocen como Len Smith.

Dunning le devolvió la misma mirada que Simon dedicaba a los cabrones que se negaban a hablar.

—¿No estará hablando en serio? —dijo Simon—. ¿Yo? Yo estoy en el mismo frente que usted. Soy el que encierra a los asesinos.

Proust estaba sentado sobre su escritorio como una estatua de mármol, sin decir nada.

—Formo parte de un equipo de doce personas —dijo Dunning—. Y en mi equipo cumplimos con el trabajo que nos han encomendado. Hay varios agentes investigando diferentes aspectos de la muerte de Gemma Crowther, ¿y sabe qué? Yo me ocupo de usted, querido. Lo cual significa que los dos tendremos que hacer un viajecito a Londres, donde hablaremos de la historia que acaba de contarme su inspector jefe sobre usted y la inspectora Zailer, que, según tengo entendido, es también su prometida.

A Simon lo enfureció el tono en el que lo había dicho, como si se tratara de algo cuestionable, como si el compromiso entre él y Charlie implicase que no pudiera confiarse en ninguno de los dos. ¿Querido? ¿Lo había llamado así Dunning o se lo habría imaginado?

—De su obsesión y la de la inspectora Zailer con Aidan Seed; su novia, Ruth Bussey, y una mujer llamada Mary Trelease.

—Todas las personas con las que debería hablar —le dijo Simon —. ¿Piensa hacerlo?

—Tendrá que explicarme por qué le interesa tanto toda esa gente, y espero que su historia tenga más sentido que la primera vez que la he escuchado. Por el momento, en mi opinión, he pillado a alguien in fraganti: un hombre que estaba en el lugar adecuado en

el momento oportuno, comportándose de forma sospechosa e irracional… Y ese hombre es usted. —Sin darle a Simon la oportunidad de responder, Dunning preguntó—: ¿Dónde está la inspectora Zailer?

—No trabaja. Está enferma.

—¿Quiere decir que está en su casa?

—Por lo que sé, creo que sí.

—¿Estuvo ayer con usted en Londres?

—No.

—¿Dónde estaba?

—En casa de Ruth Bussey. —Simon lanzó un suspiro—. Oiga, no creemos un problema donde no lo hay. Le diré lo que sé y también lo que no sé pero sospecho. Y Charlie…, la inspectora Zailer hará lo mismo. Si quiere resolver este asesinato, la forma más rápida y eficaz de hacerlo es dejando que le echemos una mano.

Proust apoyó las manos en las rodillas y se puso en pie. Simon casi había olvidado que estaba allí.

—Si voy a perder al subinspector Waterhouse, necesito saber en qué punto están algunos asuntos a fin de poder organizar su sustitución. ¿Nos disculpa un momento, subinspector Dunning?

—¿Sustitución? —repitió Simon.

¿Cuánto tiempo calculaba Proust que estaría ausente?

—De acuerdo —dijo Dunning, dirigiéndose hacia la puerta—. Esperaré fuera.

Cuando se quedaron a solas, Proust dijo:

—El subinspector Dunning ha tratado de localizar a la inspectora Zailer en su casa varias veces, aunque sin éxito. Si sabe dónde está, le aconsejo encarecidamente que se lo diga.

El inspector jefe parecía distante. Cansado. Por una vez, a Simon no le habría disgustado una de sus habituales y sarcásticas diatribas. No tenía sentido disculparse por lo del día anterior; de hecho, no lo sentía. La única equivocación que había cometido fue irse de Londres cuando lo hizo; podría haberle salvado la vida a Gemma Crowther si se hubiera quedado una hora más.

En lo referente a Charlie, sabía qué le diría a Dunning: que le jodieran. Estaba histérica, y quería que lo supieran el menor número posible de personas. Proust, al menos, no le había pedido que hablara con él, sino solo que se lo contara todo a Dunning. «Sustitución».

—Señor, por muy contento que esté de no tener que ocuparme de Nancy Beddoes, no es necesario asignar el caso a otro… Seguramente estaré de vuelta hoy mismo.

—Subinspector Waterhouse, es muy improbable que vuelva a poner el pie en este edificio hoy, mañana o pasado mañana.

Simon se arrepintió de haber tratado de relajar el ambiente.

—Dunning nos está poniendo a prueba, señor, pero cambiará de opinión. Sabe que estoy diciendo la verdad y que puedo ayudarlo.

—No me quedó otra elección; tuve que explicarle su interés por Aidan Seed —dijo Proust—. Solo para dejar las cosas claras. En cuanto me enteré de que había estado en Londres, supe que se trataba de Seed. Expuse los hechos con toda la objetividad posible y le dije a Dunning que su intuición era buena y que tenía un buen historial. No pude ocultar que en estos años ha tenido sus altibajos, pero me encargué de situarlos en su contexto. Creo que no podría haber hecho nada más.

—Señor, por… —Simon sintió que estaba perdiendo el control—. Está hablando como si no fuéramos a vernos nunca más. Ambos sabemos que Seed será acusado del asesinato de Gemma Crowther…

—¿En serio?

El inspector jefe apartó los ojos de Simon y se quedó mirando el calendario de 2008 que había pegado con cola a la pared, detrás de su escritorio.

—Olvídese de Dunning por un segundo, señor. Usted está de acuerdo conmigo, ¿verdad? Seed mató a Gemma Crowther… Tuvo que ser él. Piense en lo que sabemos con seguridad: Ruth Bussey dijo que temía que algo horrible iba a ocurrir. Anoche le dijo a Charlie que él se ausentaba a menudo y que mentía sobre dónde

había estado. Y ahora resulta que finge ser cuáquero para estar cerca de Crowther y planea su asesinato. A mí me dijo que solo creía en el mundo real, en los hechos y en la ciencia… Entonces, ¿qué estaba haciendo en una reunión cuáquera? Dunning me ha preguntado si podía describirle el humor de Gemma Crowther, pero no me ha preguntado por Seed. Mientras ella charlaba alegremente, él tenía una expresión sombría. —«La de un hombre que está a punto de matar a alguien en cuanto corran las cortinas». Simon decidió no compartir sus pensamientos, consciente de cómo habrían sido acogidos—. Ruth Bussey también le contó a Charlie que él había cambiado su versión de la historia: no había matado a Mary Trelease, pero era capaz de ver el futuro, un futuro en el que sí la mataría.

—Subinspector Waterhouse…

—Señor, debemos considerar eso como lo que es, una amenaza, y obrar en consecuencia. Dígame qué va a pasar aquí, esté o no esté yo. No podemos dejar que Dunning se ocupe de esto. ¿Confía en él, después de lo que acaba de oír? Yo no. El caso Mary Trelease es nuestro, no suyo. A Dunning no le importa que Seed esté de camino a Megson Crescent con una pistola mientras pierde el tiempo hojeando mi historial… A él le da igual, ¿no?

—Ya basta —dijo Proust, con mucha calma.

Simon estaba decidido a hacerlo reaccionar.

—Anoche, Ruth Bussey le dijo a Charlie que un hombre había estado rondado por los alrededores de su casa, demostrando un interés excesivo. Charlie pensó que seguramente eran imaginaciones suyas, hasta que le mostró las imágenes de su circuito cerrado de televisión.

—¿Un circuito cerrado de televisión?

Aunque no era fácil interpretar las reacciones de alguien mirando su espalda, Simon tuvo la sensación, por la repentina tensión de sus hombros, que Proust se arrepentía de haber hecho aquella pregunta y dejarse implicar en el asunto.

—Ruth Bussey vive en la casa del guarda que hay en la entrada de Blantyre Park. Al parecer, estaba tan asustada por la presencia de ese hombre que le preguntó a su casero si podía instalar cámaras de vigilancia. En cualquier caso, en cuanto Charlie vio su cara, lo reconoció en seguida. Se llama Kerry Gatti y trabaja para First Call. —Simon sabía que Proust habría oído hablar de la agencia y esperó a que le preguntara qué trabajo hacía allí o comentara lo cruel que le parecía que le pusieran a un hombre un nombre de mujer. Nada —. Es detective privado.

Ninguna respuesta.

—¿Ha oído lo que ha dicho Dunning sobre el novio de Gemma Crowther? Que regresó a medianoche. La reunión debió terminar alrededor de las nueve. ¿Cuánto se tarda en limpiar una sala? ¿Figura el novio entre los sospechosos? ¿Es posible que sea un cómplice de Seed? ¿Qué le ha contado Dunning que a mí no haya querido contarme? —Simon cogió la taza vacía que había sobre el escritorio de Proust e hizo el gesto de querer lanzársela a la cabeza. Volvió a dejarla en su sitio, dando un golpe, pero ni siquiera eso provocó una reacción—. Len Smith no puede ser otro que Seed.

—Dígale al subinspector Dunning que pase —dijo Proust—. Comente sus inquietudes con él, desde la coartada del novio de Crowther a lo mucho que lo desconcierta la metafísica de Seed. — Finalmente, Proust se dio la vuelta. Tenía la piel cubierta de venillas rosadas; su rostro parecía una bolsa de sangre a punto de estallar—. Aunque quisiera, no podría responder a sus preguntas sobre este caso, porque está demasiado implicado en él. Esto es lo que ha provocado cuando nos mintió a mí y al inspector Kombothekra y decidió ir a Londres con la lanza en ristre. Le guste o no, la situación es esta.

Simon se felicitó por haber sido capaz de arrancarle una respuesta.

—Mary Trelease dijo «A mí no» cuando Charlie le contó que Seed afirmaba haberla matado. Lo dijo dos veces… «A mí no».

Charlie pensó que quizá estaba insinuando que Seed había matado a otra persona.

Proust fijó la mirada en el cristal que separaba su despacho de la sala del departamento de investigación criminal. Al otro lado, viendo que el inspector jefe lo miraba, Dunning se acercó a la puerta. Muñeco de Nieve levantó una mano para detenerlo.

—¿Y qué dijo la señorita Trelease? —preguntó—. Me imagino que la inspectora Zailer le preguntaría si era eso lo que estaba insinuando.

—Lo negó, señor. Pero eso era lo que quería decir, ¿no? Si hubiera querido contarlo todo, lo habría hecho, pero si estaba asustada, puede que solo insinuara algo…, algo de lo que puedes retractarte si luego te falta valor.

—¿Dónde está ahora la inspectora Zailer? No estará enferma en la cama, ¿verdad?

A diferencia del repentino cambio en el comportamiento de Muñeco de Nieve, Simon tardó mucho en contestar. La mirada del inspector jefe se hizo vítrea y se heló; los músculos de su cara se aflojaron. «De modo que así es como se siente alguien cuando se libran de ti», pensó Simon, mientras Proust le hacía un gesto a Dunning para que entrara y sacara la basura.

Dominic Lund se rio entre dientes.

—Está perdiendo el tiempo —le dijo a Charlie, con la boca llena de espaguetis a la boloñesa. Un hilillo de aceitosa salsa de color naranja se deslizaba por su mentón—. Si pudiera presentarse una demanda, aceptaría encantado su dinero y lo haría, aun cuando estuviera casi seguro de que íbamos a perder. Me gustan esos casos, y normalmente suelo ganarlos. Pero este… Sabe que se trata de un chiste, ¿verdad?

Dio su opinión de experto sin ni siquiera mirar a Charlie y luego se rio otra vez, como para hacer hincapié en su punto de vista. Charlie se dio cuenta de que prefería no mirar a la gente a los ojos;

había pedido la comida dirigiéndose a la carta y no al camarero que estaba a su lado, con el bloc de notas en la mano.

Lund, un abogado especializado en propiedad intelectual, era socio de Ellingham Sandler, un gabinete con sede en Londres. Era alto, de pelo negro y fuerte constitución, con algo de barriga, y parecía tener unos cincuenta y pocos años. Se lo había recomendado Olivia.

—No creo que puedas hacer nada al respecto —le había dicho por teléfono la noche anterior—, pero, en este caso, Dominic Lund es tu hombre: hace milagros. Es la persona que debes tener a tu lado.

Charlie había borrado deliberadamente de su memoria la primera parte de la frase, quedándose tan solo con que aquel hombre podría ayudarla, alguien capaz de obrar milagros. Según Liv, había ocupado el cuarto lugar en la lista de los profesionales del derecho más influyentes del Reino Unido. La directora de un periódico para el que solía escribir habitualmente había cobrado una gran indemnización después de que otro diario publicara una foto suya saliendo de la clínica en la que se había sometido a un tratamiento de desintoxicación. Al parecer, tanto el éxito en el juicio como la enorme suma de dinero habían sido mérito de Lund.

Ahora, Charlie se arrepentía de no haber preguntado a su hermana cuáles eran los tres primeros nombres de esa lista. Liv no le había dicho que Lund era un tipo tan grosero y carente de sensibilidad que era casi imposible hablar con él. Aquella mañana, cuando llamó por teléfono, el ayudante del abogado le había dicho que podría verla ese mismo día, aunque no en su despacho, sino en Signor Grilli, un restaurante italiano de Goodge Street. Ante el desconcertado silencio de Charlie, el ayudante dijo: «Allí es donde recibe a la gente. Le gusta ese sitio», como si pensara que Charlie tuviera que saberlo.

Lund llegó con retraso, rebuscando en los bolsillos y murmurando que se había olvidado la cartera. Dijo que podía volver a buscarla a su despacho, pero que, si lo hacía, él y Charlie perderían su

«ventana». Charlie le dijo que daba igual, que ella pagaría la cuenta. «Siempre merece la pena gastar un poco de dinero a cambio de un milagro», se dijo. Lund le dedicó un mecánico gesto de agradecimiento sin molestarse en levantar la vista. Charlie se preguntó si no se trataría de una artimaña. ¿Tendrían que pagarle la comida todos los que le consultaban algo? ¿Y por qué en ese restaurante ruidoso y atestado de gente? Lund apenas parecía ser consciente de lo que engullía: centraba toda la atención en la blackberry que tenía encima de la mesa. Cada vez que emitía un pitido, la cogía con ambas manos y se pasaba un par de minutos jadeando y gruñendo ante la pantalla, como si se tratara de un videojuego de bolsillo que no pudiera dejar, de los que premian con puntos extra quien da lo mejor de sí en una partida.

Charlie no había probado la *pizza* que tenía en el plato. Quería pedirle a Lund que le repitiera todo lo que ella le había contado, para comprobar si la había escuchado antes de decidir que ese caso no era digno de su tiempo ni de su esfuerzo.

—Estoy hablando de un mural —dijo—. No de algo que esté guardado en un armario… Está a la vista. Lo ha pegado a la pared para que pueda verlo cualquiera que entre en esa habitación: una completa… base de datos sobre la experiencia más traumática de toda mi vida, mi pasado, y solo pude ver una pequeña parte. Quién sabe qué más habrá… archivado. Puede que esa pared solo sea una muestra. El viernes pasado me estaba esperando cuando llegué al trabajo…

La blackberry de Lund emitió un pitido. La cogió y se recostó en su silla para empezar a teclear frenéticamente mientras respiraba de forma entrecortada, murmurando de vez en cuando entre dientes e ignorando por completo a Charlie. Cuando hubo terminado, Lund levantó brevemente los ojos y dijo:

—Ella la esperaba por un motivo justificado, ¿no?

—Eso no lo sé. Me contó una historia absurda sobre su novio; me dijo que había matado a una mujer que ni siquiera está muerta y se negó a decirme por qué quería hablar concretamente conmigo.

Cuando ayer le pregunté por qué tenía en el bolsillo un artículo que hablaba de mí, no me dio una respuesta clara.

—Señorita Zailer…

—Inspectora —le corrigió Charlie, irritada.

—Yo, en su caso, me relajaría.

Lund enrolló más espaguetis con el tenedor, sin darse cuenta de que su largo flequillo de pelo negro se bañaba en la salsa. Luego engulló la pasta con un ruido parecido al de una aspiradora, manchando el mantel y su camisa de salsa. Levantó la voz y dijo algo en italiano a nadie en particular, dirigiéndose al aire, y luego siguió hablando en inglés.

—Se trata de la pared de su dormitorio y tiene novio… ¿Cuánta gente puede ver eso? Ella, él y quizá algún amigo íntimo.

—¡Me da igual que no lo vea nadie! —saltó Charlie—. No tiene derecho a hacer eso, ¿no cree? ¿Está diciéndome que una perfecta desconocida, un bicho raro que está obsesionado conmigo, puede guardar un montón de información sobre mi vida y… convertirla en una exposición privada sin que se pueda hacer nada al respecto?

—Si me lo pregunta es que no ha escuchado lo que le he dicho.

—¡Quiero que destruya todo ese material sobre mí o que me lo entregue para que pueda hacerlo yo misma!

Charlie se dio cuenta de que casi estaba gritándole.

—El hecho de que usted quiera algo no significa que pueda conseguirlo legalmente —repuso Lund. Por su tono de voz, Charlie pensó que no había nada que pudiera importarle menos—. Como abogado, no puedo hacer nada. Cero. En primer lugar, no existe ninguna publicación o exposición no autorizada. Si esa mujer fuera por ahí colgando todo eso en vallas publicitarias, sería otra cosa, pero su casa es una propiedad privada. Cualquier información que pueda tener sobre usted es de dominio público…, esos artículos aparecieron en periódicos que ella misma debió de comprar. No se los robó de su casa, ¿verdad? ¿O es que usted no guarda periódicos y revistas antiguas? *Vogue, Elle, The English Home*…

—No. —Charlie le escupió prácticamente la palabra en la cara. ¿Acaso parecía la clase de persona que no tenía nada mejor que hacer que leer artículos sobre bolsos y cojines?—. Guardar algunos periódicos y revistas no es lo mismo que coleccionar obsesivamente recortes sobre alguien. Yo no guardo nada que suponga una invasión de la intimidad de una persona.

Lund había desaparecido debajo de la mesa. Estaba rebuscando en su maletín. Cuando su cara volvió a aparecer, sostenía un ejemplar arrugado del *Daily Telegraph*. Lo dejó encima de la *pizza* que Charlie ni había probado. Mientras señalaba un breve artículo que había en la parte inferior de la página, un aceitoso hilillo de salsa se derramó sobre el papel.

—David Miliband —dijo—. El ministro de Asuntos Exteriores. No por mucho tiempo, espero. Si yo quiero recortar estos tres párrafos que hablan de él y pegarlos en el espejo de mi baño, es cosa mía: es una decisión que tengo todo el derecho a tomar. ¿Cree que ese muchacho, Miliband, podría impedírmelo? Ya se lo he dicho dos veces y vuelvo a repetírselo: la tesis de la invasión de la intimidad no se sostiene. Si esa mujer pregonara a los cuatros vientos su diario íntimo, o hubiera metido mano a uno de sus cajones para conseguir toda esa información, la situación sería muy distinta. Y también lo sería si utilizara la información que ha reunido sobre usted para perjudicarla, pero no lo ha hecho.

—¡Me está acosando, joder! —Charlie apartó el periódico de Lund de su plato y lo empujó hacia él—. ¿No le parece que eso es perjudicarme? La pared de su habitación… Todo forma parte de lo mismo, ¡y tengo que detenerla! Me estaba esperando en la puerta de mi trabajo y no quiso explicarme…

—Según lo que me ha contado, no se esforzó demasiado en arrancarle una explicación. —Lund apretó la mandíbula para disimular un bostezo, emitiendo un pequeño crujido—. Personalmente, le habría preguntado qué quería y no habría aceptado un no por respuesta. Ni siquiera le dijo que había visto esa pared… ¿Por qué?

—Porque estaba cagada de miedo, ¿vale? —dijo Charlie, entre dientes. La verdad resultaba embarazosa, pero como había decidido que no volvería a ver a Dominic Lund, le daba igual. ¿Y qué si el cuarto abogado más influyente del Reino Unido pensaba que era una cobarde y no tenía agallas?—. Ni siquiera usted puede negar que esa mujer está obsesionada conmigo. De momento se está controlando, porque cree que no sé nada, y por eso puede tomarse su tiempo. Si le hubiera contado lo que vi, tal vez hubiese sacado un cuchillo y me hubiera descuartizado… ¿Cómo podía saber cuál habría sido su reacción? Esa mujer no es normal. Tenía que salir de allí para poder pensar. —Charlie aspiró con fuerza por la nariz para secarse las lágrimas y así no tener que admitir que estaba llorando. Dos lágrimas no podían considerarse un llanto—. Quería alejarme de ella con todas mis fuerzas, pero no fui capaz de hacerlo; al menos, no inmediatamente. Me quedé sentada en su casa dos horas más, escuchando una enrevesada historia sobre una feria de arte. Me decía que me había quedado allí para tratar de comprender a esa mujer, pero no lo hice por eso. Lo hice por miedo. Aquella mujer me estaba vigilando desde sabe Dios cuánto tiempo; había estado jugando conmigo, manipulándome…, a mí y quién sabe a cuántos otros. No sabía qué había de cierto en aquella historia sobre una mujer asesinada pero que no estaba muerta… Podía ser perfectamente una trampa. Anoche quiso contarme una de sus historias, ¿y sabe qué? La escuché como una buena chica; esperaba que si hacía lo que ella quería, si podía convencerla de que era su amiga y que estaba de su parte, cambiara de opinión y no hiciera lo que tenía pensado hacerme.

Más que sorprendido por el arrebato de Charlie, Lund parecía divertido.

—Señorita… Inspectora Zailer… Usted ha perdido el sentido de la realidad. Por lo que me ha contado, no hay ningún motivo para pensar que esa mujer la esté acosando o que quiera causarle algún daño. Es evidente que le sonaba su nombre, y cuando tuvo una razón para acudir a la policía, pensó en usted. Eso no puede

considerarse acoso. Y en cuanto al hecho de que no le explicara por qué tenía un artículo que hablaba de usted cuando fue a verla…, ¿qué? No querer dar una explicación no es un delito, ni tampoco recortar artículos del periódico y pegarlos en una pared. Si todos los habitantes del Reino Unido decidieran llenar su casa con artículos que hablan sobre usted, no podría hacer nada al respecto.

—Muy bien. —Charlie trató de respirar lenta y acompasadamente —. Realista. Puedo tratar de ser realista.

Lund enarcó las cejas, sin disimular que lo dudaba. Su blackberry volvió a emitir otro pitido, atrayendo toda su atención como si se tratara de un imán. En cuestión de un instante, Charlie se había hecho invisible. Más, incluso, que hasta ese momento. Cuando Lund terminó de manosear su aparatito, ella ya se había calmado.

—¿Y si fuéramos más listos que ella? —dijo—. ¿No podría mandarle usted una carta para asustarla un poco? Estaría dispuesta a pagarle generosamente.

Lund alzó los ojos y sonrió.

—Yo no soy un matón a sueldo. ¿Qué le contó su hermana sobre mí?

—No le estoy pidiendo que le dé una paliza. —Charlie trató de que su tono de voz sonara suplicante—. ¿Y si la amenazara con demandarla a menos que se deshiciera de toda esa información? Aunque no podamos emprender una acción legal, ella no tiene por qué saberlo. Es enmarcadora, no abogada. Se asustaría… Cualquiera lo haría.

Lund se encogió de hombros, secándose con la servilleta. No solo la boca, sino toda la cara. Ahora, además del mentón, también tenía las mejillas manchadas de salsa.

—¿Y cuando hable con un abogado y le explique que se trata de una broma? Mi reputación estaría en juego. Sería poco ético o la obra de un completo idiota. Y si esa mujer tuviera algo en su contra, acudiría a la prensa. Si estuviera en su lugar, yo lo haría.

—Por favor… Debe de haber algo que usted pueda hacer. No soporto la idea de que todo eso esté en su casa. No dejo de pensar

en ello y en la gente que puede ver y leer todas esas cosas sobre mí. ¿Es que no puede entenderlo? ¿Me está diciendo en serio que eso no es una violación de mi intimidad?

—A la ley no le importa lo que usted sienta —repuso Lund—. Legalmente, es usted quien está tratando de violar su intimidad. Le aseguro que si yo fuera esa mujer, acudiría a la prensa. «He sido acosada por la exnovia de un psicópata», afirma una enmarcadora. Más titulares que añadir a su colección y más infamia para usted.

—Que le jodan.

—¿Cómo? —Lund frunció el ceño—. ¡Oh, vamos! Llamemos a las cosas por su nombre.

Se echó atrás en su silla y alzó la mirada hacia el techo. Charlie se clavó las uñas en la palma de la mano con todas sus fuerzas. «Concéntrate en el dolor físico».

—Yo no sabía que era un psicópata. Solo fui otra víctima de ese maldito violador. —Al ver la expresión de Lund, añadió—: No en ese sentido. Solo quiero decir que… no fue culpa mía. La justicia me dio la razón, por mucho que la prensa sensacionalista no lo hiciera.

—Lo sé perfectamente —dijo Lund, bostezando sin disimulo alguno—. Voy a decirle lo que diría la prensa en el caso de que esa mujer fuera lo bastante inteligente para acudir a ella.

—No se moleste —repuso Charlie—. Mándeme la factura por la hora que ha dedicado a dejar mi autoestima por los suelos. Pero la comida se la paga usted.

Lund liquidó la sugerencia con un gesto de la mano.

—Aquí me conocen mucho —dijo. ¿Qué demonios significaba aquella frase?—. No la tome conmigo… Estoy intentando ayudarla. Lo mejor que puede hacer es olvidarse de todo: el psicópata, la prensa sensacionalista, esa mujer… Olvídese de todo. ¿Por qué permite que todo eso la haga sentirse mal? Tiene que dejarlo atrás.

Charlie no conseguía respirar. Lund se había negado a ayudarla en todo lo que le había pedido y ahora trataba de engatusarla con trillados tópicos de andar por casa. Tenía ganas de matarlo.

Lund sonrió, como si acabara de recordar un chiste subido de tono.

—Olivia me contó que va a casarse.

Charlie se repitió mentalmente una y otra vez aquellas palabras. Liv no le había dicho que conociera a Lund personalmente.

—¿Ha visto a mi hermana hace poco?

—La semana pasada. Se llama Simon, ¿verdad? Su prometido. También es policía.

—Dígame, ¿hasta qué punto conoce a mi hermana?

Vogue, Elle, The English Home… Las revistas que Lund le había puesto como ejemplo eran las que compraba Liv. «No, por favor. No».

—¿Hasta qué punto se conoce la gente? Liv no puede comprender por qué sus padres no han intentado hacerla cambiar de opinión con respecto a esa boda —dijo Lund amablemente—. Ella dice que lo ha intentado, pero que usted no quiere escucharla.

Charlie sintió que sus entrañas se habían convertido en plomo. Abrió la boca para decir algo, pero descubrió que no podía hacerlo. Todas las palabras estaban fuera de su alcance.

—Tengo la sensación de que usted no escucha a nadie —añadió Lund, moviendo los ojos para echar un vistazo a su blackberry.

¿Sería un mensaje de Olivia?

Charlie cogió su bolso, que estaba colgado en la silla, y salió del restaurante. Fuera, caminando a toda prisa sin rumbo, se dio cuenta de que se le había roto la correa. Oyó un grito sofocado que debió dar ella misma. ¿Qué podía hacer? ¿Adónde podía ir? No, al apartamento de Olivia no. Si ahora viera a su hermana, la mataría. Era mejor tratar de calmarse antes. Sacó el móvil del bolso para comprobar que seguía apagado. Se moría de ganas de llamar a Simon, pero sabía que si hablaba con él en su estado acabarían peleándose. Simon, al igual que Dominic Lund, tampoco entendía por qué no se había enfrentado abiertamente a Ruth por el asunto de los artículos. Sí admitió que lo de la pared era algo muy extraño,

pero no entendió por qué la había alterado hasta ese extremo. «Cree que mi reacción es exagerada».

Mientras trataba de encender un cigarrillo, le llamó la atención el nombre de una calle: «Charlotte Street». ¿Cuántas Charlotte Street podía haber en Londres? Charlie contestó a su propia pregunta: más de una, seguramente. Y aun así, era posible. Era una buena zona y no tardó mucho en descubrir, un poco más allá, lo que parecía ser una galería de arte.

Metió el cigarrillo aún apagado y el mechero en el bolso y echó a correr. Unos segundos más tarde, la posibilidad se hizo realidad. En el escaparate, escrito en letras naranjas y marrones, figuraba el nombre: TiqTaq. Aquella era la galería de la que le había hablado Ruth la noche anterior. Charlie respiró profundamente y entró.

¿Se podía considerar arte un papel recortado? Charlie no quiso preguntárselo a la mujer de mediana edad, vestida con una chaqueta de *patchwork*, que estaba sentada detrás de una vieja mesa de madera, al fondo de la galería. Estaba al teléfono, tratando de pedir hora para depilarse las piernas. Al principio su voz sonó jovial cuando dijo: «Lo entiendo perfectamente», pero luego se fue impacientando, al darse cuenta de que todos los días de la semana siguiente estaban completos. Charlie se preguntó si sería la mujer que Ruth había conocido en la feria, Jan o algo por el estilo, la dueña de la Galería TiqTaq.

Si lo era, se suponía que todas las obras que estaban expuestas habían merecido su aprobación. Charlie apreció el mérito de las largas hileras de muñecas de papel cogidas de la mano que colgaban de la pared. Cada una había sido recortada en un papel de diferente color y de distinto tamaño; una etiqueta revelaba su precio, que oscilaba entre las dos y las cinco mil libras. Charlie se dijo que habría sido capaz de hacer eso. Unas cuantas hojas de papel, unas tijeras… Vaya chollo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —La mujer había colgado el auricular —. ¿Quiere que le hable un poco de la exposición? Soy Jan Garner, la dueña de TiqTaq.

Así pues, Ruth Bussey no le había mentido sobre eso. En realidad, Charlie se había creído su historia de principio a fin. A pesar de lo que sentía por Ruth en aquel momento, era capaz de saber cuándo alguien dejaba de mentir; la sensación de alivio era inconfundible. Simon no estaba de acuerdo; la noche anterior habían discutido sobre ello. «Nunca puedes fiarte de alguien que ha mentido una vez —había dicho él—. Los embusteros inteligentes admiten las mentiras que han contado para que no descubras las que te están contando en ese momento».

Charlie estrechó la mano que le tendía Jan Garner.

—Charlie Zailer —dijo—. La verdad es que espero que pueda ayudarme con otro asunto… que no tiene nada que ver con la exposición.

—Si puedo, estaré encantada de hacerlo —repuso Jan—. ¿Le apetece una taza de té?

Charlie se preguntó si funcionaría la charla amistosa. En caso afirmativo, tanto mejor, ya que no tenía ningún motivo oficial para estar allí.

—Sí, gracias.

—*Earl grey, lady grey, lapsang*, verde a la menta, verde con jazmín, limón y jengibre…

—Un *earl grey* será perfecto —contestó Charlie.

La larga lista de tés aromáticos le recordó a Olivia, que era capaz de beberse una infusión de hinojo y ortigas, y no dudaría en tomarse unas malas hierbas con el agua sucia del baño siempre y cuando tuvieran su correspondiente etiqueta. Charlie trató de no seguir pensando en su hermana.

Mientras Jan preparaba las infusiones, Charlie cogió un folleto de una bandeja de plástico que había junto a la puerta y leyó lo que decía sobre la exposición de muñecas. Se titulaba «Bajo la piel». Las muñecas, contrariamente a lo que había imaginado, no estaban

recortadas en papel, sino en páginas de mapas de carreteras que luego se pegaban y eran «tratadas con acuarela», de modo que cada hilera parecía una sola hoja de papel sin recortar. Charlie se preguntó cuánto tiempo habría llevado hacerlas y cuál era su sentido, aparte de demostrar que las apariencias, a veces, engañaban. Vaya idea. ¿Era realmente necesario demostrar algo tan obvio?

Jan se acercó desde el fondo de la galería con dos enormes tazas de porcelana.

—Bueno, ¿de qué se trata? —dijo, tendiéndole la infusión a Charlie.

—¿Conoce la obra de una pintora llamada Mary Trelease?

La sonrisa de Jan se tensó de inmediato.

—Ya no tengo contacto con ella —dijo.

—Me preguntaba… He visto alguno de los cuadros de Mary y…

—¿Ha visto la obra de Mary? ¿Dónde?

—En su casa.

Jan se echó a reír.

—¿La dejó entrar y le enseñó su obra? En tal caso, me imagino que será íntima amiga suya, si no la única.

—No, no, nada de eso. —Charlie sonrió y se refugió tras la taza de té—. Apenas la conozco. Solo la he visto una vez, eso es todo. La visité por otros motivos.

—Si ha dejado que una desconocida viera sus cuadros, no se parece en nada a la Mary Trelease que yo conozco. No los vende ni los expone; no quiere ningún tipo de promoción.

—¿Cómo la conoció? —preguntó Charlie.

—¿Por qué le interesa saberlo, si puedo preguntarlo? ¿Puede repetirme su nombre?

Charlie decidió que sería mejor ser franca. Le dijo a Jan cómo se llamaba y que trabajaba en la policía de Culver Valley.

—Lo siento —dijo—. Estoy tan acostumbrada a hacer preguntas que, cuando no llevo el uniforme, debo persuadir a la gente para que las conteste en vez de ordenárselo.

—Mary vive en Culver Valley —dijo Jan, con una mirada suspicaz —. ¿Su interés por ella es personal o profesional?

Charlie sorbió un poco de té y reflexionó a fondo antes de contestar.

—Hoy tengo el día libre —reconoció—. Se supone que debería decir que es personal, aunque oí por primera vez el nombre de Mary Trelease cuando alguien… —Charlie se interrumpió—. Me temo que no puedo decírselo. Hay una investigación de la policía en marcha o…, mejor dicho, podría haberla.

—Ha dicho que fue a visitar a Mary Trelease por otros motivos. —Viendo la expresión de Charlie, Jan hizo una pausa—. ¿Forma eso parte de lo que no puede contarme?

—Me temo que sí. Mire, como le decía, no he venido aquí como policía, sino como alguien interesado en el caso. No tiene ninguna obligación de hablar conmigo.

—No me importa contarle lo poco que sé de Mary. —Jan parecía estar más tranquila—. Así pues, está claro que no es usted su mejor amiga.

Charlie sonrió.

—Si está pensando en ahorrarse algún comentario violento, debe saber que no es necesario. A mí me da igual que Mary le caiga bien o mal. Solo quiero averiguar todo lo que pueda.

Jan asintió con la cabeza.

—Nunca había oído hablar de ella hasta el mes de octubre del año pasado, cuando se presentó aquí por sorpresa, sin cita previa ni nada. Usted la conoce, ¿no? Entonces ya sabe que tiene un aspecto muy particular, con ese pelo y esa forma de hablar tan esnob, como si fuera una reina que ha perdido su trono. La verdad es que me intimidó un poco.

«A ti y a mí», pensó Charlie.

—Se presentó aquí con un cuadro que quería enmarcar. Me dijo que vivía en Spilling y que se había peleado con la gente de la galería a la que solía ir, la que le enmarcaba todas las telas…

—¿Le contó el motivo de la ruptura?

—No, no se lo pregunté.

—Lo siento. Continúe.

—Me dijo, con cierta prepotencia, que iba a enmarcarle el cuadro e incluso me dijo lo que tenía que cobrarle…, que era lo mismo que le habría cobrado su antigua galería. Me habría echado a reír de no ser porque era evidente que estaba hablando en serio. Me dijo que a partir de ese momento yo me encargaría de enmarcar sus cuadros, pero entonces tuve que interrumpirla para decirle que yo no me dedicaba a enmarcar. Tuve que armarme de valor, déjeme que se lo diga. Llevaba aquí menos de cinco minutos y yo ya estaba aterrorizada ante la idea de decepcionarla.

Charlie sonrió. Estaba acostumbrada a gente que hablaba a trompicones o, con un poco de suerte, decía alguna incoherencia. Sin embargo, Jan Garner era una agradable excepción.

—Fue difícil decirle, sin que sonara pedante, que las galerías de Londres que venden arte contemporáneo, a diferencia de las de Spilling, no se dedican a enmarcar. Los artistas a los que yo represento me traen sus cuadros ya enmarcados.

—¿Cómo se lo tomó cuando se lo dijo? —preguntó Charlie.

—Oh, fatal. Mary se lo tomaba todo mal. Me ofrecí a recomendarle algunos enmarcadores, pero no me dejó hacerlo. Le pregunté por qué había venido a Londres. A ver, ya sé que el viaje en tren no es muy largo, pero aun así…, ¿no le habría sido más sencillo buscar un enmarcador en Spilling? Debe de haber otros aparte de la galería con la que se había peleado.

Aparte de Saul Hansard, Charlie solo conocía otro: Aidan Seed.

—¿Y qué le dijo ella?

—Que sus cuadros debía enmarcarlos yo. Salvo eso, no dijo nada más. A día de hoy aún ignoro el motivo de que me eligiera a mí y no a otro, o cómo llegó hasta aquí. Más adelante, cuando ya manteníamos una relación profesional y nos conocíamos mejor, volví a preguntárselo, pero siguió sin decírmelo. —Jan captó la expresión de perplejidad de Charlie y añadió—: ¡Oh, lo siento! Habría tenido que decir que acepté. Sí, al final acabé enmarcando los cuadros para

Mary. Bueno, mejor dicho: lo hizo un amigo mío. Mary Trelease es una mujer que sabe cómo conseguir lo que se propone.

—Pero usted le dijo que no se dedicaba a enmarcar —repuso Charlie—. ¿Cómo logró convencerla?

—No lo hizo ella, sino su cuadro. *Abberton*. —Jan se quedó mirando al vacío y suspiró—. Era muy bueno, algo realmente especial.

Charlie se quedó mirando la hilera de muñecas que tenía más cerca.

—De una forma diferente a esto —dijo Jan, leyéndole el pensamiento—. Los cuadros de Mary… El primero que vi, y todos los que vi después… estaban vivos. Eran hermosos y feos al mismo tiempo, llenos de pasión.

—Así pues, aceptó porque le gustaba su obra —resumió Charlie.

Abberton: otro particular sobre el que Ruth Bussey no había mentido.

—De entrada no —repuso Jan—. Al principio traté de convencerla de que me dejara ser su marchante. Fue entonces cuando me dijo que no vendía ninguno de sus cuadros y nunca lo haría. Y fue también cuando tuve que aceptar sus reglas: no podía enseñar su obra ni mencionar su nombre a nadie… ¡Oh, era absurdo! Era incapaz de comprender a esa mujer, pero me di cuenta en seguida de que si quería mantener la relación con ella, tenía que aceptar todas sus condiciones, lo cual implicaba enmarcar sus cuadros. Yo esperaba que con el tiempo cambiara de opinión y expusiera su obra, pero nunca lo hizo. Al menos, no lo hizo mientras mantuvimos el contacto. Ahora no sé lo que hace; seguro que usted lo sabe mejor que yo.

Jan dedicó a Charlie una mirada interrogativa.

—Sigue igual. Aún es muy reservada en lo referente a su obra. ¿Tiene alguna idea de por qué es así?

—Podría aventurar alguna hipótesis —repuso Jan—. ¿Miedo al fracaso? ¿Miedo a que entren en juego consideraciones comerciales que podrían cambiar las cosas? Al prohibir la venta de una obra, no

se puede saber si la gente querría comprarla o no. Si no se deja que el público vea un cuadro, no puede rechazarlo. Mary solía decir que era una cuestión de principios, que no se podía ni debía poner un precio al arte, aunque yo nunca me lo creí. El mundo del arte mastica a las personas y luego las escupe. Es despiadado.

Charlie no pudo evitar sonreír.

—Estamos hablando de gente que compra o no compra un cuadro. No se trata de algo que ponga en peligro la vida de alguien, ¿verdad?

—Puede tomárselo a risa, pero podría contarle algunas historias terribles. Hace poco, un artista muy joven vendió todos los cuadros que había pintado para su licenciatura a un coleccionista de fama mundial. Normalmente, cuando ocurre algo así significa que has triunfado, pero en ese caso no funcionó. Hubo una reacción muy violenta ante el hecho de que un único coleccionista pudiera disparar la cotización de un artista. Tanto el uno como el otro se convirtieron en el blanco de uno de los más despiadados de boca en boca que jamás haya visto. Lo irónico de este caso es que el artista es un chico de gran talento; su trabajo es excelente.

—¿Y a qué vino esa reacción despiadada? —preguntó Charlie.

—No era el momento oportuno, eso es todo. Ya había ocurrido antes en muchas ocasiones; nosotros lo llamamos «el efecto Charles Saatchi». Bastó con que unos cuantos artistas iniciaran así sus carreras y alcanzaran fama mundial para que de repente todo el mundo fuera sospechoso y se aseguraran de que nadie más pasara por los agujeros de la red.

Charlie apuró el resto del té y trató de parecer más compasiva de lo que se sentía en realidad. Si Charles Saatchi le hubiese lanzado unos cuantos millones, no le habría preocupado que mucha gente la criticara. Se habría comprado unos tapones para los oídos con incrustaciones de diamantes y se habría ido a una playa del Caribe para tumbarse en la arena, donde aquellos envidiosos cabrones no pudieran encontrarla.

Jan tenía los ojos abiertos de par en par y muy brillantes mientras recordaba otra triste historia de su repertorio.

—Hace unos años representé a un artista fantástico, alguien fuera de lo común: tenía talento, era ambicioso y tenía el éxito garantizado.

—¿Era mejor que Mary Trelease? —preguntó Charlie, sin poder evitarlo.

Jan se mordió el labio mientras lo pensaba.

—Era diferente. Pero no, no era mejor. Es difícil afirmar que alguien sea mejor que Mary. Mary es un genio.

—¿Y ese otro artista no lo era?

—Sí, creo que sí…, pero de un modo diferente de Mary, menos evidente. Hizo su primera exposición conmigo. Él no tenía grandes expectativas, y yo tampoco… El éxito suele llegar poco a poco, y eso cuando llega. Me esforcé por promocionarlo, pero no es fácil cuando se trata de una primera exposición. Al *vernissage* asistió bastante gente, aunque nada extraordinario; solo se vendieron tres cuadros. Pero, de algún modo, aunque la primera noche no había sido nada del otro mundo, se corrió la voz. Yo siempre digo que la calidad acaba imponiéndose. Al cabo de tres días, se habían vendido todos los cuadros de la exposición, del primero al último, y todos a gente ansiosa por comprar otros cuando estuvieran disponibles.

Jan se llevó la mano al cuello, que estaba un poco enrojecido.

—Fue el momento más emocionante de toda mi carrera, sin duda alguna —dijo—. Tenía que sacarme de encima a los coleccionistas. Y digo coleccionistas, en plural; no me estoy refiriendo a un único comprador que quisiera adquirir todo el lote solo para conseguir publicidad. —Jan exhaló un largo suspiro—. Me deprimo al recordar todo aquello.

—¿Qué fue lo que salió mal? —preguntó Charlie.

—Llamé al pintor para decirle que había vendido todos sus cuadros y que los compradores querían más. Como puede suponer, él estaba entusiasmado; aquello era mucho más de lo que podía soñar. Después de eso, esperé, esperé y esperé, pero no sabía nada

de él. Lo llamé, pero no me devolvía las llamadas. Tardé un poco en darme cuenta de que me estaba evitando. En un ataque de paranoia, incluso llegué a pensar que había decidido prescindir de mí, acuciado por el éxito. ¿Por qué iba a pagar una comisión a una galería cuando podía quedarse con todo el dinero? Pero no era eso. Cuando al fin pude localizarlo, me dijo que había dejado de pintar.

—¿Qué?

Charlie se quedó atónita.

—Me dijo que no podía seguir pintando. Cada vez que cogía el pincel, se quedaba bloqueado. Traté de convencerlo de que buscara ayuda, pero no quiso. Lo único que quería era dejar atrás toda la historia. No podía obligarlo.

—Vaya idiota —dijo Charlie, sin poder evitarlo.

—El éxito conlleva expectativas y una gran presión. —Jan parecía triste—. Puede que la postura de Mary sea la más sensata. Aun así, es una tragedia que todos esos maravillosos cuadros no pueda verlos nadie, salvo ella. Pinta unos retratos increíbles. ¿Ha visto alguno?

—Sí —dijo Charlie—. Los de sus vecinos.

—Me parece improbable. —Jan se echó a reír—. A Mary no le interesa la gente que ha tenido una vida fácil. En una ocasión me dijo: «Solo quiero pintar a gente que haya sufrido de verdad». Ella solo pinta a los desamparados, a gente muy necesitada. Había un barrio… Ahora no recuerdo el nombre…

—¿Winstanley?

—Sí, exacto.

—Son sus vecinos —insistió Charlie—. Mary vive en el barrio de Winstanley, en una calle sin salida de una zona degradada en la que nadie se metería solo de noche, o ni siquiera de día. Vive rodeada de… —Charlie estuvo a punto de decir «la escoria de la escoria», pero decidió callarse. Tenía la sensación de que la idea que Jan tenía sobre los marginados era más optimista que la suya.

—Pero Mary… —Jan parecía confusa—. Ella… Siempre pensé que viviría en algún lugar…, bueno, ya sabe… Es decir, ¿qué hace una

chica que fue educada en Villiers viviendo en un barrio marginal?

—¿Villiers?

Charlie había oído hablar de ese sitio.

—Es un internado femenino, en Surrey. Lo conozco porque me crie en un pueblo cercano —explicó Jan, en un tono de disculpa—. Mary fue a la escuela con ricas herederas y las hijas de las estrellas de cine. Se lo juro.

—¿Es de familia rica?

Charlie se acordó del número 15 de Megson Crescent, de sus paredes desconchadas y sus alfombras llenas de manchas.

Jan se rio.

—Eso me imagino, si la mandaron a Villiers. Me dijo que cuando ella estuvo allí, la matrícula costaba unas quince mil libras al año, y eso fue hace mucho tiempo. Muchos de sus amigas eran de la nobleza. Mary me dijo que la mayoría eran idiotas, aunque nunca parecía valorar en exceso la capacidad intelectual de nadie.

—¿Ha visto otros cuadros suyos aparte de los que le traía para enmarcar? Cuando estuve en su casa vi algunos que no tenían marcos, apoyados contra la pared. Creo que representaban a una familia que había vivido en el barrio.

Jan parecía desconcertada.

—Mary estaba obsesionada con enmarcar sus cuadros. No consideraba acabado un cuadro hasta que tenía su marco. Me torturaba sin piedad; quería que se los enmarcara lo antes posible. Era casi como si…

—¿Qué?

—No lo sé. Como si pensara que no estaban a salvo hasta que los protegía un cristal o algo por el estilo. O como si pensara que carecían de valor sin un marco. ¿Está segura de que esos cuadros sin enmarcar que vio eran suyos?

—Segurísima.

—Qué extraño… —Jan se rascó la clavícula, pensativa—. No estoy diciendo que esté equivocada, porque el estilo de Mary es inconfundible, pero no lo entiendo. No es propio de Mary dejar un

cuadro sin enmarcar. —Se quedó mirando su taza, que estaba vacía —. ¿Le apetece un poco más de té?

—No, gracias —dijo Charlie—. Debo irme en seguida. —No sabía cómo preguntarle a Jan por la feria de arte Access 2 sin parecer que quería pillarla en falso: «Conozco a alguien que dice que le mintió»—. Entiendo que ya no enmarca los cuadros de Mary —dijo, al final—. ¿Qué pasó?

—Dos cosas, y en muy poco tiempo. Mary pintó un cuadro que me disgustó: el tema me pareció escabroso, y no traté de disimularlo. Ella se lo tomó muy mal. Aun así, lo mandé a enmarcar, pero eso no fue suficiente. Estaba acostumbrada a verme entusiasmada con todo lo que hacía, y lo último que esperaba es que desaprobara una obra suya, pero no pude evitarlo.

—¿Por qué?

—El tema del cuadro era una mujer joven que…, bueno, estaba muerta. —Jan empleó nuevamente un tono de disculpa—. Ahora no recuerdo su nombre, aunque en su momento sí, porque también era el título del cuadro. No se trataba de ningún vecino… Era una compañera de escuela de Mary, otra alumna de Villiers. Una escritora que solo había escrito una novela antes de ahorcarse. Una tragedia; era muy joven. Bueno, no quiero decir que el suicidio no sea algo trágico a cualquier edad… Ojalá recordara su nombre…

—Puede que Mary estuviera muy unida a esa chica —sugirió Charlie, recordando lo que Mary le había dicho con respecto a pintar a gente que le importaba. «Es como provocarte un *shock* emocional».

—Sí —repuso Jan—. Me dijo que eran inseparables, que aquella mujer que para mí no significaba nada lo había sido todo para ella. Como si eso le diera derecho a hacer lo que se le antojara, y yo tuve que callarme si sabía lo que me convenía. —Al ver que Charlie parecía perpleja, añadió—: Lo siento, debería haberme explicado mejor. Mary pintó a esa chica muerta, con una soga al cuello. —Jan se estremeció—. El cuadro representaba la escena del suicidio en toda su crudeza, con todos sus macabros detalles. Era un cuadro

absolutamente grotesco. No creo que me hubiera impactado más la visión de un cadáver de verdad. Quiero decir…, aquella pobre chica… ¡Oh, tengo el nombre en la punta de la lengua! ¿Cómo se llamaba? Ya me acordaré. —Jan parecía enojada—. Ya sé que la mujer estaba muerta y que eso no podía afectarla, pero aun así, su familia… Aunque Mary nunca enseñe ese cuadro a nadie, aunque solo lo tenga en el desván…

Charlie volvió a pensar en la zona prohibida: Ruth Bussey y la pared llena de recortes de periódico. Jan habría entendido por qué quería destruirlos, aunque Dominic Lund no fuera capaz de comprenderlo. La idea de que estuvieran allí, de que existieran, era insoportable, independientemente de que alguien los viera o no. Charlie sintió que algo se le congelaba en la boca del estómago.

—Eso me instó a decirle sinceramente lo que opinaba del cuadro y luego me insultó por lo que le había dicho —dijo Jan—. Empezó a hablar de asesinato, como si yo la hubiera acusado de algo.

—¿Asesinato? Pensaba que había dicho que esa mujer se había suicidado.

—«Todos pensaron que la había asesinado». «Yo soy una artista, no una asesina… Yo no la maté, solo la pinté». Decía cosas así… Sí, esa mujer se suicidó… Cuando Mary empezó a hablar de asesinato, me quedé desconcertada, y por eso volví a preguntárselo, para aclarar el asunto.

—¿Y qué le dijo Mary?

—Me dijo: «Ella eligió morir», como si esa elección le diera derecho a Mary a pintar a esa pobre mujer desfigurada por la muerte. —Jan se encogió de hombros—. Yo no estaba de acuerdo. Decidir morir y decidir que pinten un retrato de tu cadáver son dos cosas muy distintas, ¿no le parece?

«Ella eligió morir». Eso no significaba necesariamente lo mismo que «se suicidó». Podría significar «eligió comportarse de una forma que me obligó a matarla». En su vida anterior, cuando era inspectora, Charlie había oído innumerables versiones de aquella justificación. Y siempre en boca de asesinos.

—Mary no tenía intención de perdonarme lo que consideraba una traición —dijo Jan—, sobre todo tratándose de aquel cuadro en particular. Esa obra era muy importante para ella; era evidente. Después de eso, nuestra relación era muy forzada, y luego, cuando se produjo el desastre de la feria, se rompió por completo.

—¿Qué ocurrió?

—La causa fue el cuadro que Mary trajo la primera vez que vino a la galería, *Abberton*. Aquella obra también significaba mucho para ella. Mary tenía sus favoritos, como la mayoría de los pintores, ahora que lo pienso. Hay cuadros que son imprescindibles y otros que no. Mandé a enmarcar *Abberton*, pero a Mary no le gustó el marco que escogí. Unas semanas después me trajo de nuevo el cuadro y me dijo que quería el marco de color verde, de modo que lo mandé pintar. Mary siempre consigue lo que quiere. El cuadro estaba aquí, esperando a que viniera a recogerlo… Me dijo que lo haría en cuanto terminara la obra en la que estaba trabajando; odia que la interrumpan cuando tiene algo entre manos.

La expresión de Jan se ensombreció y, cuando volvió a hablar, lo hizo entrecortadamente.

—La que por entonces era mi ayudante, Ciara, decidió llevarse *Abberton* con todo el material que pensaba poner a la venta en una feria de arte, aunque le había dicho expresamente que aquel cuadro no debía exponerse. Ella ignoró mis órdenes. Más adelante me dijo que no me había oído decírselo, pero yo sabía que estaba mintiendo. Creo que decidió, y con razón, que era lo mejor que teníamos y que atraería a la gente al estand si lo colocábamos bien a la vista.

Por su tono de voz, Charlie dedujo que aquel asunto aún le dolía. Todavía no lo había dejado atrás, como diría el idiota de Lund.

—Nunca debería haber dejado que fuera Ciara quien montara el estand. No fue capaz de prever las consecuencias, porque en seguida apareció una mujer que quería comprar *Abberton*. Ciara siguió cavando su propia fosa cuando mintió, diciéndole que el cuadro estaba vendido. Al parecer, la mujer reaccionó de forma muy extraña; no parecía creerla. Insistió en que si no podía comprar el

cuadro, compraría otro de la misma autora. Creo que Ciara se asustó de verdad… Pensó que aquella mujer podría ser una espía que Mary había mandado para pillarnos in fraganti.

—Me parece muy improbable —repuso Charlie.

—Debería haber visto a esa mujer. Parecía un poco trastornada. Me enteré de todo cuando volví a la feria para relevar a Ciara. El cuadro de Mary había desaparecido; Ciara lo había escondido, y yo ni siquiera sabía que se lo había llevado a la feria. Yo creía que estaba en el taller, esperando que Mary viniera a por él.

—Y esa mujer, ¿volvió?

Charlie trató de fingir que no lo sabía.

—Sí, y lo hizo acompañada de un hombre. Una vez más, la escena fue absurda. Era como si él fingiera no estar con ella; estaba de espaldas a nosotras, aunque escuchaba todo lo que decíamos. No me di cuenta de que estaba con ella; ni siquiera lo había visto hasta que él se alejó y ella echó a correr tras él. La mujer me dijo a gritos que por la mañana había un cuadro de Mary Trelease en el estand y que Ciara le había mentido. Evidentemente, yo no sabía de qué me estaba hablando y le dije que se equivocaba. No tardé mucho en imaginarme qué había ocurrido: poco después encontré *Abberton* escondido entre un montón de grabados, debajo de la mesa, pero la mujer ya se había ido.

—¿Cómo se enteró Mary? —preguntó Charlie, dando por sentado que lo había descubierto.

Al recordar el episodio, Jan arrugó la frente.

—Yo se lo conté. Tenía que hacerlo. No creía que la mujer de la feria fuera una espía ni algo así de absurdo, pero era posible que conociera a Mary y se lo contara. Pensé que debía hacer lo correcto y admitir el error.

—Me imagino que no se lo tomaría demasiado bien.

—Mary me colgó violentamente el teléfono. Al día siguiente, cuando vino a recoger el cuadro, no me dirigió la palabra; ni siquiera me miró. Desde entonces no he sabido nada de ella. No ha

contestado a mis llamadas ni ha respondido mis cartas. Al final, me rendí.

—¿Y Ciara?

Charlie sintió curiosidad.

—Dejó la galería a la semana siguiente, después de la feria —respondió Jan, lacónicamente.

Entre líneas, Charlie supuso que la había despedido.

—Me imagino que no tendrá fotos de los cuadros que enmarcó para Mary.

Charlie sentía cada vez más curiosidad por *Abberton*. Quería saber a qué venía tanto revuelo.

—Las tenía. —Jan bajó la voz, como si temiera admitirlo—. Fue lo primero que Mary me hizo prometer, que nunca sacaría ninguna foto de sus cuadros. Cuando le hice la promesa, tenía intención de mantenerla, pero… después de haber enmarcado *Abberton*, al pensar que Mary vendría a recogerlo, tomé algunas fotos. No pensaba enseñárselas a nadie; solo quería tener un recuerdo de algo que me había causado un gran impacto y me hizo plantear mi trabajo desde otra perspectiva. Después del fiasco de Ciara y de que Mary me colgara el teléfono, borré las fotos de *Abberton* que guardaba en mi cámara y en mi ordenador. Pensé que era lo justo: nunca debería haber sacado esas fotos. Había abusado de la confianza de Mary Estaba claro que nunca íbamos a tener la clase de relación que yo había esperado. —Cuando Jan se volvió hacia Charlie, su frente estaba arrugada por la angustia—. De modo que no, no tengo fotos de *Abberton* —dijo—. Y tampoco de ninguna otra obra de Mary. Todos los días me pregunto si tomé la decisión acertada. Le parecerá ridículo que diga esto, es evidente que he tenido una vida fácil, pero pulsar la tecla para borrar esas fotos ha sido una de las cosas más dolorosas que he hecho en toda mi vida.

9

Martes, 4 de marzo de 2008

Son las cuatro. Por fin estoy lista.

Me he pasado el día revisando todos los archivos y papeles de Seed Art Services. Empecé a las seis de la mañana; cerré la puerta con llave, corrí los dos pestillos y me senté en la entrada con las luces apagadas. Utilicé una linterna que me había traído de casa, para que los transeúntes pensaran que en el taller no había nadie. Llamaron varias veces a la puerta, gritando mi nombre y el de Aidan, pero apenas lo oí.

Aidan es muy ordenado, y en cuanto tuve una lista completa de nombres, empecé a llamar a sus contactos profesionales para averiguar si estaba con ellos, si lo habían visto el día anterior o si había pasado la noche con ellos. Todos me dijeron que no.

Aidan tiene dos amigos de los que tengo noticia. Uno de ellos, Jim Mair, vive en Nottingham; Aidan me dijo que trabaja en la oficina de atención al ciudadano. El otro es David Booth, su mejor amigo de la infancia y de la escuela; lo he visto en varias ocasiones. Trabaja en una fábrica de cerveza de Rawndesley. Cuando me dijo que no había visto a Aidan desde las navidades del año pasado, le creí.

Me costó un poco más dar con Jim Nair. Cuando por fin lo localicé, parecía desconcertado por el hecho de que hubiera pensado en él. Me dijo que no veía a Aidan desde hacía diez años.

Los padres de Aidan están muertos y hace mucho tiempo que perdió el contacto con su padrastro. Tiene un hermano y una hermana, siete y nueve años mayores que él, respectivamente;

todos los años se mandan tarjetas navideñas, aunque no se habla con ninguno de los dos. Encontré sus teléfonos en su agenda y los llamé para preguntarles si Aidan estaba en su casa. Ambos me dijeron que no y parecieron alarmados ante la idea de que yo pensara que podía estar con ellos.

No estoy desanimada. Sabía que no lo localizaría en ninguno de esos sitios, que no estaría con esa gente, y estoy dispuesta a dar el siguiente paso.

Por segunda vez, estoy a punto de ir al número 15 de Megson Crescent. Ya no tengo miedo, ni de Mary ni de encontrar a Aidan allí. Ver confirmadas mis peores sospechas, algo que sé que va a ocurrir, supondría casi un alivio. Una conspiración: lo más difícil de perdonar; a los conspiradores les trae sin cuidado que no los perdones, porque tú nunca les has importado.

Porque solo hay una posible explicación: Aidan y Mary están compinchados para volverme loca.

Cierro el taller. Cuando saco las llaves del coche del bolso, cae al suelo un trocito de papel: el número del móvil de Charlie Zailer. Se lo pedí anoche. Al principio parecía que no quería dármelo. Lo recojo, y me siento culpable por no seguir su consejo: «No vaya a casa de Mary».

Avanzo por Silsford Road, bajo los árboles que se curvan sobre la calle, entrecruzando sus ramas hasta formar un túnel de hojas. Es muy bonito, pero un poco más adelante los árboles serán más escasos, la calzada estará en mal estado y ante mí aparecerán casas pequeñas y mugrientas; en comparación, la mía parece una mansión. Un poco más adelante pasaré junto a la escuela primaria, un edificio de cemento gris que parece el pabellón de una cárcel, y la tienda de artículos de segunda mano de Bob, situada en la esquina de la calle que lleva hasta el barrio de Winstanley.

La última vez debieron de tomarme por un conductor en busca de una prostituta: iba muy despacio, tratando de retrasar el encuentro. Hoy piso a fondo el acelerador. Quiero acabar de una vez por todas con esta historia.

Su casa está igual. El coche de Aidan no está aparcado delante ni en los alrededores de Megson Crescent. Aporreo la puerta.

—¡Abre!

Mary tiene un aspecto mucho peor que la última vez que la vi. La piel llena de arrugas, y ese horrible pelo encrespado que recuerda a una muñeca de trapo a la que alguien, a modo de cabellos, hubiera pegado en la cabeza un par de ovillos de lana. Me gustaría arrancarle uno por uno esos horribles rizos de su cuero cabelludo.

—Ruth —dice, agarrando con fuerza el quicio de la puerta, con las dos manos, mientras me invita a entrar—. Has vuelto.

Parece sorprendida. ¿Acaso esperaba que le tendría miedo toda mi vida?

—¿Dónde está él? —le pregunto.

—¿Él?

Paso junto a ella, empujándola, y abro las puertas. En las habitaciones de la planta baja no hay nadie. Solo ella y yo, en el vestíbulo. Y la gente que aparece en los cuadros de las paredes, la mujer bajita de piel pastosa y rostro anguloso, las facciones concentradas en el centro de la cara. En uno de los cuadros se está mirando en un espejo, y su reflejo me observa fijamente. Tiene una expresión mezquina, como si quisiera acusarme de algo.

—¿Ruth? —Mary me toca un brazo—. ¿Qué ocurre? ¿A quién estás buscando?

—A Aidan. ¿Dónde está?

Empiezo a subir las escaleras.

—¿Aidan Seed? ¿El hombre por el que la policía no deja de preguntarme? —Mary me sigue—. No lo conozco.

—¡Estás mintiendo! Estuvo aquí anoche. Y también el fin de semana.

—Cálmate.

En el rellano, se acerca a mí y trata de detenerme.

—¡Aléjate de mí!

—De acuerdo. No te preocupes, no voy a tocarte. ¿Podemos sentarnos y hablar de ello? No sé qué ha ocurrido ni de qué me

estás acusando, pero te aseguro que Aidan no está aquí.

Dándole la espalda, empujo una puerta, que golpea la pared. Es el baño. Es muy pequeño. Ni rastro de Aidan. Sobre el inodoro hay un armario para secar la ropa. Empiezo a sacar toallas, sábanas, fundas de almohada. Poco después, está vacío.

Nada.

—¿Dónde está? —vuelvo a preguntar.

—No está aquí, Ruth. Vamos abajo y hablaremos. Esperaba que me hubieras traído algo —dice, imitando con la mano el gesto de escribir.

Me quedo mirando otra puerta, la que ella está bloqueando con su cuerpo.

—Apártate. Está ahí dentro, ¿verdad? Con todos los cuadros.

Su sonrisa desaparece de golpe; sus labios son una línea muy fina.

—Tu Aidan Seed no está aquí, pero está claro que no me creerás hasta que no lo compruebes por ti misma. Adelante, como si estuvieras en tu casa. Cuando quieras hablar, me encontrarás abajo.

Una vez se ha ido, empiezo a registrar las habitaciones. En su dormitorio, vacío los cajones y el armario, sin molestarme en volver a guardar nada. Miro debajo de la cama y detrás de unas cortinas llenas de moho. Aidan no está. Y tampoco su ropa ni sus cosas.

En mi cabeza, una voz me susurra: «¿Y si te has equivocado?».

La segunda puerta no se abre del todo. Su interior está atestado de cuadros de Mary. Con cuidado, entro. De la planta baja me llega un sonido palpitante: música. Alguien grita la palabra «superviviente» una vez, y luego otra. Huelo a humo. Sé que está en la cocina, con un cigarrillo en la mano, esperando que yo admita mi derrota.

Si alguien quisiera esconderse en esta casa, sin duda elegiría este lugar. Uno a uno, llevo los cuadros hasta la otra habitación, el dormitorio de Mary. Seguro que oye lo que estoy haciendo, pero no trata de impedírmelo. Pocos minutos después, su habitación está llena. Hay un montón de cuadros encima de la cama y apoyados en

todas las paredes. Aunque no he dejado libre ni un centímetro, el dormitorio está hasta arriba. Tendré que meter algunos cuadros en el baño.

Me duelen los brazos, pero no puedo rendirme, aunque ahora ya sé que Aidan no está en la casa.

Me paro de repente al ver una palabra que me suena. Está escrita en rotulador negro en la parte de atrás de un cuadro sin enmarcar: *Blandford*.

Abberton, Blandford, Darville, Elstow, Goundry…

No me atrevo a tocarlo. Haciendo un gran esfuerzo, le doy la vuelta. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Está inacabado, pero Mary ha trabajado lo suficiente en él para que me parezca familiar de inmediato. El perfil de una persona… De nuevo, es imposible decir si es un hombre o una mujer. Esta vez solo se aprecian la cabeza y la espalda; dentro del perfil no hay nada, al menos de momento. Detrás de la figura puede verse parte del fondo: una habitación. Es esta habitación, el taller de Mary. Las cortinas y el papel pintado son los mismos, aunque en la tela no se ven cuadros apilados. En su lugar, hay una cama de matrimonio, con una silla al lado. Sobre la silla puede verse un cenicero de cristal y una mano sosteniendo un cigarrillo: la ceniza está a punto de caer.

… *Heathcote, Margerison, Rodwell, Winduss*.

Aidan estaba en lo cierto. *Abberton* era el primer cuadro de una serie. Aunque no está terminado, *Blandford* es el segundo. Quito trastos de en medio para ver si hay otros cuadros parecidos, tal vez uno que Mary acaba de empezar. Pero no encuentro nada. Hasta ahora solo está trabajando en el segundo de un total de nueve.

Respiro entrecortadamente; la cabeza me da vueltas. Me digo que no hay nada que temer: un misterio solo es un misterio hasta que encuentras la respuesta. El hecho de que Aidan conociera los títulos debe tener una explicación. ¿Quiénes serán esas nueve personas?

Estoy a punto de salir de la habitación cuando veo un pomo metálico junto a un cuadro que representa un gran edificio de piedra

con el techo acabado en punta y una torre cuadrada a su lado. Si no tuviera ventanas, parecería un cohete a punto de despegar.

Aparto el cuadro y descubro una puertecilla de madera con la parte superior inclinada. La abro y veo que se trata de un pequeño armario, demasiado para que un hombre de la envergadura de Aidan pueda caber en él. Estoy a punto de cerrar la puerta cuando veo algo en el suelo. Es un cuadro enmarcado que está boca abajo; en la parte de atrás tiene una etiqueta.

Lo cojo y estoy a punto de echarme a reír, tanto es el alivio que siento al ver que la palabra que han escrito no es «Darville». Es el nombre de una mujer: Martha Wyers. Cuando estoy a punto de volver a meter el cuadro en el armario, algo me lo impide. Le doy la vuelta y lo suelto en seguida, como si me quemara en los dedos. Cae a mis pies boca arriba y me quedo mirándolo fijamente, horrorizada. Lanzo un grito ahogado. Tengo la sensación de haber perdido el control de mi vida, como si me hubieran arrojado en la pesadilla de otro, una pesadilla perfectamente orquestada, y me empujaran poco a poco hacia su interior.

Estoy contemplando el retrato de una mujer con una soga al cuello. Es la cosa más horrible que he visto jamás. No es un cadáver, es tan solo la imagen de un cadáver, pero da igual. Mary es demasiado buena pintando. Estoy ante Martha Wyers, quienquiera que sea. Que fuera.

Puedo distinguir cada detalle: la trama de la soga, las partes donde está raída, la forma en que ha desgarrado la piel de esa mujer. Los ojos fuera de sus órbitas, las ojeras de color violáceo, la gruesa lengua hacia fuera, los lívidos moretones en torno a la boca, la línea blanca que recorre el labio inferior…

Huelo a humo, más cerca que antes. Mary.

—Veo que has encontrado a Martha —dice.

La prueba más dura a la que he tenido que enfrentarme fue el juicio, con «ella» mirándome como si quisiera atravesar la sala para

arrancarme los ojos y «él» con la mirada fija en su regazo para no verme la cara. Obligarme a ir a la casa de Mary Trelease por primera vez fue la segunda más difícil.

Todo puede afrontarse, incluso la cosa más ardua, si no eres capaz de imaginar cómo sería tu vida sin haberla afrontado. Aidan me había dicho: «Tráeme ese cuadro», de modo que no me quedaba otra elección. Después de regresar de Londres, apenas me dirigía la palabra, salvo para repetirme que me amaba, siempre con los ojos sombríos. Empecé a sospechar que recurría al sexo para evitar hablar conmigo. El consuelo que eso me suponía acabó muy pronto, y me di cuenta de que así no podíamos seguir. Cada vez que le imploraba que se abriera a mí, él me repetía lo que ya me había dicho en el Alexandra Palace: «Tráeme ese cuadro. Tráeme *Abberton*».

Pensaba que si pudiese colocar ese cuadro ante sus ojos, con la firma de Mary Trelease y la fecha, comprendería que no la había matado, a pesar de lo que hubiera ocurrido entre ellos. No me importaba no saber qué había pasado; lo único que quería era volver a ser feliz, ver de nuevo feliz a Aidan. Tal como me prometió, después de asistir a la feria de arte, en cuanto regresamos a Spilling, se mudó a mi casa, y yo me esforcé por no interpretar ese gesto como una forma de cumplir con su amenaza. Deseaba a toda costa que volviese a confiar en mí, como había hecho antes del viaje a Londres, y sabía que conseguirlo solo dependía de mí.

El 2 de enero, después de unas navidades muy tristes, me armé de valor y llamé a Saul Hansard.

—Ruth —dijo él, como si estuviera muy contento de oírme.

Me sentía culpable por haberle borrado de mi vida, pero sabía que volvería a hacerlo en cuanto consiguiera la información que podía proporcionarme. Al oír su voz me estremecí, tal era la vergüenza que sentía.

—Mary Trelease —dije—. Necesito su dirección.

Debí imaginarme que aquello le preocuparía, pero a duras penas era capaz de ver más allá de mis angustias y mis miedos, míos y de

Aidan.

—¿Por qué? —me preguntó Saul, con voz tranquila—. No sé lo que tienes en mente, pero, sea lo que sea, estoy seguro de que no es una buena idea.

—No quiero problemas —dije—. Quiero hablar con ella, eso es todo.

Saul me contó que, justo después de que yo me fuera corriendo de la galería, le dijo a Mary que no iba a enmarcarle ningún cuadro más. Ya me lo había dicho, en uno de los muchos mensajes que me había dejado en mi buzón de voz desde aquel día de junio, pero le pareció que era importante repetírmelo.

—Lo sé —repuse—. Y te doy las gracias por ello.

—Esa mujer da miedo, Ruth. No es necesario que te lo diga.

Sentí una sensación de pánico dentro de mí. Aquella conversación me hacía regresar al pasado, el último sitio al que deseaba ir.

—No le contaré a Mary que tú me has dado su dirección —dije—. Por favor, Saul. Es importante.

Al final, accedió a dármela, como yo esperaba. Me dijo que en aquel momento no la encontraba y que me llamaría más tarde. Esa noche, cuando me llamó, Aidan estaba conmigo, observándome mientras la apuntaba.

—¿Y bien? —dijo.

Habría podido explicarle que había llamado a Saul para pedirle la dirección, pero no lo hice. Habíamos adquirido la costumbre de hablar lo mínimo imprescindible: menos palabras significaban menos dolor.

—Número 15 de Megson Crescent —respondí—. Spilling.

El *shock* convirtió el rostro de Aidan en una rígida máscara.

—La misma casa —murmuró.

Algo había estallado dentro de su cabeza; un nuevo horror se había apoderado de él. Salió del salón hecho una furia. Le oí llorar en el vestíbulo, como si se hubiese desmoronado allí, incapaz de dar un paso más. Me tapé los oídos con las manos, con una sensación

de impotencia total, y pensé: «¿La misma casa en qué sentido? ¿La misma casa donde había matado a Mary?».

Los muertos no cambian de domicilio… ¿Vivía Mary en el número 15 de Megson Crescent cuando Aidan la conoció? ¿Donde la habría matado? Pero ella no estaba muerta. Por mucho que pensara en ello, por muchas vueltas que le diera, aquella historia carecía de sentido.

Al día siguiente no fue necesario decirle a Aidan por qué iba a faltar al trabajo. Eché un vistazo al trayecto en el plano y me dirigí hacia el barrio de Winstanley. Aunque no pueda verse el futuro, en ocasiones percibimos su oscura y viscosa presencia ante nosotros, dispuesto a engullirnos. Mientras conducía empezó a picarme la cara; la piel estaba tirante, igual que cuando Mary me roció con la pintura roja. Moví el espejo retrovisor para comprobar que no tenía nada en la cara, aunque, de una forma racional, sabía que su aspecto sería completamente normal. La pintura roja no podía reaparecer después de quitarla; era difícil que se filtrara por los poros y se extendiera por mi rostro después de tantos meses.

Estaba allí, en el descuidado jardín que Mary tenía en la entrada de su casa, hecha un manojo de nervios. Llamé a la puerta. Cuando abrió y me vio, dejó escapar un ruidoso suspiro y me miró con una expresión que no supe definir.

—Ruth Bussey —dijo, muy despacio—. Has venido a inspeccionar mi tugurio para sentirte superior.

No sabía de qué me estaba hablando. La idea de sentirme superior a alguien era tan irrisoria que no fui capaz de encontrar una respuesta.

—Saul Hansard no se lo pensó dos veces y me echó a la calle después de la pelea en la galería. Debe de ser agradable tener a un aguerrido caballero que salga en tu defensa.

Mi mente se llenó de ecuaciones extrañas: sarcasmo igual a agresividad igual a ataque. Apreté los puños, me volví y salí corriendo.

—Espera, no te vayas —gritó Mary.

Estaba demasiado asustada para pensar hacia dónde iba y me di contra una pared. Sentí que me había clavado algo afilado a través de la camiseta. Bajé los ojos y vi una manchita roja en la tela.

—Te traeré una tirita —dijo Mary—. Si no se han desintegrado, debería haber alguna en el armario del baño. Están ahí desde que me mudé. Creo que te ha atacado esa hierba asesina —dijo, indicándome con la mano que me acercara.

No podía creer que me estuviera invitando a entrar. Para disimular mi perplejidad, murmuré:

—No es una hierba.

—¿Cómo dices?

—Nada.

Mary se acercó a mí y acarició la planta con la que me había pinchado.

—¿Sabes qué es?

Asentí con la cabeza, sin mirarla a la cara. Había visto cientos de plantas como esa, aunque nunca ninguna lo suficientemente puntiaguda para pinchar. Estaba temblando, incapaz de permanecer quieta.

—Dímelo.

Parecía más fácil hablar de esa planta que de lo que estaba haciendo en su casa.

—Se llama siempreviva. La plantaron ahí a propósito, para que creciera en la pared.

Me sentí idiota por haberme hecho una herida de una forma tan tonta y había esperado que ella se echara a reír a carcajadas.

—En ese caso, será mejor que no la arranque —dijo ella, a regañadientes—. Bueno, entremos, ya que has venido. —Dio por sentado que la seguiría. Y lo hice, rodeando la casa hasta la parte de atrás, hasta la cocina, que era horrible y se estaba cayendo a trozos —. No puedes creer en qué estado está esto —dijo.

—No.

—No he hecho nada desde que me mudé.

Añadió unas palabras sobre lo fascinante que resultaba descubrir algo, pero no le prestaba demasiada atención. ¿Cómo me las arreglaría para llevarme *Abberton*? ¿Por qué no había previsto que sería una empresa imposible? Me planteé la posibilidad de decirle la verdad, pero desestimé la idea de inmediato. «Mi novio cree que te mató hace unos años… ¿Te importaría darme el cuadro que te negaste a venderme el pasado mes de junio para que pueda demostrarle que sigues viva?».

Mary me dijo que esperara en la cocina mientras iba a buscar la tirita. No me hacía falta —la herida era tan solo un pinchazo que apenas se veía—, pero no quería arriesgarme a llevarle la contraria. En cuanto desapareció de mi vista, me sentí atrapada en la habitación, aunque la puerta estaba abierta. Enumeré frenéticamente todos los objetos que veía: una cafetera, un microondas, un trapo de cocina con la palabra *Villiers* estampada junto al dibujo de lo que parecía un imponente castillo de piedra, cuatro cajas de té a la menta twinings, uno encima de otro…

No podía concentrarme ni permanecer quieta. Salí al vestíbulo; era pequeño y estrecho y olía a una mezcla de sustancias tóxicas: humo de cigarrillo, gas y grasa. A mi derecha había otra puerta abierta a través de la cual vi —por encima de una estufa de gas con unas barras metálicas llenas de motas de polvo que parecían oropeles que hubiesen perdido su brillo— un cuadro que representaba a un muchacho con una pluma en la mano. Había escrito las palabras *Joy Division* en la pared y estaba pegado a ella para examinar su trabajo. No se veía su rostro, solo su nuca. Reconocí al instante el estilo de Mary. Algo en la postura del chico hacía pensar que podía volverse en cualquier momento y descubrir que lo estaban observando. El cuadro me pareció desconcertante; me dieron ganar de bajar la mirada. ¿Cómo lo conseguía Mary? ¿Cómo podía coger un pincel y unos colores y alumbrar algo tan extraordinario?

Mary bajó las escaleras de dos en dos y se colocó a mi lado; lancé un grito, alarmada.

—Aquí está. Lo siento, no quería asustarte.

Tenía una tirita en la mano. No entendía por qué no seguía enfadada conmigo, por qué se preocupaba por mi herida.

Extendí la mano para coger la tirita, pero Mary ya la estaba despegando del envoltorio de papel. Una vez lo hubo hecho, la sujetó con los dientes y me levantó la blusa. Como no me lo esperaba, retrocedí y apoyé la espalda contra la pared. Demasiado tarde. Había visto la cicatriz, una gruesa línea rosada que divide mi estómago en dos. Al levantarme la blusa más de lo necesario, Mary también debió de haber visto mi sujetador.

Sin embargo, no estaba interesada en él. Me di cuenta de que había fijado los ojos en mi piel lastimada. Después de la operación, oí decir a una enfermera, pensando que yo estaba dormida: «Esperemos que nunca se le ocurra meter ningún kilo ahí. Si ese estómago engorda, parecerá un culo». Un compañero suyo se echó a reír y la llamó zorra.

Mary estaba fascinada con mi cicatriz. Se quedó mirándola sin disimulo. Me vinieron ganas de arrancarle la blusa de la mano y taparme, pero temía adelantarme a sus intenciones. Ella quería mirar, y yo ya sabía lo que sucedía si me atrevía a contrariarla.

Se humedeció el dedo con saliva, me limpió una mancha de sangre y colocó la tirita encima, apretándola con los nudillos. «Está loca», me dije, mientras ella me sonreía. Pensé que su «ayuda» tal vez fuera, en realidad, una sutil forma de agresión. Si lo que quería era humillarme, había vuelto a conseguirlo.

—¿Qué te parece? —me preguntó, señalándome con la cabeza el cuadro de Joy Division a través de la puerta entreabierta—. ¿Te gusta?

—Sí.

Parecía perpleja.

—¿Eso es todo? Pensé que te gustaba tanto mi trabajo que no verías el momento de lanzarte encima.

—Es… Es bueno. Muy bueno.

En el vestíbulo había otros dos cuatros suyos: uno de un hombre, una mujer y un niño sentados en torno a una mesa; en el otro aparecían el mismo hombre y la misma mujer: ella se miraba en un espejo y el hombre estaba detrás, tumbado en la cama. Su rostro solo se veía reflejado en el espejo; su mirada parecía burlarse de mí, y aparté los ojos del cuadro. Colgados en la pared desconchada, los cuadros de Mary brillaban, hipnóticos, como si fueran diamantes exhibidos en un lecho de barro. El contraste era evidente: aquellas telas no deberían estar allí, desentonaban, aunque sin ellas, aquella casa habría estado vacía. Tuve la extraña sensación —una de las más extrañas que jamás había tenido— de que el número 15 de Megson Crescent necesitaba aquellos cuadros.

—Lo sé… Tú no colgarías estos cuadros en las paredes de tu casa —dijo Mary, confundiendo mi admiración con la repugnancia—. Mirándolo bien, es un desastre de familia, pero así es la vida en el barrio de Winstanley. Has sido muy valiente al venir. Esa gente ya no vive aquí, pero hay muchas familias parecidas, e incluso peores.

—No soy valiente —le dije.

¿Acaso no se daba cuenta de que me había quedado petrificada? ¿Me estaba tomando el pelo?

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. Te debo una disculpa por lo que ocurrió en junio. No pretendía asustarte.

«Háblame de otra cosa. Cambia de tema, te lo ruego». Había cerrado la boca porque había empezado a dolerme la mandíbula.

—Era yo la que estaba asustada. Egoístamente, no pensé que… —Dejó la frase en el aire—. Aún estás molesta, ¿verdad? Por lo que pasó en la galería.

¿Cómo se atrevía a pedirme que se lo confirmara? La rabia empezaba a apoderarse de mí, pero traté de asentir con la cabeza como si no pasara nada. Mi reacción natural frente a la rabia: enterrarla antes de que puedan usarla en mi contra. No dejar que estalle. Puede que fuera una de las primeras cosas que aprendiera de pequeña, en casa de mis padres: no tenía derecho a tener reacciones espontáneas, sobre todo si eran «poco cristianas». Solo

podía expresar las emociones que complacían a mi madre y a mi padre, las que los hacían sentirse orgullosos de mí. La rabia, sobre todo la que iba dirigida a ellos, no entraba en esa categoría.

—¿Por qué sigues molesta? —Mary estaba esperando una respuesta que no tenía ninguna intención de darle—. Te culpas a ti misma, ¿es eso? ¿Por qué lo hacemos? Me refiero a los seres humanos. ¿Por qué damos la vuelta a cualquier percance hasta convertirlo en algo casual, en una enorme flecha negra que apunta hacia nosotros, poniendo en evidencia nuestra flaqueza?

Sus inesperadas palabras me calaron hondo. Sabía que me costaría mucho tiempo olvidarlas.

—Aquel día, cuando perdí los papeles contigo, te vino a la memoria otra situación, ¿verdad? Ya te habían atacado antes. Es así, ¿no? En la galería tuviste una reacción muy extrema… No podía creer que todo fuera culpa mía. Si no quieres, no me lo cuentes.

Me quedé allí, incapaz de moverme, con los ojos fijos en la mancha de sangre de mi blusa.

—La forma en que me comporté aquel día no tenía nada que ver contigo, con lo que hiciste o dijiste —continuó Mary—. Ningún ataque va dirigido realmente hacia la víctima. Da igual que se trate de un hombre o de una mujer: el agresor la emprende con una parte de sí mismo que odia.

«Intenta explicarle eso a la víctima», pensé.

—Yo no vendo mis cuadros; nunca lo hago. Ni siquiera me gusta que la gente los vea, a menos que se trate de personas que merecen mi confianza, y no me fío de nadie. Soy una cobarde. Tú eras una desconocida que quería comprar un cuadro mío… y me sentí amenazada. Desprotegida.

Mary encendió un cigarrillo.

—¿Por qué? —pregunté.

Ahora era yo quien esperaba una respuesta.

A Mary no parecía incomodarle aquel largo silencio. Pasó un buen rato hasta que dijo:

—¿Hay algo en tu vida…, me refiero a tu pasado…, algo de lo que te resulte demasiado doloroso hablar?

¿Cómo podía saberlo? Me dije que era imposible que lo supiera.

—Yo creo que sí —dijo, señalando mi estómago con el dedo—. Esa cicatriz, la historia que está detrás de ella. Da igual, no pretendo que me lo cuentes.

Había llegado el momento de negarlo, pero lo dejé escapar. Fue como admitir que estaba en lo cierto.

—¿Has pensado alguna vez en escribirla? Me refiero a tu historia. Durante años estuve viendo a una terapeuta. Dejé de ir cuando me di cuenta de que no era posible pegar las piezas rotas. No pasa nada…, puedo vivir con ello, siempre que la vida de mierda que llevo en este agujero pueda llamarse «vivir». Porque así es como son las cosas, ¿no? Sé que lo sabes, Ruth. Cuando tu mundo se viene abajo, cuando todo va mal, pierdes una parte de ti misma. No todo, desgraciadamente. Una parte de ti, la mejor, se muere. La otra mitad sigue con vida.

Traté de disimular el efecto que me habían producido sus palabras.

—Aquella terapeuta… decía que no sería capaz de seguir adelante mientras no dejara de culpabilizarme. Me recomendó que escribiera mi historia en tercera persona, describiendo no solo mis sensaciones, sino también las del resto de personajes. Es una forma de demostrar que todos los implicados tienen su punto de vista, o una tontería por el estilo. —Mary apagó el cigarrillo en la pared y encendió otro—. No lo hice. No quería ver las cosas desde el punto de vista de otro, ¿sabes?

Vi el dolor asomando a su rostro mientras hablaba y me pregunté si el mío, a veces, también tendría esa expresión. Mary soltó una risita.

—Estoy divagando —dijo—. Es lo que pasa cuando te ocurre varias semanas sin hablar con nadie. ¿Me dejarías que pintara tu retrato?

—No —dije, horrorizada con solo pensarlo, sin saber si lo había dicho en serio.

—¿Por qué no? Tienes un rostro perfecto… Parece el de un hada o el de un ángel…, aunque nunca he visto ninguno. —Su cara adquirió una expresión maliciosa—. No olvidaré tu cara. No podrás impedirme que la pinte si me lo propongo.

—No lo hagas, por favor.

—Hay gente que no puede hacer nada al respecto —dijo, señalando los cuadros de las paredes.

—No quiero que me pinten —le dije—. Pero si lo deseara, te elegiría a ti para que lo hicieras.

Estaba orgullosa de mi respuesta: firme pero generosa. No podía enfadarse conmigo.

—Entonces, ¿por qué no? —preguntó.

—De todos los artistas que conozco, tú eres la mejor.

Enumeró a unos cuantos con voz cansina.

—Rembrandt, Picasso, Klimt, Kandinsky, Hockney, Hirst…

—Nunca he visto su obra —dije—. Solo en fotos.

En sus ojos vi brillar una emoción. ¿Sería de triunfo? Cuando volvió a hablar, su voz sonó ronca.

—Ruth —dijo. Levanté los ojos y la vi mover la boca: repetía mi nombre, aunque sin pronunciarlo en voz alta—. Espera —añadió, poniéndose en pie.

Yo ya estaba esperando: quería saber qué iba a decir a continuación. Al parecer, había dicho mi nombre por el placer de decirlo y no porque pensara añadir algo. Cuando volvió, tenía *Abberton* en la mano. Al verlo, mi corazón empezó a latir apresuradamente. Durante todo aquel tiempo, en mi imaginación, había revivido aquel horrible día en la galería de Saul; trataba de no pensar en ello, pero en cuanto lo conseguía me sentía desorientada, fuera de control. Ahora que me había enfrentado a Mary y me había pedido disculpas, era distinto. Algo había cambiado.

—Si aún lo quieres, es tuyo —dijo Mary—. Gratis.

—¿Qué? Pero…

—Antes no me fiaba de ti, pero ahora sí. —Parecía avergonzada: esbozó una sonrisa—. Todo aquel que admite no haber visto un cuadro hasta que no ha estado ante el original merece mi confianza. Te sorprendería saber cuánta gente cuelga un póster de *El nacimiento de Venus* de Botticelli en la pared y se convence de que tiene el cuadro original en su casa.

Me sentí muy mal, como si la estuviera engañando. Había ido hasta allí para llevarle *Abberton* a Aidan, pero no para quedármelo yo. Era su prueba: la firma de Mary y la fecha en la parte inferior de la tela. Ella ignoraba mis verdaderos motivos. Traté de convencerme de que no estaba haciendo nada malo y me imaginé abriendo la boca para pronunciar el nombre de Aidan y comprobar su reacción. «Imposible».

No quería que ella supiera su nombre y mucho menos que era mi novio. No quería que supiera nada sobre nosotros. Me sentí despreciable, consciente de que, independientemente de lo que hiciera Mary, nunca confiaría en ella.

Levantó las manos y, con el índice y el pulgar, improvisó un marco ante mi cara.

—¿Cuál es tu historia Ruth Bussey? Antes de pintar a alguien debo conocer su historia. ¿Qué te ocurrió? ¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —Esta vez no me dijo que no tenía por qué responder si no quería, pero yo sí me lo dije—. ¿Crees que te hace fuerte sufrir en silencio, cargar con todo el peso? ¿Y si así fuera? ¿Qué ventaja supone ser fuerte? ¿Sabes qué les ocurre a los fuertes? Yo sí. Los débiles los atacan. ¿Por qué crees que aquel día en la galería la tomé contigo?

Mi cuerpo se puso rígido. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera escapar?

—Tú parecías ser tan fuerte y yo me sentía tan débil… Los débiles siempre atacan a los fuertes…, es más seguro. Son los débiles quienes son peligrosos, la gente que tiene reacciones violentas, la gente que no se controla y te hace daño. Los fuertes pueden huir… Si atacas a una persona que es fuerte no hay ninguna

repercusión, ¿sabes? ¿Quieres saber por qué me he convertido en una persona tan débil?

—No, yo… No. —Cogí *Abberton*, temiendo que cambiara de opinión y se lo llevara—. Tengo que irme.

Mary me agarró la mano.

—Si me cuentas tu historia, yo te contaré la mía.

Traté de no dejarme llevar por el pánico y le repetí que tenía que irme. Abrí la puerta y ya estaba casi en la calle, con *Abberton* bajo el brazo.

—Un día me la contarás —dijo, soltándome.

Salí corriendo hacia el coche, aspirando aire fresco, como si hubiese estado sumergida bajo el agua. No me volví para mirar la casa. Sabía que ahí estaría Mary, en el umbral, observando y esperando. Mientras me alejaba, aunque no sabía casi nada con certeza, sí me convencí de algo: la absurda obsesión de Aidan giraba en torno a una mujer que estaba tan loca como las cosas que él contaba sobre ella.

No sabía qué significaba aquello, pero debía significar algo.

10

4/3/08

—No es una relación —dijo Olivia, indignada—. Puede que no te hayas dado cuenta, pero yo no tengo relaciones. Esto te viene de maravilla, ¿verdad? Que no tenga a nadie y siempre esté ahí cuando me necesitas.

—¡No tergiverses las cosas! Yo no quiero que estés sola o que…

—¿Me aterroriza tener que decirle a un hombre de quien me enamoro que me han extirpado el útero y los ovarios por culpa de un cáncer y que no podré tener hijos?

—¡Siempre la misma canción! Siempre me sales con la palabra que empieza por «C» para despertar mi compasión, esperando que me calle.

Charlie habría querido que su hermana discutiera de pie. Olivia estaba acurrucada en el sofá, en su minúsculo apartamento de diseño de Fulham. Aunque ya era media tarde, aún llevaba el pijama de satén de color crema. No era muy aficionada a hacer ejercicio, salvo, según parecía, cuando mantenía relaciones con Dominic Lund.

Charlie se sintió prepotente al gritarle así, aunque sabía que no tenía ninguna intención de parar.

—¿Cómo crees que me siento después de haberle abierto mi corazón, suplicándole que me ayudara, allí sentada, mientras él me decía lo patética que era, disfrutando mientras hurgaba en mi desgracia y presumía de lo listo que era ante mi impotencia? ¿Sabes cómo me llamó? Me dijo que era la exnovia de un psicópata. ¡Vaya caballero te has agenciado! Cuando lo mandé a la mierda, me lanzó

una bomba: «Por cierto, no solo no voy a mover un dedo para ayudarte, sino que me estoy follando a tu hermana y nos hartamos de reír a tus espaldas». ¿No se te pasó por la cabeza que puede que me hubiera gustado estar al corriente de esa información?

—Tu egocentrismo no tiene límites —dijo Olivia, con el rostro rojo de vergüenza—. Dentro de un minuto te lanzaré otra palabra que empiece por «C». ¡Escúchate, por favor!

Charlie no estaba dispuesta a escuchar.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No veo cuál es el problema. Necesitabas asesoramiento legal y te recomendé a Dommie. No es que…

—¿Dommie? Esto es una pesadilla —murmuró Charlie—. Voy a despertarme dentro de un minuto.

—No te lo conté porque siempre piensas que todas las decisiones que tomo son…

—¿No puedes conseguir nada mejor? Ese tío es un roñoso casi autista que ni siquiera te mira cuando te habla y que se olvida la cartera a propósito cuando sale a comer. Juega compulsivamente con su blackberry, como si fuera un muchacho jugando con su polla, con esa cara de buitre…

—¿Buitre?

—Parece un enorme pájaro de presa… ¡No me digas que no te has dado cuenta! Y se comporta como si lo fuera.

—¡De acuerdo! —exclamó Olivia, levantando las manos—. Sí, es lo mejor que he podido conseguir. ¿Es eso lo que querías oír? Es evidente que te puso furiosa y ahora has venido aquí para hacerme rabiar, y lo has conseguido. ¡Buen trabajo! ¿Estás contenta?

—Continúa —la provocó Charlie—. Suelta esa palabra con la que me has amenazado antes.

—Es solo algo pasajero, Char. No hace mucho que dura. Quería…

—¿Cuánto tiempo significa «no hace mucho que dura»?

—No lo sé, unos seis meses.

—¡Seis meses! Joder, ¡yo te conté que Simon y yo estábamos prometidos tres segundos después de haberlo sabido! Y tú que ibas

por ahí con aires de mojigata, exudando desaprobación y pronosticando que lo nuestro sería un desastre siempre que se presentaba la ocasión.

—¿Aires? Yo no me doy aires de nada.

—Solo estoy intentando ser feliz, para variar. Y tú sigues diciendo que ya has dicho lo que pensabas y que mantendrás la boca cerrada, pero nunca es así, ¿verdad? No puedes evitar decir que Simon es un bicho raro, frígido y socialmente inepto, que nunca me ha dicho que me quiere…

Charlie tuvo que hacer una pausa al sentirse invadida por una oleada de rabia que le impedía pensar con coherencia. Finalmente, fue capaz de seguir hablando.

—Socialmente inepto —repitió, tranquilamente—. ¿Y durante todo este tiempo te has estado acostando con Dominic Lund? Cobarde… Ahí tienes otra palabra que empieza por «C». Maldita hipócrita… Esta empieza por «H». Actúas en secreto para protegerte y al mismo tiempo me echas en cara tus críticas. Todas las veces que la has tomado con Simon…

—¡Yo no tengo nada contra Simon! Me cae bien. Vale, es verdad, creo que estás loca si…

—Y yo creo que la que está loca eres tú. Estás como una cabra. ¡Eres una desequilibrada!

—Dominic tiene una mente brillante. Es un tipo brillante…

—Por favor, llámale Dommie si ese es su apodo; no permitas que yo te lo impida. —Charlie empezaba a divertirse. A veces, la única manera de superar el dolor era causándoselo a otro—. Ahora ya sabes lo que se siente cuando alguien hace trizas al hombre al que amas.

—No estoy segura de quererlo. Es complicado…

—¿Sabes qué más me dijo? Que yo nunca escuchaba a nadie. Ese hombre me caló a la primera.

—Es muy intuitivo —repuso Olivia.

—¡Te estaba citando a ti!

—Tiene una memoria prodigiosa. Es más inteligente que Simon.

—¡Vamos, madura de una vez!

—No quería decirlo en ese sentido. Solo quería decir que…, tú, más que nadie, deberías comprender la fascinación que provoca un hombre inteligente.

La parte de Charlie capaz de sentir las emociones normales de un ser humano se había cerrado en banda. En momentos así, hacía lo posible por empeorar las cosas, consciente como era de que podía hacerlo y hacerlo bien.

—Hagamos un trato, ¿vale? Tú no asistes a mi boda y yo no iré a la tuya. En cuanto a papá y mamá, que decidan ellos. Pueden ir a la que quieran; que vayan a la que crean que ha elegido al marido menos penoso. Te elegirían a ti, por supuesto, porque tú te pasas la vida dorándoles la píldora y yo no. Aunque, pensándolo bien, no creo que papá se vaya a perder una partida de golf para asistir a ninguna de las dos bodas.

—Si eso te supone un problema, ¡díselo a la cara! Pero nunca te atreverías a hacerlo, ¿verdad? Tratas de ponerme en su contra, esperando que empiece a tener problemas con ellos. Y, en el caso de que eso ocurriera, tú te harías a un lado y pondrías cara de inocente… ¡Tú eres la cobarde, no yo! Y yo no les doro la píldora. Yo respeto sus sentimientos, que no es lo mismo.

Olivia se secó los ojos con una mano y lanzó un suspiro. Con la palma de la otra mano, cerró el ordenador portátil que había sobre el brazo del sofá.

—Supongo que por hoy ya he trabajado bastante —dijo, pronunciando las sílabas de cada palabra con un gran esfuerzo.

—¿Trabajar? ¿Te refieres a las tonterías que escribes para los periódicos que la gente tira a la basura? Son las seis de la tarde y aún vas en pijama… ¿A eso lo llamas tú trabajar?

Olivia no se levantó; estiró las piernas y se recostó en el sofá.

—Soy periodista —dijo, con voz cortante—. Y escribo sobre libros. Los libros no son tonterías. Mi trabajo es tan respetable como el tuyo.

«Y un cuerno».

—Vale, es verdad que en un par de ocasiones he escrito artículos sobre moda y compras, y tú te lo grabaste en la memoria para utilizarlos en tu campaña contra mí, para demostrar que todo lo que escribo es un montón de estúpidas frivolidades —dijo Olivia, secándose una lágrima.

—Tácticas de diversión —dijo Charlie, sin inflexión en la voz—. No creas que no las reconozco cuando las veo. Las veo a montones.

Siempre había pensado que Liv estaba orgullosa de ser frívola y que creía que la frivolidad era algo positivo y por lo que merecía la pena luchar.

—¿Sabes una cosa? Me da igual que pienses que el trabajo de mi vida es una enorme pérdida de tiempo. Puede que si hiciera lo que tú haces también pensaría lo mismo de la gente que no tiene que enfrentarse a cadáveres y psicópatas todos los días. Sí, estoy segura de ello.

—Ya no estoy en el departamento de investigación criminal, aunque parece que nadie se haya dado cuenta de ello. —Charlie suspiró—. Ahora solo me ocupo de cuestionarios y formularios de evaluación.

—¡Lo peor de todo es que ni siquiera te tomas la molestia de fingir! —Liv estaba decidida a dar su opinión—. Siempre sacas a relucir esa visión del mundo en la que tú eres alguien indispensable, mientras que yo soy una inútil que no sirve para nada… ¡Y encima esperas que esté de acuerdo!

—¡Oh, por favor! ¿Cuándo he sacado a relucir…?

—¡A todas horas! Con todo lo que dices y lo que haces, con cada expresión de tu cara. ¿Sabías que estoy escribiendo un libro?

—Sí, sí. Yo también.

—¡Es cierto!

—Solías decir lo mismo cuando éramos adolescentes, y nunca escribiste más de un párrafo.

—¡Sí, de acuerdo, es verdad! —Finalmente, Olivia se puso en pie —. Pero lo que dice Dom también es verdad. ¿Por qué tú puedes hablar sin pelos en la lengua cuando te viene en gana y los demás

no? Te explicó que no había caso y tú la has tomado con él porque no te dijo lo que querías oír.

—«Que no había caso» —repitió Charlie, sarcástica—. Veo que te las apañas muy bien con la maldita jerga legal.

—¡Dom te dijo que eras la exnovia de un psicópata porque eso es lo que eres! Y siempre lo serás. Debes aceptarlo. Sin embargo, no significa que seas solo eso. No lo dijo con maldad, no se estaba regodeando en tu miseria ni pensando que le estabas diciendo estupideces. Lo que ocurre es que él es… demasiado claro. Tú no lo conoces como yo.

—No, tendría que abrir un poco más las piernas para conocerlo mejor, ¿verdad?

Charlie no estaba dispuesta a ser madura ni razonable con respecto a nada. Todavía no. Y ver que podría llegar a serlo la enfurecía, alentando en ella la necesidad de seguir causando daño.

—No debería resultarte demasiado difícil —contraatacó Liv—. Piensa en cómo eras antes de prometerte con Simon. Siempre estabas abierta de piernas; no sé cómo te las arreglabas para mantenerte en pie.

Charlie trató de disimular su *shock*. ¿Era una idea que se le había ocurrido a Liv sobre la marcha o había elaborado aquel insulto hacía mucho tiempo, esperando el momento oportuno para soltárselo? ¿Lo habría compartido con Lund? ¿Se habrían reído juntos de ello?

—A cualquiera que estuviera colado por ti le bastaba apuntar desde lejos y siempre acertaba el hoyo —añadió Liv, para poner la guinda.

—Jerga de golf —repuso Charlie—. Mamá y papá se sentirían muy orgullosos. Dommie me dijo que habías intentado ponerles en contra mía y de Simon.

—Eso son tonterías. Él no puede haber dicho eso… No es cierto, y no miente nunca.

—¡Dommie, el santo!

—Puede que te dijera que me sorprendió mucho que no expresaran ninguna preocupación por tus planes de matrimonio.

Porque a mí sí me sorprende.

—Y tuve que oír decir eso, y mucho más, a alguien a quien acudí en busca de ayuda, un abogado que, por lo que yo sabía, ¡no tenía ninguna relación conmigo! De haber sabido que tú y él formabais un todo, ¿crees que habría dejado que…?

La pregunta quedó colgada en el aire.

—¿Haber dejado qué?

«Que viera mi desesperación». Charlie no podía decirlo. Le había hablado a Olivia de la pared de Ruth Bussey, pero había tratado de disimular lo preocupada que estaba. Había hecho chistes absurdos —«Esa zorra debe de estar loca. ¿Crees que estará colada por mí o algo por el estilo?»— para ocultar lo angustiada que estaba, y le soltó la historia de Ruth-Aidan-Mary Trelease para distraerla y evitar que la atención se centrara en ella. Ahora que se había rebajado ante Dominic Lund, él estaba en disposición de contarle a Liv lo desgraciada que era y lo mal que se sentía, si es que no lo había hecho ya, con lo cual no podría hacer nada al respecto.

—¿Por qué estás tan preocupada por esa tal Ruth Bussey, Char? No lo entiendo. Vale, es un poco rara, en eso estoy de acuerdo, pero seguramente es inofensiva.

—Empapelar una pared entera con artículos y fotos de alguien es un síntoma de acoso —dijo Charlie, sin inflexión en la voz—. La gente que se dedica a acosar puede perder la cabeza y volverse agresiva. A veces incluso puede llegar a matar. No me digas que esa mujer es inofensiva… Tú no tienes ni idea.

—Tienes razón —le espetó Liv—. Seguramente está esperándote ahí fuera, con un kalashnikov apuntando a la puerta. —Al ver la mirada asesina de Charlie, se encogió de hombros y añadió—: ¿Lo ves? Diga lo que diga, nunca acierto. Estoy harta de ser tu saco de boxeo. Esto no es por mí… ni por Dominic. Estás furiosa con Simon, es él quien te hace infeliz…

—¡Ya estamos otra vez!

—Estás celosa porque yo folio y tú no, porque, aunque estás prometida, ¡estás a dos velas!

El campo visual de Charlie se redujo a una estrecha rendija. Un brillante túnel rojo se abrió ante sus ojos, y ella dejó que la absorbiera. Se lanzó sobre el ordenador portátil de Olivia, lo levantó por encima de su cabeza y lo arrojó contra la pared. El estruendo que se oyó cuando golpeó contra ella fue tremendo: el sonido de un daño irreparable. Charlie cerró los ojos y recordó, cuando ya era demasiado tarde, la otra razón por la que había ido a ver a Olivia.

—Mierda —susurró—. Necesitaba ese portátil. ¿Podrías intentar encenderlo mientras me sirvo una copa? ¿Qué tienes por ahí con mucho alcohol?

—No había hecho una copia seguridad de lo que había escrito —dijo Olivia, con voz temblorosa—. Lo cual significa tres días de…

—Lo siento —repuso Charlie, interrumpiendo su discurso de mártir—. Tú eres una santa, Dominic Lund es un santo y yo soy una mierda, ¿vale? Y te lo digo de corazón. —Mientras se daba la vuelta para ir a la cocina, en busca de un poco de vodka, añadió—: Tú haz que funcione ese maldito cacharro.

No había vodka. Charlie tendría que contentarse con absenta. Se sirvió el líquido de color verde claro en un vaso y tomó dos tragos, esperando que surtiera efecto de inmediato. Pero no fue así. Apuró lo que quedaba en el vaso, y luego se sirvió otro. Sacó el móvil del bolsillo y lo conectó. Cinco llamadas perdidas de números sin identificar. Era extraño. Y un mensaje de Simon. «¿Dónde coño te has metido? Llámame en cuanto oigas esto». Charlie volvió a escuchar el mensaje; la angustia le provocó un nudo en el estómago. Simon sabía dónde estaba; le había dicho que iba a Londres para hablar con Lund.

Lo llamó y le salió el buzón de voz; le dejó un mensaje diciéndole que estaba preocupada, que estaba en casa de su hermana y que la llamara lo antes posible. Luego se tomó otro trago de absenta, llamó a información y pidió el número del internado femenino Villiers en

Wrecclesham, Surrey. Podría llamar de inmediato, retrasando unos minutos el enfrentamiento con Liv.

La voz que le contestó sonaba como la de una mujer que había venido al mundo para no hacer otra cosa que responder llamadas telefónicas con una exquisita amabilidad. Aunque todo lo que dijo fue «Villiers, buenas tardes», conseguía transmitir la agradable sensación de ser capaz de ayudar a alguien con cualquier cosa. Eso hizo que a Charlie le resultara más fácil plantear su petición.

—Puede que lo que voy a decirle le parezca extraño —empezó.

—Ningún problema. También me ocupo de cosas extrañas. Y muy a menudo —dijo la mujer. Charlie pensó que debía ser una secretaria —. Tendría que oír algunas de las llamadas que atiendo.

—Estoy tratando de averiguar el nombre de una exalumna de su escuela que acabó siendo escritora. ¿Le parece que puede haber alguien que encaje con esa descripción?

—Pues sí, más de una —repuso la mujer, orgullosa—. Algún día debería venir para ver nuestra galería de alumnas ilustres.

—Pero ¿podría darme algún nombre?

Charlie cogió el cuaderno y el bolígrafo que Olivia tenía junto al teléfono, aunque no lo bastante cerca para no tener que inclinarse para cogerlos sin arriesgarse a arrastrar con ellos la base del teléfono. En cuanto la mujer empezó a nombrar a las escritoras, Charlie hizo una lista. Solo le sonaba una de las seis de las que la secretaria mencionó, y puso una cruz junto a su nombre. No se había suicidado: la había visto la semana pasada en el programa *Question Time*.

¿Cómo preguntarle a aquella mujer si alguna de ellas había muerto sin parecer insensible o sin instarla a guardar silencio?

—¿Sabe… si todas ellas siguen escribiendo?

Charlie oyó un jadeo de estupor a sus espaldas, seguido del ruido de la botella de absenta y de su vaso que su hermana colocó sobre la encimera, fuera de su alcance. Se volvió y vio a Olivia mirándola con reprobación y demostrándole con un gesto de sorpresa que no

podía creer que casi se hubiera terminado la botella. Agitó ante las narices de su hermana la lista de escritoras.

—Lo siento, no sé si podré ayudarla con eso. Tratamos de estar al corriente de la carrera de nuestras exalumnas, pero son muchas. Déjeme que piense…

—Lo plantearé de otro modo —dijo Charlie—. ¿Cree que alguna de esas mujeres ha dejado definitivamente de escribir?

Olivia le arrebató el bolígrafo de la mano. Escribió algo junto a cada uno de los nombres; puso los ojos en blanco, como si Charlie tuviera que saberlo: «Sigue escribiendo poesía sobre charcos embarrados que no compra nadie». «Depende de lo que quieras decir con "sigue escribiendo"». «Firma cuatro libros al año, pero todos ellos tienen "coautor", es decir, que los escribe un negro que nadie sabe quién es». «Sí, es buena… Te quise prestar uno de sus libros, pero me dijiste que no porque estaba ambientado en el extranjero y en otra época».

—¿Puedo saber a qué obedece su interés?

En aquella voz impecable despuntó un tono de sospecha, suficiente para que Charlie se convenciera de que ella y la mujer que estaba al otro lado del teléfono estaban pensando, en aquel mismo instante, en la misma persona: la mujer que Mary Trelease había pintado con una soga al cuello. Charlie cerró los ojos. La absenta estaba empezando a surtir efecto; la sangre le hervía en las venas.

—Es un asunto… digamos que personal —dijo—. Le prometo que no pienso revelar nada de lo que me diga. —Luego, con imprudencia, añadió—: Creo que usted sabe a cuál de esas mujeres me refiero, ¿verdad?

—Creo que no puedo ayudarla —dijo la secretaria, con voz estridente y a la defensiva.

«¿Será por algo que yo haya dicho?».

Junto al nombre de la mujer que Charlie había visto recientemente en televisión, Liv había escrito: «Sus ideas están por encima de su capacidad… Cree que escribir novelas de intriga a la manera tradicional la autoriza a opinar sobre política». Todos los

nombres de la lista tenían un miniensayo de Liv, excepto uno: Martha Wyers. Charlie se lo señaló. Liv se encogió de hombros y luego, por si no quedaba lo bastante claro, dibujó un enorme interrogante junto a él.

—Martha Wyers —dijo Charlie—. Ha dejado de escribir, ¿verdad?

—No puedo ayudarla —repitió la mujer, con firmeza—. Si tiene un mínimo de consideración por Martha o por esta escuela, no insista, se lo ruego. Ya hemos sufrido bastante, y no hay ninguna necesidad de que la prensa venga a hurgar en el fango para provocar más dolor.

—No soy periodista. Le aseguro que no voy a…

—No debería haberle dado su nombre.

Las palabras casi se confundieron con su respiración, como si apenas hubiera abierto la boca para pronunciarlas. Acto seguido, colgó el teléfono.

—¿Ha habido suerte con el ordenador? —le preguntó Charlie a Liv.

—Estás arrastrando las palabras. Por supuesto que no. Me debes novecientas libras, más un artículo de dos mil palabras sobre por qué en los relatos de ficción el final es tan importante como el principio.

—¿Te puedo pagar en pequeños plazos? ¿Dónde está el ciber-café más cercano?

Charlie ya había empezado a alejarse hacia la puerta.

—Aquí —respondió secamente Olivia—. He encendido mi otro portátil. Puedes usarlo, pero con una condición: ¿te importaría no lanzarlo contra la pared?

—¿Tienes dos portátiles?

—Es práctico; nunca sabes cuándo un vándalo va a machacar el otro contra la pared.

—Ya he dicho que lo siento…

—Sarcásticamente, sí. Supongo que no te interesa saberlo, pero me he comprado otro para escribir mi libro; solo lo he utilizado para eso. No quería emplearlo para otra cosa.

Charlie se detuvo en la entrada del salón.

—Puedo ir a un cibercafé —dijo—. Tú decides. ¿Quieres ayudarme o no? Prometo ser buena.

—Puedes usarlo. Ya lo he encendido —dijo Liv, con voz cansada —. ¿Qué te pasa, Char? ¿Hay alguna posibilidad de que me lo cuentes?

Charlie clicó el icono de Internet Explorer. Cuando apareció la pantalla de Google, escribió «Martha Wyers, Villiers, suicidio» en la casilla de búsqueda. No apareció nada que mereciera la pena. La primera página de resultados era una selección de artículos científicos de una tal doctora Martha Wyers, de la Universidad de Yale.

—No me vengas con esta mierda —murmuró Charlie, dirigiéndose al ordenador.

—¿Estás segura de que no se trata de la misma persona? —preguntó Liv, inclinándose sobre su espalda.

—Lo dudo.

—Compruébalo —le aconsejó Liv.

—Gracias por tu ayuda. Por supuesto que voy a comprobarlo —dijo la parte de Charlie que, cuando estaba en presencia de su hermana, siempre parecía tener catorce años.

Google estaba rebosante de éxitos y noticias sobre la doctora Wyers. No tardó mucho en aparecer su currículum.

—Nacida en Búfalo, en 1947. Nunca ha vivido en el Reino Unido ni ha estudiado en Villiers…

—No es ella —dijo Liv.

—No.

Charlie probó con «Martha Wyers, escritora británica, suicidio» y «Martha Wyers, escritora británica, Villiers, homicidio», pero sin resultados. La doctora Wyers de Yale acaparaba todo el espacio.

—¿No podrías localizarla tú? —le preguntó Charlie a Liv—. Martha Wyers era escritora, y tú lo sabes todo sobre libros…

—¿Esa tal Martha Wyers fue asesinada por un acosador?

—¿Qué?

Viendo a su hermana tan concentrada, entusiasmada y contenta de poder echarle una mano, pero tan desencaminada, Charlie tuvo ganas de emprenderla a golpes con ella. Tendría que llamar otra vez a Simon. ¿Por qué estaría tan enfadado? Era con él con quien debía hablar. ¿Aceptaría Simon seguir la pista de Martha Wyers?

«Te diría que estás loca, eso es lo que haría. Aidan Seed afirmaba haber matado a Mary Trelease. Mary Trelease había pintado a Martha Wyers, que se había suicidado. Nada hacía suponer que Martha Wyers hubiera muerto asesinada a manos de Seed o de otra persona». Salvo que Jan Garner había hablado de asesinato y Mary Trelease, de homicidio en relación con la escritora fallecida.

—No, Martha Wyers no fue asesinada por un acosador —contestó Charlie, impaciente—. Al menos, que yo sepa.

—Si no sabes si fue asesinada o si se suicidó, ¿por qué no buscas «Martha Wyers, escritora» y punto?

No era una mala idea, salvo que Charlie no quería que su hermana viera que seguía sus instrucciones y pensara que había dado en el clavo. Por suerte, en ese momento sonó el teléfono y Liv salió corriendo hacia la cocina para responder. Pulsó la tecla «entrar» cuando Olivia reapareció; tenía el rostro rojo y agitado.

—Era Simon.

Automáticamente, Charlie se puso en pie y le cogió la mano para quitarle el teléfono. ¿Por qué no la había llamado al móvil? Cuando vio la expresión de Liv, dejó caer el brazo.

—¿Qué? —susurró.

—Lo siento, Char —dijo su hermana—. Malas noticias.

4 de marzo de 2008

Querida Mary:

Esto es algo que nunca pensé que haría. Al igual que tú, estuve viendo a una terapeuta durante un tiempo y, al igual que tú, también descubrí que no me sería de gran ayuda. A diferencia de la tuya, mi terapeuta me recomendó que escribiera cartas, pero supongo que más o menos es lo mismo. Querías mi historia, y aquí la tienes.

En mi antigua vida, era diseñadora de jardines; antes de mudarme a Spilling, no tenía ninguna relación con el mundo del arte ni con los artistas. Tenía un negocio muy próspero y gané varios premios por mi trabajo. En 1999 obtuve el más importante de los premios BALI —otorgado por la Asociación Británica de Empresas Paisajísticas— por tercer año consecutivo. La revista Good Housekeeping publicó un artículo de seis páginas sobre mí con fotografías de los jardines que habían sido galardonados y entrevistas con la gente para quien los había diseñado. A consecuencia de esa publicidad, recibí muchísimos encargos. Hubo una repentina afluencia de nuevos clientes y tenía una lista de espera de tres años. Algunos tenían prisa y decidieron acudir a otros profesionales, pero otros se resignaron a esperar su turno. Sin embargo, apareció una mujer que no entraba en ninguna de esas dos categorías.

Me llamó y me dejó un mensaje; decía que tenía que hablar urgentemente conmigo. Cuando le devolví la llamada, me contó que estaba enferma y me preguntó si había alguna posibilidad de que pudiera atenderla pronto. No concretó qué le ocurría; solo dijo que no sabía cuánto tiempo le quedaba para poder disfrutar de su jardín y que, tal como estaban las cosas, «había muy poco de lo que disfrutar». Pensé en decirle que ya había contraído compromisos con otras personas y que no quería dejarlas plantadas, pero al final decidí que, al ser un caso tan inusual, era mejor ser flexible. Ninguno de mis clientes o futuros clientes padecía una enfermedad terminal.

Era maestra de una escuela primaria y tendría treinta y pocos años, casada y sin hijos. Vivía en un pueblo, cerca de los límites entre Leicestershire y Lincolnshire, en Woodmansterne Lane, un camino estrecho flanqueado de casas de campo de piedra, modernas pero con una pátina de antiguas, ocultas tras unos setos compactos como paredes de cemento y rodeadas de árboles de gruesos troncos que parecían montar guardia a ambos lados. Cuando me dijo el nombre del camino, me pareció insólito y hasta un poco siniestro. La impresión que me causó fue demasiado vaga para definirla como una premonición: lo único que puedo decir es que fue una sensación que no solía tener cuando apuntaba la dirección de un cliente.

Vivir en Woodmansterne Lane era ideal para quien quería intimidad, me dijo ella la primera vez que fui a su casa. Estaba obsesionada con la intimidad; no hacía más que mencionarla siempre que nos reuníamos. En la fachada, sobre la puerta principal, había una placa ovalada en la que habían pintado el nombre de la casa: «Cherub Cottage». El nombre había sido idea suya. En nuestra primera reunión, ella llevaba un elegante traje gris —de esos que ninguna maestra se pondría para ir a trabajar—, medias de nailon negras y unas

enormes pantuflas con forma de cabeza de perro que le daban un aspecto ridículo. Me acuerdo perfectamente de esas cabezas de perro; es como si las tuviera delante. Ambas tenían una lengua de trapo roja que colgaba de la boca en diagonal.

En mi primera visita a Cherub Cottage también conocí a su pareja. Era farmacéutico y apenas dijo nada; sin embargo, cuando ella hablaba —cosa que hacía sin cesar—, me di cuenta de que él trataba de interpretar mis reacciones. Era más guapo y más joven que ella, y también vestía mucho mejor. Cuando lo conocí, tenía veintiséis años. No parecía un tipo excéntrico, aunque soportaba las rarezas de su mujer sin lamentarse. Y, a medida que iba conociéndola, me di cuenta de lo mucho que tenía que aguantar: no quería que entrara en la casa ningún producto de alimentación que no viniera de Marks & Spencer; todos los años, lo obligaba a redecorar la casa de cabo a rabo, y, cada tres, a cambiar las cortinas y la moqueta. Por Navidad, mandaba una tarjeta idéntica a todos sus conocidos, una especie de circular llena de autobombo y signos de exclamación. Cuando leí la que me mandó, pensé que se trataba de una broma. En la casa había algunos electrodomésticos que tenían nombre; así, el microondas se llamaba «Ding», y el timbre de la puerta «Dong».

Durante la primera reunión que mantuvimos los tres, traté de no excluir a su pareja para entender cómo quería que fuera el jardín de Cherub Cottage; sin embargo, cada vez que conseguía sonsacarle una opinión, ella decía «No» y lo corregía. Por lo que pude entender a partir de los numerosos vetos que ponía ella, deduje que a él le gustaban las cosas tal como estaban. Tanto en la parte delantera como en la trasera de la vivienda, los jardines que heredaron de los anteriores propietarios de la casa —o del número 8, como era conocida en esa época— no podían ser más tradicionales: enormes parterres de césped, enteramente rodeados de lechos de

flores. Él comentó que no le disgustaría que yo tapara los agujeros que había entre los lechos; pensaba que debían estar más «llenos» —fue el único adjetivo que se le ocurrió para explicar lo que quería—, pero cuando empecé a diseñar un proyecto que incluía un montón de plantas exuberantes, él asintió, entusiasmado. «Una casa de campo debería tener un jardín natural», dijo, antes de que ella soltara una de sus negativas.

«No quiero un jardín desordenado —objetó ella—. Quiero que las flores tengan colores combinados y que no crezcan de forma caótica, sino que estén dispuestas en hileras. ¿Podría diseñar una composición a base de rosa y violeta? ¿Rosas de color rosa y pizarra de color violeta en los lechos en vez de polvo? Lo he visto en una revista». Ella siempre decía «polvo» cuando quería decir «tierra».

Estaba acostumbrada a trabajar con clientes que valoraban mi opinión y que se dejaban orientar, y me habría sentido como una ladrona si aceptaba su dinero a cambio de diseñar un jardín más feo que el que tenía. Con el mayor tacto posible, le dije que no creía que la pizarra de color violeta fuera una buena idea. «Eso es más adecuado para casas de estilo más moderno. Ya sé que su casa no es vieja, pero su diseño es el de una casa de campo. No creo que debamos apartarnos mucho de algo tradicional…».

«¡No se trata de lo que usted quiera, sino de lo que quiero yo! —exclamó, poniéndome en mi sitio—. Voy a pagar el jardín con la herencia de mi tía Eileen, y lo que cuenta es mi opinión». Aun sabiendo que estaba enferma, tuve que hacer un esfuerzo por ser comprensiva. Le sugerí que tal vez debería contactar con otro diseñador de jardines; yo me sentía orgullosa de mi trabajo, y me daba cuenta de que iba a avergonzarme del jardín que ella quería obligarme a crear. No recibiría ningún premio BALI por el nuevo jardín de Cherub

Cottage, eso estaba claro, no si hacía lo que ella me pedía: algo pretencioso que no se correspondía con el entorno.

«La escogí a usted porque había ganado ese premio —dijo. Luego, con intención, añadió—: No me queda tiempo para elegir a otro diseñador. No quiero ir de un lado a otro como una pelota».

Capté la expresión de su pareja y vi un amago de guiño que daba a entender que era capaz de sobrellevar la situación.

«¿Qué me dice de las virutas de corteza? —propuso él, mirándome fijamente—. En la tele oí decir a alguien que eran una buena alternativa a la pizarra para los lechos. El resultado es igual de pulcro, aunque menos llamativo». Creo que esa fue la frase más larga que le oí pronunciar.

Asentí con la cabeza. «La corteza podría estar bien», dije, aunque para los lechos de flores seguía prefiriendo la tierra. Sin embargo, le dije que sí porque ella nunca lo hacía. Quería compensarlo.

«Pizarra violeta —dijo ella, sin inflexión en la voz, como si ni él ni yo hubiéramos opinado—. Y uno de esos bordes de plástico alrededor del césped, porque así no tendremos que cortarlo a todas horas. Y en la parte de atrás quiero caminitos de grava entrecruzados… Tengo una foto que recorté de una revista; ya se la enseñaré… Con una fuente o algo en el centro; tal vez una estatua, algo de estilo oriental para darle un toque multiétnico».

La foto en cuestión resultó ser del jardín del príncipe de Gales en Highgrove, que era lo bastante grande para que los «caminitos de grava entrecruzados» no resultaran ridículos. Si le daba lo que ella me pedía, el jardín de atrás quedaría reducido a cuatro minúsculos cuadrados de césped. El resultado sería absurdo.

Estaba a punto de decírselo cuando vi que él negaba con la cabeza, como si quisiera advertirme que sería inútil.

Debería haber renunciado entonces y no volver nunca más, y no solo por lo que ocurrió después. Estaba claro que, como clienta, ella sería una auténtica pesadilla. Sin embargo, me recordé a mí misma que estaba enferma y que yo no estaba allí por ella, sino también por él. Tenía la sensación de que me quería cerca. A día de hoy no sabría decir si eso era lo que él quería o no, si en realidad yo le resultaba indiferente o fui yo la que, irracionalmente, me empeñé en creer lo contrario, pero en aquel momento pensé que él me suplicaba en silencio que no lo dejara solo para enfrentarse a ella y a sus ridículos y frustrados deseos.

Supongo que me sentía unida a él porque yo sabía lo que era no poder expresarte libremente en tu propia casa y me recordaba cómo me sentía cuando aún vivía con mis padres. Mi padre y mi madre son cristianos evangélicos, unos obsesos del control, dos expertos en chantaje emocional; me pasé toda mi infancia y mi adolescencia fingiendo ser quien ellos querían que fuera, reprimiendo mi verdadera personalidad porque durante toda mi vida había tenido, suspendida sobre mi cabeza, una espada de Damocles que nunca fue verbalizada aunque era totalmente real: rebelarse ante cualquier cosa, por pequeña que fuera, significaba causar a toda la familia un daño irreparable.

Sin duda alguna, aquel día, en Cherub Cottage, él y yo nos unimos en una conspiración: nosotros contra ella. Sí, le daríamos lo que quería, aunque ambos sabíamos que el resultado sería horrible, que nosotros estábamos en lo cierto mientras que ella era una estúpida. No solo éramos conscientes de ello, sino que disfrutábamos sabiéndolo. A pesar de lo que ocurrió después, sé que no fueron imaginaciones mías: él era tan consciente como yo de nuestro secreto y de nuestra superioridad.

Acepté el encargo de rediseñar su jardín y les entregué uno de mis cuestionarios para que lo rellenaran. Se lo

entregaba a todos mis clientes, por mucho que pareciera una formalidad, ya que la mayoría de ellos me habían descrito exactamente lo que querían. Con el tiempo había descubierto que el hecho de tener que responder a una serie de preguntas ayudaba a la gente a tener una idea más clara de lo que deseaba, y, además, a mí me facilitaba mucho las cosas.

Ella le pasó el cuestionario a él sin echarle siquiera un vistazo. Concerté una nueva reunión para unos días después y les dije que aprovecharía para tomar medidas. Cuando faltaba poco para el día de la reunión, me di cuenta de que tenía ganas de volver a verlo. Cuando llegué a la casa, ella no estaba. Él estaba solo; parecía sentirse culpable y más cohibido que la última vez que lo había visto. Era como si tuviera miedo de hablar en su ausencia, sin que ella lo controlara todo. Cuando le pregunté dónde estaba, él se encogió de hombros. «Pero puede tomar las medidas», me dijo. No me devolvió el cuestionario, sino unas cuantas hojas arrugadas que no me decían nada, llenas de una caligrafía inclinada hacia la izquierda.

Me sorprendí al ver que él había transcrito todas mis preguntas y había escrito las respuestas a mano. «¿Por qué no ha contestado en el formulario que les di?», le pregunté. Él se encogió de hombros. Sus respuestas —porque estaba claro que no las había escrito ella, sino él— eran cortas. Debajo de la pregunta «¿Quién va a utilizar su jardín?», había escrito: «Nosotros». A la pregunta «¿Para qué van a utilizarlo?», había respondido: «Para sentarnos». Estuve a punto de echarme a reír cuando vi que había respondido con una sola palabra a la pregunta más larga: «¿Quieren remodelar su jardín de una vez o prefieren hacerlo de forma gradual, año tras año? ¿Quieren un jardín "instantáneo" o están dispuestos a esperar para verlo crecer?». Bajo mi pregunta, escrita mano, solo había una palabra: «Rápido».

Tomé medidas, tal como les había anunciado, y cuando entré de nuevo en la casa, me estaba esperando con una copa de vino tinto. Él también se sirvió otra. No me atreví a decirle que tenía que conducir y me pareció raro que hubiese decidido, sin preguntármelo antes, que me apetecería tomar una copa de vino.

Me hizo pasar al salón, que hasta entonces no había visto. Era horrible y artificial, con aspecto de «tenemos todo lo mejor de». La moqueta era de color mostaza y las paredes de un blanco brillante, al igual que los tres sofás de piel, que formaban un cuadrado frente a un televisor de dimensiones obscenas que parecía devorar todo el espacio y la energía del salón. Junto a uno de los sofás había una mesita de té en forma de cubo, recubierta de espejos; junto a otro, perfectamente colocadas, estaban las pantuflas con cabeza de perro y sus lenguas rojas que le había visto llevar a ella. En las paredes había tres fotografías casi tan grandes como el televisor; eran lo único que decoraba el salón. «No son mías», me dijo, al ver que las estaba observando. Traté de disimular mi disgusto, aunque creo que no lo conseguí. En las tres fotografías aparecían los dos. Iban descalzos, y parecían idílicamente felices, posando ante un inmaculado fondo blanco. Habían sido ampliadas, a fin de que cada una ocupara casi una pared entera. En una de ellas daba la impresión de que el fotógrafo les hubiera dicho que corrieran hacia la cámara y se dejaran caer en el suelo: los dos se reían, con las piernas entrecruzadas. En otra, ella tenía un aspecto solemne, con la cabeza ladeada y una expresión avergonzada; él, de perfil, le rozaba la mejilla con los labios… Supuestamente, se trataba de un momento muy íntimo, inmortalizado para siempre, que, después de haber sido ampliado y colgado en la pared, parecía decir a los invitados: «Mirad lo felices que somos».

Estaba tan absorta mirando las fotos que no me di cuenta de que él se había colocado a mi lado. Cuando intentó besarme, di un brinco, apartándome y derramando el vino en la moqueta. Él salió corriendo a buscar un quitamanchas. Esas prisas me resultaron familiares. Era yo, trece años antes, cuando oía el coche de mis padres una hora antes de lo previsto; salía corriendo hacia mi habitación para esconder el libro que estaba leyendo: Jinetes, de Jilly Cooper. Era una experta. Cuando mi padre entraba en el salón, yo estaba sentada de nuevo en el sillón, leyendo la biografía del arzobispo Thomas Crammer, con el corazón desbocado.

El quitamanchas funcionó. Al cabo de unos segundos, las gotas de vino tinto habían desaparecido, pero él siguió echando espuma sobre la moqueta. Debió de usar todo el bote. Aunque no estaba junto a él, sabía cómo latía su corazón.

Llevó las copas de vino a la cocina…, un lugar seguro: el suelo no era de moqueta, sino de linóleo. De repente, su expresión se volvió cautelosa. Puede que finalmente se hubiera dado cuenta de lo que su estado de alerta le había impedido ver: había intentado besarme y yo lo había rechazado.

—¿Por qué estás con ella? —le pregunté.

Sabía que era una pregunta indiscreta, pero el ambiente era tan tenso que creí que podía saltarme el protocolo.

—Las fotografías no son tan malas —dijo, como si le hubiese preguntado por ellas.

—¿Es porque está enferma?

—¿Enferma?

Sentí que un nudo apretaba mi garganta.

—Ella me dijo que se estaba muriendo.

Él asintió con la cabeza.

—A veces dice esas cosas.

Eso me decidió.

—No puedo trabajar para vosotros —dije—. Para ella.

Habría querido que intentara besarme de nuevo.

—Ahora no puedes echarte atrás. Ella te quiere a ti.

—Me da igual… —empecé.

—Yo te quiero a ti. Quiero enseñarte algo.

En una especie de trance, lo seguí hasta el piso de arriba, pensando que, después de ver lo que tenía que ver, me iría. Me llevó a un cuarto que tenía un tragaluz; el espacio era tan reducido que ni siquiera habría cabido una cama. En el centro de la habitación, en el suelo, había una maqueta de un tren con tres vagones, pintada de azul y rojo. A su lado había una silla alrededor de la cual se amontonaban lo que parecían cómics de superhéroes: Spiderman, El increíble Hulk… Alineados junto a la pared había varios pares de botas de hombre, negras y marrones, en el alféizar de la ventana, un lector de CD portátil, rodeado de torres para los discos.

—Esta habitación es mi guarida —dijo—. Esto es mío.

Señaló un cuadro que colgaba de la pared. Era un rectángulo bastante largo, de la misma medida que un espejo de armario; me hizo pensar en los carteles de propaganda soviética, aunque las palabras estaban en francés —État en la parte superior y Exactitude en la parte inferior—, escritas en letras muy gruesas sobre la imagen en rojo, negro y gris de un enorme tren saliendo a toda velocidad de un túnel.

—Es bonito —dije, sin saber si él esperaba alguna reacción por mi parte.

Sin embargo, cuando dije eso, él sonrió, y me alegré de haber mentido. El cuadro me parecía horroroso, violento, casi fascista.

Me fui poco después, cumpliendo lo que me había prometido a mí misma, aunque ambos sabíamos que iba a encargarme del jardín, tal y como habíamos acordado. Cuando volví a la cocina para recoger el bolso, descubrí mi cuestionario —la versión impresa que les había entregado en

nuestra primera reunión— debajo de un montón de revistas de decoración y jardinería. Vi que habían escrito en él; la letra no era grande ni inclinada hacia la izquierda, sino pequeña y redondeada. Él se dio cuenta de que lo había visto; se metió las manos en los bolsillos al ver que lo cogía para leerlo. No era muy difícil adivinar qué había ocurrido: él, consternado, y con razón, al ver lo que ella había respondido, había escrito las preguntas para entregarme unas respuestas menos ofensivas. Su consideración me llegó al alma. Creo que me enamoré de él en aquel momento, cuando leí lo que ella había escrito y me di cuenta de lo mucho que se había esforzado por no herir mis sentimientos.

Debajo de la pregunta «¿Cuánto tiempo piensan vivir en esta casa? ¿Debo hacer un proyecto a cinco, diez o veinte años vista?», ella había escrito: «No soy vidente». A la pregunta «¿Desean intimidad? ¿En alguna parte específica del jardín?», había contestado: «Ya tenemos intimidad. No hay ninguna parte de nuestro jardín que esté a la vista. ¿Está segura de que este cuestionario genérico no es malo para su negocio? ¿Por qué no adapta sus preguntas a las necesidades de cada cliente?».

En persona había sido grosera, pero aquello era mucho peor. Había podido reflexionar sobre aquellas palabras antes de ponerlas por escrito. Sin embargo, se había guardado la respuesta más hiriente para la pregunta final. En ella planteaba cuestiones como el pH y la composición del terreno, qué microclimas debería tener el jardín, zonas heladas y abrigadas, temas relacionados con los vientos. La mayoría de mis clientes no sabían nada sobre estas cosas y solían escribir «No estamos seguros» o «No lo sabemos», pero aun así creía que merecía la pena plantear la pregunta, porque a veces la gente sabía más de lo que yo creía, y me resultaba de gran ayuda contar con esa información.

Debajo de la última pregunta, ella había escrito: «¡Búscate la vida!».

—Lo siento —se disculpó él—. No lo dice en serio.

—¿Siempre es así? —le pregunté.

Dadas las circunstancias, me pareció pertinente.

—Volverás, ¿verdad?

—No estoy segura.

—Por favor… Yo… Prometo que no volveré a tocarte —dijo, ruborizándose.

Pensé en su «guarida», el gueto en el que ella lo había confinado dentro de la casa que consideraba suya, y en mi habitación de la casa de mis padres, en los tapices con frases bordadas por mi madre que colgaban de la pared: «Jesús escucha en silencio todas las conversaciones»; «Siete días sin oración te hacen ser débil»… Supongo que buscaba a alguien cuyo dolor se pudiera igualar el mío. Y lo mismo buscaba unos años después, cuando conocí a Aidan, cuando el dolor del otro tenía que ser muy grande para poder compararse con el mío.

Desafiando la razón, acabé aceptándolos como clientes. En mis sucesivas visitas a Cherub Cottage, ella estuvo allí, y él se comportó como la primera vez que lo vi: no paró de dedicarme elocuentes sonrisas a su costa. Traté de no cruzarme con su mirada, pero me resultaba muy difícil. Me costaba creer que fuera el mismo hombre que, el día que ella estuvo ausente, se había comportado como un muchacho torpe. Empecé a tener fantasías sexuales con él, aunque en ellas había algo más que sexo. En mi idealizada versión de nuestra historia, el destino me había adjudicado una misión muy clara: yo era la única persona que podía salvarlo de ella. Si lo abandonaba a su suerte, él nunca podría escapar de sus garras ni de la triste y angustiosa vida que llevaba a su lado.

Durante las semanas siguientes, trabajé en el proyecto de su jardín. En la primera reunión, ella había dicho que quería

«algo oriental», que luego resultó ser un pedestal con un enorme Buda de granito que había visto en un catálogo. No intenté disuadirla. Si quería que el elemento central de su pequeño jardín en Lincolnshire fuera un hombre de piedra gordo sobre un pilar, peor para ella.

Las obras empezaron en marzo del año 2000 y duraron un mes. Contraté a varios jardineros para que me echaran una mano, algo de lo que ella se quejó. «Pensé que lo haría usted», dijo. Tuve que recordarle que le advertí que solo me ocuparía del proyecto y de colocar las plantas. No le pedí explicaciones sobre su mentira, y ella no volvió a hablarme de su falsa enfermedad terminal.

Cuando me quedaba a solas con él, lo pinchaba para que la dejara. Le dije que habría querido corresponderle cuanto intentó besarme, pero no pude hacerlo porque ya estaba comprometido. A veces me decía que lo entendía, pero otras se echaba encima de mí, diciéndome: «Ven aquí». Trataba de abrazarme, pero yo no dejaba que me tocara. Le decía que si se quedaba con ella sería un prisionero el resto de su vida, mientras que si la abandonaba, podría tenerme a mí. Me decía que no podía dejarla, lo cual no hacía sino aumentar mi determinación. Estaba convencida de que solo yo sería capaz de liberarlo; tenía que seguir insistiendo. Empecé a vestirme con ropa provocativa para ir a trabajar, asegurándome de que viera mi escote. Me ponía faldas muy cortas y me inclinaba cuando sabía que estaba detrás de mí, para que pudiera ver mi ropa interior. Quería que supiera lo que se estaba perdiendo.

En aquel momento estaba demasiado implicada para poder diferenciar el amor de lo que era una obsesión malsana. Para mí, se trataba de una batalla entre el bien y el mal: yo era el bien y ella el mal, y yo debía vencer si quería salvarlo. Sin pensarlo dos veces, decidí jugar sucio: traté de sobornarlo, habiéndole de dinero. Le dije lo que ganaba —

mucho más que una maestra de una escuela primaria— y que, económicamente, él estaría mucho mejor conmigo que con ella, siempre congratulándome por mi virtuosa negativa a acostarme con él. Intuyendo que ella no podía tener hijos o que no quería tenerlos para que no estropearan su inmaculado salón blanco, le dije que quería tener hijos con él. Eso no lo animó a dejarla, pero le hizo llorar. «No puedo —decía, una y otra vez—. Simplemente no puedo».

El día que el jardín estuvo terminado, los dos estaban trabajando. Era espantoso, pero era exactamente lo que ella había ordenado: flores rosas, pizarra violeta, caminos de grava y una divinidad oriental. Me debían más de veintitrés mil libras. Ella fue la primera en llegar del trabajo y, al ver el jardín, se echó a llorar: «Lo odio —dijo—. Es horrible».

Eso no me lo esperaba. Cuando le pregunté cuál era el problema, me respondió: «No lo sé. No es como me lo había imaginado. ¡Espero que no crea que voy a pagarle por esto!». Empezó a sollozar, subió de nuevo al coche y se fue. No me quedaba otra opción que esperarlo a él. Cuando le conté lo ocurrido, enarcó las cejas, como si se tratara de algo sin importancia, y dijo:

—Volverá. No te preocupes, tendrás tu dinero.

—¡Por supuesto que lo tendré! —exclamé—. Firmasteis un contrato.

—¿Y qué haré yo cuando te vayas? —me preguntó.

Me cogió las manos y me besó en los labios. Echándome hacia atrás, dije:

—Tenemos que hablar. En serio.

Por fin, pensé, se había dado cuenta de que tenía que dejarla.

Se había convertido otra vez en un muchacho torpe. Hasta entonces, nunca le había hablado de mi educación religiosa, pero ahora iba a utilizarla a mi favor. Ya que la había padecido durante dieciocho años, al menos ahora iba a servirme de

algo, pensé. Le dije que era cristiana y que me hubiera gustado acostarme con él, pero que no me parecía justo hacerlo con un hombre que ya tenía pareja. Le solté un bonito discurso sobre la santidad del matrimonio y sobre el imperdonable pecado del adulterio, la clase de cosas que solían decir mis padres. Aunque no estaba casado con ella, vivían juntos como marido y mujer; desde mi punto de vista, le dije, era lo mismo.

Yo no creía ni una sola palabra de lo que le dije. Estaba utilizando el sexo, o la promesa de hacerlo, como un estímulo para que la dejara por mí.

—¿Me estás diciendo que quieres casarte conmigo? —me preguntó, como si la idea lo hubiese golpeado y le taladrara el cerebro.

En realidad, no era mi intención, pero solo porque no se me había ocurrido. Leí la verdad en su mirada y supe que no me equivocaba: él se lo había propuesto, puede que en varias ocasiones, y ella le había dicho que no.

—Sí —dije—. Quiero casarme contigo.

Él apretó los dientes, se agarró el pelo con las manos y cerró los ojos.

—No puedo dejarla —dijo.

Volví a casa, derrotada. Tres días más tarde me llegó un cheque por la cantidad que me debían. Dos semanas después, él me llamó. «¿Diga?», contesté, pero solo oí el silencio, aunque sabía que era él. Dije su nombre; era un nombre común, muy popular, un nombre que me sobresalta cada vez que lo escucho, incluso después de todos estos años.

Me pidió que fuera a su casa.

—Ahora —dijo—. Por favor.

—¿La has dejado? ¿Vas a dejarla? —le pregunté.

Me dijo que sí.

No le creí, pero me metí en el coche y me dirigí a Cherub Cottage porque quería que fuera verdad. Cuando llegué, estaba solo. Me sirvió una copa de vino. Sabía raro, pero me lo tomé. Me dijo que ella se había ido y que no volvería; trató de convencerme de que lo acompañara arriba. Me negué. Sus cosas seguían allí: las pantuflas con cabeza de perro, sus revistas, su diario. Sabía que él me estaba mintiendo.

—Entonces, abrázame —dijo.

Me pareció algo inofensivo, y mis deseos de acariciarlo, después de dos semanas sin verlo, eran más fuertes que nunca. Nos tumbamos en uno de los sofás del salón. Mientras me quedaba dormida entre sus brazos, pensé que no me importaba que no me hubiera dicho la verdad. El hecho de que fingiera me parecía comprensible, y di por sentado que ella tardaría en volver. Puede que se hubiera ido a casa de una amiga. Ingenuamente, seguía pensando que iba a dejarla, que había descubierto que no podía vivir sin mí, y que por eso me había llamado con tanta urgencia.

No luché contra el sueño cuando me venció. Seguro que pensé que era a causa del vino, o porque me sentía feliz y relajada a su lado. Fue después cuando descubrí que me había drogado: había disuelto cuatro comprimidos de dos miligramos de clonazepam en el vino.

Cuando me desperté, o, mejor dicho, cuando recuperé la conciencia, estaba atada a la columna de piedra, en el jardín trasero. No podía mover los brazos, sujetos a los flancos, y me habían tapado la boca con cinta adhesiva; tenía algo dentro. Creo que se trataba de una esponja de baño rosa. Hay muchas cosas de las que me enteré luego, por la policía y en el juicio.

No podía gritar ni moverme. Y tampoco era capaz de comprender qué me había ocurrido ni por qué, y eso era lo peor de todo. Al principio estaba sola en el jardín, sola con mi terror. Luego, ella salió de la casa. Al verme, se echó a reír y

me dijo que me sacaría lo que tenía en la boca si le prometía que no iba a ponerme a gritar o a chillar. Asentí, porque había llorado y me costaba respirar por la nariz: tenía miedo de ahogarme. Entonces, ella me quitó la esponja de la boca.

—Te has estado follando a mi hombre, pensando que te saldrías con la tuya.

Le dije que no era verdad.

—Sí, claro que sí. No mientas.

Le juré que no lo había hecho y le supliqué que me desatara.

—Le dijiste que me dejara, ¿verdad?

Eso no podía negarlo. Volvió a meterme la esponja en la boca, me la tapó de nuevo y se metió otra vez en la casa.

Cuando volvió a salir, era casi de noche. Se agachó y cogió un puñado de piedras de uno de los caminos recién hechos. Me lanzó una desde un metro de distancia y me dio en la mejilla. Me dolió mucho más de lo que creía, a pesar de que la piedra era pequeña.

—En algunos países te lapidan hasta morir por follarte al hombre de otra mujer —dijo.

Entonces fue cuando la situación empeoró. No podía hablar para defenderme. Siguió tirándome piedras, a veces desde lejos y otras situándose delante de mí: a la cabeza, al pecho, a los brazos y a las piernas. Y así durante horas. Al cabo de un rato, el dolor era insoportable.

Sacó una mesa y una silla al jardín y luego apareció con una botella de vino, un sacacorchos y una copa. Estuvo bebiendo durante toda la noche —después de la primera, otras dos botellas— y lanzándome piedras, las piedras que yo había encargado para ella. Le había traído dos muestras de distinto tamaño para que eligiera; gracias a Dios, se había decidido por las más pequeñas. Si hubieran sido más grandes, habría muerto, según me dijeron después. No me las tiraba de forma continuada; a veces paraba y se sentaba, tomaba

vino y me sermoneaba. Me dijo que tenía la suerte de vivir en Inglaterra y no en otros países, porque aquello no era nada comparado con lo que me habrían hecho en algunos de ellos.

A la mañana siguiente, las cosas se pusieron más feas. Me sacó la esponja de la boca y me metió en ella un puñado de grava, ordenándome que me la tragara. La escupí, pero ella me metió otro puñado y trató de que la engullera. Al final me la tragué y ella siguió metiendo un puñado tras otro. Tras haberme obligado a comer las piedras, lo prefirió a lanzármelas.

Después de eso, mis recuerdos son borrosos. Entre un desvanecimiento y otro, perdí la noción del tiempo; no sabía si era la primera noche o la del día siguiente. Luego supe que había pasado setenta y dos horas atada al pedestal. En algún momento, ella me arrancó la cinta de la boca y le vomité sangre encima. Eso la puso furiosa y me abofeteó.

Al cabo de un rato, en el pecho y el estómago, sentí un dolor muy intenso que parecía irradiar por toda mi espalda. Estaba muerta de sed. A veces, cuando me quitaba la cinta de la boca, le pedía agua, y ella se echaba a reír. Pensé que, si no moría antes por asfixia, moriría de sed. Empecé a vomitar un líquido claro que se filtraba por debajo de la cinta adhesiva. Con una sonrisa sarcástica, me dijo:

—Dices que tienes sed, pero estás vomitando agua. Trágatela y se te pasará la sed.

Perdí la lucidez. No era capaz de razonar, y cuando ella me dejaba hablar, decía incoherencias. Entendía lo que me decía, pero no podía pensar con claridad. Todo me parecía muy lejano, salvo el dolor: me invadía a oleadas, con fuertes e incontrolables espasmos en el estómago que eran incluso peores que la sed. Luego empecé a escupir las piedras que me había tragado. Fue algo agónico.

Más tarde, los médicos me informaron de todas las lesiones que había sufrido: graves perforaciones en la laringe

y el esófago, que provocaron algo llamado mediastinitis. Tuvieron que intervenirme para suturar los cortes y me practicaron una endoscopia para inyectarme adrenalina en aquellos que no podían suturarse. Tenía fisuras anales, el intestino perforado, peritonitis y el íleo paralítico. Son términos que la mayoría de la gente nunca oirá decir, aunque tuve que escucharlas repetidamente en el hospital y en el juicio. No paraban de sonar dentro de mi cabeza: eran todas las cosas que ella me había hecho. Me tuvieron que hacer una laparotomía, que fue lo que me dejó la cicatriz.

Estuve tres semanas en el hospital. Me resulta más fácil contar esta parte, cuando me rescataron y cuidaron de mí con el mismo empeño con el que ella me había torturado. Lo más extraño de todo fue que, en un momento dado, ella decidió soltarme. Podría haberme matado —lo único que debía hacer era dejarme allí—, pero llamó a la policía, llorando, y les dijo que se presentaran en la casa. En el juicio pusieron la grabación de la llamada, en la que ella decía: «Vengan en seguida; hay una mujer que está malherida, creo que se está muriendo». Cuando llegó la policía, ella estaba borracha y tenía un ataque de histeria; afirmaba no saber por qué había una mujer medio muerta en su jardín, atada a la columna.

Él fue declarado culpable de detención ilegal y lesiones. Confesó haberme drogado con clonazepam y atado, aunque no explicó las razones por las que había hecho tales cosas. Aunque había sido ella quien me había provocado las lesiones, él también fue declarado culpable de ese cargo porque, legalmente, se le consideró «más que corresponsable» de la agresión a la que me había sometido ella. Él reconoció saber de antemano lo que ella tenía planeado, aunque en principio solo pensaba tirarme las piedras, conforme al castigo por adulterio basado en la sharia: la idea de hacer que me las tragara la había improvisado sobre la marcha.

Después de aquel aislado momento de flaqueza en el que había llamado a la policía, salvándome la vida, ella volvió a ser la de antes. Desoyendo el consejo de sus abogados, se declaró inocente; dijo que él había sido el responsable de todo, que ella no tenía nada que ver con lo ocurrido y que ni siquiera estaba al corriente del plan.

Una vez que estuve recuperada y salí del hospital, lo único que quería era, en la medida de lo posible, olvidar todo lo ocurrido. No recuerdo cuándo me di cuenta de que la gente que supuestamente estaba de mi parte intentaba someterme a un nuevo suplicio, algo que no me veía capaz de resistir: un juicio, con la publicidad que eso conlleva. Me dijeron que no podía impedir que los periódicos publicaran mi nombre, ya que la agresión no había sido de carácter sexual. Me negué a hablar con la prensa, y publicaron su versión de los hechos como si fuera la verdad: yo me había acostado con su novio y ella me había lapidado para castigarme. En el juicio, durante el interrogatorio, ella afirmó en más de una ocasión que yo era una adúltera y que me lo merecía, aunque mantuvo que había sido él quien me había lapidado. El jurado no la creyó. Todo el mundo se dio cuenta de que se sentía orgullosa de lo que había hecho.

No sé lo que él le habría contado. No veo por qué tendría que decirle que habíamos mantenido relaciones sexuales, cuando no era así… ¿Qué beneficio suponía eso para él? En mi opinión, creo que él le dijo la verdad, aunque ella no lo creyó, o bien le creyó pero fingió no haberlo hecho. Después de todo, cuanto más grave fuera mi ofensa, más justificada era su reacción. Naturalmente, no puedo demostrarlo, pero no creo que ella me castigara por haberme acostado con su novio, por mucho que lo afirmara en el juicio. Me castigó por el miedo que sintió al descubrir que yo estaba librando una batalla para que se separaran. Tal vez tuvieron una pelea y él le dijo que iba a dejarla por mí y, al verse ante un abismo de

horror y desesperación, se daría cuenta de que sin él no era nada. En un momento así, alguien puede perder todo lo que le hace ser quien es.

El hecho de que mi nombre apareciera constantemente en la prensa, ligado a una versión tergiversada de la historia, me condenó a vivir un infierno. Sabía que todos lo sabían, o al menos creían saberlo, y que nunca podría escapar de los rumores de la gente. Una noche, en una emisora de radio local, un oyente dijo que yo «seguramente me lo merecía» y que «las mujeres deberían mantener las manos lejos de lo que era de otras mujeres». Entonces sufrí otro golpe: la policía me dijo que tendría que comparecer en el juicio para declarar contra ella. Cuando me lo comunicaron, me vine abajo; sí, de forma literal: me vine abajo físicamente. Evidentemente, no quería que ella saliera impune. Sin embargo, tampoco quería volver a estar cerca de ella, por mucha protección que tuviera. No quería sentarme en la sala y escuchar al agente de policía James Escritt describir el estado en el que estaba cuando me encontró en el jardín de Cherub Cottage.

Para conseguir una condena, eran necesarios mis informes médicos; yo tenía que autorizar al hospital a presentar una declaración sobre las condiciones en que me encontraba cuando ingresé. Supliqué que me eximieran de comparecer en el juicio a cambio de autorizar la declaración médica, pero era imposible. Me dijeron que si no testificaba, la fiscalía desestimaría el caso, porque las probabilidades de conseguir un veredicto de culpabilidad serían inferiores a un cincuenta por ciento. James Escritt, que había sido mi principal contacto incluso después de la intervención del departamento de investigación criminal, hizo todo lo posible por conseguir que yo testificara protegida por una pantalla o desde otra sala de los juzgados, a través de videoconferencia, pero el juez no lo aceptó. Había tenido mala suerte —todavía más—, ya que, al

parecer, me habían asignado un juez que era famoso por su inflexibilidad.

En la sala, yo estaba hundida: temblaba, babeaba; era incapaz de moverme con normalidad. Era como si todas las partes de mi cuerpo estuvieran descoyuntadas y fueran a romperse en cualquier momento. Durante mi interrogatorio, hubo que suspender la vista en dos ocasiones a causa de un desmayo. Mis padres querían estar a mi lado durante el juicio, pero conseguí convencerles de que no asistieran. Desde niña, su presencia no me hacía sentir mejor cuando tenía problemas, sino mucho peor. Afortunadamente, los disuadí sin tener que decir nada desagradable o demasiado sincero. No me fiaba de los amigos que insistían en asistir para darme «apoyo moral»; sospechaba que lo que querían, en realidad, era presenciar en directo una historia morbosa de la que hablarían durante años.

Él testificó contra ella, ratificando mi versión de los hechos. Puesto que se había declarado culpable, no hubo que juzgarlo. Ella fue declarada culpable; cuando anunciaron el veredicto, se echó a llorar. «¡No es justo! —exclamó—. ¿Por qué el sistema siempre castiga a la víctima?». Él también lloró al escuchar el veredicto, aunque había contribuido a condenarla. Sin pronunciar las palabras, solo moviendo los labios, vi que decía: «Lo siento». Pero se lo decía a ella, no a mí.

Aquella fue la última vez que los vi. No asistí a la lectura de las sentencias, aunque me informaron de sus condenas: siete años para él y diez para ella, porque se había declarado inocente. A través del oficial de enlace que me habían asignado, dejé claro que no quería que la fiscalía me enviara ninguna clase de información sobre ellos. Me ponía enferma solo de pensar que un día podría llegarme una carta informándome de que uno de los dos había sido puesto en libertad por buena conducta. Prefería no saberlo.

Después del juicio me quedé en Lincoln tres años más; tenía la sensación de que también estaba en la cárcel. Toda la gente que me encontraba me hacía preguntas indiscretas o parecía mortificada por tener que hablar conmigo. Nadie quería que diseñara su jardín, y aunque alguien lo hubiera querido, no habría podido, me parecía algo implanteable. Aun así, no decidí mudarme y empezar una nueva vida hasta cierto día de 2004.

Fui a cenar a casa de mis padres, y, por una vez, decidí ser un poco sincera cuando me preguntaron cómo estaba. «Mal —les contesté—. Creo que siempre me sentiré mal».

Como ya me imaginaba, empezaron a decirme que rezara y que pidiera ayuda a Jesús. Entonces, mi madre me dijo: «Ya sabes que Él te perdonará. Nosotros ya te hemos perdonado; lo hicimos en cuanto nos enteramos de lo ocurrido. Jesús es bueno y misericordioso…».

La interrumpí y le pregunté: «¿Perdonarme qué?», porque sabía a qué se referían. Solo podían referirse a una cosa. Hasta ese momento no se me había ocurrido que mis padres no se hubieran creído mi historia. Creían las mentiras que había contado ella, las que publicaron los periódicos y las que se escuchaban de noche por la radio; estaban convencidos de que me había acostado con él. Después de todos aquellos años esforzándome y fingiendo para no contrariarlos, no me creían a mí, sino a la mujer que había estado a punto de matarme.

«No creo en Dios —le dije—. Pero, en el caso de que exista, espero que no os perdone. Espero que prenda fuego a vuestras almas». Tras todos esos años intentando no decepcionarlos, descubrí de repente que me moría de ganas de destruir su pequeño y mezquino mundo lleno de fantasías, de decirles cosas que los atormentaran y que nunca serían capaces de perdonar. No me retracté. Les infligí todo el dolor

que pude solo con palabras y luego salí de su casa, dejándolos devastados y llorando.

Poco después me mudé a Spilling. Allí, todo iba mejor. Nadie parecía saber nada sobre mí; podía decir mi nombre sin que la gente me dedicara esas miradas que tanto me angustiaban en Lincoln. Mandé a mis padres el número de mi apartado de correos, pero nunca lo han utilizado. Seguramente debería sentirme muy mal, pero no es así. Me siento libre. He alquilado una casa en Blantyre Park, que es todo lo contrario a un jardín privado. No hay ningún sitio donde puedan atarme y torturarme. Me indigna pensar que eso fue lo primero que me llamó la atención del lugar, pero la vida es un asco. Y me indignó que tú, Mary, aparecieras en la galería en la que tanto me gustaba trabajar con Saul para arruinar de nuevo mi vida. Me indignó cuando fui a ver a Charlie Zailer a la comisaría y se me metió una piedra en el zapato; me hizo un corte tan profundo que apenas podía andar. No era capaz de quitármela, no podía soportar la idea de ver o tocar una piedra que se clavaba en mi piel. Ni siquiera puedo pronunciar la palabra piedra. Me sorprende que sea capaz de escribirla. El viernes pasado fui a ver a Charlie Zailer. ¿Te lo ha contado? Sé que ha estado en tu casa y que habéis hablado de Aidan. Acudí a ella porque Aidan me dijo que te había matado; estaba asustada y no sabía qué hacer. Él cree que te estranguló, o al menos eso dice. Le contó a la policía que tú estabas desnuda cuando ocurrió, en la cama de matrimonio de tu habitación. Poco después de que él hiciera su «confesión» descubrí quién eras tú: la mujer que me había atacado en la galería de Saul. ¿Por qué mi novio diría que había matado a alguien que seguía con vida? Sé que tú sabes algo al respecto, Mary. Tienes que saberlo. Y no me importa lo dura que sea la verdad. Lo único que quiero es entenderla.

Ruth

11

Martes, 4 de marzo de 2008

—Ahora te toca a ti —le digo a Mary cuando levanta los ojos de mi carta—. Me lo prometiste. Dijiste que era lo justo. ¿Dónde está Aidan?

—Aidan Seed —dice ella, con voz queda—. El hombre al que estás segura de que conozco.

—¿Mató a Martha Wyers? ¿Lo hiciste tú? ¿Fuisteis los dos?

El cuadro sigue grabado en mi memoria. No creo que pueda olvidarlo jamás. Nadie pintaría un cadáver así, con todos sus morbosos detalles, a menos que se deleitara en esa muerte y quisiera saborearla. El cuadro tenía un aire de triunfo; no creo que sean imaginaciones mías. Me gustaría volver a verlo, pero me da miedo ir al piso de arriba otra vez; temo que Mary ya no esté aquí cuando vuelva. No pienso perderla de vista, no hasta que haya respondido a todas mis preguntas.

—Fue Martha quien mató a Martha —dice, encendiendo un cigarrillo—. Se ahorcó. Supongo que crees que tengo una mente retorcida por haberla pintado así.

Finjo no haber oído lo que ha dicho. No me sacará nada hasta que me cuente algo.

—La gente se enfrenta al dolor de maneras muy distintas. —Su voz se endurece, como si estuviera molesta por tener que justificarse—. Cuando pierdes todo lo que te importaba, quieres demostrarlo de un modo tangible.

—Tú querías a Martha.

—Sí, mucho. Y al mismo tiempo, no lo suficiente.

—¿Crees que podrías haberla salvado?

—Habría podido y debería haberlo hecho.

—¿Qué pasó?

Me inclino hacia delante. No sé qué hora es, pero es tarde. Fuera es de noche. Mary no ha corrido las cortinas. De vez en cuando se queda mirando la farola que hay al otro lado de la ventana, escrutando la oscuridad con la mirada. ¿Buscando a Aidan?

—Este hombre —dice, agitando la carta ante mí—. ¿Hubo alguien antes de él? ¿Otros hombres? ¿Chicos? ¿Mujeres?

Sonríe.

¿Cuántas preguntas tendré que contestar antes de que responda a la mía?

—Al principio solo salía con buenos chicos cristianos, los hijos de los amigos de mis padres.

—Me sorprende que te dejaran salir con alguno —dice Mary.

—Solo después de cumplir los dieciséis, y con la condición de ir a un lugar público, como el cine. Cuando me fui de casa y ya no pudieron controlarme tan fácilmente, siempre buscaba chicos que no se parecieran en nada a los que conocía de la iglesia. Cuanto más lejos de ese mundo, mejor. Salía con chicos que habrían destrozado a esos beatos.

—Eso suena peligroso.

—En realidad, no. No sentía ningún respeto por esos chicos; no me importaban nada. Solo quería demostrar que podía acostarme con quien quisiera y que eso no era el fin del mundo. Y así era. El primer hombre por el que sentí algo fue… él.

—¿Y Aidan Seed?

—¿Qué quieres decir?

—Le quieres.

—Sí.

Mary sonríe al verme dudar.

—Un hombre que te dice que ha matado a una mujer que tú sabes que está viva: yo. Un hombre que te calienta tanto la cabeza

que casi te vuelves loca.

Odio lo que dice.

—¿No ves que hay una pauta muy concreta?

—Tú no eres psiquiatra —le digo. «Ella odia a Aidan. Le odia más que a nada en el mundo». Con esta intuición, la conspiración que he creado en mi mente, Mary y Aidan unidos en mi contra, empieza a desvanecerse. Al principio me siento aliviada (puedo perdonarle cualquier cosa a Aidan salvo eso, sé que puedo hacerlo), pero el respiro no dura demasiado. No me basta, me digo. No es lo mismo que ser capaz de perdonarlo incondicionalmente.

—Podría serlo —dice Mary—. Creo que no necesitaría ninguna clase de preparación. Lo único que me haría falta es experiencia, que la tengo, y un cerebro, que también tengo.

—Hicimos un trato. Yo te lo he contado todo.

—No, todo no.

¿Cómo puede saberlo? A mi mente acuden todas las cosas que he ocultado: la feria de arte Access 2, la predicción de Aidan sobre los nueve cuadros, su insistencia de que le llevara *Abberton* como prueba. «La prueba de que no había matado a Mary». ¿Por qué alguien que afirmaba haber estrangulado a una persona exigiría una prueba de que no lo había hecho? A veces, al considerar ya como algo normal mi total incomprensión, me olvido del poco sentido que tiene todo. Y entonces vuelvo a recordarlo y sufro un *shock*, como si fuera consciente de ello por primera vez.

—Hicimos un trato —repito.

Mary suelta el aire entre los dientes, con un silbido de disgusto.

—Estás aquí porque quieres saber la verdad sobre Aidan y piensas que yo puedo contártela. No te importa que pueda ser desagradable: quieres saber y basta.

—Exacto.

—Aún estás a tiempo de cambiar de opinión. Puedes salir de esta casa, olvidarte de él y olvidarte de Martha. Y olvidarte de mí. Es la opción más segura.

—Me da igual la seguridad. Quiero saber.

—No conozco a Aidan Seed —dice Mary, mirando al vacío.

«No. No puede ser».

—En otra época, sin embargo, lo conocí. Hace mucho tiempo.

—No he visto a Aidan desde el día en que murió Martha. El 10 de abril del año 2000. —Mary deja mi carta encima de la mesa y se inclina sobre ella, apartándose su enorme mata de pelo de los ojos —. Esas setenta y dos horas… ¿Cuándo fue?

No necesito preguntarle de qué está hablando. Para mí, ese número siempre significará una sola cosa.

—Después. —Me obligo a darle más información sobre mi vida—. Empezaron el 22 de abril.

—Dos fechas bastante cercanas —dice. Acto seguido, su rostro pierde toda expresión—, Aidan estaba allí cuando Martha saltó.

Apenas soy capaz de respirar.

—Y no se lo impidió.

—¿Tú también estabas allí?

—Tres son multitud —dice, con voz cantarina—. No creo que Aidan deseara la muerte de Martha. Es a mí a quien quiere ver muerta. O puede que lo quisiera, y dejara de desearlo cuando ella saltó. Demasiado tarde. Me imagino que te quedas paralizado. —Le tiemblan las manos—. En cuanto saltó, no hubo forma de que yo pudiera levantarla, aunque lo intenté… —Se interrumpe—. Aidan podría haberla izado, podría haberlo hecho, pero no lo intentó. Llamó a una ambulancia. Salió corriendo hacia el teléfono. Huyó. Vio que yo estaba intentando hacer algo, pero no me ayudó. —Respira entrecortadamente, atrapada por el horrible recuerdo—. Se quedó paralizado. Cuando eres incapaz de soportar una situación, te dices que no es real, que es una ilusión. Yo también me lo dije.

—¿Por qué no me ha contado nada de todo esto? —le espeto.

—¿Le contaste tú lo de Cherub Cottage?

—No.

—¿Por qué no?

Sacudo la cabeza.

—No podía.

«No podía contárselo a nadie… hasta que me vi obligada a hacerlo».

—Tal vez quería que siguieras amándolo —sugiere Mary—. ¿Cómo podrías hacerlo, después de saber que había dejado morir a alguien sin mover un dedo?

—Me confesó que te había matado a ti. ¿Por qué diría algo así?

Se frota el labio con el pulgar, hacia delante y hacia atrás.

—Él me quiere ver muerta. Me va a matar, o al menos lo intentará. Es una amenaza.

—¡No! Aidan no es un asesino.

Se echa a reír.

—No te engañes.

—No tiene ningún sentido. Si fuera una amenaza, ¿por qué no te lo ha dicho a la cara?

—Es inteligente. Yo habría llamado a la policía, ¿no? Entiendo que amenazar con matar a alguien es un delito.

—No lo sé.

No puedo pensar con coherencia; soy incapaz de procesar todo lo que me dice.

—Pues claro que lo es. Habría sufrido represalias, y él no quiere eso. Cree que ya ha sufrido bastante.

—¿Por qué? ¿Por qué ha sufrido?

—Su infancia —dice Mary, dando por sentado que sé a qué se refiere.

Me avergüenzo de mi ignorancia. Aidan nunca ha querido hablarme de su familia y no he insistido; yo era igual de reticente a hablar de mis padres. No hagas preguntas, no respondas.

—Luego trató de salvarla —murmura Mary.

—¿Aidan trató de salvar a Martha?

—Después de haber llamado a la ambulancia. No es precisamente enclenque…, bueno, tú ya lo sabes. No le costó bajarla. Los servicios de urgencia debieron decirle que lo hiciera: que

la levantara o que cortara la soga, qué sé yo. Hacer algo para que la cuerda no siguiera asfixiándola.

No quiero visualizar la escena.

—He pensado mucho en eso —prosigue Mary—. Un hombre llama diciendo que una mujer acaba de ahorcarse delante de él. Si tú fueras la persona que atendiera esa llamada, ¿qué pensarías? Darías por sentado que él habría salido corriendo para salvarla, ¿no? Y luego llamarías a urgencias. Y en cuanto descubrieras que ella seguía colgando de la cuerda, agonizando mientras él está perdiendo el tiempo al teléfono, le dirías que corriera para salvarla.

Siento escalofríos.

—Dime, ¿qué piensas ahora de tu novio? Un hombre que solo trata de salvar a una mujer moribunda después de que una voz anónima de una centralita le dice que lo haga; un hombre que se inventa una forma enfermiza y morbosa de amenazarme de muerte. ¿Sabías que me ha descrito con todo detalle, incluida mi marca de nacimiento? —Señala la mancha de piel más oscura que tiene bajo el labio inferior—. Fue su manera de hacerme entender que soy su objetivo. Si le cuenta a la policía que me ha estrangulado, que me ha asesinado, ¿qué harán cuando descubran que estoy vivita y coleando? —Enciende un cigarrillo, tosiendo—. Por lo menos estoy viva, aunque es posible que tenga un cáncer de pulmón, por lo mucho que fumo. La policía no es demasiado lista. Aidan sabía que vendrían corriendo aquí para tranquilizarlo, una vez descubrieran que su historia no era cierta. «¡Pobre! ¡Delira!», dirían. Una lástima. Estaba tan decidido a que lo creyeran que la policía se presentó aquí tres veces. ¿Y si está diciendo la verdad? Aunque todos hemos visto a esa mujer a la que afirma haber asesinado, será mejor que volvamos a comprobarlo. Y entonces apareces tú y también me dices que él afirma haberme matado…

Mary se pone en pie, envolviendo su rebelde mata de pelo con una mano y tirando de él para alisarlo.

—¡Maldito cabrón! Sabía que eso me asustaría más que una amenaza directa. ¿Qué crees que se siente cuando oyes hablar de tu

muerte como si realmente hubiera ocurrido?

—¿Por qué? —le pregunto.

Ella me mira, extrañada. Es una pregunta muy sencilla, obvia.

—¿Por qué querría asustarte Aidan? ¿Por qué iba a querer matarte?

—¿Me dejarías que te llevara a un sitio?

—No. ¿Adónde?

Recuerdo el consejo de Charlie Zailer: «No vaya a casa de Mary».

—A Villiers. —Es el nombre que aparece en el paño de cocina que hay en la cocina de Mary. Lo vi la última vez que estuve aquí—. Es mi antigua escuela. En la propiedad hay una casa, Garstead Cottage. La uso para pintar cuando no estoy aquí. Martha solía escribir allí. Sus padres se la alquilaron a la escuela. Allí estaremos seguras. Martha era escritora…, ¿te lo había dicho?

—No.

Mary lanza un suspiro y se frota las sienes con la punta de los dedos.

—Entonces, no tienes ni idea de cómo se conocieron Aidan y Martha.

—No. —¿Cómo iba a saberlo?—. ¿Por qué se suicidó Martha?

—Ven conmigo a Villiers —dice—. Si quieres saber la verdad sobre mí, sobre Martha y sobre Aidan, hay algo que deberías ver.

12

5/3/08

—El subinspector Dunning ya ha oído todo lo que tengo que decir —le dijo Simon a la inspectora Coral Milward.

Dunning estaba sentado a su lado, con los brazos cruzados, como si llevara una camisa de fuerza. Olía a la misma nauseabunda loción para después del afeitado que llevaba el día antes. «Su versión personal de un arma química», pensó Simon.

Dunning había interrogado a Simon y a Charlie la noche anterior, juntos y por separado. Cada vez, la habitación en la que hablaban era más deprimente. La que ahora ocupaban no era más grande que un retrete; el suelo estaba recubierto de una extraña sustancia que parecía hecha de cerdas de cepillo entrecruzadas. Los bordes se habían descolorido hasta adquirir el color de la herrumbre; en el medio, en torno a un par de agujeros ribeteados de negro, sobresalían unas ásperas hebras. Además de ser muy fea, en la habitación hacía mucho calor. Todo el mundo sudaba, sobre todo Simon, aunque a él no le importaba. En cuanto al olor corporal, como con todo lo demás, estaba orgulloso de desprenderlo proporcionalmente al que recibía.

—No es necesario que vuelvan a interrogarnos —dijo Simon—. Ya le hemos dicho todo lo que sabemos.

Era consciente de los detalles que Charlie había omitido: el retrato que Mary Trelease había hecho de una mujer muerta llamada Martha Wyers, la pared del dormitorio de Ruth Bussey… Sabía que su silencio era producto de la vergüenza. Seguramente no existía

ninguna relación entre Martha Wyers y el asesinato que Dunning y Milward estaban investigando; Charlie no estaba dispuesta a que la tomaran por estúpida, y mucho menos a hablar con un par de desconocidos hostiles sobre la colección de artículos que Ruth Bussey había reunido sobre ella.

Simon no se sentía cómodo con el papel que desempeñaba en esa mentira. Incluso un gilipollas como Neil Dunning tenía derecho a que no obstaculizaran su trabajo. Por otro lado, si Dunning acababa demostrando interés por Bussey y Trelease, tal y como Simon le había recomendado repetidamente que hiciese, acabaría descubriendo por sí mismo la historia de Martha Wyers y la colección de recortes de periódico de Ruth Bussey y habría podido decidir si era algo importante o no.

La noche anterior Dunning solo parecía interesado en hablar sobre el comportamiento «irregular» que Simon había tenido el lunes. Insistía en definirlo así, incluso después de que Simon le explicara que siempre solía llevar las cosas demasiado lejos. «Es curioso descubrir en qué situaciones acabas metiéndote». Nunca pensó que acabaría en una comisaría que no fuera la suya, hablando de sus imprudencias con otro subinspector para demostrar que los comportamientos poco ortodoxos eran algo propio de él y que nunca habían desembocado en una muerte violenta.

Simon sabía que a pesar de que Dunning no creía que hubiera asesinado a Gemma Crowther, pretendía que él sí lo creyera. En cuanto a Coral Milward, era una incógnita. Era una mujer gorda, de mediana edad; rubia, con el pelo corto, y con tres cadenas de oro colgadas del cuello y tres anillos de oro, con camafeos que representaban sendos rostros femeninos, en unos dedos regordetes y de uñas largas. Seguramente serían de coral, para hacer honor a su nombre, pensó Simon. Nunca había visto ni oído hablar de la inspectora Milward, quien, a diferencia de Dunning, no dejaba de sonreír, como en aquel mismo instante.

—¿Nunca les pide a sus testigos que repitan su versión de los hechos? —le preguntó, con un leve acento del suroeste.

—Me alegro de que haya dicho «testigo» y no «sospechoso».

Otra sonrisa.

—He querido ser diplomática. Quiero enseñarle una fotografía.

—¿De Len Smith? —preguntó Simon.

—No.

—Enséñeme una fotografía de Len Smith; así podría decirle que el hombre que usted cree que es Len Smith en realidad es Aidan Seed.

Milward dudó antes de responder.

—No tenemos ninguna fotografía de Len Smith.

—Porque no hay ningún Len Smith. ¿Han encontrado a Seed? ¿Lo han buscado?

Simon solo estaba alerta y en forma cuando se sentía atacado; era cuestión de aprovecharlo. En eso consistía su vida: una lucha por vencer al acoso. Si miraba bien a su alrededor, era posible reducir la intensidad del acoso. Milward consultó sus notas.

—Aidan Seed. El enmarcador.

—El Aidan Seed que ha asesinado a Gemma Crowther. El único Aidan Seed que conozco y del que he estado hablando hasta quedarme ronco. —Simon no pudo aguantarse y añadió—: Si conociera a más de un Aidan Seed, se lo habría dicho. Solo para evitar confusiones. Déjeme ver esa fotografía.

—Luego —repuso Milward—. Por cierto, tenía razón con respecto al coche de Seed. Estaba aparcado frente a la casa de Gemma Crowther.

—Y aún seguirá allí. Seed no irá a por él. —Simon oyó suspirar a Charlie. Ella no soportaba que jugara a ser adivino—. Si me preguntaran, diría que Seed sigue en Londres: es el mejor lugar del mundo para mezclarse con la multitud y desaparecer. Además, Seed pensará que es más probable que lo busquen en su casa o en los puertos o aeropuertos, en la estación de St. Pancras…

—Ya basta —lo interrumpió Milward—. En el caso de que estuviera en lo cierto y Seed sea nuestro hombre, ¿por qué dejaría su coche en el lugar del crimen? Primero, le serviría para huir, y

segundo, ¿por qué dejar una prueba de su presencia cuando podría haberse llevado el coche, sin que nosotros llegáramos a saber nunca que había estado allí?

Simon contó con los dedos.

—Primero: no necesitaba el coche si pensaba esconderse en la ciudad; nadie va en coche al centro de Londres. Sabemos que Seed no lo hace: lo pude ver el lunes por la tarde. Compruebe las grabaciones de las cámaras de tráfico entre Ruskington Road y la parada de metro de Highgate: seguro que lo tomó media hora después de haber matado a Gemma Crowther, o puede que cogiera un autobús en Muswell Hill Road.

—Simon —murmuró Charlie—. Eso no lo sabes.

—Segundo: estoy de acuerdo en que el coche es una prueba de que estuvo en el lugar del crimen, lo cual puede significar dos cosas: o espera que lo den por desaparecido, o incluso por muerto, como una víctima del asesino o como autor del asesinato…

—Un poco traído por los pelos, ¿no? —dijo Milward, frunciendo el ceño.

—Personalmente, prefiero la segunda posibilidad: él sabía que en cuanto Gemma Crowther apareciera muerta, sería el primero de la lista de sospechosos, encontraran o no su coche.

Dunning se rascó la nariz. Milward volvía a tener una expresión risueña: parecía un cerdito satisfecho.

—Tengo razón, ¿verdad? —dijo Simon—. Existe un vínculo entre Aidan Seed y Gemma Crowther, un vínculo que habrían tardado mucho en descubrir si no les hubiera dado el nombre de Seed.

Al otro lado de la mesa se hizo el silencio.

—Está bien —continuó Simon—. Como quieran. ¿Cuánto piensan esperar para ir en busca del coche de Seed? ¿O ya lo han incautado?

—No perdamos el tiempo con chácharas inútiles —dijo Milward—. Ya sabe que no puedo contarle nada. Aunque sí me gustaría saber lo que piensa.

Simon pensaba muchas cosas.

—En el caso de que exista un vínculo entre Seed y Crowther, ¿sería ese vínculo un motivo de asesinato?

Milward se humedeció el labio inferior con la lengua antes de responder.

—Supongamos, hipotéticamente, que así es.

—Gemma Crowther no podía saberlo —repuso Simon—. Ella lo conocía como Len Smith; lo invitó a su casa. Ignoraba que hubiera un vínculo entre los dos que le diera a él un motivo para matarla. Su novio tampoco lo sabía… El único que lo conocía era Seed.

—Usted está en la inopia —dijo Dunning, impaciente y volviendo sus ojos de crupier de Las Vegas hacia Simon, unos ojos que ya habían visto lo peor que la humanidad podía dar de sí—. Una de dos: o Gemma Crowther conocía a Aidan Seed o no lo conocía. Si lo conocía, no tiene mucho sentido que se cambiara el nombre para engañarla. Y si no lo conocía, ¿por qué molestarse?

—Usted es capaz de ir más allá —repuso Simon—. O tal vez no. Es posible conocer un nombre pero no la cara que se esconde detrás de él.

—No hay ninguna razón para pensar que Gemma había oído el nombre de Aidan Seed, y, por consiguiente, tampoco la hay para suponer que él se lo cambiara —dijo Dunning—. Esta es mi primera objeción. —Se dio un golpecito en el pulgar, en una parodia de quien está contando—. Segunda objeción: suponiendo que Aidan Seed y Len Smith sean la misma persona, y eso es mucho suponer, ¿cómo puede estar seguro de que Gemma Crowther y su novio, Stephen Elton, no conocieran su secreto? —La mirada que dirigió a Milward sugería que habría aceptado de buen grado una respuesta suya, en el caso de que Simon no tuviera ninguna—. Tercera objeción: usted vio a Aidan Seed el lunes por la tarde en la Casa de los Amigos…, pero eso no demuestra que sea Len Smith. Podrían ser dos personas distintas… Y es posible que ambas estuvieran allí.

—Pero han encontrado un vínculo entre Seed y la víctima —respondió Simon, dirigiéndose a Milward—. Era el coche de Seed, y

no el de Len Smith, el que estaba aparcado frente a su casa. Seed fingía ser un cuáquero para estar cerca de Crowther y matarla.

—A menos que Seed le haya mentido a usted —dijo Dunning—. Usted declaró que cuando él le dijo que solo creía en el mundo real, Ruth Bussey estaba escuchando.

—Sí. ¿Y?

—¿Sabía que los padres de Ruth Bussey son unos cristianos evangélicos muy devotos?

—No.

—Sí —dijo Charlie.

—¿Y que no se ve ni se habla con ellos desde hace varios años?

—Sí.

—No —repitió Simon.

Su respuesta, sin duda alguna, le había alegrado el día a Dunning.

¿Por qué demonios no se lo había dicho Charlie? Seguramente pensó que el entorno familiar de Ruth Bussey no tendría nada que ver con todo aquel asunto. Habían hablado mucho sobre lo ocurrido la noche anterior y aquella mañana, en especial sobre la posibilidad de que estuvieran arruinando para siempre sus respectivas carreras. No podían retomar su trabajo mientras estuvieran «ayudando» al subinspector Dunning: cualquier decisión oficial tendría que esperar a los resultados de sus pesquisas.

—Si mi novia hubiera dado la espalda a su pasado religioso, ¿no decidiría mentir a los cuáqueros si quisiera frecuentarlos? —preguntó Dunning—. Y con más motivo si fuera uno de ellos o pensara alistarme en su causa.

—¿Alistarte? —intervino Milward—. No es el ejército, Neil.

—De modo que se está interesando por Ruth Bussey —dijo Simon—. Pensaba que ni siquiera se había quedado con su nombre. ¿Saben dónde está? Muy lejos de Seed, esperemos. Es un tipo peligroso, y no es un cuáquero. Estaba fingiendo: nombre falso, religión falsa. ¿Y por qué Len Smith? ¿Hay algún Len Smith en el pasado de Aidan Seed? ¿Lo han averiguado?

—No, no lo hemos hecho —repuso Dunning, sin inflexión en la voz.

Cuando él decía algo, Milward parecía sentirse incómoda, y viceversa. ¿Se trataba de algún concurso?

—Aparte de Seed, ¿había alguien que tuviera un motivo para desear la muerte de Crowther? —preguntó Simon.

—No tengo respuesta para eso —dijo Milward, dirigiendo a Simon un gesto afirmativo muy poco convincente. ¿Serían imaginaciones suyas?

—El novio, Stephen Elton… ¿Por qué no volvió a casa con ella después de la reunión cuáquera? Vivían juntos. Si se quedó para ordenar la sala, ¿no creen que Gemma Crowther y Len Smith lo habrían esperado para volver juntos? ¿Es posible que Seed y Crowther tuvieran una aventura y Elton lo hubiera descubierto?

Milward cruzó los brazos, esperando que cesaran las preguntas.

—¿Qué hizo Stephen Elton desde que acabó la reunión hasta la medianoche? No es posible que tardara dos horas en guardar unas cuantas sillas y volver a casa.

—¿No?

—No sabe dónde estuvo durante todo ese tiempo —dijo Simon—. Es un posible sospechoso… Normalmente se investiga a los familiares, si no se trata de un ajuste de cuentas entre narcotraficantes o mafiosos. Él también tenía un motivo para matar a Crowther, ¿no?

—Discúlpenle —dijo Charlie, dirigiéndose a Dunning—. Se deja llevar.

—Me gustaría saber todo lo que pueda contarme sobre Seed. —Milward había empezado a comportarse como si Simon y ella estuvieran solos en la sala—. Usted lo conoce; nosotros no. Olvídese de que su coche estaba aparcado frente a la casa de Gemma, olvídese de que estuvo en una reunión cuáquera con un nombre falso… ¿Qué puede decirme de él como persona? ¿Es un asesino?

—No lo sabemos —dijo Charlie—. Simon no lo sabe. —¿Había un deje de satisfacción en su voz?—. Él nos dijo que había matado a

una mujer que está viva. Aunque de una forma intermitente, parece que su novia le tenga miedo, aun cuando ha insistido varias veces en que no sería capaz de hacerle daño a ella ni a nadie. Ya le hemos contado todo eso…

—Creo que Seed es un asesino —dijo Simon—. Vale, no lo sé. Pero me describió un asesinato hasta el más mínimo detalle… Todo era demasiado gráfico para ser producto de su imaginación… Es lo que pensé cuando me lo contó. Sin embargo, Mary Trelease está viva, lo cual significa que Seed también es un mentiroso, a no ser que esté loco. Pero si es un mentiroso, es de la mejor especie.

—¿Y qué especie es esa? —preguntó Milward.

—Pues alguien que sabe hilar perfectamente la mentira con la verdad y que cuenta con que desde fuera solo se percibirá la verdad, pero no las puntadas. Antes de matar a Gemma Crowther ya ha matado a otra mujer, o puede que a más de una. Puede que incluso mate a Ruth Bussey y a Mary Trelease, y esa es la razón por la que deben dar con ellas.

—Aidan Seed, el enmarcador. Ustedes visitaron su taller el lunes por la tarde.

—¿Por qué sigue diciendo eso? —preguntó Simon—. ¿Acaso está insinuando que no es enmarcador?

—¿Qué hay de la fotografía que quería mostrarnos?

—En seguida —dijo Milward, volviéndose hacia Charlie, que era quien había hecho la pregunta—. No entiendo qué papel desempeña usted en todo este asunto. Estaba preocupada por Ruth Bussey cuando fue a verla, pero no le tomó declaración. Y luego se entera de que Aidan Seed también había ido a comisaría y había hablado con alguien del departamento de investigación criminal, el subinspector…

—Chris Gibbs —dijo Simon, en tono cansino.

—Exacto. Gibbs y el subinspector Waterhouse comprobaron lo que les dijo Seed. Después, el subinspector Waterhouse informó a Seed de las comprobaciones. Fin de la historia. Y aunque no hubiera sido así, era el equipo de investigación quien debía ocuparse del

caso. ¿Por qué fue a casa de Mary Trelease el lunes por la mañana cuando debería haber ido a trabajar?

—Pasé por allí camino del trabajo —la corrigió Charlie—. Sabía que Ruth Bussey estaba asustada…

—Pero no le tomó declaración —dijo Milward.

—Salió corriendo antes de que pudiera hacerlo. Tuve un mal presentimiento con respecto a lo que me contó, y, después de hablar con Simon lo tuve con respecto a todo el asunto. Quería ver a Mary Trelease con mis propios ojos y oír lo que tenía que decirme.

Milward consultó de nuevo sus notas.

—Una conversación que le dejó la impresión de que Aidan Seed había matado a alguien, que evidentemente no era Mary Trelease.

—Exacto. Ella me dijo: «A mí no». Está claro que daba a entender que había matado a otra persona. Oiga, ¿puede decirnos al menos lo que están haciendo para encontrar a Ruth y a Mary? Esta mañana, Sam Kombothekra ha ido a sus respectivas casas y al lugar de trabajo de Ruth y no había ni rastro de ellas.

—Dígame, ¿el inspector jefe Proust sabe que el inspector Kombothekra le ha hecho un par de favores a usted en vez de ocuparse de sus asuntos? —preguntó Milward—. Tal vez tendría que llamarlo y preguntárselo.

Eso hizo callar a Charlie.

—Puede que en provincias no, pero en Londres los agentes de policía trabajan en los casos que les han sido asignados y no en lo que les apetece. A mi entender, y corríjame si me equivoco, su departamento no ha abierto ninguna investigación sobre Bussey, Seed o Trelease ni les ha puesto bajo vigilancia. Sobre todo a Mary Trelease… Incluso usted, subinspector Waterhouse, tendría que sudar tinta para convencerme de que es pertinente para mi caso.

—No es posible que sea tan obtusa —dijo Simon—. Ruth Bussey y Aidan Seed comparten la misma obsesión por Mary Trelease. Si ellos están implicados en el caso, ella también tiene que estarlo; no puede dejarla de lado. Busque una conexión entre Trelease y Crowther, si es que aún no lo ha hecho.

—Así pues, ¿ahora resulta que Mary Trelease ha matado a Gemma Crowther? —intervino Dunning—. Decídase.

—Sabe que no es eso lo que estoy diciendo. —Simon miró fijamente a Milward—. ¿Lo sabe o es demasiado corta para deducirlo? Si un hombre finge haber matado a una mujer y luego mata a otra, la primera pregunta que me plantearía es: ¿qué relación hay entre esas dos mujeres?

A Olivia Zailer nunca le habían pedido que hiciera una lista de las palabras que menos le gustaban, pero si lo hubieran hecho, *lógica* y *búsqueda* habrían figurado entre ellas, por lo que tenían de exceso en cuanto a tiempo y esfuerzo. Y aun así, allí estaba, inmersa en ambas y, hasta cierto punto, disfrutando con ello. La escasez de buenos programas de televisión ayudaba, así como los cócteles a base de licor de frambuesa que se había tomado: Olivia pensó que no afectarían demasiado a su materia gris.

En Wikipedia no había ninguna entrada sobre Martha Wyers; el mundo virtual parecía ignorar que hubiera vivido o muerto alguna vez. Olivia no conseguía encontrar nada sobre el suicidio o el asesinato de aquella mujer. Llamó a varios amigos que se dedicaban al periodismo literario, pero nadie supo decirle nada. Un par de ellos admitieron que aquel nombre «les sonaba», aunque fueron tan vagos que Olivia no los creyó; seguramente no querían admitir que nunca habían oído hablar de una escritora que, por lo que sabían, podría haber ganado un prestigioso premio o haber accedido a la lista de los libros más vendidos con su última obra.

La página web de Amazon, cuando menos, sí sabía quién era Martha Wyers. Solo había publicado una novela, en 1998: *Hielo en el sol*. No estaba disponible, ni siquiera a través de Amazon; estaba descatalogada y tampoco había un ejemplar usado a la venta. Liv pensó que debió de haber sido un estrepitoso fracaso. Había una breve sinopsis del libro, bastante interesante, aunque no tanto como el único comentario que había dejado un lector, fechado el 2 de

enero de 2000 y firmado por Senga McAllister: cuatro entusiastas párrafos sobre la sombría y desazonadora belleza del libro.

Liv conocía a Senga. Habían trabajado juntas poco antes de que ella empezara a hacerlo como *freelance*. Senga aún estaba en el *Times*, y se acordaba tanto de Liv como de Martha Wyers. No sabía nada sobre la muerte de Wyers, pero dijo que no le sorprendía. Lo primero que preguntó fue si se había quitado la vida.

Así pues, suicidio, pensó Liv, releyendo la nota publicitaria sobre *Hielo en el sol*. Un suicidio sombrío y desazonador, nada de asesinato.

En aquel momento estaba esperando que Senga le enviara por correo electrónico el artículo del *Times* que había escrito hacía unos años, que incluía una entrevista con Martha Wyers. Antes de leer su novela, Senga había quedado para hablar con ella. «Pensé que era la clase de persona que un día podía quitarse la vida». Olivia se sonrió, satisfecha de sus dotes detectivescas.

Cuando apareció en su pantalla, clicó en el icono de «nuevo mensaje». Empezó a leer lo que le había mandado Senga y vio que estaba incompleto: solo había un titular, una entradilla, luego un espacio y finalmente un fragmento del artículo sobre Martha Wyers…

¿Y si…? Trató de ahuyentar la idea de su cabeza, pero no lo consiguió. Agitando un puño con aire triunfal, se imaginó que había dado en el clavo. ¡Dios, qué buena era! Para celebrarlo, se serviría otra copa mientras esperaba a que llegara Dom. «No, todavía no. Lo primero es lo primero. Que nadie pueda acusar a Olivia Zailer de anteponer la perentoria necesidad de tomar algo a la altruista cruzada por descubrir la verdad», se dijo. Le mandó un correo electrónico a Senga pidiéndole que le mandara el artículo completo. Merecía la pena intentarlo. Si al final resultaba que estaba en un error, Charlie no tenía por qué saberlo.

—Ya ha tenido su momento de gloria —le dijo Milward a Simon con frialdad, por lo que él dedujo que ni siquiera se le había pasado por

la cabeza buscar un vínculo entre Gemma Crowther y Mary Trelease. Obtusa. No le había gustado que la llamara eso. Al diablo—. Inspectora Zailer, ¿le pidió al inspector Kombothekra que vigilara a Ruth Bussey y a Mary Trelease?

—Sí, así es —repuso Charlie—. Si se lo cuenta al inspector jefe Proust, asegúrese de echarme la culpa a mí y no a Sam. No le dejé otra elección. Le convencí de que las encontraría a las dos con Aidan Seed amenazándolas con un cuchillo.

—Sus métodos poco ortodoxos son legendarios —le dijo Milward —. Según he oído decir, también incluyen acostarse con sospechosos de asesinato.

—Entonces es que ha oído mal. Supongo que se refiere a un violador en serie con el que estuve saliendo un tiempo. Nadie creía que fuera un asesino; en cualquier caso, no era nada serio. Solo una aventurilla, ya sabe.

Simon se puso tenso. ¿Por qué Charlie no dejaba definitivamente atrás esa historia?

—Comprendo —repuso Milward—. Lo entendería mal.

—Antes ha mencionado una fotografía —dijo Charlie—. ¿Dónde está? Me gustaría verla.

—Y la verá.

—¿A qué está esperando? ¿No cree que es mejor que nos diga cómo están las cosas en vez de divagar? Tal vez así llegaríamos a alguna parte.

—¿A qué hora salió de la casa de Ruth Bussey el lunes por la noche?

—¡Ya estamos otra vez! A las diez y media.

—Y luego se fue directamente a su casa. —Milward estaba repasando sus notas—. El subinspector Waterhouse se reunió con usted poco después de las once y pasaron la noche allí.

—Así es.

Seguramente, Milward y Dunning se preguntaban cómo se sentiría Simon compartiendo la misma cama —y su vida— con la

examante de uno de los peores psicópatas que había en las cárceles británicas. De hecho, el propio Simon también se lo preguntaba.

—Y entonces, el martes por la mañana, llamó al trabajo, fingiendo estar enferma. ¿Por qué?

—No lo fingí. Me encontraba mal, aunque luego me sentí mejor.

—Lo bastante mejor para viajar a Londres —dijo Milward, sarcásticamente.

—Sí. Decidí ir de compras. En Spilling no hay tiendas de verdad, solo chozas inmundas que venden máscaras pintadas.

—¿Cómo fue hasta Londres?

—En tren, como ya dije anoche. No voy a cambiar mis respuestas.

—Tomó un cercanías…, el que sale a las nueve y cinco de Rawndesley y va hasta King's Cross.

—Y llegué a las once menos cinco, sí.

—¿Qué hizo en Londres?

—Por tercera vez: por la mañana visité varias galerías de arte y por la tarde fui a ver a mi hermana. Luego me llamó Simon, me contó todo este lío y vine aquí.

—¿Con «todo este lío» se refiere al asesinato de Gemma Crowther? —Milward se inclinó hacia delante—. ¿Siempre se toma tan a la ligera la muerte de una mujer joven?

—No. Solo los miércoles.

—Mi problema, inspectora Zailer, es que no he hablado con Ruth Bussey. Podría mentir con respecto a la hora que salió de su casa. ¿Cómo puedo saber que el lunes por la noche no fue en coche a Londres?

—¿Para matar a Gemma Crowther, quiere decir? ¿Por qué iba a querer matar a una mujer de la que no había oído hablar hasta ayer por la tarde? Ah, y no voy por ahí matando a la gente…, aunque ganas no me faltan…

—El subinspector Waterhouse, su prometido, estuvo merodeando por los alrededores de la casa de Gemma Crowther, espiando a través de las ventanas, solo unas horas antes de su muerte.

Supongamos que el lunes por la noche sí fue de Spilling a Londres en coche…

—Suponga lo que quiera, pero no lo hice.

—De ser así, le proporcionaría una coartada al subinspector Waterhouse, ¿no? Si usted no estaba en su casa, no sabe si él regresó a las once. Y si no regresó a las once, eso significa que no se fue de Muswell Hill a las nueve y media. Según el informe del forense, Gemina Crowther no murió antes de las diez de la noche. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Déjeme ver: estoy mintiendo para proteger a Simon, porque sé que ha matado a Gemma Crowther. ¿Es eso? O puede que saliera de la casa de Ruth Bussey antes de las diez y media para ir a Londres para matarla yo.

—¡Todo esto son gilipolleces! —exclamó Simon—. Si le parece bien, conseguiré todas las grabaciones de las cámaras, ya que he sido relevado indefinidamente de mi trabajo. Le entregaré un montón de fotos en blanco y negro que prueban dónde estábamos los dos en todo momento.

—No les enseñes esa en la que estoy fumando junto al cartel de «Prohibido fumar» de la estación de Rawndesley —intervino Charlie —. Podrían denunciarme.

—¿Qué galerías de arte visitó? —le preguntó Milward.

—No me fijé en los nombres. Solo estaba echando un vistazo. Ah, sí, creo que una se llamaba TiqTaq. Salvo esa, no recuerdo el nombre de las demás. Lo siento.

—¡Cuéntales la verdad, por el amor de Dios! —exclamó Simon, harto de su actitud y sus jueguecitos—. Fue a comer con un abogado, Dominic Lund.

—Es el novio de mi hermana —repuso Charlie de inmediato, sonriendo—. Simon tiene razón: comí con Dommie en Signor Grilli, un restaurante italiano de Goodge Street.

—¿Y por qué ha mentido sobre ese punto? —preguntó Milward.

—Es un poco complicado. Es el novio de mi hermana… —Charlie le dedicó a Milward una elocuente mirada—. Estoy segura de que no

es necesario que entre en detalles.

Simon bajó los ojos y se quedó mirando fijamente la moqueta. ¿A qué demonios estaba jugando? ¿Dommie?

—Entonces, no visitó ninguna galería de arte —dijo Milward.

—Sí, después de comer.

—Mary Trelease es pintora y Aidan Seed, enmarcador.

—Lo sé.

Milward se pasó la lengua por los dientes y, al final, dijo:

—No me creo que el martes por la mañana estuviera enferma. No me creo la historia de la comida con Dominic Lund en Signor Grilli, aunque es posible que ese hombre salga con su hermana y usted supiera dónde estaba ayer a la hora de comer. Francamente, no me creo que en vez de estar haciendo su trabajo se pasara todo el lunes devanándose los sesos con Aidan Seed, Ruth Bussey y Mary Trelease, para luego decidir, al día siguiente, que le apetecía hacer una escapada a Londres, así por las buenas. —Milward apoyó las manos en la mesa—. Me doy cuenta en seguida de cuando dos personas están mintiendo, y los dos están mintiendo.

—Magnífico —murmuró Simon—. Dígame, ¿podremos salir algún día de esta habitación?

—Tendríamos que tomarnos un descanso —le dijo Dunning a Milward.

—La foto —dijo Charlie, disimulando un bostezo.

—Ah, es verdad. Casi me olvido.

Milward sacó de su carpeta una foto grande y la puso encima de la mesa.

En un primer momento, Simon no supo muy bien qué era aquella masa amoratada que estaba contemplando. Luego lo vio, y tuvo que contar mentalmente y esperar a que la imagen cobrara forma. Hacía tiempo que no tenía que hacer eso; su trabajo lo tenía acostumbrado a presenciar espectáculos muy desagradables, pero aquello era mucho peor. Se dio cuenta de que Charlie, que estaba a su lado, se ponía rígida.

Era la foto de una boca. Abierta. Simon supuso que debía de ser la boca de Gemma Crowther. *Post mortem*. Le habían cortado por ambos lados los labios superior e inferior; luego, tras tirar de ellos, se los habían clavado a la cara. De forma simétrica: cinco clavos en cada labio. Le faltaban casi todos los dientes, y en su lugar había ganchos para colgar cuadros, clavados por las encías en la parte superior e inferior de su mandíbula. Parecían haber sido dispuestos de la forma más regular posible, como si fueran dientes de oro muy finos.

Simon oyó que Charlie decía:

—Nos dijeron que le habían disparado.

—Y así fue —repuso Milward—. Esto lo hizo después de haberla matado. No me pregunten por qué. Puede que él…, o ella, si el asesino es una mujer, quisiera enmarcarla, si me permiten la expresión.

—¡Dios mío! —exclamó Charlie—. ¿Han descubierto algo? Quienquiera que hizo esto… Tienen que encontrarlo en vez de perder el tiempo jodiendo a la gente.

—¿De dónde salieron? —preguntó Simon, muy despacio—. Me refiero a los ganchos y a los clavos. ¿Los llevaba con él o…?

—¿O…?

Milward esperó, enarcando las cejas.

—Los cuadros que había en las paredes de la casa de Gemma Crowther… ¿Seguían colgados cuando llegaron a la escena del crimen?

—¿Qué cuadros, subinspector? Le hemos pedido que nos describiera esa habitación varias veces. Nos dijo que no estaba seguro de que hubiera cuadros.

—Conteste —le espetó Simon—. ¿Seguían colgados de las paredes?

—No —contestó Milward, tras una breve pausa—. Los únicos cuadros que había en el apartamento eran fotos de diversos tamaños de la feliz pareja; en todas las habitaciones las habían descolgado y las habían apoyado contra la pared o contra los

muebles. En las paredes solo quedaban los agujeros; ni clavos ni ganchos.

—Entonces… Él le disparó y le rompió los dientes con…, ¿qué? ¿Un martillo?

—¿Por qué piensa eso? —preguntó Milward.

—Cuando quiero colgar un cuadro uso un martillo. Eso fue lo que utilizó —dijo Simon, dedicándose un gesto de asentimiento a sí mismo—. ¿Cómo le cortó los labios de ese modo? ¿Con un cuchillo? Vi alguno en el taller de Seed. —Hizo una pausa para tomar aliento —. Descolgó todas las fotos, sacó los clavos y los ganchos y se los clavó en las encías. ¿Por qué? ¿Qué significado tenía su boca?

—Esa no es la pregunta —terció Charlie, poniéndose en pie. Simon vio que la espalda de su camiseta estaba empapada en sudor —. ¿Cuántas fotografías había colgadas en las paredes? ¿Cuántos clavos y ganchos había en la boca de Gemma Crowther? ¿Coincidía el número?

Milward miró a Dunning, que se puso rojo y dijo:

—Debería estar en el informe.

Ella se lo pasó y Dunning empezó a pasar páginas; en medio del silencio, se le veía cada vez más nervioso.

—No saben cuántos ganchos utilizó para cada cuadro —dijo Simon.

—¿Has colgado un cuadro alguna vez? —le preguntó Charlie—. ¿Una fotografía? ¿Algo que tuviera un marco?

—Sí —mintió Simon, sintiendo una oleada de calor en la nuca. Había pegado a la pared algún póster con cinta adhesiva, pero nada más.

—Deduzco que usted lo ha hecho —dijo Charlie, dirigiéndose a Milward.

Ella asintió con la cabeza.

—Yo soy mujer de un solo gancho; nunca cuelgo nada tan pesado para que necesite dos.

—No tiene nada que ver con el peso —intervino Dunning, lanzando una mirada a su jefa que tendría que haberla obligado a

esconderse debajo de la mesa—. Si usas dos ganchos, es más fácil que el cuadro quede recto, sobre todo si es grande.

—Creo que falta un cuadro —dijo Charlie—. Y creo que ese fue el móvil del asesinato… Esa fue la razón de que el asesino empleara ganchos y clavos para desfigurar la cara de Gemma Crowther.

—¿Y por qué alguien querría robar una foto cursi…? —empezó Milward.

—No se trata de una foto —la interrumpió Charlie—. Me refiero a un cuadro; un cuadro titulado *Abberton*. Lo pintó Mary Trelease.

—De modo que esta es la mesa donde te sentaste con Dommie.

—Pura coincidencia —repuso Charlie, con una falsa sonrisa. La verdad es que no tenía ganas de sonreír—. O es una coincidencia o es la mesa de las orgías, adonde traigo a todos mis ligues.

Milward los había despedido hacía unos tres cuartos de hora. Charlie había parado el primer taxi libre que pasó y le dijo al conductor que los dejara en Goodge Street.

El hombre que el día anterior los había atendido a ella y a Lund —se preguntó si sería el *signor* Grilli en persona— se acercó a la mesa. En vez de preguntarles si podía tomarles nota, dijo:

—Tranquilos, veo que aún no han elegido.

En realidad, podría haberles dicho: «Veo que están demasiado ocupados discutiendo para pensar en la comida».

—¿Es cierto? —preguntó Simon—. ¿Has estado viendo a Lund?

—Ante una pregunta así, no pienso…

—Entonces, ¿por qué lo has dicho? Dime, ¿es tu nuevo *hobby* hacerme quedar como un gilipollas delante de todo el mundo?

—¿A ti? ¡Oh, pero si a ti te adoraban! La despreciable era yo.

—¡Tú has hecho todo lo posible para que creyeran que lo eres! Presumiendo de algo que debería repugnarte, como si ser la novia de un violador fuera algo de lo que sentirse orgulloso.

—Exnovia. —Charlie fingió estar leyendo la carta. La gente de las otras mesas guardaron silencio. Incluso la música de fondo parecía

dejar adrede un montón de espacios entre nota y nota. Charlie habló vocalizando muy bien las palabras, para todo aquel que quisiera escucharla—. Es curioso… Parece que he pasado de un extremo a otro, de estar con un hombre que forzaba a las mujeres a tener relaciones sexuales con él a otro que no se folla a ninguna, ni siquiera a su prometida, aunque ella se lo suplique…

—Si sigues por ahí, me voy —dijo Simon, echando su silla hacia atrás.

—¿Del restaurante o de nuestra relación? —le preguntó Charlie —. Es solo para saber a qué se refiere exactamente la amenaza.

—¿Quieres que te dé un guantazo?

—Si me pegaras, al menos nos tocaríamos.

Charlie solo bromeaba a medias.

—Cuando te conviene, me conviertes en tu enemigo. Siempre que te jode algo la tomas conmigo y acabo pagando el pato. Sabías muy bien que nunca he colgado un cuadro.

—¿Cómo? ¿En serio? —Charlie se echó a reír—. En realidad, no lo sabía. Por Dios, Simon…

—Lo sabías y querías ponerme en evidencia porque tú ya te habías puesto en evidencia: presumiendo de una metedura de pata que estuvo a punto de arruinarte la vida y que aún puede hacerlo. ¡Parece que lo estés deseando!

—¡Para! —exclamó Charlie, agarrando la carta con las dos manos.

—Y lo mejor de todo es que nadie te obligó a presumir de ello, has sido tú quien ha decidido hacerlo. Podrías haber dicho: «Sí, es cierto, me equivoqué. Pero yo no sabía quién era cuando empecé a salir con él». ¿Por qué no has dicho algo así?

—¿Por qué no me escribes un guión la próxima vez? El gabinete de prensa ya lo hizo dos años atrás; me escribieron todos los diálogos.

—Hablar no sirve de nada. —Simon cogió su carta y la abrió, ocultando el rostro de Charlie—. Pidamos algo para comer antes de que nos vuelvan a llamar.

—¿Crees que lo harán?

Pensar en Milward y Dunning era casi reconfortante: frente a esos dos, Simon y ella eran aliados.

—Yo lo haría. Somos mejores que ellos.

—No tengo hambre —dijo Charlie, lanzando un suspiro.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? Has sido tú quien ha querido venir.

—Pensé que Lund estaría aquí. Esperaba poder convencerlo de que no le contara a Milward que él y yo no estamos follando como locos, en el caso de que se lo pregunte. Pero es verdad: he perdido el tiempo. Lund se cortaría las venas antes que echarme una mano, pero, puesto que hoy ya he caído tan bajo, me da igual rebajarme un poco más y pedirle un favor a un tipo que… parece un buitre.

Charlie se cubrió la cara con las manos. Su propia voz estaba empezando a crisparle los nervios, que ya estaban muy a flor de piel. No tenía ninguna gracia estar sentada al otro lado de una mesa en una sala de interrogatorio. Tenía la sensación de que aún seguía allí. Eran otra mesa y otra sala, pero el aire de condena no había cambiado.

—Deberías haberles contado el verdadero motivo que te llevó a ver a Lund. ¿Por qué no lo has hecho?

—¿Por qué? ¿Y decirles que Ruth Bussey había decidido montar una exposición sobre mí y que salí corriendo en busca de un abogado que me dijo que no podía hacer una mierda al respecto? Creo que ya me han humillado demasiado, ¿no te parece?

Simon extendió el brazo por encima de la mesa y la agarró por la muñeca.

—Están investigando un asesinato; un crimen atroz. Hay cosas más importantes que tu orgullo.

—¿Mi qué? ¿Piensas que soy orgullosa? ¡Eres un detective de primera!

Charlie no se soltó. Cuanto más furioso estaba Simon, más lejano lo sentía, como si sus reacciones no tuvieran nada que ver con él. Simon se levantó.

—Voy a pedir una *pizza*. ¿Estás segura de que no quieres nada?

—Comeré un bocado de la tuya.

—¡Ni lo sueñes! Estoy muerto de hambre.

Charlie le oyó pedir dos «*pizza* de *funghis*». Debería haber dicho «*pizzas* de *funghi*», pero Simon no era demasiado bueno con los idiomas. Cuando volvió a la mesa, le comentó su error.

—Al menos he dicho bien «dos» —contestó Simon—. Y eso es lo que importa.

A Charlie le pareció que Simon estaba mejor, aunque entre ellos no habían resuelto nada. ¿Se sentía mejor porque había pedido algo para comer?

—De modo que nunca has colgado un cuadro. ¿Hay algo más de ti que no sepa?

—¿Qué quieres saber?

—¡Simon, estamos prometidos!

—Ya lo sé.

—¡Por Dios, esto es absurdo! Vale, de acuerdo: si pudieras elegir cualquier lugar del mundo, ¿dónde vivirías?

—No lo sé. Nunca lo he pensado.

—Bueno, pues piénsalo.

—¿Estás hablando en serio? En este momento solo soy capaz de pensar en una boca mutilada que tiene ganchos dorados en vez de dientes. Crees que Mary Trelease ha matado a Gemma Crowther, ¿verdad? Porque tenía su cuadro, el que le regaló a Ruth Bussey. Entonces, ¿cómo iría la cosa? ¿Bussey se lo dio a Seed, quien a su vez se lo regaló a Crowther?

Charlie no quería hablar de aquel asunto. No en aquel momento. Quería decir que si pudiera decidir dónde vivir, elegiría Torquay. Siempre le había encantado. Allí había pasado las primeras y únicas vacaciones románticas de toda su vida.

Las *pizzas* llegaron en seguida, demasiado para no levantar sospechas; su temperatura se situaba en tierra de nadie: entre frías y tibias. A Charlie no le importaba, y a Simon menos aún, se dijo. Eso era algo que tenían en común, aunque Simon era más radical.

La comida era algo que engullía con el objetivo de no morir. Le daba igual su sabor siempre y cuando lo llenara. Solo una semana antes habría hecho piruetas para evitar comer delante de Charlie. Ahora no parecía importarle, como si comer juntos fuera algo normal. Al igual que las cuatro castas noches que habían pasado juntos, Charlie lo consideraba un paso adelante. En cuanto se fue el camarero, dijo:

—Solo sé que Trelease es muy celosa de su trabajo, aunque no sé si lo suficiente para matar a fin de recuperar uno de sus cuadros… Pero ¿los ganchos a modo de dientes? Eso es un toque femenino.

—No estoy de acuerdo —dijo Simon, cortando la *pizza* con las manos como un salvaje y engulléndola como si no hubiera un tenedor y un cuchillo en la mesa.

—A un hombre no se le habría ocurrido. Es una idea demasiado… rebuscada.

—Y así es como funciona la mente de Seed. Es un artesano. Fueran cuales fueran sus motivos, no son simples ni obvios. ¿Cómo podrían serlo? Un hombre que confiesa un asesinato que no se ha cometido, un ateo que lleva una vida secreta como cuáquero…

—Tal vez se haya infiltrado en todas las principales confesiones religiosas —sugirió Charlie—. Puede que los lunes sea cuáquero y los martes, hindú… —Soltó un suspiro, hastiada de su propio chiste—. Después de comer volveré a Spilling para hablar con Kerry Gatti. Tengo que hacer algo por iniciativa propia. ¿Quieres acompañarme?

—No.

Charlie se quedó mirándolo.

—Dime que no estás tan loco como para tratar de localizar a Stephen Elton. —Charlie sacó el móvil del bolso y lo encendió, bastante segura de que la discusión había llegado a su fin—. Olivia —le dijo, mientras escuchaba el mensaje de su hermana—. Quiere que pasemos por su casa. Le pedí que buscara todo lo que pudiera encontrar sobre Martha Wyers.

—Un nombre que no has mencionado a nuestros colegas metropolitanos —puntualizó Simon.

—Porque seguramente no tiene ninguna relación con el caso.

—Entonces, ¿no vamos a casa de Olivia?

—Sí. Dice que hay algo interesante que quiere que vea. Aunque la experiencia me dice que podría ser una foto del nuevo bebé de Angelina Jolie que haya publicado la revista *Hello!* En cuyo caso la golpearé con una pala hasta matarla.

—Después de lo que acabamos de ver no estoy de humor para este tipo de bromas.

Simon se había terminado la *pizza* y empezó a atacar la de Charlie. Su móvil empezó a vibrar, chocando contra el plato.

—¿Liv?

—No soy Liv —dijo Sam Kombothekra, con su particular modo de responder siempre con una afirmación o una negación en vez de con un simple sí o no—. Soy Sam.

—Nunca lo habría adivinado.

—¿Estás con Simon?

—Ajá.

—Aquí están pasando cosas raras, Charlie, y he pensado que querrías saberlas. Pero escucha, si Muñeco de Nieve descubre que las he comentado con vosotros…

—Relájate, Sam. No te ha pinchado el teléfono. ¿Qué clase de cosas raras?

—¿Habéis hablado con la inspectora Coral Milward?

—Sí, esta mañana.

—Al parecer, es la nueva alma gemela de Proust. Acaba de decirme que todo mi equipo está a disposición de Dunning hasta nueva orden. No me ha dicho por qué, al menos de momento.

—Entonces es que no son tan estúpidos como parecen —repuso Charlie—. Quieren que investigues el caso desde el punto de vista de Spilling: Bussey, Seed y Trelease. Estupendo. —Mirando a Simon, añadió—: Eso significa que nos están tomando en serio.

—Le he dicho a Proust que es absurdo que Simon no se ocupe del caso. ¿Sabes qué me ha contestado? «Aún está por determinar

el grado de implicación de Waterhouse en el asesinato de Gemma Crowther». ¿Puedes creerlo?

Charlie se lo repitió textualmente a Simon, que ladeó la cabeza, hastiado.

—Pregúntale a Kombothekra qué le ha respondido.

Charlie hizo ademán de pasarle el teléfono, pero él lo rechazó con un gesto de la mano. ¿Estaba enfadado con Sam?

—Corta ya —murmuró él, fulminando a Charlie con la mirada.

—Sam, ahora tengo que…

—Proust solo lo ha dicho para añadir un poco de dramatismo al asunto. Él sabe exactamente qué estaba haciendo Simon el lunes frente a la casa de Gemina Crowther: siguió a Aidan Seed, quien, como ahora ya sabemos, no solo estaba en la escena del crimen sino que tenía un móvil tan grande como… como… —Sam se interrumpió, incapaz de pensar en algo lo bastante grande.

—¿Móvil? —repitió Charlie, para pinchar a Simon y asegurarse de que estaba prestando atención.

—¿No os han dicho nada? —dijo Sam, lanzando un suspiro—. No sé por qué me sorprendo. ¿Por qué resolver un caso si se presenta la ocasión de apuntarse un tanto?

—¡Sam, por favor! ¿Cuál es el móvil?

—Gemma Crowther y su pareja, Stephen Elton, estuvieron en prisión por haber drogado y secuestrado a una mujer.

—¿Qué?

—Elton salió en libertad condicional en marzo de 2005, y Crowther en octubre de 2006. A eso lo llaman justicia.

Charlie frunció el ceño. Aquel comentario no era propio de Sam. Normalmente, siempre estaba dispuesto a encontrar algún potencial positivo o la promesa de la rehabilitación en todos los delincuentes que se cruzaban en su camino.

—Los cuáqueros devotos y las drogas no suelen ir de la mano.

—Por muy devotos que puedan ser ahora, en abril de 2000 ataron a una mujer indefensa a una columna de su jardín y Gemma Crowther se pasó tres días obligándola a tragar piedras y

lanzándolas contra su cara y su cuerpo…, piedras del jardín que había diseñado para ellos. No le dieron de comer ni de beber ni la dejaron ir al baño, y estuvieron a punto de asfixiarla con una esponja y cinta aislante. Estuvo ingresada tres semanas en el hospital; le dejaron una cicatriz que arrastrará durante toda su vida y es probable que no pueda tener hijos.

«Piedras del jardín que había diseñado para ellos…».

—Sam… ¡Oh, Dios mío!

—Sí —dijo él, soltando lentamente un suspiro—. Hace que sea un poco más difícil llorar la muerte de Crowther, ¿no?

—La mujer indefensa era Ruth Bussey —dijo Charlie, mirando a Simon—, ella fue su víctima.

13

Miércoles, 5 de marzo de 2008

Cuando me despierto, tengo la mente despejada. Recuerdo inmediatamente dónde estoy. Todos los detalles de esta habitación me resultan familiares, aunque fue anoche cuando los vi por primera vez: colcha y fundas de almohada azules y blancas, una moqueta beige de tela tan basta que recuerda a una alfombrilla de baño. Una diminuta mesita de noche cuadrada a ambos lados de la cama, un tocador de madera con un espejo dividido en tres partes en un rincón y una cómoda en el otro. Las cortinas son de color amarillo, con lazos rojos y dorados con una borla en las puntas. De la planta baja me llega un ruido de platos y el sonido de una radio.

Estoy en Garstead Cottage, en los terrenos de Villiers, en la casita alquilada por los padres de Martha Wyers y que dejan que Mary utilice para pintar. «Allí estaremos seguras…». Eso fue lo que ella dijo. He salido de mi vida para entrar en la suya.

Quito la colcha. Llevo el pijama que Mary me dio anoche sin decir nada; estaba demasiado agotada para hablar: es rosa, con la palabra *Minxxx* estampada en la parte delantera. Fuera se oyen ruidos de animales; me acerco a la ventana. Descorro las cortinas y contemplo el paisaje a la luz del día: campos llenos de vacas, un muro que separa el terreno de la casa, de la escuela. En lo alto de un empinado camino se alza el enorme edificio de piedra que constituye la parte central de la escuela, coronado por una torre cuadrada. Es el edificio que pintó Mary en uno de los cuadros que vi en su casa.

Garstead Cottage se encuentra en una zona más baja, a pocos metros de distancia de la puerta principal de Villiers. Su situación le da un aire de lugar secreto y escondido. Anoche, Mary me dijo que no era necesario correr las cortinas:

—Nadie mira nunca adentro. Es como estar en medio de la nada.

La puerta se abre y ella entra en la habitación.

—El desayuno, con retraso —dice—. En realidad, es casi la comida.

Viste una camiseta gris y unos pantalones de pijama azules y lleva un libro muy grande de tapas duras de color azul. Lo sostiene horizontalmente, con ambas manos; encima hay una tetera de la que cuelga una etiqueta verde, una taza y un sándwich que sobresale de un platito demasiado pequeño.

—Supongo que no todos los días te sirven un té a la menta y un sándwich en una bandeja. Bueno, en un libro —se corrige.

En el bolsillo de sus pantalones de pijama puedo ver el perfil de su paquete de tabaco.

Algo ha cambiado. Mary ya no me da miedo.

Empiezo a recordar parte de lo que ocurrió anoche: la insistencia de Mary en que no podía explicármelo, sino que tenía que verlo yo con mis propios ojos. Mientras conducía, no quiso hablar, y estuvimos escuchando la radio durante un rato. Luego puso un CD y empezaron a sonar los acordes de «Survivor».

—Martha estaba escuchando esta canción cuando se ahorcó —dijo, sin inflexión en la voz—. Una elección curiosa, ¿no te parece? Si vas a suicidarte, ¿qué sentido tiene escuchar una canción que habla de superar los problemas, de cómo ser más sabio, inteligente y fuerte?

—Quizá…

Eso fue todo lo que pude decir. No me sentía cómoda haciendo conjeturas.

—¿Crees que fue una cuestión de sarcasmo? Yo no lo creo. En mi opinión, fue por arrogancia.

Le pregunté qué quería decir, pero ella solo frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Esta noche no —dijo—. No si quieres que conduzca hasta allí sin percances.

Luego sacó el móvil de la guantera y me dijo que tenía que llamar a Villiers. Preguntó por una mujer llamada Claire. La escuché mientras le decía que se pusiera en contacto con la policía local para que pudiéramos encontrarnos todos dentro de dos horas en Garstead Cottage.

—¿Por qué la policía? —pregunté.

—Es mi rutina —repuso Mary, poniendo el volumen de la música tan alto que no pude decir nada más.

Cuando cruzamos las altas puertas de hierro forjado de la escuela, el coche de la policía estaba delante de nosotras. Claire Draisey, que resultó ser la directora del internado de Villiers, nos estaba esperando junto a la puerta de Garstead Cottage, protegiéndose de la llovizna bajo un cobertizo con techo de madera adosado a la casa. En su interior había dos bicicletas, una regadera y un enorme cartón recortado en forma de vaca; el animal llevaba un pendiente amarillo. No pensé en lo raro que era hasta más tarde; cuando lo vi, me pareció uno de los detalles menos extraños de toda la situación.

Claire Draisey tenía unos ademanes rápidos, enérgicos, impacientes.

—Esta es la última vez, Mary —dijo.

Vestía una bata roja y zapatillas de andar por casa; parecía exhausta. Le dije a Mary que en la escuela todo el mundo estaría durmiendo, pero ella hizo caso omiso de mi preocupación.

—Se despiertan a todas horas —me dijo—. Es un internado… Son gajes del oficio. El personal demasiado blando, la gente que necesita descansar, no vive aquí. A cambio de un sueño reparador, están mal vistos y nunca consiguen un ascenso.

Lo más extraño fue lo que Claire Draisey no dijo: no le preguntó a Mary por qué o por quién estaba tan preocupada ni por qué quería

que la policía registrara la casa. El agente que se presentó tampoco hizo preguntas. Entre él y Draisey se percibía cierta confianza, como si ya hubieran hecho lo mismo en muchas ocasiones. Él se aseguró de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas y entró con Mary en la casa para comprobar que no había ningún intruso. Mary le preguntó si podía esperar fuera, en el coche, hasta que amaneciera, pero Claire Draisey dijo:

—No seas tonta, Mary. Es obvio que no puede quedarse.

—Esta vez ha habido una verdadera amenaza —le dijo Mary—. Y no estoy preocupada únicamente por mí —añadió, señalándome con un gesto.

Eso me inquietó. Del mismo modo que ahora me inquieta el desayuno servido en la bandeja. No quiero que Mary me caiga bien, no después de lo que me hizo en la galería de Saul. Si es capaz de atacarme y aun así ser una buena persona, ¿en qué posición me deja eso a mí?

«¿En qué posición deja a Stephen Elton y a Gemma Crowther?».

—No puedo pronunciar sus nombres —le digo, mientras me tiende el sándwich—. La pareja que vivía en Cherub Cottage. Los he llamado «él» y «ella» durante años. En la carta que te mandé no fui capaz de escribir sus nombres. Pero ahora que ya conoces la historia, puedo pronunciarlos. Él se llamaba Stephen Elton y ella, Gemma Crowther.

—¿Se llamaba?

—Se llama.

Mary asiente con la cabeza.

—Lo sé.

—¿Cómo?

El aire que me rodea se vuelve pesado. Me siento mareada, como si me faltara oxígeno.

—Hay muchas cosas que debo contarte.

—No puedes saber sus nombres. Es imposible.

—Será mejor que te sientes —dice, inclinándose para recoger algo. El sándwich. No me había dado cuenta de que se me había

caído. Me quedo de pie.

—Después de aquel día en la galería de Saul Hansard, cuando querías obligarme a venderte mi cuadro, estaba asustada. Tu interés me pareció excesivo y no me fiaba de ti. Pensé que tú… —Se interrumpe, chasqueando la lengua ante su incapacidad de decir lo que debe decirme—. Estaba convencida de que querías hacerme daño. Yo… Tenía que descubrir quién eras, quién te había mandado. Por lo que yo sabía, solo podía tratarse de una persona.

—¿Aidan? —aventuro.

—Aidan.

—Pero…

—No lo puedes entender, al menos de momento. No hasta que te enseñe lo que me hizo. —Mary se sienta en la cama y saca el paquete de cigarrillos y el encendedor de su bolsillo—. Le dije a Saul que quería escribirte para pedirte disculpas. No quiso darme tu dirección, pero me dijo cómo te llamabas y que podía escribirte a la galería. Sentía lo ocurrido, o, mejor dicho, estaba preparada para sentirlo, si resultaba que…

—¿Qué?

—Tenía que saber por qué querías aquel cuadro a toda costa. Tu insistencia no era normal, era como si tuvieras que conseguir ese cuadro como fuera. ¿Has oído hablar de First Call?

—No.

Mary enciende un cigarrillo y da una bocanada.

—Es una agencia de detectives privados de Rawndesley. Allí trabaja alguien a quien conozco. Le pagué para que averiguara quién eras: tu pasado…, quería saber todo lo que pudiera descubrir sobre ti.

—El hombre de la gorra roja con una borla y el perro.

—¿Lo viste?

—Se paseaba continuamente por delante de mi casa y miraba por la ventana.

—¿Sospechaste de él? ¿Incluso con la gorra y el perro? —A su rostro asoma un amago de sonrisa—. Tengo que decirle que se

equivoca cuando piensa que ese aspecto le hace parecer inofensivo. Es un poco teatral, pero hizo su trabajo y me proporcionó la información que yo quería. Gracias a él, me enteré de que habías recibido una educación religiosa y que habías ganado premios como diseñadora de jardines. —Hace una pausa, como si no quisiera mencionar lo que era obvio—. Y de lo que te ocurrió en abril de 2000, Gemma Crowther y Stephen Elton, el juicio.

Tengo la sensación de que un ejército de minúsculos insectos caminan por cada centímetro de mi piel. «Un desconocido que me vigila por cuenta de Mary…».

—Ya lo había contratado antes, con buenos resultados. Sabía que sería capaz de desenterrar cualquier información de interés. Normalmente, First Call trabaja para compañías de seguros y bancos, en casos de fraude, pero tienen a un par de detectives especializados en lo que ellos llaman «asuntos que requieren la máxima discreción». Ese hombre es uno de ellos.

Mary se encoge de hombros.

—¿Qué puedo decir? Lo siento. Te estuvo siguiendo durante algunas semanas, durante las cuales, según me dijo, apenas salías de casa. Me sentí muy mal. Nunca fue mi intención que perdieras tu trabajo ni convertirte en una reclusa. No podía saber lo que te había ocurrido en Lincoln. —Mary se muerde el labio—. Estoy segura de que mi vehemente discurso de autojustificación es lo último que deseas oír. En cualquier caso… Le seguí pagando para que me confirmara que no tenías ninguna relación, pasada o presente, con Aidan Seed, y luego le dije que lo dejara.

—Lo vi el domingo. Y el lunes —le digo.

Su expresión se endurece.

—Cuando el viernes se presentó un policía preguntando por Aidan, me entró el pánico. Pensaba que las cosas se habían calmado, pero era evidente que no. Tenía que saber qué había cambiado. Y entonces, el lunes por la mañana apareció Charlie Zailer y me dijo que tú eras la novia de Aidan. Un cuarto de hora después

de que ella se fuera, me llamaron de First Call para informarme de lo mismo.

—En junio aún no había conocido a Aidan —digo, consciente de que no soy la que debe disculparse—. Lo conocí más tarde, en agosto. Buscaba un empleo, y Saul me llamó. Aidan necesitaba a alguien que le echara una mano.

—Es el colmo de la ironía —dice Mary—. Lo conociste por culpa mía. Otra cosa más que me hace sentir mal.

Quisiera decirle que conocer a Aidan ha sido lo mejor que me ha pasado, pero no puedo hacerlo con convicción sin saber qué ha hecho él. No incondicionalmente.

—¿Sabías que Aidan trabajaba para Saul antes de abrir su taller? —me pregunta Mary.

Niego con la cabeza.

—Por eso pensaba también que él te estaba manipulando…, por el vínculo con Saul. Me parecía demasiada coincidencia. —Veo una expresión de angustia en sus ojos—. Pensaba que querías el cuadro para dárselo a él.

Aparto la mirada. No tengo valor para decir que eso fue exactamente lo que pasó, solo que más adelante. No en junio del año pasado, sino después de Navidad, cuando fui a Megson Crescent con esa intención: conseguir *Abberton* porque Aidan lo quería. Porque lo necesitaba.

Mary da una larga bocanada al cigarrillo.

—Cuando le conté a Saul que fue tu excesiva insistencia lo que me desconcertó, él me dijo que siempre te comportabas así cuando te enamorabas de un cuadro. Así fue como conociste a Saul, ¿no? Él me contó la historia: querías un cuadro que estaba expuesto en el escaparate y le dijiste que pagarías lo que fuera por él, por muy caro que fuera. Entonces comprendí que no querías manipularme…, que realmente te habías enamorado de *Abberton*.

—Ayer, en tu casa, encontré otro cuadro. No estaba terminado, pero se parecía un poco a *Abberton*. En la parte de atrás había otro nombre: *Blandford*.

—¿Y?

Mary deja caer la ceniza en la moqueta y la limpia con el pie descalzo.

—¿Es…? ¿Los dos cuadros son parte de una serie?

—¿Por qué quieres saberlo? Sí, son parte de una serie —dice, sin pensarlo dos veces—. ¿Por qué?

—¿Una serie de cuántos?

Mary levanta el mentón: un gesto defensivo, para mantenerme a raya.

—Aún no lo sé. Veré cuántos soy capaz de pintar antes de que se me acabe la inspiración.

No tengo elección; no si quiero descubrir la verdad.

—Nueve —digo—. *Abberton, Blandford, Darville, Elstow, Goundry, Heathcote, Margerison, Rodwell, Winduss*.

Mary lanza un grito, como si le hubiese clavado una aguja en el corazón. Su cuerpo se encoge.

—¿Qué pasa, Mary? ¿Por qué te asustan tanto esos nombres?

—Él te lo ha contado, ¿verdad?

—¿Contarme qué? ¿Quiénes son esas personas?

Sus ojos se vuelven vidriosos.

—No sé quiénes eran —dice, en un susurro—. Nunca nos lo dijeron. Qué curioso, ¿verdad?

—¿Eran? —La palabra cruza mi cerebro muy lentamente—. ¿Están muertas?

Mary hace un esfuerzo por calmarse.

—Gemma Crowther está muerta —dice.

—¿Qué?

—¿Sabías que había salido de la cárcel?

«No quería saber nada. Les pedí que no me informaran. Lo escribí en la carta…».

—¿Ruth?

—No. No.

«En algunos países te lapidan hasta morir por follarte al hombre de otra mujer».

Muerta. ¿Mary ha dicho que Gemma Crowther está muerta?

—No quería decírtelo así. —Las palabras salen de su boca con brusquedad—. Ayer, cuando te presentaste en casa, estabas tan alterada que no podía decírtelo. No parabas de despotricar, diciendo que Aidan estaba escondido allí. No me habrías escuchado. Me pasé buena parte del día hablando con un policía de Londres. Gemma Crowther ha sido asesinada, de un disparo. Bueno, en realidad, de dos: uno en la cabeza y otro en el corazón.

Gemma Crowther asesinada. Sí, tiene sentido. Es fácil que la gente que se comporta como ella lo hizo acabe asesinada. En la cabeza y en el corazón.

Aún estoy intentando asimilar lo que acabo de oír cuando Mary añade:

—Si aún estás convencida de querer descubrir la verdad, pregúntame quién la ha matado.

14

5/3/08

Olivia estaba mirando por la ventana de la planta baja cuando Charlie y Simon bajaron del taxi. Mientras pagaban la carrera, ella fue corriendo a la puerta.

—Me importa un comino Martha Wyers —dijo Simon, a modo de saludo. Luego, dirigiéndose a Charlie, añadió—: Es con Kerry Gatti con quien deberíamos hablar.

—¿Has dicho Kerry Gatti? —preguntó Olivia, sin recibir ninguna respuesta—. No puedo creerlo.

—Vamos.

—Yo de ti me quedaría —dijo Olivia, mirándolo fijamente—. Hay una relación muy importante entre Martha Wyers y vuestro caso, o de quienquiera que sea. ¿Sois vosotros quienes estáis ayudando a la policía de Londres o es al revés?

—Eso no es asunto tuyo —le dijo Charlie.

Aún no había perdonado a su hermana lo que le había hecho el día antes. «Lo siento, Char. Malas noticias». Charlie se había imaginado a Simon moribundo, secuestrado por un psicópata, hasta que Olivia había abandonado su aire de consternación y le pasó su mensaje. Y, pensándolo bien, tampoco había perdonado a Simon por haberle dejado el mensaje a Olivia y no a ella. Charlie sabía por qué lo había hecho: creía que se pondría furiosa porque la había implicado en aquella historia o temía que le echara en cara su imprudencia y que lo hubiera pillado in fraganti.

El hecho de que ambos no pudieran volver al trabajo hasta que dejaran de interesar a Milward y Dunning era tan solo un inconveniente que acabaría resolviéndose con el tiempo. A Charlie no le preocupaba perder su puesto, y en la comisaría nadie querría prescindir de Simon, ni siquiera la gente a quien no le caía bien. Y tampoco el superintendente ni el jefe de la policía, que ni siquiera soportaban su presencia.

—Dinos qué es eso que según tú deberíamos saber —le dijo Simon a Olivia con cierta animosidad.

—Gracias. Bueno, en primer lugar, aunque no he podido encontrar nada sobre la muerte de Martha Wyers, me apuesto un millón de libras a que se suicidó. No fue asesinada.

—Eso es como decir que alguien menos extravagante que tú apostara cinco libras —señaló Charlie.

—Entonces, que sea un billón. Solo publicó un libro…, una novela. La he buscado en Amazon. Trata sobre una mujer que se enamora locamente de un hombre al que apenas conoce y que acaba arruinándole la vida. En la nota de Amazon incluso aparece la palabra *suicida*.

—¡No me jodas! —exclamó Simon—. La mitad de las novelas que se han escrito tratan sobre eso. Ese es al argumento de *Ana Karenina*, y Tolstói no se suicidó. Charlie, estamos perdiendo el tiempo.

—¿Quieres escucharme, por favor? —contraatacó Olivia—. Cuando le dije a Senga McAllister, una periodista del *Times*, que Martha Wyers estaba muerta, lo primero que me preguntó es si se había suicidado. En 1999, cuando aún trabajaba como *freelance* haciendo reportajes sobre el mundo del arte, escribió un artículo titulado «Cinco promesas para el futuro». Era un perfil de cinco artistas cuyas trayectorias deberían seguir los lectores durante el nuevo milenio: cinco grandes artistas del futuro, esa clase de cosas… —Olivia hizo una pausa para recuperar el aliento—. En el campo de la literatura, la elegida fue Martha Wyers. Senga la escogió personalmente. Por entonces aún no había leído su novela, pero sí

algunos de sus relatos cortos, y pensó que era el autor novel más brillante de los últimos años.

—Para ser brillante hay que ser original —puntualizó Simon—. Y una novela sobre una mujer a quien le rompen el corazón no es original, al menos en 1999.

—¿Lo está diciendo en serio? —preguntó Olivia, dirigiéndose a Charlie.

—Sigue, Liv. Pasa de él.

—Hay varias clases de corazones rotos, Simon. Espero que nunca tengas oportunidad de descubrirlo.

—¿Qué coño significa eso?

—Liv —dijo Charlie, moviendo las manos ante las narices de su hermana—. Continúa.

—Senga se sentía un poco avergonzada por haber elegido a Martha Wyers. —Olivia se quedó mirando a Simon, como si pensara en ajustarle las cuentas más tarde—. Su primera novela resultó que también fue la última. Wyers se esfumó sin dejar rastro.

—Para ti eso es sinónimo de muerte —dijo Charlie—. Algo que tiende a inhibir la productividad.

—Wyers nunca escribió nada más y cayó en el ostracismo después de la publicación del artículo. Algunos compañeros de Senga, el crítico de cine, el de música, eligieron a gente que ahora es famosa y todo el mundo conoce.

—¿Por ejemplo?

—Pippa Dowd fue elegida en el campo de la música.

—La de Limited Sympathy —le dijo Charlie a Simon—. No le suena de nada —añadió, dirigiéndose a Liv.

—Y el actor escogido fue Doohan Champion.

—¡Pero si es un gilipollas sin pizca de talento!

—Y también multimillonario, sí —repuso Liv, secamente—. Supongo que no debe ser fácil predecir quién triunfará y quién no… Nadie puede adivinar el futuro. —Al ver la cara de Simon, decidió continuar de inmediato—. En cualquier caso, Senga ha dicho algo de lo que me acordé después, cuando me mandó su artículo y vi que

faltaban todos los perfiles excepto el de Martha. Me dijo: «Al menos no fui la única en equivocarme. El crítico de arte y el de teatro también quedaron bastante mal. Sus candidatos también se esfumaron sin dejar rastro». Entonces me pregunté a quién habría elegido el crítico de arte. ¿Y si fue Mary Trelease?

Simon se volvió hacia Charlie.

—¿Qué sabe sobre Trelease?

—Mucho —contestó Olivia—. Sé que hay una mujer, Ruth Bussey, que está obsesionada con Charlie, y cuyo novio, Aidan Seed, cree que mató a una pintora llamada Mary Trelease, aunque ella no está muerta.

—¿Le has dicho los nombres?

Charlie apartó la mirada. Le había contado a Liv más de lo que, en general, le habría contado. Necesitaba un tema de conversación que no fueran los recortes de la habitación de Ruth Bussey y lo qué sentía ella al respecto. Tenía una buena historia y había recurrido a ella. No es posible contar una historia sin mencionar a sus protagonistas.

—¿Y qué si el artista del artículo fuera Mary Trelease? —preguntó Simon—. ¿Y qué si Trelease y esa mujer, Martha Wyers, eran parte del artículo publicado en el suplemento de un periódico de 1999? ¿Qué coño importa?

—Liv está intentando ayudarnos, Simon. —Dirigiéndose a su hermana, Charlie añadió—: En realidad, el hecho de que exista una relación entre Martha Wyers y Mary Trelease no nos ayuda demasiado. Y en el caso de que nos sirviera de algo, ya la tendríamos: ambas estudiaron en el internado de Villiers en la misma época.

Olivia parecía enfadada, y luego perpleja. Al final, se echó a reír.

—Parece que ambos dais por sentado que el artista plástico que eligió el *Times* fue Mary Trelease.

Simon se acercó a ella, dispuesto a quitarle los papeles que tenía en la mano.

—Bueno, ¿era ella o no?

—De hecho, no.

Charlie frunció los labios.

—Liv, sea lo que sea lo que…

—Bueno, creo que ya hemos oído suficientes tonterías —dijo Simon por encima del hombro, a medio camino de la puerta—. Vámonos.

—El elegido fue Aidan Seed —dijo Olivia, tendiéndole el artículo impreso a Charlie—. Y ahora, ¿queréis leer esto? Sí, claro —dijo, con una enorme sonrisa en los labios, mientras veía a Simon dando la vuelta—. Sí, ya me lo imaginaba.

15

Miércoles, 5 de marzo de 2008

—¿Cuándo murió Gemma? —pregunto.

—La policía no me ha contado mucho, pero por las preguntas que me han hecho, debió de ocurrir el lunes por la noche —explica Mary—. Querían saber dónde había estado.

Se acerca a la ventana, la abre y tira la ceniza fuera. Los mugidos de las vacas que llegan desde el campo parecen lamentos.

Hace cuarenta y ocho horas, Gemma estaba viva.

—¿Por qué quería hablar contigo la policía?

Mary se coloca el pelo detrás de las orejas, aunque en seguida vuelve a caerse hacia delante, envolviendo su enjuto rostro como negras nubes de tormenta.

—Cuando Charlie Zailer me dijo que eras la novia de Aidan, no la creí. Me dije: no, es imposible. Cuando First Call me lo confirmó, casi se me paró el corazón. Cuando me calmé, me dirigí al taller de Aidan y esperé fuera, en el coche. Un poco después, apareció Zailer con otro policía al que reconocí…, el subinspector Waterhouse. Había ido a verme el sábado, también para preguntarme por Aidan. Los dos entraron en el taller.

—Yo estaba allí —le digo.

—Se quedaron un rato y luego salieron, aunque Waterhouse no se alejó demasiado. Permaneció dentro de su coche y esperó al final del camino. Unos minutos después, salió Aidan, se metió en su coche y se fue. Waterhouse lo siguió, y yo seguí a Waterhouse. Los tres llegamos a Londres al mismo tiempo, como un convoy, y fuimos

hasta Muswell Hill. —Me mira fijamente, esperando mi reacción—. En aquel momento tuve la sensación de saber adónde se dirigía Aidan, aunque no tenía sentido.

—¿Adónde? —pregunto, casi sin aliento.

Todas las veces que Aidan estuvo fuera, cuando me decía que había ido a Manchester, a trabajar para Jeanette Golenya… Siempre mentiras.

—Yo sabía que Stephen Elton y Gemma Crowther habían salido en libertad condicional. El tipo de First Call es muy… concienzudo. Me dio su nueva dirección y detalles sobre sus nuevos trabajos.

—¿Nuevos trabajos?

Mary frunce el ceño.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Stephen Elton trabaja en un concesionario Ford de Kilburn; creo que es mecánico. Y Gemma Crowther trabaja… trabajaba en un centro de medicina alternativa de Swiss Cottage llamado The Healing Rooms. Mi amigo fue a verla allí; ella le dio un masaje con piedras calientes. —Se refiere al hombre de la gorra roja con borla y el perro. «Alguien a quien conocía; ya lo había contratado antes». Eso fue lo que dijo. Finalmente, asimilo por completo esas palabras—. Cuando me lo contó, estaba más feliz que unas pascuas. El muy caradura me cobró el importe del masaje; me dijo que era parte del trabajo.

—Piedras —repito, con voz inexpresiva.

Mary abre la boca, pero no dice nada. No había pensado en ello.

Gemma Crowther curando a gente.

—Stephen era farmacéutico —digo—. Y ella era maestra de primaria.

—Sí, bueno, es evidente que debieron tener problemas para conseguir trabajos parecidos a los que solían hacer. Aunque supongo que no les resultó tan difícil en un taller mecánico o en uno de esos dudosos centros de medicina alternativa. En algunos sitios son

menos exigentes que en otros con los antecedentes de los empleados que contratan.

Mary tira la colilla del cigarrillo por la ventana y se frota la espalda con ambas manos.

—¿Su nueva dirección… estaba en Muswell Hill?

Asiente con la cabeza.

—El 23B de Ruskington Road. Ahí es donde fue Aidan el lunes.

—Pero él no sabía nada de…

—Sí, Ruth. Lo sabía.

Nunca seré capaz de creerlo. ¿Aidan viéndose a mis espaldas con Stephen y Gemma? No.

—Cuando Aidan giró por Ruskington Road, Waterhouse pasó de largo y siguió por la calle principal. Cuando se dio cuenta de su error y dio la vuelta, Aidan ya había aparcado su coche delante del número 23. Justo enfrente, como si el sitio le perteneciera. Waterhouse no me vio… Estaba demasiado concentrado en Aidan, que ya se dirigía hacia la calle principal. No me vio ninguno de los dos.

—¿Por qué? —le espeto—. ¿Por qué aparcó delante de la casa y luego se fue?

—No tengo ni idea —dice Mary, impaciente—. Solo sé que Waterhouse lo siguió.

—Y tú, ¿también fuiste tras ellos?

—No. A pie era muy arriesgado; mi pelo no pasa precisamente desapercibido. Una vez los perdí de vista, me acerqué a echar un vistazo. Junto al timbre del apartamento de Gemma y Stephen estaban sus nombres; bueno, en realidad solo sus apellidos: Crowther y Elton, tal y como se referían a ellos en los periódicos. «Dong. El timbre de Cherub Cottage se llamaba Dong».

El rostro de Mary se contrae en una expresión de disgusto.

—Debajo de los apellidos, en letra muy pequeña y entre comillas, habían escrito: «Woodmansterne». Me aclaro la garganta.

—Vivían en Woodmansterne Lane, en Lincolnshire. ¿Quieres decir que…?

—Si tuviera que hacer una hipótesis, diría que decidieron poner a su apartamento de alquiler el nombre de su antigua calle.

—Sí. Ellos hacían esas cosas. Bueno, ella.

—Llamé al timbre —continúa Mary—. Me pareció alucinante ser capaz de hacerlo. No me preguntes qué habría dicho si alguien me hubiese contestado. No tenía ni idea… Fue un impulso. Sin embargo, no había nadie. —Hurga en el bolsillo para sacar otro cigarrillo—. Junto a la puerta, a la derecha, había una ventana. Miré y vi una foto enmarcada de la feliz pareja, una de las que me describiste en tu carta: él besándola en la mejilla.

La bilis sube hasta mi garganta. Esa foto. «Yo, de pie en el inmaculado salón blanco de Cherub Cottage, mientras Stephen intenta besarme…».

—Sabía que eran ellos. First Call me había mandado recortes de prensa del juicio, fotos… Reconocí sus caras. Comprendo que te impusieras la misión de liberarlo de su cautividad, con aquel aire de niño perdido…

—Aún siguen juntos. Él testificó contra ella, y ella intentó hacerlo responsable de todo… Y aun así siguen juntos, con todas esas fotografías en las paredes.

Como si no hubiera pasado nada.

—Esas fotos de estudio tan horteras no era lo único que habían colgado en las paredes —dice Mary, con voz agriada—. También vi algo más.

—¿A qué te refieres?

Me obligó a escribirle la carta, reviviendo lo que me había ocurrido, cuando en realidad lo sabía todo. Ya lo sabía.

—Esperé en la calle; en el coche. Ya que había viajado hasta Londres, no estaba a dispuesta a rendirme tan fácilmente. Al cabo de un rato, apareció de nuevo Waterhouse.

—¿Te vio?

Mary niega con la cabeza.

—Solo le interesaba el apartamento de Crowther y Elton. Dio una vuelta y luego se metió en el coche, como yo. A eso de las nueve y

media, Gemma Crowther y Aidan Seed aparecieron al final de la calle.

Hice un esfuerzo por no estremecerme.

—Aidan abrió el maletero de su coche, sacó algo y lo llevó hasta la casa. No pude ver qué era… No estaba demasiado cerca, y detrás del coche de Aidan había una enorme furgoneta blanca que me tapaba el campo visual. —Mary se enrolla el pelo en torno a su mano—. En el interior del apartamento se encendieron las luces. Gemma corrió las cortinas. Fue entonces cuando Waterhouse se fue.

Su sonrisa muestra el desprecio que siente por alguien que se rinde con tanta facilidad.

—¿Tú no te fuiste?

—No. Había una pequeña rendija en las cortinas, aunque suficiente para ver a través de ella.

Gemma Crowther y Aidan juntos en la misma habitación.

Mary espera a que yo le pregunte. Al ver que no lo hago —que no puedo—, dice:

—Oí unos golpes. Él tenía un martillo en la mano. Le estaba colgando un cuadro. ¿Adivinas cuál?

Me quedo paralizada. No puede ser otro; Mary me lo habría dicho. No me invitaría a adivinarlo.

—Tu cuadro —digo—. *Abberton*.

—Mi cuadro —dice Mary, con indiferencia—. Sí. En casa de unos extraños. En casa de esos extraños.

—Se lo di a Aidan para demostrarle que no podía haberte matado —dije, tratando de explicárselo—. Él insistía en que lo había hecho, nunca me escuchaba. *Abberton* tenía tu firma y una fecha: 2007. Me dijo que te había matado hacía varios años.

—¿Cómo sabías que lo había firmado y había puesto la fecha? —me pregunta Mary, volviéndose hacia mí—. En junio del año pasado, cuando lo llevé a la galería de Saul, no estaba firmado ni fechado.

Le cuento, de la forma más coherente posible, lo ocurrido en la feria de arte Access 2.

—¡Dios mío! —murmura Mary, mordiéndose el labio hasta que aparecen unas gotitas de sangre. A continuación, cuando da una bocanada al cigarrillo, la boquilla se tiñe de rojo, como si llevara los labios pintados.

—Después de entregarle el cuadro a Aidan, nunca volví a verlo. No quería decirme lo que había hecho con él. Mary, lo siento…

—Un regalo es un regalo —dice, con voz crispada—. Yo te lo di a ti y él se lo dio a ella.

—¿Qué hiciste? Cuando lo viste, quiero decir.

—¿Qué podía hacer? Me metí en el coche y volví a casa. Cuando me fui, Gemma Crowther seguía con vida y estaba con Aidan Seed. Eso debería decirte todo lo que necesitas saber sobre tu novio.

—¿Por qué fue a verte la policía?

¿Por qué no fueron a verme a mí? Puede que lo intentaran. Ayer no abrí a nadie la puerta del taller; puede que una de las veces que llamaron fuera la policía.

—Una maldita vecina entrometida me vio y se acercó para preguntarme quién era… Debería haberle mentido, pero no fui capaz de pensar con rapidez. Luego se demostró que había tenido la suerte de que me descubriera. Me vio alejarme de allí y oyó los disparos después de que yo me hubiera ido. Waterhouse también se había marchado… La única persona que se quedó con Gemma fue Aidan. Incluso la policía debería ser capaz de deducir qué ocurrió.

Siento que algo pesado y enorme se está hinchando dentro de mí. ¿Por qué me siento como si hubiese traicionado la confianza de Mary? Es absurdo. No le debo lealtad alguna. Aidan es la persona a la que quiero y de la que debo fiarme. Él, a diferencia de ella, nunca me ha hecho daño intencionadamente.

De pronto, lo veo claro: la he perdonado. Y si puedo perdonar a Mary, también puedo perdonar a Aidan, sea lo que sea lo que haya hecho. ¿Y después? ¿Cuándo voy a parar?

—¿Ruth? ¿Qué ocurre?

—Soy yo —le digo.

—¿Qué quieres decir?

—Todo este tiempo he tenido este… este miedo. Temía no ser capaz de perdonar a Aidan en cuanto descubriera la verdad…, o, mejor dicho, eso era lo que pensaba, pero estaba en un error. Es justo lo contrario: tengo miedo de perdonarlo con demasiada facilidad y hacer lo mismo con los demás. Aidan, tú…, incluso Stephen y Gemma. Cuando eres capaz de hacerte una idea del dolor y el terror que ha experimentado otra persona…

La voz se me quiebra. No puedo hablar.

—¿Cómo puedes dejar de perdonarlos? ¿Es eso lo que ibas a decir?

Me doy cuenta de que estoy llorando. Pero poco importa.

—Mis padres solían decir: «Somos cristianos, Ruth. Y los cristianos siempre perdonan», ¡pero yo no quiero perdonar a nadie!

—¿Por qué no? —pregunta Mary, con gravedad.

—Porque entonces solo sería yo quien… quien…

—Crees que a ti no se te puede perdonar. Y no quieres ser la única.

Su capacidad de comprensión me golpea como si fuera un pequeño milagro.

—Intenté lavarle el cerebro a Stephen para ponerlo en contra de Gemma. Hice todo lo que estaba en mi mano para separarlos, pensando siempre que yo era un dechado de virtud porque me negaba a acostarme con él. —Me seco los ojos con las palmas de las manos—. No era capaz de comprender que… el sexo es solo sexo. Y si no es eso, es amor. En cualquier caso, no es nada tóxico, como tratar de controlar la mente de otra persona. Empleé con Stephen las mismas tácticas que mis padres habían empleado conmigo. Sé que no hay nada que justifique lo que él y Gemma me hicieron…, pero eso no significa que no fuera culpa mía o que no me lo mereciera.

—Si empiezas a perdonar a todo el mundo, puede que al final acabes perdonando también a tus padres —dice Mary—. ¿Adónde te

llevaría eso? Ellos no te han perdonado, ¿verdad? No lo han hecho, a pesar de su eslogan de que los cristianos siempre perdonan. Les mandaste una dirección postal y nunca la han utilizado. Qué poco tardaron en abandonarte… Y esa es la gente que ha consagrado su vida a predicar el perdón.

—No solo a predicarlo, sino también a practicarlo. Después de lo que me ocurrió, cuando fueron a verme al hospital, me dijeron que habían perdonado a Stephen y a Gemma, y que yo también debería perdonarlos. En toda su vida, yo soy la única persona a la que no han perdonado.

—Y eso te convierte en la única persona del mundo que no merece el perdón, ¿verdad? La peor persona del mundo.

—Sí.

Ahora que Mary lo ha dicho, me siento como desinflada. Como si eso que iba hinchándose dentro de mí hubiese reventado. ¿Era esto lo que tanto temía? ¿Esta sensación? Me siento aliviada ahora que el miedo se ha ido y no queda nada salvo un gris y deprimente agotamiento. Se me cierran los ojos.

Mary me da una palmadita en el hombro.

—Te equivocas —dice—. Si quieres un argumento válido, ¿qué me dices de esto? Eres la única persona que les atacó a nivel personal. Les gritaste a la cara cosas que les resultaba muy doloroso oír; seguramente no lo había hecho nadie antes que tú. Es fácil perdonar una agresión cuando no eres la víctima. «¿Stephen y Gemma? Ningún problema: lo único que han hecho ha sido estar a punto de matar a nuestra hija. ¿Alguien nos grita y nos dice que estamos equivocados? Imperdonable». ¿Entiendes lo que intento decirte?

Creo que sí. Si puedo llegar a perdonar a Stephen y a Gemma, seré mejor que mis padres, más cristiana que ellos, aunque no lo sea y no crea en Dios. Aidan, Mary, Stephen, Gemma Crowther, mamá, papá, yo. Tal vez sea capaz de perdonarlos a todos.

—Lo cierto es —prosigue Mary— que tus padres son dos grandes montañas de mierda. Que les jodan.

Trato de esbozar una tímida sonrisa.

—Háblame de Aidan y Martha —digo.

Al instante, el brillo de los ojos de Mary se desvanece, como si les faltara su fuente de energía.

—Con una condición —dice—. Esta es mi historia, por lo que voy a ser juez, jurado y el verdugo. Si tratas de exonerar a alguien, hazlo en silencio. Yo no soy tan inteligente como tú.

Asiento con la cabeza. Mary es más libre que yo. No le preocupa que la balanza de las culpas esté equilibrada. Ella coge su desdicha y hace con ella lo que le parece. ¿Podré ser también yo como ella a partir de ahora, o siempre me sentiré como una especie de árbitro moral que vigila todos mis movimientos, invisible e infalible?

Mary enciende un cigarrillo.

—Martha y Aidan se conocieron en una entrevista para conseguir un puesto de estudiante privilegiado en un curso de artes creativas en el Trinity College de Cambridge. Se lo dieron a Aidan. Ella se lo tomó bastante bien y acabó hartando a todo el mundo al repetir una y otra vez que no había conseguido el puesto porque ya era lo bastante privilegiada. —Mary sonríe—. En una ocasión, una profesora nos preguntó cuántos aparatos de televisión teníamos en casa; era una mujer algo retrógrada, de esas que piensan que tienes que cultivar tus propias hortalizas. Martha era la que más tenía: siete. La profesora le preguntó en qué habitaciones tenían tele, y ella dijo que en seis: en uno de los salones, la cocina, su habitación, el dormitorio de sus padres, su estudio y en la casa de verano. La profesora esperó a que Martha citara la séptima, pero ella debió pensar en cómo sonaría, y se calló. La profesora insistió y Martha se puso roja como un tomate cuando tuvo que admitir que la séptima tele estaba en el *jet*.

—¿Un *jet* privado?

—En aquella época, era la única alumna de Villiers cuyos padres tenían uno. Había muchas familias que tenían helicópteros, pero ¿un avión privado? Ahora es probable que todas lo tengan. En cualquier caso, el entorno privilegiado de Martha no tuvo nada que ver con

que no le dieran el puesto en el Trinity. Aidan era muy bueno como pintor, mucho mejor de lo que Martha era como escritora, y ella lo sabía.

Tengo la sensación de que las paredes de la habitación van a caer sobre mí.

—¿Aidan era pintor?

—¿No te lo ha contado?

—No.

—¿Nunca le has visto pintando? ¿No has visto ninguna de sus obras?

—Él no… No pinta. —Estoy escuchando la historia de un desconocido, tratando de encontrar coincidencias con la de alguien a quien creía conocer—. Si pintara, lo sabría. Él… —No debería decírselo, pero lo hago. No hay ninguna razón para no hacerlo—. Cuando lo conocí, vivía en una habitación, en la parte trasera del taller. Había marcos vacíos colgados en todas las paredes, marcos que él había hecho… Aún siguen allí, pero no contienen nada.

—De modo que lo dejó —dice Mary quedamente, moviéndose hacia delante y hacia atrás—. Bien.

—¿Por qué haría algo así? ¿Por qué enmarcar la nada?

¿Por qué no me ha contado que conocía a Gemma y a Stephen? ¿Y cómo lo hizo para saberlo?

—¿Cuántos marcos vacíos hay?

—Yo… No lo sé. Nunca los he contado.

—¿Más de diez?

—Sí.

—¿Un centenar?

—No, no tantos. No lo sé… Puede que quince o veinte.

—Yo sé cuántos hay. Cuéntalos cuando tengas ocasión de hacerlo… y verás que tengo razón.

Todos, salvo yo, saben cosas que es imposible que sepan. Ni siquiera sé cosas que podría haber descubierto fácilmente. Cosas que debería saber. La familia de Aidan, ¿era pobre? ¿Pertenecía a una clase no privilegiada, como diría Mary? Trato de recopilar

mentalmente todo lo que él me ha contado sobre su infancia: le encantaban los animales; le habría gustado tener un gato, pero no se lo permitieron. Nunca tuvo una habitación para él solo, y lo que más deseaba era eso: intimidad. Su hermano y su hermana eran mucho mayores que él, tan distantes como dos desconocidos.

—Son dieciocho —dice Mary—. Dieciocho marcos vacíos.

The Times, 23 de diciembre de 1999

CINCO PROMESAS PARA EL FUTURO

> *Puede que sus nombres aún no les resulten familiares, pero será por poco tiempo. Senga McAllister habla sobre la fama y el éxito con las nuevas promesas británicas del mundo del arte: novelistas, pintores, actores, cantantes y cómicos.*

Hoy me encuentro en los estudios de Hoxton Street para hablar con cinco artistas de extraordinario talento. En estos momentos están realizando una sesión de fotos para una doble página central del especial *Nuevos talentos, nuevos estilos*, de la revista *Vogue*. Sin embargo, mientras les fijan el peinado con laca y les depilan las cejas, me dedican gustosamente unos minutos para explicarme cómo se sienten al escalar las vertiginosas cumbres del éxito.

Aidan Seed, 32 años, pintor. El talento de Aidan se manifestó de forma precoz. Antes de ser admitido como artista residente en la National Portrait Gallery de Londres, ostentó el puesto de artista privilegiado en artes creativas durante dos años en el Trinity College de Cambridge. Aidan me cuenta que ese puesto estaba abierto a escritores, artistas plásticos y compositores, de modo que no tuvo que superar solo a otros pintores para hacerse con él. Se echa a reír.

«No se trataba de ninguna guerra. Dudo que ese año yo fuera el artista de más talento que se presentó… Tuve suerte, eso es todo. A alguien debió de gustarle mi obra». Dejando aparte su modestia, el inmenso talento de Aidan está causando sensación en los círculos artísticos. El próximo mes de febrero hará su primera exposición individual en la prestigiosa Galería TiqTaq de Londres. Su propietaria, la también marchante Jan Garner, define a Aidan como un artista «excepcionalmente dotado». Le pregunto qué supuso ser un «artista privilegiado». «El Trinity se ha ganado el prestigio que tiene gracias a su excelencia en el campo de las ciencias; el puesto que me ofrecieron es su forma de apoyar las artes. Literalmente, ejercen de mecenas artísticos a la antigua usanza. De mí solo esperaban que pintara, y me pagaban un sueldo. Era el trabajo que todos soñamos». ¿Por qué el puesto se define como «estudiante privilegiado»? «Significa que no eres un estudioso —explica Aidan—. No me concedieron el puesto por mi expediente académico. —Sonríe —. No significa que pensaran que yo era un privilegiado, aunque yo me sentí como tal».

Aidan está orgulloso de sus orígenes proletarios. Su madre, Pauline, que falleció cuando él tenía doce años, trabajaba como mujer de la limpieza. Aidan se crio en una vivienda de protección oficial de Culver Valley. «No tuve mi primer cepillo de dientes hasta los once años —me cuenta—. En cuanto lo tuve, lo utilicé para mezclar colores». Pauline, una madre soltera, era demasiado pobre para comprarle telas y pinturas, por lo que Aidan robaba de la escuela todo el material que podía. «Sabía que robar no estaba bien, pero para mí pintar era algo compulsivo… Tenía que hacerlo, a cualquier precio». Su familia no habría alentado sus inclinaciones artísticas, por lo que guardaba todas sus obras en casa de un amigo, Jim. «Los padres de Jim pertenecían a un mundo totalmente diferente al mío —me explica Aidan—. Ellos siempre me animaron a pintar». Durante su infancia y su adolescencia, Aidan pintaba sobre cualquier superficie que tuviera a mano: cajas de cartón, paquetes de cigarrillos… A los dieciséis años, cuando dejó los estudios,

consiguió un empleo en una planta de envasado de carne, donde trabajó hasta que consiguió ahorrar el dinero suficiente para costearse la carrera de Bellas Artes. «Los años que pasé en la planta fueron muy duros —recuerda—, pero me alegro de haber trabajado allí. En la universidad tuve un excelente profesor que me dijo: "Aidan, si quieres ser pintor, debes tener una vida". Y creo que era una gran verdad».

A pesar de poseer un gran talento, lo más extraordinario de todo es que Aidan nunca ha vendido un solo cuadro, aun cuando ha recibido muchas ofertas de potenciales compradores. Pinta encima de las telas de las que no se siente totalmente satisfecho, y a lo largo de los años ha acumulado unas cuantas. Trabaja despacio y de forma muy concienzuda, y no da por terminado un cuadro hasta que lo considera perfecto. Tengo la sensación de que es un hombre muy exigente con respecto a su obra. «Ahora estoy trabajando en varios cuadros a la vez. Todos han ido evolucionando con el tiempo; son los únicos que creo que tienen el suficiente valor artístico para ser exhibidos en público». Esos cuadros son los que expondrá el próximo mes de febrero en la Galería TiqTaq. Son obras oscuras, introspectivas, atmosféricas y decididamente contracorriente. «La moda me importa un bledo —dice Aidan, con un inequívoco orgullo —. Puedes trabajar con técnicas tradicionales y aun así hacer arte moderno. No entiendo a los artistas que prescinden del saber y la maestría que nos ha legado la pintura durante siglos, como si eso nunca hubiera existido. Mi objetivo es construir algo a partir de lo que ya es historia. No partir de cero. A mi entender, eso sería pecar de arrogancia».

Le pregunto si los cuadros que expondrá en la Galería TiqTaq estarán a la venta, si dejará que, finalmente, la gente pueda comprar su obra. Se echa a reír. «No creo que tenga otra elección — dice, y, realista, añade—: Creo que ese es el propósito de una exposición. Jan [Garner] me diría un par de cosas si me negara a vender». Será mejor que los coleccionistas de arte hagan cola:

tengo el presentimiento de que Aidan Seed es un artista del que se hablará mucho en las próximas décadas.

Doohan Champion, 24 *años, actor*. Doohan posee esa clase de belleza escultural capaz de derretir a las adolescentes. En Gran Bretaña se dio a conocer entre el gran público con el papel de Toby, el problemático adolescente protagonista de *Wayfaring Stranger*. Los críticos se entusiasmaron con él, y desde entonces ha hecho una carrera meteórica. «Ya no tengo que preocuparme por conseguir un papel —afirma—. Puedo elegir; es una situación privilegiada». Basta con echar un rápido vistazo a la trayectoria de Doohan para darse cuenta de que la fama y el éxito lo esperaban con los brazos abiertos. Alentado por su madre, que trabajaba como recepcionista en una clínica dental, Doohan pasó de interpretar a los personajes protagonistas en las funciones del colegio a estudiar en la escuela de arte dramático Eldwick Youth Theatre —considerada un serio competidor del National Theatre—, donde estuvo cuatro años. «Era una manera genial para evitar hacer los deberes —explica Doohan, riéndose—. Sin embargo, pronto descubrí mi pasión por la interpretación». Una pasión que vio recompensada: Doohan ganó la medalla de oro de su curso. «Me di cuenta de que había elegido bien mi camino cuando un montón de chicas empezaron a invitarme a salir —bromea Doohan—. ¡No podía renunciar a eso!».

Cuando terminó sus estudios, más de treinta representantes querían firmar un contrato con él. Doohan cree que *Serpent Shine*, la película que se estrenará el año que viene, tendrá una gran acogida. En el filme es Isaac, un joven esquizofrénico que se enfrenta a la posibilidad de perder su casa después de la muerte de su padre, un alcohólico. «Es una historia conmovedora, y muy fuerte», dice. Le pregunto si el camino hacia el éxito es realmente tan atractivo como nos parece desde fuera. «¿Sabes una cosa? —me dice—. Es incluso mejor. Estoy muy solicitado y gano una fortuna. ¡Es una pasada! —De pronto, parece abatido—. Sin embargo, no me

gustaría ser demasiado famoso. Me gusta poder ir a tomar una copa a mi bar preferido sin que nadie me moleste». Lo siento, Doohan… ¡Me temo que eso no será posible durante mucho tiempo!

Kerry Gatti, 30 años, cómico. Lo primero que me dice Kerry es que no es una niña, sino un tío. Es algo que puedo comprobar por mí misma al observar su corpulencia y escuchar su voz grave. Desde su niñez se ha sentido avergonzado de su nombre. «Mi madre pensaba que era un nombre neutro, como Hilary o Lesley…, aunque, para ser sincero, esos dos nombres también habrían sido un fastidio», explica, riéndose. «Los nombres de chico, para los chicos; y los de chica, para las chicas, eso pienso yo». Siendo así, ¿por qué no se lo cambió? «Mi madre se lo habría tomado mal», dice. Kerry ha hecho grandes cosas desde que escribió un análisis freudiano sobre la serie de televisión *Los siete de Blake* cuando estudiaba en la Universidad de Plymouth. Además de ser uno de los protagonistas de *The Afterwife*, una serie de gran éxito escrita por los mismos autores de *Father Ted*, emitida por ITV, acaba de terminar una gira con Steve Coogan. Un largo periplo que se inició el pasado mes de septiembre y que ha acabado en un teatro del West End justifica plenamente el aire exhausto de Kerry «Cuando acababa la función, estaba hecho polvo —reconoce—. Todo el día gira en torno a esas dos horas. Después de trabajar es fácil querer pasarse un poco, pero el horario era agotador y no podía descansar demasiado». Kerry me confiesa que siempre le ha gustado hacer reír a la gente. «Solía hacerlo en la escuela, cuando en teoría debería haber estado estudiando. Era uno de esos niños irritantes que no se concentran, pero con los que los profesores no se ensañan demasiado porque son divertidos y hacen reír a todo el mundo. Sí, incluso a los profesores. Al director de la escuela también, ¡aunque habría sido un hueso duro de roer incluso para el más genial de los cómicos!». Visto lo visto, hoy en día no hay otro cómico con más talento que Kerry Gatti. Mientras estudiaba en la universidad, perfeccionó su vis cómica en clubes nocturnos, junto

a gente como Jack Tabiner y Joel Rayner. Su agente le ofreció un contrato después de que el público se pusiera en pie cuando interpretó su número en una noche de aficionados en el South Bank Centre de Londres, y de ahí pasó a ser Nero en la serie de la ITV *I Thought You'd Never Ask*. El programa ganó un premio y poco después Kerry inició una gira por Australia y Nueva Zelanda con *Side-splitters*. «Ahí estábamos, en un barco en alta mar, tomando cervezas, preguntándonos: "¿De modo que este es nuestro trabajo?". ¡Jod…, es fantástico!».

Nacido en Ladbroke Grove, a los ocho años Kerry ingresó en un programa para niños superdotados de la ILEA (Inner London Education Authority). «Durante los fines de semana me habría gustado jugar al fútbol con mis amigos, pero en vez de eso tenía que asistir a conferencias de Ted Hughes —explica—. ¡No sabes cómo odiaba eso!». La madre de Kerry nunca trabajó fuera de casa. Cuando era pequeño, su padre era vigilante de seguridad y ahora es socio de una agencia de detectives, Investigaciones Staplehurst. «¿Te refieres a un investigador privado?», le pregunto, impresionada. «Sí —dice Kerry, echándose a reír—, pero se dedican a aburridos casos financieros y de empresa…, un rollo. No es lo que te imaginas: nada de seguir con una cámara a una pareja de adúlteros… Eso sí sería divertido». Puesto que los padres de Kerry nunca tuvieron oportunidad de estudiar, decidieron que su hijo sí la tendría. «Querían que fuera a la universidad y estudiara literatura inglesa, pero yo no quería ni oír hablar de ello». Dejó los estudios a los dieciséis años, aunque los retomó un año después, tras descubrir que el desempleo no era exactamente la vida relajada con la que había soñado. «Vale, me rendí —admite Kerry, riéndose—. Fui a la universidad, pero no para estudiar ese rollo de literatura, aunque supongo que había mucha en mi licenciatura en arte dramático…, sino para aprender cosas prácticas y de la vida real, que es lo que realmente me gustaba».

¿Y qué está preparando ahora mismo Kerry? Un cameo en una nueva serie de la BBC, *The Reclining Avenger*. Y muchas otras cosas,

demasiadas para enumerarlas todas, me dice, con aire perezoso. «El año que viene todo el mundo me odiará, porque estaré en todas partes». Cuando le pregunto adónde le llevará toda esta actividad, sonríe. «Me gustaría interpretar a Blake en un *remake* de *Los siete de Blake*. Esa es mi máxima aspiración».

Pippa Dowd, 23 años, cantante. Limited Sympathy es el único grupo musical integrado exclusivamente por mujeres de Loose Ship, la vanguardista discográfica de Nicholas Van Der Vliet, que también produce a Stonehole y a Alison «Whiplash» Steven. Pippa Dowd es la solista de Limited Sympathy. «No me preguntes qué somos —dice, en tono quisquilloso, cuando me atrevo a iniciar la entrevista con esta sin duda previsible pregunta—. Me da igual si desde el punto de vista del marketing no es bueno decir que no nos parecemos a ningún otro grupo. Es así, y basta. Si quieres saber qué somos, escucha nuestro álbum». Puesto que ya lo he hecho, me armo de valor y le digo que, en mi humilde opinión, la música de Limited Sympathy tiene algo en común con la de The Smiths, New Order, Prefab Sprout y otras formaciones de esa clase. «¿Y a qué clase pertenecen? —me pregunta—. ¿Te refieres a la de los grupos que hacen buena música? Sí, espero que pertenezcamos a la categoría de los que hacen buena música». Tras haber aparecido ya en la portada de la revista *Daze and Confused*, los pronósticos anuncian que Pippa y Limited Sympathy arrasarán el próximo mes de marzo, cuando salga al mercado su primer single, «Unsound Mind». Le pregunto a Pippa si sueñan con alcanzar el número uno de la lista de ventas, esperando que la pregunta sea menos polémica que la anterior. «Es importante diferenciar los objetivos que te marcas en el plano profesional de los resultados finales —dice—. Lo único que puedes controlar es tu interpretación: en cuanto acaba, pasa lo que tiene que pasar. Quiero ser la mejor cantante y compositora del mundo. Soy ambiciosa, y me enorgullezco de serlo. Siempre he querido ser la mejor. También sería genial ser la cantante de más

éxito, pero para mí eso es menos importante que la calidad de mi trabajo».

Pippa ha trabajado muy duro para conseguir el éxito. Nacida en Frome y criada en Bristol, se propuso meter la nariz en el mundo de la música desde los dieciséis años, cuando dejó los estudios. «A veces las cosas ocurren de la forma más extraña —explica—. Tras ocho años intentándolo, estaba planteándome renunciar; estaba harta. Inscribirte en infinitos conciertos estudiantiles no ayuda a levantarte la moral. Cuando estaba a punto de dejarlo y hacer algo sensato con mi vida, conocí a las chicas». Al decir «las chicas», se refiere a las otras cinco componentes de su grupo: Cathy Murray, Gabby Bridges, Suzie Ayres, Neha Davis y Louise Thornton. Pippa las conoció durante una grabación en los estudios Butterfly, en Bristol. Gabby Bridges, que ya había firmado con Sony y estaba a punto de firmar otro contrato con Loose Ship, se quedó muy impresionada al escuchar la voz de Pippa y le propuso que se uniera al grupo que acababa de crear, que por entonces se llamaba Obelisk. El nombre de Limited Sympathy fue idea de Pippa. «Obelisk me parecía un nombre estúpido —dice—. ¿Qué significa? ¿Uno de los muchos monumentos que hay en Francia? No quería formar parte de un grupo con ese nombre, y al final resultó que al resto de las chicas tampoco les gustaba. Un día les estaba hablando mal de mis padres, que nunca habían alentado mi carrera musical. Les conté que cuando yo estaba muy hecha polvo, mi padre solía decir que sentía una compasión limitada por mí: en el fondo me lo había buscado, porque había decidido perseguir un sueño inalcanzable en vez de convertirme en un aburrido contable como él. La expresión que había usado, "compasión limitada" —Limited Sympathy—, se me quedó grabada, porque era muy hipócrita. Lo que en realidad quería decir era que no sentía ninguna compasión. ¿Por qué no lo dijo claramente? En cualquier caso, la propuse como nombre del grupo y a las chicas les encantó». Un par de meses después, Limited Sympathy firmaba un contrato por tres álbumes.

Aunque parezca asombroso, además de ser su solista, Pippa también es la mánager del grupo. «Al principio teníamos un mánager —dice—, pero no funcionaba. No era tan eficiente como yo, y era yo quien acababa haciendo su trabajo. Al final decidimos prescindir de él». El primer álbum de Limited Sympathy, que salió en enero, tiene un título muy intrigante: *Why Didn't You Go When You Knew I Wanted You To?* (¿Por qué no te largaste cuando sabías que yo quería que lo hicieras?). Pippa dice que no puede contarme por qué se titula así, porque no se corresponde con el título de ninguna de las canciones. «No sería justo que te contara la historia —dice—. El título está inspirado en algo que ocurrió realmente con nuestro exmánager».

A pesar de que Pippa se niega rotundamente a hablar de hasta dónde quiere llegar —«el resultado final», tal y como ella lo llama—, le pregunto si, para alguien que forma parte de un grupo musical, la máxima recompensa sería que una de sus canciones sonara como música de fondo en la serie *EastEnders*. «No lo creo —dice, en tono expeditivo—. No hasta que la acción transcurra en un entorno menos cutre. ¿Te has fijado en los espantosos papeles pintados que hay en la mayoría de las casas? No quiero que la gente asocie mis canciones con eso». ¿Me lo dices o me lo cuentas?

Martha Wyers, 31 *años, escritora*. Esta escritora de ficción acumula más premios y reconocimientos que algunos autores que le doblan la edad. El primer premio lo ganó a los once años, en un concurso de redacciones escolares, y desde entonces no ha hecho sino coleccionar galardones. ¿Cuántos, en total?, le pregunto. Su expresión parece avergonzada. «No lo sé… Puede que unos treinta», responde, sonrojándose. Entre ellos se encuentran los premios de relatos breves Kaveney Schmidt y Albert Bennett. Ahora ha apostado fuerte: su primera novela, *Hielo en el sol*, fue publicada en tapa dura el año pasado por Picador y ahora acaba de salir en edición de bolsillo. El editor Peter Straus define el libro como «un excelente

debut, la mejor novela de un autor novel que he leído en mucho tiempo». «Creo que es una novela muy literaria, aunque espero que también sea de fácil lectura —explica Martha—. La historia me tenía atrapada mientras la escribía, y quiero que también atrape a los lectores». Habla de su novela con entusiasmo y reconoce que estaba «totalmente obsesionada» con ella mientras la escribía. El libro narra la historia de Sidonie Kershaw, una mujer de veintisiete años que se enamora locamente del enigmático Adam Sands cuando coinciden en una entrevista de trabajo (que acaba consiguiendo él). Sidonie no consigue quitárselo de la cabeza, aunque para ella no es precisamente el primer hombre de su vida. Lo persigue sin cesar, hasta que acaba asustándolo y provocando su rechazo, lo cual la sume en un abismo de desesperación. «Suena un poco deprimente», me atrevo a comentarle. «Los libros malos son los únicos que resultan deprimentes —comenta Martha, muy convencida—. Fíjate en *American Psycho*… Te aporta muchas cosas, porque es una obra de arte. Está escrito con mucha brillantez; es un libro memorable, con mucha fuerza. El mundo está tan lleno de sufrimiento y de horror…, emocional, físico, llámalo como quieras. A mí me deprimen los escritores que no abordan estos temas».

Nacida y criada en los alrededores de Winchester, se diría que nació con una taza de té de plata en la mano. Su padre es agente financiero, y Martha describe a su madre como «una aristócrata que nunca habría tenido que trabajar si no hubiese querido», aunque en realidad siempre lo ha hecho: en la actualidad dirige una escuela de taichí que ella misma fundó. La residencia familiar es una mansión de Hampshire que cuenta con dieciocho habitaciones. El jardín que lo circunda acoge regularmente montajes de obras de Shakespeare y óperas al aire libre. La madre de Martha es una apasionada de las artes y siempre quiso que su única hija se dedicara a alguna actividad creativa. Exalumna de Villiers, el exclusivo internado de Surrey, decidió que su hija también estudiara allí para seguir la tradición familiar. «Me encanta Villiers —dice Martha—. Si alguna vez tengo una hija, será ahí donde estudie». ¿Con los ingresos de una

escritora?, le pregunto. «Soy una mujer afortunada —admite Martha —. Gracias a mi familia, para mí el dinero no es un problema, aunque me molesta que la gente dé por sentado que siempre he tenido una vida fácil. Los problemas económicos no son los únicos que existen. Conozco a escritores que, aunque económicamente están peor que yo, son mucho más felices». Así pues, ¿no es feliz? La mayoría de la gente lo sería después de haber firmado un contrato por dos libros con uno de los mejores editores del país y una primera novela que ha recibido unas críticas entusiastas. «Estoy angustiada hasta la obsesión con mi próximo libro… Aún no sé sobre qué va a tratar —reconoce Martha—. ¿Y si no es una buena novela? Tengo miedo de escribir una nueva versión del primero, solo que peor. A los treinta y cinco años, podría revelarme como un fiasco total». Le pregunto por su vida amorosa: ¿existe un equivalente de Adam Sands? «Si lo que quieres saber es si tengo novio, la respuesta es no —dice—. Sin embargo, en el pasado viví un infierno por haber amado demasiado a un hombre, y la novela, en ese sentido, es autobiográfica. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Sonríe, y luego añade—: Hay algunas situaciones en las que el dinero no sirve de nada».

Me muero de ganas de hacerles una última pregunta a todas estas estrellas emergentes, inspirada en parte por las últimas palabras de Martha, de modo que los reúno a todos para planteársela. Quiero saber qué harían si tuvieran que elegir entre tener éxito profesional, la fama y los aplausos de sus admiradores —es decir, todos sus sueños hechos realidad— pero una vida personal desgraciada, y una vida privada llena de amor y felicidad aunque sin ningún reconocimiento profesional, una carrera abocada al fracaso. «Es una pregunta infantil», dice Pippa. Aidan niega con la cabeza. «No la has planteado bien —comenta—. Lo realmente importante no es la fama y el éxito». «¡Habla por ti!», exclama Doohan. Le digo a Aidan si le importaría volver a formular mi pregunta. «Lo que a mí me importa

es poder hacer mi trabajo y no sus resultados a nivel comercial —explica—. Sí, es genial que el público valore lo que hago, pero lo único que me importa es poder pintar». Le pregunto si le importa más que su felicidad. «Sí —responde—. Si tuviera que elegir, antepondría mi trabajo a todo lo demás. El placer de crear una obra, la sensación de que estoy consiguiendo algo grande con mi arte…, eso es lo más importante, independientemente de que el resto del mundo lo sepa o no». La otra cara de la moneda la encarna Kerry, que se echa a reír al escuchar la respuesta de Aidan. «¿Hablas en serio cuando dices que trabajarías todo el día aunque nadie le prestara la menor atención a tus cuadros? Yo no, amigo. Yo siempre escogería la felicidad antes que el trabajo. Con todo el respeto por este especial sobre jóvenes artistas, y por muy honrado que me sienta por formar parte de él, yo soy solo un cómico, jod… No es que mi trabajo no sea importante, pero no soy un médico que descubre una cura contra el cáncer». Doohan se niega a elegir. «Yo lo quiero todo —dice—. Y puedo tenerlo todo, según el dilema que nos has planteado. Si doy saltos de alegría, eso significa que soy feliz en todos los aspectos de mi vida, y eso incluye mi trabajo. Por lo tanto, eso significa que todo marcha bien. ¿No es así?». ¡Este Doohan es un descarado!

Martha es la única que parece indecisa. «El trabajo —dice, finalmente—. Esta es mi respuesta oficial». Y no añade nada más. Obviamente, siento curiosidad. Sin duda alguna, pienso leer su novela, además de sumergirme en los increíbles y variopintos talentos de sus cuatro compañeros que van en busca de la fama y el éxito, destinados, sin lugar a dudas, a convertirse en artistas de renombre en un futuro próximo. Recuerden que fue aquí donde oyeron hablar de ellos por primera vez…

16

5/3/08

—Es un detalle irrelevante —dijo el subinspector Gibbs, impaciente. Él y el subinspector Colin Sellers estaban en casa de Ruth Bussey. Kombothekra les había dicho que la registraran a conciencia. Ninguno de los dos sabía lo que andaban buscando—. O está para echarle un polvo o no, fin de la historia. Si tiene buenas piernas, buenas tetas, buen culo y es guapa…

—No he dicho que fuera algo excluyente —repuso Sellers.

—Para ti una joroba, una dentadura postiza y la lepra tampoco serían algo excluyente. Tú te lo montarías con cualquiera. —Gibbs echó un vistazo a la puerta principal, que estaba abierta; fuera, nervioso, estaba el casero de Blantyre Lodge, Malcolm Fenton, esperando para cerrarla. Entre dientes, Gibbs susurró su imitación preferida de Sellers—: «Muy bien, cariño, vístete; el taxi te está esperando. Son las cuatro de la madrugada; si no te importa, lo pagas tú, cielo».

—Si eres demasiado cortado para contestar a la pregunta, no pasa nada. —Sellers le dio una palmadita en la espalda—. Lo comprendo, tío.

—Ya te he contestado a la pregunta. ¡Me la trae floja! ¿Por qué no se lo preguntas a ese pobre memo?

Fenton —o «ese pobre memo», como lo llamaban Sellers y Gibbs, visto que era así como se autodefinía él mismo— apareció en el vestíbulo.

—Ya estoy harto de esto —dijo—. Ruth no está y no ha hecho nada malo. Si creen que voy a quedarme aquí escuchando las obscenidades que están diciendo mientras violan su privacidad, están…

—Lo siento, señor Fenton —dijo Sellers, amablemente—. Cuando volvamos a la comisaría, me aseguraré de que mi compañero meta un billete de cinco libras en la caja de las palabrotas.

—Te importa una mierda lo que yo piense —murmuró Gibbs cuando Fenton se hubo alejado—. Lo que quieres es que yo te pregunte. Adelante, entonces, oigamos lo que tienes que decir. ¿A qué vienen todas estas gilipolleces? —preguntó, cogiendo uno de los animalitos de alambre de Ruth Bussey; antes de volver a dejarlo en su sitio, hizo una mueca.

—No me gustan las medias tintas. A la brasileña está bien, es natural y también un poco salvaje…, cuanto más, mejor. Todo lo demás…

—¿Qué? ¿Dirías que no?

—Solo estoy diciendo que me gustan los extremos. O todo o nada.

—A mí las medias tintas me parecen bien, siempre que esté para echarle un polvo —dijo Gibbs—. En cualquier caso, el estilo brasileño no es nada…, es una pista de aterrizaje. Tú te refieres a un Hollywood.

—¿Un qué? No sabes de lo que estás hablando, amigo.

Gibbs sacudió la cabeza.

—Yo tengo una teoría —continuó Sellers—. Las mujeres que optan por las medias tintas, y que en mi opinión suelen ser la mayoría, solo piensan en sí mismas, en cómo estarán en biquini; no piensan en lo que puede gustarles a los hombres. A ver, tú dices que no te importa, pero en un mundo ideal… —Sellers se interrumpió cuando, al levantar los ojos del escritorio de Ruth Bussey, vio que Gibbs había salido de la habitación. Levantando la voz, dijo—: Voy a empezar a preguntar por ahí. Si resulta que la mayoría de los tíos

está de acuerdo conmigo…, bueno, entonces habrá que decirlo alto y claro, para que el mensaje llegue a las mujeres.

—Cierra el pico y ven a ver esto.

—¿Dónde estás? —Sellers fue en busca de Gibbs. Lo encontró en el dormitorio; estaba a punto de hacer la clase de broma que le había hecho famoso entre sus colegas cuando vio la pared—. ¡Joder!

—Está obsesionada con Charlie —dijo Gibbs, mirando la colección de artículos.

Cuando se dio la vuelta, vio que Sellers mostraba una sonrisa de complacencia. Por un instante, Gibbs pensó que iba a retomar sus reflexiones sobre la depilación del vello púbico femenino.

—No está obsesionada; solo sigue instrucciones —repuso Sellers —. Mira. —Se dirigió de nuevo al salón y volvió con un libro abierto en una mano y un marcador en la otra—. Me alegro de no haberos hecho caso cuando tú y ese pobre memo tratabais de meterme prisa. Echa una ojeada a esto —añadió. Le pasó el libro a Gibbs y esperó a que leyera el párrafo que le había señalado.

—¿Y? Que lea esta mierda demuestra que no está bien de la cabeza. Igual que eso —dijo Gibbs, señalando la pared con un gesto de la cabeza—. Vale, lo dice un libro, ¿y qué?

—Puede que no esté bien de la cabeza, pero no representa ningún peligro para la inspectora…, y eso es lo que importa, ¿no? ¿Qué haces?

Gibbs tenía el móvil pegado a la oreja.

—Estoy llamando a Waterhouse. Si una chiflada tuviera un montón de fotos de mi chica en la pared, me gustaría saberlo.

—Se supone que no deberíamos…

—Eso lo dices tú —repuso Gibbs, volviéndose hacia él—. Tú y Muñeco de Nieve. Si quieres puedes seguir fingiendo que sois uña y carne, pero en este asunto yo estoy con Kombothekra. Waterhouse no ha hecho nada…, al menos nada que no suela hacer habitualmente.

—No estoy diciendo que lo haya hecho.

—Entonces, ¿de parte de quién estás?

—No somos nosotros quienes debemos decidirlo, ¿no te parece? Cuando Muñeco de Nieve descubra que Kombothekra y tú habéis estado pasando información a Waterhouse a sus espaldas, yo seguiré teniendo mi empleo. —Sellers le arrebató el teléfono a Gibbs y lo sostuvo en el aire—. Y tú también puedes conservar el tuyo si dejas de comportarte como un imbécil.

—Todo esto es por lo de Stacey, ¿verdad? Por lo que Charlie dijo de ella en la fiesta…, lo del vibrador y todo lo demás.

—No tiene nada que ver con eso.

—Por supuesto que sí. Contigo todo se reduce a un coño. ¿Recuerdas cómo empezó la conversación sobre la depilación brasileña? Estabas haciendo elucubraciones sobre la hija de Muñeco de Nieve. ¿Qué te parece si se lo cuento?

Sellers se apoyó contra la puerta. Sabía cuando le habían derrotado. Gibbs le dedicó una sonrisa.

—No pasa nada, estoy acostumbrado. Solo tienes que recordar que no tienes ningún motivo para pensar que eres mejor que los demás y que tú y yo somos uña y carne. Y ahora dame el maldito teléfono.

—¿Dónde está? —La inspectora Coral Milward golpeó la parte inferior de la mesa con los anillos—. Le he dejado dos mensajes y no me ha llamado.

—Ha dicho algo sobre una galería de arte —contestó Simon—. ¿Dónde está el subinspector Dunning?

Al oír el nombre, Milward bajó los ojos de golpe.

—Seguro que no se ha ido a dar una vuelta por White Cube.

—¿Qué es eso?

—¿Por qué no se lo pregunta a la inspectora Zailer? Por lo que parece, es una apasionada del arte.

—¿Y Dunning no?

—Y yo qué sé.

—¿Es culpa de la loción para después del afeitado? —preguntó Simon.

—¿Cómo dice?

—La aversión que siente por Dunning.

Milward sacó los brazos de debajo de la mesa y los cruzó. El ruido de los golpes cesó. Aquella mañana llevaba otra blusa, con unos gemelos de perlas.

—De modo que los rumores son ciertos —dijo—. He oído decir que su especialidad es pasarse de la raya.

—Estoy de su parte, por si le interesa saberlo. Usted sonríe más y huele mejor.

—No me vacile, Waterhouse. Dígame, ¿la visita de su novia esta tarde a una galería de arte tiene algo que ver con mi caso?

—Tendrá que preguntárselo a ella.

Milward se inclinó hacia delante.

—Sabemos que Aidan Seed era pintor. Era un joven brillante; hizo una exposición que tuvo mucho éxito y luego lo dejó. ¿Por qué? La mayoría de la gente no deja por las buenas una carrera prometedora, a excepción de uno de los presentes.

—No tengo ni la menor idea.

—El problema es que no le creo.

Simon se encogió de hombros.

—Es su problema.

—Saul Hansard tampoco lo sabía, pero a él sí lo creí.

—¿Y por qué Aidan Seed decidiría confiar en Hansard?

Milward le dio a entender que estaba pensando qué quería contarle y qué no. Le tuvo varios segundos esperando su respuesta.

—Seed trabajaba como ayudante de Hansard cuando hizo su primera y única exposición en Londres. Y también cuando decidió dejar de pintar y convertirse en enmarcador.

—¿Seed trabajó para Hansard? —Simon frunció el ceño—. Ruth Bussey también trabajó para Hansard antes de hacerlo para Seed.

Milward parecía estar esperando que continuara.

—Mary Trelease solía llevar sus cuadros a Hansard para que se los enmarcara.

—Pero no cuando Seed trabajaba allí; eso fue más adelante. Luego acudió a una galería de Londres, la misma que en el año 2000 acogió la exposición individual de Seed: TiqTaq, en Charlotte Street. Es ahí donde Zailer está en este momento, ¿verdad?

—¿Cree que habría llegado tan lejos sin nuestra ayuda? —le preguntó Simon.

—¿Llegado adónde? A dos tercios de un callejón sin salida, por si quiere saberlo.

—¿Le contó Hansard que Bussey y Trelease se conocieron en su galería y que tuvieron una discusión que acabó en una agresión física? Seed mató a Gemma Crowther para vengar lo que ella le hizo a Ruth Bussey. Y ahora va a matar a Mary Trelease por la misma razón. Y puede que también a Stephen Elton, a menos que el hecho de haberse declarado culpable y no haber participado activamente en el ataque a Ruth Bussey en Lincoln…

—Entonces, ¿lo sabe? —Milward sonrió—. Esta mañana no lo sabía.

—Usted no me lo dijo —repuso Simon, tratando de reprimir su rabia.

—Entonces, ¿quién se lo ha dicho? Mire, mi problema es que usted da la impresión de saber demasiado. Si me entero de que ha contactado con Bussey, Seed o Trelease y no me lo ha dicho…

—No lo he hecho. Y parece que usted tampoco. ¿Qué están haciendo para localizarlos?

—Debería estar contento de que no sea problema suyo —respondió Milward—. Mi problema es que el principal sospechoso…

—¿Se refiere a Seed?

—No, no me refiero a Seed.

—No hubo allanamiento de morada, ¿verdad? Eso reduce sus sospechosos a Seed o Elton.

—Tengo un sospechoso y un móvil —prosiguió Milward, como si Simon no hubiese dicho nada—. Aún no se trata de nada concreto,

pero soy optimista. Mientras tanto, al margen de mi investigación, tengo su pequeño embrollo: Seed, Trelease, Bussey y Hansard.

—¿Al margen? —Simon no daba crédito—. Está en un error. No sé qué está ocurriendo, todavía no, pero estoy convencido de una cosa: mi «embrollo», como usted lo llama, es clave. Y no llegará a ninguna parte a menos que lo considere así.

—Es un gilipollas y un arrogante, Waterhouse.

—Eso dicen.

Milward lo miró como si tuviese ganas de pegarle.

—Tengo un móvil —repitió—. Y el móvil es mi punto de apoyo. ¿Qué tiene usted? Estrangulamientos fantasma, cuadros que desaparecen de una feria de arte y misteriosas predicciones: Seed enumerando una serie de nueve cuadros que Mary Trelease aún no ha pintado… ¿Espera que me tome en serio todo eso?

—No —repuso Simon—. Espero que lo ignore por completo porque la confunde. Y no son nueve, sino ocho los cuadros que Mary Trelease aún no ha pintado.

Milward frunció el ceño.

—Nueve —dijo, echando una ojeada a sus notas.

—El primero, *Abberton*, ya lo ha pintado.

Milward cerró la carpeta de golpe.

—No me gusta todo este… caos en torno a mi investigación. No me gusta nada. ¿Cómo se enteró Zailer de que desapareció un cuadro del apartamento de Gemma Crowther la noche en que la mataron? ¿Cómo sabía que se trata de ese cuadro?

—No lo sabía; solo estaba haciendo conjeturas.

Milward expulsó en varias breves bocanadas todo el aire contenido en sus pulmones.

—Lo encontramos en el maletero del coche de Seed —dijo—. El cuadro, *Abberton*. Demasiado raro para mi gusto, aunque tiene algo…, no como la mayor parte de la basura que hoy en día se vende como arte.

Simon sacudió la cabeza, tratando de asimilar el significado de lo que había dicho. Había algo que no encajaba. Puede que Seed

dejara su coche abandonado —Simon le había explicado por la mañana por qué lo había hecho—, pero no habría abandonado el cuadro, no después de haberlo sacado de la casa tras asesinar a Gemma Crowther y haberle roto los dientes con un martillo, que luego sustituyó por unos ganchos. *Abberton* era un elemento crucial. Tenía que serlo. No era posible que Seed lo hubiera dejado en el maletero.

«Piensa». Seed le había regalado el cuadro a Crowther; seguro que fue así. Luego él la mató y lo recuperó. ¿Por qué? Esa parte nunca había tenido demasiado sentido. ¿Por qué se le había pasado por alto todo ese tiempo?

—Stephen Elton dice que es totalmente imposible que Len, alias Aidan Seed, matara a Gemma. —La voz de Milward parecía venir de muy lejos—. Según él, los tres eran amigos íntimos. A menudo, Seed se quedaba a dormir en su casa, en el sofá, en vez de volver a Spilling en coche a altas horas de la madrugada. Y no, él y Gemma no tenían ninguna aventura, antes de que me lo pregunte. Elton afirma categóricamente que Gemma nunca le habría sido infiel… Le parece un comportamiento inaceptable. Aunque, al parecer, torturar a una mujer hasta casi provocarle la muerte —añadió, lacónicamente —, no le causó demasiados problemas de conciencia. He visto a Elton mintiendo y diciendo la verdad, y cuando dijo eso no mentía.

—Nunca he pensado que Crowther y Seed tuvieran una aventura —repuso Simon.

Había visto la forma en que él la miraba mientras caminaban juntos por la calle, y su mirada no era la de un amante; Simon estaba convencido de ello, aunque nunca había tenido una amante. «¿Eres virgen, Simon?». Charlie se lo había preguntado unos años atrás. No le contestó, ni entonces ni ahora. En aquel momento sonó su móvil.

—Adelante —dijo Milward—. Si es Zailer…

—No es ella.

Simon se sintió aliviado al ver que el nombre que aparecía en la pantalla era el de Chris Gibbs y no el de Kombothekra. Y también

sorprendido. Escuchó lo que Gibbs tenía que decirle, limitando sus respuestas a la mínima expresión, consciente de que Milward lo estaba observando.

—¿Va todo bien? —preguntó ella, viendo que volvía a meter el teléfono en el bolsillo.

A Simon siempre se le ocurrían las mejores ideas de sopetón, como una descarga de adrenalina en el cerebro. Y aquella no era una excepción.

—¿Qué fue primero? ¿La muerte de Crowther o su mutilación?

—Le arrancaron los dientes cuando ya estaba muerta. ¿Por qué? ¿Qué está pensando?

—¿Y qué me dice de las armas? La pistola, el martillo, el cuchillo con el que le cortaron los labios. ¿Las han encontrado?

Milward negó con la cabeza, tal y como se imaginaba Simon. El asesino se había quedado con ellas porque pensaba volver a utilizarlas. Un asesino que sabía cómo montar una escena porque le gustaba lo teatral y que posiblemente ya había matado antes…

—¿Le dice algo el nombre de Martha Wyers? —preguntó Simon.

—¿La escritora? —Milward frunció el ceño—. ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—¿Ha oído hablar de ella?

—Hasta hace una hora, no. Ella y Seed fueron entrevistados en un suplemento que el *Times* y *Vogue*…

—Eso ya lo sé —la interrumpió Simon—. Mary Trelease pintó un retrato de Martha Wyers muerta, con una soga al cuello.

La mirada de Milward adquirió una expresión de incredulidad. Luego, dijo:

—No me estará tomando el pelo, ¿verdad?

—No. Kerry Gatti también apareció en ese suplemento…, era un actor cómico. No debía ser demasiado divertido, porque lo dejó y se hizo detective privado. Ha estado siguiendo a Ruth Bussey.

Milward entornó los ojos.

—¿Por cuenta de quién? —preguntó, finalmente.

—No tengo ni idea. Dígale a Proust que levante el veto y mañana mismo vuelvo a mi trabajo y lo averiguo.

—Nosotros podemos averiguarlo —dijo Milward, entre dientes—. Déjeme pensar un momento: ¿Mary Trelease pintó un retrato de Martha Wyers? ¿Cómo hicieron para…?

—¿La han interrogado?

—¿A Mary Trelease? Estamos en ello.

Simon interpretó su respuesta como la confirmación de que Mary Trelease no estaba en su casa de Megson Crescent.

Milward se inclinó hacia delante.

—Los testigos que lo vieron frente al domicilio de Elton y Crowther afirman haber visto también a una mujer mayor después de que se fuera. Desgraciadamente, estaban demasiado ocupados observándole a usted para prestarle atención, pero de algo están seguros…

—¿De que tenía una cara marcada y llena de arrugas? —dijo Simon de inmediato.

Milward asintió con la cabeza.

—Hemos hablado con unos cuantos vecinos de Mary Trelease en Megson Crescent y todos han coincidido en que parece mucho más vieja de lo que es en realidad.

De modo que Trelease estuvo en el apartamento de Gemma Crowther la noche que la mataron.

—No creo que el suicidio de Martha Wyers fuera realmente un suicidio —dijo Simon.

Milward dejó el bolígrafo encima de la mesa.

—No sé si ofrecerle un trabajo o hacer que lo linchen —dijo.

A Simon no lo atraía ninguna de las dos opciones. No quería trabajar para Coral Milward, sino para aquel traicionero hijo de puta de Giles Proust.

—Consiga que vuelva a mi puesto —dijo Simon—. Déjeme que la ayude siendo miembro de mi equipo, colaborando con su gente… La eficacia se multiplicaría por cuatro si me dejara trabajar con ellos. —Cuando abrió la boca no tenía intención de amenazarla, aunque el

resultado lo parecía. Había llegado el momento de hablar claro—. Si desea algo más de mí, ya sabe lo que tiene que hacer.

Jan Garner no sonrió al ver entrar a Charlie en su galería.

—Me gustaba más cuando la policía no se dejaba caer por aquí cada cinco minutos —dijo—. Ustedes nunca compran nada.

Estaba al lado del escaparate, poniendo unas rosas artificiales —blancas, amarillas y rosas— en un jarrón de cristal. Tenían unas diminutas perlas adheridas a los pétalos y las hojas: falsas gotas de agua.

—Los otros policías que han estado aquí no tienen nada que ver conmigo —le dijo Charlie—. Serían de Londres.

—¿Puede decirme qué está pasando?

—Seguro que a mí me han contado menos cosas que a usted. —Charlie prosiguió de inmediato, para que Jan Garner no tuviera tiempo de reflexionar sobre lo desleal de su respuesta—. El artista del que me habló, ese que tenía tanto talento y que dejó de pintar después de vender todos los cuadros de su primera exposición… ¿Se llamaba Aidan Seed?

Jan asintió con la cabeza.

—Esa fue la razón por la que Mary Trelease la eligió a usted y a su galería —le dijo Charlie, aunque sabía que no tenía por qué hacerlo.

—¿Mary conocía a Aidan?

El estupor de Jan parecía sincero.

—Según ella, no. ¿Recuerda si Aidan mencionó alguna vez a Mary Trelease?

—Hace ocho años que no hablo con él —dijo Jan—. No, creo que no. Aunque… Le parecerá una tontería, pero el año pasado, cuando Mary se presentó aquí para pedirme que le enmarcara sus cuadros, su nombre me sonó vagamente familiar. Pensé que podía ser un *déjà vu*, pero puede que Aidan la mencionara. Después de tanto tiempo, es imposible recordarlo.

—¿Y qué me dice de Martha Wyers? —preguntó Charlie—. ¿Le habló de ella?

Jan parecía sorprendida.

—Ahora que lo dice, creo que es el nombre de la escritora muerta que Mary pintó, aunque no recuerdo que Aidan me hablara de ella, no. ¡Ay! Me he pinchado —dijo Jan, chupándose un dedo—. Aunque no son de verdad, pinchan igual. La gente pone cara de asco al ver una flor de seda, pero a mí me gustan. Siempre me ha parecido raro que la gente que compra un cuadro de flores para colgar en una pared no tenga espacio en su casa para rosas artificiales como estas.

Charlie se preguntó si había cierto nerviosismo en la locuacidad de Jan o solo eran imaginaciones suyas.

—Un par de meses antes de que Aidan montara su exposición apareció en el *Times* —dijo Charlie—. En un artículo titulado «Cinco promesas para el futuro».

Jan asintió con la cabeza.

—Fue un buen golpe publicitario.

—¿No le suena el nombre de Martha Wyers en ese artículo?

—No —dijo Jan, tras dudar un momento—. ¿Quiere decir que…?

—Martha era una de las cinco promesas.

Jan soltó la rosa que tenía en la mano y se pellizcó la piel del cuello con el índice y el pulgar.

—¿Está segura? —preguntó—. Sí, por supuesto. Ha sido una pregunta estúpida. Ahora mismo no sabría decirle ninguno de esos nombres, salvo el de Aidan. No guardé todo el artículo, solo las partes que hablaban de él y de TiqTaq. Archivo todo lo que se publica sobre las exposiciones de la galería.

—Ayer me habló del *vernissage* de Aidan —dijo Charlie—. Eso es una especie de fiesta privada para familiares y amigos del artista, ¿no?

—Y del galerista: coleccionistas, críticos, propietarios de otras galerías… Sí, a todos nos gusta impresionar… —Jan hizo una pausa —. Tiene razón.

A Charlie le dio la impresión de que la pregunta que se disponía a hacer no era necesaria.

—Al *vernissage* de Aidan acudieron un par de ellos, dos de esas cinco promesas. Recuerdo que él lo comentó, aunque no estoy muy segura de que le gustara.

—¿Por qué dice eso?

—Hubo algunos contratiempos cuando posaron juntos para la foto. No conozco todos los detalles, pero creo que fue porque uno o dos calificaron a Aidan de pretencioso. Cosa que no era —dijo Jan, a la defensiva—. A veces podía parecer un poco exaltado y que se tomaba demasiado en serio, pero no se daba aires.

—Entonces, Martha pudo haber estado en el *vernissage* de Aidan, ¿no?

Jan se encogió de hombros.

—¿Es posible que Mary Trelease también asistiera?

—Supongo que sí. Aquella noche fue un poco confusa…, los *vernissages* siempre suelen serlo. Yo no paré ni un momento y la galería estaba atestada de gente. No recuerdo a nadie en particular, solo a una multitud, tan numerosa que apenas podían moverse.

—¿Ocurrió algo fuera de lo normal, algo que le llamara la atención? —preguntó Charlie—. ¿Nada de nada?

—Creo que no. Hubo una discusión, bastante previsible, entre dos clientas que no sabían si comprar un cuadro o no. Si no recuerdo mal, eran madre e hija. Sí, seguro. Recuerdo que pensé que yo nunca me habría atrevido a decirle a mi madre, que en paz descanse, cómo gastar su dinero. Es increíble lo poco diplomática que puede ser la gente… Pelearse de esa manera delante del artista… «¡No vale dos mil libras!». «¡Bueno, pues yo creo que sí!». Normalmente me habría callado, pero en aquella ocasión metí baza y le dije a la hija que estaba loca.

A Charlie no le pareció que lo estuviera. ¿Dos mil libras? ¿Había alguna razón para que el arte resultara tan caro?

—Comprendo a la gente cuando no puede permitírselo —dijo Jan —. Pero en ese caso no era una cuestión de dinero. La hija dijo que

los cuadros eran fríos e implacables, que tenían un «alma podrida»… Eso se me quedó grabado. Estaba diciendo tonterías y su madre parecía muy disgustada por ello, de modo que le dije a la cara lo que pensaba. Gracias a Dios, Aidan no la oyó.

—¿Le habló alguna vez Aidan de su vida privada?

—En realidad, no. Salvo en broma.

—¿Qué quiere decir?

—En una ocasión me dijo que había una chica que lo acosaba. Fue cuando estábamos colgando sus cuadros.

Charlie trató de no parecer demasiado ansiosa.

—Oh, no estaba preocupado ni nada por el estilo. Casi parecía halagado. No creo que hablara realmente en serio.

—¿Recuerda algo más que le contara?

Jan frunció el ceño, tratando de concentrarse.

—Bueno, que tuvo que darse por vencido porque aquella mujer no aceptaba un no por respuesta. Pero lo comentó medio en broma, creo. Dijo algo como: «La vida es muy dura cuando estás tan solicitado», y se echó a reír. También habló del destino…, el destino que se empeñaba en que volvieran a coincidir, algo así.

Charlie pensó que no habría mucha gente dispuesta a dejar que la persiguieran porque así lo había planeado el destino. «Es extraño».

—¿Es capaz de recordar las palabras exactas? —preguntó.

Jan parecía impaciente, aunque trató de disimularlo en seguida con una expresión de fingida desesperación.

—Fue hace ocho años. Es obvio que no las recuerdo.

—¿Y no le dijo cómo se llamaba esa mujer?

—No, lo siento.

—No tomaría fotos del *vernissage*, ¿verdad? Antes me dijo que archiva todo lo referente a la galería.

—Buena idea. Sí, siempre saco fotos. ¿Quiere que busque la carpeta?

—Se lo ruego.

No había que descartar que Mary Trelease o Martha Wyers, o tal vez las dos, aparecieran en una o más fotos. ¿Y si fuera así? Sería otra prueba de la relación entre los personajes clave, aunque nada que revelara a qué juego estaban jugando o cómo encajaban sus respectivas historias. ¿Es posible que Martha y Mary fueran algo más que compañeras en Villiers? ¿Habrían sido también amigas?

Charlie recordó la expresión de Mary cuando dijo: «A mí no». ¿Había matado Aidan a Martha Wyers? «Mata a una mujer y años después afirma haber estrangulado a su amiga. No, demasiado rebuscado. ¿Y por qué colgar a alguien del cuello para matarlo?», se dijo Charlie. Automáticamente, su mente encontró una explicación: «Para que parezca un suicidio».

—¿Es posible que fuera Martha Wyers la mujer que acosaba a Aidan? —preguntó, aunque no esperaba que Jan conociera la respuesta.

—No tengo ni idea. Supongo que sí. ¿Por qué?

Jan sacó una carpeta marrón de un cajón de su escritorio.

—Martha publicó una novela antes de morir, *Hielo en el sol*. Trata sobre una mujer que se enamora de un hombre al que conoce en una entrevista de trabajo y al que acosa…

—¡Oh, Dios mío! —Jan se quedó con la boca abierta—. Aidan me dijo que conoció a esa mujer en una entrevista de trabajo; me he acordado en cuanto lo ha mencionado. Sí, así fue. Recuerdo que le pregunté si no se habría obsesionado con él porque consiguió el trabajo al que ella aspiraba.

Charlie se dijo que no tenía que albergar demasiadas esperanzas. Había otra conexión, y más preguntas sin respuesta.

—En la novela de Martha, el hombre del que se enamora la protagonista se llama Adam Sands…, las mismas iniciales de Aidan Seed.

Jan estaba ojeando la carpeta.

—Me temo que aquí no hay nada. Mire.

Le pasó a Charlie varias fotografías. Ver a Aidan en aquel contexto era casi un *shock*, aunque Charlie no sabía decir por qué.

En las fotos, llevaba un traje y estaba más delgado que cuando lo había visto. Miraba a la cámara, sonriente, pero era una sonrisa forzada, como si no estuviera seguro de poder aguantar su peso durante mucho tiempo.

—¿Diría que era un hombre feliz?

—Resulta difícil decirlo —contestó Jan—. A veces estaba contento y tenía muchas ganas de hablar; era el alma de la fiesta. Sin embargo, también podía ser reservado, casi taciturno. Me daba la impresión de que, para él, la vida siempre había sido una lucha continua.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Temía que me hiciera esta pregunta. —Jan sonrió sin ganas—. No lo sé. Déjeme que lo piense. —Guardó silencio durante tanto tiempo, que Charlie se preguntó si estaba esperando que le diera permiso para pensar—. Era su forma de hablar —dijo, finalmente—. Expresaba sus opiniones y perseguía sus objetivos de una forma tan… enérgica… Como si pensara que esa fuera la única forma de hacerse escuchar. Yo solía preguntarme cómo debía ser su familia. Sé que sus hermanos son mucho mayores que él. Ninguno de ellos vino al *vernissage*, lo cual me pareció muy raro; durante el mes que duró la exposición, no la visitó ningún familiar suyo. Es algo insólito.

En las fotos del *vernissage* de Aidan Seed no había nada digno de mención. Por lo que Charlie pudo ver, sus obras eran de interiores con personas, normalmente más de una. Se quedó mirando más tiempo del necesario un cuadro que representaba a una mujer de mediana edad que estaba en mitad de una escalera y se volvía para mirar a un joven —casi un niño— que miraba hacia otro lado.

—¿Se ha fijado en cómo emplea, de una forma casi agobiante, las técnicas de la pintura tradicional para crear escenas que son totalmente contemporáneas? —preguntó Jan.

El cuadro era meticulosamente realista; podría haber sido una fotografía. A Charlie le impresionó, aunque no lo habría colgado en su casa. La habría inquietado. Era evidente que la pareja que aparecía en él —si es que se trataba de una pareja— había tenido

una discusión o estaba en medio de ella. No era un cuadro tranquilizador.

—¿Cómo se titula? —preguntó Charlie.

Puede que el título le diera alguna pista. Si lo hubiese pintado ella lo habría titulado «Esta pareja están hartos el uno del otro porque…», y luego el motivo. ¿Qué sentido tenía un cuadro que narraba una historia si nadie era capaz de descifrarla?

Jan sacó de la carpeta un folleto con la portada satinada.

—Esto es el catálogo —dijo, tendiéndoselo a Charlie.

En la fotografía, el cuadro de las escaleras estaba etiquetado con el número 12; según el catálogo, el número 12 se titulaba *Oferta y demanda*. Charlie se quedó igual que antes. El cuadro había sido reproducido en el catálogo junto a otro que representaba a un hombre gordo en una bañera, cuyo torso parecía una montaña.

—Todos los títulos son…

El resto de la frase quedó en el aire y las palabras murieron en la boca de Charlie mientras observaba el catálogo. Le temblaban las manos. Iba a decir que todos los títulos de los cuadros de Aidan eran enigmáticos. No revelaban nada sobre lo que aparecía en ellos.

Excepto uno.

El cuadro número 18 se titulaba *El asesinato de Mary Trelease*.

17

Miércoles, 5 de marzo de 2008

—¿Te enamoraste de Aidan en cuanto lo viste? —me pregunta Mary de repente.

—Sí.

—Martha también. Es curioso que esa sea una forma de valorar el amor, ¿no? Cuando menos motivos existen, cuando menos base tiene, más efectivo resulta. «Fue amor a primera vista». Todos querríamos decir eso para demostrar lo apasionados que podemos ser. Y Martha era una loca romántica de la peor especie, porque era inteligente. Era muy buena con las palabras y las ideas; sabía cómo emplearlas para conseguir su objetivo, fuera el que fuera. En cuestión de pocos segundos convirtió su reacción al ver a Aidan, que seguramente no fue más que atracción sexual, en una irresistible historia de amor y de separación inevitable: las circunstancias del momento la obligaron a entrar en aquella sala de entrevistas cuando él salía, mientras el presidente de la comisión mantenía la puerta abierta para dejarla pasar. El tiempo justo para que sus miradas se cruzaran, pero nada más. Y también sus almas, según Martha. Era una idiota —concluye Mary con vehemencia, como si temiera que se me escapara el sentido de sus palabras.

Su forma de hablar no se parece a la de nadie que yo conozca. Quiero volver a preguntarle por los dieciocho marcos vacíos, pero ya ha ignorado la pregunta en tres ocasiones. Y sé que seguirá haciéndolo hasta que esté preparada, de modo que dejo que siga hablando.

—La muy estúpida hizo de la necesidad virtud. Si hubieran intercambiado aunque solo fuera una palabra, le decía a todo el mundo, se habría estropeado la perfección de aquel instante. Es imposible razonar con personas como Martha. Cuando la llamaron del Trinity para decirle que no había conseguido el puesto, ella dijo que sabía que se lo habían dado a él antes de que se lo comunicaran, y que se sentía más feliz que si lo hubiese conseguido ella. Entonces sabía dónde podía encontrarlo, al menos a partir del 1 de octubre de 1993: en el Trinity College, en Cambridge. Ni siquiera se molestó en abordarlo de una forma sutil: le escribió diciéndole que estaba enamorada de él. Tras leer esa carta, cualquier hombre medianamente decente se habría dado cuenta de lo vulnerable que era Martha, pero a Aidan le dio igual. Le mandó una carta y le dijo que también se había fijado en ella. ¡Que también se había fijado en ella! Ella le ofrece su amor incondicional y, en respuesta, ¡él le dice que sabía que existía! Entonces comprendí lo peligroso que era él para alguien como Martha.

—¿Peligroso?

—Él no le dijo: «Yo siento lo mismo que tú» o ni siquiera «Lo siento, pero no me interesas». Su carta dejaba claro que era uno de esos hombres a quienes les gusta que las mujeres se hagan ilusiones, aunque no haya nada detrás de ellas. —Mary habla muy deprisa, como si apenas fuera consciente de mi presencia—. Él la invitó a ir al Trinity. Temiendo llegar tarde, ella cogió un tren que salía antes y llegó a Cambridge con una hora de adelanto. Él le había dicho dónde se alojaba. Cuando Aidan abrió la puerta y la vio, le dijo: «Llegas antes de la hora», y le estrechó la mano. Ni siquiera la besó en la mejilla. Ella se disculpó y le preguntó si estaba ocupado. Él le dijo que estaba pintando. ¿Sabes lo que hizo a continuación? Se sentó frente a su caballete y siguió trabajando. «Puedo hablar mientras pinto», le dijo, sin ni siquiera mirarla. Martha había hecho el viaje hasta Cambridge para verlo, y él la hizo esperar mientras terminaba de pintar el fondo rojo de su cuadro con un pincel muy fino. Ella me dijo que fue una tortura.

Mary se agarra un mechón de pelo y se lo mete en la boca, masticándolo como si fuera una barra de regaliz.

—Cuando terminó de pintar, la llevó a comer. Al restaurante de la universidad, rodeados de un montón de gente. Él le dijo que se sentía muy halagado y que pensaba que ella era increíble, pero que no quería ninguna relación… Dijo que le parecía demasiado estresante. Podría habérselo dicho en la carta que le mandó y haberle ahorrado el viaje en lugar de dejar que pensara que tal vez lo había decepcionado porque Aidan la recordaba más guapa de lo que era. Después de comer, él la despidió. Durante un largo período de tiempo, ella le escribió todos los días, sus sentimientos no habían cambiado, pero él solo le contestaba en contadas ocasiones. Cuando lo hacía, sus cartas eran insustanciales y anodinas, y lo más cortas posible. Yo también le escribí en un par de ocasiones: cartas de odio.

Mary trata de esbozar una sonrisa.

—Tú ya sabes cómo soy cuando estoy furiosa. No podía tolerar lo que le estaba haciendo a Martha. Al final, ella dejó de escribirle y empezó una novela. Todo giraba en torno a Aidan y a la obsesión que tenía por él. Más que una novela era un derroche de autoindulgencia, aunque, al parecer, yo era la única en verlo así. La novela se publicó y, cuando salió, ella le mandó un ejemplar. Dos días después, ella recibió su respuesta: una tarjeta en la que le daba las gracias y con una cita de Gore Vidal. Supongo que la conoces; es muy famosa.

Pasan unos segundos antes de darme cuenta de que Mary espera que yo diga algo. Ni siquiera se me pasa por la cabeza no darle lo que me pide.

—No.

—«Cada vez que un amigo triunfa, algo muere en mi interior».

—Eso es horrible.

—Hay muchas cosas que son horribles —dice ella, con impaciencia—. Si son ciertas, no me importa, pero esa no lo era, al menos para mí. Yo solo quiero que alguien fracase si no me cae

bien. Tú pensarías lo mismo, ¿verdad? —Mary no me deja responder —. Cualquier otra mujer habría roto la tarjeta de Aidan y lo habría borrado de su vida por ser un malnacido, pero Martha no. ¿Quieres saber cómo lo interpretó ella? —Cuando Mary se echa a reír, parece que se esté ahogando y trate de recuperar el aliento. Parece desencajada, como una muñeca de trapo a la que hubieran sacado el relleno—. Que al menos Aidan la consideraba una amiga.

—¿Qué?

—«Cada vez que un amigo triunfa, algo muere en mi interior». Martha decidió minimizar el dolor que sentía interpretando la frase como una declaración de amistad, algo que hasta entonces él no le había ofrecido.

Me estremezco. Son cosas demasiado personales. Siento como si estuviera invadiendo la intimidad de Martha Wyers, revolviendo la mente y el corazón de una infeliz que ya está muerta. Debería decirle a Mary que parara, pero no lo hago.

—Martha le escribió varias cartas más, a las que él no contestó —dice Mary, retomando el hilo de su monótono relato de los hechos. Así es como ella los ve. Me pregunto qué diría Aidan si pudiera oírla mientras cuenta la historia. ¿Sería diferente su versión?—. Todo el mundo le dijo que se olvidara de él, lo cual era lo peor que se le podía decir a alguien como Martha.

—Confirmaba la idea que ella se había hecho de los dos como amantes condenados, con el mundo en su contra —digo.

Cuando Mary me sonríe, siento algo que me cuesta distinguir del orgullo, y me da miedo. Mi deseo de complacer a los demás puede resultar peligroso. Deseaba complacer a Aidan a toda costa. Y a Stephen Elton. Y hubo un tiempo en que pensé que lo había conseguido en ambos casos.

—¿Qué pasa? —me pregunta Mary.

No quiero decirle lo que estoy pensando. Ya he cedido en demasiadas ocasiones.

—¿No me crees?

Le digo que sí con un gesto de la cabeza.

—No, no del todo. No estás convencida. No parece que estés oyendo hablar del Aidan que tú conoces, ese Aidan que es amable y afectuoso. Por otro lado, no te explicas su comportamiento reciente, y esperas que yo pueda hacerlo. Necesitas una explicación, y por eso una parte de ti quiere que te cuente la verdad. Una parte de ti sí me cree.

Tiene razón.

—Haces que parezca esquizofrénica —digo, para ocultar mi incomodidad.

—Todos estamos divididos por dentro, sobre todo los que estamos obligados a convivir con un dolor insoportable. Eso es lo que provocan los traumas… Te dividen por dentro: el instinto de supervivencia contra el deseo de dejar de existir.

«Una mitad muere. La otra mitad sigue con vida».

Creo que empiezo a comprender.

—¿Fue Aidan el motivo de que Martha se ahorcara? —pregunto —. ¿Porque él la rechazó?

—Sí, aunque eso ocurrió mucho más tarde, después de que se acostaran —dice Mary. Al parecer, no se le ha pasado por la cabeza que escuchar eso puede resultarme muy duro—. Volvieron a encontrarse en 1999. A alguien se le ocurrió reunir a varios jóvenes y prometedores artistas y escritores para que posaran para la prensa como si fueran monos amaestrados. Martha y Aidan fueron dos de los elegidos. Ya puedes imaginarte lo que eso supuso para ella.

—Pensó que el destino había vuelto a reunirlos.

—Y no se equivocaba. Martha estaba destinada a ser la condena de Aidan, y viceversa. ¿Por qué la gente da por sentado que el destino tiene en cuenta nuestros deseos?

—Yo no lo doy por sentado.

—En tal caso, eres más sensata que Martha. Trató de convertirse en la persona que, según ella, Aidan quería que fuera. Perdió peso, cambió su forma de vestir…

—¿Le dijo Aidan que no le gustaba físicamente?

—¡Él no le dijo nada! Todo eran imaginaciones de Martha. Durante todos esos años, ella no había podido acercarse al verdadero Aidan; Martha había construido una versión alternativa de él, con todas las preferencias y actitudes que según ella debía tener él. Y ese era el hombre al que trataba de complacer. Y si Aidan decía algo que no encajaba con la imagen mental que ella se había creado de él, en vez de admitir lo irreal de sus fantasías, Martha negaba sus sentimientos y los manipulaba para que coincidieran con lo que él pensaba. Como cuando fueron entrevistados para el *Times* y les preguntaron si les importaba más su trabajo o ser felices en la vida. Aidan, delante de Martha y sabiendo lo que ella sentía por él, dijo que nunca habría nada que le importara más que su trabajo. Para ganarse su aprobación, Martha dijo lo mismo, a pesar de que habría renunciado gustosamente no solo a su trabajo, sino también a su familia, a sus amigos, a lodo por tener a Aidan.

Y yo haría lo mismo, si pudiera tenerlo tal y como solía ser antes de Londres. Trato de no cambiar la expresión de mi cara para que Mary no pueda intuir lo que estoy pensando, pero ella está tan inmersa en sus propios pensamientos que ni siquiera me mira.

—Fue un error fatal por parte de Martha —dice—. Si no hubiese dicho esa estúpida mentira, aún seguiría con vida.

18

5/3/08

Charlie dio un paso atrás; no quería que Jan viera lo que acababa de leer. No le extrañó que el nombre de Mary Trelease le sonara.

—Voy a tener que llevarme esto —dijo Charlie.

Jan frunció el ceño.

—Es el único que tengo. Si quiere, puedo fotocopiárselo.

—Lo guardaré como oro en paño y se lo devolveré lo antes posible.

Charlie no habría sido capaz de explicarle por qué no le bastaba con una copia. No sería lo mismo que el catálogo, con sus páginas gruesas y satinadas. Tenía que enseñárselo a Simon. Y Dunning y Milward también tenían que verlo.

Consciente de que Jan aún no había accedido a que se lo llevara y al ver que se sentía incómoda, Charlie levantó la mano derecha.

—Le dejo mi anillo de compromiso como garantía —dijo—. Puede quedárselo hasta que le devuelva el catálogo.

—No puede hacer eso —respondió Jan—. Trae mala suerte quitarse el anillo de compromiso. Se supone que solo puede hacerlo en una ocasión: cuando se ponga la alianza.

—Pues yo me lo quito todas las noches, antes de acostarme —repuso Charlie—. No me gusta llevar joyas en la cama.

—¡Eso está muy mal! —exclamó Jan.

Ella también lucía un anillo en el tercer dedo de la mano izquierda: uno grueso, de plata, con una piedra rosada incrustada.

—Por la mañana vuelvo a ponérmelo. No creo que dé mala suerte. —Charlie se dio cuenta de que estaba tensa—. Casarse con alguien que no quiere acostarse contigo y que nunca ha dicho que te quiere…, esa es mi idea de la mala suerte.

Jan parecía desconcertada.

—Nadie haría una cosa así —dijo.

—¿Recuerda los cuadros de la exposición de Aidan?

—Sí, mucho mejor que los de otras exposiciones. ¿Por qué?

—¿Había alguno que representara algo violento? ¿El asesinato de una mujer o algo por el estilo?

Jan dio un paso atrás.

—No. No había nada de eso.

—¿Está segura?

—Totalmente. Las obras de Aidan no trataban sobre la violencia. Representaban a personas en ambientes enrarecidos, gente falta de comunicación.

—Supongo que no recordará quién compró las obras, ¿verdad?

Charlie tenía que ver aquel cuadro. De inmediato. Cruzó los dedos para que no estuviera en Auckland o en Sri Lanka, como parte de la colección de algún extranjero que casualmente estaba de paso por Londres cuando Aidan Seed hizo su exposición.

—No lo recuerdo —dijo Jan—. Pero no es necesario: la lista de los cuadros vendidos está en la carpeta. De todas formas, no eran los «sospechosos habituales». En el *vernissage* solo se vendieron tres cuadros, pero al día siguiente un montón de coleccionistas pasaron por aquí o llamaron por teléfono, dispuestos a comprar los cuadros de Aidan sin haberlos visto. Antes de su exposición, no creía en el de boca en boca. En tres días se vendieron todos los cuadros, y muchos compradores querían más. Me preguntaron cuánto tardaría en pintar más obras y querían la primera opción de compra. Fue algo increíble.

A Jan le brillaban los ojos. Charlie intuyó que aquella exposición había sido el punto culminante de su carrera y de la de Aidan Seed. Tenía el corazón en la garganta. La información que quería estaba

en una carpeta, justo ante sus narices. En pocos segundos, estaría en sus manos.

Jan sacó dos hojas de papel grapadas. Charlie esperó a que les echara un vistazo y que viera el título del cuadro número 18, pero no fue así y simplemente le tendió la lista.

La primera cosa que vio fue un nombre: Wyers. Una tal señora Cecily Wyers había comprado el número 4: *La rutina es muy dura*. En la memoria de Charlie se encendió una bombilla: ¿dónde había oído antes aquel título? Las palabras le resultaban muy familiares, pero no sabía decir por qué. En su imaginación, vio claramente el rostro de Ruth Bussey. ¿Tendrían algo que ver con ella?

Charlie archivó aquella pregunta sin respuesta y pasó a otra: esa tal Cecily Wyers, ¿sería pariente de Martha? ¿Es posible que fueran Martha y su madre las dos mujeres que discutieron acerca de aquel cuadro? ¿Habría dicho Martha, en presencia de Jan Garner, que los cuadros de Aidan tenían un alma podrida y ella se lo había reprochado?

Debajo del nombre de Cecily Wyers había una dirección: Wynyates, Barnwell St. Stephen, Hampshire. Sin embargo, no figuraba ningún número de teléfono.

—También necesito llevarme esto —dijo Charlie, pasando la página.

Saul Hansard, el antiguo jefe de Ruth Bussey, también figuraba en la lista como comprador del cuadro número 10: *Seis botellas verdes*. El número 18 era el último de la lista, al final de la segunda página. No le habría sorprendido descubrir que lo hubieran adquirido Stephen Elton y Gemma Crowther. Lo insólito se había convertido en algo tan habitual que ya no se asombraba por nada. O, al menos, eso pensaba, hasta que vio quién había comprado *El asesinato de Mary Trelease*. El nombre disparó varios mecanismos en su cerebro, provocando una caótica sucesión de ideas.

El cuadro se había vendido a un tal J. E. J. Abberton.

19

Miércoles, 5 de marzo de 2008

—¿Has mentido alguna vez para complacer a Aidan? —pregunta Mary.

—No. Creo que no. Solo he mentido para protegerme a mí misma y a Aidan.

—Martha lo hizo. Si hubiera sido sincera…, si hubiera dicho lo que realmente pensaba, Aidan y ella no habrían establecido ese ridículo vínculo de complicidad, los dos contra el mundo, y cada uno habría seguido su camino. Nunca se habrían acostado, y Martha se habría detenido en el borde del abismo. Fue la noche que pasaron juntos lo que hizo más fuerte el amor que sentía por él y la desesperación que lo acompañaba.

—¿Qué ocurrió? —pregunto.

—Los «cinco fracasos para el futuro» fueron a tomar una copa después de la entrevista del *Times*. Y volvieron sobre el mismo tema: el trabajo o la vida privada. Al final acabaron discutiendo. Habían bebido más de la cuenta y las bromas inocentes acabaron siendo agresivas. Aidan era el blanco de todas las burlas. Lo que había dicho, que solo vivía para su trabajo, le había sonado pretencioso incluso a Martha. Si hay algo que Aidan no soporta es que la gente se ría de él. ¿Has oído hablar de Doohan Champion?

—Me suena el nombre. Es famoso, ¿no?

—Mucho.

—Pero has dicho «cinco fracasos para el futuro».

—Antes o después todo el mundo acaba fracasando —dice Mary, animada—, aunque algunos tardan más que otros. Doohan le dijo a Aidan que era un gilipollas engreído, y Martha salió en su defensa. Dijo a los demás que eran una pandilla de perdedores que no servían para nada, y que si Aidan era pretencioso, ella también. Dijo que estaba de acuerdo con él, o al menos fingió estarlo. Atacando a los detractores de Aidan alcanzó por fin su sueño: dejarlo impresionado. Al final se fueron juntos. Cenaron un *curry* en un restaurante del Soho mientras hacían pedazos la personalidad y los éxitos de los otros tres. Acabaron en el hotel que el *Times* había reservado para ellos…, en la habitación de Aidan.

—¿Sabes qué hotel era?

—El Conrad. —Mary me dedica una mirada perpleja—. En Chelsea Harbour.

«No era el Drummond».

—Tuvieron relaciones sexuales, al menos técnicamente.

—¿Qué quieres decir?

—Hubo penetración, pero eso fue todo. Aidan no pudo rematar el asunto…

—¿Te lo contó Martha?

—Después, cuando él se la hubo quitado de encima, Martha se lo dijo a todo el mundo, incluso a sus padres, porque no lo entendía. Martha tenía que entenderlo todo: el mundo tenía que tener sentido, de lo contrario, no era capaz de soportarlo. Sin embargo, en aquel momento le dio igual que el sexo no funcionara, porque había más cosas: Aidan le había dicho que la quería, que la había querido desde el día que coincidieron en la entrevista del Trinity.

Mary se baja del alféizar de la ventana, donde había permanecido sentada hasta ahora, y empieza a caminar por la habitación. Hay un deje de excitación en su voz, como si por fin hubiera llegado a donde quería.

—Él le dijo exactamente lo que ella deseaba oír: que sabía que era especial y que hasta entonces la había rechazado porque lo que sentía por ella era muy fuerte y tenía miedo. Aidan habló del futuro

y le dijo que nunca se separarían. A la mañana siguiente tenía que salir del hotel a primera hora para ir a la National Portrait Gallery, donde era artista residente. Después de despedirse de Martha con un beso, le dijo: «Yo te llamo. En seguida». —Mary se echa a reír—. Martha era escritora; para ella, las palabras eran muy importantes. Si él le había dicho eso, eso sería lo que haría.

—Pero no la llamó.

Aunque pretendo que suene como una pregunta, pronuncio la frase como si fuera una afirmación. La historia, aunque para mí es nueva, me resulta dolorosamente familiar. Aidan hizo lo mismo conmigo: me dijo que me quería, me propuso matrimonio, me estrechó entre sus brazos durante toda la noche en aquella habitación del hotel Drummond y luego se alejó de mí, cada vez más frío y distante. Incluso cuando llevó sus cosas a mi casa, estaba saliendo de mi vida.

—No la llamó de entrada —prosigue Mary—. Martha le escribió y le llamó…, sin ningún resultado. Al final, cuando ya no sabía qué hacer, lo esperó delante de la National Portrait Gallery. Todos los días, durante una semana; sin embargo, Aidan no apareció. Martha entró y preguntó por él; le dijeron que su residencia había terminado una semana antes. Aidan se había trasladado, pero no le había dado su nueva dirección. Entonces fue cuando ella empezó a contar la historia a todo aquel que quisiera escucharla: camareros, barmans, taxistas… Pasaba mucha vergüenza, pero le daba igual. Quería saber cómo había podido suceder: cómo era posible que un hombre le dijera que la amaba y un minuto después hubiera desaparecido de su vida.

A pesar de que la ventana está abierta y Mary acaba de apagar su último cigarrillo, el humo que llena la habitación está empezando a molestarme. Le respondo lo que me parece obvio.

—Los hombres suelen decir esas cosas para llevarse a una mujer a la cama.

—¡No! —exclama Mary—. Martha ya se había acostado con él cuando le dijo todo eso. Habría hecho todo lo que él quisiera,

aunque no le hubiese dicho nada romántico, y él lo sabía. Aidan fingió haberse enamorado de ella solo por una cuestión de orgullo.

Él es un perfeccionista; tiene que ser el mejor en todo lo que hace. Cuando, estando aún dentro de ella perdió la erección y no pudo hacer nada en el plano físico, se dio cuenta de que tenía que empezar a hablar en seguida para impresionarla. —La mirada de Mary es dura; sus ojos parecen dos piedras grises. Todas sus palabras están llenas de amargura—. Todo lo que le dijo sobre el amor eterno solo era una cortina de humo, nada más. No se creía ni una sola palabra de lo que estaba diciendo. Lo único que le importaba era que Martha creyera que estaría mejor con él que con cualquier otro. Y Martha cayó en la trampa. Como ya he dicho, daba mucha importancia a las palabras. No le importaba que el sexo no hubiese funcionado… Con lo que le había dicho, había hecho realidad sus fantasías. Aquella fue la mejor noche de su vida, una noche que pasó junto a un hombre mentiroso e impotente…

—¡Basta ya! —No puedo seguir escuchándola—. ¿Dónde ocurrió? ¿Dónde se ahorcó? ¿Aquí?

Trato de no pensar en lo relajada que me sentí cuando crucé el umbral de Garstead Cottage… Fue como si acabara de llegar al lugar que siempre había sido mi destino. Un lugar al que pertenezco.

—Abajo —dice Mary—. Ven, te lo enseñaré.

—¡No! ¿Por eso me has traído aquí? ¡No quiero verlo!

—¿Qué crees que hay ahí abajo? ¿El cadáver de Martha? Nada de eso. Es una exposición, eso es todo. A ti te gusta el arte, ¿no? —Antes de tener la oportunidad de responder, con una voz cantarina que me deja helada, añade—: Aidan hizo una exposición. Le mandó una invitación a Martha.

—¿Quieres decir… antes de que se acostaran?

Si consigo que siga hablando, no tendré que ver lo que pretende mostrarme.

—Después. Un par de semanas después, cuando Martha trataba de resignarse ante el hecho de que él no la hubiese llamado «en seguida», tal y como le había prometido. Cuando estaba

preparándose para renunciar de nuevo a él, le llegó una invitación a través de su editorial para asistir al *vernissage* de Aidan. No estaba personalizada ni iba acompañada de ninguna nota; solo la invitación de la galería. Y la muy estúpida volvió a albergar esperanzas. Estaba tan cansada de ser infeliz que se habría agarrado a un clavo ardiendo.

—¿Y acudió?

—¿Tú qué crees? La acompañó su madre, en teoría para darle apoyo moral, aunque en realidad había un plan secreto: jugar la carta de la fortuna de los Wyers para que Aidan hiciera lo que debía hacer, al menos según su madre: conseguir que su hija fuera feliz.

—¿Te refieres a que quería sobornarlo?

—Básicamente, sí, aunque de la forma más sutil posible. —Al ver mi sorpresa, Mary sonríe con satisfacción—. Las familias de Villiers lo hacen constantemente: una caja de botellas de champán a nombre de la directora para ganarse su apoyo con las matrículas…, esa clase de cosas. Martha sabía muy bien lo que Cecily tenía en mente, y estaba lo bastante desesperada para mirar hacia otro lado. Ella quería a Aidan, y le daba igual cómo conseguirlo. En el *vernissage*, él apenas la miró. Cuando ella lo acorraló y le preguntó por qué la había invitado, él le dijo: «Te interesa mi obra, ¿no? Siempre creí que te interesaba; pensé que te gustaría estar aquí».

Tras recuperar mi voz, digo:

—No me creo que pudiera ser tan insensible.

«Nadie lo sería».

—Sí que lo crees —dice Mary—. Lo crees porque es la verdad. Cuando Martha se enfadó, él se burló de ella y le dijo que era una hipócrita, que esperaba que siguiera apoyándolo aunque las cosas no hubiesen funcionado entre ellos. Eso fue lo que me dijo, que «no habían funcionado», como si él hubiera hecho todo lo posible para que salieran bien. Entonces, Martha perdió la cabeza y le dijo que había mentido cuando había dicho que para ella era más importante el trabajo que ser feliz. Le dijo que los demás tenían razón al pensar que era un gilipollas engreído. Fue un poco embarazoso, teniendo en

cuenta que algunos de «los demás» también estaban en el *vernissage*. Aunque no tan embarazoso como el comportamiento de Cecily.

Mary sacude la cabeza, disgustada.

—Finalmente, Martha se dio cuenta de que todo había terminado… La fantasía que había acariciado durante años murió aquella noche. Aidan la invitó sabiendo lo que ella sentía por él, y sabiendo que él no sentía lo mismo, pero con la esperanza de que, aun así, comprara uno de sus tristes cuadros. Después de eso, Martha no pudo seguir fingiendo. Sin embargo, su madre no sabía que el juego había terminado, de modo que empezó su campaña: desplegó todo su encanto con Aidan, le dijo que era la madre de Martha, hizo insinuaciones sobre la fortuna de la familia y dijo estar indecisa sobre qué cuadro comprar, tan indecisa que tal vez acabaría comprando más de uno. Martha se la llevó a un rincón y le suplicó que no comprara ninguno, pero Cecily no atendía a razones. Accedió a comprar solo un cuadro en vez de dos… Hizo esa concesión, pero no se tomó en serio a Martha cuando le dijo que esperaba que la exposición de Aidan fuera un fracaso. A menudo, Martha solía decir cosas que en realidad no pensaba cuando estaba enfadada, y Cecily estaba acostumbrada a que acto seguido se echara a llorar y se arrepintiera de todo. No se dio cuenta de que aquella vez era distinto.

Mary se sume en un absorto silencio.

—¿Distinto porque Martha había renunciado finalmente a él? —aventuro, consciente de que yo nunca renunciaré a Aidan, aunque puede que él haya renunciado a mí hace tiempo. Le amo, independientemente de lo que haya hecho.

—Distinto porque entonces Martha lo odiaba —dijo Mary, irritada, como si me costara entenderla—. Decidió destruirse a sí misma y a él con un solo gesto: su suicidio. A Martha le encantaban los grandes gestos. Invitó a Aidan aquí con la excusa de que quería encargarle un cuadro. Al principio, él le dijo que no… Trabajaba basándose en la inspiración y no aceptaba encargos: todas las tonterías que ella

esperaba oír, aunque fueron acalladas en seguida cuando le prometió pagarle cincuenta mil libras. Al parecer, el artista incorruptible estaba dispuesto a dejarse sobornar, siempre y cuando la suma de dinero fuera importante. Al día siguiente. Martha le mandó un cheque de cincuenta mil libras y las señas de este lugar, el pequeño refugio donde se retiraba para escribir.

Soy incapaz de disimular mi asombro.

—¿Cincuenta mil libras? ¿Podía disponer de esa suma de dinero?

—No tienes ni idea, ¿verdad? Para gente como Martha y como yo, para la clase de chica que estudiaba en Villiers, cincuenta mil libras no es «esa suma de dinero». Es lo mismo que para ti…, no sé…, puede que representen quinientas libras. —Mary enarca las cejas—. Disculpa, no quería que sonara tan ofensivo.

—Puedo imaginarme el resto —digo, deseando poner fin a aquella historia—. Aidan vino aquí y ella se ahorcó delante de él.

—Lo había preparado todo. Estaba de pie, encima de la mesa. Dejó la puerta abierta, puso música…

—«Survivor» —murmuro.

—Exacto. Cuando llegó, él pensó que estaba en casa y entró. La encontró en el salón, sobre la mesa, con una soga alrededor del cuello y el otro extremo atado a la lámpara del techo. Cuando la vio, él no dijo nada, y Martha solo le dijo una cosa: «Puedes quedarte con las cincuenta mil libras. No voy a necesitarlas». Y luego saltó.

Mary y yo lanzamos un respingo cuando ella pronuncia la última palabra, consciente de cómo debe sentirse alguien al dar ese salto, una caída abortada por un tirón que te sujeta el cuello.

—¿Por qué estabas aquí? —le pregunto, tratando de ahuyentar la sensación de vacío que me ha dejado el relato de Mary.

—Martha y yo éramos inseparables —dice, con una voz y unos ojos carentes de expresión.

—¿Hasta que conoció a Aidan?

—Y después también.

—Entonces…

Trato desesperadamente de comprender algo que no encaja. ¿Estaba Mary en el salón cuando Martha se puso la soga alrededor del cuello? ¿La incitó a hacerlo? ¿Se quedó allí, mirando, sin decir nada? Aidan y Mary, las dos personas más cercanas a Martha, ambos pintores.

—¿Sabía Aidan que tú también pintabas? —le pregunto.

—En aquella época no pintaba. Antes de que Martha muriera, no había pintado nada en toda mi vida, salvo los fruteros que me ponían delante en la escuela.

Es imposible, quiero decirle.

—Pero…

Eres demasiado buena para que eso sea cierto.

—Es cierto —dice Mary. Se inclina para mirarse en el espejo del tocador, levanta la barbilla y se acaricia el cuello—. Fue Aidan quien me empujó a pintar. Ambos… estábamos aquí cuando ella murió. Y ninguno de los dos la salvó. Después, nos quedamos destrozados. Solo nos teníamos el uno al otro para hablar de lo ocurrido. Nadie más lo habría entendido. Aidan me dijo que pintar siempre había sido su manera de enfrentarse al dolor. No dijo «dolor», sino «toda la mierda que tengo en mi cabeza». En mi cabeza también había mierda, mucha, de modo que decidí seguir su consejo. Aidan me ayudó; me dijo que era buena, buena de verdad. Decía incluso que era mejor que él.

Mary hace una pausa.

—No hay excusas por la forma en que yo… le perdoné todo lo que le había hecho a Martha. Me contó cómo había vivido él la historia, y parecía muy distinta. No se parecía en nada a la versión de Martha. Aun sabiendo cómo la había tratado… Ya te he dicho que no hay excusas.

—Tú y Aidan…

Mary resopla.

—Nos hicimos amigos, pero nada más. O, mejor dicho, yo pensé que éramos amigos. —Vuelve la cabeza y se queda mirando su arrugada imagen en el espejo—. Ahora ya sabes lo egoísta que soy.

No odio a Aidan por lo que le hizo a Martha. Me gusta decirme que es así, porque eso hace que me sienta mejor, pero no es verdad. Lo odio por lo que me hizo a mí.

No me atrevo a preguntarle de qué se trata. Mary se pone en pie.

—Ven —dice—. Te lo voy a enseñar.

La sigo cuando sale del dormitorio. En el rellano hay menos humo, aunque el olor del cigarrillo llega hasta aquí. Bajamos las escaleras hasta la cocina y luego cruzamos un espacio abierto, sin paredes y con vigas en el techo, situado junto a un estudio, y finalmente llegamos a un pasillo estrecho al final del cual hay una puerta cerrada. Mary coge la llave que cuelga en lo alto del marco.

—La cierro con llave —dice—. Lo que hay dentro es muy valioso para mí. Nadie lo ha visto, aparte de Cecily, Aidan y la policía.

—¿La policía?

—Los pobres agentes de Farnham que vienen aquí periódicamente, cuando me pongo paranoica, para echar un vistazo a la casa y comprobar que Aidan no se ha escondido dentro con un hacha. Salvo el que vino ayer, que no quiso inspeccionar el interior. Están tan hartos de mí que ya no registran la casa como Dios manda.

Mary abre la puerta de par en par, haciéndose a un lado para dejarme ver. El hedor a pintura que sale de la habitación es casi insoportable. De entrada no sé lo que estoy viendo. Un enorme montón de algo: basura. Como si hubieran vaciado en el suelo un contenedor lleno de escombros. En algunas partes, la pila de restos tiene un aspecto esponjoso, pero también veo madera y tela de todos los colores imaginables, y trozos de… ¿lienzos?

Abberton. Esto es lo que pegó Mary dentro del perfil de una persona: trozos de este montón de restos.

De repente, veo decenas de pequeños fragmentos: una sonrisa pintada, una uña, un trozo de cielo azul, un trozo de algo de color carne. Una silla muy pequeña, de pocos centímetros de ancho, partida por la mitad.

—Cuadros —susurro—. Esto son cuadros, telas. Y marcos, hechos pedazos. ¿Cuántos…?

El montón es casi tan alto como yo. En la parte superior, alguien ha vertido varios botes de pintura, puede que docenas de ellos, lo que le da el aspecto de estar envuelto con una cuerda multicolor. El suelo está lleno de charcos de pintura seca. Como si alguien se hubiese colocado junto a la pila con un bote de pintura y, rodeándola, lo hubiese ido vertiendo formando un círculo. El papel pintado beige y dorado de las paredes había sido manchado con los mismos colores: amarillo, azul, rojo, blanco, verde, negro. En el fondo de la habitación hay una mesa de comedor, apoyada contra una gran ventana de guillotina, encima de la cual hay más botes de pintura, así como un teléfono inalámbrico, un cenicero, tres latas de raviolis heinz sin abrir y un abrelatas oxidado.

—Cuadros —confirma Mary—. Marcos. Y bastidores, los listones de madera que sirven para fijar las telas. «Bastidor»: no sé por qué, pero es una palabra que me suena a médicos, me hace pensar en una urgencia. Me parece muy adecuada. Si no hubiese sido por una urgencia, nunca habría cogido un pincel.

Me deja estupefacta el tamaño del montón de madera rota y telas cortadas a tiras, los fragmentos de paisajes e interiores, los atisbos de los rostros y la ropa de las personas: el lóbulo de una oreja, un collar, el bolsillo de una chaqueta. Da la impresión de que, de forma deliberada, algunos fragmentos hubiesen sido recortados en un tamaño mayor que el resto, para permitir que sobreviviera una parte de algo. Entorno los ojos y, con la visión desenfocada, me parece estar contemplando una montaña de piedras preciosas multicolores. La pila ocupa casi todo el largo de la habitación, y deja tan solo un espacio muy estrecho a ambos lados.

—¿De quién son…, eran estos cuadros? —pregunto.

—Míos —dice Mary—. Ahora son todos míos. Los he recuperado. —Se vuelve hacia mí y me sonríe—. Bienvenida a mi exposición.

20

5/3/08

Charlie encontró a Simon donde él le había dicho que estaría, en el bar de la estación de King's Cross. Estaba rodeado de un numeroso grupo de soldados vestidos de uniforme; todos parecían tener menos de veinte años y lucían bigotes de espuma a causa de las pintas de cervezas que, más que beber, se les quedaban pegadas a la cara. Simon se había apretujado en el reducido espacio entre una mesa en la que había unos círculos de cerveza que parecían llevar semanas pegados a ella y una máquina tragaperras a la que le faltaba una pata.

En la mesa solo había una silla, por lo que Charlie cogió una de la de al lado. Echaba de menos los tiempos en los que los bares y *pubs* estaban llenos de humo. Sin el olor a tabaco, no parecían reales, sino una copia a tamaño natural.

—¿No tomas nada? —preguntó Charlie.

«Cállate; estoy pensando». Conocía muy bien aquella expresión de Simon.

—Yo quiero un vodka con naranja. —Se sentó en la mitad que parecía limpia de la silla que había cogido, y se lamentó no haberla elegido con más cuidado. Al ver que Simon no se movía, soltó un suspiro y añadió—: Odio a los taxistas de Londres; no paran de hablar. Tendrías que haberme visto con el móvil pegado a la oreja…

—¿Con quién hablabas? He intentado llamarte.

—¿Para decirme?

—Gibbs me llamó. Él y Sellers estuvieron en la casa de Ruth Bussey.

Charlie cerró los ojos.

—Y vieron la pared.

Trató de convencerse de que no había ocurrido nada malo, nada nuevo. Sellers y Gibbs ya lo sabían. Todo el mundo lo sabía.

—No es tan malo como temías —dijo Simon—. No va a irrumpir en tu casa en plena noche para clavarte un cuchillo. Ella te admira.

—¿Me admira?

—Colecciona libros de autoayuda. Uno de ellos explica cómo mejorar la autoestima…, ahora no recuerdo el título. Estaba con Milward cuando Gibbs me llamó. Me dijo que en el libro hay ejercicios, cosas que se supone que debes hacer para aprender a quererte a ti mismo… Técnicas, tareas…, esas cosas. Supongo que podrían llamarse «deberes». Uno de ellos consiste en identificarse con alguien a quien admiras y que, a pesar de haber atravesado un mal momento, se ha hecho más fuerte y más sabio. —Simon se encogió de hombros—. Bueno, ya me has entendido. Ah…, el libro también dice que tiene que ser alguien famoso, para que puedas recortar artículos de los periódicos y las revistas que hablen de esa persona. Una celebridad.

—Te lo estás inventando —murmuró Charlie.

—¿De veras me crees capaz de inventar algo así? En el libro estaba el recibo… Bussey lo compró en Word en septiembre de 2006.

—Justo cuando yo era noticia —repuso Charlie, tratando de quitarle importancia.

—Justo cuando pensabas que todo el país quería verte muerta, sí. Pero te equivocabas. Al menos había una persona que no lo deseaba. Si admiraba la forma en que tú…

—Déjalo ya —le advirtió Charlie—. Mis problemas de autoestima son asunto mío…, y no tuyos o de Ruth Bussey. —Charlie se sintió invadida por una repentina emoción que casi le impedía respirar. Se quedó mirando fijamente las manos, examinándose las uñas—.

¿Decía algo el libro sobre empapelar una pared entera con las críticas más feroces vertidas contra la celebridad en cuestión? —preguntó.

Sin embargo, recordó que había otros artículos que hablaban sobre el trabajo que hacía para la comunidad y fotos suyas vestida de uniforme y sonriendo. Sí, seguro que estaban en la pared. Charlie se había olvidado de ellos porque no encajaban con el guión más pesimista: que Ruth Bussey revelaba su dolor y que los recortes pegados a la pared solo estaban allí para humillarla una vez más.

—Si quieres saber todos los detalles, habla con Sellers o con Gibbs —dijo Simon cansinamente—. Al principio hay que colgar todo lo que encuentres sobre la persona que has elegido, tanto lo positivo como lo negativo; fotos de cuando estaba bien y de cuando estaba hecha polvo. Hay que mirarlas cada día, siempre que no tengas nada mejor que hacer, y… —Al ver la expresión de asombro de Charlie, Simon le espetó—: Mira, no la tomes conmigo si te parece absurdo. Solo te estoy diciendo lo que me contó Gibbs.

—Continúa —dijo Charlie.

Se preguntó si Ruth habría hecho una lista de los posibles candidatos. ¿Qué otros desdichados famosos habían ocupado los titulares en septiembre de 2006? Bueno, no es que ella fuera ninguna celebridad, pero, aun así, sentía curiosidad por si había tenido competencia.

—¿Lo miras todos los días y…?

—Te concentras en cómo la persona que has elegido no permitió que sus errores acabaran con ella, en cómo se recuperó…, esa clase de cosas. El resto es previsible: te das cuenta de que nadie es perfecto, de que todo el mundo tiene buenos y malos momentos, incluido tú. Una vez te has metido esa idea en la cabeza, puedes despegar de la pared todo el material que habla mal de la persona elegida. Y en el lugar donde estaba lo que has despegado, cuelgas tus mejores fotos; entonces, la tarea ha terminado: tienes un mural sobre ti y sobre la persona que admiras, ambos en sus mejores momentos y después de haber superado la peor de las crisis. Puede

que me haya equivocado en un par de cosas, pero en esencia se trata de eso. El libro especifica que debe ser la pared de tu dormitorio, para que sea la primera cosa que veas por la mañana y la última antes de acostarte.

—Es vergonzoso —dijo Charlie.

Aun así, se sentía un poco mejor. La idea de que alguien la considerara digna de admiración… Ahora tenía totalmente claro que Ruth Bussey estaba loca.

—Bussey escribió tu nombre en la página del libro que explica este ejercicio, con una señal de visto bueno al lado —dijo Simon—. Deberías sentirte halagada.

—¿Cómo está Ruth?

Charlie se sentía culpable porque ahora se interesaba más por ella que antes. De modo que esa era la razón de que el viernes pasado hubiera ido a verla. «Si la persona a la que más admiras trabaja para la policía y tu novio te da un susto de muerte al confesarte que ha matado a alguien, el siguiente paso es obvio». «Y cuando ves que el objeto de tu admiración no tiene ni idea de cómo ayudarte, ¿qué piensas?».

—Gibbs me ha dicho que nadie sabe dónde está Bussey. Y tampoco Trelease.

—No pegó ninguna fotografía suya —dijo Charlie, con voz serena. Se quedó mirando fijamente a Simon—. En la pared. El libro decía que, supuestamente, debías pegar tus fotos favoritas.

—Creo que eso dijo Gibbs, sí.

Charlie sabía por qué Ruth no había llegado a esa fase del ejercicio: dieciocho meses antes, cuando invirtió su dinero en comprar aquel libro, aún no tenía ninguna foto suya que le gustara. Daba igual que se sintiera halagada o no; todas sus fotos eran de una víctima, de alguien a quien despreciar o de quien compadecerse, según el punto de vista. «Hay que haberlo vivido para entenderlo».

—¿Qué? ¿En qué estás pensando?

—En nada.

Simon tenía un aire perplejo. Charlie intuyó que se estaría preguntando cuánto debería insistir para que ella hablara de sus sentimientos con la esperanza de que la respuesta fuera que no era el momento.

—Viviría donde vivo ahora —dijo él, tras unos segundos de incómodo silencio.

—¿Cómo dices?

—Me preguntaste dónde viviría si pudiera elegir cualquier lugar del mundo.

A Charlie le bastó una rápida mirada para comprender que Simon lo decía en serio.

—¿Donde vives ahora? ¿Te refieres a Spilling o a tu casa?

—Mi casa está en Spilling; me refiero a ambos sitios. Me gusta el lugar donde vivo… ¿Por qué querría vivir en otra parte?

—Pues yo viviría en Torquay.

Al decirlo, Charlie notó que su voz se hacía más dura. No se mudaría ni loca a la casa de Simon después de casarse. El baño se encontraba abajo, detrás de la cocina, que era estrecha como una tubería. Además, la casa se situaba al mismo nivel que la calle, y la gente que pasaba podía ver el salón. Y estaba muy cerca de la casa de los padres de Simon. Ni hablar.

—Nunca viviría a orillas del mar —dijo él—. Sería como vivir en un inmenso callejón sin salida de color azul. Me sentiría encerrado.

—Qué va. —¿Qué otras absurdas opiniones de Simon seguía ignorando?—. Podrías tener una barca.

—Mary Trelease mató a Gemma Crowther. Para recuperar su cuadro… *Abberton*.

«Ahora empieza nuestra conversación íntima», pensó Charlie. Añadió «no viviría a orillas del mar» a la lista de cosas que sabía sobre su prometido.

—El lunes por la noche estaba frente a la casa de Crowther, cuando yo estaba allí… La misma persona que me vio a mí también la vio a ella. Se quedó después de que yo me fuera. Sabía que Seed

y Crowther estaban dentro, pasando una agradable velada, con su cuadro colgado en la pared…

—No hubo allanamiento de morada, ¿recuerdas?

—Trelease pudo haber convencido fácilmente a Crowther para que la dejara pasar, a menos que decidiera utilizar el arma de entrada y la obligara a hacerlo a punta de pistola, disparándole después de que la dejara pasar al vestíbulo y luego al salón. Ella quería recuperar el cuadro…, y puede que también estuviera celosa. Si siguió a Aidan Seed hasta Londres, es posible que él signifique algo para ella.

—Puede que te estuviera siguiendo a ti —sugirió Charlie—. Puede que tú seas la persona que más admira en el mundo. No, eso es bastante inverosímil.

Si lo que Charlie pretendía era hacerle rabiar, no lo consiguió. Normalmente, Simon se irritaba con facilidad, a menos que estuviera obsesionado con alguna idea. Charlie conocía los síntomas: los ataques verbales le resbalaban igual que el agua por un paraguas. Y aquella mirada absorta que casi permitía escuchar el zumbido de su cerebro…

—Trelease mató a Crowther y luego se llevó a Seed a algún sitio a la fuerza —dijo Simon—. Tenía un arma, y seguramente también tenía un coche. Fuera a donde fuera con Seed, lo hizo en su coche. Sin embargo, antes metió su cuadro en el maletero del coche de Seed para que todas las sospechas recayeran sobre él.

—¿Por qué crees que Trelease tenía un coche?

—No podría haber apuntado a Seed en la cabeza en plena calle, ¿no te parece? Pero si tenía un coche, pudo sentarse en el asiento de atrás y haberlo obligado a conducir…

—¡No me creo nada de lo que dices!

—Dijiste que los ganchos en las encías de Crowther eran un toque femenino —le recordó Simon—. Dispararon a Crowther y luego alguien se entretuvo en romperle los dientes con un martillo y a sustituirlos por ganchos. Compara eso con la descripción que hizo Seed del estrangulamiento de Mary Trelease: un asesinato cuerpo a

cuerpo, mientras ella se defendía, desnuda, a su lado o encima o debajo de él…

¿Ahora resulta que la mató mientras mantenían relaciones sexuales? Otro detalle que acabas de inventarte.

… mientras Seed siente el pulgar apretando su propia piel al cerrar las manos en torno a su cuello…

Te olvidas de que estás describiendo un crimen que sabemos que no se cometió.

—Yo creo que sí se cometió —dijo Simon—. Aidan Seed mató a alguien, exactamente como me lo describió a mí. No a Mary Trelease…, pero sí a otra persona.

—Entonces, ¿por qué decir que se trataba de Mary Trelease?

—Eso es lo que debemos averiguar. Y el próximo paso está claro.

—Para mí no —repuso Charlie.

—Seed se crio en Culver Valley, en una casa de protección oficial… Eso es lo que decía el artículo del *Times*. Y en otros tiempos las casas de Megson Crescent eran de protección oficial. Seed tiene cuarenta y tantos años… Suponiendo que no matara a nadie antes de los once…

—¿Tan precoces eran en esa época? —dijo Charlie, con voz tétrica.

—Mary Trelease compró la casa de Megson Crescent hace tan solo dos años. ¿Quién más vivió en esa casa? ¿Quién murió allí?

Charlie se quedó mirándolo fijamente.

—¡Dios santo! —exclamó.

—Nos hemos concentrado en el nombre en vez de hacerlo en otros aspectos. En la casa, por ejemplo.

—Pero… —dijo Charlie, negando con la cabeza—. ¿Por qué hacer una confesión completa…, con una dirección, una descripción de la escena, de la forma de cometer el asesinato… para luego mentir sobre la víctima?

—No puedo responder a eso… todavía. Aunque pueda que no sea tan absurdo como parece. Un poco de fantasía y un poco de

realidad: es lo mejor cuando hay que decir una mentira. La muerte de Mary Trelease es la parte de ficción. Sabemos que está viva.

—Y la parte que es verdad…

Por mucho que a Charlie le hubiese gustado zanjar la teoría de Simon con una carcajada, no pudo evitar preguntarse si no habría algo de lógico en ella. Ahora no había una cama en la habitación del número 15 de Megson Crescent que daba a la calle, pero antes de que Mary se instalara allí puede que la hubiera. La mayoría de la gente suele poner una cama en su dormitorio.

—Aidan Seed mató a alguien en esa casa —dijo Simon—. Alguien que vivía allí. Hace años, tal y como le dijo a Ruth Bussey.

21

Miércoles, 5 de marzo de 2008

Aidan y yo solíamos pintar en esta habitación —dice Mary—. Junios. Pintábamos durante horas y horas, en silencio. Después de la muerte de Martha, le hice una copia de la llave de esta casa. A menudo solía quedarse a pasar aquí la noche. —Se vuelve hacia mí —. En la habitación de invitados, la misma en la que has dormido tú.

Hago un esfuerzo por no cambiar mi expresión. En esta habitación hay algo que no me cuadra, aunque no sabría decir de qué se trata. Me quedo mirando el montón de cuadros destrozados que tengo frente a mí, sin acabar de dar crédito a lo que veo.

—¿Te importa que no te lo haya dicho? —Me doy cuenta de que Mary se refiere a Aidan y a la habitación de invitados—. Solo es una habitación. No creo que las habitaciones conserven los recuerdos del pasado. No hay ningún ambiente especial; solo es algo que está en la cabeza de la gente.

—¿Le hiciste una copia de la llave a Aidan? —De repente, me parece importante aclarar todos los detalles—. Pero esta casa no es tuya: no eres su propietaria.

Mary se encoge de hombros.

—¿Y? Soy yo quien la utilizo.

—¿Qué pensaba la madre de Martha del hecho de que Aidan se quedara aquí?

Si yo tuviese una hija que se había ahorcado por culpa de un hombre que la trataba mal, no lo habría querido tener cerca ni en una casa de mi propiedad.

Si hubiese visto cómo se ahorcaba mi mejor amiga, o mi amante, o mi examante, la última cosa que hubiera deseado es estar en la habitación donde había ocurrido.

—Se lo oculté a Cecily —dice Mary—. No se lo dije a nadie.

—¿Por qué los padres de Martha no dejaron esta casa después de que ella muriera? —le pregunto—. ¿Por qué siguen pagado el alquiler para que puedas seguir disfrutándola tú…, alguien que ni siquiera es de su familia?

—Yo soy un residuo de la vida de Martha. —Mary sonríe—. Cecily no me tiene especial simpatía, pero aun así le gusta que me deje caer por aquí… Soy un recuerdo manoseado de su adorada hija.

Mis ojos se posan de nuevo en la montaña que tengo ante mí.

—¿Cuántos cuadros destrozaste para hacer… esto?

—No los conté. Cientos.

—¿De quién eran?

—Míos. Yo los pinté; me pertenecían. Aunque durante tiempo pensé que había vendido alguno de ellos a alguien.

Decido esperar a que continúe hablando.

—Si pintaba algo que no era lo bastante bueno, Aidan me lo decía. Y siempre tenía razón, por desgracia. Al final, gracias a su ayuda, no solía ocurrir muy a menudo. Le costaba dedicarles algún elogio, pero al menos cesaron las críticas. Un día me preguntó si estaba lista para hacer mi primera exposición. Me habló de una galería de la que yo no había oído hablar; me dijo que conocía al dueño y que, si no tenía nada que objetar, se llevaría mis cuadros a Londres para enseñárselos. —Mary suelta una sonora carcajada—. Evidentemente, no tenía nada que objetar. Estaba excitadísima. Aidan se llevó los cuadros. Dieciocho, concretamente. Volvió al día siguiente con una gran noticia: la galería quería exponer mis cuadros.

Veo cómo la felicidad y la emoción se borran de su cara mientras recuerda lo que ocurrió a continuación.

—No sé por qué no le pedí a Aidan que me dejara acompañarlo a Londres, para ver personalmente la galería… No se me pasó por la

cabeza, no le pedí nada. «Deja que me ocupe yo», me decía él, y dejé que lo hiciera. Cuando le pregunté cuándo iba a celebrarse el *vernissage*, me dijo que no habían previsto ninguno, que esa galena no solía hacerlos. Ahora sé que no hay ninguna galería de arte que no celebre un *vernissage*: son muy importantes para las ventas y la publicidad. Sin embargo, en aquella época yo era nueva en el mundo del arte. Aidan era el que tenía experiencia, el que había vendido todos los cuadros de su exposición y el que había sido artista residente en el Trinity College de Cambridge y en la National Portrait Gallery. Yo creí lo que me decía. Le dije que quería conocer al propietario de la galería, al hombre al que le habían gustado tanto mis obras, pero Aidan me disuadió. «No les gusta que los artistas estén rondando por ahí», me dijo. «Es mejor que te mantengas al margen y que yo sea tu intermediario». Me dijo que el dueño de la galería estaba muy intrigado conmigo, y era mejor que siguiera estándolo. Y yo, como una tonta, me lo tragué.

»Me trajo un catálogo de la exposición. No era nada del otro mundo, solo unas hojas dobladas y grapadas. Sin embargo, figuraban los títulos de mis cuadros, las fechas de la exposición y algunos datos biográficos sobre mí. Yo me sentía muy orgullosa. —Mary parpadea para ahuyentar las lágrimas—. Aidan iba y venía de Londres, o al menos eso creía yo, para comprobar cómo marchaba todo. Bien; cuando venía siempre me decía que todo iba bien. Parecía alegrarse por mí. Mis cuadros se vendían. Yo no podía creerlo. Un día, Aidan se presentó y me dijo que se habían vendido todos. Incluso tenía… —El rostro de Mary se contrae en un gesto de dolor—. Tenía una lista de las ventas para que yo viera quién había comprado los cuadros. Había nueve nombres; no creo que tenga que decirte cuáles eran.

No tengo ni idea de qué me está hablando. ¿Cómo puedo saber quién compró sus obras?

—El primero era Abberton —dice, en voz baja—. No me menciones el resto, por favor. No soporto oírlos.

Siento un escalofrío en la espalda.

—Esa noche, Aidan me llevó a cenar fuera, para celebrar que se había vendido todo. Entonces fue cuando traicioné a Martha.

—Pasaste la noche con él.

Prefiero que sea yo y no ella quien lo diga.

—No. —Su rostro muestra una máscara de disgusto—. Aidan y yo nunca tuvimos relaciones sexuales. Martha se había acostado con él, y sabía que era un desastre en la cama.

—¿Cómo traicionaste a Martha? —le pregunto.

—Le dije a Aidan que si tuviera que elegir entre una vida plena y feliz y mi trabajo, me quedaría con mi trabajo. Con la pintura. Él me sonrió cuando se lo dije, y ambos sabíamos qué significaba eso: que éramos únicos, y que Martha nunca habría sido como nosotros. Hablamos abiertamente de ello… Aidan me contó que Martha había reconocido haber mentido a la periodista que los había entrevistado. —Con los ojos entornados, Mary me pregunta—: ¿Te he contado ya lo de la entrevista?

Asiento con la cabeza.

—Ella mintió y dijo que elegiría la literatura, aunque lo habría dejado sin dudarlo si hubiese podido tener a Aidan. Él la despreciaba por haber mentido; despreciaba su superficialidad con respecto a su trabajo… No quería estar con alguien así. Martha no se merecía a Aidan; nunca se lo mereció.

Mary se aprieta la mano con la boca.

—Háblame de la exposición —le digo.

«Dieciocho cuadros. Dieciocho marcos vacíos en las paredes del taller de Aidan». Aunque no sé si son dieciocho. Nunca los he contado.

—El día después de la cena de celebración, después de volver a tener los pies en el suelo, empecé a hacer preguntas: ¿Cuándo iba a cobrar el dinero? Teniendo en cuenta que se habían vendido todos mis cuadros, ¿estaba vacía la galería? Aidan se burló de mi ignorancia y me dijo que la exposición seguiría abierta hasta el último día, según lo previsto. Él me había obligado a hinchar los precios para que me quedara una buena suma de dinero después de

que la galería hubiera descontado su comisión. Bromeó sobre el hecho de que él también debería quedarse con una comisión, ya que era quien lo había organizado todo. Yo no dejaba de preguntarme por qué me había ayudado tanto. Me dedicaba más tiempo a mí y a mi exposición que a su obra. Si hubiese tratado de explicarme el porqué, habría acabado pensando que estaba entusiasmado con mi talento.

Percibo en su sarcasmo el odio que siente por sí misma.

—Yo sabía que era buena. Lo veía. Aidan era un artista, y para los artistas, el arte debería estar por encima de todas las cosas. Y yo creía que así era para él. Hasta que un día fui a Londres a visitar a una amiga y decidí desobedecer sus órdenes.

—¿Fuiste a la galería?

—No pude resistirme —dice Mary, volviéndose hacia mí—. Dime, ¿tú te habrías resistido? Pensé que no estaba haciendo nada malo, siempre que no entrara. Solo iba a mirar a través del escaparate para echar un vistazo y ver mis obras en ese decorado tan insólito y excitante…, una galería de verdad. Quería ver las etiquetas rojas de «vendido» pegadas en mis cuadros…

Mary se queda sin palabras. Un espeso y pesado silencio se apodera de la habitación, un silencio que me da miedo romper.

—¿Mary? ¿Qué fue lo que viste?

Al ver que no responde, vuelvo a preguntárselo.

—Nunca debería haberme dicho el nombre de la galería. O debería habérselo inventado… ¿Qué cuesta inventarse un nombre? Pero Aidan no tiene imaginación; por eso pinto mucho mejor que él. Los artistas deben tener imaginación. Connaughton.

—¿Qué es?

—La galería. Connaughton, Galería de Arte Contemporáneo. Mis cuadros no estaban allí. El tipo que había dentro nunca había oído hablar de mí. Llamé a Aidan, y cuando le dije lo que había visto…, o, mejor dicho, lo que no había visto, me dijo que volviera a Garstead Cottage. Su voz era muy… fría, muy inexpresiva…, no se parecía en nada a la del Aidan que yo creía conocer. Era como si estuviera

poseído por un ser horrible, alguien ajeno y desconocido que hubiese devorado al antiguo Aidan. Entonces recordé que ese viejo Aidan había sido el que había llevado a Martha al suicidio. Yo misma me había permitido ignorar lo que sabía de él frente a la desesperada necesidad de agarrarme a alguien después de la muerte de Martha. Habíamos afrontado juntos aquella terrible experiencia, y durante un tiempo era lo único que importaba.

Cierro los ojos y pienso en Londres, cuando Aidan cambió su forma de comportarse conmigo. «Cada vez que un amigo triunfa, algo muere en mi interior». Él escribió eso en una tarjeta dirigida a Martha Wyers, después de que ella le mandara un ejemplar de su novela. ¿Había orquestado todo aquel montaje para hacerle daño a Mary, porque estaba celoso de su talento como pintora? Ojalá fuera él quien me contara la historia en vez de Mary, para ayudarme a comprender por qué lo hizo.

—Volví aquí —dice Mary, quedamente—. La puerta estaba abierta. Le llamé… Pero no contestó nadie. Me puse a buscarlo y lo encontré aquí. En el suelo, a su lado, había un montón de basura…, como ese, solo que más pequeño. No tenía ni idea de lo que era. Parecían desechos, aunque aquí y allá distinguía cosas que me resultaban familiares, formas y colores que reconocía, aunque no supe qué era hasta que él me lo dijo a la cara.

Empieza a caminar muy despacio alrededor del montón de residuos.

—Estaba muy orgulloso del plan que había trazado para destruirme. Dijo que le parecía «genial». No había ninguna exposición; jamás la hubo. Nadie había visto mi obra en Londres. Aidan se llevó mis cuadros, yo había dejado que lo hiciera, y los destrozó uno por uno. Gracias a mi viaje a Londres y a mi falta de autocontrol, yo lo había descubierto. Él había planeado esto… —Da un puntapié al montón de restos y lanza un gemido que me sobresalta, como si el dolor que alberga en su interior tuviera voz propia, una voz más ronca y grave que la suya—. Había planeado mi

sorpresa para el último día de la exposición, cuando lo que yo esperaba era un cheque…

—Lo siento —digo, comprendiendo finalmente por qué no vende sus obras, por qué las guarda todas en su casa y no las confía a nadie.

—Me quedé donde estás tú ahora, sollozando, suplicándole que me explicara por qué. Entonces me dijo que tenía otra sorpresa para mí. Era una lista de ventas de una exposición…, pero no la que ya me había dado, la que había falsificado, sino una de verdad, la de su exposición en la Galería TiqTaq. Los nombres, Abberton y todos los demás, eran de la gente que había comprado los cuadros de Aidan. No eran de mis compradores; nunca lo fueron. Me había imaginado que todas aquellas personas apreciaban mi obra, cuando en realidad la que les gustaba era la de Aidan.

—Tus cuadros —digo, más a mí misma que a Mary—. Por eso eran perfiles de personas sin rostro, porque no eran reales.

Por eso lo sabía Aidan, por eso pudo predecir la serie, los títulos de los ocho cuadros que pintaría después de *Abberton*.

—Supongo que la gente que compró los cuadros de Aidan sí sería real —dice, bruscamente.

—¿Por qué? ¿Por qué haría algo así?

—Nunca me lo ha dicho, y eso es casi lo peor de todo. Se jactaba de lo que me había hecho, pero no me dio ninguna razón. Como siempre, no quiso explicar sus motivos ni sus sentimientos, salvo que le complació que durante la cena de celebración yo le hubiera dicho que antepondría mi trabajo a mi vida. Suena tan pomposo… Apenas llevaba un año pintando…, pero pintar ya se había convertido en lo más importante de mi vida. Era lo único que quería hacer. Y aún sigue siéndolo. Cuando se lo dije a Aidan en aquella cena, él sabía que iba a causarme un daño irreparable.

Viéndome desconcertada, y quizá interpretando como incredulidad mi confusión, Mary añade:

—Ah, pero si lo que quieres son sus motivos, yo puedo explicártelos. Quedaron bastante claros cuando me amenazó. Antes

de que saliera de esta habitación y de mi vida, me rodeó el cuello con las manos y las apretó tan fuerte que pensé que iba a morir. Él me dijo: «Nunca volverás a pintar un cuadro, ¿entendido? Y nunca le contarás a nadie lo que pasó cuando Martha murió. Si me entero de que has hecho alguna de esas dos cosas, serás tú la que acabará colgada con una soga al cuello». —Mary se estremece—. Me dijo que no iba a permitir que nadie arruinara su carrera. Él iba a ser famoso, y ni Martha ni yo íbamos a impedírselo.

—Pero… Martha se suicidó —digo, como paralizada.

—Él habría podido salvarla —dice Mary—. Pero cuando lo intentó, después de haber llamado a una ambulancia, ya era demasiado tarde. No podía correr el riesgo de que la gente se enterase de lo ocurrido. Piénsalo: ¿qué dirían de un acto de cobardía que causó la muerte de una joven y prometedora escritora que tenía toda la vida por delante?

—Pero hasta ahora tú no le habías contado esto a nadie, y si él no hubiese destruido tus cuadros no habrías tenido ningún motivo para…

—De todas formas, él me odiaba, me odiaba mucho antes de la muerte de Martha. No me había perdonado las cartas que le había mandado cuando estaba en el Trinity y la trataba tan mal. Podía ver en su interior, hasta el fondo de su alma. Sabía que era un hombre marcado por la vida, un hombre que tenía miedo y, sin agallas para afrontar sus problemas, prefería hacer sufrir a los demás. Puedo demostrarte hasta qué punto me odiaba. Mira.

Mary sale corriendo de la habitación. La sigo por las escaleras hasta su dormitorio. Apesta a tabaco, y en el suelo hay tanta ropa tirada que apenas queda espacio libre. La cómoda de madera de caoba tiene todos los cajones abiertos. Mary saca algo del último.

—Esta es la lista de ventas de la exposición de Aidan.

Está escrita a mano, pero se lee sin dificultad.

—Mira el título del último cuadro.

El asesinato de Mary Trelease —leo, en voz alta—. ¿Le puso ese título a uno de sus cuadros?

—Esa fue su primera amenaza. Se divirtió mucho al señalar que en el cuadro no aparecía yo, y tampoco representaba un asesinato. Me dijo que le gustaban los títulos que desconcertaban a la gente. Dime, ¿ahora crees que tiene un poco más de sentido que le confesara a la policía que me había matado? Solo era parte de un juego que empezó hace muchos años.

Apenas soy consciente de lo que me dice. Mis ojos se quedan clavados en un nombre que no me esperaba: Saul Hansard. Saul compró uno de los cuadros de Aidan. Abberton, Blandford, Darville, Elstow: están todos aquí, debajo de la palabra *compradores*. Cecily Wyers también compró un cuadro, y lo mismo hizo un tal Kerry Gatti.

—Ahora entiendes por qué Aidan quiere matarme —dice Mary, con voz apagada—. Yo no dejé de pintar, pero él sí. Y no puede permitir que eso no tenga su castigo. —Se echa a llorar—. He tomado todas las precauciones para que no se enterara. No he expuesto mi obra, no la he vendido…, he hecho todo lo posible para mantener mi carrera en secreto, pero aun así lo ha descubierto. Gracias a ti. —Posa una mano sobre mi brazo—. No me malinterpretes. Ya sé que no es culpa tuya. —Sus uñas se clavan en mi piel—. Durante años, después de lo que me hizo, solo le pintaba a él. Una y otra vez, de memoria: la expresión de su rostro cuando me contó lo que había hecho. Cada vez que terminaba un retrato suyo, lo destruía inmediatamente y lo añadía al montón. Mi exposición —dice, en tono melancólico—. La única que he hecho.

Mi corazón late a toda velocidad, como si alguien estuviera golpeándolo contra mi pecho. Me quedo mirando los nombres y las direcciones de la gente que compró los cuadros de Aidan, unos cuadros que nunca he visto. Si los tuviera frente a mí, ¿me harían ver las cosas más claras? ¿Me acercarían a la persona que Aidan es en realidad? Intento convencerme de que no lo harían, pero no sirve de nada. El deseo de ver esos cuadros crece dentro de mí…, es algo casi físico, más allá de la razón. Es evidente por dónde debo empezar: por mi amigo, Saul Hansard.

Levanto los ojos y cruzo una mirada con Mary. Ni siquiera tengo que decírselo. Ella lo entiende.

—Te pediré un taxi —dice.

22

5/3/08

—Si partimos de la hipótesis de que Aidan Seed estranguló a una mujer, una desconocida, en el dormitorio de su casa que da a la calle, eso significa que no mató a Gemma Crowther —dijo Simon. Había ido a la barra para pedir una pinta para él y otra para Charlie, aunque ella le había dicho dos veces que quería un vodka con naranja—. Los métodos son muy distintos.

—Puede que fueran distintas las situaciones —señaló Charlie—. Pudo haber cometido un asesinato de forma impulsiva, y haber planeado el otro.

Simon guardó silencio unos instantes y, al final, dijo:

—No puedo decir que estés equivocada porque no tengo nada concreto, pero… No lo sé… Nunca he matado a nadie, pero dudo que matar sea como cocinar, algo que puedes ir variando: un día calientas las judías en el microondas y otro en el fuego. Por mi experiencia, muchos asesinos solo tienen una forma de matar, ya sea porque el método es parte de un ritual que consideran importante o porque consideran que es la única manera de hacerlo. Alguien que pierde los estribos y estrangula a una mujer no mataría a sangre fría con una pistola… Sin el ímpetu del momento, no sería capaz de matar a nadie. Alguien que dispara un arma quiere tener un control absoluto de la situación. No se arriesgaría a estrangular a alguien, no fuera que la víctima tuviera más fuerza que él o…

—Tal vez —lo interrumpió Charlie—. Tal vez todo eso puede aplicarse a la mayoría de los asesinos, pero podría haber uno que…,

llamémoslo Aidan Seed, que ha matado empleando más de un método. ¿Y quién ha dicho que tengas que perder los estribos para estrangular a alguien? Eso también puede planearse.

—Milward dijo que no consideraba sospechoso a Seed —prosiguió Simon—. Al menos admitamos que es una posibilidad: Trelease mató a Crowther porque Seed se veía con ella o porque le había regalado *Abberton*, o puede que por ambos motivos. Sabemos que a Trelease le gusta conservar sus cuadros; no quiere que acaben en manos de unos desconocidos. También sabemos que agredió a Ruth Bussey, la novia de Seed… Puede que a estas horas ya la haya matado.

Charlie emitió un gruñido de desaprobación.

—Y ahora vas a decirme que Mary Trelease está obsesionada con Seed y que va matando a las otras mujeres de su vida. Esa es una idea estrafalaria, incluso viniendo de ti.

—¿Crees que podemos dar por sentado que el Adam Sands de la novela de Martha Wyers es Aidan Seed? —preguntó Simon.

—Sin duda alguna. Llamé al Trinity College de Cambridge. Martha Wyers optó al mismo puesto que consiguió Aidan. Se conocieron en la entrevista, igual que Adam Sands en la versión de ficción que escribió Martha.

—Entonces tengo razón —dijo Simon, como si se tratara de un hecho—. Trelease asesinó primero a Wyers y luego a Crowther porque las consideraba sus rivales frente a Aidan. Y matará a Ruth Bussey por la misma razón, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Y cómo encaja *Abberton* en todo esto? —preguntó Charlie.

—No lo sé.

—¿Y dónde estará Seed ahora? Has dicho que Trelease lo obligó a conducir su coche a punta de pistola…

—Lo ha matado.

—Muy oportuno —repuso Charlie, con sequedad—. Cada vez que menciono a alguien, tú dices que Mary Trelease lo ha matado. ¿Pruebas? Ninguna. Y por eso me lo dices a mí y no a Milward ni a Kombothekra.

—Milward no está dispuesta a escucharme. La cagué. —Se quedó mirando fijamente a Charlie, lanzándole un desafío para que lo criticara—. Estaba a punto de confiar en mí, pero la amenacé. Y me echó a la calle sin pensárselo dos veces. En cuanto a Kombothekra… —Simón lanzó un profundo suspiro—. Me llamó hace un rato para ponerme al día. Le he dicho que era un cobarde.

—¿Un cobarde?

Charlie estaba confusa.

—Esta situación… Nosotros dos fuera del caso, él infringiendo las reglas para pasarnos información… En mi opinión, para Kombothekra todo son ventajas. Nos tiene bajo presión y compra nuestra lealtad…, porque no se lo serviremos en bandeja a Proust después que se haya jugado el cuello por nosotros, ¿no? Él puede contarnos todo lo que quiera sin arriesgar nada. Cuanta más información filtre, más obligados estamos a devolverle el favor cubriéndolo. Desde nuestro punto de vista, es él quien está en la estacada porque está de nuestra parte. Y según Muñeco de Nieve, sigue siendo el buen chico que nunca da un paso en falso. —Simon se encogió de hombros—. Una manera fácil, para un pelota como Kombothekra, de fingir que es dueño de sus actos. Eso es lo que pensaba hasta que me llamó Gibbs.

—¿Y ahora?

—Estaba equivocado —continuó Simon—. Al parecer, Kombothekra nos apoya públicamente más de lo que yo creía. Sellers y Gibbs saben que se comunica regularmente con nosotros, y me ha estado defendiendo ante Proust. Dos cosas que no sabía cuando la tomé con él.

—Sam no es rencoroso —dijo Charlie—. Dile que lo sientes y cuéntale tu enrevesada teoría. No sé si te servirá de algo, pero yo creo que es cien veces más probable que haya sido Seed y no Mary Trelease quien matara a Gemma Crowther. Él tenía un motivo real para hacerlo… Crowther estuvo torturando a su novia durante tres días.

Simon negó con la cabeza.

—Seed no es de los que se vengan, y menos de los que harían daño a alguien deliberadamente… Por eso pienso que el estrangulamiento de esa mujer, en el número 15 de Megson Crescent, fuera quien fuera, no fue algo planeado.

—¿Cómo? ¿De dónde has sacado todo eso?

—¿Has oído hablar de George Fox? —le preguntó Simon.

—No.

—Nació en 1624 y murió en 1691. Fue el padre fundador del cuaquerismo; de hecho, fue quien lo inventó. Gemma Crowther lo idolatraba.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando Milward me echó, me metí en un cibercafé. No hay que seducir a un ordenador para que te proporcione información, y mucho menos darle las gracias por ello.

«Ni hacer el amor con él», se dijo Charlie. Puede que Simon prefiriera casarse con un Toshiba Equiym M70. Charlie sabía el nombre del modelo porque le debía uno a su hermana.

—Crowther escribió sobre George Fox en al menos cuatro páginas web sobre cuáqueros, citando sus palabras sobre sabiduría espiritual como si pensara que el sol salía por su culo. En una de esas páginas, alguien colgó un comentario titulado «Chorradas» en el que le leía la cartilla a Crowther, alguien con una opinión no tan halagüeña sobre Fox. ¿Adivinas quién?

—Aidan… ¡Oh! ¿Len Smith?

Simon negó con la cabeza.

—Seed utilizaba el nombre de Len Smith en las reuniones cuáqueras, cuando fingía ser amigo de Crowther, pero *on line* empleaba otro alias para burlarse de sus opiniones: Adam Sands.

Charlie abrió unos ojos como platos.

—¿Adoptó el nombre del personaje de la novela de Martha Wyers, el que estaba inspirado en él?

Como si, después de todos los años transcurridos, quisiera confirmar la versión que Martha escribió sobre él. ¿Se trataba de un sentimiento de culpa, porque ella lo había amado hasta el punto de

quitarse la vida mientras que él nunca la había querido?, se preguntó Charlie.

—George Fox era un cretino arrogante que se creía superior a todo y a todos —explicó Simon—. Era un tirano… Un tipo petulante, rudo, grosero, intolerante y despiadado; recuérdalo, porque es importante. Y lo que es aún peor: Fox negaba la inevitabilidad del pecado.

—Suena muy complicado —repuso Charlie, preguntándose qué tendría que ver todo aquello con Aidan Seed.

—La idea es que los seres humanos suelen cagarla a menudo y necesitan pedir perdón a Dios por sus errores —dijo Simon—. Yo crecí con la idea del pecado. Era algo que formaba parte de mi infancia, como ver a escondidas la serie *Grange Hill*. En eso consiste la educación católica: rezar un avemaría cada vez que tienes un mal pensamiento o le cuentas una mentira a tu madre.

—Entonces, ¿rezar un avemaría es como escribir una frase en un cuaderno como castigo? Diez, cincuenta, cien veces, en función de lo grave que sea tu pecado.

—Más o menos —repuso Simon—. Yo odiaba la idea…, aún sigo odiándola, aunque ahora soy capaz de admitir que tenía su lado positivo: ponía el acento en lo que estaba bien y lo que no, y el mal debe ser reparado. Tienes que decir que lo sientes y enmendarte. Básicamente, la idea es que Dios es el jefe, luego viene el papa, luego el cura de tu parroquia y finalmente los padres, y tú eres una brasa ardiente que espera ser lanzada al fuego del infierno.

—Suena genial —dijo Charlie—. Tu infancia debió ser una delicia.

—No estoy hablando de mí —respondió Simon, sonrojándose, aunque era evidente que sí se había referido a él, a menos que Charlie no se hubiera confundido y fuera George Fox quien había visto *Grange Hill*—. Fox decía que no podía cometer ningún pecado porque tenía la luz en su interior…, lo cual equivalía a afirmar que era Dios. Eran los demás quienes cometían pecados, los seres inferiores, y cuando lo hacían, él no les concedía su perdón. Adam Sands tenía una historia que lo demostraba. Te enseñaré la página

web para que la leas. También hubo otro cuáquero importante, un tal James Nayler, que acabó metiéndose en líos porque permitió que algunas de las discípulas que lo adoraban manifestaran públicamente lo que sentían por él. Fue acusado de blasfemia y de parodiar la entrada de Cristo en Jerusalén.

Charlie puso los ojos en blanco.

—Hay gente que está fatal.

—Nayler sufrió horribles castigos por lo que fue juzgado como blasfemia: fue encarcelado, azotado, le pusieron en la picota… Fox se distanció de Nayler cuando este tocó fondo. Luego, cuando Nayler salió de prisión, destrozado, y cuando se arrepintió públicamente de lo que había hecho, condenando en varias declaraciones sus actos, suplicando solo reconciliarse con Fox, este lo repudió.

—Parece que estés citando de memoria —dijo Charlie—. ¿«Lo repudió»?

—Es la expresión que empleó Adam Sands. Por su tono, parecía bastante indignado por el hecho de que el fundador de esta progresista y pacífica religión que prometía tolerancia y perdón fuera un maldito hipócrita…, culpable del mismo comportamiento de exaltación de uno mismo que era incapaz de perdonar a Nayler. Como Sands, Seed concluye su contribución a la página web diciendo, y cito textualmente: «Sin acto de contrición y sin capacidad para perdonar, no hay esperanza para ninguno de nosotros. ¿Quién querría formar parte de algo creado por un miserable como George Fox?».

—¿Le contestó Crowther? —preguntó Charlie.

—Solo con palabras del propio Fox: una larga cita, una historia sobre la Nueva Jerusalén y sobre que solo acogerá a quienes no ofenden el espíritu de Dios. Los demás, las bestias y las meretrices, obnubilados por el espíritu del error, serán enviados a Babilonia.

—Encantador —murmuró Charlie—. Creo que empiezo a vislumbrar por qué el cuaquerismo atrajo a gente como Crowther y Elton.

—¿Entiendes ahora por qué no creo que Seed sea un asesino que mata por venganza? Si piensas matar a alguien, ¿por qué no hacerlo sin más? ¿Por qué fingir que eres amigo suyo y discutir con esa persona en los foros de Internet?

—Tengo una pregunta para ti —dijo Charlie—. Si Seed no mató a Crowther ni jamás tuvo intención de hacerlo, y si no era amigo suyo y ni siquiera un cuáquero, ¿qué coño hacía saliendo por ahí con ella? ¿Por qué le regaló *Abberton*?

La expresión de Simon se ensombreció.

—No tengo ni idea —contestó él, de mala manera, furioso, como siempre, por su propia ignorancia.

Charlie abrió el bolso, sacó el catálogo de la exposición que le había dado Jan Garner y lo colocó delante de Simon, preguntándose si sería capaz de prestarle atención. A diferencia de él, habría podido jactarse de que había averiguado algo, pero le habría parecido demasiado cruel y, además, la cosa sería obvia dentro de un momento.

—*El asesinato de Mary Trelease* —dijo Simon, leyendo en voz alta —. Óleo y acuarela. Dos mil libras.

Charlie le pasó la lista de ventas.

—Ten en cuenta que son dos mil libras de hace ocho años. Seguro que esa es la suma de dinero que J. E. J. Abberton debía llevar normalmente en el bolsillo. Solo hay un problema: su dirección, la que aparece en esta lista, no existe.

—¿Estás segura?

Charlie trató de no tomarse la pregunta como un insulto.

—Me he pasado horas llamando al 118118, comprobándolo una y otra vez. En la exposición de Aidan Seed había dieciocho cuadros, tres de los cuales fueron vendidos a personas reales con señas reales: Cecily Wyers, Saul Hansard y Kerry Gatti.

—Dime, ¿crees que Cecily Wyers es la madre de Martha?

—Eso parece, según lo que Jan Garner me ha contado sobre una madre y una hija que discutieron por culpa de un cuadro.

Simon asintió con la cabeza.

—Wyers, Gatti y Hansard compraron un cuadro cada uno. Así pues, quedaron quince, que fueron vendidos a nuestros viejos amigos, la pandilla de los nueve. —Charlie le leyó los nombres por orden alfabético—. Señor E. Heathcote, doctor Edward Winduss, señor P. L. Rodwell, Sylvia y Maurice Blandford, señor. C. A. Goundry, Ruth Margerison, señor. J. E. J. Abberton, E. & F. Darville, profesor Rodney Elstow. Los Darville compraron cuatro cuadros, Rodney Elstow tres y el doctor Edward Winduss dos. El resto, uno por cabeza. —Charlie hizo una pausa para recuperar el aliento—. Las direcciones que anotó Jan, y que supuestamente corresponden a esos nueve compradores, no existen. O, mejor dicho, ocho no existen y una…

—¿No es posible que esa gente no figure en la guía telefónica?

—No.

—Me parece imposible que ninguna de esas nueve personas tenga un número de teléfono fijo —dijo Simon.

—¿Cuántas probabilidades hay? En cualquier caso, he llamado a la oficina de correos después de haber terminado el rastreo telefónico. No existen, Simon. Salvo Ruth Margerison.

Simon se quedó mirando la lista fijamente.

—Garstead Cottage, The Avenue, Wrecclesham.

—En Wrecclesham se encuentra Villiers, la escuela donde estudiaron Wyers y Trelease. Cuando estaba en la oficina de correos, pregunté cuál era la dirección y el código postal. ¿A que no sabes lo que figuraba debajo de «Villiers»? La dirección y el código postal de Ruth Margerison.

Simon frunció el ceño.

—No te sigo.

—Villiers ocupa un terreno tan grande que tiene varios códigos postales. En total, hay unos veinte edificios que pertenecen a la escuela, todos listados individualmente. Uno de ellos es Garstead Cottage. Está en The Avenue, que debe de ser el nombre de una de las calles situadas dentro de la propiedad. Llamé a Villiers, les pedí

que me pasaran con Ruth Margerison, en Garstead Cottage, pero me dijeron que allí nunca había vivido nadie que se llamara así.

—¿Preguntaste quién vivía en la casa?

—Sí, pero no saqué nada en claro. Cada vez que llamo allí, solo me responden muy educadamente con monosílabos pero nadie me echa una mano. No quieren hablar de Martha Wyers.

—Tenemos que ir a Villiers —dijo Simon, apurando su cerveza—. Somos policías… Tendrán que hablar con nosotros. No saben que hemos sido suspendidos de servicio.

—Mientras venía hacia aquí he llamado a Jan Garner desde el taxi —dijo Charlie—. Le pregunté si tenía archivados los pagos que efectuó toda esa gente. Me dijo que no, porque había pasado demasiado tiempo, y que no lo recuerda. En la lista de ventas solo hay una señal de visto bueno al lado de cada nombre; es para verificar que el comprador ha pagado. Dice que al menos uno de ellos pagó en metálico… Lo recordaba porque no es demasiado habitual.

—Si las direcciones no existen, puede que los compradores tampoco —sugirió Simon.

—Hay una cosa que Jan sí recordaba: no conoció personalmente a casi ninguno de ellos. Me dijo que en el *vernissage* solo se vendieron tres cuadros.

—¿Los de Cecily Wyers, Kerry Gatti y Saul Hansard?

—No estaba segura de ello, pero me dijo que es posible. Los otros se pusieron en contacto con ella después, por teléfono. Los pagos y los envíos se hicieron por correo o a través de mensajeros.

Simon volvió a fruncir el ceño.

—¿Y eso es normal?

—Jan dice que no. Ella lo interpretó como un indicio de hasta qué punto se había extendido la fama de Aidan: la gente compraba sus obras sin ni siquiera haberlas visto. Dos de los compradores, Elston y Winduss, querían ser los primeros de la lista para comprar sus futuros trabajos… Jan lo anotó en su archivo.

—Una mujer un poco ingenua, ¿no? Todos esos compradores a quien nunca vio la cara…

—Estaba ganando mucho dinero vendiendo cuadros… ¿Por qué iba a plantearse nada? —dijo Charlie—. Fue la exposición de más éxito de toda su carrera.

—Villiers. —Simon se levantó y cogió su cuaderno—. Esa es mi próxima parada. ¿Vienes?

—¿No deberíamos hablar primero con Milward? —preguntó Charlie.

—Hazlo si es lo que quieres —repuso Simon—. Yo paso. Si vuelvo a ver a esa mujer, acabaré dándole un guantazo.

Charlie no era capaz de imaginarse a Milward interesándose por el catálogo de una antigua exposición de pintura.

—No —dijo—. Yo vuelvo a casa. Uno de los dos debería hablar con Kerry Gatti, y creo que me va a tocar a mí. —Lanzó un suspiro —. Hoy es mi día de suerte. Otro más.

23

Miércoles, 5 de marzo de 2008

Me despierto de golpe al oír una voz fuerte, de hombre, hablando del tráfico. La radio. Estoy en un coche que no reconozco, con asientos grises de piel y un arbolito que cuelga del espejo retrovisor, como en los taxis. Poco a poco, las piezas empiezan a encajar en mi cabeza: es el taxi que Mary pidió para que me llevara a la estación.

—¿Por qué estamos en la autopista? —le pregunto al conductor.

A través del espacio que hay entre su asiento y el reposacabezas veo un trozo de cuello rosado y un poco de pelo blanco, tan pulcramente peinado que parece una alfombra que termina en una perfecta línea recta en la base del cráneo. Los coches están parados en los tres carriles. Nosotros estamos en el de en medio. Un poco más adelante hay gente que se ha bajado del coche y se estira o que, apoyada en la ventanilla, habla con otros conductores. Me pregunto cuánto tiempo llevamos aquí y cuánto he dormido. Fuera está oscureciendo.

—Usted quiere ir a Spilling, ¿verdad?

—Iba a tomar el tren —le digo—. Pensé que me llevaba a la estación.

—Me dijeron que la llevara a casa, señorita.

—No. —Hago un esfuerzo por ahuyentar el deseo de abandonarme de nuevo al sueño reparador—. No llevo suficiente dinero para…

—No le hará falta —responde el conductor, moviendo el retrovisor para que podamos vernos las caras. Tiene los ojos grises,

con bolsas debajo y en torno a ellos, y unas pobladas cejas blancas que apuntan hacia delante en vez de ser lisas y planas—. La carrera la ha pagado mi cliente; lo único que necesito es que me eche una firma cuando lleguemos. Si llegamos… —añade, alegremente.

—¿Su cliente?

—Villiers.

—Debe de haber algún error —le digo.

—No hay ningún error, señorita. Me dijeron que la llevara a Spilling. Aunque, por lo que parece, nos llevará un buen rato. Debe de haber habido un accidente, y solo han dejado libre un carril. ¿Tiene sed? Ahí detrás hay agua, en una bolsa isotérmica. Se lo habría dicho antes, pero se había quedado traspuesta.

A mi derecha, debajo del asiento delantero, hay una especie de caja azul. Me desabrocho el cinturón, me inclino hacia delante y la abro. En su interior hay ocho botellas de agua mineral sin abrir.

—Sírvase usted misma —dice el conductor—. Son para usted.

Estoy confusa. ¿Por qué son para mí? ¿Por qué iba a necesitar ocho botellas de agua?

—No, gracias —digo. Me siento incómoda, porque me está observando—. La verdad es que preferiría que me llevara a la estación.

En la parte trasera del asiento hay un bolsillo del que sobresale una revista con la portada de color rojo. *The Insider*.

—Es nueva en Villiers, ¿no? Parece demasiado joven para tener una hija allí. ¿Una entrevista de trabajo?

—Fui a visitar a alguien.

—¿Es la primera vez? Eso explica por qué no está acostumbrada al Rolls-Royce. Si fuera una madre o una profesora, o incluso una de las niñas, no esperaría menos. Entre usted y yo: de vez en cuando resulta agradable encontrar a alguien que no lo da todo por sentado. No será usted una exalumna de Villiers, ¿verdad?

—No.

—Se nota. Villiers es nuestro mejor cliente. Solo trabajan con nuestra agencia, y le diré por qué: por el servicio que damos.

¿Quiere que ponga la radio ahora que está despierta? Le pido disculpas si antes la he molestado; la encendí para escuchar el boletín del tráfico.

—No me importa.

Hablar exige una energía que ahora no puedo malgastar. Tengo que pensar en lo que voy a decirle a Saul. Después de haberme negado a verlo en persona durante tanto tiempo, no tengo derecho a presentarme sin avisar y bombardearlo a preguntas. Y el hecho de saber que estará encantado de verme, que me responderá a todo de buen grado, solo hace que me resulte más difícil si cabe.

Pensaba que Saul me había enseñado todas las obras de arte que poseía. ¿Por qué no me mostró el cuadro de Aidan? Antes de que Mary me atacara en la galería, solíamos cenar juntos de vez en cuando, en su casa, con su familia, o en la mía, donde solo estábamos él y yo; me sentía mal por ello, pero Blantyre Lodge es demasiado pequeño para organizar una cena en condiciones. El objetivo principal de esas veladas era ver los nuevos cuadros que habíamos comprado. Bromeábamos sobre nuestras respectivas «colecciones». Saul me decía: «Tú y yo somos los que establecemos los gustos del futuro, Ruth. Cuando por fin la gente haya comprendido que todos esos esqueletos de bebés en escabeche y todos esos cráneos con diamantes incrustados y camas sin hacer no son más que un fiasco, tú y yo estaremos ahí para marcar tendencias. Y el arte de verdad volverá a reinar».

¿Sabe Saul dónde está Aidan? ¿Sabe por qué puso a uno de sus cuadros el título de *El asesinato de Mary Trelease*?

—¿Le va bien Radio Dos, señorita? —me pregunta el taxista—. ¿O prefiere escuchar alguna cancioncilla? Tengo un par de CD.

La palabra *cancioncilla* me hace pensar en *It's a Long Way to Tipperary* y en *Pack Up Your Troubles in Your Old Kit Bag*, dos canciones que me obligaron a aprenderme en la escuela y que odio.

—La radio está bien —le contesto.

—En el bolsillo de mi asiento hay un ejemplar de la revista de la escuela —dice—. Es el último número. Está ahí para que la lea, si se

aburre. Eche un vistazo al estilo de vida de la otra mitad.

Una mitad muere. La otra mitad sigue con vida.

Saco *The Insider* del bolsillo de piel y empiezo a hojear sus páginas. Hay fotografías de alumnas en fila, sonriendo, todas vestidas con blusas amarillas y chaquetas granates. Cada foto representa un éxito: dinero recaudado para obras de caridad, un triunfo en una competición de discursos entre varias escuelas. En la página siguiente hay más fotos de estudiantes de Villiers, aunque esta vez vestidas con chándales amarillos o bañador mientras sostienen sendos trofeos. Veo a Claire Draisey, la mujer que conocí anoche, vestida también con un chándal amarillo, y al leer el pie de foto me entero de que, además de la directora del internado, también es la entrenadora de baloncesto y de natación sincronizada.

En la página siguiente se ve la foto de un edificio moderno, blanco, de forma hexagonal, con grandes ventanas en todos los lados. Estoy a punto de pasar página cuando dos palabras me llaman la atención: «Cecily Wyers». El edificio lleva su nombre. Leo el párrafo que figura debajo de la fotografía. Cita a la madre de Martha Wyers, que también fue alumna de Villiers; dice que siempre ha sentido pasión por las artes, razón por la cual ella y su marido donaron la mayor parte del dinero que había hecho realidad un sueño de Villiers: tener un teatro y una escuela de arte dramático propios. Me quedo mirando fijamente esas cinco líneas de texto después de haberlas leído, como si pudieran contarme algo de Martha que aún no sé.

Me parece extraño que Cecily no decidiera poner al edificio el nombre de Martha en vez del suyo.

Estoy a punto de cerrar la revista para volverla a poner en su sitio cuando otro nombre, al final de la última página, atrae de nuevo mi atención. No, no puede ser. Lo miro fijamente, esperando a medias que desaparezca, pero no lo hace. Goundry. El nombre sigue ahí, pero el contexto carece de sentido. Noto un hormigueo en los brazos que asciende por la espalda hasta la nuca y luego baja

hasta las rodillas. Es como si me pincharan la piel con un montón de alfileres.

Releo el párrafo. Goundry no es un apellido demasiado común. Si hubiera sido Wilson o Smith, ni siquiera me habría fijado. Suelto la revista, abro el bolso y saco la lista de los cuadros vendidos que me ha dado Mary. Ahí está de nuevo el apellido: Señora C. A. Goundry. Y una dirección de Wiltshire. Mi corazón late a un ritmo más lento y desacompasado mientras algo más en la página atrae mi atención. Hasta ahora no había leído las direcciones; me había impresionado demasiado al ver los nueve nombres, todos tan inocentes y nada enigmáticos: la gente que había comprado los cuadros de la exposición que Aidan había hecho en el año 2000.

Las señas correspondientes a Ruth Margerison, que compró una obra titulada *¿Quién es la más bella?*, son Garstead Cottage, The Avenue, Wrecclesham. La casa de Mary. Miro fijamente la lista escrita a mano. Conozco esa caligrafía, la «M» ondulada de Margerison…

Desorientada y presa del pánico, me aclaro la garganta.

—Perdone…

El conductor apaga la radio.

—¿Sí, señorita?

—Hay un artículo sobre un concurso de jóvenes talentos. En la revista.

—Exacto. Se celebra todos los años, el primer sábado después de San Valentín. Hay muchas presiones para que Villiers se convierta en una escuela mixta, pero la directora y el consejo de administración no quieren saber nada del asunto. Todas las estadísticas dicen que es más fácil educar a las chicas cuando no están rodeadas de chicos, ¡pero intenta que ellas lo entiendan! Y algunos padres… Bueno, dicen que si sus hijas quieren chicos, esperan que la escuela se los consiga, como quien ofrece buena comida o habitaciones individuales. —Se echa a reír—. La verdad es que yo oigo más quejas que la directora. Pero no puedo hacer gran cosa; solo soy un taxista. La mayoría de esa gente cree que puede comprarlo todo, y

normalmente es así, pero el consejo de administración no cede ni un milímetro para que la escuela sea mixta. Saben que les echarían una bronca en cuanto empezara a bajar el rendimiento.

Tengo ganas de gritarle para que vaya al grano.

—El día de San Valentín tiende a agravar el descontento, como ya se puede imaginar —dice, rascándose la nuca—. El concurso se convoca como una diversión; está pensado para que las chicas se olviden de las tarjetas que nunca llegan porque los chicos ni siquiera saben que existen, aisladas como están en medio del campo. Realmente, es una lástima. Pero a ellas les gusta el concurso; es el único en que las diversas casas de las estudiantes compiten entre ellas, ¿sabe? Normalmente, en los concursos suelen competir con otras escuelas, y las alumnas tienen que hacer un frente común. Es algo que les inculcan desde el primer día: Villiers es una gran familia feliz, y exige una lealtad absoluta. Y, para ser justos, es un lugar feliz. No me habría importado que mis hijas hubiesen estudiado allí. Aunque no estaba a mi alcance…

Las casas de las estudiantes. Vuelvo a leer el párrafo: «Este año, por primera vez desde que en 2001 decidimos convocar el concurso de talentos de San Valentín, ha ganado la casa Goundry, con un total de 379 puntos. ¡Bien por Goundry! El tradicional desayuno tendrá lugar el 1 de marzo en el comedor de Goundry, y esta vez esperemos que no haya chicas —ni miembros del personal administrativo o docente— tratando de colarse, muchas gracias: ¡sabemos que ha ocurrido en años anteriores y esta vez tomaremos medidas muy serias!».

Es absurdo, pero voy a preguntárselo.

—Dígame, por casualidad no sabrá cuántas casas hay, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. No hay demasiadas cosas sobre Villiers que yo no sepa. Hace mucho que…

—¿Cuántas hay?

Me concentro en su cuello rosado, tratando de no pensar en nada más.

—Vamos a ver… —Empieza a golpear el volante con los dedos. Cuento los golpecitos. La incredulidad me paraliza cuando se detiene al llegar a nueve—. En total, nueve.

—¿Cómo se llaman?

Con paciencia, como si estuviera recitando el nombre de sus hijas —las que no había podido permitirse mandar a Villiers—, empieza a enumerarlas, ajeno al horror que cada uno de esos nombres provoca en mi mente.

—Abberton, Blandford, Darville, Elstow, Goundry: la última ha sido la ganadora del concurso de talentos de este año. No se imagina qué alboroto provocó el resultado. Goundry es una casa más abocada a lo deportivo; Darville y Margerison son más intelectuales, y Winduss está especializada en arte dramático y canto, por lo que es normal que esperen ganar todos los años.

Saber con antelación lo que iba a oír no ayudó a prepararme para ello. El sudor pega la camiseta a mi espalda. «No sé quiénes eran. Nunca nos lo dijeron. Qué curioso, ¿verdad?». Hasta ahora no había recordado las palabras de Mary. «Nos»: las alumnas. A las chicas no les habían dicho quiénes eran las personas cuyos nombres ostentaban sus casas. Gente real, seguramente.

—¿Dónde me he quedado? —dice el conductor—. Ah, sí, en Goundry. Luego están Heathcote; Margerison, que ya le he mencionado, y que es una de las que hace más hincapié en los estudios; Rodwell, y finalmente Winduss… o Luvvies, como la llamamos aquí…

Los coches vuelven a circular, primero despacio, pero al cabo de un momento a más velocidad. Los espacios entre los vehículos se van ensanchando.

—Parece que volvemos a movernos —dice el taxista.

—Pare, por favor —digo, con voz quebrada.

Todo ha cambiado en el tiempo que le ha llevado enumerar los nueve nombres.

—Estamos en una autopista, señorita. No puedo parar. ¿Se encuentra bien?

—¿Puede arrimarse al arcén?

—Si usted quiere, puedo hacerlo.

Por primera vez se apoya en el asiento y se vuelve para mirarme. La piel de su cara es tan rosada como la de su nuca y está hinchada en torno a unas mejillas llenas de venitas. Luce un bigote blanco que cubre enteramente el espacio comprendido entre la boca y la nariz, y una barba gris. Sería un buen rostro para pintar un cuadro; tiene más colores y texturas que la mayoría.

Me viene a la mente el retrato de Martha Wyers que pintó Mary, las diferentes texturas que la muerte confirió a su rostro: los labios con motas blancas, el mentón lleno de manchas…

Me echo hacia delante y me agarro al reposacabezas que tengo ante mí, respirando pesadamente mientras la certeza se abre camino en mi cabeza. El retrato de Martha… ¡Oh, Dios mío!

—¿Se encuentra bien, señorita?

—La verdad es que no. ¿Podría parar en el arcén?

—Es un poco peligroso… Un poco más adelante hay un área de servicio. Pararé allí.

Las manchas blancas en el mentón de Martha Wyers. En su momento pensé que eran magulladuras, o algún fluido que había salido de su boca…, vómito o sangre. Evité fijarme mucho en los detalles porque resultaban grotescos. Puede que hubiera sangre o magulladuras, pero también había algo más: una mancha de color marrón claro debajo del labio inferior de Martha, de forma similar a la que tendría un hueso de perro dibujado por un niño. Una marca de nacimiento.

Pienso en la pintura derramada sobre el montón de cuadros destrozados y en los mugidos de las vacas en los campos que se extienden ante Garstead Cottage. Y en Mary caminando en círculo, muy despacio, en torno a la pila de desechos de su comedor, lanzando un gemido sordo…

—¿Tiene un móvil? —le pregunto al conductor—. Necesito que me lo preste. Puedo pagarle.

—No diga tonterías —contesta él—. Puede usarlo todo lo que quiera. —Me lo tiende a través del espacio que hay entre el asiento del conductor y el del acompañante—. ¿No tiene móvil? Pensaba que hoy en día todo el mundo tenía uno.

—Yo no —digo.

Y Aidan tampoco. Era una de las muchas cosas que teníamos en común: ambos odiábamos la idea de que una llamada de teléfono pudiera invadir nuestra intimidad en cualquier sitio.

Marco el número de información y, bajando la voz, pido que me pongan con la comisaría de policía de Lincoln. Espero escuchar alguna grabación, pero me responde una mujer.

—Buenas noches, policía de Lincolnshire. ¿En qué puedo ayudarle?

Pregunto por el agente James Escritt, preparándome para recibir malas noticias: ha terminado su turno hace una hora, ya no trabaja aquí, no tienen ni idea de dónde localizarlo…

No puedo pedírselo a nadie más, solo a él.

—Aguarde un momento —dice la mujer. Unos segundos después, oigo una voz que no oía desde hace años. Suena igual que siempre.

—Soy Ruth Bussey —le digo.

Sé que no se ha olvidado de mí, de la misma forma que yo no me he olvidado de él. Espero a que me pregunte cómo estoy y que mantengamos una pequeña charla. Sin embargo, me dice:

—Me he enterado de la noticia.

—¿La noticia?

—Gemma Crowther ha muerto.

—Yo no la maté —le digo de inmediato.

El taxi vira bruscamente hacia la izquierda.

—Lo sé —responde Escritt.

—Necesito que me haga un favor —digo.

Y acto seguido, sin importarme lo extraño que pueda sonarle a él o al hombre cuyo teléfono estoy utilizando, le pido si puede echar un vistazo a mis jardines. No a todos…, son demasiados. Solo a los que

salieron en las revistas, los que recibieron un premio. Son tres. Le doy las señas. Tras dudar un instante, le digo:

—Y Cherub Cottage.

Escritt no me pregunta el motivo ni pone objeción alguna a mi extraña petición.

—¿Qué se supone que debo buscar? —me pregunta.

—Quiero saber si ha habido algún tipo de saqueo. O si los han destruido.

—¿Se refiere a los nuevos propietarios? —pregunta—. Ruth, no creerá que…

—No, no me refiero a eso. Estoy hablando de actos vandálicos en los jardines. Dígame, ¿ha habido alguna denuncia de daños por parte de los propietarios este año o el año pasado?

Se hace un silencio mientras Escritt se pregunta por qué creo que alguien puede haber cometido algún acto de vandalismo en unos jardines que diseñé hace años. Al ver que no digo nada, comprende que prefiero no explicárselo.

—A cualquier otra persona le diría que no —responde.

—Gracias.

—Me llevará un poco de tiempo. ¿Puedo localizarla en el número desde el que me está llamando?

—Durante un rato sí, aunque no sé decirle exactamente cuánto tiempo… Sé que es pedir demasiado, pero ¿podría darse prisa? Si ha habido alguna denuncia…

—La llamaré —dice, en tono cortante.

Aprieto el teléfono. El taxista no me pide que se lo devuelva. No dice nada. Saco la agenda del bolso y busco el número de Charlie Zailer. Después de la conversación con James Escritt, necesito hablar con alguien que me conozca, que me llame «Ruth» en vez de «señorita».

No hay tono de llamada, solo el mensaje del buzón de voz. Debe de estar hablando con alguien o tiene el móvil apagado.

—Soy Ruth Bussey —digo—. Llámeme en cuanto escuche este mensaje… El número es… —Me interrumpo a media frase.

—07968 442013 —dice el conductor.

Su voz no tiene la amabilidad de hace un rato. Tiene un tono aprensivo o de desaprobación; no sabría decirlo exactamente.

Repito el número y pulso la tecla de colgar. Luego me inclino hacia delante y dejo el móvil en el asiento del pasajero. Gracias.

—Estamos a punto de llegar al área de servicio. ¿Quiere que paremos?

«Dile que no. Vuelve a Spilling. Vuelve a casa. Deja que la policía se ocupe de todo».

—Volvamos atrás —le digo—. A Villiers. Aunque tenga que avanzar por el arcén, lléveme allí lo antes posible.

24

5/3/08

Charlie esperaba que las aguas se hubieran calmado cuando entró en la Galería Spilling, pero la fiesta aún estaba en pleno apogeo a pesar de que faltaba poco para que dieran las nueve. El interior, iluminado, era un hormiguero de cuerpos. Oyó el bullicio de risas y voces en cuanto se bajó del coche.

Había llamado al número particular de Saul Hansard tras haberlo localizado en la guía, donde figuraba junto al nombre de la casa: El Granero. Sí, era esa: recordaba haberle oído mencionar el destartalado edificio que él y su mujer habían comprado y restaurado para convertirlo en una vivienda. Charlie conocía a Saul gracias a una iniciativa para combatir la delincuencia en tiendas y negocios que había promovido hacía un año. Saul resultó ser uno de los comerciantes menos insoportables y exigentes.

Aquella noche se celebraba un *vernissage* en su galería. Eso le había dicho a Charlie la esposa de Saul, Breda Hansard. Los cristales del escaparate estaban tan empañados que apenas se veían los cuadros que se exhibían. Al entrar, Charlie notó un fuerte olor a vino y sudor. Entonces vio los cuadros: eran escenas locales, que parecían más agradables de lo que eran en realidad gracias a unos colores muy llamativos aunque poco realistas y a lo que parecían trocitos de papel de aluminio dorado, pegados a la tela para representar el sol o flores amarillas que crecían junto a un camino. Le parecieron muy cursis, la clase de cuadros que podría gustar a la gente de Spilling.

Cuando Saul vio a Charlie, se alejó del grupo de gente con la que estaba hablando.

—Me alegro de que la mandaran a usted —dijo—. Vayamos a la trastienda.

—¿Se alegra de que me hayan mandado? ¿Quién?

Charlie se quitó el abrigo y se lo colgó del brazo. En la galería hacía un calor insoportable, ese calor pesado y húmedo que provocaba demasiada gente encerrada en un sitio demasiado pequeño.

Saul no la había oído, y Charlie le repitió su pregunta. Parecía desconcertado.

—¿No ha venido porque he llamado?

—No. ¿A quién ha llamado?

La trastienda era una habitación muy grande que habría podido ser la de un chico con inclinaciones artísticas, inspirado aunque poco disciplinado. Había rotuladores por doquier, en todas las superficies y en el suelo; el pie de Charlie resbaló encima de uno mientras caminaba. Apoyadas contra la pared había enormes cartulinas blancas manchadas de pintura y cuadros enmarcados y sin enmarcar en pilas que se sostenían en un precario equilibrio. Sobre la mesa había esprays de pintura manchados junto a pañuelos de papel, la mayoría arrugados o hechos una bola, trozos de madera, cola…

—Quería hablar con alguien —dijo Saul, jugueteando con los tirantes rojos que siempre solía llevar—. Ayer y hoy ha habido un trasiego de policías entrando y saliendo de aquí; no han parado de hacerme preguntas, aunque ninguno quería responder a las mías. Estaba preocupado. Creo que hay gente que me importa y que podría estar en un apuro… o incluso puede que hayan desaparecido, y…

—¿Podría tratarse de Ruth Bussey, Aidan Seed y Mary Trelease?

Por un instante, Saul pareció satisfecho, aunque de inmediato su rostro adquirió una expresión ansiosa.

—¿También está aquí para preguntarme por ellos?

—Extraoficialmente.

—Mary Trelease no es alguien que me importe —dijo Saul, con aire pensativo, como si no quisiera admitir que no le importaba—. Aunque, evidentemente, no le deseo nada malo. Es una mujer muy extraña; conflictiva. Perdí a Ruth por su culpa. ¿Sabía que ella trabajaba conmigo?

—Ruth me contó la pelea que tuvo con Mary Ocurrió aquí, ¿verdad?

Saul asintió con la cabeza.

—¿La presenció?

—Solo el final. Fue algo muy desagradable.

—¿Qué fue lo que pasó exactamente?

—Espere un minuto. Lo siento. —Saul parecía agitado. Se apretaba la palma de la mano izquierda con el dedo pulgar de la derecha, como si tratara de hacer un agujero—. ¿Podría decirme al menos si Ruth y Aidan están bien? Ambos son… Bueno, me angustiaría mucho saber que están en apuros…

—No puedo decirle si están bien —contestó Charlie, sintiéndose mal al ver el efecto que su respuesta había provocado en él—. Será mejor que se lo pregunte a la gente de Londres con la que ha hablado…

—¿De Londres? No he hablado con nadie de Londres. —Saul se iba poniendo cada vez más nervioso—. Los agentes de policía que vinieron eran de aquí. Los he visto entrar en el Brown Cow. Y a veces también los he visto salir de allí borrachos como una cuba. La he visto a usted con ellos. No recuerdo sus nombres. Uno de ellos era alto y… corpulento; tenía acento del norte.

—¿Y el otro era bajito, con el pelo moreno y cara de canalla pendenciero? —preguntó Charlie. Sellers y Gibbs. Los ayudantes de Coral Milward. Debían de haber saltado de contento al descubrir las desgracias de su exjefa expuestas en la pared del dormitorio de Ruth Bussey. Charlie recordó la forma en que Milward se había burlado de ella a costa de dichas desgracias y sintió que la invadía una oleada de rabia—. Háblame de la pelea de Ruth y Mary —dijo.

Saul tenía la expresión de alguien a quien pillan desprevenido.

Creí entender que Ruth se lo había contado. Mary le trajo un cuadro suyo para que se lo enmarcara. ¿Ruth quiso comprarlo y Mary no quiso vendérselo?

—Básicamente fue eso, sí. Mary es la única artista que conozco que no quiere vender sus obras. Ni siquiera le gusta que la gente las vea. En una ocasión llegó a decirme que preferiría que no mirara sus cuadros mientras los enmarcaba. Le dije que eso era imposible. Sabiendo cómo era, nunca me habría atrevido a proponerle que me vendiera uno de sus cuadros, aunque tiene mucho talento. Debería habérselo advertido a Ruth. —Saul apretó con más fuerza el dedo pulgar contra la palma de la mano—. Dígame, ¿Mary ha vuelto de nuevo a atacar a Ruth? Nunca me lo perdonaría si ha sido así.

—¿«De nuevo»? —dijo Charlie—. ¿Qué ocurrió exactamente entre ellas? ¿Qué daños sufrió Ruth?

—No le rompió ningún hueso, si es eso a lo que se refiere. El daño fue sobre todo psicológico. Mary empujó a Ruth contra la pared, cogió un bote de pintura roja y se lo lanzó a la cara. Después de eso, Ruth se encerró en sí misma; no quiso volver al trabajo ni hablar con nadie.

—¿Qué es lo que me está ocultando? —Charlie ladeó la cabeza, obligándolo a mirarla a los ojos—. Escuche, la semana pasada Ruth vino a verme para pedirme ayuda. Creo que puede estar en peligro. Todo lo que me diga, cualquier cosa, puede marcar la diferencia entre que la encuentre o no.

—Cualquier cosa que le diga daría igual, se lo aseguro.

Charlie había pensado que Saul sería un pelele, pero al parecer había decidido mantenerse en sus trece. Y eso no hacía sino reforzar la decisión de Charlie de obligarlo a ceder.

—Eso no lo sabe —le dijo—. Por favor, no se lo pediría si no fuera estrictamente necesario.

Saul se quedó mirando fijamente el suelo.

—Ruth se orinó encima, ¿comprende? Fue horrible. Para ella debió de ser algo espantoso. Ocurrió delante de Mary, de mí y de una pareja que acababa de entrar en la galería: esperaban ver algún

cuadro que les gustara mientras daban una vuelta y no una mujer sollozando, con la cara manchada de pintura roja, de pie sobre un charco de orina… —Saul lanzó un suspiro—. No debería habérselo contado. ¿Cómo se sentiría si alguien repitiera una historia así sobre usted?

—La gente sabe cosas mucho peores sobre mí —le dijo Charlie bruscamente—. ¿Ha oído alguna vez el nombre de Martha Wyers?

Saul arrugó la frente.

—Martha… Sí. Es escritora, ¿verdad? Aidan la conocía. Hace años los entrevistaron a los dos; creo que sus fotos aparecieron en los periódicos. Artistas jóvenes, atractivos, con mucho *glamour*… Ya sabe.

—¿Llegó a conocerla?

—Sí, creo que sí. Aidan hizo una exposición en una galería de Londres.

—TiqTaq.

—Exacto. —Saul se sorprendió de que Charlie lo supiera—. Creo que Martha Wyers asistió al *vernissage*. No recuerdo su cara, pero el nombre sí me suena. Puede que Aidan nos presentara. En cualquier caso, creo recordar que ella estuvo allí. —Cogió un rotulador que había encima de la mesa y empezó a girarlo con los dedos, mientras se remontaba mentalmente a muchos años atrás—. Puede que viniera con su madre. Sí, eso es: la madre me habló del libro de Martha.

—*Hielo en el sol*.

—Me temo que no recuerdo el título. La madre no hacía más que hablar del éxito de su hija, y Martha parecía muy avergonzada.

—¿Recuerda si Mary Trelease asistió al *vernissage* de Aidan?

Una expresión de estremecimiento cruzó el rostro de Saul.

—¿Por qué iba a estar Mary allí? —dijo—. Mary no conoce a Aidan. —Al ver que Charlie no lo contradecía, Saul añadió—: Por favor, no me diga que se conocen. Nunca habría mandado a Ruth al taller de Aidan de haber sabido que existía alguna clase de relación entre él y Mary.

—¿Cuándo empezó a enmarcar los cuadros de Mary? —le preguntó Charlie vehementemente.

La gente que había decidido culparse de algo lo hacía aun cuando los demás le aconsejaran que no lo hiciera… Esa era la conclusión a la que había llegado Charlie, basándose en su propia experiencia. Pensó que sería mejor cambiar de tema para distraer a Saul de las preocupaciones que lo asaltaban en vez de sumirlo en ellas. Tenía que encontrarse con Kerry Gatti a las nueve y media en un *pub* de Rawndesley; no podía entretenerse.

—Hace bastante tiempo —respondió Saul—. Diría que unos tres o cuatro años. Podría comprobarlo, pero dudo que guarde facturas que se remonten a más tiempo.

Como si quisiera demostrármelo, cogió una hoja de papel de la mesa, se quedó mirando fijamente un instante los trocitos de madera que había debajo y volvió a colocarla exactamente donde estaba.

—Cuando Mary le dijo su nombre, la primera vez que vino a verlo…, ¿pensó que ya lo había oído antes?

—No. ¿Por qué? ¿Debería haberme sonado familiar?

Charlie no tenía ningún motivo para no contárselo, teniendo en cuenta que Saul había asistido al *vernissage* de Aidan y era posible que lo hubiera visto.

—En la exposición que Aidan hizo en la Galería TiqTaq había un cuadro titulado *El asesinato de Mary Trelease*.

Saul estaba estupefacto.

—¿Qué? Pero…

—¿No vio ese título?

—Aquella noche la galería estaba a rebosar. No creo que me fijara en todos los títulos, pero seguro que habría reparado en un cuadro que representara un asesinato, y no lo había. —Saul palideció—. ¿Han asesinado a… Mary? —Esta vez Saul no esperó ninguna respuesta—. La vi el año pasado por última vez —dijo, sacudiendo la cabeza—. Y la exposición de Aidan fue en 1999 o 2000, no lo recuerdo bien… Las fechas no…

Charlie se resistió a la tentación de decirle que estaba tan desconcertada como él, que lo estaba desde el pasado viernes, cuando Ruth Bussey la había metido en un asunto que no tenía ningún sentido, ni cronológicamente ni bajo ningún otro aspecto.

—Usted compró un cuadro en el *vernissage* de Aidan —dijo.

—Así es. Y si va a pedirme que se lo deje ver, le digo de entrada que no es posible. Lo tuve en mi poder menos de una semana.

—¿Y eso?

Saul se sonrojó.

—Supongo que será otra de esas cosas que debería contarle para ayudarla a encontrar a Ruth.

—Cuente con mi discreción —le prometió Charlie.

—Lo vendí. Pocos días después de llevármelo de la Galería TiqTaq recibí una llamada telefónica de un coleccionista de arte. Yo también me considero un coleccionista, aunque no al mismo nivel que aquel tipo. Para mí se trata de un simple placer. Es evidente que debía tratarse de un pez gordo del mundo del arte; quería saber si estaba interesado en venderle el cuadro de Aidan, el que yo había comprado. Sabía lo que yo había pagado por él, y me ofreció cuatro veces más.

Una expresión afligida asomó al rostro de Saul.

—Me sentí muy mal por ello, pero acepté el dinero. Por entonces, esta galería no marchaba tan bien como ahora. Y, aun así, a menudo tengo problemas de liquidez. Fue algo muy extraño; en realidad, el cuadro no me gustaba. Nunca se lo dije a Jan… Jan Garner, la dueña de TiqTaq; es una vieja amiga.

Charlie asintió con la cabeza.

—Ella creía que Aidan era la segunda maravilla del universo, después del pan de molde, pero a mí su obra no me entusiasmaba. Me caía muy bien como persona, hasta el punto de que le ofrecí un trabajo, pero sus cuadros tenían algo que me dejaba frío. En cierto sentido, eran demasiado… crudos. Cuando los mirabas de cerca era como recibir un puñetazo en el estómago. —Saul se encogió de hombros—. Sin duda alguna, eso contribuyó a mi decisión, aunque

no me ayudó a sentirme mejor por haberme desprendido del cuadro; de hecho, me hizo sentir peor. Al día siguiente vino un mensajero y se lo llevó.

—¿Y el dinero? —preguntó Charlie.

—Ah, lo recibí casi de inmediato. Un par de horas después de nuestra primera conversación telefónica estaba ingresado en mi cuenta. Ocho mil libras.

—Una cantidad difícil de rechazar —tuvo que admitir Charlie.

No había ningún cuadro que ella no estaría dispuesta a vender por ese dinero, salvo los que sabía que valían mucho más, por supuesto. La *Mona Lisa*, o *Los girasoles*, de Van Gogh. En aquel momento, eran los dos únicos que le venían a la mente.

—Sinceramente, pensé que a Aidan le convenía más que uno de sus cuadros formara parte del fondo de un auténtico coleccionista que colgar de una de las paredes de mi casa —dijo Saul—. Sin embargo, nunca se lo conté… Quería hacerlo, pero nunca me atreví. Lo cual significaba que nunca podría volver invitarlo a cenar a mi casa mientras trabajara para mí.

—Supongo que no recordará el nombre de ese coleccionista, ¿verdad? —le preguntó Charlie, sin demasiadas esperanzas.

—De hecho, sí lo recuerdo. Yo nací en Dorset, y su apellido era el nombre del pueblo donde me crie, un lugar del que nadie ha oído hablar salvo que sea de allí. O, mejor dicho, su apellido era la mitad del nombre. Supongo que no le suena Blandford Forum, ¿verdad?

Charlie nunca había oído mencionar ese pueblo. Aun así, sabía qué mitad era el apellido del coleccionista cuya oferta Saul no pudo rechazar. Un hombre cuya esposa se llamaba Sylvia y que tenía una casa en una calle que no existía.

—Se llamaba Blandford —dijo Saul—. Sin embargo, no pondría la mano en el fuego con respecto al nombre, aunque creo recordar que era Maurice. Maurice Blandford.

En el Swan, en Rawndesley, hacía tanto calor y había tanta gente como en la galería. Charlie se dirigió a la barra y pidió una pinta de lima con soda: necesitaba rehidratarse. Descubrió a Kerry Gatti sentado a una mesa, con dos mujeres. Estaba enfrascado en la lectura de un libro, y no la vio. Aunque llegaba con retraso, él no la estaba buscando. Le daba igual que se presentara o no. Cogió su bebida y se abrió paso hasta la mesa, derramando un poco de líquido por el camino.

—Kerry.

—¡Jesús! —exclamó él, levantando los ojos—. ¿Le has pedido una muestra de orina a la camarera?

Una de las mujeres que estaban sentadas a la mesa alejó su silla de él y la otra le dedicó a Charlie una mirada para dejar claro que aquel tipo no tenía nada que ver con ella.

Kerry estaba leyendo un libro de Stephen Hawking: *Breve historia del tiempo*. El marcador estaba sospechosamente cerca de la portada. Seguramente no había pasado de las cinco primeras páginas.

—¿Eres así de borde porque tienes un nombre de mujer o porque fracasaste como cómico?

Él se echó a reír. Una de las cosas más irritantes de Kerry es que parecía disfrutar cuando lo insultaban.

—No soy el único que ha fracasado en su carrera. Por lo que he oído, la tuya está a punto de irse al traste. Y la de tu prometido también.

—¿Cómo sabes que estoy prometida? —preguntó Charlie en un tono despreocupado.

Con Kerry había que fingir que nada importaba. Ese era el truco. Si él se daba cuenta de que había dado en el clavo, hundía más el cuchillo. La parte positiva era que se le podían clavar tantos cuchillos como se quisiera. De toda la gente que conocía Charlie, Kerry era el único que no tenía ni merecía ni una pizca de consideración.

—Me honro en seguir tu evolución —repuso Kerry—. O mejor dicho: tu involución. ¿No me digas que estás pensando de verdad en casarte con ese cretino de Waterhouse, un tipo con nulo sentido del humor?

—Ese es el plan —contestó Charlie.

—Pues vaya plan, si es que hablas en serio. Personalmente, no creo que lo hagas. Lo que tú quieres es todo el bombo del compromiso, pero a última hora decidirás escapar. Seguro que aún no habéis fijado una fecha.

Charlie respiró profundamente.

—La hayamos fijado o no, no es asunto tuyo. Además, no estás invitado. Lo siento —dijo, dedicándole una falsa sonrisa.

—No lo sientas —repuso Kerry—. Tampoco podría ir… Sería demasiado embarazoso para ti.

—Nunca has hablado con Simon, ¿verdad? Él no sabía exactamente quién eras.

—Sí, vale, pero yo sí sé quién es él. Un cerebro en una cubeta. Una leyenda viviente como detective, pero un fracaso como futuro marido. ¿Sabe lo nuestro?

Charlie se echó a reír.

—Sí. Sabe lo nuestro y sabe que he follado con cientos de hombres antes de prometerme con él. Y, casualmente, entre esos hombres estás tú.

—¡Ay! —exclamó Kerry—. Dios, qué guarra…

—Si lo que me preguntas es si sabe concretamente que tú y yo… Como te he dicho, ni siquiera sabe muy bien quién eres.

—Pero lo sabrá. Os he hecho un favor; soy así de enrollado. Cuando os hayan despedido y estéis sin blanca, llamad a First Call y preguntad por Seb. Le he dicho que Waterhouse es bueno. Le mentí y le dije que tú también eras buena, por los viejos tiempos. Si sois amables con él, os dará trabajo. No me gustaría desanimaros, pero es probable que no tengáis el placer de trabajar con *moi*. Dentro de unos días voy a presentar mi dimisión; quiero volver a probar suerte en el teatro. —Kerry se encogió de hombros—. Soy un tipo gracioso,

y en este mundo hay que potenciar el talento que tienes. Lamento oír que tú no lo has hecho con el tuyo desde que te has prometido. Me han dicho que últimamente ha aumentado el número de llamadas a los samaritanos, y ahora entiendo por qué. En otros tiempos llevaste a cabo un buen servicio a la comunidad.

—Tú conoces a Aidan Seed —dijo Charlie—. Asististe a su *vernissage* en el año 2000.

—¿Ah, sí?

—Compraste un cuadro. Unos días después de haberlo retirado, recibiste una llamada de alguien tan interesado en él que te ofreció bastante más de lo que tú habías pagado. Mucho más.

—Nunca me gustó Seed, y menos aún sus repulsivos cuadros —repuso Kerry—. Nunca le hubiera comprado uno si no fuera porque había bebido más de la cuenta. Parecía que iba a convertirse en quién sabe qué, y pensé que sería una buena inversión. Y resultó que obtuve beneficios mucho antes de lo esperado.

—Vendiste el cuadro que compraste a un tal Maurice Blandford. O puede que ese no fuera su nombre. Tal vez fuera Abberton, o…

—El primer nombre era correcto: Maurice Blandford. Le chupaste la polla, ¿verdad?

—No. En el caso de que exista y que tenga una polla digna de ser chupada…, no.

—Todas las pollas son dignas de ser chupadas —contestó Kerry —. Te lo digo yo, que soy el afortunado dueño de un precioso ejemplar.

—Supongo que te refieres a ese de reserva que guardas en un bote con formol para las grandes ocasiones…

—Tú lo has dicho.

¡Maldita sea! Charlie se dijo que debería haberlo pensado antes. Se lo había buscado.

—Dime, ¿te contrató Aidan Seed para que siguieras a Ruth Bussey? ¿Para que investigaras sobre su pasado?

—La regla vale tanto para ti como para el señor Neil Dunning. — Antes de sonreír compasivamente a Charlie, Kerry tomó un sorbo de

su bebida, que parecía oporto—. Lo siento por ti, ya que no estás en condiciones de volver mañana por la mañana con una orden judicial. Admítelo: no estás en el caso. Esto te va a encantar: Dunning me ha preguntado si se puede confiar en ti y en Waterhouse. —Kerry sonrió, profundamente satisfecho de ser el encargado de informarla de la noticia—. No te preocupes, he hablado bien de ti. Si te sirve de algo, ten por seguro que Dunning no me sacará nada, con o sin orden judicial, por lo que no puedes acusarme de jugar sucio.

Por primera vez, Kerry parecía hablar en serio desde que Charlie había llegado.

—No soy el Ejército de Salvación, cariño. Yo solo ayudo a la gente después de que el dinero haya pasado de una mano a otra. Sin eso, no hago preguntas ni ofrezco respuestas. Esa es la cualidad más importante para alguien que se encuentra en una posición tan delicada como la mía. ¿Acaso te he preguntado quién es ese tal Maurice Blandford?

Kerry se lamió un dedo y lo movió en el aire, anotándose un imaginario punto a su favor.

—¿Conociste personalmente a Blandford? —le preguntó Charlie —. ¿O solo te mandó un mensajero y te hizo una transferencia a tu cuenta bancaria? Eso fue lo que hizo, ¿verdad? ¿No te pareció un poco extraño?

—Lo único que me parece extraño son tus preguntas. Y las de Dunning. Considerándolas en conjunto, yo diría que Aidan Seed es sospechoso de un asesinato que le quita el sueño a Dunning. Y puede que Maurice Blandford también lo sea, aunque no sé cómo ni me interesa. Como te decía, o el dinero pasa de una mano a otra o…

—Supongo que no conservarás el extracto del banco con el nombre y el número de cuenta de quien hizo la transferencia, ¿verdad?

Kerry se rio entre dientes.

—Es lo que me gusta de ti: ese vago aroma de desesperación…, un perfume que es como tu sello personal.

Charlie insistió.

—¿Cuánto te pagó Blandford por el cuadro? ¿Una cantidad que rondaba las ocho mil libras?

—Si lo que quieres es que te pregunte cómo sabes todas estas cosas, tendrás que esperar sentada —dijo Kerry—. No pienso husmear, por si surge un conflicto de intereses. —Levantó la copa y la hizo chocar con la de Charlie—. Tengo que pensar en mi patrocinador, en mi jubilación anticipada. En mi nombre en los carteles luminosos de los clubes…

—¿Patrocinador?

Kerry le dio una palmadita en la mano.

—En la vida todo se reduce a saber de parte de quién estás. Tú estás de parte de Simon Waterhouse…, y esa es la razón de que tu carrera y tu vida privada se estén yendo a pique. ¿Yo? Yo estoy de parte de mis clientes, porque al acabar el día son los que pagan mis facturas.

—Has dicho «patrocinador», en singular. —Kerry parecía contrariado. Charlie se lamió un dedo y se anotó otro punto imaginario—. Se diría que el dinero te persigue, Kerry. Primero compras un cuadro de un tipo al que no soportas por… ¿Cuánto te costó? ¿Mil libras? Y luego un desconocido te ofrece ocho mil por él cuando no hace ni un mes que lo tienes en tu casa.

—En realidad le convencí de que subiera hasta diez mil —la corrigió Kerry—. Y no había pasado ni una semana.

Charlie le creía con respecto a su falta de curiosidad. También sabía que, como la mayoría de los hombres, tenía que demostrar que sabía más y que era quien marcaba las reglas del juego.

—Y luego consigues una clienta que te paga más de la cuenta —prosiguió Charlie, deseando no equivocarse en su suposición—. Te paga tan bien que puedes plantearte dejar tu trabajo y dedicar el resto de tu vida a fastidiar al escaso público que frecuenta *pubs* y clubes de tercera de todo el país. Tu patrocinador, que no es Aidan Seed. Has dicho que no te caía bien, de modo que no puede ser él quien ha comprado tu lealtad. Es Mary Trelease, ¿verdad? Ella es quien te ha pagado para que siguieras a Ruth Bussey.

Mary, con su distinguido acento y su educación de Villiers, tan fuera de lugar en el barrio de Winstanley. ¿Quién más podía ser?

—O Gemma Crowther —añadió Charlie, por si acaso—. ¿Cuál de las dos patrocina tu regreso a los escenarios? ¿Mary o Gemma?

—Ninguna de las dos. —Kerry mostraba una expresión satisfecha —. A menos que alguna de las dos haya hecho un testamento del que aún no sé nada.

—¿Qué has dicho?

—Estás llamando a la puerta equivocada.

Kerry pronunció cada palabra muy despacio, como si estuviera hablando con un imbécil.

«Finge que ya lo sabes. Finge que ya sabes lo que él sabe o cree saber».

—Dime, ¿Aidan Seed ha matado a Gemma Crowther? ¿Ha matado a Mary Trelease?

Kerry entornó los ojos. Parecía un gato relamiéndose los bigotes.

—Más que esto no puedo decirte: estás un paso por delante de tu colega cockney.

—Dunning no sabía que Mary Trelease estuviera muerta —dijo Charlie, consciente de la aceleración de su pulso.

—Parecía estar un tanto confuso —convino Kerry.

—Hablaba de ella como si aún estuviera viva. Y te preguntó si la conocías. —Charlie no sabía adónde la llevaría todo aquello, pero tenía la sensación de que iba por buen camino. Deseó que Simon estuviera con ella—. ¿Le dijiste que estaba muerta?

Kerry levantó las manos.

—No es cosa mía ponerlo sobre aviso. Si mañana vuelve con una orden judicial, tal y como ha prometido, no conseguirá nada de mí ni de mi inmaculada agencia. Yo no le cuento nada a nadie.

—A menos que el dinero cambie de manos, ya lo sé —dijo Charlie, impaciente—. Muy bien… Entonces, ¿de cuánto estamos hablando? Dime lo que quieres por contarme todo lo relacionado con Aidan Seed, Mary Trelease…

—Charlie, cariño, no te rebajes hasta ese punto. Sabes perfectamente que no podrías incluirlo en tu cuenta de gastos.

—… y Martha Wyers.

Aquel nombre borró la sonrisa del rostro de Kerry.

—Dunning no te preguntó por ella, ¿verdad? Vamos, fija tu precio.

—Estoy fuera de tu alcance —repuso Kerry—. Económicamente hablando. A menos que quieras pagarme en especies. —Se quedó mirando fijamente los pechos de Charlie y se pasó la lengua por el labio inferior—. Es posible que me convencieras.

—Sí, claro. ¿Aún sigues teniendo esa piel de leopardo en tu habitación?

—La piel de leopardo es *sexy*, señorita.

—No cuando está cubierta de migas de bizcocho.

Al decir eso, Charlie recordó con quién estaba hablando. «No conseguirá nada de mí ni de mi inmaculada agencia». Nada relacionado con Kerry Gatti era inmaculado. Seguía siendo el cerdo arrogante de siempre. Junto a sus pies había un maletín abierto. Se lo había colocado entre las piernas.

Charlie empujó hacia él su lima con soda.

—Voy a pedir una copa de verdad —dijo.

Mientras se levantaba, Kerry abrió su libro. Puede que realmente quisiera leer algo sobre los agujeros negros. Ojalá se cayera en uno…

En la barra, Charlie mostró su placa a dos jóvenes que estaban a su lado, de pie.

—Os doy veinte libras a cada uno por meteros conmigo —les dijo —. Lo bastante fuerte como para que se entere todo el *pub*. Podéis acusarme de haberos dado un empujón.

—¿Cómo? —dijo uno de ellos, lento de reflejos.

—Enséñanos la pasta —dijo su amigo.

Tras comprobar que Kerry estaba ocupado con Stephen Hawking, Charlie les dio a cada uno un billete de veinte libras. Ambos se echaron a reír.

—¿Eso es todo lo que sabéis hacer? —les preguntó Charlie.

No esperaba de ellos una interpretación de Óscar, sino tan solo un ataque verbal a gritos, algo que parecían capaces de hacer. Al final, Charlie tuvo que amenazarlos con llevárselos a comisaría por robo, por haberla estafado con su dinero. Finalmente, uno de ellos, el que parecía un poco más espabilado, empezó a gritarle. Demasiado fuerte, sobreactuando, aunque daba igual. Charlie dejó que la insultara y la amenazara durante medio minuto; luego, al alejarse de la barra, dijo:

—Mira, olvídalo. No quiero líos.

Mientras se dirigía de nuevo hacia la mesa, él se puso a gritarle obscenidades. «Ese cabrón se está ganando hasta el último penique». Charlie oyó que el barman amenazaba con echarlo si no paraba.

—¿Qué ha sido eso? —Kerry parecía divertido—. ¿Dónde está tu copa?

—No vale la pena —respondió ella, lacónicamente.

—He oído decir que… Venga, dame la pasta; yo te pido la copa.

—No voy a darte una mierda. —Charlie se abstuvo de preguntarle qué había oído decir. ¿Se estaría refiriendo al hecho de que había pedido el traslado del departamento de investigación criminal? ¿Acaso la gente pensaba que había sido porque tenía miedo?—. Si queréis, tú y tu patrocinador podéis invitarme a un vodka con naranja.

En cuanto Kerry estuvo ante la barra, Charlie agarró con los pies el maletín abierto y lo atrajo hacia ella. En su interior había un libro titulado *La voz y el actor*, la cuarta temporada de la serie *The Wire* en DVD, varios CD —Rush, Pink Floyd y Genesis— y dos carpetas azules poco voluminosas. Abrió una de ellas y vio escrito el nombre de Aidan Seed. Por un instante se quedó como paralizada: estaba poco acostumbrada a que las cosas salieran como deseaba.

Tras esconder las dos carpetas debajo de la camiseta y cruzar los brazos sobre el pecho, Charlie se dirigió hacia las escaleras que conducían al servicio de señoras. Sin embargo, en vez de seguir

hasta el piso de arriba a una chica borracha de gruesas pantorrillas que llevaba unos zapatos de tacón manchados de barro, continuó hasta el fondo del pasillo. Junto a la puerta del servicio de caballeros había otra con un cartel que anunciaba «Salida de emergencia». Charlie empujó la barra plateada y la puerta se abrió a un callejón lleno de cajas vacías y contenedores de reciclaje.

Dobló la esquina del *pub*, cruzó el aparcamiento que había enfrente y salió a la calle. Su audi estaba estacionado bajo una farola, con dos ruedas en la calle y las otras dos sobre la acera. Mientras se sacaba las carpetas de debajo de la camiseta, apuntó al coche con el control remoto y pulsó el botón de apertura. Nada. «¡Vamos!», masculló, pulsando de nuevo el botón. Nada. Volvió a pulsarlo otra vez, y otra. ¡Mierda! Miró por encima del hombro: ni rastro de Kerry. De momento…

Charlie trató de abrir el coche manualmente y desconectar la alarma. El ruido, un *ii-o-ii* agudo, parecía, amplificado, el de una sierra cortando metal. La gente que pasaba por la calle le dedicó miradas de odio mientras murmuraba palabras que no pudo oír, aunque prefirió no ser capaz de hacerlo.

Sudando, a pesar del calor, pulsó el botón de cierre de la llave varias veces, aunque sin resultados. Era inútil. Luego volvió a pulsar el botón de apertura, pero con el mismo resultado. La batería estaba muerta; sin una nueva, era imposible desconectar la alarma.

Se volvió de nuevo y esta vez vio a Kerry. Estaba en el aparcamiento, mirando a derecha e izquierda. Se agachó junto a la pared que separaba el *pub* de la calle; luego, levantó la cabeza a tiempo para verlo correr hacia la parte de atrás del Swan. Sabía que, al no encontrarla allí, volvería de un momento a otro.

Sin darse tiempo para pensar, Charlie se alejó el coche, cuya alarma seguía sonando, cruzó corriendo el aparcamiento, subió las escaleras de la puerta del *pub* y entró, apretando con fuerza las carpetas para que no se cayera nada. Kerry no miraría dentro; no pensaría que, después de lo que había hecho, ella sería tan estúpida como para volver.

Charlie subió las escaleras que conducían hasta los servicios de señoras, empujó a un par de adolescentes borrachas que se cruzaron en su camino y se encerró en un cubículo.

No abrió las carpetas de inmediato, porque estaba demasiado ocupada respirando: le pareció que era algo que llevaba un rato sin hacer. Aún podía oír el maldito coche. Solo después de que cesaron las pulsaciones en su cabeza y fue capaz de ver delante de ella un cubículo inmóvil y lleno de pintadas en vez del que le bailaba ante los ojos, estuvo lista para leer lo que había sacado del maletín de Kerry.

Había una carpeta sobre Aidan Seed y otra sobre Ruth Bussey. En la de Ruth no descubrió nada que no supiera ya: padres cristianos evangélicos, una empresa de diseño de jardines, tres premios BALI… La mayor parte de la información reunida por Kerry tenía que ver con Gemma Crowther y Stephen Elton. Había mucho material sobre el juicio. Charlie pensó en lo mucho que se habría jactado de haber metido la nariz en algo tan goloso.

Charlie abrió la otra carpeta. Contenía información sobre Aidan Seed que desconocía: detalles sobre su educación, la muerte de su padre a causa de un cáncer de pulmón… Leyó las páginas por encima, buscando algo importante. La madre de Aidan también había padecido un cáncer de pulmón. Y su padrastro…

Charlie lanzó un grito por el *shock*. «El padrastro de Aidan Seed». Eso era. Sacó el móvil del bolso y llamó a Simon. Buzón de voz. ¡Mierda! ¿Dónde estaría? Él siempre contestaba al teléfono; era muy neurótico. Para él, cada llamada perdida era una ocasión perdida para siempre. Charlie solía burlarse de él por eso, y por recibir más llamadas de su madre que de cualquier otra persona.

En el cubículo de al lado, alguien tiró de la cadena. Charlie esperó hasta que cesó el ruido de la cisterna y llamó de nuevo a Simon. Esta vez le dejó un mensaje. «El padrastro de Seed se llama… Len Smith. Está en la prisión de Long Leighton, en Wiltshire, cumpliendo una condena a cadena perpetua por un asesinato que cometió en 1982. Estranguló a una mujer». Kerry no había anotado

en su informe si la mujer estaba desnuda o en la cama cuando murió, pero Charlie lo sabía. Hizo un rápido cálculo mental: Aidan Seed tenía treinta y dos años cuando el *Times* publicó en 1999 el suplemento en el que aparecía, lo cual significaba que en 1982 tenía… quince.

«Smith mató a su pareja en su casa —informó a Simon—. Creo que no es necesario que te dé la dirección: el 15 de Megson Crescent. Vivían allí con los tres hijastros de Smith, Aidan y el hermano y la hermana de este». En el caso de que Simon tuviera la misma reacción de incredulidad que había tenido ella, añadió: «No me lo estoy inventando. Aidan vivió en esa casa hasta que decidió independizarse. La mujer por cuyo asesinato fue condenado Len Smith se llamaba… Mary Trelease».

La carpeta contenía fotocopias de fotografías sacadas de los periódicos: aunque tenían mucho grano, eran lo bastante claras como para que Charlie pudiera distinguir que la Mary Trelease a la que había asesinado Len Smith no se parecía en nada a la Mary Trelease que ella había conocido. Conocido en la misma casa en la que había vivido y fallecido la primera Mary Trelease. Charlie ya había visto a aquella mujer, pero ¿dónde? La primera Mary Trelease había muerto hacía veintiséis años. Ahora, Smith tenía setenta y ocho, según había anotado Kerry. Le habían denegado la libertad condicional en varias ocasiones.

Charlie estaba a punto de guardar el móvil en el bolso cuando vio el icono de un sobrecito en la pantalla. Un mensaje. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había comprobado los mensajes por última vez? Pulsó la tecla 1 para escucharlo, esperando oír la voz de Simon, pero, dando un brinco de sorpresa, la que escuchó fue la de Ruth Bussey.

25

Miércoles, 5 de marzo de 2008

—Espere aquí —le digo al taxista, con la puerta ya abierta, mientras reduce la marcha antes de detenerse delante de Garstead Cottage—. Mantenga el motor en marcha.

Dejo atrás el cartel de la vaca con el pendiente amarillo y me dirijo hacia la puerta trasera de la casa. Suena «Survivor», la canción de Mary. Abre la puerta y me mira con los ojos entornados, como si yo fuera una luz que la deslumbra y ella llevara mucho rato a oscuras. No esperaba que volviera.

—Tienes que salir de aquí —le digo—. No tengo tiempo para explicártelo. Vete a otro sitio, a donde sea. A la casa de la madre de Martha.

—¿Cecily? —Baja la cabeza y se queda mirando sus pies descalzos, sin moverse. Lleva unos vaqueros rotos y una camiseta negra manchada de pintura. Quiero agarrarla y sacarla afuera—. ¿Qué pasa? —me pregunta.

Tengo que contestarle algo.

—He llamado a la policía de Lincoln. Han destrozado dos de los jardines que diseñé… Los han dejado patas arriba, han arrancado las plantas… Uno el verano pasado y el otro el martes, de madrugada.

Menos de seis horas después de que Gemma Crowther fuera asesinada.

Mary abre unos ojos como platos.

—¿Cherub Cottage?

—No. Eran dos de los tres jardines que fueron premiados.

Realmente no lo entiendo, y no quiero entenderlo. El hecho de que alguien destruya algo tan hermoso y natural como un jardín, algo tan irreemplazable…, está más allá de mi comprensión. Los dueños podrán volver a sembrar y a plantar, pero no será lo mismo. No hay dos jardines iguales.

No puedo dejar que me invada por la tristeza, no cuando necesito la máxima concentración. Mary se agarra con fuerza a la puerta.

—También ha querido hacerte daño a ti.

—Escucha, no hay tiempo. Está a punto de llegar. Vete.

—No pienso dejarte aquí con…

—¡Tienes que hacerlo! Ahora no puedo explicártelo. Debes confiar en mí, como yo confié en ti. Dame el número de tu móvil… Te llamaré en cuanto pueda.

—Dame unos minutos —dice Mary, desapareciendo en el interior de la casa.

Los segundos transcurren lentamente. El taxista apaga el motor y yo le hago un gesto para que vuelva a ponerlo en marcha. Cuando Mary vuelve a salir, lleva zapatos y una chaqueta y sostiene una bolsa de viaje de color caqui.

—El número de mi móvil está en la mesa de la cocina, junto al teléfono. Aquí tienes las llaves —dice, poniéndomelas en la mano—. Llámame. —Está hurgando en la bolsa, buscando algo; se mueve muy despacio—. ¿Por qué no vienes conmigo? Podríamos…

—No puedo. Ve a casa de tus padres y…

—¿Mis padres? —dice, parpadeando en la oscuridad.

—Ve a mi casa. —Saco las llaves del bolso y se las tiendo—. Llama a la policía; diles que esperen contigo.

Finalmente, Mary sube al taxi.

—Llámame —dice, antes de cerrar la puerta—. Cuídate.

Me quedo mirando mientras el taxi da la vuelta y se aleja por el largo camino, avanzando a trompicones entre las piedras, que parecen pequeños montículos, hasta que cruza las puertas de la escuela. Una vez ha desaparecido, vuelvo corriendo a la casa. Mary

ha dejado la puerta abierta. La música sigue sonando. Me dirijo al comedor; giro el pomo para abrir la puerta, pero no pasa nada. Trato de hacerlo girar en sentido contrario. Nada. Cerrada. Extiendo el brazo, para ver si la llave está en el dintel, pero no hay nada. Frenética, recorro toda la superficie con los dedos. La llave ha desaparecido.

Vuelvo corriendo a la cocina, donde he visto más llaves colgadas en unos ganchos que hay debajo de un armario de madera. Sí: hay cinco ganchos de metal atornillados a la madera, con más de cinco llaves. Las pruebo una por una, yendo de una habitación a otra, pero ninguna de ellas abre la puerta. Tendré que romper el cristal de la ventana.

Paso junto a la mesa de la cocina, donde Mary ha apuntado su número de móvil en azul sobre la madera; junto al teléfono inalámbrico hay un pincel de cerdas muy finas. Fuera no hay nadie. A lo lejos veo algunas luces encendidas en el edificio principal de la escuela, el que tiene la torre cuadrada, aunque parecen estar a millones de kilómetros de distancia.

La parte de atrás de Garstead Cottage, sin las luces a ambos lados del camino, está más oscura que la entrada principal. Hay una ventana que debe ser la del comedor: es la única lo bastante grande. Me agacho para coger una piedra grande, pero de pronto me bloqueo. No puedo coger una piedra y lanzarla. No puedo. ¿Qué más podría emplear? Mis zapatos no son lo bastante pesados, y en el bolso tampoco llevo nada que pueda serme útil.

Las bicicletas que hay junto a la entrada. Rodeo la casa a toda prisa; al lado de las bicicletas veo algo incluso mejor: una bomba metálica para hinchar neumáticos. La cojo y me dirijo de nuevo hasta la ventana del comedor.

Estoy a punto de romper el cristal cuando, de pronto, la música se para. Dudo, escuchando el pesado silencio que me rodea. Menos de cinco segundos después, vuelve a escucharse la música: es la misma canción, repitiéndose hasta el infinito.

—¡Socorro! —grito. El aire amortigua mi voz—. ¡Que alguien me ayude!

Nada.

Cojo la bomba y golpeo el cristal de la ventana con todas mis fuerzas. Se rompe en mil pedazos, la mayoría de los cuales caen dentro del comedor. Ayudándome con la bomba, hago caer los cristales que han quedado pegados al marco. Luego me encaramo a la ventana y, apartando las pesadas cortinas, entro en la habitación. El aire está lleno de lo que al principio me parece un montón de pequeñas plumas de colores, pero no es eso. Son trozos de tela que ha levantado el viento que ha entrado por la ventana. Ante mí veo un amasijo de restos que se caen y que parece surgido del suelo: la montaña de cuadros destruidos. Y la pintura que vertieron por encima ha formado pequeños charcos… Me inclino para tocar un reguero de pintura azul con los dedos: aún está húmeda. Más pintura, aun después de que yo me fuera. Me llevo los dedos a la nariz para olería.

No es de la clase de pintura que se utiliza para pintar un cuadro; su olor es demasiado fuerte, demasiado químico. Los botes de pintura, los mismos que vi la última vez que entré en esta habitación, con Mary, son redondos y muy anchos. Dulux. Es pintura para pintar paredes, no cuadros. Para disimular el olor de algo mucho peor. No se me había ocurrido antes. En Garstead Cottage no hay ninguna pared pintada con este tono de azul. Ni de amarillo o verde. Ni de rojo.

Con el corazón desbocado, me agacho para tocar un charco de color rojo. La textura es diferente. Tras olerme los dedos, grito. Es sangre.

Me lanzo sobre el montón de telas y empiezo a moverlo hacia un lado, apartando los trozos con la mano para abrirme paso. Sigo escarbando, escupiendo los trozos de tela que se meten en mi boca. Cada pocos segundos, levanto la cabeza para respirar. Escarbo y empujo sin parar hasta que palpo algo duro y frío, algo que sé que no puede ser un cuadro ni parte de un marco. Lo agarro

fuertemente con la mano y lo saco: es un martillo. Sobre la cabeza metálica de color plateado se aprecian hilillos de sangre seca. Lo lanzo lejos porque no soporto su contacto contra mi piel, y sigo escarbando, empleando los dedos como rastrillo. Es imposible que me equivoque. Es imposible…

Estoy tocando una mano.

Una sonrisa pintada, una uña, un trozo de cielo azul.

Vi una uña cuando Mary me enseñó por primera vez esta habitación. Pensé que era el fragmento de un cuadro, pero me equivocaba. Era de verdad. Escarbo con todas mis fuerzas, salvajemente, atacando lo que queda de la montaña de telas hasta que se derrumba por ambos lados y lo veo.

—¡Aidan! —grito, entre sollozos.

Lo siento. Lo siento mucho.

Tiene los ojos entrecerrados y la boca tapada con un trozo de cinta adhesiva marrón. Lo arranco, esperando que él se mueva o emita algún sonido. Nada. Me aterra mirar su cara, pálida e inmóvil; podría estar inmóvil durante demasiado tiempo… Los mugidos de las vacas en los campos… Pensé que una de ellas se quejaba de dolor. Aquel gemido sordo, que pensé que era de Mary… No, era de Aidan… Aidan gimiendo de dolor, mientras se le iba la vida en esos regueros de sangre que confundí con manchas de pintura roja en la moqueta de color crema. ¿Por qué no me di cuenta? ¿Por qué no lo vi?

En su hombro derecho, en su camisa, tiene un agujero oscuro. El contorno es negro, como si la tela estuviera quemada. El agujero de una bala… Le han disparado. Tiene la mandíbula desencajada y la boca abierta; dentro hay algo de color carne, demasiado grande para que sea su lengua. Lo toco, con la máxima delicadeza, y se lo saco. Es una esponja de color melocotón, parecida a la que Gemma utilizó para amordazarme. También utilizó cinta adhesiva marrón y una esponja para taparme la boca. Por un instante, la exactitud de la recreación me paraliza, mientras un escalofrío de terror invade mi

cuerpo. Creía que una vez supiera la verdad, acabaría el miedo, pero no es así. Es peor.

Aidan no destruyó mis jardines ni los cuadros de Mary. Ella me mintió. Me dijo que había dieciocho cuadros en la exposición que nunca hizo, la que Aidan se inventó. ¿Se olvidó de lo que me había dicho cuando me mostró la lista de ventas de la exposición que Aidan hizo en la Galería TiqTaq? No era la verdadera lista, sino una que ella había escrito. Reconocí su letra: era la misma de su firma de *Abberton*. Dieciocho cuadros en la exposición de Aidan, dieciocho marcos vacíos en sus paredes: cada uno era un homenaje a un cuadro que había sido cruelmente destruido.

En su historia, Mary invirtió los papeles: convirtió a Aidan en el destructor y a ella en la víctima.

Yo también he mentido. ¿Me habrá creído Mary cuando le he dicho que quería que saliera de Garstead Cottage por su propia seguridad? ¿Fui lo bastante convincente?

Jadeando, dejo caer la esponja y me froto las manos contra los pantalones hasta que me escuece la piel.

Tengo que llamar a una ambulancia. A la policía no… La policía es útil cuando ya es demasiado y tarde, y ahora no lo es; no puede ser demasiado tarde. Corro hacia la puerta, olvidándome de que está cerrada y no tengo la llave. Al comprobar que no se abre, me dirijo a toda prisa hacia la ventana, resbalando sobre los restos desparramados por el suelo, lista para lanzarme sobre la hierba.

—Hola, Ruth —dice una voz trémula y distorsionada que proviene de fuera.

Lanzo un grito, como si fuera la noche la que me hablara.

De la oscuridad surge una figura que se acerca lentamente. Un rostro enjuto, arrugado, que cede bajo el peso de una sonrisa de triunfo, como alguien que tratara de sostener un trofeo demasiado pesado. Mary. Con una expresión de maníaca en la cara, una expresión de júbilo que me obliga a gritar otra vez, incluso antes de haber visto la pistola que sostiene en la mano.

26

5/3/08

Kate Kombothekra ya tenía las llaves del coche en la mano cuando abrió la puerta de su casa.

—Aquí las tienes —dijo, tendiéndoselas a Charlie.

—¿Seguro que no te importa? No sé cuándo podré devolvértelas.

—No pasa nada. Mañana los niños y yo iremos andando a la escuela. Nos sentará bien, aunque no le comentes a Sam que lo he dicho. Cuando él me lo dijo, casi lo estrangulo. Solo una cosa: si puedes evitarlo, no fumes en el coche…

—Haré lo que pueda —le contestó Charlie, dándose la vuelta.

Mientras cerraba la puerta del coche, oyó a Kate que le gritaba:

—O al menos abre la…

Agarrando el volante con una sola mano, Charlie sacó el móvil del bolso, lo colocó encima del asiento del pasajero y pulsó la tecla de rellamada.

—Villiers —dijo la voz que contestó después de tres tonos—. Soy Claire Draisey.

—Hola, soy yo otra vez. Charlie Zailer. ¿Ha habido suerte?

—Me temo que no. Hemos tenido un problema, y el subdirector está reunido. He llamado a un montón de gente, pero no hay ni rastro de Simon Waterhouse. ¿Está segura de que ha venido?

—No del todo… Solo sé que dijo que iba hacia allí.

Cuando no pudo localizar a Simon en su móvil, Charlie llamó a la escuela y escuchó una grabación con un número al que podía llamarse a cualquier hora si se trataba de algo urgente… y que

resultó ser el de Claire Draisey. La directora le dijo que había muy pocos móviles que tuvieran cobertura en la zona de Villiers, lo cual hizo que Charlie estuviera aún más convencida de que Simon estaba allí.

—Oiga, tengo que dejar libre esta línea —dijo Draisey, lanzando un suspiro—. Me dijo que era de Culver Valley, ¿verdad?

—Así es. Y el subinspector Waterhouse también.

—De acuerdo. Entonces no tienen nada que ver con la policía de Londres.

—¿La policía de Londres?

Una descarga de adrenalina puso en funcionamiento las antenas de Charlie.

—Sí. Una compañera me ha dicho que vienen hacia aquí. Mire, ahora mismo no sé mucho más que usted. Esta tarde, un grupo de alumnas fue a ver *Julio César* al Globe. Acabo de echar un vistazo al aparcamiento, y el minibus no está, aunque debería haber llegado hace un buen rato… Estamos preocupadas por si…

—No le haría perder el tiempo si no se tratara de algo importante —dijo Charlie—. ¿Está segura de que ha buscado en todas partes?

—No, no lo he hecho —repuso Draisey, sin rodeos—. No le he dicho que lo hubiera hecho. He hablado con todos los miembros del personal que he sido capaz de localizar, y me temo que eso es todo cuanto puedo hacer. No pienso patearme todo el lugar a estas horas de la noche para encontrar a su compañero. ¿Tiene idea de lo grande que es nuestro imperio? —Draisey pronunció la última palabra en tono sarcástico—. Me llevaría casi toda la noche.

—¿Ha probado en Garstead Cottage? —sugirió Charlie.

—¿Qué tiene que ver esa casa? —contestó Draisey, de forma cortante—. Está alquilada a alguien a quien no pienso molestar. Y ahora, si no le…

—Espere —dijo Charlie—. He recibido un mensaje de alguien diciéndome que le llamara…, una mujer que puede estar en peligro. Cuando la he llamado al número que me dejó, me contestó un

taxista, un tal Michael Durtnell. Trabaja para una agencia llamada N & E Cars.

—Newshan y Earle —repuso Draisey—. Es nuestra agencia de taxis, la que usa la escuela.

—Muy bien. —Charlie soltó el aire que había estado aguantando —. Me dijo que hoy había ido dos veces a Garstead Cottage, cada una con una pasajera distinta. Las dos mujeres le dijeron que no querían ir a ninguna parte y le pidieron que las volviera a llevar a Garstead Cottage. Según él, ambas se comportaron de forma extraña. Creo que una de ellas es la mujer que me llamó. Puede que el subinspector Waterhouse ya esté…

—Inspectora Zailer, ¿puedo interrumpirla un momento? —Draisey parecía exhausta; hablaba en voz más baja que antes—. Debería haber caído en ello cuando me dijo que era de la policía de Culver Valley. Supongo que no soy capaz de pensar con claridad con todo este asunto del minibus y los rumores de que unos policías de Londres están de camino hacia aquí. Sé que la inquilina de Garstead Cottage está con una amiga que vino con ella.

«Tiene que ser Ruth Bussey», se dijo Charlie.

—Y también sé, aunque puede que usted no, que esa inquilina tiene la costumbre de importunar a la policía local; les amarga la vida con llamadas, cuando en realidad no hay ninguna necesidad. Al parecer, esta noche ha decidido volver a molestarlos. Creo que también tiene una casa en sus dominios, inspectora.

—¿Cómo se llama? —preguntó Charlie de inmediato, dejándose llevar por los nervios.

—Si usted no sabe su nombre, no considero correcto que yo…

—¿Mary Trelease?

Draisey lanzó un pesado suspiro.

—Si lo sabe, ¿por qué me lo pregunta?

—Ahora mismo salgo para allá —dijo Charlie—. Cuando llegue necesitaré que usted…

—Estaré demasiado ocupada para ayudarla o estaré durmiendo —repuso Draisey, bruscamente—. Le recomiendo que se ahorre el

viaje. No es la primera a quien se lo digo, y no será la primera que lamente no haberme escuchado tras haber perdido una noche de sueño sin motivo alguno. Buenas noches, inspectora.

—Mary Trelease murió en 1982 —gritó Charlie, pegada al auricular del teléfono, pero Claire Draisey ya había colgado.

Charlie condujo por la autopista al doble del límite de velocidad. En cuanto se hubo incorporado a la calzada, llamó al número que Coral Milward le había dejado en su buzón de voz. Cuando la inspectora contestó, dijo:

—Soy Charlie Zailer.

—¿Dónde coño está? ¿Dónde está Waterhouse? Cualquiera diría que no estamos en el mismo bando. ¿Quién coño creen que son para tratarme como si no existiera?

—Creo que Simon está en Villiers —le respondió Charlie—. Y yo estoy de camino.

—Pues cambie de camino y diríjase a mi despacho.

—Me temo que no es posible —repuso Charlie.

—Deberían haberla echado hace dos años… Si hubiera estado en mi equipo, yo lo habría hecho. Y le aseguro que desearían haberlo hecho en cuanto les cuente lo que tengo que decirles sobre usted. Cuando alguien la jode una vez, la jode siempre. Ya verá lo que ocurre con su carrera y su futuro después de que me los meta en el culo. Será mejor que…

Charlie desconectó el teléfono. ¿En el mismo bando? Le pareció curioso, porque Milward nunca le había dado esa impresión. No le había dicho nada sobre haber mandado a alguien a Villiers. A pesar de lo que Claire Draisey le había dicho, Charlie no podía saber si algún policía de Londres se dirigía a la escuela. Decidió seguir su plan original y presentarse en Garstead Cottage, aun cuando eso implicara perder su trabajo. Ruth Bussey y Mary Trelease estaban allí… ¿No era eso lo que le había dicho Draisey?

Charlie conectó el equipo de música del coche de Kate y sonó lo que parecía una actuación en directo: estentóreos aplausos y bravos, y una música electrónica casi inaudible por culpa de las

palmas y los gritos. Cuando la ovación se extinguió, se escuchó una voz masculina. El hombre no se identificó, aunque Charlie supuso que sería el director de la escuela de los hijos de Kate o uno de los profesores. El CD era una grabación de un concierto escolar. La voz agradeció a un tal Wednesday Club Ensemble su versión en sintetizador del tema «Diez botellas verdes».

Aquel título disparó un resorte en su cabeza. Conteniendo la respiración, apagó el equipo. *Seis botellas verdes*… así se titulaba uno de los cuadros que Aidan había expuesto en la Galería TiqTaq. Seguramente… No. No podía ser verdad; sería una locura. Charlie se olvidó del volante, invadiendo la mitad del carril de al lado mientras, de repente, su mente se llenaba con otras ideas. Luego, viró bruscamente para volver a su carril, haciendo caso omiso de los furibundos bocinazos de los demás conductores. Era una locura, sin duda alguna, pero estaba en lo cierto. Tenía que estarlo.

En las paredes de la casa de Mary había visto varios cuadros sin enmarcar. Uno representaba a un hombre, una mujer y un niño sentados en torno a una mesa repleta de botellas de vino vacías. Botellas verdes. Charlie no las había contado, pero estaba dispuesta a apostar que seguramente serían seis. También había visto otro cuadro de una mujer mirándose a un espejo, la misma mujer que aparecía en el cuadro de las botellas. Y en las fotografías de la carpeta de Kerry Gatti. Por eso había reconocido su rostro, porque lo había visto antes, en las paredes de la casa de Mary. La primera Mary Trelease, la que había fallecido en 1982. *Una mujer mirándose a un espejo*… Otro de los títulos que había visto en la lista de ventas de Aidan en la Galería TiqTaq era *¿Quién es la más bella?* Espejito, espejito, di, ¿quién es la más bella de todas las mujeres?

Y el cuadro que Ruth Bussey le había descrito, uno que estaba colgado en una de las habitaciones de la planta baja del número 15 de Megson Crescent, el de un niño que escribía «Joy Division» en una pared…, ese tenía que ser *La rutina es muy dura*, otro de los títulos de Aidan. En la primera frase la canción más famosa de Joy Division, «Love Will Tear Us Apart», un tema que Charlie había

escuchado miles de veces, figuraban esas palabras. La entonó en voz baja, tratando de dar un poco de sentido a toda la cadena de acontecimientos.

En 1982, según la versión oficial de los hechos, Len Smith había asesinado a su pareja. En el año 2000, la primera exposición de Aidan en la Galería TiqTaq había sido un gran éxito, aunque después, extrañamente, él había decidido dejar de pintar. Charlie pensó en la fotografía de uno de sus cuadros, *Oferta* y *demanda*, que le había enseñado Jan Garner, el cuadro que había sido reproducido en el catálogo de la exposición: una mujer en lo alto de unas escaleras mirando hacia abajo, donde había un niño. Charlie no se había fijado en sus caras, aunque sabía que eran la misma mujer y el mismo niño que había visto en los cuadros sin enmarcar que colgaban en las paredes de la casa de Mary: la primera Mary Trelease y… Aidan de niño, solo podía ser él. Y el hombre…, ¿sería Len Smith, el padrastro de Aidan? Smith tenía dos hijastros más, el hermano y la hermana de Aidan… ¿Serían ellos los que aparecían en el cuadro que Charlie había visto en el piso de arriba de Megson Crescent, aquellos dos chicos gruesos de pelo negro y pobladas cejas? Sí…, tenían que ser ellos. Pensándolo bien, se parecían un poco a Aidan.

Mary había copiado los cuadros de la exposición de Aidan. «No, no son míos». Eso era lo que había dicho. Luego, unos instantes después, admitió haberlos pintado. Ahora, Charlie comprendió. Mary había vuelto a pintar los cuadros de Aidan, las mismas escenas, aunque las telas no podían haber sido más distintas de las de Aidan, frías y extremadamente realistas. Charlie golpeó el volante con la mano con aire triunfal al darse cuenta de que había encontrado la respuesta a otra pregunta: las copias, las versiones de los cuadros de Aidan que había pintado Mary, no tenían marco porque no había otro remedio. La gente que enmarcaba para Mary —Saul Hansard y, más adelante, Jan Garner— había visto la exposición de Aidan; si les hubiera llevado las copias para que las enmarcaran, se habrían dado

cuenta de lo que Mary estaba haciendo, y ella no quería que se enterasen.

¿Por qué? ¿Por qué alguien pintaría los cuadros de otro artista?

Charlie encendió un cigarrillo; su mente trabajaba a toda velocidad. Los nueve compradores: Abberton, Blandford, Darville, Elstow, Goundry, Heathcote, Margerison, Rodwell y Winduss. Sus direcciones no existían, y tampoco las personas. La Ruth Margerison de Garstead Cottage no existía. Garstead Cottage era propiedad de Villiers, la escuela donde había estudiado Mary.

Y Martha. Martha Wyers también había sido alumna de Villiers.

Una desagradable sensación, parecida a la de unos dedos muy fríos, recorrió la espina dorsal de Charlie. ¿A qué clase de persona se estaba enfrentando? ¿A qué clase de mente? ¿Era posible que Mary hubiese comprado todos los cuadros de la exposición de Aidan con nombres falsos? Salvo los tres que compraron Saul Hansard, Cecily Wyers y Kerry Gatti. Y Charlie sabía que al menos dos de ellos, poco después, habían sido vendidos a un tal Maurice Blandford.

Cuando Charlie se repitió la historia mentalmente, le pareció demasiado descabellada para ser cierta. Mary Trelease había sido asesinada en 1982 en el número 15 de Megson Crescent. En 2008, otra mujer, llamada también Mary Trelease, vive en esa misma casa. Solo eso resultaba ya muy espeluznante. No todo el mundo, pensó Charlie, habría sido capaz de idear un plan como ese y luego ponerlo en práctica. Aunque todo el mundo disfrutaba con una buena historia de horror, casi nadie sabía cómo convertirla en realidad.

¿Y qué había del período comprendido entre 1982 y 2008? ¿Cómo cubría esa historia un intervalo de veintiséis años? Una entrevista de trabajo, en la que una mujer se enamora de un hombre al que no conoce. Luego, ella escribe un libro sobre ese hombre. Más adelante, vuelve a coincidir con él en una sesión fotográfica para el *Times*. Ella debió de pensar que el destino los había reunido de nuevo. Un tiempo después, ella asiste al *vernissage* de la primera exposición de ese hombre, donde estudia detenidamente su trabajo, porque está obsesionada con él. Ve un

cuadro titulado *El asesinato de Mary Trelease*. En un primer momento, el cuadro no le dice nada; pasa un tiempo, durante el cual su obsesión no ha hecho más que crecer. Entonces contrata a un detective privado y gracias a él se entera de que el padre de ese hombre está en prisión por haber asesinado a una mujer llamada Mary Trelease y, naturalmente, se acuerda del cuadro. Sin embargo, el cuadro sugiere algo distinto con respecto a quién fue el autor del asesinato. No de una forma explícita —no hay ninguna representación gráfica de un acto violento—, aunque sí sutilmente, de modo que la mujer, nuestra heroína, cree que es la única que conoce la verdad.

Cualquier aficionado a los relatos de ficción sabe que solo el personaje protagonista está en situación de saberlo todo, mientras que los demás no saben nada. Charlie pensó que era una buena situación para un ego lastimado, aunque en última instancia no lo suficiente para curar a alguien irremisiblemente dañado. Aquella era una mujer que, después de un fallido intento de suicidio, pintó un autorretrato en el que aparecía muerta, con una soga al cuello. ¿Era así como deseaba verse o como creía que merecía ser representada?

Charlie pensó en Ruth Bussey y en su ejercicio sobre la autoestima, en su incapacidad para pegar en la pared, junto a las de su ídolo, alguna foto suya en la que apareciera feliz, tal y como recomendaba el libro. Durante los dos últimos años, Charlie había evitado mirar fotos suyas y, en la medida de lo posible, había impedido que se las sacaran. ¿Hasta qué punto hay que odiar lo que uno ha sido, es y será para invertir todas las energías en pintar un autorretrato en el que el protagonista aparece deformado y vencido por la muerte?

¿Era eso lo que aquella mujer tenía en su mente?, se preguntó Charlie. ¿Una mujer que se odia a sí misma, a pesar de tener todo el dinero del mundo para comprar arte, contratar los servicios de un detective privado y tener todo lo que se le antoje? ¿A pesar de tener un extraordinario talento y conseguir todo lo que se propusiera si en vez de mirar hacia el pasado mirara hacia el futuro? Pero no podía

hacerlo: esa era su tragedia. Su historia era tan antigua como el mundo, y aun así su final la aterrorizaba. Esa era la razón de que empleara esos trucos y ocultara la verdad para dar a entender al otro que no se lo estaba contando todo, por eso jugaba al escondite. Tiene que conseguir que el juego dure, porque en cuanto haya terminado, no le quedará nada.

«Está totalmente convencido de haberla matado».

«A mí no».

Una mujer que sabía cómo mantener al otro a la espera, deseando saber más, que sabía inventarse personas y nombres que no existían. Una mujer que, independientemente de cómo se hiciera llamar, siempre será, en esencia, alguien que se dedica a inventar historias.

Martha Wyers.

—Creí haber entendido que el subinspector Dunning vendría personalmente y con una orden judicial —dijo Richard Bedell, el subdirector de Villiers.

—Vendrá, y la traerá —repuso Simon, que en vez de ser sincero no había hecho nada por corregir la suposición de Bedell de que él y Dunning trabajaban juntos.

Bedell era más joven que Simon. Llevaba unos vaqueros desteñidos, una chaqueta de piel de color crema y mocasines. Simon tenía que recordarse continuamente que no estaba hablando con un adolescente inusualmente seguro de sí mismo que se había quedado a cargo del despacho de su padre. La habitación en la que estaban era grande, como la mayoría de las salas de reunión de las escuelas. Simon trató de acomodarse en un diván de color ciruela lleno de bultos. Tenía que alzar continuamente la voz para hacerse oír desde un extremo de una enorme alfombra beige perfectamente dispuesta sobre el suelo de madera.

Uno de los extremos del descomunal escritorio de Bedell estaba cubierto de pilas de libros de ejercicios —de color rojo y verde

oscuro, algunos finos y otros más gruesos, con papeles colocados desordenadamente entre sus páginas— y en el otro había varios teléfonos y tazas de té. Había tres teléfonos —ninguno de ellos móvil — y seis tazas, dos de las cuales eran de color amarillo y azul marino, con el emblema de la escuela. En la alfombra, debajo de la mesa, se veían los cables de los teléfonos, del ordenador, de la impresora y de un fax; formaban tal caos que se habría tardado años en desenrollarlos.

—Lo único que le pido es que me indique cómo llegar a Garstead Cottage —dijo Simon—. Si la señorita Trelease no quiere hablar conmigo, no tiene por qué hacerlo. Esperaré a que llegue Neil Dunning con la orden judicial. De todas formas, me gustaría intentarlo. Como le he dicho, estoy preocupado por su seguridad.

—Y como le he dicho yo, subinspector Waterhouse, ha quedado claro que Mary no quiere ver ni hablar ni con usted ni con ninguno de sus colegas, y tampoco que vayan a su casa. Cuando se lo he comentado se ha puesto bastante histérica, y no puedo permitir que… —Bedell se interrumpió. Su barbilla se arrugó mientras trataba de reprimir un bostezo—. Se lo voy a explicar con todo detalle —dijo, como si estuviera haciéndole un gran favor a Simon—. Egan y Cecily Wyers han sido extremadamente generosos con nosotros desde hace muchos años. Villiers no es como Eton o Marlborough ni como la mayoría de las escuelas privadas de las que puede haber oído hablar. No tenemos grandes reservas de capital del que podamos disponer en momentos difíciles. Si baja el número de matrículas, como ha ocurrido recientemente, el consiguiente descenso de los ingresos por las mensualidades nos pone en una situación muy complicada. Sinceramente, necesitamos el apoyo de familias como los Wyers… Gracias a ellos, ahora contamos con un nuevo y flamante teatro. —Bedell levantó las manos, un gesto que invitaba a Simon a imaginarse la catástrofe, evitada por los pelos, de que la escuela no pudiera contar con esa instalación en particular—. Nosotros contribuimos con Garstead Cottage, proporcionando un refugio seguro para Mary, donde ella pueda trabajar sin ser

molestada, por lo cual debo preguntarle a usted lo mismo que le he preguntado al subinspector Dunning: ¿es estrictamente necesaria una orden judicial y todo lo que conlleva? Porque, no quiero mentirle: a Egan y a Cecily no les hará ninguna gracia.

—¿El señor y la señora Wyers tienen algún interés especial en Mary Trelease? —preguntó Simon.

El rostro de Bedell perdió toda su expresión.

—¿Cómo dice? —dijo.

Simon le repitió la pregunta.

—Dígame, ¿es que los policías no se comunican entre ustedes? Ya le explicado lo irregular de la situación al subinspector Dunning.

Simon estaba pensando cuál era la mejor forma de responderle cuando Bedell dijo:

—Si le parece bien, voy a llamarlo. No me dijo que usted iba a venir y…

—Ya ha visto mi placa —repuso Simon. Tenía intención de llegar a esa casa, aunque para ella tuviera que atar a Bedell con el cable del teléfono—. ¿Le dijo Dunning que quiere hablar con Mary Trelease en relación con un asesinato?

Bedell cerró los ojos y tardó varios segundos en volver a abrirlos.

—No, no me lo dijo. Esto es un desastre, un completo desastre.

—Me imagino que se está refiriendo a la víctima del asesinato —replicó Simon—. Gemma Crowther, así se llamaba. Le dispararon en su casa el lunes por la noche. Luego, el asesino le rompió los dientes y le clavó ganchos para colgar cuadros en las encías.

Bedell hizo una mueca y se frotó la nariz. Tras ponerse en pie, dijo:

—Mire, le agradecería que me creyera si le digo una cosa. Mary tiene sus problemas, eso no voy a negarlo. Ser un genio tiene su precio. Sin embargo, está claro que no ha matado a nadie. Creo que acusarla de asesinato es llevar las cosas demasiado lejos.

—Yo no la estoy acusando de nada —puntualizó Simon—. Solo queremos hacerle algunas preguntas, eso es todo… A ella y a otras personas. De momento no pensamos acusarlas de nada.

Ser un genio tiene su precio. Aquella era una de las máximas más cuestionables que jamás hubiera oído Simon. Por el amor de Dios, ¿acaso era un precio que había que pagar con dientes humanos?

—¿Y si llamo al subinspector Dunning para saber cuánto va a tardar en llegar? —sugirió Bedell, descolgando uno de los teléfonos que había encima de su escritorio y lanzando un profundo suspiro—. Sabía que algún día ocurriría algo así.

—¿Sabía que Mary Trelease estaría implicada en la investigación de un asesinato?

—No, por supuesto que no. ¿No le parece un poco grave decir algo así? Sabía que habría problemas, eso es cuanto he dicho. Yo he heredado esta situación: Mary y Garstead Cottage. Si en aquel tiempo hubiese estado aquí, habría manifestado enérgicamente mi desaprobación. A veces no merece la pena pagar según qué precio por conseguir un dinero. Teniendo en cuenta cómo están las cosas, podríamos contratar a alguien a jornada completa para que atendiera las quejas de los padres. Si todo esto sale a la luz, nos salpicará la mierda…, y perdone la expresión.

Las palabras de Bedell tenían poco sentido para Simon, quien solo sabía que no le gustaba el panorama que se estaba dibujando. Bedell bajó los ojos hacia su escritorio y movió algunos papeles sin demasiada convicción.

—¿Cuál es el número de Dunning? —preguntó, en tono irritado.

—Olvidé mi teléfono en el coche —mintió Simon, rebuscando en sus bolsillos.

Estaba sin cobertura desde que había llegado a Villiers, y eso le puso muy nervioso, como si existiera una relación casual entre la imposibilidad de que se pusieran en contacto con él y que algo malo les ocurriera a la gente que le importaba. Pensó en la voz angustiada de su madre: «Intentamos llamarte, pero no contestabas…».

—Ya sé dónde lo guardé —dijo Bedell—. Aguarde un segundo.

Bedell salió de la habitación y cerró la puerta detrás de él. Simon oyó el crujido de sus zapatos recorriendo el pasillo y luego el ruido

de una puerta que se abría y volvía a cerrarse en seguida. En cuanto Bedell hablara con Dunning, la posibilidad de llegar a Garstead Cottage se habría esfumado. Simon no podía permitirse el lujo de esperar a que volviera.

Salió al pasillo, bajó las escaleras que había frente al despacho de Bedell y luego bajó otros dos tramos. Descorrió el pestillo de la puerta que él y Bedell habían cruzado, salió del edificio y la cerró. Ante él, perdiéndose en la distancia, se extendía un camino flanqueado a ambos lados por farolas que parecían linternas antiguas y edificios bajos de piedra. ¿Qué dificultad podría presentarle localizar Garstead Cottage? Por lo que podía ver, su descripción no se correspondía con la de ninguno de los edificios que alcanzaba a ver.

Bedell había dejado las cortinas abiertas cuando había hecho pasar a Simon a su despacho. A través de la ventana, Simon había visto un patio iluminado y rodeado por casitas prefabricadas de una sola planta, a las que un revestimiento de madera daba un aspecto vagamente oriental. Puede que Garstead Cottage fuera una de ellas.

Simon se dirigió hacia la parte trasera del edificio y descubrió otro camino que conducía a lo que parecía un poste indicador, situado a unos doscientos metros. Allí estaba mucho más oscuro, tanto, que a Simon le costó leer el poste, incluso de cerca. De un palo sobresalían varias señales rectangulares de madera con forma de flecha. Una de ellas decía «Teatro Cecily Wyers» y otra «Edificio principal». Sin embargo, fue la tercera que leyó la que le hizo agarrarse al poste y recorrer las letras con los dedos: «Darville». Debajo de ella, apuntando en la misma dirección, había otra señal que rezaba «Winduss».

Por lo que él sabía, aquellos nombres correspondían a las personas que habían comprado los cuadros de Aidan Seed. Y que vivían en direcciones inexistentes. Durante unos segundos, de pie en la oscuridad y en medio del silencio, delante de aquel extraño objeto que se parecía un poco a un árbol sin hojas y con las ramas

emergiendo en ángulo recto de su tronco, Simon se sintió como un idiota que no sabía qué hacer ni qué pensar.

Había cinco caminos entre los que escoger. Trató de escrutar el final de cada uno de ellos, aunque no le costó mucho, porque en seguida se perdían en la oscuridad. No había ni rastro de las casitas prefabricadas que había visto a través de la ventana de Bedell. Al final decidió seguir la señal que indicaba «Establos», contando con la posibilidad de que, en otros tiempos, Garstead Cottage hubiera sido el alojamiento del personal que se ocupaba de los caballos. La hipótesis era tan válida como cualquier otra.

Cruzó un campo, después del cual el camino asfaltado se estrechaba y daba paso a otro de tierra, aunque, en cualquier caso, seguía siendo un camino. Simon lo siguió y dejó atrás un bosquecillo antes de llegar a otro campo. Cuando empezó a notar los tobillos mojados, bajó la vista y vio que estaba caminando por encima de la hierba. ¿Dónde estaba el camino? ¿Se había acabado o se había salido de él sin darse cuenta? Delante de él vio unas formas oscuras y se dirigió hacia ellas. Los establos. Cuando leyó la señal, Simon dio por sentado que los edificios estarían destinados a otro uso —un laboratorio de idiomas o de ciencias, o un espacio común para las alumnas—, pero, a medida que iba aproximándose, por el ruido y el olor que le llegaban, advirtió la presencia de caballos. Allí no estaba Garstead Cottage.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando oyó lo que le pareció un grito ahogado que procedía de la parte trasera de los establos. Simon salió corriendo hacia allí y miró en todas direcciones, aunque no vio nada.

—¿Hola? —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

Esta vez, Simon escuchó unas risitas y se dirigió hacia el lugar de donde provenían. Había dado tan solo unos pasos cuando se vio bloqueado por algo que parecía una tela metálica. Era una verja que le llegaba a la altura de la cintura.

—Mierda —murmuró.

Luego escuchó más risitas y vio algo que se iluminaba en la oscuridad: tres puntitos de color naranja que parecían pegados a un grupo de árboles, un poco más allá. Tres cigarrillos encendidos. Sin perderlos de vista, Simon se dirigió hacia los árboles. Cuando aún estaba demasiado lejos para distinguir las caras, escuchó una voz.

—Oh, lo sentimos muchísimo, señor. Sabemos muy bien que estamos en un aprieto…

—Supongo que tendrá que castigarnos —dijo otra chica, dando a la frase la entonación de una pregunta—. Para que no volvamos a cometer el mismo error.

Unas risitas siguieron a esa afirmación, hecha en un tono bastante improbable.

—No soy profesor —dijo Simon a aquellas voces incorpóreas—. Soy policía. Por lo que a mí respecta, podéis fumar cuanto queráis.

—¡Venga ya! ¿En serio? ¿Qué hace un policía vagando sigilosamente de noche por Villy?

—Esto es vergonzoso —dijo la tercera chica.

Ahora Simon estaba lo bastante cerca para ver sus rostros. Debían de tener unos dieciséis años. Las tres iban en pijama y no llevaban nada encima, ni abrigos ni ninguna otra prenda. Entre una risita y otra, temblaban de frío.

—Estoy buscando Garstead Cottage.

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó una de las chicas, en tono desdeñoso.

—Está mejor aquí que allí. Será mejor que no vaya a ver a Mary Macabra, señor policía.

—¡Tasha!

—¿Qué? Es verdad. Esa mujer es una auténtica pesadilla.

—¿Estás hablando de Mary Trelease? —preguntó Simon.

—¡Oh, Dios mío! ¡Puede que sea su novia o algo por el estilo!

—¿Y si ha venido a detenerla?

—¿Dónde está la casa? —insistió Simon—. ¿Puede decírmelo alguna de vosotras?

La pregunta fue recibida con un coro de risitas.

—¡Sí, claro! Como si ya no nos la jugáramos bastante esperando a que la directora de nuestra casa nos pille de noche por ahí en pijama…

—Ella tiene miedo de Mary Macabra. Yo le llevo, en cuanto me haya terminado el pitillo.

—¡Qué embustera eres, Flavia! Como si a ti no te diera miedo…

—¡Gallinas lo seréis vosotras, nenas!

—Decidme, ¿de qué habría que tener miedo? —preguntó Simon, esperando que Neil Dunning no decidiera llegar en aquel momento con la orden judicial y lo encontrara merodeando entre los árboles con tres adolescentes ligeritas de ropa.

—Oh, Dios mío… ¡No lo sabe!

—¡No nos creerá si se lo contamos!

—Les corta el cuello a las chicas de Villy y se bebe su sangre.

Eso provocó un nuevo coro de risitas.

—Yo ni siquiera creo que exista. Nunca la he visto, y llevo aquí desde los trece años.

—No, ahora en serio… No hace esas cosas… No bebe sangre ni nada parecido, pero sí es cierto que solo sale de noche.

—Claro, se entiende perfectamente. A mí me daría vergüenza salir de día con una cara así…

—Prácticamente se dejó morir de hambre, y una vez perdió toda la grasa, su rostro se hundió y se quedó con el aspecto de… prácticamente una vieja de ochenta años. Es la pura verdad, tío.

—Es una leyenda de Villy.

—Eso es lo que dice la tradición oral —dijo una de las chicas, con voz grave y tono burlón, y todas se echaron a reír. Simon se imaginó que estarían imitando a uno de sus profesores.

—¡Cierra el pico, tonta! Os advierto que rodarán cabezas si me niegan el permiso para salir por culpa vuestra.

—No creo que impongan el toque de queda por haber ayudado a un policía.

—Callaos y dejadme que se lo explique. No tiene tiempo para perder con dos crías como vosotras. No estamos muy seguras…

—Sí que lo estamos. Oí a la señorita Westaway y a la señora Dean hablando de ello.

—Puede que fueran solo rumores o calumias.

—Querrás decir calumnias. Calumia no es una palabra. Le pido disculpas en nombre de mi compañera de cuarto: está un poco aturdida… —dijo la chica que estaba al lado de Simon—. No es ningún rumor… Es la escandalosa realidad. Mary Macabra tenía un novio que la dejó, y ella estaba tan hecha polvo que intentó suicidarse. Se ahorcó en Garstead Cottage.

—Y él, el novio, también estaba allí —apuntó otra de las chicas.

—Ah, sí, me había olvidado de eso. Sí, ella lo hizo venir para asistir al último acto. —La chica que Simon creía que se llamaba Flavia, a menos que se hubiera confundido y se tratara de Tasha, hizo un gesto en el aire, abriendo y cerrando comillas—. Cuando llegó, ella estaba encima de la mesa del comedor, con una soga al cuello, atada a la lámpara o algo así…

—¡A una araña! ¡Era una araña!

—Sí, ya. ¿En una casa de campo?

—He oído que era una araña.

—Lo que fuera. Entonces, él llamó a una ambulancia y la llevaron al hospital. Pero durante el trayecto, ella murió. Quiero decir que murió de verdad: el corazón dejó de latirle y el oxígeno no le llegó al cerebro durante tres minutos…

—Fueron diez minutos…

—Nadie resucita después de diez minutos, tía. He visto a Mary Macabra… Es muy rara, pero no es ningún vegetal. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí: los tipos que iban en la ambulancia la devolvieron…, bueno, sí, a la vida. Se suponía que había sufrido daños cerebrales, pero no fue así. Estaba bien, perfectamente. Salvo que no era ella, porque a partir de entonces se convirtió en Mary Macabra. Se cambió de nombre.

—Espera un momento —dijo Simon—. ¿Qué quieres decir? ¿Por cuál se lo cambió?

—Mary Trelease.

—Martha Macabra no habría sonado tan bien.

—¿Martha?

Si la seguridad de las chicas y la poca ropa que llevaban no le hubiesen hecho sentir incómodo, Simon se lo habría preguntado con más vehemencia.

—Martha Wyers… Así es como se llamaba. Pero después de morir y volver a la vida no quiso que nadie volviera a llamarla así, porque…, en fin, Martha Wyers estaba prácticamente muerta.

—¡Un alucine! Esta historia me da escalofríos cada vez que la oigo —dijo una de las chicas, estrechándose el cuerpo con los brazos.

—Arremetía contra todo aquel que la llamara Martha. Incluso sus padres tuvieron que empezar a llamarla Mary.

—¿Arremetía? —la interrumpió Simon. Tenía que preguntárselo.

—¿Qué? Bueno, es un modo de hablar.

—Traducción para quien no es de Villy: se ponía muy furiosa con cualquiera que la llamara Martha.

—Y perdió mucho peso cuando se convirtió en Mary. Antes estaba rellenita.

—Debió de languidecer por su gran amor…

Simon no podía pensar con claridad mientras las chicas no paraban de parlotear.

—¿Sabéis por qué eligió el nombre de Mary Trelease?

Se miraron mutuamente, guardando silencio por primera vez.

—No —respondió una de ellas en tono irritado, furiosa porque la habían pillado en falso—. ¿Qué importa eso? Un nombre no es más que un nombre, ¿verdad?

—Así es, Flavia Edna Seawright.

Otro coro de risitas.

—El nombre no fue lo único que se cambió después de su resurrección, de eso estoy segura —intervino Flavia, en un intento por desviar la atención.

—Sí, ya… ¿Y de qué se trata?

—Antes había sido escritora… Publicó un libro.

—Sí, hay un ejemplar en la biblioteca.

—Entonces debió de estudiar en Heathcote.

—No, fue a Margerison.

Simon comprendió qué significaban las señales que había visto. Las casas de las alumnas.

—Estaba en una casa que no tenía nada de especial. Era escritora, pero después de intentar ahorcarse nunca volvió a escribir… Y entonces decidió dedicarse a la pintura. Yo no, pero hay un montón de chicas de Villy que la han visto vagando de noche, fumando, cubierta de pintura…

—¿Es cierto que Damaris Clay-Hoffman la paró para pedirle un cigarrillo?

—¡Damaris Clay-Hoffman miente más que habla!

—¿Dónde está Garstead Cottage? —preguntó Simon—. No es necesario que vengáis conmigo, solo tenéis que decirme dónde está.

Simon quería llegar a la casa sin armar revuelo y no anunciado por un coro de gritos.

Mientras Flavia Edna Seawright señalaba hacia su izquierda, en medio de la noche se oyó un fuerte ruido, parecido a una pequeña explosión.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la chica, agarrándose al brazo de Simon—. Ahora no estoy bromeando. Eso ha sonado como un disparo.

27

Miércoles, 5 de marzo de 2008

—Un error estúpido —dice Mary—. Has dicho: «Ve a casa de tus padres». Te referías a la casa de Cecily, ¿verdad? Al ver la expresión de tu rostro me he dado cuenta de que lo sabías. No eres muy buena mintiendo.

El dolor me invade, fulminante. Tengo una bala dentro de mí, un trozo de metal en mi carne. La he visto venir hacia mí, demasiado deprisa para moverme. Estoy tumbada en el suelo. Extiendo la mano para coger la de Aidan, pero está demasiado lejos.

—Tú sí eres muy buena… mintiendo —consigo decir—. Tú eres Martha.

—No. Martha murió. Su corazón se paró. Su mente se paró. No puedes morir y seguir siendo la misma persona después. Soy una de las pocas personas vivas que saben que eso no es posible.

—Abberton… Los nombres…

Intento levantar la cabeza para mirar mi cuerpo, pero el dolor es demasiado fuerte. No puedo moverme y pensar al mismo tiempo, y debo pensar.

—¿Qué pasa con ellos? ¿Qué pasa con los nombres?

—Aidan no destruyó tus… cuadros. Fuiste tú quien destruyó los suyos. Tú compraste…

No soy capaz de continuar.

Ella se queda mirándome. Me siento ligera; ya no soy un cuerpo, sino un ingrávido flujo de dolor. Mi cabeza empieza a zumbar; sería muy fácil caer en ese reconfortante sonido, dejarse llevar.

—Fue él —insiste Mary—. Él se llevó todos mis cuadros y los hizo pedazos.

—No. —Jadeo, pero me falta el aire—. Los nombres… Las casas de las alumnas…

—¡No! —exclama Mary, alzando la voz—. Yo nunca haría algo así. Fue él. Fue él quien me lo hizo a mí.

—Compraste sus cuadros empleando esos nombres. —Cada bocanada de aire es una lucha, pero si no lucho no habrá nada, ni un ápice de energía para seguir viva—. Tú… lo hiciste venir aquí… —Mi cabeza se llena de palabras que exigirían mucho esfuerzo para ser pronunciadas. «Él no quería volver a verte, pero tú lo sobornaste: cincuenta mil libras por un encargo»—. Dejó de pintar por culpa de lo que le hiciste.

Me vuelven a la mente imágenes de la historia que Mary me ha contado. «Una mitad es verdad, la otra mentira». Como ella dijo, la puerta de la casa estaba abierta. Aidan entra, la busca y al final la encuentra de pie encima de la mesa del comedor, con una soga alrededor del cuello, con todos los cuadros que él había pintado a sus pies, destrozados. ¿Le dijo lo que había hecho y luego saltó? Un doble *shock* para él, concentrados en un solo instante para conseguir un efecto devastador. Esa fue la razón de que al principio él no pudiera moverse, la razón de que no saliera corriendo para salvarle la vida. Estaba paralizado por el trauma.

—Mis jardines. —Cada palabra me arranca gotas de sudor—. No fue Aidan; fuiste tú. Uno el verano pasado, para castigarme por… lo ocurrido en la galería de Saul. Te asusté. Odias no… tener el control.

El segundo, después de que Charlie Zailer hablara contigo el lunes y te contara que yo era la novia de Aidan. Me habías regalado *Abberton* porque aún no lo sabías: habías perdido nuevamente el control y tenías que imponerme otro castigo.

—¿Y qué me dices de tu novio muerto? —dice Mary, con impaciencia, inclinándose sobre mí—. ¿Qué me dices de lo que hizo?

Cierro los ojos. Sé lo que Aidan no hizo. No me mintió, no hasta determinado momento. Y aun entonces, no mintió del todo. A la

policía sí, pero a mí nunca.

—Él mató a Mary Trelease —susurro—. Hace años.

Aidan me estaba contando la verdad cuando me dijo eso, en el hotel Drummond. Fue antes de que yo le hablara de *Abberton*, antes de que su confesión me helara la sangre, cuando todavía se fiaba de mí sin reservas.

La mujer en la que solo consigo pensar como Mary se inclina sobre mí, usando la pistola para apartarse el pelo de la cara.

—¿De qué Mary Trelease estás hablando? —me pregunta—. ¿A quién te refieres?

—No lo sé.

—Exacto. Tú no pintas nada en esta historia. Deberías haberte marchado. Yo había hecho que te marcharas. —Lo que dice me suena a una acusación de ingratitud. La he trastornado—. Si crees que sabes algo, estás en un error.

La rabia se apodera de mí, tan intensa como el dolor.

—Lo sé todo salvo quién era esa mujer. Vivió en el número 15 de Megson Crescent. Allí fue donde Aidan la mató.

En el dormitorio principal. Ella estaba desnuda, en la cama, las manos de Aidan alrededor de su cuello…

—Él la mató y dejó que su padrastro cargara con la culpa —dice Mary pacientemente, acercando su rostro al mío para que pueda verla mientras me habla—. Su padrastro lleva veintiséis años en la cárcel. Aidan ha dejado que se pudriera allí, no le ha escrito ni visitado nunca. ¿Qué piensas ahora de él, después de saber eso?

Sus palabras no provocan ningún efecto en mí.

—La casa —digo, mientras siento un dolor terrible en los pulmones—. Por eso la compraste. Por eso te cambiaste tu nombre por el suyo.

Mary me apunta a la cara con la pistola. Cierro los ojos, esperando que me dispare, pero no pasa nada. Cuando vuelvo a abrirlos, no se ha movido. Y la pistola tampoco.

—¿Por qué lo haría?

No puedo responder. No sé cuánta sangre habré perdido, aunque la sensación de estar perdiéndola es constante. Me siento transparente. Vacía.

—Tú decides. Puedes hablar o morir.

—¡No! Por favor, no…

Trato de apartar la cabeza de la pistola.

—¿Crees que ha sido una amenaza? —Mary se echa a reír—. Lo que quería decir era que si hablas, si empiezas a contar una historia, no morirás hasta que llegues al final. Para que el cerebro funcione, el corazón tiene que seguir latiendo. Tienes que seguir con vida.

Tiene razón. No todo lo que dice es mentira. La historia de Aidan y Martha, hasta el momento en que ella se ahorcó, era verdad. Salvo que…, sí, incluso la parte en la que Mary escribe a Aidan, reprendiéndole duramente por su forma de tratar a Martha. No es que sea cierto en sentido literal, sino más bien a un nivel simbólico, cierto hasta donde ella podía contar sin revelar su verdadera identidad. «Todos estamos divididos por dentro, sobre todo los que estamos obligados a convivir con un dolor insoportable». La Mary que escribió cartas llenas de odio, acusando a Aidan —si bien entonces aún no se llamaba Mary— era la parte inteligente de Martha Wyers, la parte capaz de ver la verdad: que aquella relación no iba a ninguna parte, que Aidan no amaba a Martha de la misma forma en que ella lo amaba.

No era extraño que no la amara. Es difícil amar a una mujer que te jura amor eterno y un momento después te ataca violentamente.

—Cuéntame la historia que crees saber sobre mí —dice Mary.

Se sienta a mi lado, las piernas apretadas contra el pecho, balanceando la pistola entre sus rodillas. Si pudiera mover mi brazo derecho, podría cogerla. He tratado de poner todas las piezas del rompecabezas en su sitio mientras iba en el taxi. Tengo que volver a hacerlo, obligar a mi cerebro a seguir funcionando.

—Llama a una ambulancia —digo—. No puedes dejarnos morir.

—Aidan está muerto desde hace un buen rato —dice, con toda naturalidad.

—No —digo, gimiendo—. Por favor. Puede que aún no sea demasiado tarde.

Martha volvió a la vida. Tal vez Aidan no esté muerto. No puedo creerlo.

—Míranos… Un cuerpo que se está desangrando, un cadáver y alguien que está medio muerta desde hace años. Nadie, después de echar un vistazo a esta habitación, diría que no es demasiado tarde, Ruth. Para ninguno de nosotros —dice, enrollando un mechón de pelo con el dedo.

—Un detective privado —murmuro—. Te dijo… que el padrastro de Aidan… estaba en la cárcel por haber asesinado a Mary Trelease. Tú has visto el cuadro… —No. No puedo equivocarme, no puedo malgastar las palabras ni el aliento—. Tú lo compraste… *El asesinato de Mary Trelease*. Lo compraste y… lo destruiste, como hiciste con todos los demás.

—No. —La voz de Mary suena firme—. Yo soy una artista. Yo no destruyo el arte.

En mi imaginación, veo un cuadro que representa a un hombre y una mujer en la cama. Están desnudos, o puede que solo lo esté ella. El hombre tiene las manos alrededor del cuello de la mujer. En el hombre puede reconocerse a Aidan, de modo que Mary —Martha — sabía que Len Smith no era el asesino.

—¿Por qué la mató?

Muevo los labios para pronunciar las palabras, sin saber si estoy emitiendo realmente algún sonido. Siento que un frío mortal invade todo mi cuerpo. Parece hielo.

—Él te lo habría contado si hubiese querido que lo supieras.

Mary sonríe.

—Martha. No estaba. Sola. Ya no. —Pronuncio las palabras una a una. Puedo hacerlo. Puedo llegar al final—. Una aliada…, la otra mujer a la que Aidan había… hecho daño. Mary Trelease.

Mary esconde el arma en su espalda y se apoya en las manos.

—Muéstrame a alguien que haya sobrevivido al peor de los suplicios y yo te mostraré a un psiquiatra en potencia —dice—.

Aliada es la palabra justa. ¿Y tú, Ruth? Aidan también te hizo daño, ¿no es así? Te engañó y te manipuló. Y Stephen Elton también te hizo daño. —Saca un paquete de marlboro y un encendedor del bolsillo y enciende un cigarrillo—. Todas las mujeres cuyas vidas ha arruinado un hombre son mis aliadas. Todas. Si fuéramos capaces de organizamos, seríamos el ejército más poderoso del mundo.

—Tú decidiste llamarte Mary Trelease. Compraste… la casa.

Tengo que hablar para dejar de pensar en mi impotencia.

—¿Podríamos ir al grano? —dice Mary, impaciente—. Me trasladé a Spilling cuando descubrí que Aidan vivía allí. ¿Qué clase de hombre se instala en el lugar donde transcurrió su desgraciada infancia? Puede que debieras reflexionar sobre eso. —Aparto la cara del cigarrillo; ya me resultaba bastante difícil respirar sin el humo del tabaco—. El número 15 de Megson Crescent es la casa donde se crio. Tenía que ser mía, por supuesto, y por eso soborné a sus dueños.

—Decidiste llamarte Mary Trelease.

—Me cambié de nombre legalmente. Yo soy Mary Trelease.

—Y decidiste empezar a pintar porque pintar… era lo que él hacía —murmuro, tratando de no perder el hilo de mis pensamientos. Acaba ya la historia—. No te bastaba con… haber destruido su obra. Todo lo que era… suyo…

—¿Qué? ¡Ruth!

Me da unas palmaditas en la cara.

—Aún sigo aquí —digo. Para tranquilizarla. Quiere escuchar la historia—. Pintar… Se lo arrebataste a Aidan y te apoderaste de ello. Y eras buena. Mejor que él.

—Sí, era mejor que él —repite Mary, poniendo énfasis en sus palabras—. Él se rindió. Pero yo no me rindo nunca. Solo debes pensar en los ambientes tan distintos en los que nos criamos para comprender por qué. La psiquiatra a la que acudí, la que me recomendó que escribiera mi historia en tercera persona…, ¿sabes qué más me dijo?

Trato de mover la cabeza para decirle que no, pero no se mueve. Mi cuerpo está paralizado, ajeno al dolor físico. Solo soy consciente de mis pensamientos: frágiles y débiles hilos a los que trato de agarrarme.

—El noventa y cinco por ciento de su trabajo consiste en reparar los daños psicológicos que los padres de los pacientes les provocaron durante su infancia. El noventa y cinco por ciento. —Mary parece furiosa—. ¿Puedes creerlo? Yo pertenecía al otro cinco por ciento restante, la escasa minoría. Había disfrutado de una situación de seguridad y felicidad: un padre y una madre que me adoraban, antes de que les convirtiera en dos desdichados cuando traje el suicidio y la locura a la familia; mucho dinero, y la mejor educación que con él se podía comprar. Siempre he creído en mis aptitudes y mi talento, mientras que Aidan nunca lo ha hecho. Su infancia fue una condena a dieciocho años de cárcel.

—¿Por qué? —pregunto, haciendo un esfuerzo por no perder la conciencia.

—Supongo que no era tan malo antes de que su madre muriera. Pero, incluso entonces, eran muy pobres y vivían en una pocilga. Ya has visto la casa… ¿No te parece una pocilga? Allí no meterías ni a un animal, o sea que imagínate lo que debe ser para una familia vivir allí. Len, el padrastro de Aidan, el que está en prisión, era un hombre violento que siempre estaba borracho; la clase de persona que esperas encontrar en un suburbio como ese… Todos mis vecinos de Megson Crescent son otra versión de Len Smith y su familia. —La oigo reírse—. Llama a cualquier puerta y siempre encontrarás a alguien dispuesto a venderte un arma y a enseñarte a usarla. Desde el día en que nació, Aidan estuvo rodeado de peligro. Por eso se rinde con tanta facilidad. Por eso él está muerto y nosotras no.

—No…

—Se rindió en cuanto Gemma Crowther me dejó entrar en su casa. Me vio y se rindió.

—No fue Aidan quien le disparó. Fuiste tú.

—Ella tenía mi cuadro. Aidan se lo dio.

Hago un esfuerzo por abrir los ojos, consciente de que lo que acabo de oír es una confesión.

—Me temo que me olvidé completamente de ti en cuanto lo vi —dice Mary—. De ti y de ella, quiero decir…, de toda aquella historia. Lo recordé cuando ya era demasiado tarde, cuando ella ya estaba muerta. Pensé que tendría que haber sufrido en vez de morir en el acto. Tú habrías preferido que hubiese sufrido, ¿verdad?

Hay algunos castigos que nadie debería padecer, ni siquiera Gemma Crowther. Muerte. Tortura. Nadie merece eso. Nadie tiene derecho a infligirlos.

—¿No? —Mary parece irritada. Su rostro es una mancha borrosa: ya no soy capaz de verlo con claridad—. En ese caso, te gustará saber que ella no sintió nada. —Se ríe entre dientes, chillando como una niña pequeña—. De todos modos, hice todo lo posible por ti —prosigue—. O, mejor dicho, le di instrucciones a Aidan y lo vigilé para que las siguiera al pie de la letra. Él es el enmarcador, no yo. —Se echa a reír: un gorgoteo áspero que sale de su garganta—. No tiene nada de malo esperar y vengarse. Es la cosa más normal del mundo. ¿Sabes qué dijo Cecily? Mientras volvían a casa, después del *vernissage* de Aidan, Martha y Cecily tuvieron una bronca, después de que ella comprara uno de sus cuadros. Lo cierto es que no lo conservó mucho tiempo, porque hubo un desgraciado accidente. Antes de que trazara un plan para acabar con el éxito de Aidan, Martha le dijo a Cecily que quería que él fracasara. No quería que vendiera ninguno de sus cuadros, ni siquiera uno. Deseaba que él fracasara, más aún que su propio éxito. Esa es la pregunta que debería haber planteado la periodista del *Times*, y no esa sobre la vida privada y el trabajo. La elección entre tu éxito o el fracaso de otro.

Durante el breve silencio que se produce entre que «Survivor» acaba y empieza a sonar de nuevo, oigo el leve sonido del cigarrillo cuando Mary le da una bocanada.

—Cecily citó a alguien, un escritor famoso, según el cual escribir bien era la mejor venganza. «Tú tienes tu trabajo como escritora,

Martha. El talento de Aidan no constituye ninguna amenaza para el tuyo. No le necesitas a él ni su fracaso para triunfar. Puedes alcanzar el éxito sin él». Eso fue lo que dijo. ¿Habías oído alguna vez algo tan estúpido? ¿Escribir bien es la mejor venganza? ¡Vaya gilipollez! ¿Es una venganza mejor que matar a alguien o hacer estallar su casa? Yo no lo creo.

Dieciocho marcos vacíos. Aidan los había hecho para los cuadros que había perdido, los que Mary había destruido. ¿Por qué no quería admitirlo?

—Yo sé el motivo —le digo.

—¿Cómo? ¿El motivo de qué?

Siento su rostro junto al mío, su respiración. Tuerzo la boca en una sonrisa. Quiero hacerle daño. Sin embargo, no consigo decirlo en voz alta, solo mentalmente. Puedo contarme la historia a mí misma. Puede que para Mary, al principio, dedicarse a la pintura fuera un modo de vengarse de Aidan, de demostrarse que podía vencerlo en su propio terreno, pero al final acabó significando algo más para ella. Mary era buena pintando. Y no solo buena, sino brillante. Pintar le brindaba algo que ella, incluso en su propia infelicidad, reconocía como valioso. Al cabo de un tiempo —meses, puede que años—, no le bastó con hacer pedazos los cuadros de Aidan, uno tras otro, y echarlos al montón. Ella era consciente de que cada vez pintaba mejor. Pintar ya no era la pasión de Aidan; era la suya. Dejó de parecerle una agresión contra Aidan el hecho de destrozar las telas con un cuchillo o cortarlas con un par de tijeras; aquello era un ataque contra sí misma, contra su propia obra. Ya no deseaba seguir haciéndolo. Algo tenía que cambiar. Empezó a pintar otros cuadros además de los que había pintado Aidan, cuadros que conservaba. Los cuadros que vi en su casa, los de la familia que había vivido allí y los de la serie de *Abberton*. Aunque no eran de Aidan, trataban sobre él. Sobre lo que le había hecho. Eran importantes para ella. Eran la historia de su vida.

—Tú… te asustaste. —Hago una pausa, tratando de llenar de nuevo los pulmones con el aire necesario para poder continuar—.

Comprendiste que…

Quiero decirle que sé cómo se sentía.

—¿Qué? ¿Qué fue lo que comprendí?

Me sacude, arrancándome un grito de dolor. Mi cuerpo recurre a las últimas fuerzas que le quedan y yo las empleo para poder seguir hablando.

—Comprendiste… lo que significa ver tus propios cuadros… destruidos. La cosa más horrible… era lo que le habías hecho a Aidan. Y te sentiste culpable.

Por eso no quieres admitirlo. El sentimiento de culpa, una vez comprendiste el horror de lo que habías hecho, era más de lo que podías soportar.

—No creo en la culpa —dice Mary de inmediato—. Mi terapeuta decía que es un sentimiento improductivo.

Ahora veo cómo debió de ocurrir: su sentimiento de culpa y la vergüenza se convirtieron en paranoia, paranoia de que Aidan la encontrase…, que descubriese dónde vivía y lo que hacía. Que le hiciese lo mismo que ella le había hecho. No podía correr ese riesgo, y la única forma de asegurarse de que eso nunca sucediese era no vender nunca ninguno de sus cuadros, ejercer un control absoluto sobre la situación. La aterrorizaba la idea de lo que Aidan pudiera hacerle: el castigo que, en el fondo, sabía que merecía de su parte. Y, al mismo tiempo, no podía resistir la tentación de cerrar el círculo en torno a él después de haber descubierto su paradero, de infiltrarse en su vida, de acecharlo sin que él se diera cuenta.

Llevó sus cuadros a Saul para que se los enmarcara, sabiendo que Aidan había trabajado para él y que había comprado uno de sus cuadros. Mary tenía que poseer todo lo que había sido de Aidan, incluido el apoyo de Saul.

«Tú no eres psiquiatra».

«Podría serlo. Creo que no necesitaría ninguna clase de preparación. Lo único que me haría falta es experiencia, y la tengo; y un cerebro, y también tengo uno».

Sé que tengo razón. Mary se propuso robar la vida de Aidan como castigo porque creía que él había robado la de Martha. Se mudó a la misma ciudad, se fue a vivir a su antigua casa y se dedicó a hacer lo que él había hecho, frecuentando a la misma gente que había frecuentado él, como por ejemplo Saul… Todo sin que él lo supiera. Además de castigo, era una cuestión de proximidad; quería estar cerca de él. Su plan funcionó a la perfección hasta que yo lo arruiné, hasta que Saul me envió a ver a Aidan para pedirle trabajo. Fue entonces cuando el pasado y el presente colisionaron. Ella debía de haber sabido que tarde o temprano ocurriría.

¿Qué se suponía que iba a pasar? Quiero preguntarle cómo pensaba que iba a terminar su historia y la de Aidan antes de que yo entrara en escena y arruinara sus planes, pero mi lengua se ha pegado al paladar, pesada como el plomo. Algo más también ha cambiado: la canción, «Survivor», ha dejado de sonar. Para siempre. Sin embargo, sigo escuchándola dentro de mi cabeza, la letra y la música se han quedado grabadas en las negras paredes de mi mente, como las letras doradas que una bengala deja en la oscuridad.

¿Por qué ha parado la música? Mary no ha salido de la habitación. Ni siquiera parece ser consciente del silencio.

—Póngase de pie muy despacio y levante las manos por encima de la cabeza.

¿Ponerme de pie? No soy capaz de mover ni un músculo. Entonces me doy cuenta de que es una voz de hombre y no la de Mary. Estaba hablando con ella.

Ayuda. Ese hombre va a ayudarme.

Haciendo un gran esfuerzo, abro los ojos pero al principio solo veo el pelo de Mary sobre sus hombros. Me ha dado la espalda.

Luego suelta un gruñido y embiste a ese hombre. Lo veo, en un rincón de la habitación. Lleva un arma. Lanza a Mary al suelo.

Waterhouse. El subinspector Waterhouse. Me está hablando, sin perder de vista a Mary.

—No pasa nada, Ruth. La ambulancia está de camino. Aguante; todo irá bien.

Mary se arrastra por el suelo, como una araña, y coge el martillo que está junto a Aidan. Miro a Waterhouse, moviendo los párpados. Los ojos se me llenan de lágrimas hasta que apenas puedo verlo.

—¿Qué piensa hacer con ese martillo, Mary? —Waterhouse parece tranquilo. Me gusta oír su voz—. Suéltelo.

—No.

—Si tiene intención de usarlo contra alguien, dispararé. No me lo pensaré dos veces.

Unos segundos después, oigo el crujido de un hueso. Lo veo todo gris.

—Mire. Lo he usado contra mí y no me ha disparado. Estaba mintiendo. ¿Sigo? Me quedan nueve dedos: Abberton, Blandford, Darville, Elstow, Goundry, Heathcote, Margerison, Rodwell y Winduss.

Mary suelta una risa histérica.

—Admita que se ha acabado, Mary —dice Waterhouse.

Oigo ruido de pasos, demasiado pesados para que sean los de Mary, y luego su voz.

—Yo no perdería el tiempo. Aunque aún tenga pulso, no creo que aguante mucho.

Mi mente recupera de golpe la lucidez. ¿Por qué ha dicho eso? Me dijo que Aidan estaba muerto. ¿Estaba mintiendo?

Espero a que Waterhouse me diga lo que estoy desesperada por oír, pero no me dice nada y yo estoy demasiado débil para poder hablar. Si él aún sigue con vida, no tardará en morir. Mary cree que morirá. Puede que esta sea mi última oportunidad.

No te culpo por no confiar en mí, Aidan. No merezco tu confianza.

Si finjo que él y yo somos las únicas personas que quedan en el mundo, si consigo que mis palabras penetren en su mente, tal vez pueda oírme.

«En Londres, cuando me hablaste de Mary Trelease, no te dije lo que habrías querido oír. No te dije que te amaba incondicionalmente, a pesar de lo que me habías confesado. Y luego, al día siguiente, cuando te dije que había visto el cuadro, *Abberton*, firmado por Mary Trelease y fechado en 2007…, te dije que tú no podías haberla matado. Porque yo la había conocido. Te la describí, te describí a Martha Wyers. Tú la reconociste de inmediato por mi descripción: el pelo, la marca de nacimiento bajo su boca, y lo supiste. En aquel instante, debiste de comprenderlo todo: Martha había adoptado el nombre de la mujer a la que tú habías matado, y eso significaba que ella sabía lo que habías hecho. Ella lo sabía; estaba en Spilling y había ido a la galería de Saul. Se estaba acercando. Pensaste que yo podía ser suya, y no tuya… Pensaste que tal vez yo formaba parte de su plan. Otra trampa. Como el éxito de tu exposición, el que tú creías haber tenido hasta que ella te descubrió la verdad».

»Comprendiste hasta dónde era capaz de llegar ella para destruirte. ¿Y si acudía a la policía? Me habías confesado aquel crimen a mí, alguien en quien ya no podías confiar. ¿Y si entre las dos te mandábamos a la cárcel por asesinato?

»No debió de llevarte mucho tiempo descubrir el punto débil de esa teoría: era demasiado sencilla. Hasta entonces, Mary no había ido a la policía. No podía haberlo hecho: a la policía no le interesabas. Y yo tampoco lo hice después de lo que me habías contado en Londres, al menos de momento. Además, yo te amaba; sabías muy bien que te amaba. Podías sentirlo. Y entonces empezaste a pensar que tal vez no se trataba de un juego, sino que yo te había dicho la verdad. ¿Quisiste ponerme a prueba mandándome a su casa a por el cuadro? Si yo era inocente, si no estaba conspirando con ella en tu contra, entonces sería muy probable que no pudiera conseguir el cuadro. ¿Era eso lo que pensabas? Pero cuando volví con *Abberton*, ¿qué fue lo que pensaste? Que parecía excesivamente fácil: de repente, la artista que se había negado a venderme su cuadro, decide regalármelo.

Incluso entonces seguiste negándote a creer que yo estaba de su parte, porque me amabas.

»¿Era venganza lo que buscabas en un principio? ¿Hacerle lo mismo que ella te había hecho a ti? ¿Querías su cuadro para poder destruirlo? ¿O tan solo querías verlo? No sabías que ella pintaba hasta que yo te lo dije. ¿Querías ver su obra para saber cómo era? ¿Comprobar si era buena? ¿Fantaseaste con la idea de matarla cuando te enteraste de que había titulado *Abberton* uno de sus cuadros? Ella se estaba burlando de ti. Tú sabías que Mary, sabiendo lo que era, es decir, Martha, llegaría hasta el final; sabías que a *Abberton* le seguirían *Blandford, Darville, Elstow* y todos los demás: gente que nunca había existido y que había comprado tu obra, unos nombres inspirados en las casas de su escuela.

»Lo que me dijiste en el taller acerca de poder prever el futuro, después de que Waterhouse y Charlie Zailer se fueran: que si no habías matado ya a Mary Trelease, puede que fueras a hacerlo… ¿Era realmente una amenaza, tal y como lo interpretó Mary? ¿Querías que le contara que era una zorra y que debería marcharse de Spilling, a algún lugar donde no pudieras dar con ella? No, era más que eso, mucho más. Waterhouse me había contado cómo había muerto la verdadera Mary Trelease: estrangulada, desnuda, en la cama. Tú no querías que yo supiera todos los horribles detalles de lo que habías hecho. Creo que fue entonces cuando te diste cuenta: si yo me quedaba, si seguía a tu lado, acabaría averiguando toda la verdad. Querías protegerme. Sabías que yo me horrorizaría al oírte hablar de todas aquellas visiones del futuro; querías que me alejara, para protegerme de ti o del crimen que habías cometido en el pasado. Y puede que también quisieras asustarme, porque estabas furioso. No confiaba lo bastante en ti para contarte toda la verdad acerca de muchas cosas. Te dije que había acudido a la policía, pero no te conté que había hablado con Charlie Zailer, la mujer cuyo rostro cubre toda una pared de mi habitación. Nunca te había contado por qué había dejado de trabajar para Saul, no del todo.

»No tenías ninguna necesidad de asustar a Mary, si es que esa era tu intención. Ella ya te tenía miedo, de una forma obsesiva. Llamaba sistemáticamente a la policía para que acudiera a Garstead Cottage, para controlar que no estuvieras en la casa, dispuesto a vengarte de ella. No podía creer que su castigo no estuviera allí, esperándola. Para ella era inconcebible un mundo en el que alguien pudiera salir impune de un crimen tan grave como el que ella había cometido. No le dio ninguna importancia a lo que le había hecho a Gemma Crowther: bajo su punto de vista, aquello era justicia. Lo que no soportaba era lo que había hecho con tus cuadros. Por eso era incapaz de oírme recitar aquellos nueve nombres; por eso, cuando en la galería de Saul le pregunté "¿Quién es Abberton?", tuvo esa reacción.

»En la feria de arte, cuando me insististe tanto, te describí el cuadro que había visto en el estand de TiqTaq: la silueta de una persona que podía ser tanto un hombre como una mujer, y en su interior, lo que parecían trozos de tela pintados. Eran fragmentos de tus cuadros: eso fue lo que ella empleó para rellenar esa figura humana. ¿Querías que te consiguiera *Abberton* para demostrar que no te mentía sobre lo que había visto o porque tenía aquellos trozos de tela y querías recuperar tus cuadros, aun hechos trizas? Puede que por ambas razones. Creo que querías recuperar los fragmentos de tu obra antes que fuera ella quien los tuviera.

Una vez más, oigo el crujido de un hueso.

—Deje de hacer eso —dice Waterhouse—. ¿Cómo puede hacerse eso a sí misma?

—Es fácil. No pinto con la mano izquierda.

«La expresión de tu rostro, cuando te dije que Saul me había dado las señas de Mary… Hasta entonces no supiste que ella estaba viviendo en tu antigua casa, el lugar donde habías matado a la verdadera Mary Trelease. Debiste de comprender que te estaba diciendo la verdad y que aquella dirección no significaba nada para mí, aunque es difícil disipar las dudas una vez han surgido. No creías que mi amor por ti fuera incondicional, no después de la reacción

que tuve después de haber escuchado tu confesión. Y Mary, Martha, sabía lo que habías hecho. Sabías que ella, tarde o temprano, emplearía esa información, el poder que tenía sobre ti».

—Aguante hasta que llegue la ambulancia, Ruth. Estará aquí de un momento a otro.

Waterhouse está hablando conmigo. Lo único que quiero saber es si Aidan está vivo o no. ¿Por qué no me lo dice?

—No es tan listo como usted cree —oigo decir a Mary.

—¿Ah, no?

—Lo seguí hasta Londres. Usted estaba siguiendo a Aidan. No me vio, ¿verdad? Me llevó directamente al apartamento de Gemma Crowther.

—Usted la mató —dice Waterhouse.

—No fui yo. Fue Aidan.

Ella sabe que no tengo fuerzas para poder contradecirla, y disfruta con ello: mintiendo delante de mí, sabiendo que no puedo impedírselo.

—Sostiene el mismo martillo que utilizó para romperle los dientes y clavar los ganchos en sus encías —continúa Waterhouse.

—Fue Aidan quien hizo todo eso. ¿Por qué iba a matar a esa mujer? Él quería vengarse de ella por lo que le hizo a Ruth. Cualquiera lo habría hecho.

—Dígame, si fue él quien empuñó la pistola el lunes por la noche, ¿por qué han disparado contra él? —Waterhouse hace una pausa—. No tiene una respuesta para eso, ¿verdad?

—No estoy diciendo que no haya disparado contra él. Estoy diciendo que no le disparé a Gemma. —Waterhouse la ha puesto furiosa—. Usted no es Sherlock Holmes, ¿no? No pasa nada, no es necesario que lo sea. Puedo contarle lo que ocurrió.

—Adelante.

—¿Por dónde quiere que empiece? Aidan tenía que descubrir por sí mismo la historia de Gemma y Stephen. Ruth no le había contado nada…, ¿puede creerlo? No le había dicho nada en absoluto. Una relación así no podía durar. Si Ruth no quería que él lo supiera, no

debería haber conservado todos esos recuerdos del trauma. Aunque su comportamiento es algo muy habitual, ¿lo sabía?

—No.

Tengo la sensación de estar escuchando la conversación desde muy lejos. Como oír una radio desde mucha distancia. Me costaría muy poco perder las voces.

—Aidan encontró una caja llena de recuerdos debajo de su cama: todo lo que Ruth había guardado sobre el juicio de Gemma.

Tengo ganas de preguntarle cuándo. Pero ya supongo cuál sería la respuesta: después de la feria de arte, después de que él se mudara. Registró mi casa, buscando pruebas de que Mary y yo estábamos confabuladas en su contra.

—Buscó a Gemma y Stephen en Internet y encontró lo que esperaba —le dice Mary a Waterhouse—. La agresión contra Ruth y todo lo demás. Sin embargo, el nombre de Gemma Crowther aparecía en otro contexto: en páginas web sobre cuáqueros. Así fue como descubrió las reuniones a las que ella asistía. Él también empezó a frecuentarlas. Quería saber si era la misma Gemma Crowther que casi había matado a su novia.

—Y se lo contó todo a punta de pistola, ¿verdad?

—Él no tenía que contarme nada que no quisiera. Y yo tampoco. Se lo estoy contando a usted porque quiero hacerlo, no por otra razón.

La voz de Mary está llena de desprecio.

—Entonces, ¿él lo descubrió? —pregunta Waterhouse—. Que se trataba de la misma Gemma Crowther.

—No de inmediato. No hasta que ella le comentó que había vivido cerca de Lincoln. Entonces lo supo. Él le preguntó por qué se había mudado a Londres. Aquello fue una prueba para ver si ella había cambiado. En caso afirmativo, le habría contado toda la verdad: lo que le había hecho a Ruth y que lo sentía, porque ahora era otra persona. Al menos tendría que haber mencionado que había estado en la cárcel, aun cuando no le hubiese dicho por qué. Pero ella no hizo nada de todo eso. Le mintió, inventándose una historia

sobre la necesidad de cambiar de aires y de trabajo. Aidan sabía que ella estaba mintiendo. —Mary se echa a reír—. Ella era curandera, ¿lo sabía? ¡Maldita hipócrita! No ha sido una gran pérdida para el mundo, eso seguro.

—¿Por qué Aidan le regaló su cuadro a Gemma Crowther? —le pregunta Waterhouse.

Silencio. O puede que sigan hablando y yo ya no pueda oírlos. Al escuchar la voz de Mary, me siento aliviada.

—Él me dijo que se merecían el uno al otro. Gemma y el cuadro. —Está llorando—. Como si un cuadro fuera un sujeto moral, como si pudiera merecerse algo. Según Aidan, la noche del lunes iba a ser la última vez que la viera. No quería tener nada más que ver con ella ni conmigo. Tenía intención de dejar *Abberton* en su casa porque le parecía apropiado, me dijo. Y luego se libraría de nosotras para siempre, de mí y de ella.

—Tiene sentido —dice Waterhouse—. Por eso hizo que guardara *Abberton* en el maletero de su coche antes de obligarlo a venir aquí a punta de pistola. No se trataba solo de incriminar a Aidan por el asesinato de Gemma, ¿verdad? Se trataba de algo simbólico. Quería demostrarle que no podía librarse de usted tan fácilmente.

»Tiene razón, ¿no es así, Mary? Querías que la policía encontrara algo que perteneciera a Aidan pero junto a algo que también fuera tuyo: su coche, tu cuadro.

»Aidan sabía que no podía librarse de ti. Aquella era una lección que tenía bien aprendida. Por eso acudió a la policía y confesó al darse cuenta de que yo tenía intención de hablar con ellos. Ahora que lo pienso, estoy segura de que aquel día me siguió. Le dije que iba al dentista, pero miento muy mal. Hacía bien al no confiar en mí. Lo había hecho y yo lo había traicionado. No de inmediato, pero sí más adelante, cuando la incertidumbre me resultó insoportable. Se había convencido de que lo traicionaría desde la noche que pasamos en Londres… Solo era cuestión de tiempo. Y cuando llegó el momento, él ya tenía preparada su confesión oficial. Era el único modo de controlar la situación.

»Se propuso mandar a la policía directamente a tu casa, Mary, para averiguar si habías hablado con ellos. Si ibas a arruinarle la vida de nuevo, prefería que lo hicieras de inmediato. Intentaba obligarte a actuar. Tú podrías haberles contado la verdad a Waterhouse o a Charlie Zailer: que antes te llamabas Martha Wyers y que Mary Trelease era el nombre de una mujer a la que Aidan había matado. Podrías haberles hablado del cuadro de su exposición, *El asesinato de Mary Trelease*.

»¿Qué había en aquel cuadro, Mary? Sé que lo recuerdas. Debiste de sentirte muy mal cuando te enteraste de la muerte de Mary Trelease a través de tu detective privado. En aquel cuadro estaba la prueba del crimen cometido por Aidan: lo habías tenido en tus manos, pero lo habías destruido. ¿Era convincente como prueba? ¿Qué historia narraba el cuadro? Me sorprendería que no intentaras pintar una copia, teniendo en cuenta que ya habías iniciado una nueva carrera como pintora. Debías recordarlo en todos sus detalles. ¿Lo dibujaste y guardaste el esbozo en un lugar seguro para no olvidar lo que habías visto y lo que sabías?».

Las respuestas no llegan. Nadie puede oír las preguntas que me asaltan.

«¿Qué representaba aquel cuadro, Aidan? Nada obvio. Solo te habrías arriesgado a titularlo *El asesinato de Mary Trelease* si no era demasiado revelador. No podía ser un cuadro en el que aparecieras tú estrangulando a esa mujer y en el que se te pudiera identificar como el asesino… La gente, como por ejemplo Jan Garner o Saul Hansard, habría hecho preguntas. Entonces, ¿qué era?

»Le dijiste a la policía que habías matado a Mary; les dijiste cómo y dónde lo habías hecho. Sin embargo, la mujer que tú describiste era Martha, una mujer que sabías que la policía hallaría con vida en el número 15 de Megson Crescent. Aquel era el punto sobre el que no podías estar seguro. Era un juego: o ella se lo contaba todo, entregándoles la prueba que tuviera en su poder, o no decía nada. Ella no diría nada, y la policía zanjaría tu historia como los desvaríos de un hombre trastornado, un hombre capaz de mirarlos a los ojos y

seguir insistiendo en que había matado a una mujer que no estaba muerta. Querías que te tomaran por loco. No querías ir a la cárcel.

»Te arrepentías de haberme contado que mataste a Mary Trelease en cuanto las palabras salieron de tu boca y viste esa expresión de horror en mi rostro. Pero no podías echarte atrás, no en un asunto tan grave. No podías decirme que se trataba de una broma, porque no te habría creído. Vi el estado en el que te encontrabas. Tu única esperanza era convertir tu confesión en otra que pudiera ser desmentida de inmediato. Desmentida por la existencia de una mujer que se hacía llamar Mary Trelease.

»Sin embargo, tu deseo de confesar era tan fuerte como el de protegerte. Y, finalmente, acudiste a la policía y les contaste la verdad. Aun estando obligado a mentir, aun teniendo que ocultar tantos detalles y acabar contando una historia muy distinta, podías seguir manteniendo la esencia de la verdad: habías matado a Mary Trelease, la habías estrangulado en la cama, en aquella habitación. Debió ser liberador poder confesarlo después de tantos años de silencio y de sentimiento de culpa. Te habías quitado un peso de la conciencia, pero con una red de seguridad que invalidaba tu confesión: la presencia de una Mary Trelease viva en la casa donde la policía debería haber hallado su cadáver.

»Ella no le contó a la policía lo que sabía. Nunca lo habría hecho, porque eso significaría dejar que ellos controlasen la situación. Sabías que no lo había hecho, porque no vino nadie a preguntarte por la otra Mary Trelease, la auténtica. Pero, aun así, la historia no había terminado. Martha Wyers no tenía ninguna intención de desaparecer de escena; sabías lo obstinada que era y lo decidida que estaba a seguir aferrándose a tu vida, como si le perteneciera por derecho. Ella seguía ahí, en el número 15 de Megson Crescent, y seguía sabiendo lo que habías hecho. Aquella historia no se acabaría nunca, a menos que la matases, y eso era algo que no podías hacer. Tú no eres un asesino. No sé por qué matarías a esa mujer años atrás, pero sé que no eres un asesino».

—¿Yo? ¿Incriminar a Aidan? Es un asesino…, un asesino frío y calculador. Estranguló a una mujer… Se lo dijo él mismo, pero fueron demasiado estúpidos para escucharlo.

»Martha tiene razón: querías saber si Gemma Crowther se arrepentía de lo que me había hecho, si había cambiado. Sin embargo, la gente no cambia a menos que se enfrente a sus actos. Eso es lo que intentaste hacer en Londres, en el hotel Drummond. Y puede que lo hubieras conseguido si te hubiese dado el apoyo que necesitabas en vez de traicionarte.

»Querías que Gemma te demostrara que había cambiado y te convenciera de que era posible cambiar. Si ella era capaz de redimirse, tú también podías hacerlo. Y también debiste de plantearte lo mismo con respecto a Martha. Sí, por eso le hablaste de Gemma, de tu necesidad de averiguar si se arrepentía de lo que había hecho. ¿Acaso esperabas que Martha te pidiera perdón por las cosas tan horribles que te había hecho, aun cuando te estuviera apuntando a la cara con una pistola? Sí. Sé cómo funciona la mente de una víctima, porque yo también lo he sido. Puedes aceptar el hecho de que alguien te haya causado un daño irreparable y que pueda volver a ocurrir, pero lo que no puedes aceptar es la ausencia total de remordimientos.

»Martha no te dijo que lo sentía. Por supuesto que no. ¿Comprendiste, en aquel momento, que eras mejor que ella? ¿O empezaste a preguntarte que hubiera algo bueno en alguien, en cualquier ser humano? Tal vez pensaste que eras tan malvado como Martha o Gemma, un asesino que no tenía el valor de admitir su propio crimen y permitía que otro cargara con la culpa. Y, después de haberlo pensado, ¿dijiste lo que tenías que decir para inducir a Martha a dispararte? ¿Te sentiste aliviado cuando lo hizo?».

—¿Quién era la mujer que mató Aidan? —La voz de Waterhouse nada por la superficie de mi conciencia—. ¿Mary? Usted ha dicho que él mató a una mujer. ¿Quién era?

—¡A mí! ¡Me mató a mí!

—¡Simon!

Una tercera voz. No es la mía. Es una voz femenina. Tengo que volver a abrir los ojos. Cuando lo hago, veo a Waterhouse dándose la vuelta, a Charlie Zailer junto a la ventana y a Mary moviéndose para coger la pistola.

No…

Ahora tiene el martillo y la pistola, uno en cada mano. Hay algo extraño en su forma de agarrar el martillo.

—Bussey está viva, pero Seed ha muerto —dice Waterhouse.

Cojo aire y luego lo suelto. Me digo que debería dejar de hacerlo si lo que quiero es morir. «Suicidio: un pecado». ¿Se considera eso si lo único que haces es dejar de respirar, cuando respirar resulta tan difícil? Si existe un Dios, ¿cuál sería su opinión al respecto?

—Aidan no está muerto —dice Mary precipitadamente—. Si estuviera muerto, yo también lo estaría. Y no lo estoy.

—Suelte la pistola y el martillo, Mary —le ordena Charlie Zailer—. Fuera hay una ambulancia. Esto tiene que acabar ahora mismo.

—¡Aidan no está muerto! Compruébenlo.

Oigo a alguien que se mueve. Luego, unos segundos después:

—Tiene razón. Aún tiene pulso.

Me invade una sensación de alivio. Fuera hay una ambulancia, Aidan. Aguanta un poco más.

—¡Aléjese de mí! —grita Mary, como un animal. Está detrás de Waterhouse, apretando el arma contra su cabeza. Le tiembla la mano mientras acerca el dedo al gatillo—. Si se acerca, lo mataré.

—El hombre que está a su lado es mi prometido —dice Charlie—. ¿Lo sabía? ¿No recuerda que estuvimos hablando de él? Se preguntaba por qué no lo elegiría como tema para un cuadro, si tuviera que pintar uno.

—No me importa quién sea. No se mueva de donde está o le pego un tiro. ¡Hablo en serio!

—Lo amo. Se supone que vamos a casarnos, aunque toda la gente que conocemos piensa que es una pésima idea.

—¡Cállese!

—Aunque no lo es, porque solo soy feliz si estoy con Simon. Y después de todo lo que he vivido, creo que merezco ser feliz. Usted sabe todo lo que me pasó, ¿verdad? Usted me dijo que lo sabía. Yo soy como usted, Martha. Mi vida se hizo pedazos por culpa de un hombre…

—¡No me llame así!

—… pero tuve la suerte de encontrar una vía de escape a mi desesperación. Ahora tengo la posibilidad de ser feliz, y…, bueno, lo cierto es que Simon y yo aún no hemos sido felices juntos, aunque nos conocemos desde hace muchos años. Hasta ahora solo hemos perdido el tiempo.

Mary aparta la pistola y apunta a Charlie. El martillo resbala de su mano derecha y cae al suelo. Es normal: tiene los dedos destrozados.

—Baje el arma, Mary —dice Waterhouse.

—¡Cállese! —Le tiembla tanto la voz que me cuesta entender lo que dice—. Si no lo hace le pego un tiro, como hice con Gemma. A estos dos no; nunca quise matarlos. Ruth es mi amiga.

—¿No quería matar a Aidan? —le pregunta Charlie—. Le ha disparado en el pecho.

—Le disparé en el hombro. Yo… creía que le había apuntado más arriba. No tenía intención de dispararle, pero él no quería…

—¿Qué es lo que no quería?

—No quería admitir que me ama.

Oigo una serie de ruidos que resulta doloroso escuchar: primero agudos, luego ásperos. ¿Es posible que todos provengan de Mary? No parecen humanos.

—Los médicos tienen que entrar para atender a Aidan y a Ruth —dice Charlie, con voz suave—. Va a dejar que lo hagan, ¿no es así, Martha?

—¡Martha está muerta!

—Ha dicho que no quería matarlos…

—Si hago lo que me piden, ¿qué me pasará?

—Irá a la cárcel. Ya lo sabe, usted no es estúpida. Pero allí podrá pintar. O escribir, si lo prefiere. Yo me encargaré de ello. Me ocuparé de usted, pero primero tiene que bajar el arma.

—¿Y mis cuadros, los que están en mi casa? ¿Qué será de ellos?

Una pausa. Parece durar una eternidad.

—Nada. Estarán allí cuando salga. Y saldrá. Tiene que confiar…

—¿Cuántos años?

—No puedo decírselo exactamente. Teniendo en cuenta las circunstancias atenuantes, puede que cinco.

—¡Está mintiendo! —Mary mueve la pistola en el aire, como si no supiera a quién apuntar—. ¿Cinco años por un asesinato y dos intentos de asesinato? Es muy poco. ¿Cuánto tiempo? Dígame la verdad.

—Podrá llevarse algunos de sus cuadros a la cárcel —dice Charlie. Por primera vez, capto el miedo en su voz—. Haré todo lo posible por…

—No podré llevármelos todos conmigo, ¿verdad? Mis cuadros.

—Entrégueme el arma y haré lo posible para que pueda llevárselos todos.

—Ya sabe cuántos son. —La voz de Mary se quiebra—. No caben en una celda. No podré llevármelos todos.

—Hay algunas cárceles que tienen alternativas a las celdas, sobre todo las de mujeres. Hay internas que tienen sus propias habitaciones, o las comparten con otra persona, pero son bastante grandes.

—Como un dormitorio de Villiers.

—Es verdad, Mary —interviene Waterhouse—. Haremos lo posible para que disponga de espacio para sus cuadros.

—Está mintiendo. Los dos mienten —dice Mary, aunque en un tono más calmado—. De acuerdo. No la usaré contra ustedes. —Levanta el arma por encima de su cabeza y apunta contra la sien. Cuando vuelve a hablar, comprendo que está sonriendo, aunque ha vuelto la cabeza en otra dirección—. Aquí estamos, Martha —dice—. Esta vez, nada de errores.

—¡No! —grita Charlie.
—Creo que sí —responde Mary, y aprieta el gatillo.

28

12/3/08

—La fiscalía no querrá saber nada a menos que lo hagamos un poco mejor —dijo Proust. A su lado tenía su taza, con la inscripción «El mejor abuelo del mundo». La hacía rodar lentamente por encima de la mesa, haciendo chocar una y otra vez el asa contra la madera—. La costumbre de Aidan Seed de confesar asesinatos que nunca fueron cometidos no nos ayuda mucho. Aún no ha dado ninguna explicación satisfactoria sobre por qué lo hizo… ¿Por qué dijo que había matado a una mujer cuando en realidad había matado a otra?

—Seed aún está grave, señor —repuso Charlie—, pero Ruth Bussey lo explicó delante de él. Yo estaba presente. Lo vi confirmar su explicación hasta donde se lo permitía su estado de salud. Seed se arrepiente de haberle dicho a Bussey que había matado a Mary Trelease. Después de todos esos años, le daba miedo enfrentarse a la verdad, y cuando supo que Martha Wyers se hacía llamar Mary Trelease decidió convertir lo que en principio debía ser una confesión sincera, «Maté a Mary Trelease», en otra manifiestamente falsa. —Charlie se encogió de hombros—. Sé que a usted no le gusta, pero tiene sentido, señor.

—Si eso es lo que piensa, inspectora Zailer, la acompaño en el sentimiento.

—Ya hemos hablado de todo esto —intervino Simon, impaciente.

—No todos los mecanismos mentales funcionan igual que el suyo, señor.

Proust le dedicó a Charlie la mirada que reservaba a un vil traidor.

—Aun cuando diéramos por válidas las declaraciones de Seed y Bussey y una nueva confesión de Seed, nos encontraremos en un callejón sin salida si Len Smith confirma su versión de los hechos —dijo Sam Kombothekra.

—La fiscalía no se mete en callejones sin salida, inspector. Sabe tan bien como yo que prefiere un agradable paseo por el campo.

Sam asintió con la cabeza, con expresión desdichada.

—Desde su punto de vista, Smith es un asesino, sí, pero no un mentiroso.

—No es un asesino —dijo Simon.

No le interesaban los puntos de vista de otros y las cosas que veían aun cuando no estuvieran ahí. Y después de aquella última semana, aún le interesaban menos que antes. La mayoría de la gente era idiota, incluso la que teóricamente no debería serlo, teniendo en cuenta sus años de experiencia y su posición. Coral Milward estaba tan decidida a crucificar a Stephen Elton por el asesinato de Gemma Crowther que había perdido Dios sabe cuánto tiempo tratando de desmontar la coartada de Elton, que ella definía como «sospechosamente sólida». Aquella coartada era sólida simplemente porque él había dicho la verdad.

Elton, como Simon había sabido por Colin Sellers, solía ser un cliente habitual de prostitutas y chaperas («El maldito cabrón nunca estaba en dique seco… ¡El mundo a sus pies, en ambos hemisferios!»). La noche que Gemma fue asesinada, después de haber ayudado a limpiar una vez terminada la reunión en la Casa de los Amigos, se vio con una de las prostitutas con las que solía quedar habitualmente, una adolescente de dieciséis años llamada Sharda que compartía un estudio en Seven Sisters con otras tres inmigrantes ilegales que también ejercían la prostitución. La coartada de Elton también era su posible móvil: Gemma Crowther había descubierto sus hábitos y lo amenazaba regularmente con contárselo a sus amigos cuáqueros si no seguía sus órdenes al pie

de la letra. Efectivamente, era su esclavo. Elton había sido lo bastante estúpido para admitir, en presencia de Milward, que de vez en cuando fantaseaba con la idea de matar a Gemma, pero que no lo había hecho porque la amaba. «Tendrás que admitir que es una buena razón», le había comentado Sellers a Simon aquella mañana, sin un ápice de ironía.

Mary Trelease no había sido interrogada, a pesar de la larga y elaborada descripción que le había hecho a Ruth Bussey de una supuesta conversación con un policía de Londres. Todo mentiras. Dunning había llamado varias veces al número 15 de Megson Crescent sin obtener respuesta. Cuando por fin consiguió entrar en la casa, tras forzar la puerta, Trelease y Ruth Bussey ya habían salido para Garstead Cottage. Simon lo había sabido por el subinspector Kevin Prothero, el miembro más reciente del equipo de Milward, a quien ella había asignado el trabajo de atar algunos molestos cabos sueltos. Dos de ellos eran Simon y Charlie.

Desde el miércoles anterior, Milward solo había hablado con Simon en una ocasión, por teléfono. Sin disculparse, le explicó que al principio se había obcecado en considerar a Stephen Elton el principal sospechoso, aduciendo sus motivos como si ya hubiera olvidado que se habían revelado erróneos. Le había dado las gracias de forma fría y distante. Simon habría preferido que lo hiciera mencionando que Charlie y él, además de haber arriesgado sus vidas, le habían servido en bandeja la resolución del caso.

—Piensen en lo que sabemos —continuó Proust—. Smith ha tenido problemas con la justicia durante casi toda su vida. Era un alcohólico, un maltratador y un jugador empedernido. En cambio, Seed no tiene ni una mancha en su expediente.

—Razón por la cual alguien con un mínimo de cerebro lo creería a él y no a Smith —señaló Simon—. Len Smith no tenía ningún motivo para matar a Mary Trelease.

No se esperaba todo aquello, al menos el primer día de su regreso al trabajo. Estar en el ojo del huracán, como si nunca se hubiera ido, defendiendo su opinión, como siempre había hecho;

una opinión impopular, como de costumbre. Proust no era tonto, y tenía muy claro que Charlie y él se habían empleado a fondo en aquel caso, sin dar cuentas a nadie y sin autorización oficial.

Cuando Muñeco de Nieve los había llamado a su despacho, ninguno de los dos dudaba que fuera a echarles una bronca. Nada oficial —Proust nunca habría estampado su firma en una orden de suspensión ni despedido a dos policías que la prensa calificaba de héroes, y tampoco lo habrían hecho el superintendente o el jefe de policía—, pero sí algo que, a pesar de todo, dejaría claro a Simon y a Charlie que iban a pagar durante mucho tiempo el pecado de su desmesurado ego.

Mientras se dirigían al despacho del inspector jefe, ambos habían repasado mentalmente sus respectivos discursos para presentar su dimisión. Sam Kombothekra se sorprendió tanto como ellos al ver que Muñeco de Nieve empezaba a hablar como si nada hubiera ocurrido, como si Simon y Charlie siempre hubieran estado allí.

—Smith sí tenía un motivo para matarla, Simon —dijo Kombothekra—. Mary estuvo abusando sexualmente de su hijastro durante casi un año. Sí, ya sé lo que me vas a decir: que Smith había empezado a abusar de Aidan mucho antes de que apareciera Mary Trelease…

—Un poco hipócrita si luego la mató por lo mismo que él llevaba haciendo años, ¿no? —interrumpió Proust.

—Él no lo veía de ese modo —repuso Kombothekra—. Aidan era suyo, así de sencillo. Nadie más tenía derecho a tocarlo. Mary Trelease también le pertenecía, y ella lo enfureció. Visto así, se comprendería que la hubiera estrangulado.

—Solo que no lo hizo —dijo Simon.

Kombothekra continuó, como si no hubiese dicho nada.

—Trelease esperaba a que Smith perdiera el conocimiento, algo que le ocurría casi todas las noches, y entonces se ocupaba de Aidan. A los ojos de Smith, matarla fue un acto de justicia; estaba orgulloso de ello. «Mataría a cualquiera que se atreviera a poner una

mano encima a alguno de mis chicos». Eso fue lo que me dijo, y es lo que ha dicho a todo el mundo desde que lo encarcelaron.

—Los hombres que dicen esas tonterías son los que ni siquiera miran a sus hijos —observó Charlie—. Lo único que hacen es amenazar con matar a alguien, eso es todo… Otra cosa es que lo hagan de verdad.

—Si a Smith no le importaba ni le importa Aidan Seed, ¿por qué habría accedido a cumplir una condena por un crimen que hubiera cometido él? —preguntó Proust.

—Sí le importaba —respondió Simon—. Hay muchos hombres que, aun cuando abusan de sus hijos, afirman que les importan.

—Es una vergüenza —dijo Charlie—. Simple y llanamente. El hermano y la hermana de Seed dicen que Smith se quedó destrozado cuando murió su madre. Era el típico matón inseguro. En cuanto se quedó sin su saco de boxeo, no supo qué debía hacer. Su problema con el alcohol fue a peor y se llevó a Aidan a su habitación, a su cama. Mary Trelease fue estrangulada en esa cama en plena noche. ¿Cómo iba a explicar Smith a la policía que su hijastro estaba en la cama con él y con su pareja? Es más que probable que un hombre así vaya a la cárcel por un crimen que no ha cometido. —Charlie sacudió la cabeza, asqueada—. Cuando Pauline Seed murió, Aidan tenía doce años. ¿Se imagina alguien lo que debió de suponer para un niño de su edad meterse en la misma cama que su padrastro, sometido constantemente a amenazas de violencia?

—Aunque no están seguros, sus hermanos creen que Smith empezó a abusar de Aidan inmediatamente después de la muerte de su madre —dijo Simon—. Sin embargo, ninguno de los dos hizo nada por detenerlo, porque no estaban seguros de que hubiera algo que impedir y ambos vivían aterrorizados por Smith. Por suerte, al ser mayores que Aidan, solo tuvieron que aguantar a ese hombre unos años antes de poder largarse de esa casa.

—Aidan no tuvo tanta suerte —continuó Charlie—. Y esos malnacidos dejaron que se pudriera allí. Está claro que Smith

abusaba sexualmente de él, pero, aun cuando no lo hubiera hecho, ambos sabían muy bien qué clase de vida lo obligaba a llevar. Aidan solo podía salir de casa para ir a la escuela…, y no siempre. Las más de las veces, Smith no lo dejaba ir porque quería compañía. No podía llevar a sus amigos a casa… mientras los tuvo. Y en cuanto empezó a encerrarse en sí mismo, se alejaron de él.

—No creo que le apeteciera llevarlos a casa —dijo Simon—. ¿Qué niño de doce años querría que sus amigos supieran que dormía en la misma habitación que su padrastro?

Simon sabía mucho acerca de no querer que los amigos supieran algo sobre la vida familiar. En su caso, se avergonzaba de tener unos padres mojigatos que tenían un montón de imágenes de la Virgen María.

—Fuera lo que fuera lo que hizo Smith, está claro que Seed significa mucho para él —afirmó Kombothekra—. A pesar de que Seed nunca lo ha visitado en ninguna de las cárceles en las que ha estado, Smith tiene la esperanza de que un día lo haga. Cada vez que hablo con él, me pide que le transmita ese mensaje a Aidan, mientras que a sus otros dos hijastros ni siquiera los nombra. Creo que se ha olvidado de que existen. Señor, si considera el asunto desde el punto de vista de Simon y Charlie, el mensaje podría ser la forma elegida por Smith para hacerle saber a Seed que seguirá mintiendo para encubrirlo. Lo que quiero decir es que, aun cuando tuviera sus propias razones para mentir, quiere que Aidan crea la contrario, visto que aún alberga la esperanza de reconciliarse con él.

—¿Tan fácil es hacerlo cambiar de parecer, inspector? —le espetó Proust—. Eso no es lo que me dijo antes de que llegaran Waterhouse y la inspectora Zailer. «Dígale a Aidan que nunca permitiría que le hagan daño. Nunca lo permití en el pasado y tampoco lo permitiré en el futuro…». Estábamos de acuerdo en que el mensaje de Smith se refería al asesinato de Mary Trelease, ¿no es así?

—¿Y por qué no lo tomamos al pie de la letra? —sugirió Simon—. «Nunca lo permití…». De acuerdo, eso podría referirse al hecho de

haber estrangulado a Mary Trelease, aunque probablemente se refería a haber encubierto a Seed y haberse declarado autor del asesinato. Pero ¿qué significa lo de «tampoco lo permitiré en el futuro»? Smith no tiene el más mínimo contacto con Seed, ¿verdad? «Tampoco lo permitiré en el futuro» es la forma que tiene Smith de hacerle saber a Seed que seguirá mintiendo para protegerlo.

—Estamos hablando de un cavernícola alcohólico, Waterhouse. Es poco probable que la precisión en el lenguaje sea una de sus prioridades.

—En realidad, Smith lleva más de veinte años sin probar el alcohol, señor —dijo Kombothekra, consiguiendo que Muñeco de Nieve golpeara aún con más fuerza el asa de su taza contra la mesa.

—Creo que se equivoca, señor —dijo Simon, dirigiéndose a Proust—. Creo que el mensaje que Smith le confió al inspector Kombothekra estaba formulado de manera muy precisa: quería que Seed supiera que seguiría guardando su secreto, aunque a simple vista parece significar únicamente que él había matado a Mary Trelease…, como usted ha sugerido. No puede decir que no es capaz de decir algo ambiguo solo porque se crio en un suburbio.

—Pero ahora que Smith sabe que Seed ha confesado, que quiere que se sepa la verdad, ¿no debería impulsarlo a acabar con esta historia? —preguntó Kombothekra—. He oído cómo habla de Seed. —Echó un vistazo al minúsculo despacho, como si estuviera pidiendo disculpas—. Soy el único que ha hablado con él. Personalmente, quiero decir. Aidan Seed es lo único que tiene. A ver, sé que en realidad no lo tiene, sé que Seed no quiere saber nada de él, pero, en su imaginación, Seed es toda su vida, su única razón de vivir, porque tiene la esperanza de que algún día haga las paces con él. Simon tiene razón: Smith no es ningún estúpido. Después de todos estos años, sabía que Seed no tenía por qué confesar. ¿Por qué iba a seguir encubriéndolo cuando sabe que él no quiere que lo haga?

—Los últimos veinte años de su vida, que han transcurrido en miserables y apestosas celdas de varias cárceles, los ha dedicado a proteger a Seed —dijo Simon, fingiendo una paciencia que ninguno

de los presentes se acababa de creer—. De acuerdo, puede que en cierto modo se moviera por propio interés…, porque se avergonzaba de reconocer que se había acostado con su hijastro, pero…, ¿qué sentido tienen todos esos años en una celda? Habrá inventado una historia diferente, mejor…, con él mismo en el papel de héroe capaz de autoinmolarse. Los hermanos han dicho lo mucho que Smith quiere a Seed…, demasiado.

Kombothekra asintió con la cabeza.

—Eso fue lo que me dijeron, y también a Kerry Gatti.

—Gatti es un maldito embustero —dijo Charlie, en tono glacial.

Simon se tapó la boca con la mano para disimular una sonrisa. Charlie se había puesto furiosa al descubrir, según la versión de Gatti, que le había entregado aquellos documentos por voluntad propia. También había negado otra afirmación de Charlie: cuando se vieron en el Swan, en Rawndesley, él no sabía que Martha Wyers se había cambiado legalmente el nombre por el de Mary Trelease. Gatti no estaba dispuesto a quedar mal, como tampoco lo estaba Len Smith.

—Si Smith dice la verdad ahora y Aidan ocupa su lugar en la cárcel, ¿de qué habrá servido toda esta historia? —dijo Simon. Mirando a Kombothekra, prosiguió—. Tú tienes dos hijos. ¿Nunca les prohíbes que hagan algo que se mueren por hacer porque tú sabes mucho mejor que ellos lo que les conviene?

—Puede que Smith quiera creer que toda esa historia es cierta —apuntó Charlie—. Que fue él quien mató a Mary Trelease. Es mucho mejor para su orgullo: estranguló a su pareja al descubrir que trataba de abusar de su hijastro. En esa versión de los hechos, Smith se convierte en un héroe, y no solo a sus ojos, sino a los de los muchos tipos con quienes comentaba la historia desde principios de los años ochenta. Apostaría lo que fuera a que Smith sí abusó sexualmente de Aidan. Tal vez no pudiera evitarlo, y se odiaba por ello… Es posible, si realmente lo quería. En tal caso, decirle a todo el mundo, y puede que también a sí mismo, que quien abusaba de él

era Mary Trelease y que al final impidió que lo hiciera asesinándola, era un modo de redimirse, ¿no?

—Exacto —dijo Simon—. Pensemos en la otra versión de la historia: durante años, Smith abusó sexualmente de su hijastro, a quien quería, porque estaba solo, desesperado y jodido después de la muerte de su mujer. Entonces empieza a salir con Mary Trelease, una mujer que trabajaba como acomodadora en un cine con dos hijos que estaban bajo la tutela de las instituciones, y que luego se convirtió en alcohólica y adicta a la heroína. Smith la metió en su casa, en su cama, pero ni siquiera entonces fue capaz de dejar en paz a Seed. Lo obligaba a dormir en la misma cama con ellos…

—Aidan era su paño de lágrimas —dijo Charlie.

—Fuera lo que fuese, Smith no estaba dispuesto a renunciar a Seed. Puede que dejara de abusar de él cuando Trelease empezó a atender sus necesidades sexuales, pero Seed tenía que seguir durmiendo con ellos todas las noches mientras mantenían relaciones.

Simon había hablado sin dejar de mirar fijamente a Proust. Sabía que Charlie pensaba que se sentía incómodo cuando hablaba de sexo, y odiaba la forma en que ella estudiaba su forma de comportarse. Tenía la sensación de ser un extraterrestre que era examinado a través de un microscopio.

—Ya ha leído las declaraciones de los hermanos, señor —dijo Charlie. Su tono conciliador hizo comprender a Simon que había levantado la voz mientras hablaba. «Mantén la calma. Primero búscala en alguna parte, y cuando la hayas encontrado, no la sueltes»—. Aidan solía arrastrarse hasta el rellano para huir de Smith y de Trelease, pero él salía de la habitación completamente desnudo, interrumpiendo el coito con su pareja, para obligarlo a entrar de nuevo. Si él estaba en esa cama, Aidan también debía estar en ella: normas de la casa. Los dos hermanos fueron testigos de eso en más de una ocasión. Ambos declararon que, además de ser agresivo, Smith estaba asustado.

—Según los dos hermanos, Smith decía que no podía dormir si Seed no estaba en la cama con él —dijo Kombothekra, echando una ojeada a sus notas—. Decía que tenía ataques de pánico. Puede que aún los tuviera después de que Trelease se fuera a vivir con él.

—Es una lástima que no podamos meter entre rejas a los hermanos Seed —murmuró Proust—. Por presentarse como víctimas, igual que su hermano. Cuando Mary Trelease entró en escena, ambos estaban a punto de abandonar esa casa. ¿No pudieron acudir a la policía, una vez se marcharon de allí? No, por supuesto que no… Optaron por dejarse caer por la casa de vez en cuando, para tomar un té y unas pastitas, asistir a un par de escenas de horror y a irse por donde habían venido.

—Me temo que en vez de té y pastitas lo que había era sidra barata y heroína, señor —puntualizó Charlie.

—Nos estamos yendo por las ramas —dijo Simon—. Es obvio que Smith no va a contar la verdad: que arruinó la vida de su hijastro y que luego metió en casa a una mujer que ya había sido considerada incapaz de cuidar de sus hijos para arruinársela un poco más. Puede que Smith quisiera a Seed, porque lo necesitaba como paño de lágrimas, pero dicha necesidad situaba a Seed en el camino de Mary Trelease, y él lo sabía. Noche tras noche, ella esperaba a que Smith perdiera el conocimiento para abusar de Seed. Al final, él, desesperado, la agarró por el cuello y la estranguló para poner fin a aquello de una vez por todas, y no lo culpo por ello. Y ¿qué estaba haciendo Smith cuando ocurrió todo? Estaba durmiendo en un extremo de la cama, babeando sobre una almohada, después de haberse bebido una botella de whisky entera. ¿De verdad alguien querría contar una historia así? Smith se aferrará a su mentira durante toda su vida, lo quiera Seed o no.

—Y esa es la razón de que estemos en un aprieto —dijo Proust, poniendo su taza derecha. Sabía perfectamente lo aliviado que se sentía todo el mundo de que hubiera cesado aquel ruido; Simon pudo leerlo en su rostro—. Gracias, Waterhouse, por haber descrito la situación con tanta claridad. Len Smith se aferrará a su versión de

los hechos. Aidan Seed, en cuanto se haya recuperado del todo, se aferrará sin duda a la suya, y la fiscalía se aferrará con idéntico fervor a su derecho a terminar su cometido a las tres en punto, porque, como todos sabemos, después de esa hora, a la gente que trabaja allí le sangra la nariz si se queda sentada frente a su mesa.

—¿Le has hablado del cuadro? —preguntó Charlie, dirigiéndose a Sam.

—Si yo fuera usted, no me fiaría del inspector Kombothekra si se trata de hacer circular una información. Nos habríamos ahorrado mucho tiempo y energía si sus pesquisas iniciales, que me aseguró que fueron exhaustivas, aunque a lo mejor quiso decir que le dejaron exhausto, hubiesen sacado la luz un asesinato cometido hace veintiséis años.

—Buscaba entre casos no resueltos, señor —repuso Kombothekra —. Pero no existe una base de datos de los nombres de las víctimas. ¿Cómo se suponía que iba a…?

—¿Qué es eso del cuadro? —le preguntó Proust a Charlie.

Simon soltó un suspiro. ¿Por qué se molestaba Charlie si no había ninguna esperanza?

—No sé si existe, señor, pero si es así, puede que nos ayude a aclarar las cosas.

—Comprendo —repuso Muñeco de Nieve, con la intención de que ella se diera cuenta de que le había disgustado lo que acababa de oír. Su expresión de disgusto era parecida a la que reservaba a un vil traidor: una sugería el hastío que le provocaba la estupidez y la otra el que le causaba la traición, pero esa era la única diferencia—. Así pues, estamos en ese mundo donde hay que frotar una lámpara y esperar a que aparezca un genio, ¿verdad?

—Aidan Seed pintó un cuadro titulado *El asesinato de Mary Trelease*. Martha Wyers lo destruyó junto a todos los demás, por lo que no sabe qué representaba. Sin embargo, Ruth Bussey cree que se trataba de algo importante, y me inclino a pensar como ella. En ese cuadro debía haber alguna pista; de hecho, cuando Wyers supo por Kerry Gatti que el padrastro de Aidan había sido encarcelado por

matar a Mary Trelease, pensó que él no lo había hecho. Seed aún no está lo bastante recuperado para responder a nuestras preguntas, y no sé cuándo lo estará, pero…

Charlie hizo una pausa y miró a Simon, que asintió con la cabeza. Teniendo en cuenta que había llegado hasta allí, era mejor que Muñeco de Nieve escuchara el resto de la historia.

—Después de destruir los cuadros que Aidan había expuesto en la Galería TiqTaq, Trelease pintó una versión propia de todos ellos.

—Hemos encontrado diecisiete en su casa —intervino Kombothekra—. Solo falta uno. Ya puede imaginarse cuál.

—Estoy casi segura de que cuando Mary…, perdón, de que cuando Martha se dio cuenta de que uno de los cuadros que había destruido podía constituir una prueba de que Aidan había cometido un asesinato, pintó inmediatamente una copia de memoria. ¿Por qué no iba a hacerlo? Había pintado copias de los otros diecisiete cuadros de la exposición de TiqTaq. —Charlie hizo una pausa para recuperar el aliento—. Ruth Bussey está de acuerdo conmigo, señor.

—Ah, muy bien. —La voz de Proust sonó dura como el granito—. No podría soñar con otra forma mejor de confirmar sus hipótesis.

—Señor, si pudiéramos encontrar ese cuadro y enseñárselo a Len Smith… Sí, vale, ya sé que un cuadro no demuestra nada, pero podríamos emplearlo como una excusa para hacerlo hablar…

—Inspectora, ¿recuerda aquella vez que estábamos en un café muy ruidoso y usted me dijo que no se consideraba lo bastante buena para formar parte del departamento de investigación criminal? Estoy bastante de acuerdo. Entonces no lo estuve, pero ahora sí. Me está hablando de un cuadro que posiblemente no exista. ¿Ha preguntado por él a los padres de Martha Wyers?

—No han podido ayudarnos, señor —repuso Kombothekra.

A Cecily y Egan Wyers les parecía embarazoso todo lo que estuviera relacionado con los cuadros de su hija, cuadros que habían decidido vender en lote apenas transcurriera un tiempo prudencial. A Simon le sorprendió bastante, independientemente de lo que hubiera hecho Martha. Para referirse a su hija después de su

muerte, la expresión que los Wyers usaban más a menudo era «mortificados». Egan Wyers, en particular, estaba furioso por el hecho de que Martha hubiese utilizado a los miembros del servicio para hacerse con los cuadros de la exposición de Aidan, y compró su silencio con el dinero que él le había dado. Parecía estar más trastornado por eso que por el asesinato que había cometido Martha. Cada vez que su esposa lloraba por la muerte de su única hija, él le gritaba que no merecía la pena, porque ya no había nada que hacer.

—En Garstead Cottage no hay ningún cuadro que encaje con ese —prosiguió Kombothekra—. Y en Villiers tampoco. He hablado con Richard Bedell, el subdirector de la escuela, quien no ha dudado en decirme que si hubieran tenido algún cuadro de Martha Wyers, y no lo tenían, a estas alturas ya se habrían deshecho de él. Bedell me lanzó un acalorado discurso sobre el daño que la familia Wyers había causado a la reputación de Villiers. Al parecer, Martha solía vagar por la propiedad de la escuela, llorando y hablando con las alumnas, diciéndoles que había muerto y resucitado. A muchas de ellas les parecía una historia macabra, y otras estaban tan obsesionadas con la loca de Villiers que no rendían en sus estudios. Sin embargo, la escuela no podía hacer nada, porque los Wyers habían sido muy generosos con ella. Debían permitir que Martha siguiera utilizando la casa.

—La codicia ha sido su perdición —dijo Proust—. No creo que el asunto me quite el sueño. Villiers aún sigue en pie y tiene mucho dinero. En cambio, no puede decirse lo mismo de Martha-Mary-Wyers-Trelease o cómo diablos se llamara. —Al ver que los demás lo miraban con extrañeza, Proust añadió—: Y ella tampoco me quitará el sueño. Entonces, ¿tenemos alguna idea sobre cómo actuar? ¿Alguna que no se base en la hipotética copia de un cuadro?

—¿Qué tal si tratamos de convencer a Seed para que vaya a ver a Smith a la cárcel? —propuso Kombothekra.

—Rotundamente no. —Simon se volvió hacia Charlie. Estaba convencido de que lo apoyaría, hasta que vio la expresión de su cara

—. No me digas que crees que es una buena idea… Después de todo lo que le hizo pasar ese cabrón, ¿vamos a convencerlo para que hable con él?

—Puede que a Aidan le convenga un cara a cara con Smith —dijo Charlie—. Contarle la verdad y pedirle a él que también la cuente. Mirad adónde le han conducido las mentiras y no haberse enfrentado a los hechos. Ruth Bussey está a favor de que se aclaren las cosas… Puede que a ella le hiciera caso, aunque al principio se mostrara reticente. ¿Por qué no le planteamos el problema a Aidan en vez de tratar de protegerlo, como si fuera un niño?

—¿Y si no logra convencer a Smith para que diga la verdad? Entonces, además de todo lo que le ha ocurrido, se sentirá un fracasado, y la culpa sería nuestra.

—Me parece una idea razonable —dijo Proust. Había evitado decir una «buena» idea, para evitar que a Kombothekra se le subieran los halagos a la cabeza—. No se preocupe, Waterhouse. No confiaré en usted para que lo convenza. Creo que la inspectora Zailer podrá hacerlo sin su torpe ayuda.

—Yo ya no trabajo para usted, señor. Trabajo para…

—No —la interrumpió Simon—. Si hay que hacerlo, seré yo quien lo haga. Sé que no soy…

—La lista es interminable, ¿verdad? —dijo Proust—. La lista de lo que no es y lo que no hará. Y la primera de todas es que no va a tener que ocuparse de Aidan Seed. —Proust abrió el cajón de su escritorio y sacó lo que parecía un libro muy grueso. Solo que no era un libro. Era…

«¡Oh, mierda! ¡No es posible!», se dijo Simon.

—En efecto, Waterhouse. Está nuevo, con las tapas brillantes y el lomo intacto. La última edición del mapa de carreteras de la Asociación Automovilística de Gran Bretaña. Lo compré con un billete de diez libras que encontré en la papelera que hay junto a la fotocopiadora, poco después de nuestro *tête-à-tête*.

—Señor, no puede…

—En este mundo, las personas se dividen en dos categorías, Waterhouse: las que reconocen sus errores y tratan de repararlos y las que los corrigen *a posteriori* mentalmente, fingiendo que nunca los han cometido. Si las cosas salen bien, se atribuyen todo el mérito. Pero si salen mal, dicen que nunca estuvieron de acuerdo. —Proust se inclinó hacia delante y cruzó los brazos sobre su barriga—. Me gusta pensar que yo pertenezco a la primera categoría. Si cometo un error, doy la cara y hago todo lo posible por repararlo.

Simon, Charlie y Kombothekra se quedaron mirándolo fijamente, atónitos.

—En este caso, me complace decir que no podría haberme comportado mejor. Por consiguiente, no tengo nada que reparar —prosiguió Muñeco de Nieve—. Digan lo que digan sobre usted nuestros colegas de Londres, Waterhouse, soy de la opinión que es de fiar y así lo han demostrado los hechos. Mientras otros dudaban, yo siempre tuve la certeza de que volvería aquí, al lugar al que pertenece. ¿Qué habría pensado de mí si cuando usted volviera se hubiese enterado de que había asignado los múltiples delitos de la señora Beddoes a Sellers o a Gibbs? Yo no hago esas cosas. Así pues, he hecho caso omiso de las diversas tentativas de algunos colegas, cuyos nombres me abstendré de pronunciar —dijo Proust, mirando a Kombothekra con el ceño fruncido—, para quitarle un trabajo que le pertenece por derecho. Todos saben que tengo defectos, pero la deslealtad no se cuenta entre ellos.

Proust le tendió el mapa de carreteras a Simon.

—Buen viaje, Waterhouse. Que los vientos le sean propicios.

29

Martes, 1 de abril de 2008

—¿Crees que va todo bien ahí dentro? —le pregunto a Saul por enésima vez.

Estamos en el coche de Sam Kombothekra, en el aparcamiento de la prisión de Long Leighton, esperando a que salgan Aidan, Charlie y Sam.

—Creo que él estará bien —repite Saul, como ya ha dicho en todas las ocasiones anteriores—. ¿Y tú? ¿Te sientes con fuerzas para afrontar lo que vaya suceder?

—Si Aidan puede hacerlo, yo también.

Ayer doné toda mi colección de libros de autoayuda a la librería Word on the Street, la misma donde había comprado la mayoría de ellos. Y esta mañana he quitado de la pared de mi dormitorio el mural sobre Charlie Zailer. Nada de eso era real. Los progresos que Aidan y yo hemos hecho desde aquella noche en Garstead Cottage…, eso sí es algo real. Sustancial.

Saul me da unas palmaditas en la mano.

—Voy a contarte algo que Aidan me hizo prometer que no te contaría —me dice.

—¿Qué? —El corazón me da un vuelco—. Decidimos que no habría más secretos. ¿Cuándo te…?

—Va a pedirte que te cases con él. Hoy mismo, independientemente de lo que ocurra ahí dentro. Lleva un anillo de compromiso en el bolsillo. ¿Qué le vas a decir?

Me siento mareada, tanto es mi alivio.

—Que sí, por supuesto.

—Bien. Sabía que esa sería tu respuesta.

—Entonces, ¿por qué me lo has contado y me has arruinado la sorpresa?

—Ya ha habido demasiadas sorpresas —dice Saul—. Con un poco de suerte, no habrá ninguna más durante mucho tiempo.

Al ver a Charlie dirigiéndose hacia el aparcamiento, abro la puerta del coche. Algo va mal. Parece muy decidida, y anda muy deprisa.

—Necesito que entren ahí —dice.

—No quiero verlo —respondo, presa del pánico—. Aidan no quiere que…

—No verá a Len Smith. Ni siquiera estará cerca de él.

—Aidan…, ¿está bien?

—Sí. Está perfectamente.

—Entonces, ¿qué…?

—Será mejor que lo vea usted misma. Me imagino que no llevarán encima el pasaporte o el permiso de conducir.

—No.

Saul niega con la cabeza.

—Entonces, déjenlo todo en el coche: las carteras, el bolso…, todo.

—Pero…

—Callen y escúchenme. Hasta que volvamos aquí, sus nombres serán Tom Southwell y Jessica Whiteley. Han venido por una entrevista de trabajo: profesores de inglés, departamento de enseñanza. Entregaron sus pasaportes por la mañana, los tienen ellos, y han salido a comer algo. ¿De acuerdo?

Estoy a punto de decirle que no puedo hacerlo cuando oigo responder a Saul:

—De acuerdo.

Lo fulmino con la mirada a espaldas de Charlie, pero él no se da cuenta. Está demasiado ocupado murmurando para sí mismo «Tom Southwell».

Cuando llegamos a la caseta de cristal que hay junto a la alta valla metálica, Charlie dice su nombre con mucha seguridad, para que lo oigamos tanto nosotros como el guardia uniformado que está dentro.

—Ya tiene mis datos. Esa soy yo —dice, señalando su nombre en una lista—. Ah, ¿no es el mismo de antes? Disculpe.

—No hay ningún problema.

—Nosotros también hemos facilitado nuestros datos —dice Saul, con naturalidad—. Tom Southwell y Jessica Whiteley.

—Pueden pasar —responde el guardia.

Tiene que abrir tres puertas para dejarnos entrar. Charlie le dice que ya sabemos adónde vamos y nos deja seguir.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—Ten paciencia, Ruth —me dice Saul.

Le lanzo una mirada. ¿Y era él quien afirmaba que no le gustaban las sorpresas? Lo decía por decir.

—Al departamento de educación —contesta Charlie.

—No quiero dar clases de inglés en una prisión —le advierto—. ¿Qué está pasando?

Finalmente, llegamos a un amplio pasillo con las paredes pintadas de verde. Recuerdo la última vez que seguí a Charlie: tengo la sensación de que fue hace siglos. Como aquel pasillo, este también tiene cuadros en las paredes, dibujos y pinturas de los presos, algunos de ellos muy buenos. Charlie se detiene ante un cuadro; cuando lo miro, siento el corazón en la garganta.

—Es suyo —digo, experimentando el mismo horror que sentiría si ella se materializara delante de mí, regresando de entre los muertos. Reconocería su estilo en cualquier parte. Y también reconozco el cuadro, porque Aidan me lo describió.

—Estábamos en lo cierto —dice Charlie—. Lo siento. Sé que es un *shock*, pero tenía que verlo; no podía evitar enseñárselo. Estábamos en lo cierto, y mi jefe se equivocaba. Bueno, mi exjefe —se corrige.

—*El asesinato de Mary Trelease* —digo—. De modo que ella pintó una copia. Pero… ¿cómo acabó en este…?

—Ella le hizo una visita a Smith —explica Charlie—. Pensé que podía haberlo hecho mientras veníamos hacia aquí. ¿Por qué no iba a hacerlo? Quería estar cerca de Aidan a toda costa, siempre y cuando no fuera muy arriesgado. Ella sabía que Aidan no visitaba ni tenía ningún contacto con Smith. No pudo resistirse.

—Quiere decir que… ¿Le ha preguntado a Len Smith…?

Charlie niega con la cabeza.

—Sam y Aidan están con él. Yo no lo he visto. No, le pregunté a uno de los guardias si podía echar un vistazo a la lista de visitas de Smith. En ella figuraba una tal Martha Heathcote. Heathcote era el nombre de su casa en Villiers; lo comprobé. El guardia con el que he hablado ha sido de gran ayuda; recordaba que Smith estaba muy alterado después de la visita. Fue la única visita que tuvo desde que llegó aquí… Todo el mundo pensó que estaría encantado, pero no fue así. Todo lo contrario. La señorita Heathcote le trajo dos regalos de los que él no quiso saber nada. Le pidió al personal de la cárcel que los quemara. Uno era un cuadro; el otro, un libro.

—*Hielo en el sol* —murmuro.

—Sí. Ahora está en la biblioteca de la prisión —dice Charlie—. Los recursos son limitados, aquí y en todas partes. No iban a tirar un libro que podía estar en la biblioteca ni un cuadro que podían colgar en una pared.

—No está firmado —digo, mirando la tela fijamente.

Aidan me lo describió, pero, viéndolo —o, mejor dicho, viendo la copia de Martha—, es algo totalmente distinto. El cuadro representa una habitación, de noche. Está a oscuras, aunque a través de las cortinas entra un poco de luz. Da la impresión de que es de madrugada. En la cama hay tres personas: un hombre mayor, dormido; lleva una camiseta manchada de sudor y está tumbado de lado, con la cabeza apoyada sobre una almohada amarilla y una mancha de babas en la boca. También se ve a una mujer desnuda en el centro de la cama; tiene los ojos muy abiertos y unos

moretones apenas visibles en el cuello. Nadie podría afirmar con certeza si está muerta, a menos que lo supiera. En el otro extremo de la cama hay un hombre joven, o un muchacho ya crecido: lleva una camiseta y pantalones cortos; está sentado, con los brazos alrededor de las rodillas, llorando, y los ojos fijos en la persona que está mirando el cuadro. Aidan. Ella lo captó a la perfección: no solo su apariencia física, sino también cómo se sentía.

—Aidan tiene que verlo —sigo—. Podría utilizarlo para demostrar lo que ocurrió si… si su padrastro no…

Charlie niega con la cabeza.

—No será necesario. Smith hará lo que Aidan quiere. Todo irá bien, ya lo verá.

—Claro que sí —dice Saul, apretándome el brazo.

—Aunque si ella le hubiera puesto el título correcto… —dice Charlie.

—¿El «título correcto»? ¿Qué quiere decir?

Miro el cuadro atentamente, pero no veo ningún título. En la tela no hay nada escrito.

—Pensé que lo habría titulado *El asesinato de Mary Trelease* —dice Charlie—. No entiendo por qué no lo hizo. Es como si no hubiera tenido valor para ser fiel a sus convicciones.

—¿Cómo lo tituló? —pregunta Saul, acercándose a la pared para examinar el dorso del cuadro. Obviamente, ahí es donde estaría el título, en el caso de que hubiera alguno.

Muy despacio, con las dos manos, Charlie separa el cuadro de la pared y le da la vuelta para que Saul y yo podamos leer la etiqueta que está pegada en la parte de atrás. Se me saltan las lágrimas al leer las palabras que escribió Mary, palabras que carecen de sentido para Charlie y Saul, y también para Aidan.

Son palabras que solo tienen sentido para mí. Seis, en total.

«La otra mitad sigue con vida».

Agradecimientos

Las siguientes personas me ofrecieron mucha ayuda e inspiración durante la redacción de esta novela: Lisanne Radice, Jenny Hewson, Anneberth Lux, Mark y Cal Pannone, Guy Martland, Tom Palmer, James Nash, Steve Mosby, Wendy Wootton, Dan Jones, Jenny Adèle y Norman Geras, Susan Richardson, Suzie Crookes, Aimee Jacques, Katie Hill, Dominic Gregory y Rosanna Keefe, Nicky Holdsworth, Vikki Massarano, Chris Tulley, David Welsh, Anthony Susan y Ben Rae, Jo Colley, Rebecca Hossack, Ana Finel Honigman, Fiona Harrold, Jill Birch, Christine Parsons, Morgan White, John Silver, Nicholas Van Der Vliet, Alison Steven, Nat Jansz, Anne Grey, Debra Craine, Adrian Searle, Neil Winn, Tony Weir, Swithun Cooper, Paula Cuddy, Hannah Pescod y Will Peterson.

Estoy especialmente agradecida a mi excepcional agente literario, Peter Straus, y a mis fantásticos y encantadores editores, Hodder and Stoughton, sobre todo a Carolyn Mays, Kate Howard y Karen Geary, con cuya profesionalidad y apoyo espero poder contar siempre, y a Alasdair Oliver, cuyos diseños para las portadas de mis libros suponen lo mismo que Gok Wan para las mujeres que no saben cómo vestirse.

Finalmente, quiero dar las gracias a todos los lectores que me han escrito: vuestras cartas son el mejor aliciente para escribir un nuevo libro.

El artículo titulado «Cinco promesas para el futuro» está inspirado en otro publicado en 1999 con idéntico título en el *Times*

por Imogen Edwards-Jones.



SOPHIE HANNAH (Manchester, 1971). Reconocida autora de novelas de suspense psicológico. Su obra incluye también el cuento, los libros infantiles y la poesía.

Hija del académico y escritor Norman Geras, y de la escritora Adele Geras, estudió en la Universidad de Manchester y publicó su primer libro de poemas *The Hero and the Girl Next Door* con tan solo 24 años.

Su estilo es frecuentemente comparado con los fluidos versos de Wendy Cope y el surrealismo de Lewis Carroll. En el 2004 fue nombrada como una de los poetas de referencia del Poetry Book Society's Next Generation, y su poemario *Pessimism For Beginners*, fue seleccionado para el Premio T. S. Elliot en el 2007. Su obra poética es estudiada hoy en día en los colegios británicos.

Es además una celebrada autora de ficción, nominada al internacional IMPAC Dublin Literay Award. Sus novelas de suspense

se sitúan en las listas de los libros más vendidos en varios países y han sido traducidas a más de 17 idiomas.

Durante años fue profesora en el Trinity College de Cambridge y en el Wolfson College de Oxford. Actualmente vive en West Yorkshire con su marido y sus dos hijos.

Notas

[1] La autora hace aquí un juego de palabras de difícil traducción entre «The Cotard Delusion» y «The God Delusion», título del libro de Richard Dawkins. (*N. del T.*) <<